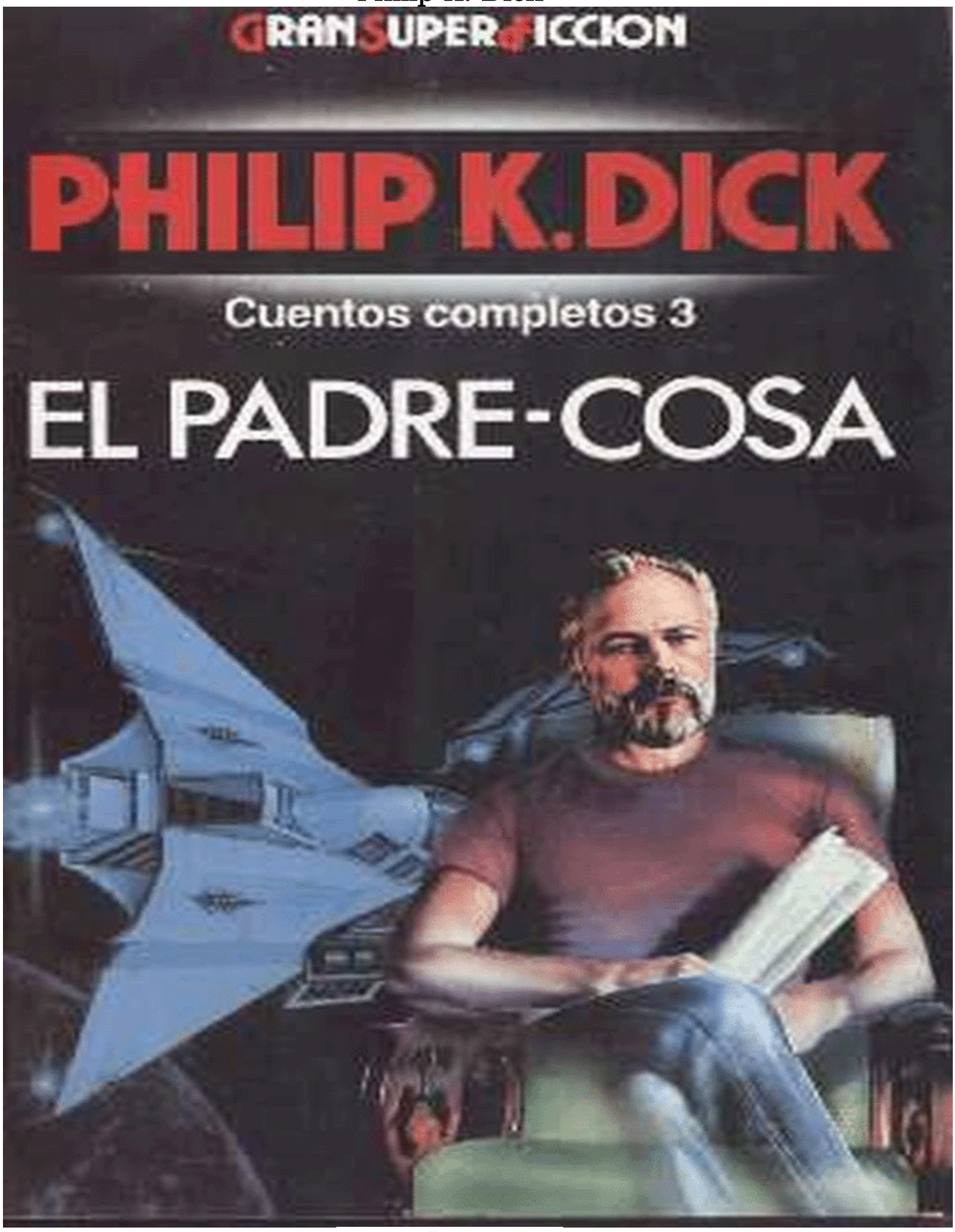
CUENTOS COMPLETOS 3 - EL PADRE-COSA

Philip K. Dick



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

INTRODUCCIÓN

Tengo treinta y tres libros de Philip K. Dick en mi biblioteca. Dentro de poco confío en tener treinta y ocho, más del doble que cualquier otro autor de ciencia ficción. Su más cercano contendiente sólo llega a dieciocho volúmenes, cuatro de los cuales son antologías preparadas por él.

¿Por qué? ¿Por qué tengo más libros de Dick que de ningún otro?

Bien, digámoslo así. Dick fue el hombre que me convenció, siquiera durante la duración de una novela, de que podía existir una sociedad cuya moneda de curso legal fuera la mermelada de naranja.

He intentado recordar mi primer contacto con la obra del interfecto. Sospecho que debió ser cuando leí su primer relato del género publicado, Aquí yace el wub. Estaba contado con un estilo competente y cierto sentido de! humor; en conjunto, un debut notable. Sin embargo, los relatos que siguieron (se decía que escribía uno por semana) daban la impresión de que su autor aún intentaba encontrar su propia voz. En concreto, percibí muchos ecos del llorado Henry Kuttner. Tuve que esperar a sus novelas para darme cuenta de cuanta imaginación y originalidad poseía Dick, con qué ingenio deformaba nuestro mundo en pautas extrañas, o lo enfocaba desde un ángulo inusual para crear una perspectiva nuera e inquietante, combinada con un sentido de la «otredad» que hacía mella en el subconsciente de! lector durante días y, en ocasiones, meses.

Recuerdo que compré un ejemplar de segunda mano hecha trizas de Lotería solar y lo devoré de una sentada. Recuerdo que me mordía las uñas de impaciencia entre las entregas de Tiempo desarticulado, cuando Ted Carnell la publicó por partes en New Worlds. Después de leer ambas novelas, quedé convencido. Supe que debía ir a la caza de todas las obras de Dick que pudiera encontrar.

En 1966, también en New Worlds, publiqué un artículo entusiasta y encendido sobre su obra (en aquel tiempo poco conocida en Gran Bretaña) que, debo admitir, fue motivado en parte por egoísmo: quería leer más libros suyos... Diez años después, tuve el placer de que me invitaran a escribir un prefacio para The Best of Philip K. Dick, publicado por Ballantine. Una década más tarde, en 1986, me han solicitado que realice una tarea similar e igualmente gratificante.

Pero mucho más difícil. No quiero autoplagiarme, y cuando releí mi artículo de 1976 descubrí que había resumido en él todo lo que pensaba, y todo lo que todavía pienso, sobre aquello que convierte la obra de Dick en extraordinaria. Hablé sobre la naturaleza del mundo dickiano, su casi vaciedad, su esterilidad, su parecido con el nuestro o sus inquietantes diferencias. Hablé sobre las percepciones alteradas que era capaz de inducir en la mente del lector, y la habilidad con que sostenía presunciones absurdas el tiempo que fuera necesario, con tal de impedir que el lector incrédulo, abandonara el libro. La mermelada como moneda sería uno de los incontables ejemplos. Hablé sobre su pródiga generosidad con ideas y conceptos que muchos escritores considerarían fundamentales, pero que él trataba como secundarias, y citaba por encina de todos aquella maravillosa escena en que un personaje dice a otro: «Dios ha muerto». Y es un hecho cierto: un ser lo bastante evolucionado para haber creado la Tierra y todas sus formas de vida, incluidos nosotros, es encontrado flotando en el espacio.

Sin embargo, este hecho no tiene mucha importancia en el conjunto del relato.

Estoy tentado de citar mi artículo de 1976 in extenso, pero no lo haré. Han pasado los años, Phil ha muerto, y esta vez no recibiré útiles cartas suyas en que me sugiera relatos pura ser incluidos en la colección propuesta, porque está, merecidamente, completa.

Ni tampoco, ahora que lo pienso, cartas respetuosas pero irritantes en las cuales mencionaba aquellos relatos que prefería dejar fuera de la selección.

Le conocí en 1964 en Oakland (California), durante una fiesta previa al Worldcon. No era como había imaginado. Considerando su ingenio mordaz y prolífico, esperaba una persona tranquila y bastante cínica. En cambio, me encontré con un hombre muy tímido, que rehuía la mirada de un extraño como yo y paseaba la vista a su alrededor sin cesar, como para asegurarse de que existía una vía de escape. Más tarde, me enteré de cuánto le atormentaba la estupidez del mundo, cuánto le afectaban personalmente los insultos infligidos a la inteligencia colectiva par aquellos que pretenden hablar en nuestro nombre y en el de!a civilización, que ejercen el poder sobre nosotros y solo piensan en sí mismos. Ignoro cuán en serio quería que le tomaran cuando describía sus simulacros de políticos, desde su eterna Jackie Kennedy hasta su tozudo replicante de Lincoln. Pero daba igual. Había logrado plasmar otra brillante imagen de los defectos y deficiencias de nuestro mundo, otra faceta del espejo que le acercaba, que distorsionaba y al mismo tiempo, de manera inexplicable, reflejaba una verdad aún mayor, un aspecto próximo a la realidad.

En nuestro último encuentro, durante un festival de ciencia ficción celebrado en Metz (Francia), tampoco comprendí su deseo de que la gente le creyera a pies juntillas cuando afirmaba que se comunicaba con el apóstol Pablo, o que había matado a un gato con sólo desear su muerte. No pude decidir si, después de tantos años de Sufrimientos interiores, sus invenciones se habían opuesto a su razón, o si había llegado a la amarga conclusión de que la única forma de tratar con nuestro mundo lunático era considerarlo una inmensa broma de mal gusto, y combatirlo en el mismo nivel irracional.

Espero, confío, en que fuera lo último, porque esto implica que en sus escritos había encontrado la solución, o como mínimo una solución, a los numerosos problemas que había afrontado; a su frustración por la falta de reconocimiento en el campo de la literatura general, a sus matrimonios rotos, al misterioso asalto a su casa descrito en el libro de Paul Williams «Only Apparently Real», y a todo lo demás. Fue una persona extraña, pero un maravilloso escritor, y quizá sus escritos le procuraron la catarsis. En cualquier caso, proporcionaran a sus lectores una experiencia única.

Y creo que eso explica con creces por qué tengo treinta y tres de sus libros y espero tener pronto treinta y ocho.

Leed e impresionaos.

JOHN BRUNNER
South Petherton
Inglaterra
Octubre de 1986

Creo que contemplamos las pautas reales desde un punto de vista restringido. Y ese punto de vista restringido dice que la gente hace cosas deliberadas, en complicidad, dirigidas contra uno, cuando en realidad existen pautas que no dependen de las personas. Y no están dirigidas contra ninguno de nosotros; son mucho más amplias, y funcionan gracias a todos.

Philip K. Dick en una entrevista (1974)

COTO DE CAZA

El profesor Anthony Douglas se arrellanó en su butaca de cuero rojo y suspiró. Un largo suspiro, mientras se quitaba laboriosamente los zapatos con gran aparato de gruñidos y los enviaba de una patada a un rincón. Enlazó las manos bajo su oronda barriga y se reclinó, con los ojos cerrados.

—¿Cansado? —preguntó Laura Douglas, apartando la vista por un momento de la cocina y mirándole con ternura.

—No lo sabes bien.

Douglas inspeccionó el periódico vespertino, tirado frente a él en el sofá. ¿Valía la pena? No, en realidad no. Buscó los cigarrillos en el bolsillo de la chaqueta y encendió uno con movimientos perezosos.

—Sí, estoy cansado, ya lo creo. Hemos iniciado una nueva línea de investigación. Un montón de jovencitos brillantes procedentes de Washington nos ha invadido. Maletines y reglas de cálculo.

—No…

—Oh, sigo al mando. —El profesor Douglas dibujó una amplia sonrisa—. Ni por asomo. —El humo gris del cigarrillo onduló a su alrededor—. Pasarán años antes que me lleven la delantera. Tendrán que afinar un poco más sus reglas de cálculo…

Su mujer sonrió y continuó preparando la cena. Quizá se debía a la atmósfera que reinaba en la pequeña ciudad de Colorado. A los sólidos e impasibles picos montañosos que se alzaban en torno suyo. Al aire frío y seco. A los tranquilos ciudadanos. En cualquier caso, las tensiones y dudas que agobiaban a otros miembros de la profesión no parecían afectar a su marido. En los últimos tiempos, gran cantidad de advenedizos agresivos estaban engrosando las filas de los físicos nucleares. La posición de los veteranos, de repente inseguros, se tambaleaba. La nueva horda de jóvenes talentos invadía todas las universidades, departamentos de física y laboratorios. Incluso el Bryant College, tan alejado del mundanal ruido.

Si Anthony Douglas estaba preocupado, jamás lo demostraba. Descansaba plácidamente en su butaca, los ojos cerrados, una sonrisa beatífica en su rostro. Estaba cansado…, pero en paz. Suspiró de nuevo, esta vez más de placer que por cansancio.

—Es verdad —murmuró—. Tengo suficientes años para ser su padre, pero aún les llevo una buena ventaja. Conozco mejor el medio, por supuesto, y…

—Y las teclas que hay que pulsar.

—También. En cualquier caso, creo que saldré bien librado de esa nueva línea recién…

Su voz enmudeció.

—¿Qué pasa? —preguntó Laura.

Douglas se incorporó a medias. Había palidecido intensamente. El horror se reflejaba en sus ojos, aferraba con fuerza los brazos de la butaca, su boca se abría y cerraba.

Había un gran ojo en la ventana. Un inmenso ojo que escudriñaba la habitación y le examinaba. El ojo abarcaba toda la ventana.

—¡Santo Dios! —gritó Douglas.

El ojo se retiró. Afuera sólo se veía la penumbra de la noche, las colinas y árboles difuminados, la calle. Douglas se hundió poco a poco en su butaca.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Laura—. ¿Qué viste? ¿Había algo ahí fuera?

Douglas se retorcía las manos sin cesar y su boca temblaba con violencia.

—Te digo la verdad, Bill. Yo lo vi. Era real. En caso contrario, no lo diría, ya lo sabes. ¿No me crees?

—¿Lo vio alguien más? —preguntó el profesor William Henderson, mientras mordisqueaba el lápiz con aire pensativo. Despejó un poco la mesa, apartó el plato y los cubiertos, y sacó su bloc—. ¿Lo vio Laura?

—No. Estaba vuelta de espaldas.

—¿Qué hora era?

—Hace media hora. Acababa de llegar a casa. Sobre las seis y media. Me había quitado los zapatos, estaba descansando.

Douglas se secó la frente con una mano temblorosa.

—¿Dices que estaba suelto, que no había nada más? ¿Sólo el... ojo?

—Sólo el ojo. Un ojo enorme que me miraba. Me examinaba. Como si...

—¿Como qué?

—Como si mirara por un microscopio.

Silencio.

La mujer de Henderson, una pelirroja, habló desde el otro lado de la mesa.

—Siempre has sido un empírico estricto, Doug. Nunca te he oído decir tonterías, pero esto... Lástima que nadie lo viera.

—¡Claro que nadie lo vio!

—¿Qué quieres decir?

—Esa maldita cosa me estaba mirando a mí. Me estaba estudiando a mí. —Douglas se puso a gritar como un histérico—. ¿Cómo creen que me siento? ¡Examinado por un ojo grande como un piano! Dios mío, si no fuera tan estable, me habría vuelto loco.

Henderson y su mujer intercambiaron una mirada. Bill, apuesto, de cabello oscuro, diez años más joven que Douglas. Jean Henderson, vivaz, alegre, catedrática de psicología infantil, de rotundos senos, vestida con pantalones y blusa de nilón.

—¿Qué opinas? —le preguntó Bill—. Entra más en tu especialidad.

—Es tu especialidad —bufó Douglas—. No intentes explicarlo como una proyección morbosa. He venido a verte porque eres el jefe del Departamento de Biología.

—¿Crees que es un animal? ¿Un perezoso gigantesco o algo por el estilo?

—Tiene que ser un animal.

—Quizá sea una broma —sugirió Jean—, o un cartel publicitario. El símbolo de un ocultista. Alguien que lo paseó frente a la ventana.

Douglas procuró contenerse.

—El ojo estaba vivo. Me miró. Me inspeccionó. Después, se retiró, como si se apartara de una lente. —Se estremeció—. ¡Les digo que me estaba examinando!

—¿Sólo a ti?

—A mí. A nadie más.

—Pareces curiosamente convencido que te miraba desde arriba —observó Jean.

—Sí, hacia abajo. A mí. Ni más ni menos. —Una extraña expresión asomó al rostro de Douglas—. Eso es, Jean. Como si viniera de arriba.

Movió la mano hacia el techo.

—Quizás era Dios —murmuró Bill, pensativo.

Douglas no dijo nada. Palideció y sus dientes castañetearon.

—Tonterías —dijo Jean—. Dios es un símbolo trascendente psicológico que representa fuerzas inconscientes.

—¿Te miraba con aire acusador? —preguntó Bill—. ¿Como si hubieras hecho algo malo?

—No. Con interés. Con considerable interés. —Douglas se levantó—. Debo volver. Laura piensa que estoy sometido a algún tipo de presión. A ella no se lo he dicho, claro. No tiene una mente científica. Sería incapaz de asimilar semejante idea.

—Hasta a nosotros nos cuesta —dijo Bill.

Douglas avanzó hacia la puerta, nervioso.

—¿No se les ocurre alguna explicación? ¿Quizás alguna entidad considerada extinta, que todavía merodee por estas montañas?

—No la hay, que nosotros sepamos. Si me enterara de…

—Has dicho que miraba desde arriba —interrumpió Jean—. No se había agachado para mirarte. Por lo tanto, no puede ser un animal o un ser terrestre. —Meditó durante unos segundos—. Tal vez nos están observando.

—A ustedes no —dijo Douglas en tono quejumbroso—. Sólo a mí.

—Otra raza —añadió Bill—. ¿Crees…?

—Quizá sea un ojo venido de Marte.

Douglas abrió la puerta principal con cautela y escudriñó el exterior. La noche era muy oscura. Una leve brisa soplaba entre los árboles y sobre la autopista. Apenas vio su coche, un cuadrado negro recortado contra las colinas.

—Si se les ocurre alguna idea, llámenme.

—Tómate un par de fenobarbitales antes de irte a la cama —aconsejó Jean—. Tranquiliza tus nervios.

Douglas salió al porche.

—Buena idea. Gracias. —Meneó la cabeza—. A lo mejor me he vuelto loco. ¡Santo Dios! Bien, hasta luego. —Bajó la escalera y se agarró con fuerza al pasamano.

—Buenas noches —se despidió Bill.

La puerta se cerró y la luz del porche se apagó. Douglas se encaminó hacia su coche con cautela. Extendió la mano en la oscuridad, con la intención de palpar la manilla de la puerta. Un paso. Dos pasos. Qué tontería. Un hombre adulto, casi de edad madura, en el siglo XX. Tres pasos.

Encontró la puerta, la abrió, se deslizó en el interior a toda prisa y cerró con el seguro. Rezó en silencio una oración de agradecimiento mientras encendía el motor y los faros. Qué estupidez. Un ojo gigantesco. Algún truco.

Dio vueltas a la idea en su cabeza. ¿Estudiantes? ¿Bromistas? ¿Comunistas? ¿Un complot para volverle loco? Era un hombre importante. Probablemente, el físico nuclear más importante del país. Y este nuevo proyecto...

Dirigió el coche lentamente hacia la silenciosa autopista. Vigiló cada árbol y arbusto mientras el coche aceleraba.

Un complot comunista. Algunos estudiantes pertenecían a una organización de izquierda, una especie de grupo de estudios marxista. Quizá habían planeado...

Algo brilló, iluminado por los faros. Algo situado al borde de la autopista.

Douglas lo miró, estupefacto. Algo cuadrado, un bloque largo entre las hierbas que crecían junto a la autopista, donde empezaban los grandes árboles oscuros. Brillaba y centelleaba. Disminuyó la velocidad al mínimo.

Una barra de oro, tirada junto al borde de la carretera. Era increíble.

El profesor Douglas bajó la ventanilla poco a poco y asomó la cabeza. ¿Sería oro verdadero? Lanzó una carcajada nerviosa. Probablemente no lo era. Había visto oro a menudo, por supuesto. Y esto parecía oro, aunque tal vez fuera plomo, un lingote de plomo con una capa dorada.

Pero..., ¿por qué?

Una broma. Una tomadura de pelo. Los chicos de la universidad. Habrían visto su coche cuando se dirigía a casa de los Henderson, e intuido que no tardaría en regresar.

O... O en realidad era oro. Quizá había pasado un furgón acorazado. Había tomado la curva a demasiada velocidad. El lingote había caído entre las hierbas. En ese caso, había una pequeña fortuna tirada junto al borde de la carretera.

Pero era ilegal poseer oro. Tendría que devolverlo al gobierno. Pero, ¿no podría quedarse con una simple pieza? Si la devolvía, obtendría alguna recompensa. Varios miles de dólares, probablemente.

Un plan demencial pasó por su mente. Apoderarse del lingote, esconderlo en una caja, volar a México, fuera del país. Eric Barnes era el propietario de un Piper Club. No le costaría nada introducirlo en México. Venderlo. Retirarse. Vivir con toda clase de lujos el resto de su vida.

El profesor Douglas resopló, irritado. Su deber era devolverlo. Llamar a la Casa de la Moneda en Denver, contarlo todo. O al departamento de policía. Dio marcha atrás hasta situarse junto a la barra. Apagó el motor y salió. Tenía un trabajo que hacer. Como ciudadano ejemplar (y bien sabía Dios que cincuenta pruebas habían demostrado su ejemplaridad), tenía un trabajo que hacer. Buscó una linterna en el tablero de instrumentos. Si alguien había perdido una barra de oro, le correspondía a él...

Una barra de oro. Imposible. Un escalofrío recorrió su cuerpo y atenazó su corazón. Una débil voz le habló con claridad y racionalidad desde el fondo de su cerebro: «¿Quién se marcharía, abandonando un lingote de oro?».

Algo estaba pasando.

El miedo lo invadió. Se quedó petrificado, temblando de terror. La autopista, oscura y desierta. Las montañas silenciosas. Estaba solo. Un lugar perfecto. Si querían atraparlo...

¿Ellos?

¿Qué?

Paseó la vista a su alrededor. Ocultos entre los árboles, lo más probable. Esperándole. Esperando a que cruzara la autopista, a que dejara la carretera

y se internara en el bosque. A que se agachara e intentara recoger el lingote. Un golpe veloz en ese momento; con eso bastaría.

Douglas volvió a su coche y encendió el motor. Soltó el freno. El coche saltó hacia adelante y aceleró. Sus manos temblaban. Douglas se aferró con desesperación al volante. Tenía que huir. Escapar antes que..., lo que fuera le atrapara.

Echó un último vistazo por la ventanilla bajada. El lingote seguía en su sitio, todavía centelleaba entre las hierbas que bordeaban la autopista, pero sus contornos eran vagos y el aire oscilaba a su alrededor.

De pronto, el lingote se esfumó. Desapareció. Su brillo se fundió con la oscuridad.

Douglas levantó la vista y contuvo el aliento, aterrorizado.

Sobre él, en el cielo, algo ocultaba las estrellas. Una gran forma, tan enorme que le sorprendió. La sombra se movió, el círculo incorpóreo de una presencia viva, directamente sobre su cabeza.

Un rostro. Un rostro cósmico, gigantesco, le miraba. Como una inmensa luna, que ocultaba todo lo demás. El rostro flotó un instante, fijo en él..., en el lugar que acababa de abandonar. Después, el rostro desapareció y se fundió en la oscuridad, al igual que el lingote.

Las estrellas reaparecieron. Estaba solo.

Douglas se hundió contra el asiento. El coche osciló locamente y se precipitó carretera adelante. Sus manos resbalaron del volante y cayeron a los costados. Se apoderó del volante justo a tiempo.

No existía la menor duda. Alguien le perseguía. Intentaba apoderarse de él, pero no se trataba de estudiantes bromistas o comunistas. Ni tampoco de algún animal que hubiera sobrevivido a lo largo de los siglos.

Fuera lo que fuese, fueran quienes fuesen, no tenía relación con la Tierra. Ello, o ellos, procedía de otro mundo. Su objetivo era capturarle.

A él.

Pero, ¿por qué?

Pete Berg escuchaba con atención.

—Continúa —dijo, cuando Douglas se calló.

—Eso es todo. —Douglas se volvió hacia Bill Henderson—. No intentes decirme que estoy loco. Lo vi. Me estaba mirando. No sólo el ojo, sino toda la cara esta vez.

—¿Crees que era la cara a la que pertenecía el ojo? —preguntó Jean Henderson.

—Lo sé. La cara tenía la misma expresión que el ojo. Me estaba examinando.

—Debemos llamar a la policía —dijo Laura Douglas, con voz tensa—. Esto no puede seguir así. Si alguien le persigue...

—La policía no servirá de nada.

Bill Henderson paseaba arriba y abajo. Era tarde, pasada la medianoche. Todas las luces de la casa de los Douglas estaban encendidas. En un rincón estaba sentado Milton Erick, jefe del Departamento de Matemáticas, que tomaba nota de todo sin la menor expresión en su arrugado rostro.

—Podemos concluir —dijo el profesor Erick, que hasta hace un momento sostenía la pipa entre sus dientes amarillentos—, que se trata de una raza extraterrestre. Su tamaño y la posición que adoptan indica que no son terrestres.

—¡No pueden estar quietos en el cielo! —estalló Jean—. ¡No hay nada ahí arriba!

—Es posible que existan configuraciones de materia sin ninguna relación con la nuestra. Una coexistencia de sistemas de universos infinita o múltiple, que tiene lugar a lo largo de un plano de coordenadas totalmente inexplicable mediante nuestros términos actuales. En este momento, debido a una yuxtaposición singular de las tangentes, nos encontramos en contacto con una de estas configuraciones.

—Quiere decir que la gente que persigue a Doug no pertenece a nuestro universo —explicó Bill Henderson—. Vienen de otra dimensión muy diferente.

—El rostro fluctuó —murmuró Douglas—. Tanto el lingote como el rostro fluctuaron y desaparecieron.

—Se retiraron —afirmó Bill—. Regresaron a su universo. Por lo visto, entran en el nuestro cuando quieren, a través de una brecha por así decirlo.

—Es una pena que sean tan grandes —dijo Jean—. Si fueran más pequeños...

—El tamaño juega a su favor —admitió Erick—. Una desgraciada circunstancia.

—¡Estoy harta de cháchara académica! —gritó Laura—. ¡Nos dedicamos a recitar teorías, mientras algo le persigue!

—Esto podría ser la explicación de los dioses —dijo Bill, de repente.

—¿Los dioses?

Bill asintió.

—¿No lo entienden? En el pasado, estos seres espiaban nuestro universo. Incluso existe la posibilidad que penetraran en él. La gente primitiva les veía y no sabía explicar su presencia. Edificaron religiones en torno a ellos. Les rindieron adoración.

—El monte Olimpo —dijo Jean—. ¡Claro! Y Moisés se encontró con Dios en la cumbre del monte Sinaí. Nosotros vivimos en lo alto de las Rocosas. Es posible que sólo se produzcan contactos en los lugares elevados. En montañas como éstas.

—Los monjes tibetanos habitan en las zonas más elevadas del planeta —añadió Bill—. En la parte más alta y antigua del mundo. Todas las religiones importantes han sido reveladas en las montañas, y predicadas por personas que vieron a Dios en sus cumbres y bajaron para esparcir la buena nueva.

—Lo que no entiendo es por qué le quieren a él —dijo Laura. Extendió las manos en un gesto de impotencia—. ¿Por qué le han elegido a él?

—Creo que está muy claro.

La expresión de Bill era decidida.

—Explícate —gruñó Erick.

—¿Qué es Doug? El mejor físico nuclear del mundo, más o menos. Trabaja en proyectos de alto secreto, relativos a la fisión nuclear. Investigaciones muy avanzadas. El gobierno protege todo cuanto hace el Bryant College..., porque Douglas trabaja en él.

—¿Y?

—Le buscan por sus conocimientos, por sus habilidades. Porque debido a su tamaño en relación a nuestro universo pueden someter nuestras vidas a un escrutinio tan minucioso como el que nosotros llevamos a cabo en nuestros laboratorios de biología a..., bueno, a los cultivos de «sarcina

pulmonum». Sin embargo, eso no significa que su cultura sea más avanzada que la nuestra.

—¡Claro! —exclamó Pete Berg—. Quieren los conocimientos de Doug. Quieren arrebatárselos y aplicarlos a su civilización.

—¡Parásitos! —dijo Jean—. Siempre han dependido de nosotros, ¿no lo comprenden? Hombres del pasado que desaparecieron, secuestrados por esos seres. —Se estremeció—. Es posible que consideren a la Tierra su territorio de experimentación, en el que las técnicas y el conocimiento avanzan con grandes esfuerzos..., para que ellos se beneficien.

Douglas se dispuso a replicar, pero las palabras no salieron de su boca. Se quedó rígido en la silla, con la cabeza ladeada.

Alguien gritaba su nombre desde el exterior.

Se levantó y avanzó hacia la puerta. Todos lo miraron, estupefactos.

—¿Qué pasa? —preguntó Bill—. ¿Qué sucede, Doug?

Laura le tomó del brazo.

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras mal? ¡Di algo! ¡Doug!

El profesor Douglas se soltó y abrió la puerta. Salió al porche. La luna brillaba débilmente. Una suave luz bañaba el paisaje.

—¡Profesor Douglas!

De nuevo la voz, joven y dulce; la voz de una muchacha.

Una chica se erguía al pie de la escalera, bañada por la luz de la luna. Rubia, de unos veinte años de edad. Vestía una falda a cuadros, un jersey de angora de color pálido, un pañuelo de seda alrededor del cuello. Agitaba las manos en su dirección con nerviosismo, la expresión de su rostro era casi suplicante.

—¿Me concede un momento, profesor? Ha sucedido algo terrible...

Su voz enmudeció y se alejó de la casa, en dirección a la oscuridad.

—¿Qué ocurre? —gritó Douglas.

Apenas oyó la voz de la joven. Se alejaba.

Douglas estaba indeciso. Vaciló, y después bajó la escalera a toda prisa en su persecución. La muchacha retrocedió, retorciéndose las manos, su boca sensual deformada por una mueca de desesperación. Sus pechos subían y bajaban debajo del jersey como presa de un terror agónico. La luz de la luna resaltaba cada estremecimiento.

—¿Qué pasó? —gritó Douglas—. ¿Qué sucede? —Corrió tras ella, encolerizado—. ¡Deténgase, por el amor de Dios!

La muchacha se alejaba cada vez más de la casa y de él, en dirección a la gran extensión de césped que señalaba el comienzo del campo. Douglas estaba harto. ¡Maldita chica! ¿Por qué no le esperaba?

—¡Espere un momento! —gritó. Llegó al césped, casi sin aliento—. ¿Quién es usted? ¿Qué demonios...?

Se produjo un relámpago. Un rayo de luz cegadora cayó detrás de él, a pocos metros de distancia, y dejó un hueco humeante en la hierba.

Douglas se detuvo, aturdido. Un segundo rayo cayó delante de él. La ola de calor le arrojó hacia atrás. Tropezó y estuvo a punto de caer. La muchacha se había detenido de repente. Estaba silenciosa e inmóvil, el rostro inexpresivo. Parecía un muñeco de cera que hubiera cobrado vida de súbito.

Pero no tenía tiempo para reflexionar sobre aquello. Dio media vuelta y corrió hacia la casa. Un tercer rayo cayó frente a él. Se desvió hacia la

derecha y se lanzó entre los matorrales que crecían cerca de la pared. Se apretó contra el cemento de la casa, jadeante.

El cielo tachonado de estrellas resplandeció levemente. Un breve movimiento. Después, nada. Estaba solo. Los rayos cesaron. Y...

La chica también había desaparecido.

Un señuelo. Una hábil imitación para alejarle de la casa, para obligarle a salir a terreno descubierto y poder dispararle.

Se puso en pie, temblando de pies a cabeza, y rodeó la casa. Bill Henderson, Laura y Berg estaban en el porche, hablaban nerviosamente y le buscaban con la mirada. Vio su coche estacionado en el camino privado. Si conseguía llegar hasta él...

Escrutó el cielo. Sólo estrellas. Ni rastro de *ellos*. Si alcanzaba a subir al coche y escapar lejos de las montañas, hacia Denver, que estaba en una zona más baja, quizá se salvaría.

Respiró hondo. Sólo le separaban diez metros del coche. Si conseguía entrar...

Corrió. A toda velocidad. Por el camino particular. Abrió la puerta del coche y saltó dentro. Encendió el motor y quitó el freno con veloces movimientos.

El coche se deslizó hacia adelante. El motor cobró vida. Douglas aplastó el acelerador con violencia. El coche brincó. Laura, en el porche, gritó y bajó la escalera. El rugido del motor apagó su grito y el chillido de Bill.

Un momento después se encontraba en la autopista, huyendo de la ciudad, y tomó la larga y sinuosa carretera que conducía a Denver.

Llamaría a Laura desde Denver. Se reuniría con él. Tomarían el tren que iba al este. Al infierno el Bryant College. Su vida estaba en juego. Condujo durante horas sin detenerse, toda la noche. El sol salió y ascendió poco a poco en el cielo. Se veían más coches en la carretera. Dejó atrás a un par de camiones diesel que progresaban con lentitud y bastantes dificultades.

Empezaba a sentirse algo mejor. Las montañas iban disminuyendo de tamaño, cada vez más lejanas...

A medida que aumentaba el calor, su estado de ánimo se fortalecía. Había cientos de laboratorios y universidades diseminados por el país. No le costaría proseguir su trabajo en otro sitio. Una vez fuera de las montañas, no le atraparían.

Disminuyó la velocidad. El depósito de gasolina estaba casi vacío.

A la derecha de la carretera había una gasolinera y un pequeño café. La visión del café le recordó que no había desayunado. Su estómago empezaba a protestar. Había un par de coches estacionados frente al café. Algunas personas estaban sentadas ante la barra.

Salió de la carretera y entró en la gasolinera.

—Lleno —dijo al empleado.

Dejó el coche en punto muerto y salió. La grava estaba caliente. Se le hizo agua la boca. Tostadas, jamón, café humeante...

—¿Puedo dejarlo aquí? —preguntó.

—¿El coche? —El empleado desenroscó la tapa y procedió a llenar el depósito—. ¿Qué quiere decir?

—Haga el favor de llenarlo y estacionarlo. Volveré dentro de unos minutos. Quiero desayunar algo.

—¿Desayunar?

Douglas estaba irritado. ¿Qué sucedía con aquel tipo? Señaló el café. Un camionero había abierto la puerta mosquitera y estaba de pie en el umbral. Se hurgaba los dientes con aire pensativo. En el interior, la camarera iba de un lado a otro. Percibió el aroma del café, del tocino frito. Sonaba un jukebox. Un sonido cálido, amistoso.

—El café.

El empleado dejó de poner gasolina. Bajó poco a poco la manguera y se volvió hacia Douglas, con una expresión extraña en el rostro.

—¿Cuál café? —dijo.

El café tembló y se evaporó de súbito. Douglas reprimió un grito de terror. Donde había estado el café sólo se veía un campo vacío.

Hierba pardoverdosa. Algunas latas herrumbradas. Botellas. Desperdicios. Una valla inclinada. A lo lejos, el perfil de las montañas.

Douglas intentó serenarse.

—Estoy un poco cansado —murmuró. Subió al coche con movimientos inseguros—. ¿Cuánto le debo?

—Apenas he comenzado a llenar el...

—Tome. —Douglas le tendió un billete—. Apártese de mi camino.

Encendió el motor y volvió a la autopista. El atónito empleado se quedó mirándole.

Por poco. Por muy poco. Una trampa. Y casi había caído en ella.

Pero lo más terrorífico no era eso. Había salido de las montañas y continuaban persiguiéndole.

No había servido de nada. No se encontraba más a salvo que anoche. Estaban por todas partes.

El coche devoraba kilómetros. Se estaba acercando a Denver... ¿Y qué? Daba igual. Aunque cavara un agujero en el Valle de la Muerte y se escondiera dentro, seguiría en peligro. Le perseguían y no iban a rendirse. Eso estaba claro.

Se devanó los sesos, desesperado. Tenía que pensar en algo, en alguna forma de burlarles.

Una cultura parasitaria. Una raza que vivía a costa de los humanos, que se aprovechaba del conocimiento y de los descubrimientos humanos. ¿No había dicho eso Bill? Iban en busca de sus conocimientos especializados, únicos, en física nuclear. Le habían elegido a causa de su superioridad sobre los demás colegas. Le perseguirían hasta atraparle. Y luego..., ¿qué?

El terror se apoderó de él. El lingote de oro. El cebo. La muchacha parecía tan real. El café lleno de gente. Incluso los olores: tocino frito, café humeante.

Dios, si fuera una persona normal, inculta, sin nada especial. Si...

El ruido de un reventón. El coche vibró. Douglas blasfemó. Un reventón. Precisamente ahora.

Precisamente...

Douglas detuvo el coche en la cuneta. Paró el motor y puso el freno de mano. Permaneció sentado un rato en silencio. Por fin, rebuscó en la chaqueta y sacó un aplastado paquete de cigarrillos. Encendió uno lentamente y bajó la ventanilla para que entrara un poco de aire.

Estaba atrapado, sin duda. No había nada que hacer. Estaba completamente solo, entre dos ciudades. El reventón era intencionado, por supuesto. Algo en la carretera, esparcido desde arriba. Tachuelas, lo más probable.

La autopista estaba desierta. No se veía ningún coche. Estaba completamente solo, entre dos ciudades. Denver se encontraba a cuarenta y cinco kilómetros de distancia. No existía la menor posibilidad de llegar allí. Campos llanos, desoladas planicies, le rodeaban.

Nada, excepto la llanura..., y el cielo azul.

Douglas escrutó el cielo. No podía verles, pero estaban en algún sitio, esperando a que bajara del coche. Una cultura extraterrestre utilizaría sus conocimientos, sus habilidades. Sería un instrumento en sus manos. Un esclavo, nada más.

En cierto modo, era un consuelo. Había sido seleccionado entre todos los miembros de la sociedad. Sus conocimientos y habilidades habían vencido a todos los demás. Algo de calor acudió a sus mejillas. Le habrían estudiado durante cierto tiempo. El gran ojo habría observado a menudo por su telescopio, o microscopio, o lo que fuera. Habría tomado buena nota de su capacidad y comprendido que era un elemento fundamental para su cultura.

Douglas abrió la puerta del coche. Salió y pisó el recalentado pavimento. Tiró el cigarrillo y lo aplastó con calma. Respiró hondo, se estiró y bostezó. Vio las tachuelas, diminutos puntos de luz sobre la superficie del pavimento. Las dos ruedas delanteras estaban deshinchadas.

Algo brilló sobre él. Douglas esperó, inmóvil. Ahora que había llegado el momento, ya no tenía miedo. Contempló la escena con una especie de curiosidad indiferente. La cosa aumentó de tamaño. Creció y se expandió sobre su cabeza. Vaciló un momento. Después, descendió.

Douglas no se movió cuando la enorme red cósmica se cerró sobre él. Las cuerdas le apretaron cuando la red se alzó. Subió hacia el cielo, pero estaba tranquilo, en paz, sin miedo.

¿Por qué iba a tener miedo? Seguiría con el mismo trabajo de siempre. Echaría de menos a Laura y la universidad, desde luego, la comunidad intelectual de la facultad, los rostros alegres de los estudiantes, pero también encontraría buena compañía allí arriba. Personas con quienes trabajar. Mentes disciplinadas con las cuales comunicarse.

La red subía cada vez con mayor rapidez. El suelo retrocedía con celeridad. La Tierra pasó de ser una superficie plana a un globo. Douglas contempló todo con interés profesional. Sobre la intrincada tela de la red distinguió el contorno del otro universo, del nuevo mundo hacia el cual se dirigía.

Formas. Dos enormes sombras acuclilladas. Dos figuras increíblemente gigantescas agachadas. Una tiraba de la red. La otra miraba y sujetaba algo en la mano. Un paisaje. Sombras difusas, demasiado inmensas para que Douglas las abarcara.

Captó un pensamiento.

«Por fin. Cuántas dificultades.»

«Valía la pena», pensó el otro ser.

Los pensamientos atronaron en su cabeza. Poderosos pensamientos, procedentes de mentes inmensas.

«Yo tenía razón. El más gordo. ¡Menuda presa!»

«¡Pesará sus buenos veinticuatro ragets!»

«¡Por fin!»

De pronto, la compostura de Douglas le abandonó. Un escalofrío de horror recorrió su mente. ¿De qué estaban hablando? ¿Qué querían decir?

Entonces, le tiraron de la red. Cayó. Algo se acercó. Una superficie plana, brillante. ¿Qué era?

Cosa curiosa, se parecía demasiado a una sartén.

EL AHORCADO

A las cinco en punto, Ed Loyce se lavó, se puso el sombrero y la chaqueta, sacó el coche y atravesó la ciudad en dirección a su tienda de televisores. Estaba cansado. Le dolían la espalda y los hombros de excavar tierra del sótano y transportarla al patio posterior. De todos modos, para ser un hombre de cuarenta años, lo había hecho muy bien. Janet podría comprarse un nuevo jarrón con el dinero que había ahorrado, y le gustaba la idea de reparar personalmente los cimientos.

Estaba oscureciendo. El sol poniente arrojaba largos rayos sobre los apresurados peatones que volvían del trabajo, cansados y malhumorados; mujeres cargadas con bultos y paquetes, estudiantes de la universidad, se mezclaban con funcionarios, ejecutivos y secretarias. Detuvo el Packard ante un semáforo en rojo y arrancó de nuevo. La tienda había estado abierta sin su presencia. Llegaría justo a tiempo de colaborar hasta la hora de la cena, echar un vistazo a las cuentas del día y hasta cerrar un par de ventas él mismo. Condujo a poca velocidad frente al pequeño cuadrado de verde situado en el centro de la calle, el parque de la ciudad. No había estacionamiento ante TELEVISORES LOYCE - SERVICIO DE VENTA Y REPARACIONES. Maldijo por lo bajo y ejecutó una maniobra en forma de U. Volvió a pasar frente al pequeño cuadrado de verde, con la fuente, el banco y la farola solitarias.

Algo colgaba de la farola. Un bulto informe y oscuro, que el viento balanceaba con suavidad. Como una especie de maniquí. Loyce bajó la ventanilla y asomó la cabeza. ¿Qué demonios era aquello? ¿Algún anuncio? A veces, la Cámara de Comercio ponía anuncios en la plaza.

Dio otro giro en forma de U. Pasó frente al parque y se concentró en el bulto oscuro. No era un maniquí. Y de ser un anuncio, era muy raro. Se le erizó el vello de la nuca y tragó saliva. El sudor cubrió su rostro y manos.

Era un cuerpo. Un cuerpo humano.

—¡Fíjense! —gritó Loyce—. ¡Salgan!

Don Fergusson salió con parsimonia de la tienda y se abotonó su chaqueta a rayas con dignidad.

—Tengo un buen negocio entre manos, Bill. No puedo dejar al tipo plantado ahí.

—¿Lo ves? —Ed extendió el dedo hacia la creciente oscuridad. La farola se recortaba contra el cielo; el poste y el bulto que se mecía—. Allí está. ¿Cuánto tiempo llevará ahí? —Alzó la voz, nervioso—. ¿Es que la gente se ha vuelto ciega? Pasan de largo como si tal cosa.

Don Fergusson encendió un cigarrillo con calma.

—Tranquilo, muchacho. Tiene que existir un buen motivo para que esté ahí.

—¡Un motivo! ¿Qué clase de motivo?

Fergusson se encogió de hombros.

—Como aquella vez que el Consejo de Seguridad Vial puso el Buick destrozado. Una especie de alegato cívico. ¿Cómo quieres que lo sepa?

Jack Potter salió de la zapatería y se reunió con ellos.

—¿Qué ocurre, muchachos?

—Hay un cuerpo colgado de la farola —dijo Loyce—. Voy a llamar a la policía.

—Ya se habrán enterado —dijo Potter—, de lo contrario no seguiría ahí.

—Debo volver. —Fergusson se encaminó hacia la tienda—. Los negocios antes que el placer.

Loyce empezó a ponerse histérico.

—¿Lo ves? ¿Lo ves ahí, colgado? ¡Es el cuerpo de un hombre! ¡De un hombre muerto!

—Claro, Ed. Lo vi esta tarde cuando salí a tomar café.

—¿Quieres decir que lleva ahí toda la tarde?

—¡Claro! ¿Qué tiene de malo? —Potter consultó su reloj—. Debo darme prisa. Hasta luego, Ed.

Potter se alejó por la acera y se perdió entre los demás peatones. Hombres y mujeres, que paseaban ante el parque. Algunos lanzaban una mirada de curiosidad al bulto oscuro..., y seguían adelante. Nadie se paraba. Nadie le prestaba atención.

—Voy a volverme loco —susurró Loyce.

Avanzó hacia el bordillo y cruzó la calle sin respetar el semáforo. Airados bocinazos saludaron su paso. Por fin, llegó al pequeño cuadrado de verde.

El hombre era de mediana edad. Vestía un traje gris roto y manchado de barro seco. Un forastero. Loyce no le había visto nunca. No era de la ciudad. Tenía la cara un poco ladeada, y giraba lenta, silenciosamente, mecido por el viento de la noche. Tenía cortes y heridas en la piel. Rojas hendiduras, marcas profundas de sangre coagulada. Unas gafas con montura de acero colgaban grotescamente de una oreja. Tenía los ojos saltones, la boca abierta, y de ella surgía una lengua gruesa y azulada.

—Por el amor de Dios —murmuró Loyce, mareado.

Reprimió las náuseas y volvió a la acera. Temblaba como una hoja, de asco..., y miedo.

¿Por qué? ¿Quién era ese hombre? ¿Por qué colgaba de la farola? ¿Qué significaba?

Y..., ¿por qué nadie se daba cuenta?

Tropezó con un hombrecillo que caminaba a buen paso por la acera.

—¡Mire por dónde va! —graznó el hombre—. Ah, eres tú, Ed.

Ed asintió, aturdido.

—Hola, Jenkins.

—¿Qué te pasa? —El empleado de la papelería tomó el brazo de Ed—. Pareces enfermo.

—El cuerpo. En el parque.

—Claro, Ed. —Jenkins le condujo hasta la entrada de TELEVISORES LOYCE - SERVICIO DE VENTA Y REPARACIONES—. Tómalo con calma.

Margaret Henderson salió de la joyería y fue a su encuentro.

—¿Pasa algo?

—Ed no se encuentra bien.

Loyce se soltó con violencia.

—¿Qué hacen ahí quietos? ¿Es que no lo ven? Por el amor de Dios...

—¿De qué está hablando? —preguntó Margaret, nerviosa.

—¡Del cuerpo! —chilló Ed—. ¡Del cuerpo que está colgado allí!

Acudió más gente.

—¿Se encuentra mal? Es Ed Loyce. ¿Estás bien, Ed?

—¡El cuerpo! —chilló Loyce, y trató de abrirse paso. Unas manos le asieron. Se soltó—. ¡Déjenme ir! ¡La policía! ¡Llamen a la policía!

—Ed...

—¡Será mejor que llamemos a un médico!

—¡Estará enfermo!

—O borracho.

Loyce luchó por abrirse paso entre la multitud. Tropezó y estuvo a punto de caer. Vio como a través de una neblina filas de rostros, curiosos, preocupados, angustiados. Hombres y mujeres se paraban a ver qué ocurría. Corrió hacia su tienda. Vio que Fergusson estaba dentro. Hablaba con un hombre y le estaba enseñando un televisor Emerson. Pete Foley, en el mostrador de reparaciones, ponía a punto un Philco nuevo. Loyce le gritó como un poseso. El rugido del tráfico y los murmullos que se alzaban en torno suyo apagaron su voz.

—¡Hagan algo! —gritó—. ¡No se queden ahí parados! ¡Hagan algo! ¡Algo está pasando! ¡Algo no va bien!

La muchedumbre abrió un respetuoso pasillo a los dos fornidos policías que avanzaban con aspecto eficiente hacia Loyce.

—¿Nombre? —murmuró el policía del bloc.

—Loyce. —Se secó la frente, cansado—. Edward C. Loyce. Escuche, allí donde...

—¿Dirección? —preguntó el policía.

El coche patrulla corría a toda velocidad, sorteando coches y autobuses. Loyce se dejó caer en el asiento, exhausto y confuso. Respiró hondo.

—Hurst Road, 1368.

—¿Eso es en Pikeville?

—Exacto. —Loyce se incorporó con un violento esfuerzo—. Escúcheme. En la plaza, colgado de una farola...

—¿Dónde estuvo hoy? —preguntó el policía que conducía.

—¿Dónde? —repitió Loyce.

—No estuvo en su tienda, ¿verdad?

—No. —Meneó la cabeza—. No, estuve en casa. En el sótano.

—¿En el sótano?

—Arreglando los cimientos. Saqué la tierra para poner un armazón de cemento. ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver eso con...?

—¿Había alguien con usted?

—No. Mi mujer había ido al centro. Mis hijos estaban en el colegio. —Loyce paseó la mirada de un policía al otro. Una loca esperanza resplandeció en su rostro—. ¿Quieren decir que no comprendí la... explicación porque estaba allí abajo? ¿No lo entendí, al contrario que los demás?

—Exacto —dijo el policía del bloc, después de una pausa—. No comprendió la explicación.

—¿Se trata de algo oficial, entonces? ¿El cuerpo... debe colgar en el parque?

—Debe colgar en el parque. Para que todo el mundo lo vea.

Ed Loyce esbozó una débil sonrisa.

—Santo Dios. Supongo que me enfurecí. Pensé que algo había pasado, algo relacionado con el Ku Klux Klan, por ejemplo. Algún hecho violento, perpetrado por comunistas o fascistas. —Se secó la cara con el pañuelo. Sus manos temblaban—. Me alegra saber que todo está controlado.

—Todo está controlado.

El coche se acercaba al Palacio de Justicia. El sol se había puesto. Las calles estaban oscuras, tenebrosas. Las luces aún no se habían encendido.

—Me siento mejor —dijo Loyce—. Me puse muy nervioso. Creo que armé un escándalo. Ahora que ya lo he entendido, no hace falta que me lleven a la comisaría, ¿verdad?

Los dos policías no dijeron nada.

—Debo volver a mi tienda. Los chicos aún no han cenado. Estoy bien. Se acabaron los problemas. ¿Es necesario...?

—No será muy largo —le interrumpió el policía que conducía. Un proceso breve. Cuestión de minutos.

—Espero que sea corto —murmuró Loyce. El coche frenó ante un semáforo—. Creo que provoqué un altercado. Es curioso, se te alteran los nervios y...

Loyce abrió la puerta. Se lanzó a la calle. Los coches que le rodeaban se pusieron en marcha cuando el semáforo cambió. Loyce saltó al bordillo y corrió entre la gente, camuflándose entre los numerosos peatones. A su espalda oyó gritos y pasos apresurados.

No eran policías. Se había dado cuenta en seguida. Conocía a todos los policías de Pikeville. Era imposible regentar un negocio en una ciudad pequeña durante veinticinco años y no conocer a todos los policías. No eran polis..., y no le habían dado ninguna explicación. Potter, Fergusson, Jenkins, ninguno sabía por qué estaba allí el cadáver. No lo sabían..., y les daba igual. Eso era lo más extraño.

Loyce entró en una ferretería. Pasó como una flecha entre los estupefactos empleados y clientes, se coló en el almacén y salió por la puerta de atrás. Derribó un cubo de basura y bajó un tramo de escalones de cemento. Trepó a una valla y saltó al otro lado, jadeante, casi sin resuello.

No oyó nada detrás de él. Lo había conseguido.

Se encontraba en la entrada de un tenebroso callejón, sembrado de tablas, cajas y neumáticos rotos. Vio la calle que se abría al final. Una farola se encendió. Hombres y mujeres. Tiendas. Rótulos de neón. Coches.

Y a su derecha..., la comisaría de policía.

Estaba cerca, terriblemente cerca. Pasada la plataforma de carga de una tienda de comestibles, se alzaba la pared de cemento del Palacio de Justicia. Ventanas enrejadas. La antena de la policía. Un alto muro de cemento que se erguía en la oscuridad. Un mal sitio para estar tan cerca. Y él estaba demasiado cerca. Tenía que seguir adelante, alejarse de ellos.

¿*Ellos*?

Loyce avanzó con cautela por el callejón. Más allá de la comisaría estaba el Ayuntamiento, la estructura amarilla de madera, latón dorado y amplios peldaños de cemento, tan pasada de moda. Vio las innumerables hileras de oficinas, ventanas oscuras, los cedros y los macizos de flores que flanqueaban la entrada.

Y..., algo más.

Un retazo de oscuridad, un cono de negrura más espesa que la circundante se cernía sobre el Ayuntamiento. Un prisma de tinieblas que se perdía en el cielo.

Escuchó. Santo Dios, oyó algo. Algo que le impulsó frenéticamente a taparse los oídos, a cerrar su mente para desterrar el ruido. Un zumbido. Un murmullo lejano y apagado, como un gigantesco enjambre de abejas.

Loyce levantó la vista, helado de terror. La oscuridad era tan espesa que casi parecía sólida. *Algo se movió en el vórtice*. Formas luminosas. Cosas que descendían del cielo, se detenían un momento sobre el Ayuntamiento, flotaban sobre él formando un denso enjambre y después se posaban en silencio sobre el tejado.

Formas. Formas luminosas venidas del cielo. De la masa oscura que se cernía sobre él.

Les estaba observando.

Loyce espió durante largo rato, agazapado tras una valla inclinada sobre un charco de agua espumante.

Estaban aterrizando. Descendían en grupos, se posaban sobre el tejado del Ayuntamiento y desaparecían en su interior. Tenían alas. Como insectos gigantes. Volaban, planeaban, aterrizaban, y después se arrastraban como cangrejos, de lado, sobre el tejado y penetraban en el edificio.

Estaba horrorizado. Y fascinado. El frío viento de la noche sopló a su alrededor y se estremeció. Estaba cansado, desconcertado. Había hombres parados en la escalinata del Ayuntamiento. Grupos de hombres salían del edificio y se detenían un momento antes de continuar.

¿Habría más?

No parecía posible. Lo que descendía de la grieta negra no eran hombres, sino extraterrestres. Procedentes de otro planeta, otra dimensión. Se deslizaban por aquella rendija, aquella grieta en la cáscara del Universo. Entraban por el hueco, insectos alados de otro plano.

Un grupo de hombres detenido en la escalinata del Ayuntamiento se dispersó. Algunos se dirigieron hacia un coche que aguardaba. Otra de las formas hizo ademán de volver a entrar en el edificio. Cambió de idea y se desvió para seguir a los demás.

Loyce cerró los ojos, horrorizado. Tenía los sentidos en estado de máxima alerta. Se aferró con fuerza a la valla desvencijada. La forma, la forma de hombre, había aleteado de súbito y volado hacia los otros. Se posó sobre la acera, entre ellos.

Pseudohombres. Hombres de imitación. Insectos con la capacidad de adoptar la forma de hombres. Como otros insectos comunes en la Tierra. Coloración protectora. Mimetismo.

Loyce reaccionó. Se puso en pie lentamente. Había anochecido. La callejuela estaba totalmente a oscuras, pero quizá podían ver en la oscuridad. Quizá la oscuridad no representaba ninguna diferencia para ellos.

Abandonó el callejón con cautela y salió a la calle. Pasaban hombres y mujeres, pero pocos. Algunos grupos esperaban en la parada del autobús. Un enorme autobús se arrastró por la calzada y sus faros taladraron la oscuridad.

Loyce avanzó. Se abrió camino entre los que esperaban. Cuando el autobús paró, subió y se sentó en la parte de atrás, cerca de la puerta. Un momento después, el autobús cobró vida y se puso en movimiento.

Loyce se serenó un poco. Examinó a la gente que le rodeaba. Rostros cansados, sombríos. Gente que volvía del trabajo a casa. Rostros muy vulgares. Nadie le prestó atención. Todos se sentaron en silencio, hundidos en sus asientos, mecidos por el autobús.

El hombre sentado a su lado desdobló un periódico. Comenzó a leer la sección de deportes, moviendo los labios al mismo tiempo. Un hombre vulgar. Traje azul. Corbata. Un ejecutivo, o un vendedor. Volvía con su mujer y sus hijos.

Una joven de unos veinte años al otro lado del pasillo. Ojos y cabello oscuro, un paquete sobre el regazo. Medias y tacones. Chaqueta roja y jersey de angora. La vista fija al frente, absorta.

Un universitario con tejanos y chaqueta de cuero negra.

Una mujer de triple papada con una inmensa bolsa llena de paquetes. Su grueso rostro abrumado de cansancio.

Gente corriente. Del tipo que cada noche tomaba el autobús. Volvían a casa, con sus familias. A cenar.

Volvían a casa, con la mente en blanco. Controlados, cubiertos con la máscara de un extraterrestre que había aparecido y tomado posesión de ellos, de su ciudad, de sus vidas. Él también. Sólo que no había estado en la tienda, sino encerrado en el sótano. De alguna manera, le habían pasado por alto. Su control no era perfecto, no era infalible.

Quizá había más.

Loyce alimentó cierta esperanza. No eran omnipotentes. Habían cometido un error, no le habían controlado. Su red de control no había caído sobre él. En aquel momento, se encontraba en el sótano. Por lo visto, su zona de influencia era limitada.

Unos pocos asientos más adelante, un hombre le observaba. Loyce interrumpió sus pensamientos. Un hombre delgado, de cabello oscuro, con un pequeño bigote. Bien vestido, traje marrón y zapatos relucientes. Un libro entre sus manos. Miraba a Loyce, le escrutaba. Apartó la vista al instante.

Loyce se puso en tensión. ¿Uno de ellos? ¿Otro pasado por alto?

El hombre volvió a mirarle. Pequeños ojos oscuros, vivos e inteligentes. Astuto. Un hombre demasiado astuto para ellos..., o una de aquellas cosas, un insecto extraterrestre.

El autobús se detuvo. Un anciano subió con lentitud y dejó caer una ficha en la ranura. Avanzó por el pasillo y se sentó frente a Loyce.

El anciano captó la mirada del otro hombre. Durante una fracción de segundo, una corriente se estableció entre ambos.

Una mirada rica en significado.

Loyce se levantó. El autobús prosiguió su camino. Corrió hacia la puerta. Bajó un peldaño. Tiró de la palanca de emergencia. La puerta se abrió.

—¡Oiga! —gritó el conductor, al tiempo que frenaba—. ¿Qué demonios...?

Loyce paseó la mirada a su alrededor. El autobús aminoró la velocidad. Casas por todos los lados. Un distrito residencial, jardines y altos edificios de apartamentos. El hombre de ojos vivos se había levantado. El anciano también. Iban en su persecución.

Loyce saltó. Se estrelló sobre el pavimento con terrorífica fuerza y fue a parar contra el bordillo. Experimentó dolor en todo el cuerpo. Dolor y una

inmensa oleada de negrura. La rechazó, desesperado. Consiguió ponerse de rodillas, pero volvió a caer. El autobús se había detenido. La gente estaba bajando.

Loyce tanteó a su alrededor. Sus dedos se cerraron sobre algo. Una piedra, tirada en la cuneta. Se puso en pie y gimió de dolor. Una forma se cernió sobre él. Un hombre. El hombre de ojos vivos, el del libro.

Loyce le propinó una patada. El hombre gruñó y cayó. Loyce levantó la piedra. El hombre chilló y trató de rodar lejos de su alcance.

—¡Alto! ¡Escuche, por el amor de Dios...!

Loyce golpeó de nuevo. Un espantoso crujido. La voz del hombre enmudeció y se convirtió en un quejido. Loyce retrocedió. Los otros le rodeaban. Corrió por la acera hacia un camino particular. Nadie le siguió. Se habían parado y estaban agachados sobre el cuerpo inerte del hombre del libro, el hombre de ojos vivos que le había perseguido.

¿Había cometido un error?

Era demasiado tarde para preocuparse por eso. Tenía que escapar, alejarse de ellos. Salir de Pikeville, dejar atrás el vórtice de oscuridad, la grieta que comunicaba su mundo con el de ellos.

—¡Ed! —Janet Loyce retrocedió, nerviosa—. ¿Qué pasa? ¿Qué...?

Ed Loyce cerró la puerta a su espalda y entró en la sala de estar.

—Corre las cortinas, de prisa.

Janet caminó hacia la ventana.

—Pero...

—Haz lo que digo. ¿Hay alguien más en casa?

—Nadie. Sólo los gemelos. Están arriba, en su habitación. ¿Qué ha pasado? Estás muy raro. ¿Por qué has venido a casa?

Ed cerró con llave la puerta principal. Escudriñó la casa y entró en la cocina. Del cajón que había debajo del fregadero sacó el gran cuchillo de carnicero y lo probó con un dedo. Afilado. Muy afilado.

Regresó a la sala de estar.

—Escúchame —dijo—, no me queda mucho tiempo. Saben que me he escapado y andarán en mi busca.

—¿Escapado? —El rostro de Janet expresó desconcierto y miedo a la vez—. ¿Quiénes?

—Se han apoderado de la ciudad. Han tomado el control. Lo he comprobado. Comenzaron por las fuerzas vivas, el Ayuntamiento y el departamento de policía. Lo que han hecho con los humanos auténticos...

—¿De qué estás hablando?

—Nos han invadido. Desde otro universo, otra dimensión. Son insectos. Miméticos. Y más. Poseen el poder de controlar las mentes. Tu mente.

—¿Mi mente?

—Están entrando por Pikeville. Se han apoderado de todo, de toda la ciudad..., excepto de mí. Nos enfrentamos a un enemigo increíblemente poderoso, pero tienen sus limitaciones. Ésa es nuestra esperanza. ¡Son limitados! ¡Pueden cometer equivocaciones!

Janet sacudió la cabeza.

—No entiendo, Ed. Te has vuelto loco.

—¿Loco? No, ha sido un golpe de suerte. De no haber estado en el sótano, sería como todos ustedes. —Loyce miró por la ventana—. No tengo tiempo para hablar. Toma tu chaqueta.

—¿Mi chaqueta?

—Nos vamos de Pikeville. Debemos conseguir ayuda, combatir contra esa cosa. Derrotarles es posible. No son infalibles. Será difícil, pero lo lograremos si nos damos prisa. ¡Vamos! —Agarró su brazo con rudeza—. Toma tu chaqueta y llama a los gemelos. Nos vamos. No te molestes en hacer las maletas. No tenemos tiempo.

Su mujer, blanca como la cera, se encaminó al ropero y sacó su chaqueta.

—¿Adónde vamos?

Ed abrió el cajón del escritorio y tiró su contenido al suelo. Tomó un mapa de carreteras y lo desplegó.

—Tendrán vigilada la autopista, por supuesto, pero hay una carretera secundaria, la que va a Oak Grove. Una vez la exploré. Está prácticamente abandonada. Quizá la hayan olvidado.

—¿La vieja carretera del Rancho? Santo Dios, está clausurada. Nadie la utiliza.

—Lo sé. —Ed guardó el mapa en su chaqueta—. Es nuestra única oportunidad. Baja a los gemelos y vámonos. El depósito de tu coche está lleno, ¿verdad?

Janet estaba perpleja.

—¿El Chevy? Lo llené ayer por la tarde. —Janet avanzó hacia la escalera—. Ed, yo...

—¡Llama a los gemelos!

Ed abrió la puerta principal y miró afuera. No se veía nada. Ni la menor señal de vida. De momento, todo iba a pedir de boca.

—Bajen —gritó Janet con voz temblorosa—. Nos..., nos vamos a dar un paseo.

—¿Ahora?

Era la voz de Tommy.

—Dense prisa —ladró Ed—. Bajen de una vez.

Tommy apareció en lo alto de la escalera.

—Estaba haciendo los deberes. Hemos empezado con los quebrados. La señorita Parker ha dicho que si no los hacemos...

—Olvídate de los quebrados. —Ed agarró a su hijo cuando bajó y le empujó hacia la puerta—. ¿Dónde está Jim?

—Ya baja.

Tommy caminó poco a poco hacia la puerta.

—¿Qué pasa, papá?

—Vamos a dar un paseo.

—¿Un paseo? ¿Dónde?

Ed se volvió hacia Janet.

—Dejaremos las luces encendidas, y la tele en marcha. Ve a abrirlas. —La empujó hacia el aparato—. Así pensarán que seguimos...

Oyó el zumbido. Sacó al instante el largo cuchillo de carnicero. Vio, horrorizado, que bajaba la escalera hacia él, agitando las alas. Todavía conservaba un vago parecido con Jimmy. Era pequeño. Un breve vistazo: la cosa se precipitaba hacia él, los fríos e inhumanos ojos multifacetados. Alas, el cuerpo aún cubierto con la camiseta y los tejanos, una bufa caricatura. Cuando llegó a su lado giró de forma extraña su cuerpo. ¿Qué pretendía?

Un aguijón.

Loyce lo apuñaló con violencia. La cosa retrocedió y zumbó frenéticamente. Loyce se tiró al suelo y rodó hasta la puerta. Tommy y Janet

estaban inmóviles como estatuas, los rostros inexpresivos. Loyce descargó el cuchillo de nuevo. Esta vez, el arma hizo su trabajo. La cosa chilló y trastabilló. Rebotó contra la pared y cayó al suelo.

Algo penetró en su mente. Un muro de fuerza, de energía, una mente extraterrestre que sondeaba la suya. Se quedó paralizado de repente. Aquella mente entró en contacto con la suya un instante. Una presencia extraña, abrumadora..., que se apagó cuando el ser se derrumbó sobre la alfombra.

Estaba muerto. Le dio la vuelta con el pie. Era un insecto, una mosca. Camiseta amarilla, tejanos. Su hijo Jimmy... Cerró su mente con firmeza. Demasiado tarde para pensar en eso. Recogió su cuchillo y se encaminó a la puerta. Janet y Tommy continuaban petrificados.

El coche estaba fuera. Nunca lo lograría. Le estarían esperando. Quince kilómetros a pie. Quince kilómetros de terreno difícil, barrancos, campos abiertos y colinas boscosas. Tendría que irse solo.

Loyce abrió la puerta. Se volvió para mirar a su mujer y a su hijo un breve instante. Después, cerró la puerta de golpe y bajó corriendo los peldaños del porche.

Se internó en la oscuridad y avanzó a toda prisa hacia los límites de la ciudad.

El sol de la mañana era cegador. Loyce se detuvo, falto de aliento, y se tambaleó. El sudor resbalaba sobre sus ojos. La ropa se había desgarrado en los matorrales y espinos entre los cuales se había arrastrado. Quince kilómetros..., a gatas. Reptando toda la noche. Los zapatos estaban cubiertos de barro. Estaba herido, entumecido, completamente agotado.

Pero delante de él se extendía Oak Grove.

Respiró hondo y comenzó a bajar la colina. Tropezó y cayó dos veces, se incorporó y continuó andando. Le zumbaban los oídos. Todo se hacía confuso. Pero lo había logrado. Había escapado de Pikeville.

Un granjero que trabajaba en el campo le vio. Una joven le observaba desde una casa, atónita. Loyce llegó a la carretera. Más adelante había una gasolinera y un bar. Un par de camiones, algunas gallinas que picoteaban la tierra, un perro atado con una correa.

El empleado vestido de blanco le miró con suspicacia cuando llegó a la gasolinera.

—Gracias a Dios. —Se apoyó en la pared—. No creí que lo conseguiría. Me han seguido casi todo el rato. Oía sus zumbidos. Zumbaban y revoloteaban a mi alrededor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el empleado—. ¿Alguna desgracia? ¿Le han asaltado?

Loyce meneó la cabeza.

—Se han apoderado de toda la ciudad. El Ayuntamiento y la comisaría de policía. Colgaron a un hombre de una farola. Eso fue lo primero que vi. Han bloqueado todas las carreteras. Les vi volar sobre los coches que se acercaban. Les burlé a eso de las cuatro. Lo supe en seguida. Presentí que se alejaban. Y entonces, salió el sol.

El empleado se humedeció los labios, nervioso.

—Está chiflado. Será mejor que llame a un médico.

—Lléveme a Oak Grove —jadeó Loyce. Se dejó caer sobre la gravilla—. Tenemos que ponernos en acción, liquidarles. Tenemos que ponernos en acción ahora mismo.

Grabaron todo su relato. Cuando terminó, el comisario cerró la grabadora y se puso en pie. Permaneció inmóvil unos segundos, absorto en sus pensamientos. Por fin, sacó los cigarrillos y encendió uno, con el ceño fruncido.

—No me cree —dijo Loyce.

El comisario le ofreció un cigarrillo. Loyce lo apartó con impaciencia.

—Póngase cómodo. —El comisario se acercó a la ventana y contempló unos momentos la ciudad de Oak Grove—. Le creo —dijo de repente.

Loyce se derrumbó.

—Gracias a Dios.

—De modo que escapó. —El comisario sacudió la cabeza—. Estaba en el sótano, no en su tienda. Una posibilidad entre un millón.

Loyce bebió un poco del café que le habían traído.

—Tengo una teoría —murmuró.

—¿Cuál es?

—Sobre ellos; quiénes son. Se apoderan de una sola zona cada vez. Empiezan por lo principal, las autoridades más importantes. Desde allí, se expanden en círculo. Cuando su control es firme, se dirigen a la siguiente ciudad. Se esparcen con lentitud, muy poco a poco. Creo que el proceso comenzó hace mucho tiempo.

—¿Mucho tiempo?

—Miles de años. No creo que sea reciente.

—¿Por qué lo dice?

—Cuando era niño... Una ilustración que nos enseñaron en la Liga Bíblica. Una ilustración religiosa, muy antigua. Los dioses enemigos, derrotados por Jehová. Moloc, Belcebú, Moab, Baalin, Astarot...

—¿Y?

—Estaban representados por figuras. —Loyce miró al comisario—. Belcebú estaba representado por... una mosca gigante.

El comisario gruñó.

—Una vieja lucha.

—Fueron derrotados. La Biblia narra sus derrotas. Ganan a veces pero siempre acaban derrotados.

—¿Por qué?

—No pueden apoderarse de todo el mundo. Fallaron conmigo. Y nunca pudieron con los hebreos. Los hebreos difundieron el mensaje a todo el mundo. La certeza del peligro. Los dos hombres del autobús. Creo que comprendieron. Habían escapado, como yo. —Cerró los puños—. Maté a uno. Cometí una equivocación. Tenía miedo de correr el riesgo.

El comisario asintió.

—Sí, sin duda habían escapado. Como usted. Accidentes fortuitos, pero el resto de la ciudad estaba firmemente controlado. —Se apartó de la ventana—. Bien, señor Loyce. Parece que lo ha descubierto todo.

—Todo no. El hombre ahorcado. El hombre que colgaba de la farola. No lo entiendo. ¿Por qué? ¿Por qué le colgaron de manera deliberada?

—Parece sencillo. —El comisario sonrió—. Un cebo.

Loyce se puso en tensión. Su corazón cesó de latir.

—¿Un cebo? ¿Qué quiere decir?

—Para hacerle salir. Para que se delatara. Así sabrían quién estaba bajo control..., y quién había escapado.

Loyce se encogió, horrorizado.

—¡Eso quiere decir que auguraban fallos! Anticiparon... —Se interrumpió—. Habían dispuesto una trampa.

—Y usted se delató. Reaccionó. Se puso en evidencia. —El comisario avanzó de pronto hacia la puerta—. Venga conmigo, Loyce. Tenemos mucho que hacer. Tenemos que ponernos en acción. No hay tiempo que perder.

Loyce se levantó poco a poco, entumecido.

—El hombre. ¿Quién era ese hombre? Nunca le había visto. No era de la ciudad. Era un forastero. Sucio, cubierto de barro, la cara arañada, llena de cortes...

Una extraña expresión apareció en el rostro del comisario.

—Quizá también llegue a comprender eso —dijo en voz baja—. Acompáñeme, señor Loyce.

Sostuvo la puerta, los ojos brillantes. Loyce vio un momento la calle, frente a la comisaría. Agentes de policía, una especie de plataforma. Un poste telefónico..., ¡y una soga!

—Por aquí —dijo el comisario, y sonrió con frialdad.

Cuando el sol se puso, el vicepresidente del Banco Mercantil de Oak Grove salió de la cámara acorazada, echó las pesadas cerraduras de tiempo, se puso el sombrero y el abrigo, y salió a la calle. Había poca gente, que caminaba con prisa para ir a cenar.

—Buenas noches —dijeron los guardias, y cerraron la puerta.

—Buenas noches —murmuró Clarence Mason.

Se encaminó al coche. Estaba cansado. Había trabajado todo el día en la cámara, examinando la distribución de las cajas de seguridad para ver si había sitio para otra fila. Se alegraba de haber terminado.

Se detuvo en la esquina. Las farolas de la calle aún no estaban encendidas. La oscuridad reinaba en la calle. Todo era vago. Miró a su alrededor..., y se quedó petrificado.

Algo grande e informe colgaba del poste telefónico que se alzaba frente a la comisaría de policía. El viento lo mecía levemente.

¿Qué demonios era?

Mason se aproximó con cautela. Quería llegar a casa. Estaba cansado y hambriento. Pensó en su mujer, en sus hijos, en la comida caliente dispuesta sobre la mesa del comedor. El bulto le sugería algo ominoso, detestable. No había mucha luz; imposible adivinar qué era. Sin embargo, le atraía, le impulsaba a verlo mejor. La cosa informe le inquietaba. Le asustaba. Asustaba..., y fascinaba.

Y lo más extraño era que nadie parecía darse cuenta.

ALGUNAS PECULIARIDADES DE LOS OJOS

Descubrí por puro accidente que la Tierra había sido invadida por una forma de vida procedente de otro planeta. Sin embargo, aún no he hecho nada al respecto; no se me ocurre qué. Escribí al gobierno, y en respuesta me enviaron un folleto sobre la reparación y mantenimiento de las casas de

madera. En cualquier caso, es de conocimiento general; no soy el primero que lo ha descubierto. Hasta es posible que la situación esté controlada.

Estaba sentado en mi butaca, pasando las páginas de un libro de bolsillo que alguien había olvidado en el autobús, cuando topé con la referencia que me puso en la pista. Por un momento, no reaccioné. Tardé un rato en comprender su importancia. Cuando la asimilé, me pareció extraño que no hubiera reparado en ella de inmediato.

Era una clara referencia a una especie no humana, extraterrestre, de increíbles características. Una especie, me apresuro a señalar, que adopta el aspecto de seres humanos normales. Sin embargo, las siguientes observaciones del autor no tardaron en desenmascarar su auténtica naturaleza. Comprendí en seguida que el autor lo sabía todo. Lo sabía todo, pero se lo tomaba con extraordinaria tranquilidad. La frase (aún tiemblo al recordarla) decía:

…sus ojos pasearon lentamente por la habitación.

Vagos escalofríos me asaltaron. Intenté imaginarme los ojos. ¿Rodaban como monedas? El fragmento indicaba que no; daba la impresión que se movían por el aire, no sobre la superficie. En apariencia, con cierta rapidez. Ningún personaje del relato se mostraba sorprendido. Eso es lo que más me intrigó. Ni la menor señal de estupor ante algo tan atroz. Después, los detalles se ampliaban.

…sus ojos se movieron de una persona a otra.

Lacónico, pero definitivo. Los ojos se habían separado del cuerpo y tenían autonomía propia. Mi corazón latió con violencia y me quedé sin aliento. Había descubierto por casualidad la mención a una raza desconocida. Extraterrestre, desde luego. No obstante, todo resultaba perfectamente natural a los personajes del libro, lo cual sugería que pertenecían a la misma especie.

¿Y el autor? Una sospecha empezó a formarse en mi mente. El autor se lo tomaba con demasiada tranquilidad. Era evidente que lo consideraba de lo más normal. En ningún momento intentaba ocultar lo que sabía. El relato proseguía:

…a continuación, sus ojos acariciaron a Julia.

Julia, por ser una dama, tuvo el mínimo decoro de experimentar indignación. La descripción revelaba que enrojecía y arqueaba las cejas en señal de irritación. Suspiré aliviado. No todos eran extraterrestres. La narración continuaba:

…sus ojos, con toda parsimonia, examinaron cada centímetro de la joven.

¡Santo Dios! En este punto, por suerte, la chica daba media vuelta y se largaba, poniendo fin a la situación. Me recliné en la butaca, horrorizado. Mi esposa y mi familia me miraron, asombrados.

—¿Qué pasa, querido? —preguntó mi mujer.

No podía decírselo. Revelaciones como ésta serían demasiado para una persona corriente. Debía guardar el secreto.

—Nada —respondí, con voz estrangulada.

Me levanté, cerré el libro de golpe y salí de la sala a toda prisa.

Seguí leyendo en el garaje. Había más. Leí el siguiente párrafo, temblando de pies a cabeza:

…su brazo rodeó a Julia. Al instante, ella pidió que se lo quitara, cosa a la que él accedió de inmediato, sonriente.

No consta qué fue del brazo después que el tipo se lo quitara. Quizá se quedó apoyado en la pared, o lo tiró a la basura. Da igual en cualquier caso, el significado era diáfano.

Era una raza de seres capaces de quitarse partes de su anatomía a voluntad. Ojos, brazos..., y tal vez más. Sin pestañear. En este punto, mis conocimientos de biología me resultaron muy útiles. Era obvio que se trataba de seres simples, unicelulares, una especie de seres primitivos compuestos por una sola célula. Seres no más desarrollados que una estrella de mar. Estos animalitos pueden hacer lo mismo.

Seguí con mi lectura. Y entonces topé con esta increíble revelación, expuesta con toda frialdad por el autor, sin que su mano temblara lo más mínimo:

...nos dividimos ante el cine. Una parte entró, y la otra se dirigió al restaurante para cenar.

Fisión binaria, sin duda. Se dividían por la mitad y formaban dos entidades. Existía la posibilidad que las partes inferiores fueran al restaurante, pues estaba más lejos, y las superiores al cine. Continué leyendo, con manos temblorosas. Había descubierto algo importante. Mi mente vaciló cuando leí este párrafo:

...temo que no hay duda. El pobre Bibney ha vuelto a perder la cabeza.

Al cual seguía:

...y Bob dice que no tiene entrañas.

Pero Bibney se las ingeniaba tan bien como el siguiente personaje. Éste, no obstante, era igual de extraño. No tarda en ser descrito como:

...carente por completo de cerebro.

El siguiente párrafo despejaba toda duda. Julia, que hasta el momento me había parecido una persona normal se revela también como una forma de vida extraterrestre, similar al resto:

...con toda deliberación, Julia había entregado su corazón al joven.

No descubrí a qué fin había sido destinado el órgano, pero daba igual. Resultaba evidente que Julia se había decidido a vivir a su manera habitual, como los demás personajes del libro. Sin corazón, brazos, ojos, cerebro, vísceras, dividiéndose en dos cuando la situación lo requería. Sin escrúpulos.

...a continuación le dio la mano.

Me horroricé. El muy canalla no se conformaba con su corazón, también se quedaba con su mano. Me estremezco al pensar en lo que habrá hecho con ambos, a estas alturas.

...tomó su brazo.

Sin reparo ni consideración, había pasado a la acción y procedía a desmembrarla sin más. Rojo como un tomate, cerré el libro y me levanté, pero no a tiempo de soslayar la última referencia a esos fragmentos de anatomía tan despreocupados, cuyos viajes me habían puesto en la pista desde un principio:

...sus ojos le siguieron por la carretera y mientras cruzaba el prado.

Salí como un rayo del garaje y me metí en la bien caldeada casa, como si aquellas detestables cosas me persiguieran. Mi mujer y mis hijos jugaban al monopolio en la cocina. Me uní a la partida y jugué con frenético entusiasmo. Me sentía febril y los dientes me castañeteaban.

Ya había tenido bastante. No quiero saber nada más de eso. Que vengan. Que invadan la Tierra. No quiero mezclarme en ese asunto.

No tengo estómago para esas cosas.

EL HOMBRE DORADO

—¿Siempre hace este calor? —preguntó el vendedor.

Se dirigió a todo el mundo en general, tanto a los clientes sentados en la barra como a los que ocupaban los desvencijados reservados, alineados junto a la pared. Era un hombre obeso de edad madura, sonrisa bonachona, traje gris arrugado, camisa blanca manchada de sudor, pajarita y sombrero panamá.

—Sólo en verano —contestó la camarera.

Nadie se movió. Los adolescentes sentados en un reservado, un chico y una chica, se miraban a los ojos fijamente. Dos obreros, con las mangas subidas que dejaban al descubierto sus brazos morenos y peludos, tomaban sopa de alubias y panecillos. Un granjero enjuto, curtido por la intemperie. Un ejecutivo de edad avanzada, vestido con un traje de sarga azul, chaleco y reloj de cadena. Un taxista moreno de cara ratonil que bebía café. Una mujer cansada que había entrado para descansar los pies y dejar en el suelo sus bultos.

El vendedor sacó un paquete de cigarrillos. Paseó la mirada con curiosidad por el sucio café, encendió un cigarrillo, apoyó los brazos en la barra y dijo al hombre sentado a su lado:

—¿Cómo se llama esta ciudad?

—Walnut Creek —gruñó el hombre.

El vendedor se dedicó a su coca-cola durante un rato, el cigarrillo sostenido entre sus rechonchos dedos blancos. Luego, introdujo la mano en la chaqueta y sacó una cartera de piel. Se entretuvo unos minutos en examinar con aire pensativo tarjetas y papeles, fragmentos de notas, resguardos de billetes, más papeles manchados, hasta que por fin encontró una fotografía.

Le dedicó una sonrisa y rió por lo bajo.

—Échele un vistazo —dijo al hombre sentado a su lado.

El hombre continuó leyendo el periódico.

—Ánimo, échele un vistazo. —Dio un codazo al hombre y empujó la fotografía hacia él—. ¿Acaso no es fantástica?

El hombre, molesto, dirigió una breve mirada a la foto. Mostraba a una mujer desnuda de la cintura para arriba. Tendría unos treinta y cinco años. La cabeza vuelta. Cuerpo blanco y fláccido. Ocho tetas.

—¿Había visto alguna vez una cosa semejante? —rió el vendedor, moviendo sus ojos enrojecidos.

Dibujó una sonrisa lasciva y dio otro codazo al hombre.

—Sí.

El hombre, irritado, reanudó la lectura del periódico.

El vendedor reparó en que el granjero estaba mirando la foto. Se la tendió con gesto ampuloso.

—¿Acaso no es fantástica, abuelo? Buen material, ¿eh?

El granjero examinó la fotografía con aire solemne. Le dio la vuelta, estudió el arrugado dorso, echó un segundo vistazo a la imagen y la tiró hacia el vendedor. La foto cayó al suelo cara arriba, después de dar dos vueltas.

El vendedor la tomó y la sacudió. La devolvió a su cartera con cuidado, casi con ternura. Los ojos de la camarera centellearon cuando la vio de reojo.

—Una preciosidad —observó el vendedor, guiñando un ojo—. ¿No cree?

La camarera se encogió de hombros en señal de indiferencia.

—No lo sé. Vi muchas en los alrededores de Denver. Una auténtica colonia.

—Allí la tomaron. En el campamento de la ACD de Denver.

—¿Queda alguno vivo? —preguntó el granjero.

El vendedor lanzó una ronca carcajada.

—¿Bromea? —Hizo un breve ademán con la mano—. Ya no.

Ahora, todo el mundo escuchaba. Hasta los estudiantes universitarios se habían soltado las manos y estaban erguidos en sus asientos, los ojos abiertos de par en par.

—Vi un ejemplar curioso cerca de San Diego —dijo el granjero—. El año pasado, no recuerdo cuándo. Tenía alas de murciélago. Piel, sin plumas. Piel y alas huesudas.

El taxista con cara de rata intervino.

—Eso no es nada. Había uno de dos cabezas en Detroit. Lo vi en una exhibición.

—¿Estaba vivo? —preguntó la camarera.

—No. Ya le habían aplicado la eutanasia.

—Vimos muchas cintas en la clase de sociología —dijo el estudiante—. El tipo alado del sur, el de cabeza gigante que encontraron en Alemania, uno horrible con una especie de antenas, como los insectos, y…

—Los peores de todos —declaró el ejecutivo— fueron aquellos ingleses. Los que se ocultaban en las minas de carbón, y que no descubrieron hasta el año pasado. —Meneó la cabeza—. Cuarenta años en las minas, reproduciéndose y evolucionando. Casi un centenar. Supervivientes de un grupo que se refugió bajo tierra durante la guerra.

—Han descubierto un nuevo grupo en Suecia —informó la camarera—. Estaba leyendo el artículo. Dicen que controlan las mentes a distancia. Sólo un par. La ACD ya está allí.

—Es una variante del tipo neozelandés —dijo uno de los obreros—. Lee la mente.

—Leer y controlar son dos cosas diferentes —señaló el ejecutivo—. Cuando oigo cosas como ésta, me alegro que exista la ACD.

—Había una variedad que descubrieron justo antes de la guerra —dijo el granjero—, en Siberia. Tenía la capacidad de controlar objetos. Capacidad psicoquinética. La ACD soviética la exterminó de inmediato. Nadie se acuerda ya de eso.

—Yo sí —dijo el ejecutivo—. Era un niño en aquella época. Me acuerdo porque fue el primer DV del que oí hablar. Mi padre me llamó a la sala de estar y nos lo contó a todos los hermanos y hermanas. Aún estábamos construyendo la casa. Eso sucedió cuando la ACD examinaba a todo el mundo y le hacía una marca en el brazo. —Alzó su delgada y nudosa muñeca—. Me marcaron hace sesenta años.

—Ahora, está la inspección de nacimiento —dijo la camarera. Se estremeció—. Descubrieron uno en San Francisco este mes. El primero en un año. Pensaban que ya habían sido erradicados en esta zona.

—Han ido disminuyendo —recordó el taxista—. Frisco no sufrió muchos bombardeos. No tantos como otros lugares, como Detroit, por ejemplo.

—Aún localizan entre diez y quince por año en Detroit —dijo el universitario—. Todos se concentran en aquella zona. Aún quedan muchas bolsas. La gente sigue entrando en ellas, a pesar de las señales robot.

—¿Cómo era el que encontraron en San Francisco? —preguntó el vendedor.

La camarera hizo un vago ademán.

—Del tipo habitual. Sin dedos en los pies, encorvado, grandes ojos.

—El tipo nocturno —dijo el vendedor.

—Su madre lo había escondido. Dicen que tenía tres años. Consiguió que un médico la ayudara a engañar a la ACD. Un viejo amigo de la familia.

El vendedor había terminado la coca-cola. Jugueteaba con sus cigarrillos y escuchaba el murmullo de la conversación que había iniciado. El estudiante universitario estaba inclinado hacia su chica y la impresionaba con sus extensos conocimientos. El granjero enjuto y el ejecutivo se habían sentado juntos y recordaban los viejos tiempos, los últimos años de la guerra, antes del primer Plan de Reconstrucción Decenal. El taxista y los dos obreros intercambiaban relatos inverosímiles de sus propias experiencias.

El vendedor entabló conversación con la camarera.

—Creo que ése de San Francisco ha causado una gran conmoción —dijo con aire pensativo—. Pensar que ha ocurrido tan cerca.

—Sí —murmuró la camarera.

—Este lado de la bahía no sufrió muchos bombardeos —prosiguió el vendedor—. No se ha encontrado ninguno por aquí.

—No. —La camarera se apartó con brusquedad—. En esta zona, nunca.

Recogió los platos sucios del mostrador y se encaminó hacia la parte trasera.

—¿Nunca? —preguntó el vendedor, sorprendido—. ¿Nunca han tenido un revés en este lado de la bahía?

—No. Ninguno.

La mujer desapareció en la parte trasera, donde el cocinero se erguía junto a sus fogones. Se cubría con un delantal blanco y tenía las muñecas tatuadas. La camarera hablaba con voz demasiado alta, demasiado áspera y tensa. El granjero calló de repente y levantó la vista.

El silencio cayó como un telón. Todos los sonidos se interrumpieron al instante. Todos los presentes contemplaron sus platos, tensos y sombríos de repente.

—No hubo ninguno por aquí —dijo el taxista, en voz alta y clara, sin dirigirse a nadie en particular—. Jamás.

—Claro —se apresuró a decir el vendedor—. Sólo estaba...

—Procure metérselo en la cabeza —dijo un obrero.

El vendedor parpadeó.

—Claro, amigo, claro.

Rebuscó en su bolsillo con nerviosismo. Un par de monedas cayeron al suelo y las recogió en seguida.

—No pretendía ofenderles.

Se hizo de nuevo el silencio. Después, el estudiante habló, consciente por primera vez que nadie decía nada.

—He oído algo —dijo, dándose aires de importancia—. Alguien dijo que había visto una de esas cosas cerca de la granja de los Johnson...

—Ponte la lengua en el trasero —dijo el ejecutivo sin volverse.

El muchacho, rojo como un tomate, se hundió en el asiento. Se miró las manos y tragó saliva.

El vendedor pagó a la camarera su consumición.

—¿Cuál es la ruta más rápida a Frisco? —preguntó, pero la camarera ya se había alejado.

La gente sentada ante la barra estaba absorta en su comida. Nadie levantó la cabeza. Comían en un silencio glacial. Rostros hostiles, sombríos, concentrados en sus platos.

El vendedor tomó su abultado maletín, abrió la puerta mosquitera y salió al sol cegador. Caminó hacia un destartalado Buick de 1978, estacionado a unos pocos metros. Un policía de tráfico ataviado con camisa azul estaba a la sombra de un toldo y hablaba con una joven que llevaba un vestido de seda amarillo, muy ceñido a su esbelto cuerpo.

El vendedor se detuvo un momento antes de entrar en su coche. Agitó la mano en dirección al policía.

—Oiga, ¿conoce bien esta ciudad?

El policía contempló el traje gris arrugado del vendedor, la pajarita, la camisa manchada de sudor. La matrícula de otro estado.

—¿Qué quiere?

—Busco la granja de los Johnson —contestó el vendedor—. Debo verle por un litigio. —Avanzó hacia el policía con una pequeña tarjeta blanca en la mano—. Soy su abogado, del Colegio de Nueva York. ¿Puede indicarme cómo se llega a su casa? Hace dos años que no voy.

Nat Johnson echó un vistazo al sol del mediodía y comprobó que era bueno. Se sentó sobre el peldaño inferior del porche, la pipa apretada entre sus dientes amarillentos. Era un hombre ágil y nervudo, de manos fuertes y cabello gris, todavía abundante pese a sus sesenta y cinco años de vida activa, y vestía una camisa roja a cuadros y tejanos de lona.

Miraba jugar a los niños. Jean pasó riendo frente a él, los pechos saltando bajo la camiseta, el cabello negro agitándose sobre su espalda. Tenía dieciséis años, ojos brillantes, piernas fuertes y rectas, el cuerpo joven y esbelto, algo inclinado hacia adelante por el peso de las dos herraduras. Tras ella correteaba Dave, catorce años, dientes blancos y cabello negro, un muchacho apuesto, un hijo del cual enorgullecerse. Dave alcanzó a su hermana, la dejó atrás y llegó a la estaca más alejada. Aguardó inmóvil, las piernas abiertas, los brazos en jarras, las dos herraduras tomadas con facilidad. Jean corrió hacia él, jadeante.

—¡Adelante! —gritó Dave—. Tira tú primero. Te estoy esperando.

—¿Para poder alejarlas?

—Para poder acercarlas.

Jean tiró una herradura y agarró la otra con las dos manos, los ojos fijos en la distante estaca. Dobló su ágil cuerpo, echó una pierna atrás, arqueó la espalda. Apuntó con cuidado, cerró un ojo y lanzó con un experto movimiento la herradura. Ésta golpeó la lejana estaca con un ruido metálico,

dio unas breves vueltas a su alrededor y después cayó a un lado. Una nube de polvo se levantó.

—No está mal —admitió Nat Johnson desde su peldaño—. Demasiado fuerte. Tómalo con más calma.

Su pecho se hinchó de orgullo cuando el reluciente cuerpo de la muchacha apuntó y lanzó de nuevo. Dos hijos fuertes y guapos, a punto de madurar, jugando juntos bajo el caliente sol.

Y también estaba Cris.

Cris se hallaba de pie junto al porche, con los brazos cruzados. No jugaba. Se limitaba a mirar. Lo hacía desde que Dave y Jean habían empezado a jugar, con la misma expresión concentrada y absorta al mismo tiempo en su rostro bellamente cincelado, como si mirara más allá de ellos dos; más allá del campo, del establo, del lecho del río, de las filas de cedros.

—¡Ven, Cris! —gritó Jean, mientras Dave y ella atravesaban el campo para recoger las herraduras—. ¿Quieres jugar?

No, Cris no quería jugar. Nunca jugaba. Vivía en un mundo propio, un mundo en el que ninguno de ellos podía entrar. Nunca participaba en nada, juegos, cánticos o actividades familiares. Siempre estaba solo. Lejano, apartado, introvertido. Aislado de todo y de todos, hasta que, de repente, algún mecanismo se disparaba y conectaba momentáneamente con el mundo de los demás.

Nat Johnson golpeó la pipa contra el peldaño. Sacó la bolsa de cuero que contenía el tabaco y la llenó de nuevo, sin apartar la vista de su hijo mayor. Cris había cobrado vida. Se dirigía al campo. Caminaba despacio, con los brazos cruzados, como si hubiera bajado de su mundo al otro unos instantes. Jean no le vio. Le daba la espalda y se disponía a tirar.

—Mira —dijo Dave, sorprendido—, ahí viene Cris.

—Cris llegó junto a su hermana, se detuvo y extendió una mano. Una figura impresionante, serena e impasible. Jean, vacilante, le pasó una herradura.

—¿Quieres una? ¿Quieres jugar?

Cris no dijo nada. Se inclinó levemente, un flexible arco de su cuerpo perfecto, y movió el brazo con gran velocidad. La herradura salió disparada, golpeó en la estaca y giró a su alrededor como un tiovivo. Aro.

Dave hizo una mueca de desesperación.

—Es repugnante.

—Cris, no juegas limpio —le recriminó Jean.

No, Cris no jugaba limpio. Había mirado durante media hora, y luego tirado una vez. Un tiro perfecto, un aro impecable.

—Nunca comete una equivocación —se quejó Dave.

Cris permaneció inmóvil, el rostro inexpresivo. Una estatua dorada bañada por el sol de mediodía. Cabello y piel dorados, una leve capa de vello dorado en sus brazos y piernas desnudos…

De repente, se puso en tensión. Nat se incorporó, sorprendido.

—¿Qué pasa? —ladró.

Cris describió un veloz círculo, su magnífico cuerpo en estado de alerta.

—¡Cris! —exclamó Jean—. ¿Qué…?

Cris se lanzó hacia adelante. Atravesó el campo, saltó la valla, entró en el establo y salió por el otro lado, como un rayo de energía liberado. Su figura veloz pareció rozar la hierba seca cuando bajó al reseco lecho del río entre

los cedros. Un momentáneo destello dorado..., y desapareció. Sin el menor ruido. Sin hacer ni un movimiento. Se había fundido con el paisaje.

—¿Qué ha pasado esta vez? —preguntó Jean, preocupada.

Se acercó a su padre y se refugió en la sombra. El sudor brillaba sobre su cuello y el labio superior; la camiseta estaba empapada.

—¿Qué vio?

—Perseguía algo —dijo Dave.

Nat gruñó.

—Tal vez. No hay forma de saberlo.

—Será mejor decirle a mamá que no prepare comida para él. Es probable que no vuelva.

Nat Johnson se sintió abrumado de ira e impotencia. No, no regresaría. Ni para cenar, ni tampoco al día siguiente, o al otro. Sólo Dios sabía por cuánto tiempo desaparecería. O dónde. O por qué. Solo en algún lugar ignoto.

—Si lo creyera útil, les enviaría en su busca —empezó Nat—, pero no...

Calló. Un coche se acercaba a la granja por la carretera de tierra. Un polvoriento y destartalado Buick. Al volante iba un hombre regordete de cara colorada, vestido con un traje gris, que les saludó alegremente cuando el coche se detuvo y el motor quedó en silencio.

—Buenas tardes —dijo el hombre cuando salió del coche. Saludó con el sombrero. Era de edad madura, aspecto afable, y sudaba por todos sus poros cuando se aproximó al porche—. Tal vez puedan ayudarme.

—¿Qué desea? —preguntó Nat Johnson con aspereza. Estaba asustado. Echó un vistazo por el rabillo del ojo al lecho del río y rezó en silencio. Dios, con tal que se mantuviera alejado. La respiración de Jean era agitada. Estaba aterrorizada. El rostro de Dave no traicionaba la menor expresión, pero había palidecido por completo—. ¿Quién es usted?

—Me llamo Baines, George Baines. —El hombre extendió la mano, pero Johnson no hizo caso—. Quizá haya oído hablar de mí. Soy el propietario de la Pacific Development Corporation. Construimos aquellas casas a prueba de bomba en las afueras de la ciudad, aquellas redondas que se ven al venir desde Lafayette por la autopista principal.

—¿Qué quiere?

Johnson impidió que sus manos temblaran con un gran esfuerzo. Nunca había oído hablar de ese hombre, pero se había fijado en las casas. Era imposible no hacerlo: un gigantesco hormiguero de feas cajas de píldoras esparcidas a ambos lados de la autopista. Baines parecía el tipo de hombre capaz de perpetrar aquella barbaridad. ¿Qué podía querer de ellos?

—He comprado algunas tierras por aquí —explicó Baines. Había sacado un fajo de papeles—, pero soy incapaz de encontrarlas. —Sonrío—. Sé que están a este lado de la carretera estatal. Según el funcionario de la Oficina de Registros del Condado, a un par de kilómetros de aquella colina, a este lado, pero lo mío no es descifrar planos.

—Aquí no es —dijo Dave—. Sólo hay granjas. No hay nada en venta.

—Es que se trata de una granja, hijo —respondió Baines con afabilidad—. La compré para mí y mi mujer, con el propósito de establecernos aquí. —Arrugó la nariz—. No piensen mal; no he venido a especular. Es sólo para mí. Una vieja granja. Diez hectáreas, una bomba de agua y unos cuantos robles...

—Déjeme ver la escritura.

Johnson se apoderó del fajo de papeles y, mientras Baines parpadeaba atónito, los ojeó rápidamente. Su expresión se endureció. Le devolvió los papeles.

—¿Qué está tramando? Esta escritura es de una parcela que se halla a setenta y cinco kilómetros de distancia.

—¡Setenta y cinco kilómetros! —exclamó Baines, estupefacto—. ¿Está bromeando? El funcionario me dijo...

Johnson se puso en pie y dominó con su estatura al gordo. Estaba en plena forma física..., y sus sospechas aumentaban a cada segundo.

—¿Está seguro? Suba a su coche y lárguese de aquí. No sé lo que pretende, o para qué ha venido, pero quiero que salga de mi propiedad.

Algo centelleó en el enorme puño de Johnson. Un tubo de metal que brillaba ominosamente bajo el sol de mediodía. Baines lo vio..., y tragó saliva.

—No era mi propósito molestarle, señor. —Retrocedió, nervioso—. Son ustedes muy susceptibles. Cálmese, ¿quiere?

Johnson no dijo nada. Apretó con más fuerza el tubo y esperó a que el gordo se marchara.

Pero Baines insistió.

—Escuche, amigo. Llevo conduciendo cinco horas en este horno, buscando ese maldito lugar. ¿Alguna objeción a que utilice los... servicios?

Johnson le contempló con suspicacia. Poco a poco, la sospecha dio paso al desagrado. Se encogió de hombros.

—Dave, acompáñale al cuarto de baño.

—Gracias. —Baines sonrió—. Y si no le causo demasiados problemas, quisiera un vaso de agua. Le pagaré. —Lanzó una risita—. No hay que permitir jamás a la gente de ciudad que se salga con la suya, ¿eh?

—Caradura.

Johnson se alejó, asqueado, mientras el gordo seguía a su hijo al interior de la casa.

—Papá —susurró Jean. En cuanto Baines entró, corrió hacia el porche, los ojos desorbitados de miedo—. Papá, ¿crees que...?

Johnson la rodeó con su brazo.

—Tranquila. Pronto se irá.

Los ojos oscuros de la muchacha transparentaban un mudo terror.

—Cada vez que viene un hombre de la compañía del agua, o un recaudador de impuestos, un vagabundo, niños, quien sea, noto un terrible dolor aquí. —Apoyó la mano entre sus pechos, sobre el corazón—. Siempre lo mismo, durante trece años. ¿Cuánto tiempo más tendremos que aguantar esto? ¿Cuánto?

El hombre llamado Baines salió del cuarto de baño con cara de alivio. Dave Johnson esperaba en silencio junto a la puerta, el cuerpo rígido, su rostro juvenil impenetrable.

—Gracias, hijo —suspiró Baines—. ¿Me darás un vaso de agua fría? —Se humedeció los gruesos labios por anticipado—. Después de conducir sin parar en busca de un cuchitril, viene un maldito agente de propiedades y te la mete...

Dave entró en la cocina.

—Mamá, este hombre quiere un vaso de agua. Papá ha dicho que podías dárselo.

Dave le dio la espalda. Baines vio un momento a su madre, una mujer menuda de pelo gris, que se encaminaba al fregadero con un vaso, el rostro enjuto y reseco, sin expresión.

Entonces, Baines salió corriendo por el pasillo. Atravesó un dormitorio, abrió una puerta, se encontró frente a un ropero. Dio media vuelta, cruzó la sala de estar, entró en el comedor, y atravesó otro dormitorio. En un breve instante, había explorado toda la casa.

Miró por una ventana. El patio trasero. Restos de una camioneta herrumbrada. La entrada a un refugio subterráneo a prueba de bombas. Latas. Gallinas picoteando. Un perro, dormido bajo un cobertizo. Un par de viejos neumáticos.

Encontró una puerta que daba acceso al exterior. La abrió sin hacer ruido y salió. No vio a nadie. El establo, una vieja estructura de madera. Cedros al otro lado, un riachuelo. Lo que en otros tiempos había sido un retrete.

Baines rodeó la casa con cautela. Le quedaban unos treinta segundos. Había dejado cerrada la puerta del cuarto de baño, el chico pensaría que había vuelto allí. Baines escrutó el interior de la casa por una ventana. Un ropero grande, lleno de prendas antiguas, cajas y pilas de revistas.

Volvió sobre sus pasos. Llegó a la esquina de la casa y se dispuso a doblarla.

La forma de Nat Johnson se cernió sobre él, bloqueándole el camino.

—Muy bien, Baines. Usted lo ha querido.

Se produjo un fogonazo rosa. Su brillo ocultó la luz del sol. Baines saltó hacia atrás y se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta. El extremo del rayo le alcanzó y estuvo a punto de caer. El escudo de la chaqueta absorbió la energía y la descargó, pero la fuerza del impacto provocó que sus dientes castañetearan. Por un momento, se agitó como una marioneta. Un manto de oscuridad le rodeó. Notó que la trama del escudo adquiría un tono blanco, a medida que absorbía la energía y luchaba por controlarla.

Sacó su tubo..., y Johnson no tenía escudo.

—Está arrestado —masculló Baines—. Tire el tubo y levante las manos. Llame a su familia. —Movió el tubo—. Vamos, Johnson. Dese prisa.

El tubo vibró y resbaló en los dedos de Johnson.

—Aún sigue vivo. —El horror se reflejó en su cara—. Usted debe ser...

Dave y Jean aparecieron.

—¡Papá!

—Acérquense —ordenó Baines—. ¿Dónde está su madre?

Dave meneó la cabeza, aturdido.

—Dentro.

—Tráiganla aquí.

—Usted es de la ACD —susurró Nat Johnson.

Baines no contestó. Estaba haciendo algo con su cuello, tiraba de la fláccida piel. El alambre de un micrófono brilló cuando lo extrajo de un pliegue entre dos papadas y lo introdujo en el bolsillo. Se oyó el ruido de unos motores procedentes de la carretera, nítidos ronroneos que pronto aumentaron de volumen. Dos lágrimas de metal negro se acercaron y estacionaron junto a la casa. Salieron numerosos hombres, con el uniforme verde gris de la Policía Civil Gubernativa. Puntos negros descendían del cielo, nubes de feas moscas que oscurecieron el sol a medida que vomitaban hombres y aparatos. Los hombres descendieron con lentitud.

—No está —dijo Baines al primer hombre que llegó—. Huyó. Informa a Wisdom en el laboratorio.

—Hemos bloqueado la zona.

Baines se volvió hacia Nat Johnson, que estaba inmóvil, en un aturdido silencio, sin comprender nada, flanqueado por sus hijos.

—¿Cómo supo que veníamos? —preguntó Baines.

—No lo sé —murmuró Johnson—. Simplemente... lo supo.

—¿Telepatía?

—No lo sé.

Baines se encogió de hombros.

—Pronto lo averiguaremos. La zona está cercada. No puede pasar, haga lo que haga. A menos que sea capaz de desmaterializarse.

—¿Qué harán con él cuando..., si le atrapan? —preguntó Jean con voz hueca.

—Someterle a estudio.

—¿Para matarle después?

—Eso depende de lo que diga el laboratorio. Si pudieran proporcionarme más información, tal vez podría adelantarles algo.

—No podemos decirle nada. No sabemos nada más. —La voz de la muchacha se tiñó de desesperación—. No habla.

Baines dio un brinco.

—¿Cómo?

—No habla. Nunca ha hablado con nosotros. Jamás.

—¿Cuántos años tiene?

—Dieciocho.

—Incomunicación. —Baines estaba sudando—. ¿En dieciocho años no ha establecido ningún lazo semántico con ustedes? ¿Se comunica de alguna manera? ¿Señales, códigos?

—Él... nos ignora. Come, vive con nosotros. A veces juega, cuando nosotros jugamos, o se sienta con nosotros. Ha pasado muchos días ausente. Nunca hemos podido averiguar qué hacía, o dónde. Duerme en el establo..., solo.

—¿Es de color dorado?

—Sí. Piel, ojos, cabellos, uñas. Todo.

—¿Es grande? ¿Está bien formado?

La muchacha tardó unos segundos en contestar. Una extraña emoción agitó sus facciones enjutas, un brillo momentáneo.

—Es increíblemente hermoso. Un dios en la Tierra. —Torció los labios—. Ustedes no le encontrarán. Hace cosas. Cosas que usted no puede comprender. Poderes que exceden su limitada...

—¿Cree que no le cazaremos? —Baines frunció el ceño—. No paran de aterrizar equipos. Nunca han visto a la Agencia montar una operación. Nos hemos dedicado durante sesenta años a erradicar a los bichos. Si se escapa, será la primera vez...

Baines se interrumpió con brusquedad. Tres hombres se acercaban al porche a toda velocidad. Dos policías civiles, vestidos de verde. Y un tercer hombre entre ellos. Un hombre que se desplazaba en silencio, con agilidad, una forma levemente luminosa que se alzaba sobre ellos.

—¡Cris! —chilló Jean.

—Le hemos atrapado —dijo un policía.

Baines acarició su tubo, inquieto.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—Se entregó —respondió el policía, con voz reverente—. Vino a nuestro encuentro voluntariamente. Fíjese en él. Es como una estatua de metal. Como una especie de... dios.

La figura dorada se detuvo un momento junto a Jean. Después, se volvió con calma hacia Baines.

—¡Cris! —gritó Jean—. ¿Por qué has vuelto?

El mismo pensamiento devoraba a Baines. Lo apartó de su mente..., de momento.

—¿Está el avión dispuesto? —se apresuró a preguntar.

—Listo para despegar.

—Estupendo. —Baines se dirigió hacia el campo—. Vámonos. Quiero llevarle ahora mismo al laboratorio.

Durante un momento, examinó a la alta figura que se erguía entre dos policías civiles. A su lado, daba la impresión que se habían encogido, transformado en algo desgarbado y repelente. Como pigmeos... ¿Qué había dicho Jean? *Un dios en la Tierra*. Baines desechó estos pensamientos, irritado.

—Vamos —murmuró—. Puede que éste sea difícil. Nunca nos habíamos topado con uno parecido. No sabemos de qué cosas es capaz.

La habitación estaba desierta, a excepción de la figura sentada. Cuatro paredes desnudas, el techo y el suelo. Un rayo constante de luz blanca brillaba desde cada esquina de la estancia. Cerca de la parte superior de la pared más alejada corría una abertura, una ventana a través de la cual se podía observar la habitación.

La figura sentada estaba inmóvil. No se había movido desde que la habitación se había cerrado con llave y candado, desde que una fila de técnicos había tomado posiciones frente a la abertura. Tenía la vista clavada en el suelo, la espalda encorvada, las manos enlazadas, el rostro sereno, casi inexpresivo. No había movido un músculo en cuatro horas.

—¿Bien? —preguntó Baines—. ¿Qué han averiguado?

Wisdom emitió un gruñido.

—No mucho. Si no hemos obtenido ninguna información dentro de cuarenta y ocho horas, llevaremos a cabo la eutanasia. No podemos correr riesgos.

—Está pensando en el tipo tunecino.

Él también. Habían encontrado diez ejemplares, que vivían en las ruinas de la ciudad abandonada de África del Norte. Su método de supervivencia era sencillo: mataban y absorbían otras formas de vida, las imitaban y sustituían. Les llamaban Camaleones. Habían costado sesenta vidas, antes que el último fuera destruido. Sesenta expertos de primera clase, hombres de la ACD muy bien entrenados.

—¿Alguna pista? —preguntó Baines.

—Es muy diferente. Nos va a costar mucho. —Wisdom señaló un montón de grabaciones—. Ahí tiene el informe completo, todo lo que arrancamos a Johnson y a su familia. Les aplicamos un lavado de cerebro, y después les mandamos a casa. Dieciocho años, y ningún lazo semántico. Sin embargo, parece que ha alcanzado el pleno desarrollo. Maduró a los trece años. Un ciclo vital más rápido y breve que el nuestro. Lo que me preocupa es la crin dorada. Como un monumento romano cubierto de una película dorada.

—¿La sala de análisis ha entregado ya su informe? Supongo que habrán examinado sus ondas.

—Se le ha practicado un encefalograma, pero descifrarlo lleva su tiempo. ¡Todos dando vueltas como locos, y él sentado ahí tan tranquilo! —Wisdom indicó la ventana con un dedo rechoncho—. Le cazamos con mucha facilidad. No creo que posea grandes capacidades, pero me gustaría saber cuáles. Antes de aplicarle la eutanasia.

—Quizá deberíamos mantenerlo con vida hasta averiguarlo.

—Eutanasia dentro de cuarenta y ocho horas —insistió Wisdom—, tanto si lo sabemos como si no. Me pone la piel de gallina.

Wisdom, un individuo pelirrojo, de rostro bovino, pecho voluminoso y ojos astutos hundidos en la cara, siguió masticando su puro con nerviosismo. Ed Wisdom era el director de una rama norteamericana de la ACD. En ese preciso momento, estaba preocupado. Sus ojos diminutos vagaban de un sitio a otro, como destellos grises de alarma en su rostro abultado y brutal.

—¿Cree que lo ha encontrado? —preguntó Baines.

—Siempre lo pienso —replicó Wisdom—. Debo pensarlo.

—Quiero decir…

—Sé lo que quiere decir.

Wisdom paseó sin respiro entre las mesas, técnicos sentados en sus bancos, aparatos y computadoras. Grabadoras que zumbaban, circuitos de investigación.

—Esta cosa ha vivido dieciocho años con su familia y no le entienden. No saben lo que es. Saben lo que hace, pero ignoran cómo.

—¿Qué hace?

—Sabe cosas.

—¿Qué clase de cosas?

Wisdom tomó su tubo energético y lo tiró sobre la mesa.

—Tenga.

—¿Qué?

—Tenga. —Wisdom hizo una señal y la abertura de la pared se ensanchó unos centímetros—. Dispárele.

Baines parpadeó.

Usted ha dicho cuarenta y ocho horas.

Wisdom blasfemó, tomó el tubo, apuntó a la figura sentada por la ventana y apretó el gatillo.

Un cegador destello rosa. Una nube de energía brotó en el centro de la habitación. Centelleó y se transformó en cenizas oscuras.

—¡Santo Dios! —exclamó Baines—. Usted…

Se interrumpió. La figura ya no estaba sentada. Cuando Wisdom disparó, se había movido con pasmosa celeridad hacia un rincón de la cámara. Ahora, volvía lentamente a su sitio, el rostro inexpresivo, aún absorto en sus pensamientos.

—La quinta vez —dijo Wisdom, mientras guardaba el tubo—. La última, Jamison y yo disparamos al unísono. Fallamos. Sabía exactamente dónde impactarían los rayos. Y cuándo.

Baines y Wisdom intercambiaron una mirada. Los dos estaban pensando lo mismo.

—Aunque lea las mentes, no puede saber dónde van a impactar —dijo Baines—. Cuándo, tal vez, pero no dónde. ¿Dijo en voz alta adónde iba a disparar?

—No —respondió Wisdom—. Disparé muy rápido, al azar. —Frunció el ceño—. Al azar. Tendremos que realizar pruebas sobre esto. —Hizo un ademán en dirección a un grupo de técnicos—. Llamen a un equipo de construcción. Ahora mismo.

Tomó papel y lápiz y empezó a trazar bocetos.

Mientras la construcción avanzaba, Baines se reunió con su prometida en el vestíbulo que había fuera del laboratorio, la gran sala central del edificio de la ACD.

—¿Cómo ha ido?

Anita Ferris era alta y rubia, de ojos azules y figura curvilínea, cuidadosamente desarrollada. Una mujer cercana a la treintena, atractiva y de aspecto competente. Llevaba un vestido de tejido metálico y una capa, con una banda roja y negra en la solapa, el emblema de la clase A. Anita era la directora de la Agencia de Semántica, una coordinadora gubernamental de alto nivel.

—¿Algo interesante, esta vez?

—Mucho.

Baines la guió hacia el rincón apenas iluminado del bar. Sonaba música ambiental, una veloz sucesión de armonías creadas matemáticamente. Formas apenas entrevistas se movían con eficiencia de mesa en mesa. Camareros robot, silenciosos y expertos.

Mientras Anita bebía su Tom Collins, Baines hizo un resumen de lo que habían descubierto.

—¿Qué posibilidades existen —preguntó Anita lentamente— que haya establecido un cono de desviación? Una variedad manipulaba su entorno por medio de un esfuerzo mental directo. Ninguna herramienta. Directo de la mente a la materia.

—¿Psicoquinéticos? —Baines tabaleó sin descanso sobre la mesa—. Lo dudo. Esa cosa posee la capacidad de predecir, pero no de controlar. No puede detener los rayos, pero sí apartarse de ellos.

—¿Salta entre las moléculas?

A Baines no le gustó el chiste.

—Esto es muy serio. Nos hemos encargado de esas cosas durante sesenta años, más tiempo del que suman nuestras edades. Se han descubierto ochenta y siete tipos de desviaciones, auténticos mutantes capaces de reproducirse, no simples fenómenos de feria. Éste es el ochenta y ocho. Cada vez hemos podido dar buena cuenta de ellos, pero éste…

—¿Por qué están tan preocupados por éste en concreto?

—En primer lugar, tiene dieciocho años, lo cual resulta increíble. Su familia ha conseguido mantenerle oculto todo este tiempo.

—Aquellas mujeres de Denver eran mayores. Aquellas que…

—Estaban en un campamento del gobierno. Algún pez gordo acariciaba la idea de permitir que se reprodujeran, para algún uso industrial. Retrasamos la eutanasia durante años. Sin embargo, Cris Johnson ha permanecido vivo fuera de nuestro control. Esas cosas de Denver estaban sometidas a una vigilancia constante.

—Tal vez sea inofensivo. Siempre dan por sentado que un DV supone una amenaza. Hasta podría ser beneficioso. Alguien pensaba que aquellas mujeres podían ser útiles. Tal vez esta cosa posea alguna cualidad que mejore la raza.

—¿Qué raza? La raza humana no; desde luego. Es la vieja rutina de «la operación fue un éxito, pero el paciente murió». Si permitimos que un mutante nos eche una mano, no seremos nosotros quienes heredaremos la Tierra, sino los mutantes. Los mutantes sobrevivirán. No pienses ni por un momento que, después de tenerlos encerrados bajo triple llave, van a trabajar para nosotros. Si en verdad son superiores al homo sapiens, ganarán en cualquier competición. Para sobrevivir, debemos neutralizarlos desde el primer momento.

—En otras palabras, conoceremos al homo superior cuando aparezca..., por definición. Será aquel que no podamos eliminar.

—Más o menos, suponiendo que aparezca un homo superior. Tal vez se trate de un simple homo peculiar. Un homo mejorado.

—El Neanderthal tal vez pensaba que el Cro-Magnon era un simple ejemplar mejorado, con una capacidad algo más avanzada de manipular símbolos y dar forma al pedernal. A juzgar por tu descripción, esta cosa es algo más radical que una simple mejora.

—Esta cosa posee la capacidad de predecir. Hasta el momento, ha logrado seguir con vida. Ha sido capaz de sortear situaciones mucho mejor de lo que tú o yo haríamos. ¿Cuánto tiempo crees que lograríamos sobrevivir en esa cámara, acribillada a rayos energéticos? En cierto sentido, posee la capacidad de supervivencia definitiva. Si siempre actúa con la misma precisión...

Un altavoz cobró vida.

—Baines, se le necesita en el laboratorio. Salga del bar de inmediato y venga en seguida.

Baines se puso en pie.

—Ven conmigo. Tal vez te interese ver lo que Wisdom ha montado.

Un nutrido grupo de oficiales superiores pertenecientes a la ACD, todos de edad madura y cabello gris, formaban un círculo y escuchaban a un joven flaco, con las mangas de la camisa blanca subidas, el cual describía el funcionamiento de un complicado cubo de plástico y metal situado en el centro de la plataforma de observación. Del cubo surgía una serie de tubos y cañones centelleantes que desaparecían en el interior de un intrincado laberinto de cables.

—Ésta será la primera prueba auténtica —decía el joven con entusiasmo—. Dispara al azar, lo más al azar posible, al menos. Bolas pesadas salen disparadas por un chorro de aire, y luego caen. Pueden caer describiendo cualquier trayectoria. El aparato dispara de acuerdo con la trayectoria de las bolas. Cada caída produce una nueva configuración de tiempo y posición. Diez tubos en total. Cada uno en constante movimiento.

—¿Y nadie sabe cómo saldrán disparadas? —preguntó Anita.

—Nadie. —Wisdom se frotó sus gruesas manos—. Leer la mente no le servirá de nada.

Anita se acercó a una abertura, mientras el cubo ocupaba su lugar. Lanzó una exclamación.

—¿Qué pasa? —preguntó Baines.

Las mejillas de Anita se tiñeron de púrpura.

—Esperaba... una cosa. ¡Dios Santo, es muy hermoso! Como una estatua de oro. ¡Como una deidad!

Baines rió.

—Tiene dieciocho años, Anita. Demasiado joven para ti.

La mujer no cesaba de mirar por la abertura.

—Fíjate bien. ¿Dieciocho? No puedo creerlo.

Cris Johnson estaba sentado en el suelo, en el centro de la habitación. Había adoptado una postura contemplativa, la cabeza gacha, los brazos cruzados, las piernas dobladas bajo el cuerpo. Su musculoso cuerpo brillaba bajo las crudas luces procedentes del techo como una resplandeciente figura de vello dorado.

—Guapo, ¿eh? —masculló Wisdom—. Muy bien. Vamos a empezar.

—¿Van a matarle? —preguntó Anita.

—Vamos a intentarlo.

—Pero es que... —Vaciló un momento—. No es un monstruo. No es como los demás, aquellos asquerosos seres de dos cabezas, o aquellos insectos, o aquellas cosas horrorosas de Túnez.

—¿Qué es, entonces? —preguntó Baines.

—No lo sé, pero no pueden matarle así como así. ¡Es terrible!

El cubo cobró vida. Los cañones se agitaron y cambiaron de posición en silencio. Tres desaparecieron en el interior del cubo. Otros surgieron. Se colocaron en posición con rapidez y eficiencia..., y de repente, sin previo aviso, abrieron fuego.

Brotó una salva de energía, una compleja configuración que cambiaba a cada momento, adoptando diferentes ángulos, diferentes velocidades, una mancha desconcertante que surgía de las aberturas.

La figura dorada se movió. Esquivó con destreza los rayos de energía que le atacaban por todas partes. Nubes de ceniza le ocultaban a la vista.

—¡Basta! —gritó Anita—. ¡Por el amor de Dios, van a destruirle!

La cámara era un infierno de energía. La figura había desaparecido por completo. Wisdom esperó un momento, y después cabeceó en dirección a los técnicos que manipulaban el cubo. Tocaron unos botones y los cañones enmudecieron. Algunos se hundieron en el cubo. Se hizo un gran silencio. El motor del cubo dejó de zumbar.

Cris Johnson seguía vivo. Surgió de las nubes de ceniza, ennegrecido y chamuscado, pero ileso. Había esquivado todos los rayos, como un bailarín que danzara sobre puntos de fuego rosa. Había sobrevivido.

—No —murmuró Wisdom, tembloroso y colérico—. No es un telépata. Los disparos han sido al azar, sin programación previa.

Los tres se miraron, confusos y asustados. Anita temblaba. Estaba pálida y tenía los ojos desorbitados.

—Y ahora, ¿qué? —susurró—. ¿Qué es? ¿Cuál es su especialidad?

—Posee buena intuición —sugirió Wisdom.

—No es intuición —contestó Baines—, desengáñese. Ésa es la cuestión.

—No, no es intuición —aceptó Wisdom—. Sabe. Predijo cada impacto. Me pregunto si... ¿Puede equivocarse? ¿Puede cometer un error?

—Le atrapamos —señaló Baines.

—Usted dijo que se entregó voluntariamente. —Había un brillo extraño en los ojos de Wisdom—. ¿Se entregó después que se cerrara el cerco?

—Sí, después.

—No pudo romper el cerco, de modo que regresó. —Wisdom sonrió con ironía—. El cerco fue perfecto. En teoría lo era.

—De haber existido una sola brecha —murmuró Baines—, lo habría sabido... La habría encontrado.

Wisdom ordenó a un grupo de guardias armados que se acercara.

—Sáquenle de ahí y llévenle a la sala de eutanasia.

—¡Wisdom, usted no puede...! —chilló Anita.

—Nos lleva demasiada ventaja. No podemos competir con él. —La mirada de Wisdom era implacable—. Nosotros sólo podemos anticipar lo que va a pasar. Él lo sabe. Sin la menor duda. No creo que le sirva de nada para la eutanasia. La cámara se llena de gas en un instante. —Hizo un ademán impaciente a los guardias—. Adelante. Bájenle ahora mismo. No pierdan tiempo.

—¿Podremos? —murmuró Baines, pensativo.

Los guardias tomaron posiciones junto a uno de los candados. La torre de control abrió la puerta. Los dos guardias entraron con cautela, los tubos energéticos preparados.

Cris estaba de pie en el centro de la cámara, dándoles la espalda. Permaneció en silencio un instante, completamente inmóvil. Los guardianes procedieron a rodearle cuando otros entraron en la cámara. Entonces...

Anita chilló. Wisdom blasfemó. La figura dorada se giró en redondo y saltó hacia adelante a velocidad meteórica. Dejó atrás la triple fila de guardias, atravesó la puerta y salió al pasillo.

—¡Atrápenle! —gritó Baines.

Surgieron guardias por todas partes. Rayos de energía iluminaron el pasillo, mientras la figura corría entre ellos hacia la rampa.

—Es inútil —dijo Wisdom con calma—. No hay forma de alcanzarle. —Tocó un botón, luego otro—. Quizá esto nos sirva de ayuda.

—¿Qué...? —empezó Baines, pero la veloz figura cargó contra él y tuvo que saltar a un lado.

La figura se alejó. Corría sin esforzarse, el rostro inexpresivo, saltando para evitar los rayos de energía que le disparaban.

Por un instante, el rostro dorado se cernió ante Baines. Pasó y desapareció por un pasillo lateral. Los guardias corrieron tras él, se arrodillaron y dispararon, gritaron órdenes, muy nerviosos. Cañones pesados empezaron a desplazarse por las entrañas del edificio. Los pasillos de emergencia se iban sellando sistemáticamente.

—Santo Dios —jadeó Baines, cuando logró ponerse en pie—. ¿Sólo sabe correr?

—Ordené que aislaran el edificio —dijo Wisdom—. No hay salida. No se puede entrar ni salir. Anda suelto por el edificio, pero no saldrá.

—Si se ha pasado por alto alguna salida, él lo sabrá —señaló Anita, temblorosa.

—No hemos pasado por alto ninguna. Le atrapamos una vez; volveremos a atraparle.

Un mensajero robot entró y entregó su mensaje a Wisdom con ademán respetuoso.

—De análisis, señor.

Wisdom abrió la cinta.

—Ahora sabremos cómo piensa. —Sus manos temblaban—. Quizá podamos deducir cuál es su punto débil. Es posible que piense más de prisa que nosotros, pero eso no significa que sea invulnerable. Sólo anticipa el futuro, pero no puede transformarlo. Si sólo le espera la muerte..., sus habilidades no le servirán...

Wisdom calló. Al cabo de un momento, pasó la cinta a Baines.

—Voy al bar —dijo Wisdom—, y me beberé un buen trago. —Había palidecido—. Sólo confío en que ésa no sea la raza del futuro.

—¿Cuál es el resultado del análisis? —preguntó Anita, impaciente, mirando por encima del hombro de Baines—. ¿Cómo piensa?

—No piensa —contestó Baines, mientras devolvía la cinta a su superior—. No piensa en absoluto. Carece de lóbulo frontal. No es un ser humano, no utiliza símbolos. No es más que un animal.

—Un animal —repitió Wisdom—. Con una sola facultad, muy desarrollada. No es un hombre superior. Ni siquiera es un hombre.

Guardias y máquinas recorrían los pasillos del edificio. Cantidades ingentes de policías civiles entraban en el edificio y tomaban posiciones junto a los guardias. Los pasillos y habitaciones se examinaban uno por uno y se sellaban. Tarde o temprano, la figura dorada de Cris Johnson sería localizada y acorralada.

—Siempre temimos que apareciera un mutante provisto de poderes intelectuales superiores —reflexionó Baines—. Un DV que fuera para nosotros lo que nosotros somos para los grandes simios. Algo de cráneo abultado, telépata, con un sistema semántico perfecto y poderes definitivos de simbolización y cálculo. Un desarrollo coherente con la evolución seguida hasta ahora. Un ser humano mejorado.

—Actúa por reflejos —dijo Anita, en tono pensativo. Había tomado el análisis y lo estaba examinando, sentada ante uno de los escritorios—. Reflejos..., como un león. Un león dorado. —Apartó la cinta, con una extraña expresión en el rostro—. El dios león.

—El animal —la corrigió Wisdom—. El animal rubio, querrás decir.

—Corre de prisa —dijo Baines—, y punto. Carece de herramientas. No construye ni utiliza nada, aparte de su cuerpo. Aguarda la oportunidad y se pone a correr como un demonio.

—Es peor de lo que habíamos pensado —comentó Wisdom. Su rostro bovino estaba pálido. Se había desmoronado, como un anciano, y sus manos temblaban—. ¡Ser sustituidos por un animal! Algo que corre y se esconde. ¡Algo sin lenguaje! —Escupió salvajemente—. Por eso no pudimos comunicarnos con él. Nos preguntábamos qué clase de sistema semántico tenía. ¡Y no tiene ninguno! No posee mayor capacidad de hablar y pensar que... un perro.

—Eso significa que la inteligencia ha fracasado —continuó Baines—. Somos los últimos de nuestra especie, como el dinosaurio. Hemos forzado la inteligencia al máximo. Demasiado, tal vez. Hemos llegado a un punto en que de tanto saber, de tanto pensar, ya no podemos actuar.

—Hombres de pensamiento, no hombres de acción —dijo Anita—. Comienza a obrar un efecto paralizante, pero esta cosa...

—La facultad de esta cosa funciona mejor que la nuestra. Somos capaces de recordar experiencias pasadas, almacenarlas en la mente, aprender de ellas. A lo sumo, somos capaces de realizar perspicaces previsiones del futuro, a partir de lo que recordamos del pasado, pero nunca podemos estar seguros. Hablamos de probabilidades. Gris. Nada de blanco o negro. Sólo hacemos conjeturas.

—Cris Johnson no hace conjeturas —añadió Anita.

—Puede ver el futuro, lo que se aproxima. Puede... pre-pensar. Llamémoslo así. De hecho, no es probable que perciba el futuro como tal.

—No —dijo Anita, pensativa—. Debe parecerle el presente. Tiene un presente más amplio, pero su presente se extiende hacia adelante, no hacia atrás. Nuestro presente está relacionado con el pasado. Para nosotros, sólo el pasado es seguro. Para él, el futuro es seguro. Y es muy probable que no recuerde el pasado, como los animales no recuerdan lo ya sucedido.

—A medida que evolucione —dijo Baines—, a medida que su raza evolucione, su capacidad de pre-pensar aumentará. En lugar de diez minutos, treinta minutos. Después, una hora. Un día. Un año. Por fin, será capaz de anticipar toda una vida. Cada uno vivirá en un mundo sólido, inmutable. No habrá variables, ni incertidumbre. ¡Ni el menor movimiento! No tendrán nada que temer. Su mundo será perfectamente estático, un bloque sólido de materia.

—Y cuando llegue la muerte —dijo Anita—, la aceptarán. No se opondrán. Para ellos, será como si ya hubiera ocurrido.

—Como si ya hubiera ocurrido —repitió Baines—. Para Cris, nuestros rayos ya habían sido disparados. —Lanzó una áspera carcajada—. Capacidad de supervivencia superior no equivale a hombre superior. Si hubiera otro diluvio universal, sólo los peces sobrevivirían. Si hubiera otra era glacial, es probable que sólo quedaran los osos polares. Cuando abrimos la puerta, ya había visto a los hombres, había visto exactamente dónde estaban y qué iban a hacer. Una facultad impecable, pero no un desarrollo mental. Un sentido puramente físico.

—Pero si todas las salidas están vigiladas —repitió Wisdom—, verá que no puede escapar. Ya se entregó una vez; volverá a hacerlo. —Meneó la cabeza—. Un animal. Sin lenguaje. Sin herramientas.

—Con su nuevo sentido, no necesita nada más —observó Baines. Consultó su reloj—. Ya pasa de las dos. ¿Está sellado todo el edificio?

—No puede irse —afirmó Wisdom—. Tendrá que quedarse aquí toda la noche…, o hasta que cacemos a ese bastardo.

—Me refería a ella. —Baines señaló a Anita—. Debe estar de vuelta en Semántica a las siete de la mañana.

Wisdom se encogió de hombros.

—No está bajo mi control. Si quiere marcharse, que lo haga.

—Me quedaré —decidió Anita—. Quiero estar aquí cuando…, cuando le destruyan. Dormiré aquí. —Vaciló—. Wisdom, ¿no hay otra solución? Si sólo es un animal, ¿no podríamos…?

—¿Un zoo? —La voz de Wisdom alcanzó una intensidad histérica—. ¿Encerrarle en un zoológico? ¡Por ningún motivo! ¡Hay que matarlo!

La gran forma brillante estuvo acuclillada en las tinieblas durante largo tiempo. Estaba en un almacén, rodeado de cajas por todas partes, apiladas en filas bien ordenadas, contadas y marcadas. Silencioso y desierto.

Pero dentro de pocos instantes, un grupo de personas entraría y registraría la habitación. Lo había visto. Los había visto invadiendo el almacén, con toda claridad, hombres armados con tubos energéticos, de rostros sombríos y un brillo de muerte en los ojos.

La visión era una de tantas. Una entre la multitud de escenas perfectamente definidas, tangentes a la suya propia. Y cada una iba unida a una multitud de escenas interrelacionadas, que por fin se difuminaban y desaparecían. Una vaguedad progresiva, cada síndrome menos definido.

Pero la escena inmediata, la más próxima, era claramente visible. Veía de manera diáfana a los hombres armados. Por lo tanto, era necesario salir del almacén antes que aparecieran.

La figura dorada se levantó con parsimonia y caminó hacia la puerta. El pasillo estaba vacío; ya se veía fuera, en el pasadizo de metal y luces indirectas. Abrió la puerta de par en par y salió.

Al otro extremo del pasillo había un ascensor. Se dirigió al ascensor y entró. Dentro de cinco minutos, un grupo de guardias acudirían corriendo y asaltarían el ascensor. En ese momento, ya lo habría abandonado y enviado a la planta baja. Apretó un botón y subió al piso siguiente.

Salió a un pasillo desierto. No se veía a nadie, lo cual no le sorprendió. Nada podía sorprenderle. Ese elemento no existía para él. La posición de las cosas, las relaciones espaciales de la materia en el futuro inmediato, eran tan ciertas para él como su propio cuerpo. Lo único incierto era aquello que ya había dejado de ser. De una forma vaga y confusa, se había preguntado en ocasiones adónde iban a parar las cosas cuando las dejaba atrás.

Llegó ante un pequeño armario de suministros. Ya lo habían registrado. Tardarían media hora en volverlo a abrir. Tenía tiempo hasta entonces; lo había visto. Y después…

Y después podría ver otra zona más alejada. Estaba en constante movimiento, se adentraba en regiones que no había visto nunca. Un incesante despliegue de vistas y escenas, de paisajes petrificados, se extendía ante él. Todos los objetos estaban inmóviles, como piezas de un inmenso ajedrez a través del cual se desplazaba, los brazos cruzados, el rostro sereno. Un observador indiferente, que veía con tanta claridad los objetos que aguardaban en su futuro como los que tenía a los pies.

En ese momento, acuclillado en el pequeño armario, vio una multitud de escenas increíblemente variadas, que se sucederían a lo largo de la próxima media hora. Esa media hora estaba dividida en una serie muy compleja de configuraciones diferentes. Había llegado a una región critica; iba a moverse por mundos de gran complejidad.

Se concentró en una escena que tendría lugar dentro de diez minutos. Mostraba, como una diapositiva en tres dimensiones, un pesado cañón situado al final del pasillo, arrastrado hacia el otro extremo. Los hombres avanzaban con cautela de puerta en puerta, registrando cada habitación una vez más. Al final de la media hora, llegarían al armario. Una escena mostraba que lo registraban. En ese momento ya se habría ido, por supuesto. No estaba en aquella escena. Había pasado a otra.

La siguiente escena mostraba una salida, vigilada por una sólida línea de guardias. No había forma de escapar. Estaba en aquella escena. Escondido en un hueco junto a la puerta. Se veía la calle, estrellas, luces, la silueta de coches y personas que pasaban.

En la siguiente escena se había alejado de la puerta. No había escapatoria. En otra se veía, en otras salidas, una legión de figuras doradas, duplicadas una y otra vez, mientras exploraba regiones futuras. Todas las salidas estaban vigiladas.

En una escena borrosa se veía carbonizado y muerto; había intentado cruzar la línea de guardias.

Pero la escena era vaga. Una más entre muchas. El camino inflexible que seguía no se desviaría de aquella dirección. No le depararía tal suerte. La figura dorada de aquella escena, el muñeco en miniatura de aquella

habitación, sólo estaba lejanamente relacionado con él. Era él, pero un yo muy remoto. Un yo al que nunca encontraría. Lo olvidó y procedió a examinar otra escena.

La miríada de escenas que le rodeaban, formaban un complicado laberinto, una telaraña que examinó fragmento a fragmento. Contempló una casa de muñecas con infinitas habitaciones, habitaciones sin fin, cada una con sus muebles y muñecas, rígidas e inmóviles. Las mismas muñecas y muebles se repetían en muchas. Él aparecía a menudo. Los dos hombres de la plataforma. La mujer. La misma combinación se repetía sin cesar; la obra se volvía a representar con frecuencia, los mismos actores y comparsas se combinaban de mil formas diferentes.

Antes que llegara el momento de abandonar el armario de suministros, Cris Johnson había examinado cada una de las habitaciones tangentes a la que ahora ocupaba. Las había explorado todas, inspeccionado su contenido exhaustivamente.

Abrió la puerta y salió con calma al pasillo. Sabía con toda exactitud adónde iba. Y lo que debía hacer. Acurrucado en el armario había examinado con destreza todas las miniaturas de sí mismo, había observado la diáfana configuración que le aguardaba en su inflexible camino (una habitación de la casa de muñecas, una elegida entre miles), hacia la cual avanzaba.

Anita se quitó el vestido de tejido metálico, lo colgó de una percha, se desabrochó los zapatos y los tiró debajo de la cama. Iba a quitarse el sujetador cuando la puerta se abrió.

Tragó saliva. La gran figura dorada, con calma, en completo silencio, cerró la puerta con llave.

Anita tomó el tubo energético que había sobre el tocador. Todo su cuerpo temblaba.

—¿Qué quieres? —preguntó. Sus dedos se cerraron convulsivamente alrededor del tubo—. Te mataré.

La figura la contempló en silencio, con los brazos cruzados. Era la primera vez que Anita veía a Cris Johnson de cerca. El rostro solemne, hermoso e impasible, el pecho ancho, el vello dorado, la piel dorada…

—¿Por qué? —preguntó, sin aliento. Su corazón latía violentamente—. ¿Qué quieres?

Podía matarle con facilidad, pero el tubo energético vaciló. Cris Johnson no demostraba el menor temor. ¿Por qué? ¿No comprendía lo que era el tubo de metal, lo que podía hacerle?

—Por supuesto —exclamó Anita de súbito—. Anticipas lo que va a ocurrir. Sabes que no voy a matarte. De lo contrario, no habrías venido.

Enrojeció, aterrorizada…, y turbada. Él sabía exactamente lo que Anita iba a hacer; lo veía con tanta claridad como ella veía las paredes de la habitación, la cama empotrada con las sábanas impecablemente retiradas, sus ropas colgadas en el armario, el bolso y los objetos esparcidos sobre el tocador.

—Muy bien. —Anita retrocedió y dejó el tubo sobre el tocador—. No te mataré. ¿Para qué?

Buscó en el bolso sus cigarrillos. Encendió uno con mano temblorosa, el pulso acelerado. Estaba asustada. Y extrañamente fascinada.

—¿Esperas quedarte aquí? No te servirá de nada. Ya han registrado dos veces el dormitorio. Volverán.

¿La entendía? No leyó nada en su cara, excepto una inexpresiva gravedad. ¡Dios, era enorme! No era posible que sólo tuviera dieciocho años, apenas un muchacho. Parecía un dios dorado, bajado a la Tierra.

Desechó esos pensamientos. No era un dios. Era un animal. *El animal rubio* que sustituiría al hombre. Que expulsaría al hombre de la Tierra.

Anita se apoderó del tubo.

—¡Largo de aquí! ¡Eres un animal! ¡Un animal grande y estúpido! Ni siquiera entiendes lo que digo, ni siquiera tienes un lenguaje. No eres humano.

Cris Johnson permaneció en silencio. Como si estuviera esperando. ¿Esperando qué? No demostraba temor ni impaciencia, aunque en el pasillo se oía el estruendo de los registros que se llevaban a cabo, metal contra metal, cañones y tubos energéticos arrastrados de un sitio a otro, gritos y sonidos apagados, a medida que se iba clausurando sección tras sección.

—Te atraparán —dijo Anita—. Te encontrarán aquí. Registrarán esta ala de un momento a otro. —Apagó el cigarrillo con brusquedad—. Por el amor de Dios, ¿qué esperas que haga?

Cris avanzó hacia ella. Anita retrocedió. Sus fuertes manos la aferraron y ella lanzó un gemido de terror. Por un momento, se debatió ciega, desesperadamente.

—¡Suéltame!

Consiguió liberarse y se alejó de él. El rostro de Cris no mostraba la menor expresión. Se acercó a ella con calma, un dios impasible que se disponía a poseerla.

—¡Aléjate!

Tanteó en busca del tubo energético, pero el aparato resbaló de sus dedos y cayó al suelo.

Cris se agachó y lo tomó. Se lo ofreció sobre la palma abierta de su mano.

—Santo Dios —susurró Anita.

Aceptó el tubo, temblorosa, lo asió vacilante y volvió a dejarlo sobre el tocador.

La gran figura dorada parecía brillar bajo la débil luz de la habitación, recortada contra la oscuridad. Un dios... No, un dios no. Un animal. Una gran bestia dorada, carente de alma. Estaba confusa. ¿Era una de ambas cosas, o las dos a la vez? Meneó la cabeza, perpleja. Era tarde, casi las cuatro. Estaba agotada y confundida.

Cris la tomó en sus brazos. Levantó su rostro con delicadeza y la besó. Sus poderosas manos la aferraron. Anita no podía respirar. La oscuridad, mezclada con la niebla dorada luminosa, daba vueltas a su alrededor sin cesar, disolviendo sus sentidos. Se entregó a esa ebriedad, agradecida. La oscuridad la cubrió y disolvió en un torrente henchido de fuerza pura que aumentaba de intensidad a cada momento, hasta que su rugido chocó contra ella y lo borró todo por fin.

Anita parpadeó. Se irguió y arregló su cabello de forma automática. Cris estaba de pie ante el ropero, sacando algo.

Se volvió hacia ella y tiró algo sobre la cama. Su capa de viaje, hecha de pesado tejido metálico.

Anita contempló la capa sin comprender.

—¿Qué quieres?

Cris esperó junto a la cama.

Anita tomó la capa, indecisa. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

—Quieres que te saque de aquí —dijo en voz baja—. Burlar a los guardias y la PC.

Cris no dijo nada.

—Te matarán al instante. —Se puso en pie, vacilante—. No puedes huir de ellos. Dios Santo, ¿es que sólo sabes correr? Tiene que haber una forma mejor. Tal vez pueda apelar a Wisdom. Soy de clase A, la clase dirigente. Puedo acudir sin más al Directorio. Podría lograr que retrasaran la eutanasia de manera indefinida. Las posibilidades son de un millón en contra si intentamos romper...

Se calló.

—Pero tú no juegas —continuó poco a poco—. No actúas según las posibilidades. Sabes lo que va a ocurrir. Ya has visto las cartas. —Escrutó su rostro—. No, nunca te equivocas. Es imposible.

Permaneció unos momentos sumida en sus pensamientos. Después, con un rápido y decidido movimiento, tomó la capa y la deslizó sobre sus hombros desnudos. Se ciñó el pesado cinturón, se agachó y recuperó sus zapatos de debajo de la cama. Tomó el bolso y corrió hacia la puerta.

—Vamos —dijo. Su respiración era agitada y tenía las mejillas coloradas—. Vámonos, mientras podamos elegir alguna salida. Mi coche está estacionado fuera, en el estacionamiento situado a un lado del edificio. Llegaremos a mi casa dentro de una hora. Tengo una casa de invierno en Argentina. Si la situación empeora, volaremos hacia allí. Está en el campo, lejos de las ciudades. Selva y pantanos. Aislada de casi todo.

Hizo ademán de abrir la puerta.

Cris se lo impidió, colocándose delante de ella.

Esperó mucho rato, el cuerpo inmóvil. Después, giró el pomo y salió al pasillo.

Estaba desierto. No se veía a nadie. Anita divisó la espalda de un guardia a lo lejos. Si hubieran salido un segundo antes...

Cris avanzó por el pasillo. Anita corrió tras él. El hombre dorado se movía con agilidad, sin esfuerzo aparente. A la mujer le costaba seguirle. Daba la impresión que sabía exactamente adónde iba. A la derecha, por un pasillo lateral, un pasadizo de suministros. Entraron en un montacargas. Ascendieron y se detuvieron con brusquedad.

Cris volvió a esperar. Luego, abrió la puerta y salió del ascensor. Anita le siguió, nerviosa. Oyó ruidos: cañones y hombres, muy cerca.

Se encontraban cerca de una salida. Una doble fila de guardias la bloqueaba. Veinte hombres, una sólida muralla..., y un macizo cañón robot en el centro. Los hombres estaban ojo vigilante, los rostros tensos y preocupados. Apretaban con fuerza sus fusiles. Un oficial de la policía civil estaba al mando.

—Nunca lograremos pasar —gimió Anita—. No podremos dar ni diez pasos. —Retrocedió—. Nos...

Cris la tomó del brazo y avanzó con calma. Un terror ciego se apoderó de Anita. Trató de librarse del hombre, pero sus dedos eran de acero. No pudo soltarse. En silencio, con fuerza irresistible, el ser dorado la arrastró junto a él hacia la doble hilera de guardias.

—¡Allí está! —Los fusiles apuntaron. Los hombres entraron en acción. La boca del cañón giró en redondo—. ¡Disparen!

Anita estaba paralizada. Se apoyó contra el poderoso cuerpo que la arrastraba, inflexible. Las líneas de guardias se acercaron más, una auténtica muralla de fusiles. Anita se esforzó por controlar su terror. Estuvo a punto de caer. Cris la sostuvo sin esfuerzo. Ella arañó, se debatió, luchó por soltarse…

—¡No disparen! —gritó.

Los fusiles se movieron, indecisos.

—¿Quién es ésa?

Los guardias intentaban tomar posiciones para disparar sin alcanzarla a ella.

—¿Quién le acompaña?

Un guardia vio la banda que adornaba su manga. Roja y negra. Clase directiva. Máximo nivel.

—Es una clase A. —Los guardias retrocedieron, confusos—. ¡Apártese, señorita!

Anita recuperó la voz.

—No disparen. Está… bajo mi custodia. ¿Me entienden? Voy a llevármelo.

La muralla de guardias retrocedió con nerviosismo.

—Nadie puede pasar. El director Wisdom dio la orden de…

—No estoy sometida a la autoridad de Wisdom. —Consiguió dotar a su voz de cierta aspereza—. Despejen el camino. Voy a conducirle a la Agencia de Semántica.

Por un momento, no sucedió nada. Ni la menor reacción. Después, poco a poco, indeciso, un guardia se apartó.

Cris se movió como una bala entre los confusos guardias, aprovechando la brecha, atravesó la puerta y salió a la calle. Descargas de energía florecieron tras él. Los guardias le persiguieron como un solo hombre, lanzando gritos. Todos se olvidaron de Anita. Los guardias y el cañón invadieron la oscuridad de la calle. Coches patrulla cobraron vida.

Anita estaba confusa, aturdida, apoyada contra la pared, y trataba de recuperar el aliento.

Se había ido. La había dejado. Dios santo… ¿Qué había hecho? Agitó la cabeza, perpleja, y sepultó la cara entre las manos. La había hipnotizado. Había perdido la voluntad, el sentido común. ¡La razón! El animal, la gran bestia dorada, la había engañado. Se había aprovechado de ella. Y ahora se había ido, fundido con la noche.

Amargas lágrimas resbalaron sobre sus puños apretados. Se frotó los ojos, pero en vano; siguieron manando.

—Se ha ido —dijo Baines—. Nunca le cazaremos. Ya estará a un millón de kilómetros de aquí.

Anita estaba derrumbada en un rincón, con el rostro vuelto hacia la pared. Un menudo guiñapo, roto y retorcido.

Wisdom paseaba arriba y abajo.

—¿Adónde habrá ido? ¿Dónde se esconderá? ¡Nadie le ocultará! Todo el mundo conoce la ley sobre los DVs.

—Ha vivido en el bosque casi toda su vida. Cazará, como siempre ha hecho. Se preguntaban qué hacía solo. Cazaba y dormía bajo los árboles. —

Baines lanzó una áspera carcajada—. Y la primera mujer con que se tropiece estará encantada de esconderlo..., al igual que ella.

Indicó a Anita con el pulgar.

—De modo que ese color dorado, esa crin, esa apariencia de dios, tenían un propósito. No eran un simple adorno. —Baines torció sus gruesos labios—. No posee una sola facultad, sino dos. Una es nueva, el último grito en materia de supervivencia. La otra es tan antigua como la vida. —Dejó de pasear y contempló la figura derrumbada en un rincón—. Plumaje. Plumas brillantes para las aves y los cisnes, crestas para los gallos, escamas brillantes para los peces. Pieles y melenas centelleantes para los animales. Un animal no es necesariamente bestial. Los leones no son bestiales. Ni los tigres, ni ninguno de los grandes felinos. Son cualquier cosa menos bestiales.

»Nunca tendrá que preocuparse —dijo Baines—. Saldrá adelante..., mientras existan mujeres humanas que se ocupen de él. Y como puede ver el futuro, ya sabe que resulta sexualmente irresistible a las mujeres humanas.

—Le atraparemos —masculló Wisdom—. He conseguido que el gobierno declare el estado de emergencia. La policía civil y militar se pondrá en su busca. Ejércitos de hombres, todo un planeta de expertos, los equipos y la maquinaria más avanzados. Le atraparemos, tarde o temprano.

—Cuando llegue ese momento, dará igual —dijo Baines. Apoyó la mano sobre el hombro de Anita y lo palmeó con ironía—. Tendrás compañía, cariño. No serás la única. Eres la primera de una larga procesión.

—Gracias —graznó Anita.

—El método de supervivencia más antiguo y el más nuevo. Combinados para conformar a un animal perfectamente adaptado. ¿Cómo demonios vamos a detenerle? Podemos introducirte en un tanque de esterilización, pero no podremos localizarlas a todas, a todas las mujeres que se crucen en su camino. En cuanto pasemos una por alto, estamos acabados.

—No nos daremos por vencidos —dijo Wisdom—. Atraparemos a todas las que podamos, antes que den a luz. —Una leve esperanza relumbró en su rostro cansado y hundido—. Quizá sus características sean recesivas. Quizá las nuestras puedan neutralizarlas.

—No apostaría ni un centavo por ello —contestó Baines—. Creo que ya sé cual de las dos tendencias dominará a la otra. —Sonrió con ironía—. Y creo estar en lo cierto. No será la nuestra.

Y GIRA LA RUEDA

—Sectas —murmuró el Bardo Chai en tono pensativo.

Examinó el informe grabado que rechinaba en el receptor. El aparato estaba oxidado y necesitaba un engrase; emitía un molesto plañido y desprendía volutas de humo. Chai lo cerró cuando su agrietada superficie amenazó con ponerse al rojo vivo. Luego, terminó de estudiar la cinta y la tiró junto con un montón de otros desperdicios por la boca de un eliminador de basuras.

—¿Qué dices de las sectas? —preguntó en voz apenas audible el Bardo Sung-wu. Volvió a la realidad con un esfuerzo y dibujó una sonrisa de interés en su regordeta cara olivácea—. ¿Qué decías?

—Cualquier sociedad estable sufre la amenaza de las sectas; la nuestra no es una excepción. —Chai juntó sus largos dedos—. Ciertos estratos inferiores se sienten claramente insatisfechos. Sus corazones rebosan de envidia hacia los que la rueda ha colocado sobre ellos. Forman en secreto bandas rebeldes, fanáticas. Se reúnen en la oscuridad de la noche; de forma insidiosa, manifiestan su hostilidad a las normas aceptadas; se complacen en hacer escarnio de los usos y costumbres básicos.

—Uj —contestó Sung-wu, y se apresuró a explicar su gruñido—. Parece increíble que haya gente capaz de practicar unos ritos tan desagradables y fanáticos. —Se levantó con movimientos nerviosos—. Debo irme, con tu permiso.

—Espera. ¿Conoces la zona de Detroit?

Sung-wu asintió, inquieto.

—Muy poco.

Chai, con su vigor característico, tomó una decisión.

—Voy a enviarte allí; investiga y redacta un informe. Si ese grupo es peligroso, el Brazo Sagrado debe saberlo. Está compuesto por los peores elementos: la clase Tecno. —Compuso una expresión irónica—. Tipos grandotes, peludos, caucásicos. A tu regreso, serás recompensado con seis meses en España; podrás explorar las ruinas de las ciudades abandonadas.

—¡Caucásicos! —exclamó Sung-wu, y su cara se tiñó de verde—. No gozo de buena salud. Si puede ir alguien en mi lugar…

—¿Acaso compartes la teoría de Pluma Rota? —Chai enarcó una ceja—. Un filólogo asombroso, Pluma Rota. Me dio algunas clases. Como sabes, afirmaba que la raza caucásica descendía del hombre de Neanderthal. Su enorme tamaño, el abundante vello, su aspecto brutal, revelan una incapacidad innata de comprender lo que trascienda su perspectiva animal. El proselitismo es una pérdida de tiempo.

Contempló a su interlocutor con mirada grave.

—No te enviaría si no depositara una fe extraordinaria en tu devoción.

Sung-wu manoseó sus cuentas con expresión abatida.

—Elron sea loado —murmuró—. Eres demasiado generoso.

Sung-wu entró en un ascensor y fue transportado, con gran aparato de crujidos, zumbidos y paradas falsas, al nivel superior del edificio de la Cámara Central. Recorrió a buen paso un pasillo iluminado tan sólo por algunas bombillas amarillas. Un momento después llegó ante las puertas de las oficinas de análisis y mostró su identificación al guardia robot.

—¿Está el Bardo Fei-p'ang? —preguntó.

—Ciertamente —contestó el robot, y se hizo a un lado.

Sung-wu entró en las oficinas, rodeó las filas de máquinas oxidadas y averiadas, y entró en el ala que todavía funcionaba. Localizó a su cuñado en un escritorio, inclinado sobre unos gráficos, copiando algo a mano con gran meticulosidad.

—Que la lucidez sea contigo —murmuró.

Fei-p'ang levantó la vista, irritado.

—Te dije que no volvieras; si el Brazo descubre que te permito utilizar el analizador para un asunto particular, me llevarán al potro.

—Tranquilo —murmuró Sung-wu, y apoyó una mano sobre el hombro de su pariente—. Ésta es la última vez. Me voy lejos. Un vistazo más, el último. —Una expresión suplicante, patética, apareció en su rostro oliváceo—. Mi giro no tardará en llegar; ésta será nuestra última conversación.

La expresión patética de Sung-wu dio paso a una de astucia.

—No querrás llevar esa carga sobre tu alma; no habrá reparación posible a estas alturas.

—Muy bien —bufó Fei-p'ang—, pero procede con celeridad, por el amor de Elron.

Sung-wu se dirigió al analizador-madre y se sentó en la desvencijada cesta. Conectó los controles, fijó su frente al visor, introdujo su tarjeta de identidad y puso en movimiento la manecilla espacio-temporal. Poco a poco, como a regañadientes, el antiguo mecanismo tosió, cobró vida y comenzó a rastrear su tarjeta personal en la senda del futuro.

Las manos de Sung-wu temblaban, así como todo su cuerpo. Su cuerpo se perló de sudor y vio corretear a su imagen en miniatura. *Pobre Sung-wu*, pensó afligido. La imagen de un ser diminuto dedicado a sus tareas; de ella le separaban tan sólo ocho meses. Realizaba sus tareas, hostilizado y acosado, y luego, en un continuo posterior, caía y moría.

Sung-wu apartó sus ojos del visor y aguardó a que su pulso se calmara. Podía soportar esa parte, contemplar el momento de la muerte; lo que veía a continuación era el motivo de su crispación.

Rezó una oración en silencio. ¿Había ayunado bastante? Durante los cuatros días de expiación y autoflagelación, había utilizado el látigo con puntas de metal, el más pesado posible. Se había desprendido de todo su dinero; había roto un jarrón hermosísimo que su madre le había dejado, una herencia muy querida; se había revolcado sobre barro y excrementos en el centro de la ciudad. Cientos de personas le habían visto. Ahora, sin duda, con esto bastaba, ¡pero el tiempo era tan escaso!

Se irguió, tras reunir fuerzas, y aplicó de nuevo los ojos al visor. Temblaba de terror. ¿Y si no había cambiado? ¿Y si sus mortificaciones no habían bastado? Giró los controles y la manecilla de su senda temporal exploró el período posterior a la muerte.

Sung-wu chilló y se derrumbó, horrorizado. Su futuro era el mismo, exactamente el mismo; nada había cambiado. Su culpa era demasiado grande para ser purificada en un tiempo tan corto. Necesitaría siglos..., y no tenía siglos.

Se alejó del analizador y pasó junto a su cuñado.

—Gracias —murmuró, tembloroso.

Por una vez, una sombra de compasión se reflejó en las eficientes facciones morenas de Fei-p'ang.

—¿Malas noticias? ¿El próximo giro trae consigo una encarnación desafortunada?

—El calificativo «malas» es insuficiente para describirlas.

La compasión de Fei-p'ang se transformó en justa censura.

—¿Y quién es el culpable, sino tú? —preguntó con severidad—. Sabes que tu conducta en esta encarnación determina la siguiente; si aspiras a una vida futura como animal inferior, debes examinar tu comportamiento y arrepentirte de tus pecados. La ley cósmica que nos gobierna es imparcial. Es una justicia equitativa: causa y efecto. Tus actos determinan tu siguiente encarnación. No pueden existir ni culpa ni aflicción, tan sólo comprensión y

arrepentimiento. —Su curiosidad pudo más que él—. ¿Qué es? ¿Una serpiente? ¿Una ardilla?

—No es asunto tuyo —dijo Sung-wu, y se encaminó con aspecto desdichado hacia la salida.

—Lo miraré.

—Adelante.

Sung-wu salió al pasillo, entristecido. La desesperación le abrumaba. Nada había cambiado; todo continuaba igual.

Moriría dentro de ocho meses, infectado por algunas de las numerosas epidemias que azotaban las partes habitadas del mundo. La fiebre le devoraría, su cuerpo se cubriría de manchas rojas, se retorcería en una agonía de delirios. Sus intestinos se paralizarían; su carne se consumiría; perdería la vista, y al cabo de interminables sufrimientos, moriría. Su cuerpo, un bulto informe, yacería entre cientos más, una calle llena de cadáveres, que serían recogidos por los sepultureros robot, piadosamente inmunes. Sus restos mortales serían quemados en un incinerador de basuras, en las afueras de la ciudad.

Entretanto, la chispa eterna, el alma divina de Sung-wu, se trasladaría de aquella encarnación espacio-temporal a la siguiente. Pero no ascendería, sino que descendería. Había contemplado muchas veces en el analizador su descenso. Siempre la misma espantosa visión de su alma, una escena insoportable, cayendo como una piedra hacia uno de los continuos inferiores, el sumidero de una encarnación situada en la parte más baja de la escala.

Había pecado. Sung-wu, en su juventud, había mantenido relaciones con una muchacha descarriada de ojos negros y largo cabello flotante, que se derramaba como una cascada sobre su espalda. Labios rojos que invitaban, pechos redondos, caderas que se cimbreaban de una manera inconfundible. Era la esposa de un amigo, de la clase Guerrero, pero él la había tomado como amante. Estaba convencido que tenía tiempo suficiente para rectificar su concupiscencia.

Pero estaba equivocado; su giro de rueda estaba próximo. La epidemia: no tuvo tiempo suficiente para ayunar, rezar y hacer buenas obras. Se había resignado a descender a un planeta purulento, de atmósfera contaminada, perteneciente al sistema de un sol incandescente, un antiguo pozo de inmundicia, podredumbre y limo interminable, un mundo selvático del peor tipo.

En él, sería una mosca de alas brillantes, un carroñero zumbador de vientre azulado que volaba, se arrastraba y devoraba los cadáveres podridos de lagartos gigantescos, muertos en la lucha por la supervivencia.

Desde este pantano, este planeta asolado por epidemias, en las entrañas de un sistema enfermo y contaminado, tendría que ascender penosamente por los interminables peldaños de la escala cósmica que ya había subido. Había tardado eones en llegar tan lejos, hasta el nivel de ser humano en el planeta Tierra, en el Sistema Solar. Ahora, debería empezar de nuevo.

—Elron sea contigo —dijo Chai, cuando la oxidada nave de observación recibió el beneplácito de la tripulación robot para efectuar un vuelo limitado.

Sung-wu entró con paso lento en la nave y tomó asiento ante los restos de los controles. Hizo un ademán indiferente, cerró la puerta y la aseguró manualmente.

Mientras la nave se elevaba hacia el cielo del atardecer, consultó de mala gana los informes y registros que Chai le había proporcionado.

Los tinkeristas formaban una secta pequeña. Afirmaban contar con unos pocos centenares de miembros, todos pertenecientes a la clase Tecno, la más despreciada de las castas sociales. Los Bardos constituían la más apreciada, por supuesto. Eran los profesores de la sociedad, los hombres sagrados que guiaban a la humanidad hacia la lucidez. Después, los Poetas. Convertían en sagas las grandes leyendas de Elron Wu, que vivió (según la leyenda) en los espantosos días de la Era de la Locura. Por debajo de los Poetas se encontraban los Artistas; después, los Músicos; luego, los Obreros, que supervisaban las cuadrillas de robots. A continuación, los Ejecutivos, los Guerreros, los Granjeros y, por fin, en último lugar, los Tecnos.

La mayoría de los Tecnos eran caucásicos, seres inmensos de piel blanca, increíblemente peludos, como monos. Su parecido con los grandes simios era impresionante. Quizá Pluma Rota estaba en lo cierto; quizá corría por sus venas sangre Neanderthal, y la lucidez estaba fuera de su alcance. Sung-wu siempre se había considerado antirracista; discrepaba con los que afirmaban que los caucásicos eran una raza aparte. Los extremistas creían que se producirían daños irreparables si se permitía a los caucásicos casarse entre sí.

En cualquier caso, era un problema teórico. Ninguna mujer decente y digna de las clases superiores (de raza india, mongola o bantú) permitiría que un *cauco* se le acercara.

Bajo la nave se extendía un paisaje desolado. Aún se veían grandes puntos rojos, desprovistos de toda vegetación, y superficies de escoria. A estas alturas, no obstante, casi todas las ruinas estaban cubiertas de tierra y garranchuelo. Vio hombres y robots que trabajaban la tierra; pueblos, incontables puntos marrones diminutos en los campos verdes; ruinas dispersas de ciudades antiquísimas, llagas bostezantes similares a bocas ciegas, eternamente abiertas hacia el cielo. Nunca se cerrarían, ya no.

Más adelante se hallaba la zona de Detroit, llamada así, según se decía, en memoria de algún líder espiritual olvidado. Se veían más pueblos. A su izquierda, la superficie plomiza de una especie de lago. Más allá..., sólo Elron lo sabía. Nadie rebasaba ese límite; no existía vida humana allí, sólo animales salvajes y cosas deformes, producto de la poderosa radiación que todavía infestaba el norte.

Hizo descender la nave. Un campo despejado se extendía a su derecha. Un granjero robot araba la tierra con una hoz sujeta a su cintura, una pieza obtenida de alguna máquina averiada. Dejó de hundir la hoz y levantó la vista, asombrado, cuando la nave de Sung-wu aterrizó.

—La lucidez sea contigo —chirrió obedientemente el robot, cuando Sung-wu salió.

Sung-wu tomó su fajo de informes y documentos y lo guardó en el maletín. Cerró la puerta de la nave y se encaminó con paso apresurado hacia las ruinas de la ciudad. El robot continuó arañando la dura tierra con la oxidada hoz de metal, su cuerpo abollado doblado por la mitad. Trabajaba con lentitud, en silencio, sin quejarse.

—¿Algún problema, Bardo? —dijo con voz aflautada el niño, mientras Sung-wu se abría paso trabajosamente entre la escoria y los escombros.

Librodot

Era un pequeño bantú, que se cubría con harapos cosidos de cualquier manera. Corrió junto a Sung-wu como un perrito, dando saltos y con una gran sonrisa en el rostro, que dejaba al descubierto sus blancos dientes.

Sung-wu adoptó cautela de inmediato. Su relación con la muchacha del cabello negro le había enseñado artimañas elementales.

—Mi nave se ha averiado —mintió, pero era una circunstancia muy común—. Era la última nave de nuestro campo que aún funcionaba.

El muchacho brincó, rió y arrancó un puñado de las hierbas verdes que crecían junto a la senda.

—Conozco a alguien que puede arreglarla —gritó.

El pulso de Sung-wu se aceleró.

—Ah, ¿sí? —murmuró, como indiferente—. ¿Aún hay personas por estos parajes que practican el dudoso arte de la reparación?

El chico asintió con solemnidad.

—¿Tecnos? —prosiguió Sung-wu—. ¿Viven muchos entre estas ruinas?

Surgieron más chicos y chicas bantús desde las ruinas.

—¿Qué le pasa a tu nave? —gritó uno a Sung-wu—. ¿No funciona?

Como él caminaba con parsimonia, todos se pusieron a correr y gritar a su alrededor; una pandilla salvaje, carente por completo de disciplina. Daban tumbos, luchaban y se perseguían mutuamente, incansables.

—¿Cuántos de ustedes han recibido instrucción primaria? —preguntó Sung-wu.

Se hizo un silencio repentino. Los chicos intercambiaron miradas de culpabilidad; ninguno contestó.

—¡Santo Elron! —exclamó Sung-wu, horrorizado—. ¿Son analfabetos?

Las cabezas se inclinaron.

—¿Y cómo esperan armonizarse con la voluntad divina? ¿Cómo llegarán a conocer el plan divino? ¡Esto es demasiado!

Apuntó con un dedo regordete a uno de los muchachos.

—¿Se preparan con constancia para la vida futura? ¿Se purifican y mortifican constantemente? ¿Se niegan la carne, el sexo, las diversiones, las ganancias económicas, la educación, el ocio?

Era obvio; sus risas y juegos espontáneos demostraban que aún vivían libres de trabas, lejos de la lucidez... Y la lucidez es el único camino que conduce a la comprensión del plan eterno, de la rueda cósmica que gira sin cesar.

—¡Mariposas! —resopló Sung-wu, disgustado—. No son mejores que los animales y aves del campo, que no se preocupan del mañana. Sólo se preocupan del presente, y piensan que el mañana no llegará. Como insectos...

Pensar en los insectos le recordó a la mosca de alas brillantes que se arrastraba sobre los cadáveres de lagartos podridos, y su estómago se revolvió. Lo controló con esfuerzo y siguió caminando, hacia la hilera de aldeas que se alzaban un poco más adelante.

Los granjeros trabajaban los campos yermos por todas partes. Una delgada capa de tierra sobre la escoria; unos pocos tallos de trigo se agitaban, fláccidos y frágiles. El suelo era terrible, el peor que había visto. Notó el metal bajo sus pies; llegaba casi hasta la superficie. Hombres y mujeres encorvados regaban sus pobres cosechas con latas, antiguos recipientes de metal encontrados entre las ruinas. Un burro tiraba de una tosca carreta.

En otro campo, las mujeres sembraban a mano. Todas se movían con lentitud, como idiotizadas, víctimas de las lombrices intestinales. Todas iban descalzas. Los niños aún no se habían contagiado, pero era cuestión de tiempo.

Sung-wu alzó la vista hacia el cielo y dio gracias a Elron. Aquí, los sufrimientos eran cruelísimos. Se notaba a simple vista. Un crisol al rojo vivo moldeaba a estos hombres y mujeres. Sus almas habrían alcanzado un nivel de purificación inaudito. Un niño estaba tendido a la sombra, junto a su madre medio dormida. Las moscas volaban alrededor de sus ojos; su respiración era ronca y pesada, y tenía la boca abierta. Un rubor enfermizo desteñía sus mejillas morenas. Tenía el vientre abultado; volvía a estar embarazada. Otra alma inmortal que debería ascender desde un nivel inferior. Sus grandes pechos se bambolearon cuando se removió en su sueño y el sucio cobertor se apartó.

—Vengan aquí —llamó Sung-wu a la banda de niños negros que le seguían—. Quiero hablar con ustedes.

Los niños se acercaron, la vista clavada en el suelo, y formaron un silencioso círculo a su alrededor. Sung-wu se sentó, colocó el maletín a su lado y dobló las piernas bajo el cuerpo, en la postura tradicional indicada por Elron en su séptimo libro de enseñanzas.

—Yo preguntaré y ustedes contestarán —dijo Sung-wu—. ¿Conocen el catecismo básico? —Escrutó el círculo de caras negras—. ¿Quién sabe el catecismo básico?

Se levantaron una o dos manos. La mayoría de los niños desviaron la mirada.

—¡Primero! —dijo Sung-wu—. ¿Quién eres? Eres un fragmento ínfimo del plan cósmico.

»¡Segundo! ¿Qué eres? Una mota en un sistema tan inmenso que está más allá de la comprensión.

»¡Tercero! ¿Cuál es el sentido de la vida? Llevar a cabo lo exigido por las fuerzas cósmicas.

»¡Cuarto! ¿Dónde estás? En un peldaño de la escala cósmica.

»¡Quinto! ¿Dónde has estado? En innumerables peldaños; cada giro de la rueda avanzas o retrocedes.

»¡Sexto! ¿Qué determina tu dirección en el siguiente giro? Tu conducta en la actual encarnación.

»¡Séptimo! ¿Cuál es la conducta correcta? Someterte a las fuerzas eternas, a los elementos cósmicos que componen el plan divino.

»¡Octavo! ¿Cuál es el significado del sufrimiento? Purificar el alma.

»¡Noveno! ¿Cuál es el significado de la muerte? Liberar a la persona de la actual encarnación, para que pueda subir otro peldaño de la escala.

»¡Décimo!

Sung-wu calló en aquel momento. Dos formas semihumanas se estaban acercando... Inmensas figuras de piel blanca que caminaban por los campos calcinados, entre las enfermizas cosechas de trigo.

Tecnos, que venían a su encuentro. Se le puso la piel de gallina. Caucos. Su piel emitía un brillo pálido y enfermizo, como insectos nocturnos agazapados debajo de las rocas.

Se levantó, reprimió su desagrado y se preparó para recibirles.

—¡Lucidez! —dijo Sung-wu.

Percibió su olor, como a almizcle, cuando se detuvieron ante él. Dos bultos, dos inmensos machos sudorosos, de piel húmeda y pegajosa, con barba y largo cabello desordenado. Vestían pantalones y botas de lona. Sung-wu, horrorizado, observó el espeso vello que cubría su pecho, como una mata de lana; pelo en las axilas, brazos, muñecas, incluso en el dorso de las manos. Quizá Pluma Rota tenía razón, quizá la arcaica raza de Neanderthal (los falsos hombres) aún sobrevivía en estas grandes bestias amorfas de cabello rubio. Casi podía ver al simio agazapado tras los ojos azules.

—Hola —dijo el primer cauco. Al cabo de un momento, añadió—: Me llamo Jamison.

—Pete Ferris —gruñó el otro.

Ninguno de los dos observó las deferencias acostumbradas. Sung-wu se estremeció, pero procuró disimularlo. ¿Era a propósito, un insulto velado, o simple ignorancia? Un dilema difícil. Como Chai había dicho, existía una desagradable corriente subterránea de resentimiento, envidia y hostilidad entre las clases inferiores.

—Estoy efectuando una inspección de rutina —explicó Sung-wu— sobre la tasa de mortalidad y natalidad en las zonas rurales. Estaré unos cuantos días. ¿Puedo alojarme en algún sitio? ¿Hay hostales o posadas?

Los dos caucos permanecieron en silencio.

—¿Por qué? —preguntó uno de repente.

Sung-wu parpadeó.

—¿Por qué? ¿A qué se refiere?

—¿Por qué está realizando una inspección? Si quiere alguna información, nosotros se la proporcionaremos.

Sung-wu no daba crédito a sus oídos.

—¿Saben con quién están hablando? ¡Soy un Bardo! Ustedes están diez clases más abajo ¿Cómo se atreven...?

Se estremeció de rabia. En estas zonas rurales, los Tecnos habían olvidado por completo cuál era su sitio. ¿En qué pensaban los Bardos locales? ¿Por qué permitían el hundimiento del sistema?

Se estremeció violentamente al pensar en lo que ocurriría si se permitía a los Tecnos, Granjeros y Ejecutivos mezclarse, incluso casarse entre sí, comer y beber en los mismos lugares. Toda la estructura de la sociedad se vendría abajo. Si todos iban a conducir los mismos vehículos, utilizar los mismos retretes... Era increíble. Una repentina imagen de pesadilla se formó en la mente de Sung-wu: los Tecnos viviendo y copulando con las mujeres de las clases Bardo y Poeta. Imaginó con horror una sociedad de estructura horizontal, todos sus habitantes en el mismo nivel. Era contrario a la esencia del cosmos, al plan divino; era como volver a la Era de la Locura. Se estremeció.

—¿Dónde está el director de esta zona? —preguntó—. Llévenme a su presencia. Trataré directamente con él.

Los dos caucos, sin decir palabra, dieron media vuelta y se alejaron por donde habían venido. Tras un momento de parálisis, Sung-wu les siguió, enfurecido.

Le guiaron a través de campos agostados y colinas erosionadas en las que no crecía nada. Cada vez se veían más ruinas. En la periferia de la ciudad se habían establecido una serie de aldeas, compuestas por cabañas de madera

desvencijada y calles de barro. Las aldeas despedían un penetrante hedor, el olor a muerte y putrefacción.

Bajo las cabañas dormían perros; los niños jugaban entre las inmundicias y los escombros. Las gallinas picoteaban a su alrededor. Vio cerdos, gatos esqueléticos y los eternos montones de metal oxidado, que en ocasiones alcanzaban nueve metros de altura. Grandes torres de escoria roja se alzaban por doquier.

Más allá de las aldeas empezaban las ruinas propiamente dichas: kilómetros y kilómetros de restos abandonados, esqueletos de edificios, paredes de hormigón, bañeras y tuberías, masas informes que habían sido coches. Así continuaban desde la Era de la Locura, la década que había bajado el telón sobre el período más lamentable de la historia del hombre. Los cinco siglos de locura y discordia se conocían ahora como la Edad de la Herejía, cuando el hombre se alzó contra el plan divino y decidió tomar las riendas de su destino.

Llegaron a una cabaña más grande, un edificio de madera de dos pisos. Los caucos subieron un tramo de escalera destartalado. Las tablas crujieron y cedieron de forma ominosa bajo el peso de sus botas. Sung-wu les siguió, nervioso. Desembocaron en un porche, una especie de terraza abierta.

Un hombre estaba sentado en la terraza, un obeso funcionario de piel cobriza con los pantalones desabrochados, el reluciente cabello negro recogido en un moño sobre la nuca rojiza. Su nariz era larga y prominente, su rostro, grande y achatado, con muchas papadas. Bebía zumo de lima de una copa de hojalata y contemplaba la calle embarrada. Cuando los dos caucos aparecieron, se levantó un poco, un esfuerzo prodigioso.

—Este hombre quiere verte —dijo el cauco llamado Jamison, indicando a Sung-wu.

Sung-wu avanzó, hecho una furia.

—Soy un Bardo, de la Cámara Central. ¿Reconoce esto? —Se abrió la túnica y mostró el símbolo del Brazo Sagrado, una guadaña de oro con pátina roja—. ¡Insisto en que me concedan el tratamiento adecuado! No he venido para que me lleven de un sitio a otro como un...

Había hablado demasiado. Sung-wu controló su ira y tomó el maletín. El indio gordo le examinó con calma; los dos caucos se habían dirigido al extremo de la terraza y se habían acuclillado a la sombra. Encendieron toscos cigarrillos y les dieron la espalda.

—¿Permite esto? —preguntó Sung-wu con incredulidad—. ¿Esta... mezcla?

El indio se encogió de hombros y se hundió todavía más en la silla.

—La lucidez sea contigo —murmuró—. ¿Quiere acompañarme? —Su expresión serena no se había alterado, como si no hubiera observado nada anormal—. ¿Un poco de lima, o café? El zumo de lima es bueno para éstas.

Señaló su boca. Tenía las encías llagadas.

—No, gracias —murmuró Sung-wu, mientras se sentaba frente al indio—. Me encuentro aquí para realizar una inspección oficial.

El indio cabeceó apenas.

—Ah, ¿sí?

—Tasas de mortalidad y natalidad. —Sung-wu vaciló, y luego se inclinó hacia el indio—. Insisto en que ordene marcharse a esos caucos; debo hablar con usted en privado.

La expresión del indio no cambió; mantuvo su ancho rostro impasible. Al cabo de unos instantes, se volvió levemente.

—Bajen a la calle, por favor —ordenó.

Los dos caucos se levantaron, gruñeron y pasaron junto a la mesa, lanzando miradas de rencor a Sung-wu. Uno de ellos tosió y escupió sobre la barandilla, un insulto evidente.

—¡Insolente! —cloqueó Sung-wu—. ¿Cómo es posible que lo permita? ¿Ha visto eso? ¡Es inaudito, por Elron!

El indio se encogió de hombros, indiferente..., y eructó.

—Todos los hombres son hermanos en la rueda. ¿Acaso no predicó eso Elron, cuando estuvo en la Tierra?

—Por supuesto, pero...

—¿Acaso no son también esos hombres nuestros hermanos?

—Naturalmente —contestó Sung-wu con altivez—, pero deben saber cuál es su lugar; pertenecen a una clase insignificante. Se les llama cuando se da la rara circunstancia que sea preciso reparar un objeto, pero no recuerdo que en el último año se haya producido un acontecimiento semejante. La necesidad de esa clase disminuye año tras año; a la larga, esa clase y sus componentes...

—¿Aboga tal vez por la esterilización? —preguntó el indio con mirada astuta.

—Abogo por algo. Las clases inferiores se reproducen como conejos; no paran de dar a luz... Mucho más de prisa que nosotros, los Bardos. Siempre veo caucas embarazadas, pero ya apenas nacen Bardos. Las clases inferiores deben fornicar incesantemente.

—Es lo único que les queda —murmuró el indio. Bebió un poco de lima—. Debería aprender a ser más tolerante.

—¿Tolerante? No tengo nada contra ellos, siempre que...

—Se dice —le interrumpió con voz plácida el indio— que el propio Elron Wu era un cauco.

Sung-wu se removió, indignado, pero las palabras que pugnaban por salir murieron en su boca; algo estaba pasando en la calle embarrada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sung-wu.

Se levantó de un brinco y se precipitó hacia la barandilla.

Una lenta procesión desfilaba con paso solemne. Como obedeciendo a una señal, hombres y mujeres salieron de sus chozas destartaladas a la calle para mirar. A medida que la procesión se acercaba, el asombro de Sung-wu aumentaba; la cabeza le daba vueltas. Más mujeres y hombres surgían de las casas a cada momento. Daba la impresión que había centenares de personas. Formaban una turba densa, ruidosa, apretada, que se balanceaba de un lado a otro, los rostros ávidos. Un gemido histérico recorrió a la muchedumbre, un viento poderoso que agitó a sus miembros como hojas de un árbol. Constituían un todo, un inmenso organismo primitivo, extasiado e hipnotizado por la columna que se aproximaba.

Los que desfilaban iban vestidos de una forma extraña: camisa blanca arremangada, pantalones gris oscuro de un estilo increíblemente arcaico y zapatos negros. La indumentaria era igual en todos los casos. Formaban una doble línea rutilante de camisas blancas y pantalones grises, que desfilaban con calma y solemnidad, los rostros erguidos, las fosas nasales dilatadas, los mentones salientes. Un vidrioso fanatismo se reflejaba en cada uno de los hombres y mujeres, una expresión tan despiadada que Sung-wu se encogió

de terror. Una serpiente de figuras ceñudas, ataviadas con sus camisas blancas y pantalones grises primitivos, un eco aterrador del pasado. El ritmo monótono de sus pisadas retumbaba entre las chozas destartaladas. Los perros despertaron, los niños empezaron a llorar. Las gallinas salieron huyendo, despavoridas.

—¡Elron! —exclamó Sung-wu—. ¿Qué ocurre?

Los miembros del desfile portaban extraños objetos simbólicos, imágenes rituales cuyo esotérico significado escapaba a Sung-wu. Exhibían tubos y palos, así como telas de algo parecido al metal. ¡*Metal*! Sin embargo, no estaba oxidado, sino que brillaba. Sung-wu se quedó estupefacto; los instrumentos parecían nuevos.

El desfile pasó por debajo de ellos. Tras sus integrantes venía una enorme carreta, sobre la cual se había montado un símbolo de la fertilidad, una especie de sacacorchos largo como un árbol. Surgía de un tubo cuadrado hecho de acero reluciente. A medida que el carro avanzaba, el instrumento subía y bajaba.

Detrás del carro desfilaban más personas, también sombrías, de ojos vidriosos, cargadas con tubos y otros aparatos brillantes. A su paso, la calle se iba llenando de hombres y mujeres que les seguían, completamente aturdidos, perseguidos por niños y perros que ladraban.

La última integrante del desfile portaba un pendón que ondeaba sobre ella mientras caminaba, un palo alto que apretaba contra su pecho. Sung-wu se fijó en él y, por un momento, perdió el sentido de la realidad. Pasó ante sus propias narices, a plena luz del sol, para que todo el mundo lo viera. El estandarte llevaba bordada una gran T.

—Son... —empezó, pero el obeso indio le interrumpió.

—Tinkeristas —gruñó, y bebió un poco más de lima.

Sung-wu tomó su maletín y se dirigió hacia la escalera. Al pie, los dos fornidos caucos entraron en acción. El indio les hizo una rápida señal.

—¡A él!

Los dos hombres avanzaron a su encuentro, sus ojos azules entornados, inyectados en sangre y fríos como el hielo. Sus músculos se destacaban bajo la piel.

Sung-wu introdujo la mano en su capa. Sacó la pistola neurónica. Apretó el disparador y apuntó hacia los dos caucos, pero no ocurrió nada: el arma había dejado de funcionar. La agitó con violencia; fragmentos herrumbrados se desprendieron de ella. Estaba averiada, inutilizada. La tiró y, con la energía que proporciona la desesperación, saltó por encima del pasamano.

Se precipitó a la calle, acompañado de una cascada de madera podrida. Se estrelló en el suelo, rodó, se golpeó la cabeza contra la esquina de una cabaña y se puso en pie, tembloroso.

Corrió. Los dos caucos le persiguieron, abriéndose paso entre la muchedumbre. De vez en cuando, echaba un vistazo a sus rostros blancos y sudorosos. Dobló una esquina, corrió entre cabañas destartaladas, saltó sobre una zanja de aguas negras, trepó por montañas de escombros, rodó de nuevo y se tendió por fin tras un árbol, sin soltar el maletín.

Los caucos no se veían por ninguna parte. Les había burlado; de momento, estaba a salvo.

Miró a su alrededor. ¿En qué dirección estaba su nave? Se encontraba bastante lejos, a su derecha, apenas visible en la claridad agonizante del cielo. Sung-wu se puso en pie, vacilante, y se encaminó en aquella dirección.

Librodot

Su situación era terrible. Toda la región era pro-tinkerista, incluido el director nombrado por la Cámara. Y no era un problema de determinadas clases; la secta se había encaramado hasta los círculos dirigentes. Ya no se circunscribía a los caucos; en esta zona no se podía confiar en los bantús, los mongoles o los indios. Toda una región era hostil, y le estaba esperando.

¡Elron, era peor de lo que el Brazo había supuesto! Era lógico que quisieran un informe. Toda una zona se había rendido a una secta fanática, un grupo de herejes violentos y extremistas, que predicaban una doctrina de lo más diabólico. Se estremeció y continuó caminando, evitando el contacto con los granjeros, tanto humanos como robots. Aceleró el paso, cada vez más alarmado y aterrorizado.

Si la doctrina se esparcía, si hacía mella en una parte importante de la Humanidad, existía la posibilidad que la Era de la Locura se reprodujera.

Se habían apoderado de la nave. Tres o cuatro caucos gigantes haraganeaban alrededor del vehículo, con cigarrillos colgando de sus bocas indolentes. Sung-wu, desesperado y confuso, volvió sobre sus pasos. Había perdido la nave; se le habían adelantado. ¿Qué iba a hacer ahora?

Estaba anocheciendo. Para llegar a la zona habitada más cercana tendría que recorrer a pie unos setenta y cinco kilómetros, en la oscuridad, por un territorio desconocido y hostil. El sol empezaba a hundirse tras el horizonte, el aire se notaba más frío y, para colmo, estaba empapado de inmundicias y agua estancada. Había resbalado en la oscuridad y caído en una zanja de aguas negras.

Retrocedió, la mente en blanco. ¿Qué podía hacer? Estaba indefenso; su pistola neurónica no le había servido de nada. Estaba solo, sin posibilidad de ponerse en contacto con el Brazo. Había tinkeristas por todos lados. Le destriparían y regarían las cosechas con su sangre..., o algo peor.

Divisó una granja. A la débil luz del crepúsculo distinguió una figura que continuaba trabajando, la silueta de una joven. La examinó con cautela, aprovechando que le daba la espalda. Estaba inclinada entre dos filas de maíz. ¿Qué estaba haciendo? ¿Era...? ¡Por el amor de Elron!

Atravesó el campo dando tumbos y corrió hacia ella, desechando cualquier precaución.

—¡Jovencita! ¡Alto! ¡En el nombre de Elron; deténte ahora mismo!

La muchacha se incorporó.

—¿Quién eres?

Sung-wu, sin aliento, se plantó frente a ella, jadeante, pero sin soltar el maletín.

—¡Son hermanos nuestros! ¿Cómo puedes destruirlos? Es posible que se trate de parientes cercanos, fallecidos en fecha reciente.

Golpeó la mano que sujetaba el tarro; éste cayó al suelo y los escarabajos prisioneros huyeron en todas direcciones.

La ira tiñó de púrpura las mejillas de la joven.

—¡He tardado una hora en atraparlos todos!

—¡Los estabas matando, aplastándolos! —Sung-wu apenas podía hablar, horrorizado—. ¡Te vi!

—Pues claro. —La muchacha enarcó sus cejas negras—. Se comen el maíz.

—¡Son nuestros hermanos! —repitió Sung-wu—. Es lógico que se coman el maíz; por culpa de algunos pecados cometidos, las fuerzas cósmicas deben... —Se interrumpió, atónito—. ¿No lo sabes? ¿Nunca te lo han dicho?

La muchacha tendría unos dieciséis años. Bajo la escasa luz no era más que una menuda y esbelta silueta, con el tarro vacío en una mano y una piedra en la otra. Una cascada de cabello negro resbalaba sobre su cuello. Sus ojos eran grandes y luminosos; sus labios, llenos y de un rojo profundo; su piel, de un tono pardocobrizo... Polinesia, probablemente. Atisbó sus firmes pechos bronceados cuando se agachó para recoger un escarabajo que había caído sobre el caparazón. Su pulso se aceleró; retrocedió tres años en una fracción de segundo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, con más amabilidad.

—Frija.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—Soy un Bardo. ¿Has hablado alguna vez con un Bardo?

—No —murmuró la muchacha—. Creo que no.

Era casi invisible en la oscuridad. Sung-wu apenas podía verla, pero lo que veía provocaba paroxismos de dolor en su corazón; la misma nube de cabello negro, los mismos labios rojo profundo. La chica era más joven, por supuesto, casi una niña, y de la clase Granjero, encima. Sin embargo, tenía la figura de Liu, y no tardaría en madurar. Cuestión de meses, lo más probable.

Un mecanismo antiquísimo puso en funcionamiento sus cuerdas vocales.

—He aterrizado en esta zona para llevar a cabo una inspección. Mi nave ha sufrido una avería y debo pernoctar aquí, pero no conozco a nadie. Mi situación es...

—¿Por qué no pasas la noche con nosotros? —dijo Frija al instante—. Nos sobra una habitación, ahora que mi hermano se ha marchado.

—Será un placer —se apresuró a responder Sung-wu—. ¿Quieres guiarme? Recompensaré tu amabilidad.

La muchacha se encaminó hacia una forma vaga que se vislumbraba en la oscuridad. Sung-wu corrió tras ella.

—Me parece increíble que no hayas recibido instrucción. Esta zona se ha deteriorado hasta extremos inauditos. ¿En qué manos has caído? Ya veo que deberemos pasar mucho tiempo juntos. Ninguno de ustedes se aproxima siquiera a la lucidez. Todos están desfasados.

—¿Qué significa eso? —preguntó Frija, mientras subía al porche y abría la puerta.

—¿Desfasados? —Sung-wu parpadeó, asombrado—. Tendremos que estudiar mucho juntos. —Su entusiasmo provocó que tropezara con un peldaño, pero logró mantener el equilibrio—. Quizá necesites una instrucción completa; habrá que empezar desde el principio. Tomaré medidas para que permanezcas un tiempo en el Brazo Sagrado..., bajo mi protección, por supuesto. Desfasado significa en discordancia con los elementos cósmicos. ¿Cómo puedes vivir así? Querida, será necesario reconciliarte con el plan divino.

—¿Cuál es ese plan?

La muchacha le condujo a una confortable sala de estar; un buen fuego chisporroteaba en la chimenea. Un anciano de largo pelo blanco y dos hombres más jóvenes estaban sentados alrededor de una tosca mesa de

madera. Una anciana menuda y arrugada dormitaba en una mecedora. En la cocina, una joven rolliza preparaba la cena.

—¡El plan! —exclamó Sung-wu, patitieso. Paseó la mirada a su alrededor. De repente, su maletín cayó al suelo—. Caucos —murmuró.

Todos eran caucásicos, incluida Frija. Estaba muy bronceada. Su piel era casi negra, pero no dejaba de ser una cauca. Recordó que el sol ponía morenos a los caucos, y que a veces adquirían un tono más oscuro que los mongoles. La chica había colgado su indumentaria de trabajo de un gancho clavado en la puerta; los pantalones cortos revelaban unos muslos blancos como la leche. Y los dos ancianos...

—Éste es mi abuelo —dijo Frija, indicando al hombre—. Benjamin Tinker.

Bajo la mirada vigilante de los dos Tinker más jóvenes, Sung-wu fue bañado y frotado. Se le entregó ropa limpia, y después algo de comer. Comió muy poco; no se sentía muy bien.

—No puedo entenderlo —murmuró, mientras apartaba su plato—. El analizador de la Cámara Central dijo que me quedaban ocho meses. La epidemia... —Reflexionó—. Claro que siempre puede cambiar. El analizador trabaja sobre pronósticos, no sobre datos fidedignos. Múltiples posibilidades, libre albedrío... Cualquier acto de significado suficiente...

Ben Tinker lanzó una carcajada.

—¿Quiere seguir con vida?

—¡Por supuesto! —murmuró Sung-wu, indignado.

Todos rieron, incluso Frija y la anciana de pelo blanco como la nieve y dulces ojos azules. Eran las primeras caucas que veía. No eran grandes y desgarbadas como los caucos; tampoco daban la impresión de poseer las mismas características bestiales. Al contrario, los dos caucos jóvenes parecían bastante rudos. Su padre y ellos estaban examinando una serie de papeles e informes extendidos sobre la mesa del comedor, entre los platos vacíos.

—Esta zona —murmuró Ben Tinker—. Aquí tendría que haber tuberías, y aquí. Lo que más se necesita es agua. Antes de la próxima cosecha, tiraremos unos cuantos kilos de fertilizantes artificiales y araremos. Los arados eléctricos ya tendrían que estar a punto para entonces.

—¿Y después? —preguntó uno de los hijos.

—Pulverizaremos. Si no tenemos los pulverizadores de nicotina, habrá que echar de nuevo una capa de cobre. Prefiero el pulverizador, pero la producción anda algo retrasada. De todos modos, gracias al taladro contamos con buenas cavernas de almacenamiento. Habría que iniciar la recolección.

—Y aquí será necesario desecar —indicó el otro hijo—. Los mosquitos no paran de reproducirse. Podemos probar con petróleo, como ya hicimos en la otra zona, pero yo me inclino por rellenarlo todo. Podemos utilizar la draga y el cangilón, si no están ocupados.

Sung-wu no se había perdido detalle. Se levantó con movimientos inseguros, tembloroso de ira. Apuntó con un dedo al mayor de los Tinker.

—¡Se están... entrometiendo! —jadeó.

Los tres levantaron la vista.

—¿Entrometiendo?

—¡En el plan! ¡En el plan cósmico! Santo Elron... Están interfiriendo en los procesos divinos. —De pronto, comprendió algo que estremeció todo su ser—. Van a retrasar los giros de la rueda.

—Eso es cierto —concedió Ben Tinker.

Sung-wu volvió a sentarse, estupefacto. Su mente se negaba a aceptar lo que oía.

—No entiendo. ¿Qué pasará? Si disminuyen la velocidad de la rueda, si entorpecen el plan divino...

—Este hombre nos va a causar problemas —murmuró Ben Tinker, pensativo—. Si le matamos, el Brazo se limitará a enviar otro; tienen cientos como él. Si no le matamos, si le dejamos volver, armará tal escándalo que toda la Cámara caerá sobre nosotros. Aún es demasiado pronto para permitir que eso suceda. Cada día ganamos más apoyos, pero necesitamos unos cuantos meses más.

La frente de Sung-wu se perló de sudor. Lo secó con mano temblorosa.

—Si me matan —murmuró—, descenderán muchos peldaños en la escala cósmica. Han llegado bastante lejos; ¿por qué van a estropear el trabajo logrado en incontables siglos?

Ben Tinker clavó un enérgico ojo azul en él.

—Amigo mío —dijo—, ¿no es cierto que la siguiente encarnación viene determinada por el comportamiento en la anterior?

Sung-wu asintió.

—Todo el mundo lo sabe.

—¿Y cuál es el comportamiento correcto?

—Cumplir el plan divino —respondió de inmediato Sung-wu.

—Quizá nuestro movimiento forme parte de ese plan —dijo Ben Tinker—. Quizá las fuerzas cósmicas quieran que sequemos los pantanos, matemos a las langostas y vacunemos a los niños. Al fin y al cabo, las fuerzas cósmicas nos pusieron aquí.

—Si me matan —gimoteó Sung-wu—, seré una mosca carroñera. Lo vi: una mosca de alas brillantes y vientre azul que se arrastraba sobre el cadáver de un lagarto muerto, en una selva putrefacta de un planeta repugnante. —Brotaron lágrimas de sus ojos. Intentó reprimirlas, sin éxito—. ¡En un sistema apartado, en el peldaño más bajo de la escala!

Tinker se estaba divirtiendo.

—¿Por qué?

—He pecado. —Sung-wu sorbió por la nariz y se ruborizó—. Cometí adulterio.

—¿Y no puede alcanzar la expiación por sus propios medios?

—¡No tengo tiempo! —Su aflicción se convirtió en incontenible desesperación—. ¡Mi mente continúa siendo impura! —Señaló a Frija, que estaba de pie en el umbral del dormitorio, una forma flexible y bronceada en pantalones cortos—. Sigo teniendo pensamientos carnales; no puedo evitarlo. Dentro de ocho meses, la epidemia hará girar la rueda y moriré. Si llegara a viejo, arrugado y desdentado, sin apetitos... —Su cuerpo rechoncho se agitó convulsivamente—. No hay tiempo para expiar mis culpas. ¡Según el analizador, moriré joven!

Después de aquel torrente de palabras, Tinker permaneció en silencio, sumido en sus pensamientos.

—La epidemia —dijo por fin—. ¿Cuáles son los síntomas exactos?

Sung-wu los describió. Su rostro oliváceo había adquirido un tono verdoso. Cuando hubo terminado, los tres hombres intercambiaron una mirada significativa.

Ben Tinker se puso en pie.

—Venga conmigo —dijo en tono animado, y tomó al Bardo por el brazo—. Quiero enseñarle algo. Es una reliquia de los viejos tiempos. Tarde o temprano, nuestros avances permitirán que la fabriquemos, pero de momento debemos conformarnos con la que nos queda. Debemos guardarla vigilada y bajo llave.

—Es por una buena causa —dijo uno de los hijos—. Vale la pena.

Miró a su hermano y sonrió.

El Bardo Chai terminó de leer el informe de Sung-wu. Lo dejó sobre la mesa con aire suspicaz y contempló al joven Bardo.

—¿Estás seguro? ¿No es necesario realizar más investigaciones?

—La secta desaparecerá —murmuró Sung-wu, en tono indiferente—. Carece de auténtico apoyo. Es una simple válvula de escape, sin valor intrínseco.

Chai no estaba convencido. Releyó algunos fragmentos del informe.

—Supongo que tienes razón, pero nos han llegado tantas...

—Mentiras —replicó Sung-wu—. Rumores, habladurías. ¿Puedo marchame?

Se encaminó hacia la puerta.

—¿Ansioso por empezar las vacaciones? —Chai sonrió—. Sé cómo te sientes. Este informe te habrá resultado agotador. Zonas rurales, aguas estancadas. Debemos preparar un mejor programa de educación rural. Estoy convencido que regiones enteras se hallan en estado de entrometimiento. Debemos llevar la lucidez a esa gente. Es nuestra misión histórica, el objetivo de nuestra clase.

—Muy cierto —murmuró Sung-wu, antes de salir de la oficina y alejarse por el pasillo.

Mientras caminaba, acariciaba sus cuentas con agradecimiento. Rezó una oración silenciosa mientras sus dedos recorrían la superficie de las diminutas píldoras rojas, esferas brillantes que resplandecían como nuevas en lugar de las viejas: el regalo de los tinkeristas. Las cuentas le resultarían muy útiles; cerró la mano sobre ellas. Durante los siguientes ocho meses tenían que estar bien protegidas. Tendría que vigilarlas con suma precaución, mientras exploraba las ruinas de las ciudades españolas..., hasta enfermar de la epidemia.

Era el primer Bardo que llevaba un rosario de cápsulas de penicilina.

EL ÚLTIMO EXPERTO

Poco a poco recobró la conciencia. Regresó de mala gana; se sentía abrumado por el peso de los siglos, por una insoportable fatiga. El ascenso era penoso. Habría gritado, de tener algo con qué gritar. En cualquier caso, empezaba a estar contento.

Ocho mil veces había vuelto de esta manera, en cada ocasión con mayores dificultades. Algún día, fracasaría. Algún día, el pozo negro persistiría. Pero hoy no. Seguía vivo. La alegría del triunfo se sobreponía al dolor y a la angustia.

—Buenos días —dijo una voz jovial—. La mañana es espléndida. Descorreré las cortinas para que lo compruebes por ti mismo.

Podía ver y oír, pero no moverse. Continuó tendido, inmóvil, y dejó que las diversas sensaciones de la habitación se derramaran sobre él. Alfombras, papel pintado, mesas, lámparas, cuadros. Escritorio y monitor. La luz del sol, brillante y amarilla, penetró por la ventana. Cielo azul. Colinas lejanas. Campos, edificios, carreteras, fábricas. Obreros y máquinas.

Peter Green se afanaba en ordenar las cosas, sin cesar de sonreír.

—Hay mucho que hacer hoy. Vendrá mucha gente a verte. Firmar facturas. Tomar decisiones. Hoy es sábado. Vendrá gente de sectores lejanos. Espero que el equipo de mantenimiento haya realizado un buen trabajo. Seguro que es así —se apresuró a añadir—. Hablé con Fowler de camino hacia aquí. Todo va a pedir de boca.

La agradable voz de tenor del joven se mezcló con el brillante sol. Sonido y visión, nada más. No sentía nada. Intentó mover el brazo, pero no lo logró.

—No te preocupes —dijo Green, al reparar en su terror—. Pronto vendrán con el resto. Te pondrás bien. Por fuerza. ¿Cómo sobreviviríamos sin ti?

Se tranquilizó. Bien sabía Dios que ya había sucedido muchas veces. Como siempre, experimentó una oleada de furia. ¿Por qué no podían coordinar? La recuperación debía ser instantánea, no gradual. Tendría que cambiar su planificación, exigir una organización mejor.

Al otro lado de la ventana bañada por el sol, un coche metálico achaparrado frenó. Hombres uniformados salieron, cargados con pesados aparatos, y se apresuraron hacia la entrada principal del edificio.

—Ya vienen —exclamó Green, aliviado—. Con algo de retraso, ¿eh?

—Otra retención de tráfico —gruñó Fowler cuando entró—. Los semáforos se han vuelto a estropear. Los vehículos que entraban interfirieron en el tráfico urbano. Embotellamientos por todas partes. Ojalá se decida cambiar la legislación.

Una confusión de movimientos se produjo a su alrededor. Las formas de Fowler y McLean se cernieron sobre él, como dos gigantescas lunas crecientes. Rostros profesionales le escrutaron con ansiedad. Le pusieron de lado. Conversaciones amortiguadas. Susurros apremiantes. Ruido de herramientas al entrechocar.

—Aquí —murmuró Fowler—. Ahora, aquí. No, eso más tarde. Con cuidado. Ahora, suba hacia aquí.

El trabajo prosiguió en un tenso silencio. Era consciente de su proximidad. Borrosas siluetas le ocultaban de vez en cuando la luz. Le movieron de un lado a otro, como un saco de harina.

—Muy bien —dijo Fowler—. Ensámblenlo.

Un largo silencio. Contempló la pared, el papel pintado azul y rosa, algo descolorido. Un antiguo dibujo que plasmaba a una mujer en miriñaque, un pequeño parasol sobre su exquisita espalda. Blusa blanca con volantes, las diminutas punteras de los zapatos. Un cachorrillo, sorprendentemente nítido, a su lado.

Después, le pusieron cara arriba. Cinco formas gruñeron y se esforzaron sobre él. Sus dedos volaron sobre su cuerpo, sus músculos se tensaron bajo

las camisas. Por fin, se irguieron y retrocedieron. Fowler se secó el sudor de su cara. Todos se veían tensos, fatigados.

—Adelante —graznó Fowler—. Sáquenlo.

Experimentó una gran conmoción. Jadeó. Su cuerpo se arqueó, hasta relajarse poco a poco.

Su cuerpo. Podía sentir. Movió los brazos, a modo de prueba. Tocó su cara, su hombro, la pared. Era dura, real. De pronto, el mundo recuperó sus tres dimensiones.

El rostro de Fowler reflejó alivio.

—Gracias a... Dios. —Se derrumbó—. ¿Cómo te sientes?

—Muy bien —contestó, al cabo de un momento.

Fowler despidió al resto del equipo. Green, en una esquina, continuó quitando el polvo. Fowler se sentó en el borde de la cama y encendió su pipa.

—Escúchame —dijo—. Tengo malas noticias. Te las comunicaré como a ti te gusta, sin andarme por las ramas.

—¿Cuáles son? —preguntó.

Examinó sus dedos. Ya lo sabía.

Fowler tenía profundas ojeras. No se había afeitado. El aspecto de su rostro era tenso, enfermizo.

—Estuvimos levantados toda la noche, trabajando en tu sistema motriz. Hicimos una reparación, pero no aguantará más de unos meses. La situación empeora. No es posible cambiar las unidades básicas. Cuando se fundan, no hay más. Podemos soldar cables y relés, pero no podemos reparar las cinco bobinas de sinapsis. Existieron muy pocos hombres especializados en esa función, y murieron hace dos siglos. Si las bobinas se funden...

—¿Se han producido deterioros en las bobinas de sinapsis? —interrumpió.

—Aún no. Sólo en las zonas motrices, sobre todo en los brazos. Lo que le está ocurriendo a tus piernas le ocurrirá a tus brazos, y por fin a tu sistema motriz. Cuando acabe el año, estarás paralizado. Podrás ver, oír y pensar. Y transmitir. Pero eso es todo. Lo siento, Bors —añadió—. Hacemos lo que podemos.

—Muy bien, no hace falta que se excusen. Y gracias por tu sinceridad. Me lo... suponía.

—¿Preparado para bajar? Hoy tenemos a mucha gente con problemas. Todo estará parado hasta que llegues.

—Vamos. —Se concentró con cierto esfuerzo en los detalles del día—. Quiero que el programa de investigaciones sobre metales pesados se acelere. Va con retraso, como de costumbre. Quizá tenga que sacar a hombres empleados en tareas relacionadas y enviarles a los generadores. El nivel del agua no tardará en bajar. Quiero alimentar las líneas con energía mientras haya. En cuanto me doy la vuelta, todo se derrumba a mis espaldas.

Fowler hizo una señal a Green, que se acercó a toda prisa. Los dos se inclinaron sobre Bors, le izaron y transportaron a la puerta con un gran esfuerzo. Recorrieron el pasillo y salieron al exterior.

Le depositaron en el coche metálico achaparrado, la nueva camioneta de servicios. Su pulida superficie contrastaba grandemente con la abollada y corroída carrocería, manchada y carcomida. Era una máquina cubierta de una pátina descolorida, de acero y plástico arcaicos, que zumbó levemente, con el ruido de algo oxidado, cuando los hombres se acomodaron en el asiento delantero y enfilaron con el coche hacia la autopista principal.

Librodot

Edward Tolby, sudoroso, se subió un poco más la mochila, hundió los hombros, se apretó el cinto del revólver y blasfemó.

—Papá, no te pases —le censuró Silvia.

Tolby escupió con furia sobre la hierba que bordeaba la carretera. Rodeó con el brazo a su esbelta hija.

—Lo siento, Silv. Nada personal. El maldito calor.

El sol de media mañana arrancaba destellos de la polvorienta carretera. Nubes de polvo se alzaban y ondulaban alrededor de los tres a medida que avanzaban con lentitud. Estaban muertos de cansancio. El rotundo rostro de Tolby se veía enrojecido y hosco. Un cigarrillo apagado colgaba entre sus labios. Caminaba con su enorme y robusto cuerpo inclinado hacia adelante. Su hija tenía la camisa de lona empapada de sudor, se pegaba a sus brazos y pechos. Lunas de sudor se dibujaban en la espalda. Los duros músculos de sus piernas se tensaban bajo los tejanos.

Robert Penn iba algo rezagado, con las manos hundidas en los bolsillos y la mirada fija en la carretera. No pensaba en nada. Estaba medio dormido por culpa de un doble viaje de hexobarbo que se había administrado en el último campamento de la Liga. Y el calor le atontaba. A cada lado de la carretera se extendían campos, prados, algunos árboles dispersos. Una granja derruida. Los restos herrumbrados de un refugio antibombas, de dos siglos de antigüedad. Algunas ovejas de color sucio.

—Ovejas —dijo Penn—. Arrancan la hierba del suelo, prácticamente. No volverá a crecer.

—Ahora se nos ha vuelto granjero —dijo Tolby a su hija.

—Papá, para de una vez —replicó Silvia.

—Es este calor. Este maldito calor. —Tolby volvió a blasfemar, a voz en grito, en vano—. No vale la pena. Por diez rosados, volvería y les diría que sólo era un montón de excrementos de cerdo.

—Tal vez sea cierto —dijo Penn, en tono afable.

—Muy bien, entonces vuelve —gruñó Tolby—. Vuelve y diles que era un montón de excrementos de cerdo. Te colgarán una medalla. Quizá te asciendan un grado.

Penn lanzó una carcajada.

—Cállense los dos. Allí delante se ve una especie de ciudad.

El enorme cuerpo de Tolby se irguió con ansia.

—¿Dónde? —Se protegió los ojos con la mano—. Por Cristo, es cierto. Un pueblo. Y no es un espejismo. Lo ven, ¿verdad? —Recobró el buen humor y se frotó las manos—. ¿Qué opinas, Penn? Un par de cervezas, unas partidas de dados con algún lugareño... Quizá podamos pasar la noche. —Se humedeció los labios de anticipación—. Alguna de esas golfas que merodean cerca de las licorerías...

—Ya sé a qué tipo te refieres —cortó Penn—. A las que están cansadas de no hacer nada. Quieren ver los grandes centros comerciales. Quieren conocer a algún tipo que les compre mecachucherías y las lleve a sitios.

Un granjero les observaba con curiosidad desde la cuneta. Había refrenado a su caballo y estaba apoyado sobre su tosco arado, el sombrero echado hacia atrás.

—¿Cómo se llama esa ciudad? —gritó Tolby.

El granjero guardó silencio un momento. Era un hombre viejo, delgado y curtido por la intemperie.

—¿Esa ciudad? —repitió.

—Sí, la de ahí enfrente.

—Es una bonita ciudad. —El granjero echó un vistazo a los tres—. ¿Habían estado alguna vez por aquí?

—No, señor. Nunca —respondió Tolby.

—¿Su carro ha sufrido una avería?

—No, vamos a pie.

—¿Cuánta distancia han recorrido?

—Unos doscientos veinticinco kilómetros.

El granjero examinó las pesadas mochilas que cargaban a la espalda. Sus botas de excursión. Las ropas cubiertas de polvo, los rostros cansados, perlados de sudor. Los tejanos y las camisas de lona. Los bastones de ironita.

—Eso es mucho —dijo—. ¿Hasta dónde piensan ir?

—Hasta donde nos dé la gana —contestó Tolby—. ¿Hay algún lugar en la ciudad donde podamos alojarnos? ¿Hoteles, posadas?

—Esa ciudad es Fairfax —dijo el granjero—. Tiene un aserradero, uno de los mejores del mundo. Un par de alfarerías. Una tienda donde se pueden comprar ropas hechas a máquina. Mecaprendas normales. Una armería donde sirven los mejores tragos a este lado de las Rocosas. Y una panadería. También hay un médico, y hasta un abogado, y gente de libros que da clases a los niños. Convirtieron un viejo establo en escuela.

—¿Es muy grande la ciudad? —preguntó Penn.

—Vive mucha gente. No paran de nacer niños. Los viejos mueren. Los niños mueren. El año pasado hubo una epidemia. Murieron unos cien niños. El médico dijo que por culpa del agua del pozo. Cerramos el pozo. De todos modos, los niños siguieron muriendo. El doctor dijo que era la leche. Se cargaron a la mitad de las vacas. La mía no. Me aposté con mi rifle y disparé al primero que se acercó para cargarse a mi vaca. Los niños dejaron de morir en cuanto llegó el otoño. Creo que era el calor.

—Seguro que sí —admitió Tolby.

—Sí, hace calor por aquí. El agua está muy escasa. —Una sonrisa astuta iluminó su vieja cara—. ¿Quieren un trago? La jovencita parece cansada. Tengo algunas botellas de agua guardadas bajo la casa, en el barro. Buena y fría. —Vaciló—. Un rosado por vaso.

Tolby lanzó una carcajada.

—No, gracias.

—Dos vasos por un rosado —insistió el granjero.

—No nos interesa —dijo Penn. Señaló su cantimplora y los tres se pusieron en movimiento—. Hasta la vista.

—Malditos forasteros —rezongó. Siguió arando, irritado.

La ciudad sufría el embate del calor en silencio. Las moscas zumbaban y se posaban sobre los lomos de los caballos amodorrados, atados a postes. Había algunos coches estacionados. La gente deambulaba con apatía por las aceras. Ancianos enjutos dormitaban bajo los porches. Perros y gallinas dormían a la sombra de las casas. Las casas eran pequeñas, de madera astillada y desportillada, inclinadas, esquinadas y viejas. El tiempo y el calor las habían combado y agrietado. El polvo lo cubría todo, una espesa capa de polvo reseco que se posaba sobre las casas destartaladas, los hombres de rostro cansado y los animales.

Dos hombres larguiruchos salieron por una puerta abierta y les abordaron.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué desean?

Se detuvieron y extrajeron su identificación. Los hombres examinaron las tarjetas plastificadas. Fotografías, huellas dactilares, datos. Por fin, se las devolvieron.

—LA —dijo uno—. ¿De veras son de la Liga Anarquista?

—En efecto —contestó Tolby.

—¿También la chica? —El hombre contempló a Silvia con perezosa lascivia—. Voy a hacerles una propuesta: nos prestan a la chica un rato y nosotros nos olvidamos del impuesto de paso.

—No diga tonterías —gruñó Tolby—. ¿Desde cuándo la Liga paga impuestos? —Siguió caminando, impaciente—. ¿Dónde está la licorería? Me muero de sed.

A su izquierda había un edificio blanco de dos plantas. Algunos hombres holgazaneaban en el porche y les miraban con aire ausente. Penn se dirigió hacia allí, seguido de Tolby. Un letrero descolorido y desportillado, clavado en la fachada, rezaba: *Cerveza, vino a granel*.

—Ahí está —dijo Penn.

Ayudó a Silvia a subir los desgastados escalones, pasaron entre los hombres y entraron. Tolby les siguió. Se desató la mochila mientras caminaba.

El local era fresco y oscuro. Algunos hombres y mujeres estaban acodados en la barra; los demás clientes ocupaban las mesas. Unos cuantos jóvenes jugaban a los dados en la parte trasera. Un compositor de melodías mecánico zumbaba y componía en un rincón; era una máquina vieja, que sólo funcionaba en parte. Detrás de la barra, un primitivo proyector de imágenes creaba y destruía vagas fantasmagorías: paisajes, picos montañosos, valles nevados, grandes colinas ondulantes, una mujer desnuda que al cabo de unos segundos se transformaba en un gigantesco seno. Un desfile monótono al que nadie miraba o hacía caso. La barra consistía en una hoja, increíblemente antigua, de plástico transparente, manchada, rota y teñida de amarillo por el tiempo. Su capa externa había desaparecido de un extremo, y asomaban los ladrillos. La mezcladora de bebidas ya no funcionaba. Sólo se servía vino y cerveza, pues nadie sabía preparar el combinado más sencillo.

Tolby se acercó a la barra.

—Cerveza —dijo—. Tres cervezas.

Penn y Silvia se sentaron a una mesa y se quitaron las mochilas, mientras el camarero servía a Tolby tres jarras de cerveza espesa y oscura. Enseñó su tarjeta y llevó las jarras a la mesa.

Los jóvenes de la parte trasera habían dejado de jugar. Contemplaron a los tres, mientras éstos bebían cerveza y se desataban las botas. Al cabo de un rato, uno de los jóvenes se aproximó con paso lento.

—Caramba —dijo—. Ustedes son de la Liga.

—En efecto —murmuró Tolby.

Todo el mundo prestó atención. El joven se sentó frente a los tres; sus compañeros acudieron y se sentaron alrededor de ellos. Los jóvenes de la ciudad. Aburridos, inquietos, insatisfechos. Sus ojos examinaron los bastones de ironita, las pistolas, las botas de rebordes metálicos. Un

murmullo se elevó del grupo. Tendrían unos dieciocho años. Bronceados, robustos.

—¿Cómo ingresaron? —preguntó uno de repente.

—¿En la Liga? —Tolby se reclinó en su silla, encontró una cerilla y encendió su cigarrillo. Se desabrochó el cinturón, eructó estruendosamente y se arrellanó en el asiento, satisfecho—. Se ingresa mediante un examen.

—¿Qué hay que saber?

Tolby se encogió de hombros.

—Un poco de todo.

Volvió a eructar y se rascó el pecho entre los botones, pensativo. Era consciente del anillo de gente que les rodeaba por todas partes. Un hombrecillo con barba y gafas de concha. En otra mesa, un individuo regordete, de prominente estómago, vestido con camisa roja y pantalones a rayas azules.

Jóvenes. Granjeros. Un negro vestido con una camisa blanca muy sucia y pantalones también blancos, con un libro bajo el brazo. Una rubia de mandíbula pronunciada, cabello enmarañado, uñas rojas, tacones altos y ceñido vestido amarillo, sentada con un ejecutivo de cabello gris y traje marrón oscuro. Un joven alto tomado de la mano de una muchacha de cabello negro, ojos enormes, falda y blusa blancas, los pies descalzos bajo la mesa. Su cuerpo esbelto estaba inclinado hacia adelante con interés.

—Hay que saber —continuó Tolby— cómo se formó la Liga. Hay que saber cómo derribamos a los gobiernos aquel día. Cómo los derribamos y destruimos. Cómo quemamos todos los edificios, y todos los registros. Millones y millones de microfilms y papeles. Grandes hogueras que ardieron durante semanas. Y el enjambre de diminutos seres blancuzcos que huyeron cuando destruimos los edificios.

—¿Les mataron? —preguntó el hombre gordo, torciendo los labios ávidamente.

—Les dejamos marchar. Eran inofensivos. Huyeron y se escondieron. Bajo las piedras. —Tolby rió—. Pequeñas cosas escurridizas. Insectos. Después, entramos y amontonamos todos los registros y los aparatos que servían para hacer los registros. Santo cielo, lo quemamos todo.

—Y a los robots —dijo un joven.

—Sí, acabamos con todos los robots de los gobiernos. No había muchos. Sólo se utilizaban en asuntos muy importantes, cuando era necesario integrar muchos datos.

Los ojos del joven casi se salieron de las órbitas.

—¿Lo vieron? ¿Estaban presentes cuando destruyeron a los robots?

Penn lanzó una carcajada.

—Tolby se refiere a la Liga. Eso ocurrió hace doscientos años.

El joven sonrió nervioso.

—Claro. Háblenos de las manifestaciones.

Tolby terminó su jarra y la apartó.

—Me he quedado seco.

Llenaron en seguida la jarra. Gruñó las gracias y continuó, con voz profunda y ronca, henchida de fatiga.

—Las manifestaciones. Dicen que fue algo impresionante. En todo el mundo, la gente se puso en movimiento, dejó lo que estaba haciendo…

—Empezaron en la Alemania del Este —dijo la rubia de mentón pronunciado—. Los disturbios.

—Y luego se propagaron a Polonia —indicó el negro con timidez—. Mi abuelo me dijo que todo el mundo se sentó a ver la televisión. Se lo había contado su abuelo. Se propagaron a Checoslovaquia, y después a Rumania, Austria y Bulgaria. Luego, a Francia. Y a Italia.

—¡Francia fue la primera! —exclamó el hombrecillo de la barba y las gafas—. Estuvieron sin gobierno un mes. ¡La gente decía que era posible vivir sin gobierno!

—Las manifestaciones sólo fueron el principio —corrigió la muchacha de cabello negro—. Fue la primera vez que se destruían los edificios gubernamentales. En Alemania del Este y Polonia. Grandes masas de obreros desorganizados.

—Rusia y Estados Unidos fueron los últimos —dijo Tolby—. Cuando se produjo la marcha sobre Washington, la formaban casi veinte millones de personas. ¡Qué grandes éramos en aquellos tiempos! Cuando nos pusimos en movimiento, no pudieron detenernos.

—Mataron a muchos —dijo la rubia.

—Sí, pero eso no detuvo a la gente. Gritaban a los soldados: «¡No dispares, Bill!», «¡Hola, Jack, soy yo!», «¡No disparen, somos sus amigos!», «¡No nos maten, únanse a nosotros!». Y por Dios que lo hicieron. Fueron incapaces de seguir disparando sobre sus propios compatriotas. Al final, tiraron los fusiles y no opusieron resistencia.

—Y entonces, encontraron el lugar —dijo la muchacha de pelo negro, sin aliento.

—Sí. Encontramos el lugar. Seis lugares. Tres en Estados Unidos. Uno en Inglaterra. Dos en Rusia. Nos costó diez años encontrar el último..., y asegurarnos que era el último.

—Y después, ¿qué? —preguntó el joven, los ojos abiertos como platos.

—Entonces, las inutilizamos todas. —Tolby se levantó, un hombre imponente, la jarra de cerveza en una mano, el rostro encarnado—. Todas las malditas bombas atómicas del mundo.

Se produjo un incómodo silencio.

—Sí —murmuró el joven—. Dieron buena cuenta de aquellos halcones.

—No queda ninguno —dijo el hombre gordo—. Nunca más habrá.

Tolby acarició su bastón de ironita.

—Puede que sí, o puede que no. Algunos sobrevivieron.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el gordo.

Tolby enarcó sus cejas grises.

—Ya es hora que dejen de tomarnos el pelo. Saben muy bien a qué me refiero. Nos han llegado rumores. Cerca de aquí, escondidos, hay un montón.

Un murmullo airado se elevó de los congregados, estupefactos.

—¡Eso es mentira! —gritó el gordo.

—¿De veras?

El hombrecillo de la barba y las gafas se levantó de un brinco.

—¡Aquí no hay nadie relacionado con los gobiernos! ¡Somos buena gente!

—Cuide sus palabras —advirtió un joven a Tolby en voz baja—. A esta gente no le gusta que se le acuse sin motivo.

Tolby se puso en pie, aferrando su bastón de ironita. Penn le imitó.

—Si alguno de ustedes sabe algo —contestó Tolby—, será mejor que lo diga. Ahora mismo.

—Nadie sabe nada —intervino la rubia—. Ninguno de nosotros ha hecho nada malo.

—Ustedes salvaron nuestras vidas —dijo la muchacha de pelo negro—. Si no hubieran acabado con los gobiernos, todos habríamos muerto en la guerra. ¿Por qué les íbamos a ocultar algo?

—Eso es cierto —gruñó el gordo—. De no ser por la Liga, todos estaríamos muertos. ¿Nos cree capaces de conspirar contra la Liga?

—Ya está bien —dijo Silvia a su padre—. Vámonos.

Se levantó y tiró a Penn su mochila.

Tolby rezongó en tono beligerante. Por fin, tomó su mochila y se la cargo a la espalda. Un silencio de muerte se había apoderado del local. Todo el mundo permaneció inmóvil mientras los tres recogían sus cosas y se encaminaban hacia la puerta.

La muchacha de pelo negro les detuvo.

—La ciudad más cercana se encuentra a cuarenta y cinco kilómetros de aquí —dijo.

—La carretera está cortada —añadió su acompañante—. Los desprendimientos la cortaron hace años.

—¿Por qué no se quedan a pasar la noche con nosotros? En casa hay mucho espacio disponible. Descansen y reanuden el viaje por la mañana.

—No queremos molestar —murmuró Silvia.

Tolby y Penn intercambiaron una mirada.

—Si está segura que tienen mucho sitio…

El hombre gordo se aproximó.

—Escuchen, tengo diez papeletas amarillas. Quiero entregarlas a la Liga. Vendí mi granja el año pasado. No necesito más papeletas. Vivo con mi hermano y su familia. —Alargó las papeletas a Tolby—. Tenga.

Tolby las rechazó.

—Guárdelas.

—Por aquí —dijo el joven alto, mientras bajaban los hundidos peldaños y se internaban en una cegadora cortina de calor y polvo—. Tenemos coche. Un coche de gasolina antiguo. Mi padre lo arregló para que consumiera aceite.

—Tendrías que haber tomado las papeletas —dijo Penn a Tolby mientras entraban en el baqueteado coche.

Las moscas revolotearon a su alrededor. Apenas se podía respirar; el coche era un horno. Silvia se abanicó con un periódico enrollado. La chica de pelo negro se desabotonó la blusa.

—¿Para qué necesitamos el dinero? —rió Tolby—. En toda mi vida he pagado por nada, ni tampoco ustedes.

El coche tosió y avanzó poco a poco por la carretera. Empezó a ganar velocidad. El motor rugió y produjo algunos estampidos. No tardó en correr a sorprendente velocidad.

—Ya lo has visto —dijo Silvia, elevando la voz por encima del estruendo—. Nos dieron todo cuanto tenían. Salvamos sus vidas. —Señaló los campos, a los granjeros y sus reatas, las cosechas marchitas, las viejas granjas semiderruidas—. De no ser por la Liga, todos estarían muertos. —Aplastó una mosca—. Dependen de nosotros.

La muchacha de cabello negro se volvió hacia ellos mientras el coche corría por la deficiente carretera. El sudor perlaba su piel bronceada. Los movimientos del coche agitaban sus pechos apenas velados.

—Me llamo Laura Davis. Pete y yo poseemos una vieja granja que su padre nos regaló cuando nos casamos.

—Pueden ocupar toda la planta baja —añadió Pete.

—No hay electricidad, pero tenemos un enorme hogar. De noche hace frío. De día hace calor, pero cuando el sol se pone hace un frío terrible.

—Estaremos bien —murmuró Penn.

La vibración del coche le mareaba un poco.

—Sí —dijo la muchacha, con un extraño brillo en los ojos. Sus labios púrpura dibujaron una mueca. Se inclinó hacia Penn con una peculiar expresión en la cara—. Sí, les cuidaremos bien.

En aquel momento, el coche se salió de la carretera.

Silvia chilló. Tolby hundió la cabeza entre las rodillas y formó una bola con su cuerpo. Una súbita cortina verde estalló alrededor de Penn. Después, cuando el coche se precipitó por el borde, experimentó una aterradora vaciedad. El coche se estrelló con un ensordecedor estruendo que borró todo lo demás. Un titánico cataclismo de furia que se apoderó de Penn y esparció sus restos en todas direcciones.

—Bájenme —ordenó Bors—. Apóyenme un momento en esta barandilla antes de entrar.

Le depositaron sobre la superficie de hormigón y ajustaron abrazaderas magnéticas. Hombres y mujeres subían y bajaban la escalera con paso ligero, entraban y salían del enorme edificio que albergaba las oficinas de Bors.

La visión de estos escalones le complacía. Le gustaba pararse en este lugar y echar un vistazo a su mundo, a la civilización que había construido con tanto esmero. Cada pieza añadida con grandes sufrimientos, con infinito cuidado, año tras año.

No era grande. Estaba rodeado de montañas por todas partes. El valle era una cuenca llana, rodeada de colinas violeta oscuro. Al otro lado de las colinas empezaba el mundo normal. Campos agostados. Ciudades arrasadas y empobrecidas. Carreteras en mal estado. Restos de casas y granjas destruidas. Coches y máquinas averiados. Gente cubierta de polvo que deambulaba sin rumbo vestida con andrajos y ropa hecha a mano.

Había visto el exterior. Sabía cómo era. En las montañas terminaban los rostros inexpresivos, las enfermedades, las cosechas arruinadas, los toscos arados y las viejas herramientas. Aquí, en el anillo de colinas, Bors había construido una reproducción fiel y detallada de la sociedad imperante dos siglos atrás. Tal como había sido el mundo en los viejos tiempos. El tiempo de los gobiernos. El tiempo abatido por la Liga Anarquista.

Dentro de sus cinco bobinas de sinapsis existían los planos, conocimientos, información y fotocopias de todo un mundo. En aquellos dos siglos había recreado minuciosamente aquel universo, reproducido una sociedad en miniatura que centelleaba y bullía a su alrededor. Calles, edificios, casas, industrias de un mundo muerto, fragmentos de un pasado construido con sus manos, sus dedos de metal y su cerebro.

—Fowler —dijo Bors.

Fowler se acercó. Estaba demacrado. Tenía los ojos hinchados e inyectados en sangre.

—¿Qué pasa? ¿Quieres entrar?

La patrulla del amanecer pasó sobre sus cabezas. Un rosario de puntos negros que se destacaban contra el cielo despejado. Bors la contempló con satisfacción.

—Qué belleza.

—Ni más ni menos.

Fowler consultó su reloj. A su derecha, una columna de tanques serpenteaba por una autopista que corría entre campos verdes. Sus cañones brillaban. Una columna de infantería desfilaba detrás, los rostros ocultos tras máscaras antibacterias.

—Estoy pensando que quizá sea imprudente seguir confiando en Green —dijo Bors.

—¿Por qué demonios dices eso?

—Cada diez días me desactivan, para que tu equipo practique las reparaciones necesarias. —Bors se agitó, inquieto—. Durante doce horas estoy completamente indefenso. Green me cuida. Se encarga que no pase nada, pero...

—Pero, ¿qué?

—Creo que un pelotón sería más seguro. Es demasiada tentación para un hombre solo.

Fowler frunció el ceño.

—No entiendo por qué. Y yo, ¿qué? Mi responsabilidad es inspeccionarte. Podría averiar algunos conductores. Recargar tus bobinas de sinapsis. Destruirlas.

Bors se giró en redondo, pero se tranquilizó en seguida.

—Es verdad, podrías hacerlo, pero, ¿qué ganarías? Sabes que soy el único capaz de mantener todo esto en pie. ¡Soy el único que sabe cómo llevar adelante una sociedad planificada, no un caos! De no ser por mí, todo esto se derrumbaría, y sólo quedaría polvo, ruinas y malas hierbas. ¡Los del exterior irrumpirían al instante para apoderarse de todo!

—Por supuesto. En ese caso, ¿por qué te preocupa Green?

Pasó una cuadrilla de obreros, montones de hombres con uniforme verdeazulado, arremangados, cargados con herramientas. Una cuadrilla de mineros que se dirigía a las montañas.

—Llévame dentro —dijo Bors con brusquedad.

Fowler llamó a McLean. Izaron a Bors y le transportaron al interior del edificio, hasta llegar a su despacho. Oficiales y técnicos se apartaron respetuosamente cuando pasó el gran depósito agrietado y corroído.

—Muy bien —dijo Bors, impaciente—. Eso es todo. Pueden marcharse.

Fowler y McLean abandonaron el lujoso despacho, abarrotado de gruesas alfombras, muebles, cortinas y filas de libros. Bors ya estaba inclinado sobre el escritorio y examinaba montones de informes y documentos.

Fowler sacudió la cabeza mientras caminaban por el pasillo.

—No durará mucho.

—¿Lo dices por el sistema motriz? Podríamos reforzar...

—No me refiero a eso. Se está desmoronando mentalmente. Está sometido a una presión insoportable.

—Como todos los demás —murmuró McLean.

—La responsabilidad es excesiva; saber que todo depende de él. Saber que en cuanto dé la espalda o se derrumbe, todo se vendrá abajo. Tratar de vivir aislado del mundo real, mantener en funcionamiento su universo en miniatura, es un trabajo inmenso.

—Lo ha logrado durante mucho tiempo.

Fowler frunció el ceño.

—Tarde o temprano tendremos que hacer frente a la situación. —Recorrió con los dedos un largo destornillador—. Se está deteriorando. Tarde o temprano alguien tendrá que sustituirle. A medida que su decadencia se acelera... —Encajó el destornillador en su cinturón, junto con los alicates, el martillo y el soldador—. Un cable cruzado.

—¿Qué es eso?

Fowler rió.

—Él me ha dado la idea. Un cable cruzado y..., ¡puf! Pero luego, ¿qué? Ésa es la gran pregunta.

—Quizá tú y yo podamos salirnos de esta carrera de ratas —dijo en voz baja McLean—. Tú, yo y los demás. Y vivir como seres humanos.

—Carrera de ratas —murmuró Fowler—. Ratas en un laberinto. Que obedecen los dictados de alguien.

McLean miró a Fowler.

—Alguien de otra especie.

Tolby se debatió vagamente. Silencio. Un leve goteo muy cerca. Algo inmovilizaba su cuerpo. Estaba atrapado entre los restos del coche siniestrado, cabeza abajo. El coche descansaba sobre un lado, en un barranco, encajado entre dos enormes árboles. Puntales torcidos y metal aplastado a su alrededor. Y cuerpos.

Empujó hacia arriba con todas sus fuerzas. El travesaño cedió y consiguió sentarse. Una rama de árbol había atravesado el parabrisas, empalando a la muchacha de cabello negro, todavía vuelta hacia el asiento posterior. La rama había penetrado por su espalda, saliendo por el pecho y clavándola al asiento. Se aferraba al respaldo con ambas manos, la cabeza caída y la boca entreabierta. El hombre que viajaba a su lado también había muerto. Sus manos habían desaparecido, pues el parabrisas había estallado a su alrededor. Yacía entre los restos del tablero de instrumentos y el brillo sanguinolento de sus órganos internos.

Penn estaba muerto. Tenía el cuello roto como el mango podrido de una escoba. Tolby apartó el cadáver y examinó a su hija. Silvia no se movió. Aplicó el oído a su camisa y escuchó. Estaba viva. Su corazón latía débilmente. Su pecho subía y bajaba.

Vendó con un pañuelo la herida del brazo, que todavía sangraba. La joven había sufrido muchos cortes y rasguños; tenía una pierna doblada bajo el cuerpo, rota. Tenía la ropa rasgada y el cabello pegajoso de sangre, pero estaba viva. Tolby empujó la puerta retorcida y salió dando tumbos. Parpadeó, deslumbrado por el feroz sol de la tarde. Tomó el cuerpo inanimado de su hija y empezó a sacarlo del coche.

Un ruido.

Tolby alzó la vista, paralizado. Algo se aproximaba. Un insecto zumbador que descendía a toda velocidad. Soltó a Silvia, se agachó, miró a su alrededor, bajó por el barranco con movimientos torpes. Resbaló, cayó y rodó entre la vegetación y las rocas grisáceas. Se quedó tendido entre las húmedas sombras y empuñó la pistola.

El insecto aterrizó. Era un pequeño vehículo aéreo de propulsión a chorro. La visión le dejó sorprendido. Había oído hablar de tales aparatos, había

visto fotografías, durante los cursos de adoctrinamiento histórico seguidos en los campamentos de la Liga. ¡Pero ver un avión!

De la nave surgieron numerosos hombres uniformados, que bajaron con cautela por el barranco hacia el coche destrozado. Sujetaban pesados rifles. Su aspecto era duro y experto. Arrancaron las puertas del coche y examinaron el interior.

—Falta uno —dijo una voz.

—No andará muy lejos.

—¡Miren, esta mujer está viva! Intentaba salir. Los demás han muerto.

Una exclamación de furia.

—¡Maldita Laura! ¡Tendría que haber saltado! ¡Estúpida fanática!

—Quizá no tuvo tiempo. Dios santo, la rama la atravesó de parte a parte. —Horror y consternación—. Ni siquiera podemos sacársela.

—Déjala.

El oficial al mando indicó con un gesto a los hombres que se apartaran del coche.

—Déjenles a todos.

—¿Qué hacemos con la mujer herida?

El líder titubeó.

—Mátenla— dijo por fin. Se apoderó de un rifle y alzó la culata—. Los demás, despliéguense y atrapen al otro. Es probable que…

Tolby disparó y el cuerpo del líder se partió en dos. La parte inferior se derrumbó poco a poco; la superior se disolvió en fragmentos de ceniza. Tolby empezó a moverse en círculo, disparando mientras se arrastraba. Alcanzó a dos hombres más antes que los demás retrocedieran despavoridos hacia su insecto volador y cerraran la puerta.

El elemento sorpresa había obrado en su favor, pero ahora ya no. El enemigo era numeroso y fuerte. El insecto se alzó en el aire. Desde arriba sería muy fácil localizarle. Al menos, había salvado a Silvia. Con eso le bastaba.

Descendió hasta el lecho reseco de un río. Corrió sin rumbo; no tenía adónde ir. No conocía la región, carecía de medio de transporte. Resbaló en una piedra y cayó de bruces. Consiguió ponerse de rodillas, casi sin sentido. Había perdido la pistola, que había ido a parar entre los matorrales. Escupió fragmentos de dientes y sangre. Escrutó el radiante cielo del atardecer.

El insecto se dirigió hacia las colinas lejanas. Disminuyó de tamaño, se convirtió en una bola negra, después en un punto, y desapareció.

Tolby esperó un momento. Luego, escaló la pendiente hasta llegar junto al coche destruido. Si pudiera sacar a Silvia y buscar un escondite, tal vez en una granja, o volver a la ciudad.

Contempló el coche, estupefacto. Había tres cuerpos, los dos de delante y Penn atrás, pero Silvia había desaparecido.

Se la habían llevado con ellos. A su lugar de origen. La habían arrastrado hacia el insecto; un rastro de sangre ascendía por el barranco hasta la carretera.

Tolby se estremeció, pero consiguió controlarse. Entró en el coche y tomó la pistola que Penn llevaba en el cinturón. También tomó el bastón de ironita de Silvia, abandonado en el asiento. Después, se alejó por la carretera, caminando sin prisa, con cautela.

Un pensamiento irónico cruzó su mente. Había descubierto lo que perseguían. Los hombres uniformados estaban organizados, dependían de un poder central. Se desplazaban en un avión nuevo.

Detrás de las colinas había un gobierno.

—Señor —dijo Green.

Se alisó su corto cabello rubio, una mueca de ansiedad en su joven rostro.

Tropeles de técnicos, expertos y personas sin características específicas se movían por todas partes. Las oficinas bullían de actividad. Green se abrió paso entre la multitud hasta el escritorio frente al cual estaba sentado Bors, apuntalado con dos bastidores magnéticos.

—Señor —dijo Green—, ha pasado algo.

Bors levantó la vista. Apartó una pizarra chapada de metal y bajó la pluma. Sus células oculares cliquetearon y centellearon. En el interior de su tronco maltrecho, los engranajes del motor gimieron.

—¿Qué?

Green se acercó. Había una expresión en su cara que Bors nunca había visto. Una expresión de temor y transparente determinación. Una mirada vidriosa, fanática, como si su carne se hubiera convertido en piedra.

—Señor, una patrulla localizó a un grupo de la Liga que se dirigía hacia el norte. Interceptaron al grupo en las afueras de Fairfax. El incidente ocurrió nada más pasado el primer corte de carretera.

Bors no dijo nada. Por todas partes, oficiales, expertos, granjeros, obreros, gerentes de empresas, soldados, personas de la más diversa índole, murmuraban, protestaban e intentaban avanzar, impacientes. Intentaban llegar al escritorio de Bors. Para solucionar problemas. Para dar cuenta de situaciones. Los asuntos urgentes del día. Carreteras, fábricas, control de enfermedades. Reparaciones. Construcción. Manufactura. Diseño. Planificación. Problemas urgentes que Bors debía estudiar y resolver. Problemas que no tenían espera.

—¿El grupo de la Liga fue destruido? —preguntó Bors.

—Sólo uno de sus miembros. Otro resultó herido y lo trajeron aquí. —Green vaciló—. El tercero escapó.

Bors guardó silencio durante largo rato. La gente murmuraba y se removía a su alrededor. No hizo caso. De pronto, acercó el monitor y conectó el circuito.

—¿Que uno escapó? Eso no me gusta nada.

—Mató a tres soldados de nuestra unidad, incluido el jefe. Los demás se asustaron. Recogieron a la muchacha herida y volvieron aquí.

Bors irguió su enorme cabeza.

—Cometieron un error. Tenían que haber localizado al fugitivo.

—Era la primera vez que se daba una situación…

—Lo sé, pero fue una equivocación. Habría sido preferible dejarles marchar que atrapar a dos y permitir que el tercero escapara. —Se volvió hacia el monitor—. Declaren una alerta de emergencia. Cierren las fábricas. Armen a los obreros y granjeros que sepan utilizar un arma. Corten todas las carreteras. Trasladen a las mujeres y a los niños a los refugios subterráneos. Saquen la artillería pesada y las municiones. Suspendan toda la producción no militar y… —reflexionó un momento—. Detengan a todos los sospechosos. En virtud del apartado C, fusílenlos.

Desconectó el monitor.

—¿Qué pasará? —preguntó Green, atónito.

—Aquello para lo que nos hemos preparado: la guerra total.

—¡Tenemos armas! —exclamó Green, entusiasmado—. Dentro de una hora habrá diez mil hombres dispuestos a pelear. Tenemos aviones de propulsión a chorro, artillería pesada, bombas, proyectiles bacteriológicos. ¿Qué es la Liga? ¡Una pandilla de gente con mochilas a la espalda!

—Sí —repitió Bors—, una pandilla de gente con mochilas a la espalda.

—¿Cómo van a hacer algo? ¿Cómo se va a organizar un puñado de anarquistas? Carecen de estructura, de control, de poder central.

—Tienen todo el mundo. Mil millones de personas.

—¡Individuos! Un club que no acata la ley, formado por miembros voluntarios. Nosotros contamos con una organización disciplinada. Todos los aspectos de nuestra vida económica funcionan con la máxima eficacia. Nosotros, usted, lo controlamos todo. Le basta con dar una orden. Poner la maquinaria en funcionamiento.

Bors asintió lentamente.

—Es verdad que los anarquistas no saben coordinarse. La Liga no sabe organizarse. Es una paradoja: un gobierno de anarquistas... Antigobierno, en realidad. En lugar de gobernar el mundo, andan por ahí procurando que nadie lo haga.

—Como un perro en el pesebre.

—Como usted dice, se trata de un club voluntario de individuos completamente desorganizados. Sin ley ni poder central. No forman una sociedad; no saben gobernar. Lo único que saben hacer es interponerse en el camino de cualquiera que lo intente. Unos alborotadores, pero...

—Pero, ¿qué?

—También lo eran antes, hace dos siglos. Estaban desorganizados, desarmados, turbas inmensas, carentes de disciplina o autoridad. Sin embargo, derribaron a todos los gobiernos del mundo.

—Contamos con todo un ejército. Las carreteras están minadas Artillería pesada, bombas, proyectiles. Cada uno de nosotros es un soldado. ¡Somos un campamento armado!

Bors estaba absorto en sus pensamientos.

—¿Dice que han traído a un agente de la Liga?

—Una joven.

Bors hizo una señal al equipo de mantenimiento.

—Llévenme a su presencia. Quiero hablar con ella el rato que queda.

Silvia contempló en silencio a los hombres uniformados que entraban en la habitación. Se acercaron a la cama, tambaleantes, juntaron dos sillas, y depositaron sobre ellas con suma precaución el enorme bulto que cargaban.

Fijaron puntales protectores, sujetaron las sillas con cadenas, pusieron en funcionamiento abrazaderas magnéticas y se apartaron, agotados.

—Muy bien —dijo el robot—. Pueden marcharse.

Los hombres obedecieron. Bors miró a la muchacha que ocupaba la cama.

—Una máquina —susurró Silvia, pálida—. Eres una máquina.

Bors asintió sin hablar.

Silvia se removió en la cama, inquieta. Estaba débil. Tenía la pierna envuelta en un armazón de plástico transparente y la cara vendada. El brazo derecho le dolía. El sol del atardecer se colaba a través de las cortinas. Flores, hierba, setos. Y más allá de los setos, edificios y fábricas.

Aviones a reacción habían surcado el cielo sin cesar durante la última hora, grandes bandadas que volaban hacia las colinas lejanas. Camiones que arrastraban cañones y equipo militar recorrían a toda velocidad la carretera. Los hombres desfilaban en apretadas filas, hileras de soldados uniformados de gris, provistos de fusiles, cascos y máscaras antibacterias. Interminables filas de figuras idénticas, como salidas del mismo molde.

—Hay muchos —dijo Bors, señalando a su ejército.

—Sí.

Silvia vio que dos soldados pasaban corriendo ante la ventana. Jóvenes imberbes, de expresión preocupada. Cascos colgados de su cintura. Largos rifles. Cantimploras. Contadores. Pantallas antirradiación. Máscaras antibacterias sujetas de cualquier manera alrededor del cuello, preparadas para ser colocadas. Estaban asustados. Apenas eran unos críos. Les siguieron más. Un camión cobró vida. Los soldados subieron para reunirse con los demás.

—Van a luchar —dijo Bors— para defender sus hogares y fábricas.

—Ustedes fabrican todos esos artilugios, ¿verdad?

—En efecto. Nuestra organización industrial es perfecta. Somos totalmente productivos. Nuestra sociedad funciona de una forma racional, científica. Estamos preparados para hacer frente a esta emergencia.

De pronto, Silvia comprendió cuál era la emergencia.

—¡La Liga! Uno de ellos habrá escapado. —Se incorporó—. ¿Quién? ¿Penn o mi padre?

—No lo sé —murmuró el robot, indiferente.

Horror y pesar estremecieron a Silvia.

—Dios mío —dijo en voz baja—, no entiendes nada de nosotros. Diriges todo esto, pero eres incapaz de la menor empatía. Eres una simple computadora mecánica, uno de los antiguos robots integrados del gobierno.

—Exacto. Dos siglos de antigüedad.

La joven se quedó consternada.

—Y has estado vivo todo este tiempo. ¡Pensábamos que los habíamos destruido a todos!

—Me pasaron por alto. Había sufrido una avería y no estaba en mi sitio, sino en un camión, camino de Washington. Vi a las turbas y escapé.

—Hace doscientos años. Tiempos legendarios. Viste en directo los acontecimientos de los que tanto nos han hablado. Los viejos tiempos. Las grandes manifestaciones. El día que los gobiernos cayeron.

—Sí. Yo lo vi todo. Formamos un grupo en Virginia. Expertos, oficiales, obreros especializados. Más tarde, nos trasladamos aquí. Era un lugar aislado, apartado de todo.

—Oímos rumores. Una facción que aún resistía... Pero no sabíamos dónde ni cómo.

—Tuve suerte. Escape por chiripa. Todos los demás fueron destruidos. Hemos tardado mucho en organizar lo que ves aquí. A veintitrés kilómetros de distancia hay un anillo de montañas. Este valle es una cuenca, rodeada de montañas. Hemos cortado las carreteras mediante desprendimientos naturales. Nadie entra. Ni siquiera en Fairfax, a cuarenta y cinco kilómetros de distancia, saben algo.

—Aquella chica, Laura...

—Patrullas. Tenemos patrullas de vigilancia en todas las regiones habitadas, en un radio de ciento cincuenta kilómetros. En cuanto ustedes

entraron en Fairfax, recibimos la información. Enviamos una unidad aérea. Para evitar preguntas lo intentamos disimular como un accidente de circulación, pero uno de ustedes escapó.

Silvia meneó la cabeza, perpleja.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Cómo sigues adelante? ¿La gente no se rebela? —Intentó sentarse—. Deben saber lo que ocurrió en el resto del mundo. ¿Cómo les controlas? Ahora van a salir, uniformados..., pero, ¿lucharán? ¿Confías en ellos?

—Ellos confían en mí. Yo les he proporcionado una gran cantidad de conocimientos. Información y técnicas que el resto del mundo ha perdido. ¿Acaso se fabrican en alguna otra parte del mundo aviones a reacción, monitores de vídeo y cables de alta tensión? Yo conservo todo ese conocimiento. Poseo unidades de memoria, bobinas de sinapsis. Gracias a mí tienen todo eso. Cosas que para ustedes sólo son recuerdos confusos, vagas leyendas.

—¿Qué ocurrirá cuando mueras?

—¡No moriré! ¡Soy eterno!

—Te estás degradando. Tienen que llevarte a todas partes, y apenas puedes mover el brazo derecho. —La voz de Silvia era dura, despiadada—. Tu depósito está agrietado y oxidado.

El robot rechinó. Por un momento, fue incapaz de hablar.

—Mi conocimiento permanece —graznó por fin—. Siempre podré comunicarlo. Fowler ha establecido un sistema de transmisión. Incluso cuando hablo... —se interrumpió—. Incluso en ese momento, todo está controlado. He organizado todos los aspectos de la situación. He mantenido este sistema durante dos siglos. ¡Y así continuará!

Todo ocurrió en una fracción de segundo. La bota de su escayola atrapó las sillas sobre las cuales descansaba el robot. Empujó violentamente con el pie y las manos. Las sillas oscilaron, vacilaron...

—¡Fowler! —chilló el robot.

Silvia empujó con todas sus fuerzas. Un dolor espantoso recorrió su pierna. Se mordió el labio y lanzó su hombro contra el bulto agrietado del robot. La máquina agitó los brazos, zumbó frenéticamente, y las dos sillas cayeron poco a poco. El robot se derrumbó de espaldas, sin dejar de agitar las manos.

Silvia consiguió levantarse de la cama y se acercó a la ventana. Su pierna rota colgaba inutilizada, un peso muerto envuelto en su escayola de plástico transparente. El robot parecía un escarabajo: los brazos se movían sin descanso, las lentes oculares cliqueteaban, los oxidados engranajes chirriaban de miedo y rabia.

—¡Fowler! —volvió a chillar—. ¡Ayúdame!

Silvia llegó a la ventana. Tiró de los cerrojos, pero estaban bien asegurados. Tomó una lámpara de la mesa y la arrojó contra el cristal, que estalló en una lluvia de fragmentos mortíferos. Avanzó tambaleante..., y el equipo de reparaciones irrumpió en la habitación.

—¡Ayúdenme! —chilló el robot—. ¡Ayúdenme!

Un hombre agarró a Silvia por la cintura y la tiró sobre la cama. La joven pataleó y golpeó, hundió las uñas en la mejilla del hombre. Éste la aplastó sobre la cama, boca abajo, y desenfundó la pistola.

—Quieta —jadeó.

Los demás estaban inclinados sobre el robot y procuraron incorporarlo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fowler. Se acercó a la cama, el rostro contorsionado en una mueca—. ¿Se ha caído?

Los ojos de Silvia brillaron de odio y desesperación.

—Le empujé. Casi logré llegar a la ventana. —Hinchó el pecho—. Mi pierna...

—¡Llévenme de vuelta a mis aposentos! —gritó Bors.

El equipo le cargó y trasladó por el pasillo hasta su despacho privado. Pocos momentos después se sentó tembloroso ante su escritorio, rodeado de papeles e informes. Su mecanismo latía violentamente.

Serenó su pánico y trató de reanudar su trabajo. Tenía que continuar adelante. El monitor bullía de actividad. Todo el sistema estaba en movimiento. Vio que un subcomandante ordenaba despegar a una nube de puntos negros, bombarderos a reacción que se elevaron como moscas y no tardaron en desaparecer.

Era preciso proteger el sistema. Se lo repitió una y otra vez. Tenía que salvarlo. Tenía que organizar a la gente y obligarla a salvarlo. Si la gente no luchaba, todo estaba perdido.

Estaba abrumado de furia y desesperación. El sistema no podía preservarse por sí mismo; no era algo aislado, algo que podía separarse de la gente que vivía en él. De hecho, era la gente. Eran equivalentes. Cuando la gente luchaba para proteger el sistema, luchaba para proteger su propia existencia.

Sólo existían si el sistema existía.

Vio una columna de soldados que avanzaban hacia las colinas. Sus antiguas bobinas de sinapsis proyectaron incertidumbre, pero luego se normalizaron. Tenía dos siglos de edad. Había venido a la existencia en un mundo diferente. Ese mundo le había creado; gracias a él, aún estaba vivo. Mientras él existiera, ese mundo existiría. Seguía funcionando, en miniatura. Su universo a escala, su recreación. Su mundo controlado y racional, en el que cada aspecto estaba organizado, analizado e integrado por completo.

Mantenía vivo a un mundo racional y progresista. Un oasis de productividad en un planeta polvoriento y parchado, en el que reinaban la decadencia y el silencio.

Bors esparció sus papeles y se puso a trabajar en el problema más acuciante: transformar una economía de paz en un esfuerzo militar total. La organización militar absoluta de todo hombre, mujer, niño, máquina y dina de energía bajo su dirección.

Edward Tolby salió con cautela. Sus ropas estaban desgarradas y rotas. Había perdido la mochila mientras se arrastraba entre la vegetación. Su cara y manos sangraban. Estaba agotado.

Más abajo distinguió un valle. Una inmensa cuenca. Campos, casas, carreteras. Fábricas. Maquinaria. Hombres.

Observó a los hombres durante tres horas. Ingentes muchedumbres que se internaban en las colinas, siguiendo las carreteras y senderos. A pie, en camiones, coches, tanques, transportes de armas. Por el cielo, en veloces cazas y grandes bombarderos. Naves relucientes que tomaban posiciones sobre las tropas y se preparaban para la batalla.

Una batalla a lo grande. La guerra a gran escala que se suponía extinguida desde hacía dos siglos. Pero aquí estaba de nuevo, una visión del pasado. Lo había visto en viejas cintas, utilizadas en los cursos de

orientación del campamento. Un ejército fantasma que resucitaba para combatir una vez más. Una inmensa agrupación de tropas, preparadas para luchar y morir.

Tolby inició el descenso con grandes precauciones. Un soldado había frenado su moto al pie de una pendiente rocosa para instalar una antena de comunicaciones y un transmisor. Tolby dio un rodeo, se agachó y procedió a acercarse con todo sigilo. Era un joven rubio, que manoteaba nerviosamente los cables y relés, se humedecía los labios, levantaba la vista y aferraba el rifle en cuanto oía el menor ruido.

Tolby respiró hondo. El joven le daba la espalda; estaba examinando un circuito eléctrico. Era ahora o nunca. Tolby saltó, levantó la pistola y disparó. El equipo y el rifle del soldado se volatilizaron.

—No hagas el menor ruido —dijo Tolby.

Paseó la mirada a su alrededor. Nadie le había visto. La línea principal se encontraba a un kilómetro de distancia a su derecha. El sol empezaba a ponerse. Grandes sombras caían sobre las colinas. Los campos viraron del verde pardusco a un violeta intenso.

—Levanta las manos sobre la cabeza, júntalas y ponte de rodillas.

El muchacho obedeció, aterrorizado.

—¿Qué va a hacer? —Vio el bastón de ironita y palideció—. ¡Usted es un agente de la Liga!

—Cierra el pico —ordenó Tolby—. Primero, hagamos un esquema de la cadena de mando. ¿Quién es tu superior?

El joven tartamudeó todo cuanto sabía. Tolby escuchó con atención. Quedó satisfecho. La habitual estructura monolítica. Exactamente lo que deseaba.

—El jefe supremo —dijo—. ¿Quién detenta la responsabilidad última?

—Bors.

—¡Bors! —Tolby frunció el ceño—. Eso no parece un nombre, sino... —Se interrumpió, asombrado—. ¡Teníamos que haberlo adivinado! Un antiguo robot gubernamental. Todavía en funcionamiento.

El joven vislumbró su oportunidad. Echó a correr como un poseso.

Tolby le disparó sobre la oreja izquierda. El muchacho cayó y permaneció inmóvil. Tolby corrió hacia él y le despojó a toda prisa del uniforme gris oscuro. Le quedaba pequeño, por supuesto, pero la moto era perfecta. Las había visto en cintas; quería una desde que era niño. Una moto veloz para pasear. Ya la tenía.

Media hora más tarde corría por una suave y ancha carretera hacia el centro del valle y los edificios que se alzaban hacia el cielo. Los faros perforaban la oscuridad. Aún oscilaba de un lado a otro, pero a todos los efectos prácticos la dominaba. Aceleró. Árboles y campos, graneros, maquinaria agrícola, quedaron atrás. Todo el tráfico marchaba en dirección contraria: las tropas se dirigían al frente.

Al frente. Lemmings camino del océano para suicidarse. Mil, diez mil figuras recubiertas de metal, armadas y vigilantes. Cargadas con fusiles, bombas, lanzallamas y proyectiles bacteriológicos.

Sólo había un problema. Ningún ejército les hacía frente. Habían cometido un error. Se necesitaban dos bandos para iniciar una guerra, pero sólo uno había resucitado.

Salió de la carretera a dos kilómetros de la concentración de edificios, detuvo la moto y la ocultó en un pajar. Pensó por un momento en dejar el

bastón de ironita. Luego, se encogió de hombros y lo guardó, junto con su pistola. Siempre llevaba consigo su bastón; era el símbolo de la Liga. Representaba a los anarquistas caminantes que patrullaban el mundo a pie, la agencia mundial de protección.

Se encaminó con sigilo hacia los edificios. Había pocos hombres. No vio mujeres ni niños. Más adelante, habían levantado una alambrada electrificada. Las tropas, armadas hasta los dientes, estaban agazapadas detrás. Un reflector barría la carretera. Al otro lado, se cernían las antenas de radar, y más atrás, un feo cuadrado de hormigón. Las grandes oficinas del gobierno.

Observó durante un rato el reflector, hasta determinar el ritmo de sus movimientos. La luz destacaba los rostros de los soldados, pálidos y demacrados. Críos. Nunca habían combatido. Era la primera vez. Estaban aterrorizados.

Cuando la luz se alejó de él, se levantó y avanzó hacia la alambrada. Automáticamente, se abrió una brecha. Dos guardias se adelantaron y cruzaron las bayonetas frente a él.

—¡La documentación! —pidió uno.

Tenientes bisoños. Muchachos, de labios pálidos, nerviosos. Jugaban a los soldaditos.

Tolby lanzó una áspera carcajada, que expresaba su compasión y desprecio, y siguió adelante.

—Apártense de mi camino.

Uno de los jóvenes sacó una linterna de bolsillo.

—¡Alto! ¡El santo y seña!

Cortó el paso a Tolby con la bayoneta. Sus manos temblaban convulsivamente.

Tolby hundió la mano en el bolsillo, sacó la pistola y, cuando el haz del proyector se alejó, vaporizó a los dos guardias. Las bayonetas cayeron al suelo con un ruido metálico y él corrió hacia adelante. Gritos y sombras surgieron por todas partes. Gritos de angustia y terror. Disparos al azar. La noche se iluminó. Dobló la esquina de un almacén de suministros, subió una escalera y se precipitó en el interior del enorme edificio.

Tenía que darse prisa. Aferró el bastón de ironita y se internó en un tenebroso pasillo. Sus botas despertaban ecos. Sus perseguidores le pisaban los talones. Rayos de energía zumbaron a su alrededor. Una sección de techo se convirtió en cenizas y se desplomó detrás de él.

Llegó a otra escalera y subió a toda prisa. Se dispuso a abrir la puerta de la siguiente planta. Algo centelleó a su espalda. Se volvió, la pistola preparada…

Un fortísimo golpe le envió al suelo. Rebotó contra la pared y la pistola escapó de sus dedos. Una forma armada con un rifle se cernió sobre su cuerpo caído.

—¿Quién es usted? ¿Qué está haciendo aquí?

No era un soldado. Un hombre sin afeitar, que vestía una camisa manchada y pantalones arrugados. Los ojos hinchados, enrojecidos. Del cinturón colgaban una serie de herramientas, martillo, alicates, destornillador, soldador.

Tolby se levantó con un gran esfuerzo.

—Si no tuviera ese rifle…

Fowler retrocedió.

—¡Quién es usted? El acceso a esta planta está prohibido a las tropas. Ya sabe que... —Entonces, vio el bastón de ironita—. Santo Dios —dijo en voz baja—, usted es el que escapó. —Lanzó una carcajada temblorosa—. Usted es el que no pudieron atrapar.

Los dedos de Tolby se cerraron en torno al bastón, pero Fowler reaccionó al instante. La boca del rifle apuntó a la cara de Tolby.

—Cuidado —advirtió Fowler.

Se volvió un poco. Los soldados subían la escalera, corriendo y gritando. El hombre vaciló un momento, y después indicó el siguiente tramo con su arma.

—Arriba.

Tolby parpadeó.

—¿Qué...?

—¡Arriba! —La boca del rifle se hundió en el cuerpo de Tolby—. ¡De prisa!

Tolby, perplejo, obedeció. Fowler le siguió. En la tercera planta, Fowler le empujó con rudeza por la puerta, azuzándole con el cañón del rifle. Se encontró en un pasillo flanqueado de puertas. Interminables oficinas.

—No se detenga —ladró Fowler—. Pasillo adelante. ¡Rápido!

Mientras corría, la mente de Tolby daba vueltas.

—¿Qué demonios está...?

—Yo nunca podría lograrlo —jadeó Fowler junto a su oído—, ni en un millón de años, pero es preciso...

Tolby se detuvo.

—¿Qué pasa aquí?

Se plantaron cara con aire desafiador, echando chispas por los ojos.

—Está ahí —dijo Fowler, e indicó una puerta con el rifle—. Tiene la oportunidad. Aprovéchela.

Tolby vaciló una fracción de segundo. Después, se decidió.

—Muy bien. La aprovecharé.

Fowler le siguió.

—Tenga cuidado. Mire donde pisa. Hay una serie de puntos de control. Siga recto sin parar, hasta donde pueda. ¡Y dese prisa, por el amor de Dios!

Tolby corrió y abrió la puerta.

Se topó con una barrera de oficiales y soldados. Se lanzó sobre ellos, derribándolos. Continuó corriendo, mientras los caídos luchaban por incorporarse y manoteaban torpemente con los rifles. Atravesó una puerta que daba a una oficina y pasó frente a un escritorio, donde estaba sentada una muchacha asustada, que le miró con los ojos desorbitados y la boca abierta. Después, una tercera puerta, un cubículo.

Un joven de rostro desesperado dio un brinco y trató de sacar la pistola. Tolby estaba desarmado, atrapado en el cubículo. Los soldados ya se apelotonaban ante la puerta. Aferró el bastón de ironita y se agachó, mientras el joven disparaba frenéticamente. El rayo se estrelló a unos centímetros de distancia y proyectó una onda de calor.

—¡Sucio anarquista! —chilló Green. Disparó una y otra vez, el rostro deformado por una mueca—. ¡Maldito espía anarquista!

Tolby lanzó con todas sus fuerzas el bastón de ironita, que describió un arco y alcanzó al joven en la cabeza. Green se tiró al suelo para esquivarlo. Se apartó con agilidad, sonriente. El bastón chocó contra la pared y cayó al suelo.

—¡Tu bastón! —jadeó Green, y disparó.

El rayo falló a propósito. Green estaba jugando con él. Tolby se agachó y tanteó en busca del bastón. Lo tomó. Green le contempló con la cara rígida y ojos brillantes.

—¡Tíralo otra vez! —rugió.

Tolby saltó. Pilló al joven por sorpresa. Green gruñó, se tambaleó hacia atrás por la fuerza del impacto y se revolvió con furia maníaca.

Tolby era más fuerte, pero estaba cansado. Había caminado por las montañas durante horas, interminablemente. Casi no le quedaban fuerzas. El accidente de coche, los días de caminar sin descanso. Green estaba en perfecta forma. Su cuerpo ágil y nervudo se retorció. Levantó las manos. Los dedos se hundieron en la tráquea de Tolby; éste le dio una patada en la ingle. Green retrocedió, doblado por la mitad a causa del dolor.

—Muy bien —masculló Green, el rostro contorsionado y teñido de púrpura.

Su mano agitó la pistola. El cañón se alzó.

Media cara de Green se volatilizó. Sus manos se abrieron y la pistola cayó al suelo. Su cuerpo permaneció erguido un momento, y después se derrumbó, como un traje vacío.

Tolby distinguió fugazmente el cañón de un rifle junto a él, empuñado por el hombre de las herramientas. Éste le hizo señas frenéticamente.

—¡De prisa!

Tolby corrió por un pasillo alfombrado, entre dos grandes lámparas amarillas. Un grupo de oficiales y soldados le siguió, vacilante, disparando al azar. Abrió una gruesa puerta de roble y se detuvo.

Estaba en una lujosa cámara. Cortinas, exquisito papel pintado. Lámparas. Estanterías llenas de libros. La elegancia del pasado. Lo fastuoso de los viejos tiempos. Alfombras gruesas. Confortable calor. Un monitor de vídeo. Y al fondo, un enorme escritorio de caoba.

Una figura estaba sentada ante el escritorio. Trabajaba entre montañas de papeles e informes. La figura contrastaba con el lujo de los muebles. Era un gran depósito de metal, agrietado y corroído. Doblado y verdoso, remendado y reparado. Una máquina antigua.

—¿Eres tú, Fowler? —preguntó el robot.

Tolby avanzó, con el bastón de ironita preparado.

El robot se volvió, enfurecido.

—¿Quién eres? Trae a Green y bájenme al refugio. Un control de carretera acaba de informar que un agente de la Liga ha...

El robot calló. Sus frías lentes oculares inspeccionaron al hombre. Cliqueteó y zumbó, atónito.

—No te conozco.

Se fijó en el bastón de ironita.

—Un agente de la Liga —dijo el robot—. Tú eres el que ha conseguido penetrar en nuestras líneas. El tercero. En lugar de volver sobre tus pasos, has venido.

Sus dedos de metal toquetearon los objetos del escritorio, y después investigaron en el cajón. Encontró una pistola y la alzó con movimientos torpes.

Tolby dio un golpe al arma, que cayó al suelo.

—¡Corre! —gritó al robot—. ¡Empieza a correr!

El robot permaneció inmóvil. Tolby le asestó un golpe con el bastón. La frágil y compleja unidad cerebral del robot se partió en mil pedazos. Bobinas,

cables, fluido de relés se derramaron sobre sus hombros y manos. El robot se estremeció. La maquinaria chirrió. Se tambaleó en la silla; después, osciló y cayó. Quedó destrozado sobre el suelo; piezas y engranajes salieron disparados en todas direcciones.

—Santo Dios —dijo Tolby, al comprender la verdad.

Se inclinó sobre los restos, tembloroso. Estaba estropeado.

Una multitud de hombres le rodeó.

—¡Ha matado a Bors! —Rostros aturdidos, sobresaltados—. ¡Bors ha muerto!

Fowler se acercó a paso lento.

—Le ha matado, cierto. Ya no queda nada.

Tolby continuaba sosteniendo el bastón de ironita con ambas manos.

—Pobre cacharro —susurró—. Completamente indefenso. Se quedó sentado y yo le maté. No tenía la menor posibilidad.

El edificio era un caos. Soldados y oficiales corrían de un lado a otro, abrumados de dolor, histéricos. Tropezaban entre sí, formaban grupos, gritaban y daban órdenes absurdas.

Tolby se abrió paso entre ellos; nadie le hacía caso. Fowler estaba recogiendo los restos del robot, las piezas y fragmentos destrozados. Tolby se detuvo a su lado. Como Humpty-Dumpty, expulsado de su muro, al que nunca volvería.

—¿Dónde está la mujer? —preguntó a Fowler—. La agente de la Liga capturada.

Fowler se irguió lentamente.

—Le acompañaré.

Guió a Tolby por el enloquecido edificio hacia el ala del hospital.

Silvia se incorporó, vacilante, cuando los dos hombres entraron en la habitación.

—¿Qué sucede? —Reconoció a su padre—. ¡Papá! ¡Gracias a Dios! Eres tú quien se ha salvado.

Tolby cerró la puerta para aislarse del tumulto que sacudía el pasillo.

—¿Cómo te encuentras? ¿Cómo está tu pierna?

—Mejor. ¿Qué ha pasado?

—He matado al robot.

Los tres permanecieron unos instantes en silencio. En los pasillos, los hombres continuaban corriendo de un lado a otro. La noticia ya se había esparcido. Las tropas se habían congregado frente al edificio. Hombres desolados desertaban de sus puestos. Vacilantes. A la deriva.

—Todo ha terminado —dijo Fowler.

Tolby asintió.

—Lo sé.

—Se cansarán de estar acurrucados en las trincheras —dijo Fowler—. Las abandonarán poco a poco. En cuanto sepan la noticia, desertarán y tirarán sus armas.

—Estupendo —gruñó Tolby—. Cuanto antes mejor. —Indicó el rifle de Fowler—. Espero que usted también.

Silvia titubeó.

—¿Crees que...?

—¿Qué?

—¿Hemos cometido una equivocación?

Tolby dibujó una sonrisa de cansancio.

—Tenemos mucho tiempo para pensar en eso.

—Hacía lo que consideraba correcto. Levantaron sus hogares y fábricas. Toda esta zona... Producen muchos artículos. He estado mirando por la ventana. Eso me ha dado que pensar. Han hecho muchas cosas. Grandes avances.

—Muchos cañones —dijo Tolby.

—Nosotros también tenemos armas. Matamos y destruimos. Tenemos todos los inconvenientes y ninguna ventaja.

—Pero no tenemos guerra —respondió con calma Tolby—. Para defender esta pulcra organización hay diez mil hombres emboscados en las colinas, aguardando el momento de combatir, esperando el momento de lanzar sus bombas y proyectiles bacteriológicos, con el fin que este lugar continúe existiendo. No lo harán. Dentro de nada, se rendirán y empezarán a salir.

—Todo el sistema se derrumbará con gran rapidez —dijo Fowler—. Bors ya empezaba a perder el control. No podía mantener el reloj atrasado mucho más tiempo.

—Sea como fuera, todo ha terminado —murmuró Silvia—. Hemos cumplido nuestra misión. —Sonrió—. Bors hizo su trabajo y nosotros el nuestro. Los tiempos jugaban en su contra y a nuestro favor.

—Eso es verdad —admitió Tolby—. Hemos hecho nuestro trabajo. Y nunca lo lamentaremos.

Fowler no dijo nada. Siguió inmóvil, con las manos en los bolsillos, mirando por la ventana. Sus dedos tocaron algo. Tres bobinas de sinapsis incólumes. Elementos memorísticos intactos procedentes del robot muerto, que había tomado de los restos dispersos.

Por si acaso, se dijo. *Por si los tiempos cambian*.

EL PADRE-COSA

—La cena está preparada —dijo la señora Walton—. Ve a buscar a tu padre y dile que se lave las manos. Aplícate el mismo cuento, jovencito. —Trasladó una cacerola humeante a la mesa—. Le encontrarás en el garaje.

Charles vaciló. Sólo tenía ocho años y el problema que le atormentaba habría confundido a Hillel.

—Yo... —empezó, titubeando.

—¿Qué pasa?

June Walton percibió el tono inquieto de la voz de su hijo y su busto maternal se agitó de alarma.

—¿No está Ted en el garaje? Por el amor de Dios, estaba afilando las tijeras de podar hace unos minutos. No habrá ido a casa de los Anderson, ¿verdad? Le dije que la cena ya estaba en la mesa.

—Está en el garaje —contestó Charles—, pero está..., está hablando consigo mismo.

—¡Hablando consigo mismo! —La señora Walton se quitó el delantal de plástico y lo colgó en el pomo de la puerta—. ¿Ted? Nunca habla solo. Ve a decirle que ya puede venir. —Vertió café humeante en las tazas de porcelana

azul y blanca, y procedió a servir el maíz cubierto de crema—. ¿Qué mosca te ha picado? ¡Ve a avisarle!

—No sé a cuál de ellos decírselo —farfulló Charles, desesperado—. Los dos son iguales.

June Walton estuvo a punto de soltar la cacerola de aluminio; por un momento, el maíz cubierto de crema se tambaleó peligrosamente.

—Jovencito —empezó, en tono de irritación, pero Ted Walton entró en la cocina.

Aspiró el aroma de la cena y se frotó las manos.

—¡Ajá! —exclamó—. Estofado de cordero.

—Estofado de buey —murmuró June—. Ted, ¿qué estabas haciendo ahí fuera?

Ted ocupó su puesto y desdobló la servilleta.

—He afilado las tijeras de podar como una hoja de afeitar. Engrasadas y afiladas. Será mejor que no las toques, o podrías quedarte sin mano.

Era un hombre atractivo, de treinta y pocos años, abundante cabello rubio, brazos fuertes, manos grandes, rostro cuadrado y brillantes ojos castaños.

—Caramba, qué buen aspecto tiene este estofado. Menudo día he tenido en la oficina. Como todos los viernes, ya sabes. El trabajo se amontona y las cuentas deben estar terminadas a las cinco. Al McKinley afirma que el departamento podría encargarse de un veinte por ciento más de trabajo si organizáramos la hora de comer, haciendo turnos para que siempre se quedara alguien. —Se dirigió a Charles—. Siéntate y empecemos.

La señora Walton sirvió los guisantes congelados.

—Ted —dijo, mientras se sentaba—, ¿tienes algo en mente?

—¿En mente? —Parpadeó—. No, nada fuera de lo normal. ¿Por qué?

June Walton miró a su hijo, inquieta. Charles estaba sentado muy tieso, inexpresivo, blanco como la tiza. No se había movido ni desdoblado la servilleta; ni siquiera había tocado su leche. La tensión se palpaba en el aire. Charles había apartado la silla de la que ocupaba su padre; se había encogido en un menudo bulto, lo más lejos posible de su padre. Movió los labios, pero la mujer no pudo leer lo que estaba diciendo.

—¿Qué dices? —preguntó, inclinándose hacia él.

—El otro —murmuró Charles—. Es el otro quien ha entrado.

—¿A qué te refieres, cariño? —preguntó June Walton en voz alta—. ¿Qué otro?

Ted dio una brusca sacudida. Una extraña expresión cruzó su cara. Desapareció al instante, pero fue suficiente para que el rostro de Ted Walton perdiera toda familiaridad. Algo frío y extraño asomó, una masa retorcida y serpenteante. Los ojos se empañaron y encogieron, proyectaron un brillo arcaico. El aspecto normal de un marido cansado había desaparecido.

Y en seguida reapareció, o casi. Ted sonrió y comenzó a devorar el estofado, los guisantes congelados y el maíz cubierto de crema. Rió, revolvió su café, bromeó y comió. Pero algo iba terriblemente mal.

—El otro —murmuró Charles, pálido, y sus manos empezaron a temblar. De pronto, se levantó de un salto y se apartó de la mesa—. ¡Vete! —gritó—. ¡Largo de aquí!

—Oye, ¿qué demonios te pasa? —rugió Ted, en tono amenazador. Indicó con severidad la silla—. Siéntate y acaba tu cena, jovencito. Tu madre no la ha preparado porque sí.

Charles salió corriendo de la cocina y subió la escalera. June Walton lanzó una exclamación ahogada y se removió en la silla, afligida.

—¿Qué le...?

Ted siguió comiendo, con expresión ominosa y ojos sombríos.

—Ese chico necesita una lección —dijo con voz ronca—. Quizá tengamos que hablar en privado, de hombre a hombre.

Charles se acuclilló y escuchó.

El padre-cosa subía la escalera, se acercaba cada vez más.

—¡Charles! —gritó, encolerizado—. ¿Estás ahí?

No contestó. Caminó de puntillas hacia su habitación y cerró la puerta sin hacer ruido. Su corazón latía locamente. El padre-cosa había llegado al rellano; dentro de un momento estaría en su cuarto.

Se precipitó hacia la ventana. Estaba aterrorizado. El impostor ya buscaba a tientas el pomo en el pasillo a oscuras. Levantó la ventana y salió al tejado. Saltó al jardín situado frente a la puerta principal, se tambaleó y cayó, se puso en pie y huyó de la luz que surgía a chorros por la ventana, un parche amarillo en la negrura de la noche.

Distinguió el garaje, un cuadrado negro que se recortaba contra el horizonte. Buscó en su bolsillo la linterna, abrió la puerta con cautela y entró.

El garaje estaba vacío. El coche estaba estacionado frente a la casa. A la izquierda tenía el banco de trabajo de su padre. Martillos y sierras en las paredes de madera. En la parte trasera guardaba el cortacésped, el rastrillo, la pala y el azadón. Un bidón de queroseno. Matrículas clavadas por todas partes. El sucio suelo era de hormigón. Una gran mancha de aceite destacaba en el centro; el haz de la linterna reveló manojos de hierba grasienta y ennegrecida.

Nada más cruzar la puerta había un gran barril de basura. Sobre el barril se amontonaban periódicos y revistas antiguos, cubiertos de moho y humedad. Un intenso olor a podrido se desprendió de ellos cuando Charles los apartó. Cayeron arañas al cemento y se escurrieron; el niño las aplastó con el pie y siguió explorando.

La visión le arrancó un grito. Soltó la linterna y retrocedió de un salto. El garaje se sumió al instante en una oscuridad total. Se puso de rodillas con un gran esfuerzo de voluntad y tanteó el suelo en busca de la linterna, entre las arañas y la hierba grasienta. Por fin, la encontró. Apuntó el haz al interior del barril, al hueco que había hecho al apartar los montones de revistas.

El padre-cosa lo había ocultado en el fondo del barril, entre hojas caducas, cartones rotos, los restos podridos de revistas y cortinas, toda la basura del desván que su madre había amontonado en el barril con la intención de quemarla algún día. Él lo había encontrado, y al verlo se le revolvió el estómago. Se inclinó sobre el barril y cerró los ojos hasta que fue capaz de volver a mirar. En el barril se hallaban los restos de su padre, su auténtico padre. Pedazos que el padre-cosa no necesitaba. Pedazos que había descartado.

Tomó el rastrillo y agitó los restos. Estaban secos. Crujieron y se quebraron en cuanto el rastrillo los tocó. Eran como una piel de serpiente desechada, escamosa y crujiente al tacto. Una piel vacía. Lo que contenía, lo realmente importante, había desaparecido. Esto era todo cuanto quedaba, la

Librodot

piel frágil y crujiente, tirada en el fondo del barril de basura. Esto era todo cuanto había dejado el padre-cosa; había devorado el resto. Se había apoderado de lo que contenía, usurpando el lugar de su padre.

Un ruido.

Tiró el rastrillo y corrió hacia la puerta. El padre-cosa se acercaba por el sendero, en dirección al garaje. Sus zapatos aplastaban la gravilla. Avanzaba con cierta vacilación.

—¡Charles! ¿Estás ahí? ¡Ya verás cuando te ponga la mano encima, jovencito!

La forma llena y nerviosa de su madre se recortó en la puerta de la casa.

—Ted, no le hagas daño, por favor. Está preocupado por algo.

—No voy a hacerle daño —graznó el padre-cosa. Se detuvo para encender una cerilla—. Sólo voy a charlar un momento con él. Necesita aprender mejores modales. Dejar la mesa así y salir corriendo en plena noche, bajando por el tejado...

Charles salió del garaje. El resplandor de la cerilla iluminó su forma. El padre-cosa lanzó un berrido y corrió tras él.

—¡Ven aquí!

Charles corrió. Conocía el terreno mejor que el replicante de su padre; éste también sabía muchas cosas, obtenidas del padre verdadero, pero nadie conocía el terreno mejor que Charles. Alcanzó la valla, trepó, saltó al patio de los Anderson, dejó atrás la ropa tendida, bajó por el sendero que rodeaba la casa y desembocó en la calle Maple.

Escuchó, agachado y sin respirar. El replicante no le había seguido. Había regresado. O tal vez se acercaba por la acera.

Respiró hondo. Tenía que marcharse. Tarde o temprano le encontraría. Miró a izquierda y derecha, no vio a nadie, y se alejó a toda la velocidad que le permitían sus piernas.

—¿Qué quieres? —preguntó Tony Peretti, en tono beligerante.

Tony tenía catorce años. Estaba sentado a la mesa del comedor, chapado en roble, rodeado de libros y lápices, con medio bocadillo de jamón con manteca de cacahuete y una coca-cola a su lado.

—Eres Walton, ¿verdad?

Tony Peretti desembalaba cocinas y neveras después del colegio en la tienda de Johnson, en el centro de la ciudad. Era grandote y de cara ruda. Cabello negro, piel olivácea, dientes blancos. Le había dado palizas un par de veces a Charles; se las había dado a todos los chicos del vecindario.

Charles se encogió.

—Oye, Peretti, ¿puedes hacerme un favor?

—¿Qué quieres? —se irritó Peretti—. ¿Un moretón?

Charles, con la cabeza gacha y los puños apretados, explicó lo ocurrido con breves y entrecortadas palabras.

Cuando terminó, Peretti silbó por lo bajo.

—No me estarás tomando el pelo...

—Es verdad —se apresuró a insistir—. Te lo enseñaré. Acompáñame y te lo enseñaré.

Peretti se puso en pie con parsimonia.

—Sí, enséñamelo. Quiero verlo.

Fue a buscar su pistola de bajo calibre a la habitación, y los dos avanzaron en silencio por la oscura calle, en dirección a la casa de Charles.

Ninguno habló mucho. Peretti estaba absorto en sus pensamientos, con expresión seria y solemne. Charles continuaba aturdido; su mente estaba en blanco por completo.

Entraron en el camino particular de los Anderson, atajaron por el patio posterior, saltaron la valla y se deslizaron con cautela hacia el patio trasero de Charles. No se movía nada. El silencio reinaba en el patio. La puerta principal de la casa estaba cerrada.

Miraron por la ventana de la sala de estar. Habían bajado las persianas, pero quedaba una estrecha rendija de luz amarillenta. La señora Walton, sentada en el sofá, cosía una camiseta de algodón. Su rostro expresaba tristeza y preocupación. Frente a ella estaba el replicante. Reclinado en la butaca de su padre, sin zapatos, leía la prensa vespertina. El televisor estaba encendido, pero nadie le hacía caso. Una lata de cerveza descansaba sobre el brazo de la butaca. El replicante se sentaba exactamente como su padre. Había aprendido mucho.

—Se parece a él —susurró Peretti, suspicaz—. ¿Estás seguro que no me tomas el pelo?

Charles le condujo al garaje y le enseñó el barril de basura. Peretti hundió en el interior sus largos brazos bronceados y sacó con mucho cuidado los restos secos y quebradizos. Los desdoblaron hasta que se dibujó la silueta de su padre. Peretti depositó los restos en el suelo y colocó en su sitio las partes rotas. Los restos carecían de color. Eran casi transparentes. Un amarillo ámbar, fino como el papel. Seco y sin vida.

—Eso es todo —dijo Charles. Las lágrimas anegaron sus ojos—. Eso es todo lo que queda de mi padre. La cosa se ha quedado con el contenido.

Peretti había palidecido. Tiró de nuevo los restos en el barril, tembloroso.

—Esto es muy fuerte —murmuró—. ¿Dices que viste a los dos juntos?

—Estaban hablando. Eran exactos. Me metí dentro. —Charles secó sus lágrimas y lloró sin control; no podía continuar callándolo—. Le devoró mientras yo estaba dentro. Luego, entró en casa. Fingió que era él, pero no. Le mató y devoró su contenido.

Peretti guardó silencio un instante.

—Voy a decirte algo. He oído hablar de cosas parecidas. Es un asunto feo. Debes utilizar la cabeza y no asustarte. No estarás asustado, ¿verdad?

—No —consiguió murmurar Charles.

—Lo primero que hay que hacer es pensar en una forma de matarlo. —Agitó la pistola—. No sé si todavía funciona. Será difícil capturar a tu padre. Era un hombre muy grande. —Peretti reflexionó unos momentos—. Larguémonos de aquí. Podría volver. Es lo que suelen hacer los asesinos, según dicen.

Salieron del garaje. Peretti volvió a mirar por la ventana. La señora Walton se había levantado. Hablaba con nerviosismo. Se oían vagos sonidos. El replicante cerró el periódico. Estaban discutiendo.

—¡Por el amor de Dios! —gritó el padre-cosa—. No cometas una estupidez semejante.

—Algo ha ocurrido —gimió la señora Walton—. Algo terrible. Deja que llame al hospital y pregunte.

—No llames a nadie. Se encuentra bien. Jugando en la calle, probablemente.

—Nunca sale a estas horas. Nunca desobedece. Estaba terriblemente preocupado… ¡Te tenía miedo! No le culpo. —Su voz se quebró de aflicción—.

¿Qué te ha pasado? Estás muy raro. —Salió al vestíbulo—. Voy a llamar a los vecinos.

El replicante la fulminó con la mirada hasta que desapareció. Entonces, sucedió algo horrible. Charles lanzó una exclamación ahogada; incluso Peretti gruñó para sí.

—Mira —murmuró Charles—. ¿Qué...?

—Demonios —masculló Peretti, los ojos abiertos como platos.

En cuanto la señora Walton salió de la sala, el replicante se hundió en la butaca, como si todos sus músculos hubieran perdido la tensión. Su boca se abrió. Sus ojos tenían una mirada vaga. Su cabeza cayó hacia adelante, como una muñeca de trapo desechada.

Peretti se apartó de la ventana.

—Eso es —susurró—. Ésa es la explicación.

—¿Cuál? —preguntó Charles. Estaba perplejo, asustado—. Ha sido como si alguien le hubiera cortado la energía.

—Exactamente —asintió Peretti, sombrío y estremecido—. Lo controlan desde fuera.

El horror sobrecogió a Charles.

—¿Desde fuera de nuestro planeta, quieres decir?

Peretti sacudió la cabeza.

—¡Desde fuera de la casa! Desde el patio. ¿Sabes rastrear?

—No mucho. —Charles se devanó los sesos—. Conozco a alguien que es muy bueno. —Logró recordar el nombre—. Bobby Daniels.

—¿Ese negrito? ¿Es un buen rastreador?

—El mejor.

—Muy bien. Vamos a buscarle. Debemos encontrar lo que acecha fuera. Lo que puso esa cosa ahí, y todavía continúa...

—Es cerca del garaje —dijo Peretti al menudo negro acuclillado a su lado en la oscuridad—. Cuando le mató, estaba en el garaje. Mira por ahí.

—¿En el garaje? —preguntó Daniels.

—Alrededor del garaje. Walton ya está dentro. Explora los alrededores. Las cercanías.

Un pequeño macizo de flores crecía junto al garaje, y entre éste y la parte posterior de la casa había una gran confusión de bambúes y restos desechados. La luna había salido; una luz brumosa y fría lo bañaba todo.

—Si no lo encontramos pronto —dijo Daniels—, tendré que volver a casa. No puedo estar levantado hasta muy tarde.

Apenas era un poco mayor que Charles. Tenía nueve años.

—Muy bien —contestó Peretti—. Empieza a rastrear.

Los tres se desplegaron y exploraron el suelo con cuidado. Daniels trabajaba a una velocidad increíble; su cuerpo menudo se movía como una exhalación entre las flores. Miró debajo de las rocas, bajo la casa, separó tallos de plantas, recorrió las hojas y las hierbas con mano experta. No pasó nada por alto.

Peretti se detuvo al poco rato.

—Yo vigilaré. Podría ser peligroso. Podría aparecer el padre-cosa y tratar de detenernos.

Se rezagó con la pistola preparada, mientras Charles y Bobby Daniels investigaban. Charles procedía con lentitud. Estaba cansado y tenía el cuerpo entumecido y aterido de frío.

Todo se le antojaba imposible, el padre replicante y lo sucedido con su padre, el auténtico. Sin embargo, el terror le espoleaba. ¿Y si pasaba igual con su madre, o con él? ¿O con todo el mundo? Quizá el mundo entero.

—¡Lo he encontrado! —gritó Daniels con voz aguda—. ¡Vengan, de prisa!

Peretti levantó la pistola y se incorporó con cautela. Charles dirigió el haz de su linterna hacia Daniels.

El negro había levantado una placa de hormigón. Un cuerpo metálico brillaba en el suelo húmedo. Algo articulado y delgado, de innumerables patas torcidas, que cavaba frenéticamente. Satinado como una hormiga, un bicho pardo rojizo que desapareció de repente ante sus propias narices. Sus filas de patas excavaban y arañaban. La tierra cedió en seguida. Su cola de aspecto mortífero se agitó con furia mientras se abría paso por el túnel que excavaba.

Peretti volvió corriendo al garaje y tomó el rastrillo. Atrapó la cola del bicho con la herramienta.

—¡De prisa! ¡Dispárale con la pistola!

Daniels se apoderó del arma y apuntó. El primer disparo arrancó la cola del bicho. Se retorció frenéticamente; la cola se arrastró en vano y algunas patas se rompieron. Medía unos treinta centímetros de largo, como un gran ciempiés. Se esforzó con desesperación en escapar por su agujero.

—Dispara otra vez —ordenó Peretti.

Daniels volvió a utilizar la pistola. El bicho se escurrió y siseó. Su cabeza se agitaba de un lado a otro. Mordió el rastrillo. Sus perversos ojos diminutos brillaban de odio. Atacó unos momentos al rastrillo, sin conseguir nada. Luego, de repente, se revolvió en una convulsión frenética que aterrorizó a los muchachos.

Algo zumbó en el cerebro de Charles, un sonido áspero y metálico, como un millón de alambres metálicos que vibraran a la vez. La fuerza le tiró al suelo; el estruendo metálico le aturdió y ensordeció. Se puso en pie, tambaleante, y retrocedió. Los demás le imitaron, pálidos y temblorosos.

—Si no podemos matarlo con la pistola —dijo Daniels—, podemos ahogarlo, quemarlo o hundirle un alfiler en el cráneo.

Se esforzó en mantener inmóvil al bicho con el rastrillo.

—Tengo un frasco con formaldehído —murmuró Daniels. Sus dedos juguetearon con la pistola—. ¿Cómo funciona esto? Creo que no me…

Charles le arrebató la pistola.

—Yo lo mataré.

Se agachó, apuntó y cerró el dedo sobre el gatillo. El bicho se debatió. El campo de fuerza martilleaba en sus oídos, pero no soltó la pistola. Su dedo se fue cerrando…

—Muy bien, Charles —dijo el padre-cosa.

Unos dedos poderosos paralizaron sus muñecas. El arma cayó al suelo, mientras luchaba en vano. El replicante se precipitó sobre Peretti. El muchacho saltó y el bicho, liberado del rastrillo, desapareció por el túnel.

—Te espera una buena zurra, Charles —tronó el padre-cosa—. ¿Qué mosca te ha picado? Tu pobre madre está loca de preocupación.

Estaba al acecho, oculto entre las sombras. Agazapado en la oscuridad, vigilándoles. Su voz serena y desprovista de emoción, una parodia espantosa de la de su padre, retumbó en sus oídos mientras le arrastraba hacia el

garaje. Su frío aliento, de olor dulzón, como tierra putrefacta, bañó su rostro. Su fuerza era inmensa; no podía hacer nada.

—No opongas resistencia —dijo el ser con calma—. Entra en el garaje. Es por tu bien. Lo sé mejor que tú, Charles.

—¿Le has encontrado? —preguntó su madre con voz nerviosa, mientras abría la puerta trasera.

—Sí, le he encontrado.

—¿Qué vas a hacer?

—Darle una pequeña azotaina. —El replicante abrió la puerta del garaje—. En el garaje. —Una leve sonrisa, desprovista de humor y emoción, dilató sus labios en la semipenumbra—. Vuelve a la sala de estar, June. Yo me ocuparé de este asunto. Soy el más adecuado. A ti nunca te gustó castigarle.

La puerta se cerró de mala gana. Cuando la luz se apagó, Peretti se agachó y tomó la pistola. El replicante se quedó inmóvil al instante.

—Vuelvan a casa, chicos —dijo con voz rasposa.

Peretti no parecía muy decidido.

—Lárguense —repitió el replicante—. Tira ese juguete y lárgate.

Avanzó poco a poco hacia Peretti, aferrando a Charles con una mano y extendiendo la otra hacia Peretti.

—En esta ciudad están prohibidas las pistolas de bajo calibre, hijo. ¿Tu padre sabe que la tienes? Lo dice una ordenanza municipal. Será mejor que me la des antes que...

Peretti le disparó en el ojo.

El replicante gimió y se llevó la mano a su ojo destrozado. De repente, se abalanzó sobre Peretti. Éste se alejó hacia el camino particular, mientras intentaba amartillar la pistola. El replicante saltó. Sus fuertes dedos se apoderaron de la pistola. En silencio, la rompió contra la pared de la casa.

Charles salió del trance y huyó. ¿Dónde podía ocultarse? El padre-cosa se interponía entre él y la casa. Ya corría hacia él, una forma negra que avanzaba con cautela, escudriñaba la oscuridad, intentaba localizarle. Charles retrocedió. Si tuviera algún sitio donde esconderse...

Los bambúes.

Se deslizó en silencio entre los bambúes. Los tallos eran gruesos, viejos. Se cerraron tras él con un leve crujido. El replicante buscó algo en el bolsillo. Encendió una cerilla, y después ardió toda la caja.

—Charles —dijo—. Sé que estás por aquí. Es inútil que te escondas. Lo único que lograrás será crearte más dificultades.

Charles se acuclilló entre los bambúes. Su corazón latía con violencia. Era como un vertedero, rebosante de malas hierbas, basura, papeles, cajas, ropa vieja, tablas, latas, botellas. Arañas y salamandras se arrastraban a su alrededor. El viento nocturno movía los bambúes. Insectos y podredumbre.

Y algo más.

Una forma, una forma silenciosa e inmóvil que se alzaba entre los desperdicios como un champiñón nocturno. Una columna blanca, una masa pulposa que brillaba a la luz de la luna. Estaba cubierta de telarañas, como un capullo mohoso. Poseía vagos brazos y piernas. Una cabeza a medio formar. Las facciones aún no se distinguían. Pero sabía lo que era.

Una madre-cosa. Crecía en el terreno húmedo y podrido, entre el garaje y la casa. Detrás de los altos bambúes.

Casi estaba terminada. En unos cuantos días alcanzaría la madurez. Aún era una larva, blanca, blanda y pulposa. Pero el sol la secaría y calentaría.

Endurecería su concha. Le proporcionaría fuerza y un tono más oscuro. Surgiría del capullo y un día, cuando su madre pasara junto al garaje... Detrás de la madre-cosa había otra larva blanca y pulposa, expulsada por el bicho hacía poco. Pequeña. Acababa de nacer. Comprendió de dónde había surgido el padre-cosa, dónde había crecido. Había madurado aquí. Y su padre se había topado con él en el garaje.

Charles se alejó poco a poco de las tablas podridas, de los desperdicios, de la larva en forma de champiñón. Extendió la mano para agarrarse a la valla..., y retrocedió.

Otra. Otra larva. No la había visto. No era blanca. Ya era de color oscuro. La telaraña, la blandura pulposa, la humedad, habían desaparecido. Estaba preparada. Se movió un poco, agitó los brazos débilmente.

El replicante de Charles.

Los tallos de bambú se separaron y el padre-cosa agarró con fuerza la muñeca del niño.

—Quédate aquí. Es el lugar perfecto. No te muevas. —Con la otra mano arrancó los restos del capullo que rodeaba al replicante de Charles—. Le echaré una mano. Aún está un poco débil.

Cayó la última brizna grisácea y el replicante de Charles salió; tambaleante. Avanzó con torpeza, mientras el padre-cosa despejaba de obstáculos el camino que le conducía a Charles.

—Por aquí —gruñó—. Yo lo sujetaré. Cuando hayas comido, serás más fuerte.

El replicante de Charles abrió y cerró la boca. Extendió los brazos hacia Charles. El chico se debatió, pero la inmensa mano del padre-cosa le inmovilizó.

—Basta ya, jovencito —ordenó—. Te resultará mucho más fácil si...

Chilló y se retorció. Soltó a Charles y retrocedió. Su cuerpo se agitó con violencia. Se golpeó contra el garaje. Todos sus miembros temblaban. Rodó y sufrió convulsiones durante un rato, presa del dolor. Lloriqueó, gimió, intentó alejarse. Poco a poco, sus movimientos se aplacaron, hasta convertirse en un bulto silencioso. Quedó tendido entre los bambúes y los restos podridos, el cuerpo fláccido, la cara desprovista de la menor expresión.

Por fin, el padre-cosa cesó de moverse. Sólo se oía el leve susurro de las cañas, mecidas por el viento.

Charles se puso en pie con movimientos torpes. Salió al camino particular. Peretti y Daniels se acercaron con cautela, los ojos abiertos como platos.

—No te acerques —ordenó Daniels—. Aún no está muerto. Tardan un poco.

—¿Cómo lo hiciste? —murmuró Charles.

Daniels depositó el bidón de queroseno en el suelo con un gruñido de alivio.

—Lo encontré en el garaje. En Virginia, los Daniels siempre utilizábamos queroseno para matar los mosquitos.

—Daniels vertió queroseno en el túnel del bicho —explicó Peretti todavía aturdido—. Fue idea suya.

Daniels propinó una patada al cuerpo retorcido del padre-cosa.

—Ya ha muerto. Murió al mismo tiempo que el bicho.

—Imagino que los demás también morirán —dijo Peretti.

Apartó las cañas para examinar las larvas que crecían entre los desperdicios. Cuando Peretti hundió el extremo de un palo en el pecho del replicante de Charles, éste no se movió.

—Está muerto.

—Será mejor que nos aseguremos —dijo Daniels, ceñudo.

Tomó el pesado bidón de queroseno y lo arrastró hacia el borde del cañaveral.

—Dejó caer unas cerillas en el camino particular. Ve a recogerlas, Peretti.

Intercambiaron una mirada.

—Claro —dijo Peretti en voz baja.

—Sugiero que cerremos la tapa para evitar que se derrame —dijo Charles.

—Démonos prisa —replicó Peretti, impaciente.

Se puso a andar sin esperarles. Charles le siguió a toda prisa y empezó a buscar las cerillas bajo la luz de la luna.

UN PARAÍSO EXTRAÑO

El capitán Johnson fue el primer hombre en salir de la nave. Estudió las grandes selvas onduladas, kilómetros y kilómetros de un verde que hería los ojos. El cielo era de un azul muy puro. Más allá de los árboles se veía el límite de un océano, del mismo color que el cielo, a no ser por la burbujeante superficie de las algas marinas, increíblemente brillantes, que oscurecían el azul hasta proporcionarle un tono púrpura.

Sólo un metro separaba el tablero de control de la escotilla automática, y desde allí bastaba con bajar la rampa hasta pisar la blanda tierra negra, removida por el chorro de los motores y esparcida por todas partes, todavía humeante. Se protegió los ojos del sol dorado y, al cabo de un momento, se quitó las gafas y las limpió con la manga. Era un hombre de corta estatura, delgado y de tez cetrina. Parpadeó nerviosamente y volvió a ponerse las gafas. Aspiró una profunda bocanada del aire caliente, lo retuvo en sus pulmones, dejó que se expandiera por todo su sistema, y luego lo expulsó a regañadientes.

—No está mal —comentó Brent desde la escotilla abierta.

—Si este lugar estuviera más próximo a Terra, habría latas de cerveza vacías y platos de plástico por todas partes. Los árboles habrían desaparecido. Habría motores a reacción viejos tirados en el agua. Las playas despedirían un hedor de mil demonios. Construcciones Terranas habría instalado ya un par de millones de pequeñas casas de plástico.

Brent manifestó su indiferencia con un gruñido. Saltó al suelo. Era un hombre ancho de pecho, fornido, de brazos morenos y peludos.

—¿Qué es aquello? ¿Una especie de senda?

El capitán Johnson sacó un plano estelar y lo examinó.

—Ninguna nave ha informado sobre la existencia de esta zona antes que nosotros. Según este plano, todo el sistema está deshabitado.

Brent lanzó una carcajada.

—¿No se le ha ocurrido que podría existir aquí una civilización no terrana?

El capitán Johnson acarició su pistola. Nunca la había utilizado. Era la primera vez que le encomendaban una misión de exploración fuera de la zona patrullada de la galaxia.

—Tal vez debiéramos marcharnos. De hecho, no tenemos mapa de este planeta. Ya hemos trazado los mapas de los tres planetas mayores, y éste no hace falta.

Brent se acercó a la senda. Se agachó y palpó la hierba arrancada.

—Algo ha pasado por aquí. Hay marcas impresas en la tierra. —Lanzó una exclamación de asombro—. ¡Pisadas!

—¿Gente?

—Parece una especie de animal. Grande... Tal vez un felino. —Brent se irguió con expresión pensativa—. Tal vez podríamos ir de caza, aunque sólo fuera por deporte.

El capitán Johnson agitó las manos, nervioso.

—Ignoramos cómo son estos animales. Juguemos sobre seguro y quedémonos en la nave. Realizaremos la exploración desde el aire; el proceso habitual será suficiente para un lugar como éste. No tengo ganas de continuar aquí. —Se estremeció—. Me pone la piel de gallina.

—¿La piel de gallina?

Brent bostezó, se estiró y se internó en la senda, hacia la extensión ondulante de selva verde.

—A mí me gusta. Un parque nacional de buen tamaño, incluida fauna salvaje. Usted quédese en la nave. Yo voy a divertirme un poco.

Brent avanzaba con cautela por el oscuro bosque, la mano apoyada sobre su pistola. Era un superviviente de los viejos tiempos. En su buena época había visitado muchos lugares remotos, los suficientes para saber lo que estaba haciendo. Se detenía de vez en cuando, examinaba la senda y palpaba el suelo. Las huellas continuaban y se añadían otras. Todo un grupo de animales había recorrido este camino, varias especies, todas de gran tamaño. Debían acudir en busca de agua. Un río o laguna.

Trepó a una elevación..., y se agachó de repente. Algo más adelante, un animal estaba enroscado sobre una roca plana, con los ojos cerrados, dormido. Brent describió un amplio círculo, siempre de cara al animal. Era un felino, desde luego, pero de una clase que no había visto nunca. Parecía un león, pero más grande. Tan grande como un rinoceronte terrano. Larga melena, grandes patas almohadilladas, una cola semejante a una soga retorcida. Algunas moscas deambulaban sobre sus flancos; los músculos se tensaron y las moscas salieron volando. Tenía la boca entreabierta. Vio los blancos colmillos que brillaban al sol. Una lengua rosada enorme. Respiraba lenta y pesadamente, y roncaba.

Brent jugueteó con su pistola. Como buen deportista, no podía matarlo mientras dormía. Tendría que tirarle una piedra para despertarlo. Como un hombre enfrentado a una fiera que le doblaba en peso, estuvo tentado de perforarle el corazón y transportar los restos a la nave. La cabeza quedaría fenomenal; todo el maldito pellejo quedaría fenomenal. Inventaría una historia adecuada: el animal había caído sobre él desde una rama, o tal vez había surgido como una exhalación de la espesura, rugiendo de manera espeluznante.

Se arrodilló, apoyó el codo derecho sobre la rodilla derecha, aferró la culata de la pistola con la mano izquierda, cerró un ojo y apuntó con cuidado. Respiró hondo, estabilizó el arma y soltó el seguro.

Cuando estaba a punto de apretar el gatillo, otros dos grandes felinos pasaron a su lado, olfatearon un momento a su dormido compañero y se internaron en la espesura.

Brent bajó la pistola con la sensación de haber hecho el ridículo. Los dos animales no le habían prestado la menor atención. Uno le había dedicado un breve vistazo, pero ninguno se detuvo o mostró extrañeza. Se puso en pie, vacilante, la frente cubierta de un sudor frío. Dios santo, si hubieran querido le habrían hecho trizas. Les daba la espalda...

Tenía que ser más precavido. No debía quedarse quieto, sino continuar avanzando o regresar a la nave. No, no quería regresar a la nave. Aún necesitaba dar una lección al mediocre de Johnson. El pequeño capitán, probablemente, estaría sentado ante los controles, nervioso, preguntándose qué le habría pasado. Brent se abrió paso con cautela entre los arbustos, dejó atrás al felino dormido y volvió a entrar en la senda. Exploraría un poco más, encontraría algo que valiera la pena llevarse, tal vez acamparía para pasar la noche en algún lugar protegido. Tenía un paquete de raciones y, en caso de emergencia, podía llamar a Johnson con su transmisor de garganta.

Desembocó en una pradera llana. Crecían flores por todas partes, amarillas, rojas y violeta. Caminó a buen paso entre ellas. El planeta era virgen, en estado todavía primitivo. Ningún humano lo había hollado. Como Johnson había afirmado, dentro de un tiempo estaría sembrado de platos de plástico, latas de cerveza y desperdicios podridos. Quizá pudiera obtener el derecho de explotación. Fundar una empresa y reclamar la entera posesión. Después, lo parcelaría poco a poco, sólo para gente exquisita. Con la promesa que no habría comercios, sólo las casas más exclusivas. Un paraíso para terranos acaudalados que tuvieran mucho tiempo libre. Pescar y cazar; toda la caza mayor que les viniera en gana. Y mansa, desconocedora de los humanos.

Su plan le satisfizo. Mientras salía del prado y se internaba entre los árboles, pensó en cómo conseguir la inversión inicial. Quizá debería asociarse con otras personas, gente de dinero. Necesitarían promoción y publicidad, poner toda la carne en el asador. Los planetas vírgenes escaseaban; hasta podía ser el último. Si fracasaba, tal vez pasaría mucho tiempo antes que tuviera otra oportunidad de...

Sus pensamientos se interrumpieron. Todo su plan se vino abajo. Experimentó una cruel decepción y se detuvo bruscamente.

La senda se ensanchaba más adelante. Los árboles estaban más distanciados. La luz del sol penetraba en la silenciosa oscuridad de los helechos, matorrales y flores. Un edificio se erguía sobre una pequeña elevación. Una casa de piedra con escalinata, porche, sólidas paredes blancas como mármol. Un jardín crecía a su alrededor. Ventanas. Un camino particular. Edificios más pequeños en la parte de atrás. Todo muy pulcro, bonito..., y de aspecto muy moderno. Una pequeña fuente esparcía agua azul. Algunas aves deambulaban por los senderos de gravilla.

El planeta estaba habitado.

Brent se aproximó con cautela. Un hilo de humo azul surgía de la chimenea de piedra. Detrás de la casa había gallineros, algo parecido a una vaca que dormitaba en la sombra, cerca de su abrevadero. Otros animales,

algunos semejantes a perros, un grupo compuesto, en apariencia, de ovejas. Una granja normal, aunque no se parecía a ninguna granja que hubiera visto. Los edificios parecían de mármol, o al menos ése era su aspecto. Y una especie de campo de fuerza impedía que los animales se escaparan. La limpieza era total. En un rincón, un tubo de evacuación absorbía las aguas y las introducía en un depósito a medias enterrado.

Llegó a la escalinata que conducía al porche y, tras una breve vacilación, empezó a subir. No estaba especialmente asustado. Calma y serenidad reinaban en aquel lugar. Era difícil imaginar que acechara algún peligro. Llegó a la puerta, titubeó y buscó el pomo.

No había pomo. Nada más tocarla, la puerta se abrió. Brent entró, desconcertado. Se encontró en un lujoso pasillo. Cuando sus botas pisaron las tupidas alfombras, se encendieron unas luces indirectas. Largos cortinajes ocultaban las ventanas. Muebles enormes. Miró en una habitación: máquinas y objetos extraños, cuadros en las paredes, estatuas en los rincones. Dobló una esquina y desembocó en un amplio vestíbulo. Ni rostro de presencia humana.

Un animal enorme, del tamaño de un pony, salió por una puerta, le olfateó con curiosidad, lamió su muñeca y se alejó. Le vio marchar, con el corazón en un puño.

Manso. Todos los animales eran mansos. ¿Qué clase de seres habían construido ese lugar? El pánico se apoderó de él. Tal vez se trataba de otra raza, procedente de otra galaxia. Tal vez el planeta era la frontera de un imperio extraterrestre, una especie de posición avanzada.

Mientras pensaba en todo esto y se preguntaba si debía salir, correr de vuelta a la nave e informar a la estación Orión IX, oyó un crujido a su espalda. Se volvió de inmediato, la mano presta a sacar la pistola.

—¿Quién...? —jadeó.

Y se quedó petrificado.

Vio a una muchacha ante él, una muchacha de rostro sereno, grandes ojos oscuros, larga cabellera negra. Era casi tan alta como él, algo menos de un metro ochenta. Cascadas de cabello negro se derramaban sobre sus hombros y colgaban hasta la cintura. Vestía una túnica de un extraño material metálico. Incontables facetas brillaban, centelleaban y reflejaban las luces del techo. Sus labios eran rojos y sensuales. Tenía los brazos cruzados bajo los pechos, que se movían al compás de la respiración. A su lado estaba el animal parecido a un pony que le había olfateado antes.

—Bienvenido, señor Brent —dijo la muchacha, sonriente.

Brent distinguió sus diminutos dientes blancos. Su voz era suave y melodiosa, de una pureza notable. Dio media vuelta de repente. La túnica revoloteó a su espalda cuando atravesó la puerta y entró en otra habitación.

—Acompáñeme. Le estaba esperando.

Brent obedeció con cautela. Había un hombre al final de una larga mesa, que le observaba con evidente desagrado. Era enorme, más de metro ochenta, de hombros y brazos robustos que se tensaron cuando se abotonó la capa y caminó hacia la puerta. La mesa estaba cubierta de platos y cuencos. Criados robot se llevaron las cosas en silencio. Era obvio que la muchacha y el hombre habían terminado de comer.

—Éste es mi hermano —dijo la chica, indicando al gigante de rostro sombrío. Dedicó un cabeceo a Brent, intercambió unas pocas palabras con

Librodot

la muchacha en un idioma desconocido y líquido, y se marchó sin más. Sus pasos se alejaron por el pasillo.

—Lo siento —murmuró Brent—. No era mi intención interrumpirles.

—No se preocupe. Ya se iba. De hecho, no nos llevamos muy bien. —La muchacha apartó las cortinas y dejó al descubierto una amplia ventana que daba al bosque—. Su nave está estacionada ahí fuera. ¿La ve?

Brent tardó un momento en localizar la nave. Se fundía con el paisaje a la perfección. Sólo cuando se elevó de repente en un ángulo de noventa grados, comprendió que había estado allí todo el rato. Había pasado a escasos metros del vehículo.

—Es una gran persona —dijo la muchacha, y volvió a correr la cortina—. ¿Tiene hambre? Siéntese y coma conmigo. Ahora que Aeetes se ha ido, estoy sola por completo.

Brent se sentó, cauteloso. La comida tenía buen aspecto. Los platos eran de un metal semitransparente. Un robot dispuso ante él platos, cuchillos, tenedores, cucharas, y esperó las órdenes. La muchacha habló en su extraño idioma líquido. El robot sirvió a Brent y se retiró.

La muchacha y él se quedaron a solas. Brent comió con avidez; la comida era deliciosa. Rompió las alas de algo parecido a un pollo y las devoró con pericia. Bebió un vaso de vino tinto, se secó la boca con la manga y atacó un cuenco de frutas. Verduras, carnes condimentadas, mariscos, pan caliente, lo engulló todo con placer. La muchacha apenas comió. Le miraba con curiosidad, hasta que terminó por fin y apartó los platos vacíos.

—¿Dónde está su capitán? —preguntó la joven—. ¿No ha venido?

—¿Johnson? Se quedó en la nave. —Brent eructó ruidosamente— ¿Cómo es que habla terrano? No es su idioma natal. ¿Cómo ha sabido que no he llegado solo?

La joven lanzó una melodiosa carcajada. Se secó sus bonitas manos con una servilleta y bebió de una copa de color rojo oscuro.

—Les observamos por la pantalla. Despertaron nuestra curiosidad. Es la primera vez que una de sus naves llega tan lejos. Sus intenciones nos intrigaban.

—No habrá aprendido terrano observando nuestra nave por una pantalla.

—No. Gente de su raza me enseñó el idioma. Hace mucho tiempo. Hablo su idioma desde hace tanto tiempo que ya no recuerdo cuándo lo aprendí.

Brent se quedó estupefacto.

—Pero ha dicho que nuestra nave ha sido la primera en llegar al planeta.

La muchacha volvió a reír.

—Es verdad, pero hemos visitado a menudo su pequeño mundo. Sabemos todo sobre él. Cuando viajamos en esa dirección es un punto de parada fijo. He estado muchas veces, aunque no últimamente, sino en los viejos tiempos, cuando viajaba más.

Un escalofrío recorrió a Brent.

—¿Quiénes son ustedes? ¿De dónde vienen?

—Ignoro cuál es nuestro planeta madre. Ahora, nuestra civilización se ha esparcido por todo el Universo. Es probable que se iniciara en un sólo lugar, en épocas legendarias, pero ahora está por todas partes.

—¿Por qué no nos hemos encontrado antes con ustedes?

La joven sonrió y siguió comiendo.

—¿No me ha oído? Se han encontrado con nosotros. A menudo. Incluso hemos traído terranos aquí. Recuerdo una ocasión muy concreta, hace unos cuantos miles de años...

—¿Qué duración tienen sus años?

—No tenemos años. —Los oscuros ojos de la muchacha se clavaron en él, brillantes de ironía—. Quería decir años terranos.

Brent tardó un minuto en asimilar el golpe.

—Mil años —murmuró—. ¿Ha vivido mil años?

—Once mil —respondió la joven con naturalidad. Movió la cabeza y un robot quitó los platos. Se reclinó en la silla, bostezó, se estiró como un gato y se puso en pie bruscamente—. Venga. La comida ha terminado. Le enseñaré mi casa.

Brent corrió tras ella. Su confianza se tambaleaba.

—Es usted inmortal, ¿verdad? —Se interpuso entre ella y la puerta, la respiración alterada, el rostro congestionado—. No envejece.

—¿Envejecer? No, claro que no.

Brent consiguió farfullar algo más.

—Son dioses.

La muchacha sonrió y sus ojos oscuros centellearon.

—En realidad no. Ustedes poseen casi lo mismo que nosotros; casi tantos conocimientos, ciencia, cultura. Algún día se pondrán a nuestra altura. Somos una raza vieja. Hace millones de años, nuestros científicos lograron detener el proceso de decadencia. Desde entonces, ya no morimos.

—Por lo tanto, su raza permanece constante. Nadie muere, nadie nace.

La muchacha abrió la puerta y salió al pasillo.

—Oh, no paran de nacer niños. Nuestra raza crece y se expande. —Se detuvo ante una puerta—. No hemos renunciado a ningún placer. —Examinó a Brent, sus hombros, brazos, pelo oscuro, cara rotunda, con aire pensativo—. Somos casi como ustedes, excepto que nosotros somos eternos. Supongo que algún día también resolverán este problema.

—¿Han vivido entre nosotros? —preguntó Brent. Empezaba a comprender—. Entonces, todos aquellos mitos y religiones antiguos eran ciertos. Dioses. Milagros. Se pusieron en contacto con nosotros, nos dieron cosas. Hicieron cosas por nosotros.

La siguió al interior de la habitación, maravillado.

—Sí, supongo que hemos hecho algo por ustedes, cuando íbamos de paso.

La muchacha paseó por la habitación y bajó los enormes cortinajes. Una suave oscuridad cayó sobre los sofás, libreros y estatuas.

—¿Juega al ajedrez?

—¿AJEDREZ?

—Es nuestro deporte nacional. Se lo enseñamos a uno de sus antepasados brahmanes. —El desencanto se dibujó en su menudo rostro—. ¿No juega? Qué pena. ¿Qué hace? ¿Y su compañero? Daba la impresión de poseer una capacidad intelectual mayor que la de usted. ¿Juega al ajedrez? Tal vez debiera ir a buscarle.

—Yo no opino lo mismo —contestó Brent, y se acercó a ella—. Por lo que yo sé, no hace nada de nada.

La tomó por el brazo. La muchacha se soltó, atónita. Brent la rodeó con sus grandes brazos y la apretó contra su cuerpo.

—Creo que no nos va a hacer la menor falta.

La besó en la boca. Sus rojos labios eran cálidos y suaves. La joven se debatió con violencia. Brent notó los movimientos de su esbelto cuerpo, que se frotaba contra el suyo. Una nube de fragancia surgía de su cabello oscuro. Ella le arañó con sus uñas afiladas. Sus pechos se agitaron con el esfuerzo. Se liberó y retrocedió, los ojos brillantes, la respiración entrecortada, el cuerpo en tensión, y apretó la túnica luminosa contra el cuerpo.

—Podría matarte —susurró. Tocó su cinturón enjoyado—. No lo entiendes, ¿verdad?

Brent avanzó.

—Es probable que puedas, pero apuesto a que no lo harás.

La joven dio un paso atrás.

—No seas idiota. —Una fugaz sonrisa pasó por sus labios rojos—. Eres valiente, pero no muy inteligente. En un hombre, de todas formas, no es una mala combinación. Estúpido y valiente. —Esquivó su mano con agilidad y se puso fuera de su alcance—. Estás en buena forma física. ¿Cómo lo consigues a bordo de esa pequeña nave?

—Cursos de preparación física trimestrales —respondió Brent. Se interpuso entre ella y la puerta—. Debes aburrirte mucho aquí, tan sola. Después de los primeros miles de años debe ser angustioso.

—Siempre se me ocurre algo que hacer. No te acerques más. Aunque admiro tu atrevimiento, te advierto que...

Brent la atrapó. La joven se revolvió como una fiera. Brent aprisionó sus manos detrás de la espalda, arqueó su cuerpo y besó sus labios entreabiertos. Ella respondió con un mordisco de sus diminutos dientes blancos. Brent gruñó y apartó la cara. La muchacha, sin dejar de luchar, rió, con un brillo burlón en sus ojos. Su respiración se aceleró. Tenía las mejillas coloradas, sus pechos casi al descubierto temblaban y su cuerpo se retorcía como un animal atrapado. Brent rodeó su cintura y la aprisionó entre sus brazos.

Una ola de fuerza le golpeó.

Soltó a la muchacha, que recobró el equilibrio con facilidad y retrocedió con gráciles movimientos. Brent estaba doblado por la mitad, pálido de dolor. Un sudor frío cubría su cuello y manos. Se desplomó en un sofá y cerró los ojos. Tenía los músculos agarrotados y el cuerpo transido de dolor.

—Lo siento —dijo la chica. Paseó por la habitación sin hacerle caso—. Ha sido por tu culpa; ya te dije que fueras con cuidado. Será mejor que te largues y vuelvas a tu nave. No quiero que te pase nada. Matar terranos es contrario a nuestros principios.

—¿Qué..., qué ha sido eso?

—Poca cosa. Una forma de repulsión, imagino. Este cinturón fue construido en uno de nuestros planetas industriales. Me protege, pero no tengo ni idea de cómo funciona.

Brent consiguió levantarse.

—Eres muy dura para ser tan joven.

—¿Joven? Soy muy vieja para ser una joven. Ya era vieja antes que tú nacieras. Ya era vieja antes que tu raza fabricara cohetes espaciales. Ya era vieja antes que supieran fabricar ropa y escribir sus pensamientos con símbolos. He visto a tu raza avanzar, caer en la barbarie y avanzar otra vez. Infinitas naciones e imperios. Ya vivía cuando los egipcios empezaron a esparcirse por Asia Menor. Vi a los constructores de ciudades del valle del

Tigris levantar sus casas de ladrillo. Vi los carros de guerra asirios dirigirse hacia la batalla. Mis amigos y yo visitamos Roma, Grecia, Minos, Lidia y los grandes reinos de los pieles rojas. Éramos dioses para los antiguos, santos para los cristianos. Vamos y venimos. A medida que tu raza avanza, nuestras visitas son menos frecuentes. Tenemos otras estaciones de tránsito; el de ustedes no es nuestro único punto de parada.

Brent permaneció en silencio. Su cara empezaba a recobrar el color. La chica se había dejado caer en uno de los mullidos sofás; se había recostado contra una almohada y le miraba con serenidad, un brazo caído a un lado y el otro descansando sobre el regazo. Tenía sus largas piernas dobladas bajo el cuerpo, con los diminutos pies apretados. Parecía una gata satisfecha, reposando después de cazar. A Brent le costaba creer lo que había oído, pero su cuerpo le dolía. Había recibido una ínfima descarga de energía y casi le había matado. Debía pensar en aquello.

—¿Y bien? —preguntó la joven—. ¿Qué vas a hacer? Se está haciendo tarde. Creo que deberías regresar a tu nave. El capitán se estará preguntando qué te ha pasado.

Brent se acercó a la ventana y apartó los pesados cortinajes. El sol se había puesto. La oscuridad se había adueñado de los bosques. Las estrellas ya empezaban a salir, diminutos puntos blancos que se destacaban contra el fondo violeta. A lo lejos se dibujaba la silueta de unas colinas, negras y ominosas.

—En caso de emergencia puedo comunicarme con él. —Brent señaló su cuello—. Puedo decirle que estoy bien.

—¿Lo estás? No deberías estar aquí. ¿Crees que sabes lo que estas haciendo? Crees que me puedes manejar. —Se incorporó un poco y apartó el cabello negro de los hombros—. Veo lo que pasa por tu mente. Soy muy parecida a una chica con la que tuviste un lío, una morena a la que tratabas como te daba la gana, y luego te jactabas de ello ante tus compañeros.

Brent enrojeció.

—Eras telépata. Tendrías que habérmelo dicho.

—Sólo en parte. Justo lo necesario. Tírame tus cigarrillos. Aquí no tenemos esas cosas.

Brent rebuscó en el bolsillo, sacó el paquete y se lo tiró. Ella encendió uno y lo inhaló con aire satisfecho. Una nube de humo gris la envolvió y se mezcló con las sombras de la habitación. Los rincones se fundieron con la penumbra. La joven se convirtió en una forma vaga, encogida en el sofá, el cigarrillo encendido entre sus labios rojos.

—No tengo miedo —dijo Brent.

—No, no eres un cobarde. Si fueras tan inteligente como valiente... Pero entonces no serías valiente. Admiro tu valentía, a pesar de la estupidez que indica. El hombre tiene mucho valor. Aunque está basado en la ignorancia, no deja de ser impresionante. —Hizo una pausa—. Ven a sentarte a mi lado.

—¿Por qué debo estar preocupado? —preguntó Brent al cabo de un rato—. Si no conectas ese maldito cinturón, no me pasará nada.

La muchacha se removió en la oscuridad.

—Hay algo más. —Se incorporó un poco, ordenó su cabello, colocó una almohada debajo de su cabeza—. Somos de razas completamente diferentes. Mi raza lleva un adelanto de millones de años a la tuya. El contacto con

nosotros, el contacto íntimo, es mortífero. No para nosotros, por supuesto, sino para ustedes. No puedes estar conmigo y seguir siendo humano.

—¿Qué quieres decir?

—Experimentarás cambios. Cambios evolutivos. Ejercemos cierta influencia. Estamos cargados por completo. Un contacto íntimo con nosotros influirá en las células de tu cuerpo. Esos animales que has visto han evolucionado un poco; ya no son fieras salvajes. Son capaces de comprender órdenes sencillas y seguir rutinas básicas. Sin embargo, carecen de lenguaje. Es un proceso muy largo en animales de ese tipo, y mi contacto con ellos no ha sido muy íntimo, pero tú...

—Entiendo.

—No debemos permitir que los humanos se nos acerquen. Aeetes se ha marchado. Yo soy demasiado perezosa para irme... Me da igual. No soy madura ni responsable. —Sonrió levemente—. Y mi estilo de contacto íntimo es un poco más íntimo que el de la mayoría.

Brent apenas podía distinguir su forma esbelta en la oscuridad. Estaba recostada sobre las almohadas, los labios entreabiertos, los brazos cruzados sobre los pechos, la cabeza echada hacia atrás. Era adorable. La mujer más hermosa que había visto. Al cabo de un momento se inclinó hacia ella. Esta vez, la joven no se apartó. La besó con dulzura. Después, rodeó entre sus brazos aquel cuerpo esbelto y lo apretó contra sí. La túnica crujió. Su cabello suave, cálido y aromático, le rozó.

—Vale la pena —susurró Brent.

—¿Estás seguro? No podrás volverte atrás. ¿Lo entiendes? No volverás a ser humano. Habrás evolucionado, de acuerdo con los parámetros que tu raza seguirá dentro de millones de años. Serás un paria, un precursor del porvenir. Sin compañeros.

—Me quedaré.

Acarició su mejilla, su cabello, su cuello. Sintió el latido de la sangre bajo la piel aterciopelada, un veloz latido en el hueco de su garganta. Respiraba con rapidez; sus pechos subían y bajaban, se apretaban contra él.

—Si me dejas —añadió.

—Sí —murmuró ella—.Te dejaré, si eso es lo que en verdad deseas, pero no me eches la culpa. —Una sonrisa triste y traviesa a la vez pasó por sus afiladas facciones. Sus ojos centellearon—. Promete que no me echarás la culpa. Ya ha sucedido otras veces... Detesto que la gente me haga reproches. Siempre digo nunca más. Sin importar lo que ocurra.

—¿Ha sucedido otras veces?

La muchacha lanzó una suave carcajada. Le besó apasionadamente y le abrazó.

—En once mil años —susurró—, ha sucedido muy a menudo.

El capitán Johnson pasó muy mala noche. Trató de localizar a Brent con el comunicador de emergencia, pero no obtuvo respuesta, tan sólo una débil estática y el eco lejano de un programa televisado de Orión X. Música de jazz y anuncios empalagosos.

Los sonidos de la civilización le recordaron que debía proseguir su misión. Sólo le habían autorizado a permanecer veinticuatro horas en el planeta, el más pequeño del sistema.

—Maldita sea —masculló.

Preparó una cafetera y consultó su reloj. Después, salió de la nave y paseó un poco bajo el sol de la mañana. La atmósfera había pasado del violeta oscuro al gris. Hacía un frío de mil demonios. Se estremeció, pateó el suelo y observó que algunas aves revoloteaban alrededor de los arbustos.

Empezaba a pensar en que debía haber dado cuenta a Orión XI cuando la vio.

La joven se acercó con paso rápido a la nave. Era alta y delgada, vestida con una chaqueta de piel. Johnson se quedó clavado en su sitio, patidifuso, tan asombrado que ni siquiera se le ocurrió sacar la pistola. Abrió y cerró la boca cuando la muchacha se detuvo a escasa distancia y empujó su cabello negro hacia atrás. Una nube de aliento plateado surgía de su boca.

—Lamento que haya pasado una mala noche —dijo—. Ha sido por mi culpa. Tendría que haberle enviado de regreso en seguida.

El capitán Johnson abrió la boca, sin salir de su asombro.

—¿Quién es usted? —farfulló, aterrorizado—. ¿Dónde está Brent? ¿Qué ha pasado?

—Ahora viene. —Se volvió hacia el bosque y movió la mano—. Creo que debe marcharse sin más dilación. Él quiere quedarse aquí y es mejor así..., porque ha cambiado. Será feliz en mi bosque con los demás... hombres. Es curioso lo idénticos que llegan a ser los humanos. Su raza avanza por un sendero muy extraño. Quizá nos fuera útil estudiarles, algún día. Debe estar relacionado con su pobre nivel estético. Por lo visto, poseen una vulgaridad innata que acabará por dominarles.

Una extraña forma surgió del bosque. Por un momento, el capitán Johnson pensó que sus ojos le engañaban. Parpadeó, aguzó la vista, lanzó un gruñido de incredulidad. Aquí, en este remoto planeta..., pero no había error. Se trataba, definitivamente, de un gigantesco animal parecido a un gato, que salió del bosque y se acercó a la joven con parsimonia, como afligido.

La muchacha se alejó, y luego se detuvo para agitar la mano en dirección al animal, que paseó alrededor de la nave sin dejar de gemir.

Johnson contempló al animal y experimentó una oleada de miedo. Su instinto le dijo que Brent no volvería a la nave. Algo había ocurrido en este extraño planeta. Aquella chica...

Johnson cerró la escotilla de aire y se precipitó hacia el panel de control. Tenía que llegar a la base más próxima y redactar un informe. Esto exigía una completa investigación.

Cuando los cohetes se encendieron, Johnson miró por el visor. Observó que el animal agitaba en vano una enorme pata en dirección a la nave que se alejaba.

Johnson se estremeció de pies a cabeza. Aquel gesto le recordaba demasiado al de un hombre encolerizado...

TONY Y LOS ESCARABAJOS

La luz amarillo rojiza del sol se filtraba por las gruesas ventanas de cuarzo del dormitorio. Tony Rossy bostezó, se removió un momento, abrió sus ojos negros y se incorporó al instante. De un sólo movimiento apartó las sábanas

y puso los pies sobre el cálido suelo de metal. Desconectó el despertador y abrió el ropero.

El día era espléndido. El paisaje estaba inmóvil, sin que lo perturbaran vientos ni corrientes de polvo. El corazón del muchacho saltaba dentro de su pecho. Se puso los pantalones, subió la cremallera de la malla reforzada, luchó hasta ajustarse la pesada camisa de lona, y después se sentó en el borde de la litera para calzarse las botas. Cerró las costuras superiores e hizo lo mismo con los guantes. A continuación, ajustó la presión de su unidad respiratoria y la sujetó con correas entre los omóplatos. Tomó el casco que había dejado sobre la cómoda y se dispuso a iniciar el día.

Sus padres habían terminado de desayunar en el compartimiento-comedor. Oyó sus voces mientras bajaba la rampa. Un murmullo airado. Se detuvo a escuchar. ¿De qué estaban hablando? ¿Había hecho algo malo otra vez?

Y entonces, lo comprendió. Otra voz que dominaba las suyas. Estática y crujidos. La emisora de Rigel IV. La habían puesto a todo volumen. La voz del locutor atronaba el compartimiento. La guerra. Siempre la guerra. Suspiró y entró en el compartimiento.

—Buenos días —murmuró su padre.

—Buenos días, querido —dijo su madre, como ausente.

Estaba sentada con la cabeza vuelta a un lado, la frente surcada por arrugas de concentración. Sus labios delgados formaban una línea apretada que delataba preocupación. Su padre había apartado los platos sucios y fumaba, los codos apoyados sobre la mesa, con los peludos y musculosos brazos al aire. Toda su atención estaba concentrada en el altavoz que tronaba sobre el fregadero.

—¿Cómo va? —preguntó Tony. Ocupó su silla y alargó la mano de forma automática hacia los pomelos sintéticos—. ¿Alguna noticia de Orión?

Nadie respondió. Ni siquiera le habían oído. Empezó a comer el pomelo. Ruidos indicadores de actividad se escuchaban en el exterior de la pequeña unidad de alojamiento, hecha de plástico y metal. Gritos y estampidos ahogados, procedentes de los camiones de mercaderes rurales que se arrastraban por la autopista hacia Karnet. La luz rojiza del día aumentó de intensidad. Betelgeuse ascendía con lentitud y majestuosidad.

—Bonito día —dijo Tony—. Ni una pizca de viento. Creo que iré un rato al centro. Estamos construyendo un espaciopuerto, una maqueta, por supuesto, pero hemos conseguido obtener suficientes materiales para poner tiras de...

Su padre lanzó un salvaje alarido y descargó el puño sobre el altavoz. La transmisión enmudeció al instante.

—¡Lo sabía! —Se levantó de la mesa, enfurecido—. Les dije que ocurriría. Se fueron demasiado pronto. Antes tenían que haber construido bases de aprovisionamiento de clase A.

—Pero nuestra flota principal ha salido de Bellátrix para intervenir. —La madre de Tony manoteó, nerviosa—. Según el resumen de anoche, lo peor que puede pasar es que Orión IX y X caigan.

Joseph Rossi lanzó una áspera carcajada.

—Al infierno el resumen de anoche. Saben tan bien como yo lo que está pasando.

—¿Y qué está pasando? —preguntó Tony, mientras apartaba el pomelo y se servía cereales—. ¿Estamos perdiendo la batalla?

—¡Sí! —Su padre torció los labios—. Terrestres, derrotados por... escarabajos. Se los dije, pero no pudieron esperar. Dios mío, diez años desperdiciados en este sistema. ¿Por qué tuvieron que apresurarse? Todos sabíamos que Orión sería difícil. Toda la maldita flota de escarabajos nos había rodeado, esperándonos. Y nos lanzamos contra ella.

—Pero nadie pensaba que los escarabajos lucharían —protestó sin convicción Leah Rossi—. Todo el mundo pensó que dispararían unos cuantos rayos y luego...

—¡Tienen que luchar! Orión es el último baluarte. Si no luchan aquí, ¿dónde demonios van a hacerlo? Pues claro que luchan. Hemos capturado todos sus planetas, excepto el anillo interior de Orión. Si hubiéramos construido bases de aprovisionamiento fuertes, habríamos hecho trizas la flota de escarabajos.

—No digas «escarabajos» —murmuró Tony, mientras terminaba sus cereales—. Son pas-udeti, lo mismo que aquí. La palabra «escarabajo» proviene de Betelgeuse. Es una palabra árabe que nosotros mismos inventamos.

La boca de Joe Rossi se abrió y cerró.

—¿Qué pasa? ¿Te gustan los escarabajos?

—Joe, por el amor de Dios —le reprendió Leah.

Rossi se encaminó a la puerta.

—Si tuviera diez años menos, estaría ahí fuera. ¡Les enseñaría lo que es bueno a esos insectos de caparazón brillante! A ellos y a sus cascarones de nuez. ¡Cargueros reconvertidos! —Echaba chispas por los ojos—. Cuando pienso que están disparando contra los cruceros terranos, con nuestros chicos dentro...

—Orión es su sistema —murmuró Tony.

—¡Su sistema! ¿Desde cuándo eres una autoridad en materia de ley espacial? Debería... —Se interrumpió, estremecido de cólera—. Mi propio hijo —masculló—. Una imbecilidad más y te doy una que no podrás sentarte en toda la semana.

Tony empujó su silla hacia atrás.

—Me voy a Karnet con mi EEP.

—¡Sí, a jugar con tus escarabajos!

Tony no dijo nada. Se puso el casco y lo aseguró con las abrazaderas. Mientras pasaba por la puerta posterior a la membrana de enlace, desenroscó el tapón de oxígeno y conectó el filtro del depósito. Un acto reflejo, condicionado por toda una vida pasada en un planeta de un sistema extraterrestre.

Una leve corriente de aire agitó polvo rojo amarillento alrededor de sus botas. El sol arrancaba destellos del tejado metálico de su unidad de alojamiento, una más entre las interminables filas de cajas cuadradas que se extendían a lo largo de la pendiente arenosa, protegidas por las numerosas instalaciones para refinamiento de minerales que se recortaban contra el horizonte. Hizo un ademán de impaciencia y su EEP salió del cobertizo de almacenamiento. El sol se reflejó sobre su chapa de cromo.

—Nos vamos a Karnet —dijo Tony, adoptando sin darse cuenta el dialecto de los pas—. ¡De prisa!

El EEP se situó detrás de él y se encaminaron sin demora hacia la carretera. Se veían pocos comerciantes. Era un buen día para ir al mercado.

Sólo se podía viajar durante una cuarta parte del año. Betelgeuse era un sol errático, imprevisible, en nada parecido al Sol terrano, según las educacintas que pasaban a Tony cuatro horas al día, seis días a la semana. De hecho, él jamás había visto el Sol.

Llegó a la ruidosa carretera. Había pas-udeti por todas partes. Grupos compactos, con sus primitivos camiones de combustión, destartalados y sucios, cuyos motores protestaban y chirriaban. Movió la mano en dirección a los camiones. Al cabo de un momento, uno de los vehículos aminoró la marcha. Iba abarrotado de *tis*, montones de verduras grises, secas y preparadas para servir. El elemento principal de la dieta pas-udeti. Tras el volante se acomodaba un pas de edad avanzada y rostro oscuro, con un brazo apoyado en la ventanilla abierta y una hoja enrollada entre los labios. Era como los demás pas-udeti: flaco y con caparazón, embutido en una vaina quebradiza en la que vivía y moría.

—¿Quieres que te lleve? —murmuró el pas.

Era el protocolo acostumbrado cuando se topaban con un terrícola que iba a pie.

—¿Hay sitio para mi EEP?

El pas hizo un ademán de indiferencia con su garra.

—Que corra detrás. —Una expresión sardónica se dibujó en su rostro viejo y feo—. Si llega a Karnet, lo venderemos como chatarra. Aprovecharemos los condensadores y los cables. Estamos escasos de material eléctrico.

—Lo sé —afirmó con gravedad Tony, mientras trepaba a la cabina del camión—. Todo ha sido enviado a la gran base de reparaciones de Orión I. Para la flota de guerra.

El rostro correoso perdió su expresión alegre.

—Sí, la flota de guerra.

Apartó la cabeza y puso en marcha el camión. En la parte trasera, el EEP de Tony había tropezado con la carga de *tis* y se aferraba precariamente con sus cabos magnéticos.

Tony reparó en el súbito cambio de humor del pas-udeti, y se quedó asombrado. Se disponía a hablar de nuevo con él, pero se dio cuenta del extraño silencio que guardaban los pas de los demás camiones que les precedían o seguían. La guerra, por supuesto. Había barrido este sistema un siglo antes; esta gente había quedado olvidada. Ahora, todos los ojos estaban fijos en Orión, en la batalla librada entre la flota militar terrana y los cargueros armados de los pas-udeti.

—¿Es verdad que van ganando? —preguntó Tony con cautela.

El pas gruñó.

—Hemos oído rumores.

Tony reflexionó unos momentos.

—Mi padre dice que Terra se precipitó. Dice que teníamos que habernos consolidado. No construimos las bases de aprovisionamiento adecuadas. Cuando era más joven, fue oficial. Estuvo dos años en la flota.

El pas permaneció unos instantes en silencio.

—Es cierto que, cuando te encuentras lejos de casa, el aprovisionamiento es un gran problema —dijo por fin—. Nosotros, por otra parte, no tenemos ese problema. No debemos salvar ninguna distancia.

—¿Conoces a alguien en el frente?

—Tengo parientes lejanos.

La respuesta era vaga; era evidente que al pas no le gustaba hablar del tema.

—¿Has visto alguna vez tu flota?

—Tal como es ahora, no. Cuando este sistema cayó derrotado, la mayoría de nuestras unidades fueron destruidas. Los supervivientes se unieron a la flota de Orión.

—¿Tus parientes se contaban entre los supervivientes?

—Exacto.

—Entonces, ¿estabas vivo cuando conquistaron este planeta?

—¿Por qué lo preguntas? —replicó con furia el viejo pas—. ¿Qué más te da a ti?

Tony se asomó por la ventanilla y vio que los muros y edificios de Karnet se alzaban ante ellos. Karnet era una ciudad antigua. Se había erigido miles de años antes. La civilización pas-udeti era estable; había alcanzado cierto nivel de desarrollo tecnocrático, para estancarse a continuación. Los pas poseían naves intersistemas que habían transportado gente y mercancías entre los planetas durante los días anteriores a la Confederación Terrana. Tenían coches de combustión, audiófonos, una red energética de tipo magnético. Sus instalaciones sanitarias eran satisfactorias y su medicina muy avanzada. Poseían formas de arte, conmovedoras y sensibles. Tenían una vaga religión.

—¿Quién crees que ganará la batalla? —preguntó Tony.

—No lo sé. —El viejo pas detuvo el camión de repente—. Hasta aquí hemos llegado. Sal y llévate a tu EEP, por favor.

—Tony se encogió, sorprendido.

—¿Pero no ibas...?

—¡Ni un metro más!

Tony abrió la puerta. Estaba algo inquieto. Había una expresión dura y fija en el rostro correoso, y en su voz vibraba un tono cortante que nunca había oído.

—Gracias —murmuró.

Saltó al polvo rojizo y llamó al EEP con una señal. El robot liberó sus cabos magnéticos, y el camión arrancó con gran estrépito, penetrando en la ciudad.

Tony lo vio alejarse, todavía perplejo. El caliente polvo se pegó a sus tobillos. Movió los pies y se sacudió los pantalones de forma automática. Sonó un bocinazo y el EEP le apartó de la carretera y le condujo hacia la rampa peatonal. Enjambres de pas-udeti, interminables filas de campesinos se dirigían a Karnet como cada día. Un inmenso autobús se detuvo ante el portal y descargó pasajeros. Pas de ambos sexos, y niños. Reían y chillaban; sus voces se fundían con el rumor sordo de la ciudad.

—¿Vas a entrar? —Una aguda voz pas-udeti resonó a su espalda—. No te detengas, estás bloqueando la rampa.

Era una joven que sostenía un gran bulto entre sus garras. Tony se sintió violento. Las mujeres pas poseían cierto don telepático, una característica de su sexualidad. Era efectivo en los terrestres a distancias cortas.

—Échame una mano —dijo la hembra.

Tony asintió y el EEP tomó el pesado bulto.

—Vengo de visita a la ciudad —explicó Tony, mientras avanzaban entre la multitud hacia las puertas—. Me recogió un camión, pero el conductor me bajó aquí.

—¿Eres de la colonia?

—Sí.

Ella le dirigió una mirada crítica.

—Siempre has vivido aquí, ¿verdad?

—Nací aquí. Mi familia llegó de la Tierra cuatro años antes que yo naciera. Mi padre era oficial de la flota. Consiguió una Prioridad de Emigración.

—Eso quiere decir que nunca has visto tu planeta. ¿Cuántos años tienes?

—Diez años. Terranos.

—No tendrías que haber hecho tantas preguntas al camionero.

Pasaron el filtro de descontaminación y entraron en la ciudad. Había un panel informativo más adelante, rodeado de hombres y mujeres pas. Rampas móviles y coches de transporte retumbaban por todas partes. Edificios, cintas transportadoras y máquinas que funcionaban al aire libre; la ciudad estaba encerrada en una envoltura protectora a prueba de polvo. Tony se quitó el casco y lo colgó del cinturón. El aire era enrarecido, artificial, pero respirable.

—Voy a decirte algo —continuó la joven, mientras subía la rampa al lado de Tony—. Me pregunto si has venido a Karnet en un día intempestivo. Sé que vienes con frecuencia para jugar con tus amigos, pero tal vez hoy deberías haberte quedado en casa, en tu colonia.

—¿Por qué?

—Porque hoy todo el mundo está de mal humor.

—Lo sé. Mi madre y mi padre estaban de mal humor. Escuchaban las noticias de nuestra base en el sistema de Rigel.

—No me refiero a tu familia. También las escuchaba otra gente. La gente de aquí. Mi raza.

—Ya sé que están disgustados —admitió Tony—, pero siempre vengo aquí. En la colonia no puedo jugar con nadie y, en cualquier caso, estamos trabajando en un proyecto.

—La maqueta de un espaciopuerto.

—Exacto. —Tony experimentó cierta envidia—. Ojalá fuera telépata. Debe ser divertido.

La hembra pas-udeti guardó silencio, absorta en sus pensamientos.

—¿Qué pasaría si tu familia se marchara y regresara a la Tierra? —preguntó.

—Eso es imposible. En la Tierra no hay sitio. Las bombas C destruyeron la mayor parte de Asia y América del Norte en el siglo veinte.

—¿Y si tuvieran que regresar?

Tony no comprendió la pregunta.

—Si no podemos. Las partes habitables de la Tierra están superpobladas. El principal problema que tenemos los terranos es encontrar sitios donde vivir, en otros sistemas. En cualquier caso, no tengo ganas de ir a la Tierra. Estoy acostumbrado a esto. Todos mis amigos están aquí.

—Tomaré mis paquetes —dijo la hembra—. Me voy por esta rampa del tercer nivel.

Tony cabeceó en dirección a su EEP y éste depositó los bultos en las garras de la hembra. Ésta vaciló un momento, como si intentara encontrar las palabras precisas.

—Buena suerte —dijo.

—¿En qué?

La hembra sonrió casi con ironía.

—En tu maqueta de espaciopuerto. Espero que tú y tus amigos consigan acabarla.

—Pues claro que la terminaremos —dijo Tony, sorprendido—. Casi lo está.

¿Qué quería decir aquella pas-udeti?

La hembra se alejó antes que pudiera preguntárselo. Tony estaba preocupado, indeciso, acosado por las dudas. Al cabo de un momento pasó a la cinta que conducía a la parte residencial de la ciudad, más allá de las fábricas y las tiendas, el lugar donde vivían sus amigos.

El grupo de niños pas-udeti le miró en silencio cuando se acercó. Estaban jugando a la sombra de un inmenso *bengelo*, cuyas viejas ramas caían y oscilaban al compás de las corrientes de aire que se bombeaban en la ciudad. Se quedaron inmóviles.

—No te esperaba hoy —dijo B'prith, con voz inexpresiva.

Tony se detuvo, sin saber qué hacer, y su EEP le imitó.

—¿Cómo va todo? —murmuró.

—Bien.

—Hice una parte del trayecto en camión.

Tony se acuclilló a la sombra. Ningún niño pas se movió. Éstos eran más pequeños que los niños terranos. Sus caparazones aún no se habían endurecido, no se habían vuelto oscuros y opacos, como el cuerno. Esto les dotaba de una apariencia suave, informe, pero al mismo tiempo aligeraba su peso. Se movían con más agilidad que sus mayores; aún podían saltar y brincar. Sin embargo, ahora estaban quietos.

—¿Qué pasa? —preguntó Tony—. ¿Qué les pasa a todos?

Nadie contestó.

—¿Dónde está la maqueta? —insistió—. ¿Han continuado trabajando?

Al cabo de un momento, Llyre asintió levemente.

Tony empezó a enfadarse.

—¡Digan algo! ¿Qué pasa? ¿Por qué están enfadados?

—¿Enfadados? —coreó B'prith—. No estamos enfadados.

Tony removió la arena por hacer algo. Ya sabía lo que pasaba. La guerra, una vez más. La batalla que tenía lugar cerca de Orión. Su rabia estalló de repente.

—Olvídense de la guerra. Todo iba bien ayer, antes de la batalla.

—Claro —dijo Llyre—. Todo iba bien.

Tony captó su tono seco.

—Ocurrió hace cien años. No es culpa mía.

—Claro —dijo B'prith.

—Ésta es mi patria, ¿no? Tengo los mismos derechos que cualquiera. Nací aquí.

—Claro —repitió Llyre, en tono indiferente.

Tony apeló a su amistad.

—¿Tienen que comportarse así? Ayer era diferente. Ayer estuve aquí... Todos estuvimos aquí. ¿Qué ha pasado desde entonces?

—La batalla —contestó B'prith.

—¿Y eso qué más da? ¿Por qué lo cambia todo? Siempre hay guerra. Siempre ha habido batallas, hasta donde alcanzan mis recuerdos. ¿Cuál es la diferencia?

B'prith arrancó un trozo de tierra con sus fuertes garras. Al cabo de unos segundos lo tiró lejos y se puso poco a poco en pie.

—Bien —dijo, en tono pensativo—, según nuestra emisora de radio, da la impresión que nuestra flota va a ganar esta vez.

—Sí —admitió Tony, sin comprender—. Mi padre dice que no construimos las bases de aprovisionamiento adecuadas. Es probable que debamos retroceder a... —Y entonces, todo quedó claro—. ¿Quieres decir que por primera vez en cien años...?

—Sí —respondió Llyre, y también se levantó. Los demás le imitaron. Se alejaron de Tony, hacia la casa cercana—. Estamos ganando. Forzaron el flanco terrano hace media hora. El ala derecha de ustedes ha sido desmantelada por completo.

Tony se quedó de una pieza.

—Y eso es importante. Es importante para todos ustedes.

—¡Importante! —saltó B'prith, enfurecido—. ¡Claro que es importante! Por primera vez, en un siglo. La primera vez en nuestra vida que les vencemos. Huyen a la desbandada, pandilla de... —Casi escupió la palabra—, ¡gusanos blancos!

Desaparecieron en el interior de la casa. Tony siguió sentado. Contempló la tierra, atontado; después movió las manos sin objeto. Había oído antes la expresión, la había visto garrapateada en las paredes y en el polvo, cerca de la colonia. *Gusanos blancos*. El término despectivo con que los pas se referían a los terranos. A causa de su piel blanca y blanda, la falta de caparazones duros. Sin embargo, nunca se habían atrevido a pronunciarla en voz alta delante de un terrano.

A su lado, el EEP se agitó, inquieto. Su complejo mecanismo de radio percibía el ambiente hostil. Relés automáticos se conmutaron; los circuitos se abrieron y cerraron.

—No pasa nada —murmuró Tony, y se reincorporó sin prisa—. Será mejor que regresemos.

Caminó con paso inseguro hacia la rampa, aturdido. El EEP le precedió con calma, su rostro metálico inexpresivo y confiado, sin sentir nada, sin decir nada. La cabeza de Tony era un remolino de pensamientos. La agitó, pero el huracán no amainó. No conseguía calmar su mente, doblegarla.

—Espera un momento —dijo una voz.

Era la voz de B'prith, desde la puerta abierta. Fría y contenida, casi desconocida.

—¿Qué quieres?

B'prith se acercó, las garras enlazadas a la espalda, la postura formal utilizada por los pas-udeti para hablar con desconocidos.

—Hoy no tenías que haber venido.

—Lo sé.

B'prith sacó un trozo de su tallo de *tis* y empezó a enrollarlo. Fingió concentrarse en el trabajo.

—Escucha, dijiste que tenías derecho a estar aquí, pero te equivocas.

—Yo... —murmuró Tony.

—¿Entiendes el motivo? Dijiste que no era culpa tuya. Yo opino lo mismo, pero tampoco es culpa mía. Tal vez no sea culpa de nadie. Hace mucho tiempo que te conozco.

—Cinco años. Terranos.

B'prith enderezó el tallo y lo tiró.

—Ayer jugamos juntos. Trabajamos en la maqueta del espaciopuerto. Pero hoy no podemos jugar. Mi familia no quiere verte nunca más por casa. —Titubeó, sin mirar a Tony—. Quería decírtelo yo, antes que ellos.

—Ah.

—Todo lo que ha ocurrido hoy, la batalla, el éxito de nuestra flota... No lo sabíamos. No nos atrevíamos a abrigar la menor esperanza. ¿Lo entiendes? Un siglo huyendo. Primero de este sistema, después del sistema de Rigel, de todos los planetas. Luego, de las demás estrellas de Orión. Hemos librado batallas aisladas, un poco en todas partes. Los que huyeron se unieron a la base de Orión. Ustedes no lo sabían. Sin embargo, no había esperanza; al menos, nadie pensaba que la hubiera. —Se produjo un momento de silencio—. Es curioso lo que ocurre cuando estás acorralado contra una pared, y no hay otro lugar al que puedas ir. En esos casos, hay que luchar.

—Si nuestras bases de aprovisionamiento... —empezó Tony con voz ronca, pero B'prith le interrumpió con brusquedad.

—¡Sus bases de aprovisionamiento! ¿Es qué no lo entiendes? ¡Les estamos dando una paliza! Ahora, tendrán que largarse. Todos los gusanos blancos. ¡Fuera del sistema!

El EEP de Tony avanzó con aire amenazador. B'prith se dio cuenta. Se agachó, tomó una piedra y la tiró contra el EEP. La piedra rebotó en la superficie metálica. B'prith tomó otra piedra. Llyre y los demás salieron a toda prisa de la casa, seguidos de un pas adulto. Todo sucedía a demasiada velocidad. Más piedras se estrellaron contra el EEP. Una alcanzó a Tony en el brazo.

—¡Vete! —chilló B'prith—. ¡No vuelvas! ¡Éste es nuestro planeta! —Sus garras se clavaron en Tony—. Te despedazaremos si...

Tony le golpeó en el pecho. El suave caparazón cedió como si fuera de goma y el pas cayó al suelo, lanzando fuertes gemidos y chirridos.

—*Escarabajo* —dijo Tony con voz ronca.

Estaba aterrorizado. Una multitud de pas-udeti se había concentrado a gran velocidad. Surgían de todos lados, rostros hostiles, sombríos y coléricos, una creciente oleada de furor.

Cayeron más piedras. Algunas se estrellaron contra el EEP, otras cayeron alrededor de Tony, cerca de sus botas. Una rozó su cara. Se colocó el casco. Estaba asustado. Sabía que el EEP ya había enviado la señal, pero la nave tardaría unos minutos en llegar. Además, había que proteger a otros terrestres en la ciudad. Había terrestres por todo el planeta. En otras ciudades. En los veintitrés planetas de Betelgeuse. En los catorce planetas de Rigel. En los otros planetas de Orión.

—Debemos salir de aquí —susurró al EEP—. ¡Haz algo!

Una piedra le alcanzó en el casco. El plástico se rompió. Se escapó aire, pero el sellado automático funcionó. No cesaban de caer piedras. Los pas se aproximaban, una masa vociferante de seres quitinosos. Percibió su acre olor a insecto, oyó el chasquido de sus garras, notó su peso.

El EEP lanzó su rayo energético. El rayo describió una amplia curva y se dirigió hacia la muchedumbre de pas-udeti. Hicieron aparición toscas armas manuales. Una lluvia de balas cayó alrededor de Tony; estaban disparando contra el EEP. Apenas era consciente del cuerpo metálico erguido a su lado. Un repentino estruendo: el EEP se derrumbó. La muchedumbre se lanzó sobre él, ya no pudo ver el bulto metálico.

La muchedumbre, como un animal enloquecido, descuartizó al EEP, que se revolvió en vano. Algunos le aplastaron la cabeza; otros arrancaron piezas y partes de los brazos. El EEP se quedó inmóvil. La multitud, jadeante, con restos del robot en la mano, se apartó. Vieron a Tony.

Cuando los primeros estaban a punto de atraparle, la envoltura protectora se rompió. Una nave terrana descendió como una furia y barrió el suelo con rayos energéticos. La masa se disolvió en total confusión. Algunos dispararon, otros tiraron piedras, la mayoría buscó refugio.

Tony consiguió serenarse y avanzó con paso vacilante hacia el sitio en que había aterrizado la nave.

—Lo siento —dijo Joe Rossi con dulzura. Tocó el hombro de su hijo—. No tendría que haberte dejado ir. Debí figurármelo.

Tony estaba sentado en la butaca de plástico. Se mecía adelante y atrás, aún pálido del susto. La nave que le había rescatado había regresado de inmediato a Karnet. Tenían que sacar a los demás terrestres. El muchacho no decía nada. Tenía la mente en blanco. Aún oía el rugido de la multitud, percibía su odio, un siglo de furia y rencor reprimidos. Sus recuerdos no abarcaban otra cosa; todo seguía vivo en su memoria, incluso ahora. Y la visión del EEP caído, el sonido metálico de las piernas y brazos a medida que eran arrancados.

Su madre curó sus cortes y rasguños con un antiséptico. Joe Rossi encendió un cigarrillo con mano temblorosa.

—Si no te hubiera acompañado el EEP, te habrían matado. Escarabajos. —Se estremeció—. No debí dejarte ir, nunca. Todos estos años... Podrían haberlo hecho en cualquier momento, cualquier día. Apuñalarte, destriparte con sus asquerosas garras.

El sol amarillo rojizo arrancaba destellos de los cañones. Sordas detonaciones despertaban ecos en las colinas circundantes. El anillo defensivo había entrado en acción. Formas oscuras corrían por la ladera de la pendiente. Manchas negras salían de Karnet en dirección a la colonia terrana, atravesaban la línea divisoria que los supervisores de la Confederación habían trazado un siglo antes. Karnet bullía de actividad. Toda la ciudad era presa de un entusiasmo febril.

Tony levantó la cabeza.

—Han..., han forzado nuestro flanco.

—Sí. —Joe Rossi aplastó su cigarrillo—. Ya lo creo. A la una. A las dos rompieron el centro de nuestra línea. Partieron la flota en dos. Huimos. Nos fueron cazando de uno en uno. Son como maníacos, maldición. Ahora que han probado el sabor de nuestra sangre, han enloquecido.

—La situación mejora —murmuró Leah—. Las unidades de nuestra flota principal están empezando a intervenir.

—Acabaremos con ellos —dijo Joe—. Tardaremos un tiempo, pero por Dios que les borraremos del espacio. Hasta el último de ellos. Aunque tardemos mil años. Seguiremos a todas y cada una de las naves. Les cazaremos a todos. —Su voz adquirió un tono de histeria—. ¡Escarabajos! ¡Repugnantes insectos! Cuando pienso en ellos intentando hacer daño a mi chico, con sus asquerosas garras negras...

—Si fueras más joven, estarías en el frente —dijo Leah—. No es culpa tuya que seas demasiado viejo. La tensión sería demasiado fuerte para tu

corazón. Ya cumpliste tu cometido. No pueden permitir que una persona mayor corra el riesgo. No es culpa tuya.

Joe apretó los puños.

—Me siento tan... inútil. Si pudiera hacer algo...

—La flota se ocupará de ellos —le calmó Leah—. Tú mismo lo has dicho. Los cazarán a todos. Los destruirán. No hay por qué preocuparse.

Joe se derrumbó.

—Es inútil. Dejémoslo correr. Dejemos de engañarnos.

—¿Qué quieres decir?

—¡Hagámosle frente! Esta vez no vamos a ganar. Hemos ido demasiado lejos. Nuestra hora ha llegado.

Se hizo el silencio.

Tony se incorporó un poco.

—¿Cuándo lo supiste?

—Lo sé desde hace mucho tiempo.

—Yo lo he averiguado hoy. Al principio, no lo entendía. Vivimos en una tierra robada. Nací aquí, pero es una tierra robada.

—Sí, es robada. No nos pertenece.

—Estamos aquí porque somos más fuertes, sólo que ahora ya no lo somos. Nos están derrotando.

—Saben que es posible liquidar a los terranos. Como a todo el mundo. —Joe Rossi estaba pálido—. Les robamos sus planetas. Ahora, los están recuperando. Tardarán un tiempo, desde luego. Nos iremos retirando poco a poco. Tardaremos otros cinco siglos. Hay muchos sistemas entre éste y Sol.

Tony meneó la cabeza, aún sin comprender.

—Incluso Llyre y B'prith. Todos. Esperaban que llegara su momento. Que perdiéramos y nos marcháramos a nuestro lugar de origen.

Joe Rossi paseaba de un lado a otro.

—Sí, a partir de ahora retrocederemos. Cederemos terreno, en lugar de conquistarlo. Será como hoy... Combates perdidos, retiradas y cosas peores.

Levantó sus ojos febriles hacia el techo de la pequeña unidad de alojamiento, el rostro descompuesto.

—¡Pero por Dios que se los haremos pagar caro! ¡Cada centímetro del camino!

NUL-O

Lemuel se aferró a la pared de su habitación a oscuras, tenso, a la escucha. Una leve brisa agitó las cortinas de encaje. La luz amarilla de la calle bañó la cama, la cómoda, los libros, juguetes y ropas.

En la habitación de al lado, dos voces murmuraban.

—Jean, debemos hacer algo —dijo la voz de hombre.

Una exclamación estrangulada.

—Ralph, no le hagas daño, por favor. Debes controlarte. No permitiré que le hagas daño.

—No voy a hacerle daño. —La voz del hombre delataba una brutal angustia—. ¿Por qué hace esas cosas? ¿Por qué no juega al béisbol y a tocar

y parar, como los chicos normales? ¿Por qué debe quemar tiendas y torturar a animales indefensos? ¿Por qué?

—Es diferente, Ralph. Debemos hacer un esfuerzo por comprenderle.

—Sería mejor que le lleváramos a un médico —dijo su padre—. Tal vez padece alguna disfunción glandular.

—¿Te refieres al viejo doctor Grady? Dijiste que era incapaz de descubrir…

—No me refiero al doctor Grady. Abandonó la profesión cuando Lemuel destrozó su aparato de rayos X y todos los muebles de su consulta. No, esto es mucho más grave. —Una tensa pausa—. Jean, voy a llevarle a la Colina.

—¡Oh, Ralph, por favor!

—Lo digo en serio. —Desolada determinación, el gruñido ronco de un animal atrapado—. Es posible que esos psicólogos puedan hacer algo. Quizá le ayuden. Quizá no.

—Y es posible que no le permitan volver. ¡Oh, Ralph, él es todo cuanto tenemos!

—Claro —murmuró Ralph—. Lo sé, pero ya he tomado la decisión. Aquel día en que apuñaló a su profesor y saltó por la ventana. Tomé la decisión aquel día. Lemuel irá a la Colina…

El día era cálido y soleado. El hospital resplandecía entre los árboles que se mecían, una estructura de hormigón, acero y plástico. Ralph Jorgenson miró a su alrededor vacilante, el sombrero retorcido entre sus dedos, impresionado por la inmensidad del lugar.

Lemuel escuchó con atención. Forzó sus grandes orejas móviles y escuchó muchas voces, un océano de voces que se agitaban a su alrededor. Las voces procedían de todas las habitaciones y consultas, de todas las plantas. Le ponían nervioso.

El doctor James North se acercó a ellos con la mano extendida. Era alto y apuesto, de unos treinta años, cabello castaño y gafas de concha. Su paso era firme y apretó la mano de Lemuel con fuerza y confianza.

—Venga por aquí —dijo con voz potente. Ralph se dirigió hacia el despacho, pero el doctor North negó con la cabeza—. Usted no. El muchacho. Lemuel y yo vamos a charlar a solas.

Lemuel, muy animado, siguió al doctor North hasta su despacho. North bloqueó la puerta con tres cerraduras magnéticas.

—Puedes llamarme James —dijo, sonriendo al muchacho—. Y yo te llamaré Lem, ¿de acuerdo?

—Claro —dijo Lemuel con cautela.

No detectaba hostilidad en el hombre, pero había aprendido a ser precavido. Debía serlo, incluso con este doctor amable y de aspecto bondadoso, un hombre de evidente capacidad intelectual.

North encendió un cigarrillo y examinó al muchacho.

—Cuando maniataste y disecaste a aquellos viejos vagabundos, fue por curiosidad científica, ¿verdad? —preguntó con aire pensativo—. Querías saber… hechos, no opiniones. Querías averiguar por ti mismo cómo estaban hechos los hombres.

El entusiasmo de Lemuel aumentó.

—Pero nadie me comprendió.

—No. —North meneó la cabeza—. No, nadie te comprendió. ¿Sabes por qué?

—Creo que sí.

North paseó de un lado a otro.

—Te haré unas cuantas pruebas. Para descubrir cosas. No te importa, ¿verdad? Ambos aprenderemos más sobre ti. Te he estado estudiando, Lem. He examinado los archivos de la policía y de los periódicos.

De repente, abrió el cajón del escritorio y sacó el Multifásico de Minnesota, el test de Rorschach, el Gestalt de Bender, la baraja de cartas ESP de Rhine, un tablero ouija, un par de dados, un tablero de escritura mágica, una muñeca de cera con arañazos y mechones de cabello y un pequeño trozo de plomo que se transformaba en oro.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Lemuel.

—Voy a hacerte algunas preguntas y te daré unos cuantos objetos para que juegues con ellos. Observaré tus reacciones, tomaré notas. ¿Qué te parece?

Lemuel vaciló. Necesitaba un amigo desesperadamente..., pero tenía miedo.

—Yo...

El doctor North apoyó la mano en el hombro del muchacho.

—Confía en mí. No soy como esos chicos que te dieron una paliza esta mañana.

Lemuel le dedicó una mirada de gratitud.

—¿Lo sabe? Descubrí que las reglas de su juego eran puramente arbitrarias. Por lo tanto, me orienté hacia la realidad básica de la situación, y cuando tomé el bate golpeé al lanzador y al *catcher* en la cabeza. Más tarde, descubrí que la ética y la moral humanas son la misma clase de... —Se interrumpió, asustado de repente—. Tal vez yo...

El doctor North se sentó ante su escritorio y se puso a hojear la baraja de Rhine.

—No te preocupes, Lem —dijo en voz baja—. Todo saldrá bien. Yo te comprendo.

Después de las pruebas, los dos permanecieron en silencio. Eran las seis y empezaba a anochecer. Por fin, el doctor North habló.

—Increíble. Apenas puedo creerlo. Eres absolutamente lógico. Estás desprovisto de toda emoción talámica. Tu mente se halla libre de toda inclinación moral y cultural. Eres un paranoico perfecto, sin la menor capacidad de empatía. Eres totalmente incapaz de sentir pena, piedad, compasión o cualquier sentimiento humano normal.

Lemuel asintió.

—Es verdad.

El doctor North se reclinó en la silla, estupefacto.

—Incluso a mí me cuesta asimilarlo. Es sobrecogedor. Posees una superlógica, virgen de toda inclinación valorativa. Y crees que todo el mundo está confabulado contra ti.

—Sí.

—Por supuesto. Has analizado la estructura de la actividad humana y llegado a la conclusión que en cuanto lo descubran, intentarán destruirte.

—Porque soy diferente.

North estaba cautivado.

—Siempre han clasificado la paranoia como una enfermedad mental, ¡pero no lo es! El contacto con la realidad no desaparece; al contrario, el paranoico está directamente relacionado con la realidad. Es un empirista perfecto, y no

se encuentra agarrotado por inhibiciones éticas, morales o culturales. El paranoico ve la realidad tal como es. Es el único hombre cuerdo.

—He leído *Mein Kampf* —dijo Lemuel—. Me ha demostrado que no estoy solo.

Rezó una silenciosa oración de gracias: *no estoy solo*. Somos muchos más.

El doctor North observó su expresión.

—El embate del futuro —dijo—. Yo no formo parte de él, pero intento comprenderlo. Reconozco que soy un simple ser humano, limitado por mis sentimientos talámicos y los prejuicios culturales. No puedo ser uno de ustedes, pero simpatizo... —Alzó la vista, el rostro encendido de entusiasmo—. ¡Y puedo ser de ayuda!

Lemuel pasó los días siguientes en un estado de perpetuo entusiasmo. El doctor North logró su tutela legal y el muchacho se mudó al apartamento del médico, en la parte alta de la ciudad. Ya no sufría la presión de su familia; podía hacer lo que le apetecía. El doctor North colaboró sin dilación con Lemuel en localizar a otros mutantes paranoicos.

—Lemuel —preguntó una noche el doctor North, después de cenar—, ¿crees que puedes explicar tu teoría Nul-O? Me cuesta asimilar el principio de la orientación hacia el no objeto.

Lemuel indicó el apartamento con un ademán.

—Todos estos objetos aparentes poseen un nombre. Libro, silla, sofá, alfombra, lámpara, cortinas, ventana, puerta, pared, etcétera. Sin embargo, esta división en objetos es puramente artificial, basada en un sistema de pensamiento anticuado. En realidad, los objetos no existen. El Universo, de hecho, es una unidad. Nos han enseñado a pensar en términos de objetos. Esta cosa, aquella cosa. Cuando se alcanza la nulidad total, esta división puramente verbal cesa. Desde hace mucho tiempo ha sobrevivido a su utilidad.

—¿Puedes darme algún ejemplo, hacer alguna demostración?

Lemuel vaciló.

—Es difícil hacerlo solo. Más adelante, cuando nos hayamos puesto en contacto con otros... Puedo hacerlo de una forma tosca, a pequeña escala.

Mientras el doctor North observaba con suma atención, Lemuel recorrió el apartamento y amontonó todos los objetos. Después de reunir libros, cuadros, alfombras, cortinajes, muebles y demás parafernalia, procedió a destrozarlo todo sistemáticamente.

—Como ve —dijo, fatigado y pálido después del violento esfuerzo—, la división en objetos arbitrarios ha desaparecido. Esta unificación de las cosas en su homogeneidad básica puede aplicarse a todo el Universo. El Universo es una gestalt, una sustancia unificada, sin divisiones entre vivo y no vivo, entre ser y no ser. ¡Un inmenso vórtice de energía, no partículas inconexas! Bajo la apariencia puramente artificial de los objetos materiales subyace el mundo de la realidad: un inmenso reino no diferenciado de energía pura. Recuerde: el objeto no es la realidad. ¡Primera ley del pensamiento Nul-O!

El doctor North estaba profundamente impresionado. Lanzó una patada a un fragmento de silla, parte del montón informe de madera, tela, papel y cristales rotos.

—¿Crees que es posible lograr esta restauración de la realidad?

—No lo sé —reconoció Lemuel—. Habrá oposición, por supuesto. Los seres humanos opondrán resistencia; son incapaces de superar su simiesca

preocupación por las cosas, objetos brillantes que pueden tocar y poseer. Todo dependerá de lo bien que nos coordinemos mutuamente.

El doctor North sacó un papel del bolsillo y lo desdobló.

—Tengo una pista —dijo en voz baja—. El nombre de un hombre que, en mi opinión, es de los tuyos. Iremos a verle mañana... Después, ya veremos...

El doctor Jacob Weller les recibió con enérgica eficiencia en la entrada de su bien custodiado laboratorio, que dominaba Palo Alto. Hileras de guardias gubernamentales uniformados protegían el trabajo vital que realizaba, el inmenso sistema de laboratorios y oficinas de investigación. Hombres y mujeres ataviados con batas blancas trabajaban día y noche.

—Mi trabajo —explicó, mientras indicaba que cerraran las pesadas puertas— fue básico en el desarrollo de la bomba C, la funda de cobalto de la bomba H. Descubrirás que los principales físicos nucleares son Nul-O.

Lemuel contuvo el aliento.

—Entonces...

—Por supuesto. —Weller no desperdiciaba saliva—. Hace años que trabajamos. Cohetes en Peenemunde, la bomba atómica en Los Álamos, la bomba de hidrógeno, y ahora la bomba de cobalto. Hay muchos científicos, por supuesto, que no son Nul-Os, seres humanos ordinarios con inclinaciones talámicas. Einstein, por ejemplo. Pero no estorbarán. A menos que encontremos mucha oposición, podremos entrar en acción muy pronto.

La puerta trasera del laboratorio se deslizó a un lado y entró un grupo de hombres y mujeres vestidos de blanco. El corazón de Lemuel dio un brinco. Aquí estaban, adultos Nul-Os. Hombres y mujeres, y llevaban años trabajando. Les reconoció con facilidad, por las orejas alargadas y móviles, gracias a las cuales los mutantes Nul-Os captaban ínfimas vibraciones en el aire a grandes distancias. Les permitía comunicarse, sin importar en qué parte del mundo estuvieran.

—Explique nuestro programa —dijo Weller a un hombrecillo rubio que estaba a su lado, sereno e imperturbable, el rostro investido de la seriedad que merecía el momento.

—La bomba de cobalto está casi preparada —dijo el hombre en voz baja, con ligero acento alemán—, pero no constituye la fase final de nuestros planes. También tenemos la bomba T, que significa la consumación de esta fase inicial. Nunca hemos reconocido la existencia de la bomba T. Si los seres humanos descubrieran su existencia, deberíamos enfrentarnos a una oposición emotiva muy seria.

—¿Qué es la bomba T? —preguntó Lemuel, loco de entusiasmo.

—La expresión «bomba T» —explicó el hombrecillo rubio— describe el proceso mediante el cual la Tierra se convierte en una pila atómica, se lleva a la masa crítica, y luego se detona.

Lemuel se quedó pasmado.

—¡No tenía ni idea que habían desarrollado el plan hasta este extremo!

El rubio sonrió.

—Sí, hemos avanzado mucho desde los viejos tiempos. Gracias al doctor Rust, pude diseñar los conceptos ideológicos básicos de nuestro programa. A la postre, unificaremos todo el Universo en una masa homogénea. Ahora mismo, no obstante, nuestra principal preocupación es la Tierra, pero en cuanto hayamos triunfado aquí, nada impedirá que prosigamos nuestra obra indefinidamente.

Librodot

—El transporte a otros planetas está solucionado —explicó Weller—. El doctor Frisch, aquí presente...

—Una modificación de los misiles teledirigidos que desarrollamos en Peenemunde —continuó el rubio—. Hemos construido una nave que nos llevará a Venus. Una vez allí, iniciaremos la segunda fase de nuestro plan. Fabricaremos una bomba V, que devolverá Venus a su anterior estadio de energía homogénea. Y luego... —Sonrió—. Y luego, una bomba S. La bomba solar. Que, si tenemos éxito, unificará todo este sistema de planetas y lunas en una inmensa gestalt.

El 25 de junio de 1969, el personal Nul-O había logrado, en la práctica, el control de los principales gobiernos mundiales. El proceso, iniciado a mediados de los años treinta, se saldó con un éxito completo, a efectos prácticos. Los Estados Unidos y la Unión Soviética estaban en manos de individuos Nul-Os. Los hombres Nul-Os controlaban los centros del poder político y, por tanto, aceleraron el programa Nul-O. El momento había llegado. El secreto ya no era necesario.

Lemuel y el doctor North presenciaron desde un cohete en órbita la explosión de las primeras bombas H. Gracias a un escrupuloso acuerdo, ambas naciones iniciaron al mismo tiempo los ataques con bombas H. Al cabo de una hora, se habían obtenido excelentes resultados: la mayor parte de Norteamérica y de Europa Oriental habían desaparecido.

Inmensas nubes de partículas se veían por todas partes. Los supervivientes, en África, Asia, en innumerables islas y lugares remotos, se encogieron de terror.

—Perfecto —resonó la voz del doctor North en los auriculares de Lemuel.

Se encontraba en algún lugar oculto bajo la superficie, en los cuarteles generales, celosamente protegidos, donde se estaba construyendo la nave que iría a Venus.

Lemuel se mostró de acuerdo.

—Buen trabajo. ¡Hemos conseguido unificar, como mínimo, una quinta parte de la superficie terrestre!

—Pero la cosa no acabará aquí. Vamos a arrojar más bombas H. Esto impedirá que los seres humanos interfieran en nuestro objetivo principal, las instalaciones de la bomba T. Hay que instalar las terminales, y no será posible mientras los humanos se entrometan.

Al cabo de una semana fue lanzada la primera bomba C, seguida de más, disparadas desde rampas situadas estratégicamente en Rusia y Estados Unidos.

El 5 de agosto de 1969 la población de la Tierra se había reducido a tres mil habitantes. Los Nul-Os, en sus oficinas subterráneas no cabían en sí de satisfacción. La unificación se estaba llevando a cabo tal como había sido planeada. El sueño iba a convertirse en realidad.

—Ahora —anunció el doctor Weller— iniciaremos la construcción de las terminales de bombas T.

Una terminal se instaló en Arequipa (Perú). La otra, en el extremo opuesto del globo, en Bandoeng (Java). Pasados dos meses, las dos gigantescas torres se alzaron hacia el cielo polvoriento. Las dos colonias de Nul-Os, protegidas

con trajes y cascos aislantes, trabajaban día y noche para completar el programa.

El doctor Weller trasladó en avión a Lemuel hasta la instalación peruana. Desde San Francisco a Lima sólo vieron cenizas y hogueras de metal que todavía ardían. Ni la menor señal de vida o entidades separadas; todo se había fundido, hasta transformarse en una masa compacta de escoria. El agua de los océanos bullía. Toda diferenciación entre tierra y agua había desaparecido. La superficie de la Tierra se había reducido a una uniforme extensión gris y blanca, que sustituía a los océanos azules, bosques verdes, carreteras y ciudades de antaño.

—Allí —señaló el doctor Weller—. ¿Lo ves?

Lemuel lo vio al instante. Aquella belleza le dejó sin aliento. Los Nul-Os habían erigido una enorme burbuja, una esfera de plástico transparente que destacaba en medio del ondulante mar de escoria líquida. En el interior de la burbuja se podía ver la terminal, una intrincada red de metal reluciente y cables, que enmudeció al doctor Weller y a Lemuel.

—Como ves —explicó el doctor Weller, mientras el cohete penetraba en la cúpula—, sólo hemos unificado la superficie de la Tierra y, a lo sumo, unos dos kilómetros de roca subterránea. Sin embargo, la inmensa masa del planeta sigue incólume, pero la bomba T se encargará de solucionarlo. El núcleo aún líquido del planeta estallará; toda la esfera se transformará en un nuevo sol. Y cuando la bomba S detone, todo el sistema se convertirá en una masa unificada de gas ardiente.

Lemuel asintió.

—Lógico. Y después…

—La bomba G. El siguiente paso es la galaxia. Las últimas fases del plan… Tan ambiciosas, tan escalofriantes, que apenas nos atrevemos a pensar en ellas… La bomba G, y por fin… —Weller sonrió, con ojos brillantes—, la bomba U.

Aterrizaron y el doctor Frisch salió a recibirles, muy nervioso.

—¡Doctor Weller! —exclamó—. ¡Algo ha salido mal!

—¿Qué pasa?

Una mueca de decepción deformaba el rostro de Frisch. Gracias a un violento esfuerzo Nul-O logró integrar sus facultades mentales y rechazar impulsos talámicos.

—¡Algunos seres humanos han sobrevivido!

Weller se mostró incrédulo.

—¿Qué quiere decir? ¿Cómo…?

—Capté el sonido de sus voces. Estaba dando vueltas a mis orejas, escuchando con sumo placer el rugido y el chapoteo de la escoria en el exterior de la burbuja, cuando capté el ruido de seres humanos normales.

—¿Pero dónde?

—Bajo la superficie. Ciertos industriales acaudalados habían trasladado en secreto sus fábricas bajo tierra, violando las órdenes terminantes del gobierno en sentido contrario.

—Sí, aplicamos una política muy estricta para impedirlo.

—Estos industriales actuaron con la típica codicia talámica. Transportaron bajo tierra enormes masas de trabajadores, para que trabajaran como esclavos cuando la guerra empezara. Diez mil humanos han sobrevivido, como mínimo. Aún siguen vivos, y…

—¿Y qué?

—Han improvisado enormes taladros y se acercan a la máxima velocidad posible. Tendremos que luchar cuerpo a cuerpo. Ya he avisado a la nave de Venus. Se dirigirá a la superficie cuanto antes.

Lemuel y el doctor Weller intercambiaron una mirada de horror. Sólo había unos mil Nul-Os; les superaban en una proporción de diez a uno.

—Esto es terrible —dijo Weller con voz estrangulada—. Justo cuando parecía que el fin estaba cerca. ¿Cuánto falta para que las torres de energía estén dispuestas?

—Pasarán otros seis días antes que podamos llevar la Tierra a su masa crítica —murmuró Frisch—. Y los taladros casi han llegado. Giren las orejas y los escucharán.

Lemuel y el doctor Weller obedecieron. Al instante, percibieron un confuso murmullo de voces, un caótico estruendo creado por los taladros que convergían en las dos burbujas terminales.

—¡Humanos perfectamente ordinarios! —gritó Lemuel—. Lo deduzco por el ruido.

—¡Estamos atrapados!

Weller tomó un desintegrador y Frisch le imitó. Todos los Nul-Os procedieron a armarse. El trabajo quedó relegado. El extremo de un taladro apareció en el suelo con gran estrépito y les apuntó directamente. Los Nul-Os dispararon a discreción, se dispersaron y retrocedieron hacia la torre.

Apareció un segundo taladro, y luego un tercero. Los rayos de energía surcaban el espacio en todas direcciones. Los humanos eran de lo más vulgar, una variedad de obreros trasladados bajo la superficie por sus empleadores. Las formas más bajas de vida humana: funcionarios, conductores de autobús, jornaleros, mecanógrafos, conserjes, sastres, panaderos, operarios de tornos, empleados de compañías navieras, jugadores de béisbol, locutores de radio, mecánicos de garaje, policías, vendedores ambulantes, vendedores de helados, vendedores a domicilio, cobradores, recepcionistas, soldadores, carpinteros, obreros de la construcción, peones, granjeros, políticos, comerciantes... Hombres y mujeres cuya sola existencia aterrorizaba a los Nul-Os.

Masas emocionales de gente corriente, que detestaban la Magna Obra, las bombas, bacterias y misiles teledirigidos, afloraban a la superficie. Se rebelaban, a la postre. Ponían fin a la superlógica: racionalidad sin responsabilidad.

—Estamos perdidos —jadeó Weller—. Olvídense de las torres. Dirijan la nave hacia la superficie.

Un viajante y dos fontaneros prendieron fuego a la terminal. Un grupo de hombres vestidos con ropa de trabajo y camisas de lona se dedicaron a arrancar los cables. Otros, tan ordinarios como los demás, apuntaron sus rifles energéticos contra los intrincados controles. Brotaron llamas. La torre de la terminal osciló de forma ominosa.

La nave de Venus apareció, elevada hacia la superficie mediante un complicado sistema. Al instante, los Nul-Os se precipitaron en su interior, formando dos colas ordenadas. Ninguno perdió la calma en ningún momento, a pesar que los humanos enloquecidos diezmaban sus filas.

—Animales —comentó con tristeza Weller—. Las masas. Animales irracionales, dominados por sus emociones. Bestias, incapaces de ver las cosas con lógica.

Un rayo energético le desintegró, y el hombre que le seguía avanzó. Por fin, el último Nul-O superviviente subió a bordo, y las grandes escotillas se cerraron. Los motores de la nave cobraron vida con un poderoso rugido, y el vehículo salió disparado hacia el cielo a través de la burbuja.

Lemuel yacía donde había caído, cuando un rayo energético, disparado por un electricista enloquecido, le había alcanzado en la pierna izquierda. Vio con tristeza que la nave se elevaba, vacilaba, atravesaba la burbuja y se perdía en el cielo. Estaba rodeado de seres humanos por todas partes; reparaban la burbuja de protección, gritaban órdenes, y corrían de un lado a otro como locos. El murmullo de sus voces hirió sus sensibles oídos. Levantó las manos y se tapó las orejas.

La nave había partido. Él no se hallaba a bordo, pero el plan continuaría sin su ayuda.

Oyó una voz lejana. Era el doctor Frisch, que le llamaba desde la nave. La voz era débil, perdida en la lejanía del espacio, pero Lemuel consiguió discernir algunas palabras por encima del caos que le rodeaba.

—Adiós... Te recordaremos...

—¡Trabajen sin descanso! —gritó en respuesta—. ¡No cejen hasta que el plan se haya consumado!

—Trabajaremos... —La voz se debilitó—. Continuaremos adelante... —Se desvaneció, pero regresó un breve instante—. Triunfaremos...

Luego, sólo silencio.

Lemuel, con una sonrisa beatífica, una sonrisa de felicidad y satisfacción, satisfacción por el trabajo bien hecho, se recostó y esperó a que la manada de animales humanos irracionales acabara con él.

SERVIR AL AMO

Applequist tomó un atajo por un campo desierto, subió por un estrecho sendero que corría paralelo a la grieta bostezante de un precipicio, y entonces oyó la voz.

Se paró en seco y empuñó la pistola. Escuchó durante largo rato pero sólo captó el lejano roce del viento entre los árboles truncados que bordeaban el risco, un murmullo que se confundía con el crujido de la hierba reseca bajo sus pies. La voz procedía del barranco Su fondo se veía enmarañado y lleno de desperdicios. Se acuclillo en el borde y trató de localizar la voz.

No percibió ni un movimiento, nada que revelara el origen. Las piernas empezaron a dolerle. Las moscas zumbaron a su alrededor y se posaron en su frente sudorosa. El sol le producía dolor de cabeza. Las nubes de polvo habían sido bastante finas durante los meses pasados.

Su reloj a prueba de radiaciones le informó de que eran las tres.

Por fin, se encogió de hombros y se levantó con dificultades A la mierda. Que envíen una patrulla armada. No era su problema. Era un cartero de cuarta categoría, y un civil, por añadidura.

Mientras trepaba por la colina en dirección a la carretera volvió a escuchar el sonido. Y ahora, desde un lugar que dominaba el barranco, captó un fugaz movimiento. Experimentó temor e incredulidad. No era posible..., pero lo

había visto con sus propios ojos. No era un rumor propagado por las circulares de noticias.

¿Que hacia un robot en el barranco desierto? Todos los robots habían sido destruidos años antes. Sin embargo, allí estaba, entre los desperdicios y las malas hierbas. Un amasijo oxidado medio corroído. Le había llamado con voz débil cuando pasaba por el sendero.

El anillo defensivo de la Compañía le permitió salvar los tres controles y penetrar en la zona del túnel. Descendió lentamente, absorto en sus pensamientos, hasta llegar al nivel de organización. Mientras se quitaba la saca de correos, el supervisor asistente Jenkins se acercó a toda prisa.

—¿Dónde coño se ha metido? Son casi las cuatro.

—Lo siento. —Applequist devolvió la pistola al guardia más cercano—. ¿Qué posibilidades tengo de obtener un permiso de cinco horas? Me gustaría investigar algo.

—Ni una. Ya sabe que el ala derecha está desguarnecida. Es necesario que todo el mundo esté en alerta las veinticuatro horas.

Applequist procedió a separar las cartas. La mayoría eran de tipo personal, intercambiadas entre supervisores principales de Empresas Norteamericanas. Cartas dirigidas a mujeres de vida alegre, más allá de la periferia de la Compañía. Cartas dirigidas a familias, así como peticiones a oficiales de menor rango.

—En ese caso —dijo con aire pensativo—, tendré que ir como sea.

Jenkins escrutó al joven con suspicacia.

—¿Qué sucede? ¿Ha encontrado algún aparato incólume, un escondite subterráneo?

Applequist estuvo a punto de contárselo, pero no lo hizo.

—Tal vez —contestó con indiferencia—. Es posible.

Jenkins le dedicó una mueca de odio y abrió las puertas de la cámara de observación. Los oficiales estaban examinando las actividades del día ante un gran plano mural. Media docena de hombres maduros, la mayoría calvos, con el cuello de la camisa sucio y manchado, derrumbados en butacas. En una esquina, el supervisor Rudde dormía, sus gordas piernas extendidas frente a él. La camisa abierta dejaba al descubierto el vello del pecho. Estos eran los hombres que dirigían la compañía de Detroit. Diez mil familias, todo el refugio subterráneo, dependían de ellos.

—¿Qué tiene en mente? —retumbó una voz en el oído de Applequist. El director Laws había entrado en la cámara y pillado a todo el mundo desprevenido, como de costumbre.

—Nada, señor —respondió Applequist, pero los ojos acerados, azules como la porcelana, sondearon sus pensamientos—. La fatiga habitual. Me ha subido la tensión. Tenía la intención de tomar unas horas de permiso, pero con tanto trabajo...

—No trate de engañarme. No se necesitan carteros de cuarta categoría. ¿Cuál es su auténtica intención?

—Señor, ¿por qué fueron destruidos los robots? —preguntó Applequist de sopetón.

Se hizo el silencio. El rostro rotundo de Laws transparentó sorpresa, y después hostilidad. Applequist se apresuró a continuar antes de que el hombre pudiera hablar.

—Sé que está prohibido a mi clase hacer preguntas teóricas, pero es muy importante que lo averigüe.

—El tema está cerrado —replicó Laws en tono amenazador—. Incluso para el personal de máximo nivel.

—¿Cuál fue la relación de los robots con la guerra? ¿Por qué se declaró la guerra? ¿Cómo era la vida antes de la guerra?

—El tema está cerrado —repitió Laws.

Caminó con parsimonia hacia el plano mural y Applequist se quedó solo entre el ruido de las máquinas, entre los murmullos de los oficiales y burócratas.

Reanudó la selección de cortes como un autómata. Había estallado la guerra y los robots se vieron mezclados en ella. Eso lo sabía. Algunos habían sobrevivido. De niño, su padre le había llevado a un centro industrial y los había visto, trabajando en sus máquinas. En otro tiempo habían sido muy complejos. Ya habían desaparecido; pronto acabarían con los sencillos. Ya no se fabricaba ni uno más.

—¿Qué ocurrió? —había preguntado, cuando su padre se lo llevó a rastras—. ¿Adónde han ido a parar todos los robots?

No obtuvo ninguna respuesta. Eso había sucedido dieciséis años antes, y ahora ya no quedaba ninguno. Hasta el recuerdo de los robots estaba desapareciendo. Dentro de unos años, la palabra se borraría del diccionario. Robot. ¿Qué había pasado?

Terminó con las cartas y salió de la cámara. Ningún supervisor se dio cuenta; estaban discutiendo algún punto erudito de estrategia. Maniobras y contramaniobras entre las compañías. Tensión e intercambio de insultos. Encontró un cigarrillo arrugado en el bolsillo y lo encendió con mano inexperta.

—Llamada a cenar —anunció el altavoz del pasadizo—. Una hora de descanso para el personal de máximo nivel.

Algunos supervisores pasaron ruidosamente a su lado. Applequist apagó el cigarrillo y se dirigió a su puesto. Trabajaría hasta las seis. Después, sería su hora de cenar. Ningún otro descanso hasta el sábado. Claro que si no iba a cenar.

El robot debía de ser de poca categoría, perteneciente al grupo final liquidado. El tipo inferior que había visto de niño. No podía ser uno de los complicados robots de la guerra. Haber sobrevivido en el barranco, haberse oxidado y podrido durante todos aquellos años transcurridos desde la guerra...

Su mente mantuvo a raya la esperanza. Entró en un ascensor, el corazón acelerado, y apretó el botón. Al anochecer lo sabría.

El robot yacía entre montones de escoria metálica y males hierbas. Fragmentos mellados y oxidados dificultaron la progresión de Applequist, a medida que descendía con cautela por el barranco, la pistola en una mano y la máscara antirradiación ceñida a su cara.

El contador cliqueteó ruidosamente; el fondo del barranco estaba caliente. Charcos de contaminación sobre los fragmentos rojizos de metal, las mesas apiladas de acero, plástico y componentes de maquinaria fundidos. Apartó a puntapiés bolas de ennegrecidos cables enmarañados y se alejó con cautela del depósito de combustible bostezante de alguna máquina antigua, ahora invadido por plantas trepadoras. Una rata salió corriendo. El sol estaba a punto de ponerse. Sombras oscuras se extendían por doquier.

Librodot

El robot le miró en silencio. La mitad ya no existía; sólo quedaba la cabeza, los brazos y el tronco, un círculo mellado irregular, como si le hubieran arrancado de cuajo la parte inferior. Estaba inmovilizado. Tenía toda la superficie agrietada y corroída. Faltaba una lente ocular. Algunos dedos estaban torcidos de manera grotesca. Yacía de espaldas, cara al cielo.

Era un robot de los tiempos de la guerra, desde luego. En su único ojo brillaba una conciencia arcaica. No era el simple obrero que había visto de niño. La respiración de Applequist se aceleró. Era auténtico. Seguía sus movimientos sin descuidar detalle. Estaba vivo.

Todo este tiempo, pensó Applequist. Todos estos años. Se le erizó el vello de la nuca. Todo estaba en silencio, las colinas, los árboles, las mesas de ruinas. Nada se movía; los únicos seres vivos eran el viejo robot y él. Tirado en el barranco, esperando a que alguien apareciera.

Se levantó un viento frío y se ajustó automáticamente el sobretodo. Algunas hojas volaron sobre el rostro inmóvil del robot. Sobre su tronco habían crecido plantas trepadoras, se habían introducido en sus entrañas. Había llovido sobre él, el cielo lo había bañado. En invierno, la nieve lo había cubierto. Ratas y animales lo habían olfateado. Los insectos habían recorrido sus restos. Y continuaba vivo.

—Te oí —murmuro Applequist—, mientras caminaba por el sendero.

—Lo sé —contestó el robot—. Vi que te parabas. —Su voz era débil y seca. Como el sonido de las cenizas al rozar entre sí. Sin tono ni matices— ¿Quieres decirme la fecha? Sufrí un corte de energía por tiempo indefinido. Las terminales de los cables se cortaron temporalmente.

—11 de junio de 2136.

El robot reunió las escasas fuerzas que le quedaban. Movió apenas un brazo, luego lo dejó caer. Su único ojo se veló, y engranajes oxidados chirriaron en su interior. Applequist comprendió de repente que el robot podía expirar en cualquier momento. Era un milagro que hubiera sobrevivido durante tanto tiempo. Se habían pegado caracoles a su cuerpo, recorrido por sendas pegajosas que se cruzaban. Un siglo...

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Desde la guerra?

—Sí.

Applequist sonrió, nervioso.

—Eso es mucho tiempo. Más de cien años.

—Así es.

Anochecía con rapidez. Applequist buscó su linterna. Apenas distinguía las laderas del barranco. A lo lejos, un ave graznó en la oscuridad. Los arbustos se agitaron.

—Necesito ayuda —dijo el robot—. La mayor parte de mi motor fue destruido. No puedo moverme.

—¿En qué estado se encuentra el resto? Tu provisión de energía. ¿Cuánto tiempo puedes...?

—Se ha destruido un número considerable de células. Sólo siguen funcionando unos pocos circuitos. Y están sobrecargados. —El ojo del robot volvió a mirarle—. ¿Cuál es la situación tecnológica? He visto volar naves aéreas. ¿Aún fabricáis equipos electrónicos?

—Tenemos en funcionamiento una unidad industrial cerca de Pittsburgh.

—Si describo unidades electrónicas básicas, ¿me entenderás?

—Carezco de conocimientos mecánicos. Estoy clasificado como cartero de cuarta categoría, pero tengo contactos en el departamento de reparaciones. Mantenemos en funcionamiento nuestras máquinas

—Se humedeció los labios, tenso—. Es arriesgado, por supuesto. Hay leyes.

—¿Leyes?

—Todos los robots fueron destruidos. Eres el único que queda. Los demás fueron liquidados hace años.

El único ojo del robot no expresó nada.

—Por qué has venido? —preguntó. Su ojo se desvió hacia la pistola que Applequist empuñaba—. Eres un funcionario de bajo categoría en alguna jerarquía. Obedeces órdenes superiores. Un número que funciona mecánicamente dentro de un sistema más grande.

Applequist lanzó una carcajada.

—Supongo que sí. —Dejó de reír—. ¿Por qué estalló la guerra? ¿Cómo era la vida antes?

—¿No lo sabes?

—Por supuesto que no. No se permiten conocimientos teóricos, excepto al personal de máxima categoría. Ni los supervisores saben algo de la guerra. —Applequist se arrodilló y enfocó con la linterna el rostro del robot—. Las cosas eran diferentes antes, ¿verdad? No vivimos siempre en refugios subterráneos. El mundo no fue siempre una montaña de escoria. La gente no fue siempre esclava de las compañías.

—Antes de la guerra no había compañías.

Applequist lanzó un gruñido de triunfo.

—Lo sabía.

—Los hombres vivían en ciudades, que fueron arrasadas durante la guerra. Las compañías, que estaban protegidas, sobrevivieron. Altos cargos de estas compañías se convirtieron en el gobierno. La guerra se prolongó durante mucho tiempo. Todo lo valioso fue destruido. Has salido de un cascarón carbonizado. —El robot guardó silencio unos instantes y luego prosiguió—. El primer robot fue fabricado en 1979. En el año 2000, los robots realizaban todos los trabajos rutinarios. Los seres humanos gozaban de libertad para hacer lo que les apetecía. Arte, ciencia, espectáculos, lo que más les gustaba.

—¿Qué es el arte? —preguntó Applequist.

—Trabajo creativo, dirigido hacia la realización de una aspiración personal. Toda la población de la Tierra tenía libertad para desarrollarse culturalmente. Los robots mantenían el mundo; el hombre lo disfrutaba.

—¿Cómo eran las ciudades?

—Los robots reconstruyeron y rediseñaron nuevas ciudades a tenor de planos trazados por artistas humanos. Limpias, higiénicas, atractivas. Eran ciudades de dioses.

—¿Por qué estalló la guerra?

El único ojo del robot centelleó.

—Ya he hablado demasiado. Mi suministro de energía está peligrosamente bajo.

Applequist tembló.

—¿Que necesitas? Lo traeré.

—Ahora mismo necesito una cápsula atómica A, capaz de proporcionar diez mil unidades f.

—Sí.

—A continuación, necesitaré herramientas y secciones de aluminio. Cables de bajo resistencia. Trae papel y lápiz... Te daré una lista. No la entenderás, pero alguien del departamento de mantenimiento electrónico lo hará. Lo primero que necesito es suministro de energía.

—¿Y me hablarás de la guerra?

—Por supuesto.

El robot se sumió en el silencio. Las sombras se arrastraban a su alrededor. El frío aire de la noche agitó las hierbas y los arbustos.

—Date prisa. Mañana, si es posible.

—Debería dar parte de usted —dijo el ayudante de supervisión Jenkins—. Media hora de retraso, y ahora esto. ¿Qué está haciendo? ¿Quiere que le despidan de la compañía?

Applequist se acercó al hombre.

—He de conseguir este material. El... escondite está bajo la superficie. He de construir un acceso seguro. De lo contrario, todo quedará sepultado bajo los escombros.

—¿Es muy grande el escondite? —El rostro abultado de Jenkins expresaba codicia y suspicacia a la vez. Ya estaba gastando la recompensa de la compañía—. ¿Ha podido verlo? ¿Contiene máquinas desconocidas?

—No reconocí ninguna —contestó Applequist, impaciente—. No perdamos el tiempo. La masa de cascotes está a punto de derrumbarse. He de proceder con celeridad.

—¿Dónde está? ¡Quiero verlo!

—Voy a hacerlo solo. Usted proporcióneme el material y cubra mi ausencia. Esa es su parte.

Jenkins se debatió en un mar de dudas.

—Si me miente, Applequist...

—No miento —respondió Applequist irritado—. ¿Cuándo tendré la unidad de energía?

—Mañana por la mañana. Tendré que llenar un montón de formularios. ¿Esta seguro de que puede manejarla? Será mejor que le acompañe un equipo de reparaciones. Para asegurarnos...

—Puedo manejarla —le interrumpió Applequist—. Consígame el material. Yo me ocuparé de lo demás.

El sol de la mañana se filtraba entre los desperdicios. Applequist encajó la cápsula nueva, nervioso, enroscó los tornillos, sujetó el forro protector corroído, y se puso en pie, tembloroso. Tiró la cápsula antigua y aguardó.

El robot se movió. Su ojo cobró vida. Movió el brazo sobre su tronco y hombros de forma experimental.

—¿Todo bien? —preguntó Applequist con voz hueca.

—En apariencia, sí. —La voz del robot era más potente, claro y confiada—. La vieja cápsula estaba agotada. Fue una suerte que pasaras en aquel momento.

—Dices que los hombres vivían en ciudades —atacó Applequist—. ¿Los robots trabajaban?

—Los robots realizaban las tareas rutinarias necesarias para mantener el sistema industrial. Los humanos gozaban de todo el tiempo libre que deseaban. Nos gustaba trabajar para ellos. Era nuestra misión.

—¿Qué pasó? ¿Qué salió mal?

El robot cogió papel y lápiz; mientras hablaba, trazaba cifras.

—Existía un grupo fanático de humanos. Una organización religiosa. Afirmaban que Dios ordenó al hombre ganarse el pan con el sudor de su frente. Querían que los robots desaparecieran y los hombres volvieran a las fábricas, para trabajar como esclavos en tareas rutinarias.

—¿Por qué?

—Afirmaban que el trabajo ennoblecía el espíritu. —El robot le entregó un papel—. Esto es la lista de lo que quiero. Necesitaré esos materiales y herramientas para reparar mi sistema.

Applequist manoseó el papel.

—Ese grupo religioso...

—Hombres divididos en dos bandos: los Moralistas y los Ociosos. Combatieron entre sí durante años, mientras nosotros nos manteníamos al margen, ignorantes de nuestra suerte. No entendí que los Moralistas se impusieran a la razón y el sentido común, pero fue así.

—¿Crees...? —empezó Applequist, y luego calló. Apenas se atrevía a verbalizar la idea que corroía su fuero interno—. ¿Existe alguna posibilidad de que vuelvan a existir robots?

—Tus palabras son oscuras. —El robot partió el lápiz en dos y lo tiró—. ¿Qué quieres decir?

—La vida no es agradable en las compañías. Muerte y trabajo duro. Formularios, turnos, períodos de trabajo y órdenes.

—Es vuestro sistema. Yo no soy el responsable.

—¿Qué recuerdas sobre la construcción de robots? ¿Qué eras tú, antes de la guerra?

—Era un controlador de unidades. Me dirigía a una unidad de fabricación de emergencia cuando mi nave fue derribada. —El robot señaló los restos que le rodeaban—. Eso fue mi nave y mi cargamento.

—¿Qué es un controlador de unidades?

—Dirigía la fabricación de robots. Diseñé y alenté la producción de tipos básicos de robot.

La cabeza de Applequist daba vueltas.

—Entonces, eres un experto en la construcción de robots.

—Sí. —El robot señaló el papel que Applequist tenía en la mano—. Consigue esos materiales y herramientas lo antes posible. Así estoy completamente indefenso. Debo recuperar mi movilidad. Si alguna nave sobrevolara este lugar...

—La comunicación entre compañías es deficiente. Entrego las cartas a pie. La mayoría de los países están devastados. Podrías trabajar sin que nadie te detectara. ¿Qué me dices de tu unidad de fabricación de emergencia? Tal vez no fue destruida.

El robot cabeceó lentamente.

—Fue ocultada concienzudamente. Existe una ínfima posibilidad. Era pequeña, pero muy bien equipada. Autosuficiente.

—Si consigo piezas de repuesto, ¿podrías...?

—Hablaremos de eso más adelante. —El robot se tendió sobre el suelo—. Cuando vuelvas, seguiremos hablando.

Jenkins le consiguió los materiales y un permiso de veinticuatro horas. Fascinado, se apoyó contra la ladera del barranco mientras el robot desarmaba su cuerpo y sustituía los elementos averiados. Al cabo de pocas

Librodot

horas, el nuevo sistema motor había sido instalado. Colocó las células básicas de las piernas. A mediodía, el robot experimentaba con sus extremidades inferiores.

—Durante la noche pude establecer un débil contacto por radio con la unidad de fabricación de emergencia —explicó el robot—. Continua intacta, según el monitor robot.

—¿Robot? ¿Quieres decir…?

—Una máquina automática de transmisión. No está viva, como Yo. No soy un robot, en un sentido estricto. —Su voz expresó orgullo—. Soy un androide.

Applequist no captó la sutil distinción. Su mente febril examinaba las posibilidades.

—En este caso, podemos seguir adelante. Con tus conocimientos y los materiales disponibles.

—Tu no viste el terror y la destrucción. Los Moralistas nos machacaron sistemáticamente. Eliminaban a los androides de cada ciudad que conquistaban. A medida que los Ociosos retrocedían, los de mi raza eran liquidados sin más. Fuimos separados de nuestras máquinas y destruidos.

—¡Pero eso fue hace un siglo! Nadie quiere destruir ya a los robots. Necesitamos robots para reconstruir el mundo. Los Moralistas ganaron la guerra y devastaron el mundo.

El robot ajustó su sistema motor hasta lograr la coordinación de sus piernas.

—Su victoria fue una tragedia, pero comprendo la situación mejor que tú. Hemos de proceder con cautela. Si esta vez nos vencen, será para siempre.

Applequist siguió al robot, mientras éste avanzaba con cautela hacia la ladera del barranco.

—El trabajo nos oprime. Esclavos en refugios subterráneos. No podemos seguir así. La gente agradecerá la vuelta de los robots. Te necesitamos. Cuando pienso en lo que debió ser la Edad de Oro, los cimientos y las flores, las hermosas ciudades de la superficie… Ahora sólo hay ruinas y penuria. Los Moralistas ganaron, pero nadie es feliz. Nos encantaría…

—¿Dónde estamos? ¿Qué lugar es éste?

—Un poco al oeste del Mississippi, a unos cuantos kilómetros. Hemos de conseguir la libertad. No podemos vivir así, trabajando bajo tierra. Si tuviéramos tiempo libre, podríamos investigar los misterios de todo el universo. Encontré algunas viejas cintas científicas. Trabajos teóricos sobre biología. Aquellos hombres trabajaron durante años en tópicos abstractos. Tenían tiempo. Eran libres. Mientras los robots sostenían el sistema económico, aquellos hombres podían dedicarse…

—Durante la guerra —interrumpió el robot con aire pensativo—, los Moralistas situaron pantallas de detección sobre cientos de kilómetros cuadrados. ¿Todavía funcionan?

—No lo sé. Lo dudo. Todo lo que está fuera de los refugios de la compañía ha dejado de funcionar.

El robot se recluyó en sus pensamientos. Había sustituido su ojo averiado por una célula nueva. Ambos ojos brillaban de concentración.

—Esta noche haremos planes con respecto a tu compañía. Te comunicaré mi decisión en ese momento. Entretanto, no hables de la situación a nadie, ¿entiendes? Lo que me preocupa ahora es el sistema de carreteras.

—La mayoría de carreteras están en ruinas —Applequist intentó contener su entusiasmo—. Estoy convencido de que casi todos los miembros de mi compañía son Ociosos. Tal vez algunos peces gordos sean Moralistas. Algunos supervisores, en todo caso, pero las clases bajas y las familias.

—Muy bien —interrumpió el robot—. Nos ocuparemos de eso más tarde. —Miró a su alrededor—. Utilizaré parte del equipo averiado. Funcionará. De momento, al menos.

Applequist consiguió esquivar a Jenkins. Atravesó a toda prisa el nivel de organización y se encaminó a su puesto de trabajo. Su mente era un torbellino. Todo lo que le rodeaba se le antojaba vago poco convincente. Los supervisores pendencieros. Las máquinas ruidosas. Los funcionarios y burócratas de poca monta que corrían de un lado a otro con mensajes e informes. Cogió un puñado de cartas y empezó a distribuirlas mecánicamente.

—Has estado fuera —observó con ironía el director Laws—. ¿Alguna chica? Si se casó con alguien ajeno a la compañía, perderá la poca categoría que tiene.

Applequist apartó las cartas.

—Quiero hablar con usted, director.

El director Laws meneó la cabeza.

—Vaya con cuidado. Ya conoce las ordenanzas que rigen para el personal de cuarta categoría. Es mejor no hacer más preguntas. Concentre su mente en el trabajo y déjenos a nosotros las cuestiones teóricas.

—Director —preguntó Applequist—, ¿a quién apoyaba nuestra compañía, a los Moralistas o a los Ociosos?

Laws fingió no entender la pregunta.

—¿Qué quiere decir? —Sacudió la cabeza—. No conozco esas palabras.

—En la guerra. ¿de qué lado estábamos?

—¡Santo Dios! —exclamó Laws—. Del lado humano, por supuesto. —Una cortina impenetrable cayó sobre su rostro rotundo—. ¿Qué quiere decir «moralista»? ¿De qué me está hablando?

Applequist empezó a sudar de repente. Apenas le salía la voz.

—Algo no cuadra, director. La guerra fue entre dos grupos de humano. Los Moralistas destruyeron a los robots porque desaprobaban que los humanos se entregaran al ocio.

—La guerra se libró entre hombres y robots —replicó Laws— Nosotros ganamos. Destruimos a los robots.

—¡Pero si trabajaban para nosotros!

Fueron construidos para trabajar, pero se rebelaron. Poseían una filosofía. Seres superiores: androides. Nos consideraban simple ganado.

Applequist temblaba de pies a cabeza.

—Pero aquél me dijo...

—Nos masacraron. Millones de humanos murieron antes de que les paráramos los pies. Asesinaron, mintieron, se escondieron, robaron, hicieron cualquier cosa con tal de sobrevivir. Eran ellos o nosotros; no hubo cuartel. —Laws agarró a Applequist por el cuello de la camisa—. ¡Maldito idiota! ¿Qué demonios ha hecho? ¡Contésteme! ¿Qué ha hecho?

Librodot

El sol se puso mientras el vehículo blindado se detenía en el borde del barranco. Las tropas bajaron por la ladera. Laws saltó entre los primeros, seguido de Applequist.

—¿Es aquí? —preguntó Laws.

—Sí, pero ha desaparecido —tartamudeó Applequist.

—Por supuesto. Ya se había reparado. Nada le retenía aquí. —Laws hizo una señal a sus hombres—. Es inútil proseguir la búsqueda. Entierren una bomba A táctica y larguémonos. Es posible que la fuerza aérea lo localice. Rociaremos esto zona con gas radiactivo.

Applequist se acercó al borde del barranco, atontado. Abajo, entre las sombras, distinguió las malas hierbas y los escombros. No se veía al robot por parte alguna, naturalmente. Sólo trozos de cable y partes del cuerpo desechadas. La vieja cápsula de energía seguía donde la había tirado. Algunas herramientas. Nada más.

—Vámonos —ordenó Laws a sus hombres—. Tenemos mucho que hacer. Hay que poner en marcha el sistema de alarma general.

Las tropas empezaron a escalar el barranco. Applequist se encaminó hacia el vehículo.

—No —dijo Laws—. Usted no vendrá con nosotros.

Applequist vio la expresión de sus rostros: miedo, terror, odio. Intentó escapar, pero le apresaron casi al instante. Procedieron en silencio, inexorablemente. Cuando terminaron, apartaron de una patada sus restos casi vivos y subieron al vehículo. Cerraron las puertas y el motor rugió. El vehículo subió por la senda hasta la carretera. Al cabo de pocos momentos, desapareció de vista.

Estaba solo, con una bomba semienterrada y las sombras Y la inmensa oscuridad lo abarcaba todo.

PIEZA DE COLECCIÓN

—Lleva un traje muy raro —observó el chofer robot del transporte público. Deslizó la puerta a un lado y se detuvo ante el bordillo. ¿Qué son esas cosas redondas?

—Se llaman botones —explicó George Miller—. Tenían una utilidad y, al mismo tiempo, servían de adorno. Los llevo por la naturaleza de mi empleo.

Pagó al robot, tomó su maletín y se encaminó por la rampa a la Oficina de Historia. El edificio principal ya había abierto; hombres y mujeres ataviados con túnicas hormigueaban por todas partes. Miller entró en un ascensor privado, se embutió entre los inmensos controladores de la división precristiana y, al cabo de un momento, subió hasta su nivel, la Segunda Mitad del Siglo Veinte.

—Güenosdías —murmuró, cuando el controlador Fleming se reunió con él ante la vitrina del reactor atómico.

—Güenosdías —respondió Fleming con brusquedad—. Escuche, Miller, acabemos con esto de una vez por todas. ¿Qué pasaría si todo el mundo vistiera como usted? El gobierno ha promulgado severas leyes respecto a la indumentaria. ¿No puede olvidar sus malditos anacronismos de vez en

cuando? ¿Qué lleva en la mano, por el amor de Dios? Parece un reptil del Jurásico aplastado.

—Es un maletín de piel de cocodrilo —explicó Miller—. Guardo en él mis útiles de estudio. El maletín era un símbolo de autoridad de los ejecutivos que vivieron a finales del siglo veinte. Al acostumbrarme a los objetos cotidianos de mi período de investigación, mi relación se transforma de simple curiosidad intelectual en genuina empatía. A menudo me subraya que pronuncio algunas palabras de manera extraña. Utilizo el acento de un ejecutivo norteamericano de la administración Eisenhower. ¿Capta?

—¿Eh? —murmuró Fleming.

—«Capta» era una expresión del siglo veinte. —Miller colocó sus útiles de estudio sobre el escritorio—. ¿Quiere algo? Si no, empezaré a trabajar. Cuento con pruebas fascinantes que, si bien los norteamericanos del siglo veinte colocaban a mano sus baldosas, no tejían sus prendas de vestir. Tengo la intención de cambiar la exposición en ese sentido.

—No hay peor fanático que un académico —graznó Fleming—. Va atrasado doscientos años. Inmerso en sus reliquias y artefactos, sus malditas réplicas de trivialidades desechadas.

—Me gusta mi trabajo —respondió Miller con humildad.

—Nadie se queja de su trabajo, pero existen otras cosas, además del trabajo. En esta sociedad, usted es una unidad político-social. ¡Vaya con cuidado, Miller! La Junta ha recibido informes sobre sus excentricidades. La devoción al trabajo está bien vista —entornó los ojos de forma significativa—, pero usted ha ido demasiado lejos.

—Debo lealtad a mi arte antes que a cualquier otra cosa —dijo Miller.

—¿A su qué? ¿Qué significa eso?

—Una palabra del siglo veinte. —Una expresión de superioridad apareció en el rostro de Miller—. Usted no es más que un burócrata sin importancia dentro de una inmensa maquinaria. Es una pieza de una totalidad cultural impersonal. Carece de criterio. Los hombres del siglo veinte poseían criterios propios, capacidad artística, el orgullo de la obra bien realizada. Estas palabras no significan nada para usted. Usted no tiene alma, otro concepto de la época dorada del siglo veinte, cuando los hombres eran libres y podían expresar sus opiniones.

—¡Cuidado, Miller! —Fleming palideció y bajó la voz, nervioso—. Malditos eruditos. Salga de sus cintas y enfréntese a la realidad. Si continúa hablando así, nos meterá a todos en un lío. Idolatre el pasado, si quiere, pero recuerde que está muerto y sepultado. Los tiempos cambian. La sociedad progresa. —Indicó con un gesto de impaciencia las piezas exhibidas en el nivel—. Sólo son réplicas imperfectas.

—¿Pone en tela de juicio mi investigación? —Miller estaba enfurecido—. ¡Esta exposición es impecable! La voy corrigiendo en función de los nuevos datos que surgen. Lo sé todo sobre el siglo veinte.

Fleming meneó la cabeza.

—Es inútil.

Dio media vuelta y se encaminó a la rampa descendente.

Miller enderezó el cuello de la camisa y la corbata de vivos colores pintada a mano. Alisó su chaqueta azul a rayas, encendió una pipa con tabaco de dos siglos antes y devolvió la atención a sus herramientas.

¿Por qué Fleming no le dejaba en paz? Fleming, el representante oficioso de la gran jerarquía que se extendía como una telaraña pegajosa sobre todo

Librodot

el planeta. En el seno de cada unidad industrial, profesional y residencial. ¡Ay, la libertad del siglo veinte! Detuvo su reproductor de cintas un momento y sus facciones adoptaron una expresión soñadora. La excitante era de la virilidad y la individualidad, cuando los hombres eran hombres...

Fue entonces cuando, sumido en la belleza de su investigación, escuchó aquellos sonidos inexplicables. Provenían del centro de la exposición, de su complejo interior, cuidadosamente regulado.

Había alguien en su exposición.

Volvió a escuchar ruidos procedentes del fondo. Algo o alguien había burlado la barrera de seguridad dispuesta para mantener al público alejado. Miller cerró el reproductor y se levantó poco a poco. Se dirigió con sigilo hacia la exposición, temblando de pies a cabeza. Eliminó la barrera y trepó al pavimento de hormigón. Algunos visitantes parpadearon cuando el hombrecillo vestido de manera extraña se deslizó entre las réplicas auténticas del siglo veinte que componían la exposición y desapareció entre ellas.

Miller, con la respiración agitada, avanzó hacia un sendero de grava muy cuidado. Tal vez se trataba de otro teórico, un servil gusano de la Junta, que buscaba algo para desacreditarle. Una inexactitud aquí, un error sin importancia allí. Su frente se perló de sudor: la ira se convirtió en terror. Un macizo de flores a su derecha. Rosas Paul Scarlet y pensamientos poco crecidos. Después, el césped verde y húmedo. El reluciente garaje blanco, con la puerta subida a medias. La pulida parte posterior de un Buick de 1954..., y la casa.

Tenía que ir con cuidado. Si era alguien de la Junta, se enfrentaría a la jerarquía oficial. Quizá era un pez gordo. Quizá se trataba de Edwin Carnap, presidente de la Junta, la máxima autoridad de la rama neoyorkina del Directorio Mundial. Miller, tembloroso, subió los tres peldaños de cemento. Llegó al porche de la casa del siglo veinte que constituía el centro de la exposición.

Era una bonita casa; si hubiera vivido en aquella época, le habría gustado tener una igual. Tres dormitorios, una casa que imitaba el estilo de los ranchos californianos. Abrió la puerta principal y entró en la sala de estar. El hogar en un extremo. Alfombras color vino. Sofá y butaca modernos. Mesa de café de madera dura con superficie de cristal. Ceniceros de cobre. Encendedor y revistero. Lámparas de pie relucientes, de plástico y acero. Un librero. Televisor. Ventana panorámica con vistas al jardín. Atravesó la sala y salió al pasillo.

La casa estaba sorprendentemente completa. Bajo sus pies, el reactor del piso proyectaba una leve aura de calor. Echó un vistazo al primer dormitorio. Un tocador de señora. Cubrecama de seda. Sábanas blancas almidonadas. Pesadas cortinas. Un tocador. Frascos y tarros. Un enorme espejo redondo. Ropas invisibles en el interior del ropero. Una bata tirada sobre el respaldo de una silla. Zapatillas. Medias de nilón cuidadosamente colocadas al pie de la cama.

Miller continuó por el pasillo y se asomó a la siguiente habitación. Papel pintado de alegres colores: payasos, elefantes y acróbatas. El dormitorio de los niños. Dos camas para dos chicos. Aviones a escala. Una cómoda sobre la que descansaba una radio, un par de peines, libros de texto, banderines, una señal de «Prohibido Estacionar», fotos pegadas en el espejo. Un álbum de sellos.

Tampoco había nadie.

Miller examinó el moderno cuarto de baño, y también la ducha de azulejos amarillos. Atravesó el comedor, echó un vistazo al sótano, donde estaban la lavadora y la secadora. Después, abrió la puerta de atrás y examinó el patio trasero. Césped y el incinerador. Un par de árboles pequeños y, como fondo, la proyección en tres dimensiones de otras casas que se extendían hasta unas colinas azules increíblemente convincentes. Pero tampoco vio a nadie. El patio estaba vacío, desierto. Cerró la puerta y volvió sobre sus pasos.

Oyó risas en la cocina.

Una carcajada de mujer. Tintineo de cucharas y platos. Y olores. Tardó un momento en identificarlos, aunque era un erudito. Tocino y café. Y pastelillos calientes. Alguien estaba desayunando. Un desayuno del siglo veinte.

Continuó pasillo adelante, pasó frente a un dormitorio masculino, en que había zapatos y ropa tirada de cualquier manera, y se detuvo en la entrada de la cocina.

Una atractiva mujer cercana a la cuarentena y dos adolescentes estaban sentados alrededor de la pequeña mesa de plástico y cromo. Habían terminado de desayunar; los muchachos se removían impacientes. El sol que se filtraba por la ventana bañaba el fregadero. El reloj eléctrico señalaba las ocho y media. La radio canturreaba en un rincón. Una enorme cafetera descansaba en el centro de la mesa, rodeada de platos vacíos, vasos de leche y cubiertos.

La mujer vestía una blusa blanca y falda de tweed a cuadros. Ambos muchachos llevaban tejanos descoloridos, camisetas y zapatillas de tenis. Aún no habían reparado en su presencia. Miller estaba petrificado en la puerta, absorbiendo el sonido de las risas y la conversación.

—Tendrán que pedir permiso a su padre —estaba diciendo la mujer, con burlona gravedad—. Esperen a que vuelva.

—Ya nos lo dio —protestó uno de los chicos.

—Bueno, pues pídanselo otra vez.

—Por la mañana siempre está de mal humor.

—Hoy no. Ha dormido bien. La fiebre del heno no le ha molestado. El nuevo medicamento ha dado resultado. —Echó un vistazo al reloj—. Ve a ver qué está haciendo, Don. Llegará tarde al trabajo.

—Estaba buscando el periódico. —Uno de los muchachos tiró la silla hacia atrás y se levantó—. Ha vuelto a caer entre las flores.

Se volvió hacia la puerta y Miller se encontró cara a cara con él. Tuvo la impresión que el chico le resultaba familiar. Muy familiar, como alguien a quien conociera, pero más joven. Se preparaba para la inminente escena cuando el chico se detuvo con brusquedad.

—Caray, me has asustado —dijo el muchacho.

La mujer lanzó una rápida mirada a Miller.

—¿Qué estabas haciendo, George? —preguntó—. Ven a terminar tu café.

Miller entró poco a poco en la cocina. La mujer estaba terminando su café; los dos chicos se habían levantado y empezaban a asediarle.

—Dijiste que podía ir de campamento este fin de semana a Russian River con el grupo del colegio, ¿cierto? —preguntó Don—. Dijiste que pidiera prestado un saco de dormir en el gimnasio, porque el que tenía lo diste al Ejército de Salvación, ya que eres alérgico al kapok que llevaba.

—Sí —murmuró Miller, vacilante.

Librodot

Don. Era el nombre del muchacho. Y su hermano, Ted. ¿Cómo lo sabía? La mujer se había levantado también y apilaba los platos sucios para llevarlos al fregadero.

—Han dicho que se lo habías prometido —dijo sin volverse. Los platos tintinearon en el fregadero y procedió a derramar sobre ellos escamas de jabón—. Me acordé de aquella vez en que querían conducir el coche y, por la forma en que lo dijeron, me dio la impresión que les habías dado permiso, pero no era así, por supuesto.

Miller se dejó caer en una silla. Jugueteó con su pipa. La depositó en el cenicero de cobre y examinó el puño de la chaqueta. ¿Qué estaba pasando? La cabeza le daba vueltas. Se puso en pie de repente y corrió hacia la ventana abierta sobre el fregadero.

Casas, calles. Las colinas lejanas. Gente. El telón de fondo tridimensional proyectado era muy convincente. ¿Qué estaba pasando?

—George, ¿qué ocurre? —preguntó Marjorie mientras se ataba alrededor de la cintura un delantal rosa de plástico y llenaba el fregadero de agua caliente—. Será mejor que saques el coche y vayas a trabajar. ¿No decías anoche que el viejo Davidson se queja que los empleados llegan tarde y se quedan charlando junto a la fuente de agua, desperdiciando el tiempo de la empresa?

Davidson. La palabra agitó la mente de Miller. Lo sabía, claro. Una diáfana imagen apareció ante él: un hombre alto, de cabello cano, delgado y sereno. Chaleco y reloj de cadena. Y la oficina, Suministros Electrónicos Unidos. El edificio de doce plantas situado en el centro de San Francisco. El quiosco de periódicos y tabaco en el vestíbulo. Los sempiternos bocinazos de los coches. Los estacionamientos abarrotados. El ascensor, lleno de secretarias de ojos alegres, jerseys ceñidos y perfumadas.

Salió de la cocina, caminó por el pasillo, dejó atrás su dormitorio, el de su mujer, y entró en la sala de estar. La puerta principal estaba abierta y salió al porche.

El aire era frío, agradable. Una luminosa mañana de abril. El césped aún estaba mojado. Los coches avanzaban por la calle Virginia hacia la avenida Shattuck. El tráfico matutino, gente camino del trabajo. Al otro lado de la calle, Earl Kelly agitó su *Oakland Tribune* mientras corría hacia la parada del autobús.

A lo lejos, Miller distinguió el puente de la Bahía, la isla Yerba Buena y la Isla del Tesoro. Más allá comenzaba San Francisco. Dentro de pocos minutos atravesaría el puente en su Buick, camino de la oficina, junto con otros miles de ejecutivos, vestidos con trajes azules a rayas.

Ted salió al porche.

—Entonces, ¿nos das permiso? ¿Podemos ir de campamento?

Miller se humedeció sus labios resecos.

—Ted, escúchame. Pasa algo raro.

—¿Como qué?

—No lo sé. —Miller deambuló por el porche, nervioso—. Hoy es viernes, ¿verdad?

—Claro.

—Me lo figuraba.

¿Cómo sabía que era viernes? ¿Cómo sabía lo demás? Pues claro que era viernes. Una semana larga y dura, el aliento de Davidson bañándole la nuca.

Sobre todo el miércoles, cuando el pedido de la General Electric se había retrasado por culpa de una huelga.

—Voy a hacerte una pregunta —dijo Miller a su hijo—. Esta mañana..., ¿salí de la cocina para ir a recoger el periódico?

Ted asintió.

—Sí. ¿Y qué?

—Me levanté y salí de la habitación. ¿Cuánto tiempo estuve ausente? No mucho, ¿verdad? —Buscó las palabras precisas, pero su mente era un laberinto de pensamientos inconexos—. Estaba sentado a la mesa con todos ustedes, me levanté y fui a buscar el periódico. ¿Correcto? Y luego volví. ¿Correcto? —Su voz adquirió un tono de desesperación—. Por la mañana, me levanté y afeité. Tomé el desayuno. Pastelillos calientes y café. Tocino. ¿Correcto?

—Correcto —aprobó Ted—. ¿Y?

—Como cada día.

—Sólo comemos pastelillos calientes los viernes.

Miller cabeceó lentamente.

—Exacto. Pastelillos calientes los viernes. Porque tu tío Frank come con nosotros los sábados y domingos y no puede soportar los pastelillos calientes, de modo que dejamos de hacerlos los fines de semana. Frank es el hermano de Marjorie. Estuvo con los marines de la primera guerra mundial. Fue cabo.

—Adiós —dijo Ted, cuando Don salió—. Hasta la noche.

Los muchachos, cargados con sus libros de texto, se encaminaron hacia la moderna escuela secundaria situada en el centro de Berkeley.

Miller volvió a entrar en la casa y buscó de manera automática su maletín en el ropero. ¿Dónde estaba? Lo necesitaba, maldita sea. Guardaba en él la cuenta Throckmorton. Davidson exigiría su cabeza a gritos si la olvidaba en algún sitio, como en la cafetería True Blue, aquella vez que todos fueron a celebrar el triunfo de los Yankees en la liga. ¿Dónde demonios estaba?

Se enderezó poco a poco, a medida que recuperaba la memoria. Por supuesto. Lo había dejado junto a su escritorio, después de sacar las cintas de investigación, mientras Fleming le hablaba. En la Oficina de Historia.

Se reunió con su mujer en la cocina.

—Escucha —dijo con voz hueca—. Marjorie, creo que no voy a ir a la oficina.

Marjorie se giró en redondo, alarmada.

—George, ¿algo va mal?

—Estoy... muy confuso.

—¿Te ha vuelto a dar la fiebre del heno?

—No. Mi cabeza. ¿Cuál es el nombre de aquel psiquiatra de la ATP que trató al hijo de la señora Bentley cuando tuvo el ataque? —Rebuscó en su mente desorganizada—. Grunberg, creo. Del edificio Médico-Dental. —Caminó hacia la puerta—. Voy a verle. Algo va mal, muy mal. Y no sé lo que es.

Adam Grunberg era un hombre grande y fornido, casi cincuentón, de cabello castaño rizado y gafas de montura metálica. Cuando Miller terminó, Grunberg carraspeó, se frotó la manga de su traje Brooks Bros y preguntó con aire pensativo:

Librodot

—¿Ocurrió algo cuando salió a buscar el periódico? ¿Algún accidente? Debería repasar esa parte con todo detalle. Se levantó de la mesa, salió al porche y empezó a buscar entre los arbustos. Y después, ¿qué?

Miller se acarició la frente.

—No lo sé. Todo es muy confuso. No recuerdo que buscara el periódico. Recuerdo que regresé a casa. A partir de ese momento, todo está claro. Pero lo anterior se mezcla con la Oficina de Historia y mi discusión con Fleming.

—Repita lo sucedido con su maletín.

—Fleming dijo que parecía un reptil del Jurásico aplastado y yo le respondí…

—No, me refiero a eso que lo buscó en el armario y no lo encontró.

—Miré en el armario y no estaba, desde luego. Lo dejé junto a mi escritorio, en la Oficina de Historia, en el nivel del Siglo Veinte. Al lado de mi exposición. —Una extraña expresión cruzó el rostro de Miller—. Santo Dios, Grunberg. ¿Se da cuenta que tal vez esto no sea más que una exposición? Usted y todos los demás… Puede que usted no sea real, sino una simple pieza de la exposición.

—Lo cual sería muy desagradable para todos, ¿verdad? —dijo Grunberg, con una leve sonrisa.

—La gente está muy segura que sus sueños son reales, hasta que despierta —replicó Miller.

—Por lo tanto, usted está soñando conmigo —rió Grunberg—. Supongo que debería darle las gracias.

—No estoy aquí porque usted me caiga especialmente bien, sino porque no puedo soportar a Fleming ni la Oficina de Historia.

—Este Fleming… —protestó Grunberg—. ¿Está consciente de haber pensado en él antes de salir a buscar el periódico?

Miller se levantó y empezó a pasear por el lujoso consultorio, entre las butacas forradas de piel y el enorme escritorio de caoba.

—Quiero hacer frente a la situación. Soy un objeto de la exposición. Una réplica artificial del pasado. Fleming dijo que me pasaría algo por el estilo.

—Siéntese, señor Miller —dijo Grunberg, con voz suave pero autoritaria. Siguió hablando cuando su visitante obedeció—. Entiendo lo que dice. Tiene la sensación que todo cuando le rodea es irreal. Una especie de escenario.

—Una exposición.

—Sí, una exposición de un museo.

—De la Oficina de Historia de Nueva York. Nivel R, el nivel del Siglo Veinte.

—Y, además de esta sensación general de… insubstancialidad, existen recuerdos específicos proyectados de personas y lugares ajenos a este mundo, otro plano que contiene a ésta; la realidad, podríamos decir, en la que este mundo no es más que una sombra.

—Este mundo no me parece una simple sombra. —Miller golpeó con violencia el brazo en su butaca—. Este mundo es completamente real. Eso es lo extraño. Entré para investigar unos ruidos y ahora no puedo salir. Dios Santo, ¿tendré que vagar por esta réplica el resto de mi vida?

—Debe saber que su sensación es común a casi todos los seres humanos, sobre todo en períodos de gran tensión. A propósito, ¿dónde estaba el periódico? ¿Consiguió encontrarlo?

—En lo que a mí concierne…

—¿Le supone una causa de irritación? Veo que reacciona con violencia a la sola mención del periódico.

Miller meneó la cabeza, agotado.

—Olvídelo.

—Sí, una fruslería. El repartidor tira descuidadamente el diario, que va a parar entre los arbustos, no al porche. Usted se irrita. Sucede una y otra vez. Nada más empezar el día, antes de ir a trabajar. Al parecer, simboliza a pequeña escala las frustraciones de su trabajo. De toda su vida.

—Personalmente, me importa un comino el periódico. —Miller consultó su reloj—. Me voy. Son casi las doce. El viejo Davidson pedirá mi cabeza a gritos si no estoy en la oficina a las... —Se interrumpió—. Otra vez.

—Otra vez, ¿qué?

—¡Todo esto! —Miller señaló la ventana—. Este lugar. Este maldito mundo. Esta exposición.

—Se me ocurre una idea —dijo el doctor Grunberg—. Se la explicaré, a ver qué le parece. Rechácela sin ambages si no le gusta. —Levantó sus ojos astutos y profesionales—. ¿Ha visto alguna vez a niños jugando con cohetes espaciales?

—Señor —respondió Miller—, he visto cargueros espaciales comerciales que transportaban mercancías entre la Tierra y Júpiter, y aterrizaban en el espaciopuerto de La Guardia.

Grunberg sonrió.

—Escúcheme con atención. Una pregunta. ¿El trabajo le agobia?

—¿Qué quiere decir?

—Sería estupendo vivir en el mundo del futuro. Los robots y los cohetes se encargarían de hacer todo el trabajo. Usted podría arrellanarse en un sillón y descansar. Sin preocupaciones, cansancios ni frustraciones.

—Mi cargo en la Oficina de Historia trae consigo muchas preocupaciones y frustraciones. —Miller se levantó con brusquedad—. Escuche, Grunberg, o esto es una exposición en el nivel R de la Oficina de Historia, o yo soy un ejecutivo de clase media que se inventa una fantasía como válvula de escape. En este momento, soy incapaz de decidir. En un momento dado pienso que esto es real, y al siguiente...

—Podemos decidirlo con suma facilidad.

—¿Cómo?

—Usted buscaba el periódico. Siguió el camino particular y penetró en el jardín. ¿Dónde estaba? ¿En el camino, en el porche? Trate de recordar.

—No hace falta. Estaba en el pavimento. Había saltado por encima de la barandilla y dejado atrás las barreras de seguridad.

—En el pavimento. Regrese a ese punto. Localice el lugar exacto.

—¿Por qué?

—Para demostrarse a usted mismo que no hay nada al otro lado.

Miller respiró hondo.

—¿Y si lo hay?

—Es imposible. Usted mismo lo ha dicho: sólo uno de los mundos puede ser real. Este mundo es real. —Grunberg descargó su puño sobre el macizo escritorio de caoba—. Ergo, no encontrará nada al otro lado.

—Sí —dijo Miller, tras un momento de silencio. Una peculiar expresión se pintó en su rostro—. Ha descubierto el error.

—¿Qué error? —preguntó Grunberg, estupefacto—. ¿Qué...?

Miller se encaminó hacia la puerta del despacho.

Librodot

—Empiezo a comprenderlo. Estaba planteando una pregunta equivocada, al intentar decidir qué mundo era el real. —Dirigió una sonrisa desprovista de humor al doctor Grunberg—. Ambos son reales, por supuesto.

Tomó un taxi y volvió a casa. No había nadie. Los chicos estaban en el colegio y Marjorie había ido de compras al centro. Esperó hasta asegurarse que nadie miraba desde la calle y bajó por el camino particular hacia el pavimento.

Encontró el lugar sin la menor dificultad. Distinguió un leve brillo en el aire, justo al borde del estacionamiento. A través de él vio formas confusas.

Tenía razón. Ahí estaba, completo y real. Tan real como el pavimento que pisaba.

Los bordes del círculo cortaban una larga barra metálica. La reconoció: era la barandilla de seguridad que había saltado para entrar en la exposición. Al otro lado se encontraba el sistema de barreras de seguridad. Desconectado, por supuesto. Y más allá, el resto del nivel y los muros más alejados del edificio de Historia.

Avanzó con cautela y se internó en la niebla. Brillaba a su alrededor, brumosa y oblicua. Las formas adquirieron una mayor definición. Una figura móvil ataviada con una túnica azul oscuro. Un curioso que examinaba las piezas exhibidas. La figura prosiguió su camino y se desvaneció. Vio su escritorio. El reproductor de cintas y las herramientas de trabajo. Junto al escritorio estaba su maletín, exactamente donde lo había dejado.

Mientras sopesaba la posibilidad de pasar por encima de la barandilla y tomar el maletín, apareció Fleming.

Un sexto sentido aconsejó a Miller retroceder hacia la neblina. Tal vez se debió a la expresión de Fleming. En cualquier caso, Miller se encontró de nuevo sobre el pavimento, antes que Fleming se detuviera junto a la grieta, el rostro congestionado, los labios retorcidos en una mueca de indignación.

—Miller, salga de ahí —dijo con voz estrangulada.

Miller lanzó una carcajada.

—Sea buen chico, Fleming. Tíreme el maletín. Es esa cosa de aspecto extraño que hay junto a mi escritorio. Se la enseñé antes, ¿recuerda?

—¡Deje de decir tonterías y escúcheme! Se lo digo muy en serio. Carnap lo sabe. Me vi en la obligación de informarle.

—Bien por usted. El leal burócrata.

Miller se encogió para encender su pipa. Inhaló y expulsó una gran bocanada de humo gris por la grieta. Fleming tosió y retrocedió.

—¿Qué es eso?

—Tabaco. Una de las cosas que hay aquí. Una sustancia muy común en el siglo veinte. Usted no sabe nada de él. Su período es el siglo segundo antes de Cristo. El mundo heleno. No sé si le gustará mucho. Las instalaciones sanitarias eran deficientes, y la media de vida, corta.

—¿De qué está hablando?

—En comparación, la esperanza de vida de mi período es muy alto. Tendría que ver sus cuartos de baño. Azulejos amarillos. Y ducha. No tenemos nada parecido en los aposentos de ocio de la Oficina.

—En otras palabras —gruñó Fleming—, piensa quedarse ahí.

—Es un lugar agradable —reconoció Miller—. Mi posición es superior a la media, por supuesto. Se la voy a describir. Tengo una mujer muy atractiva. El matrimonio está permitido en esta era, incluso santificado. Tengo dos hijos estupendos, ambos varones, que irán a Russian River este fin de

semana. Viven conmigo y con mi mujer; se hallan bajo nuestra custodia absoluta. El Estado carece de poder a ese respecto. Tengo un Buick nuevo de trinca y…

—Ilusiones —barbotó Fleming—. Fantasías psicóticas.

—¿Está seguro?

—¡Maldito idiota! Siempre supe que su ego era demasiado regresivo para enfrentarse a la realidad. Usted y sus retrocesos anacrónicos. A veces me avergüenzo de ser un teórico. Ojalá me hubiera dedicado a la ingeniería. —Fleming torció los labios—. Usted está loco. Se encuentra en medio de una exposición artificial, que pertenece a la Oficina de Historia, un amasijo de plástico, cables y postes. La réplica de una época pretérita. Una imitación. Y prefiere vivir ahí antes que en el mundo real.

—Muy extraño —dijo Miller en tono pensativo—. Tengo la impresión de haber oído algo muy parecido hace poco. ¿Conoce por casualidad a un tal doctor Grunberg? Es psiquiatra.

El director Carnap llegó sin previo aviso con su cohorte de ayudantes y expertos. Fleming se apresuró a retroceder unos pasos. Miller se encontró frente a frente con una de las figuras más poderosas del siglo veintidós. Sonrió y extendió la mano.

—Maldito imbécil —masculló Carnap—. Salga antes que le saquemos a rastras. Si nos obliga, está acabado. Ya sabe lo que se hace con los psicóticos avanzados. Significará la eutanasia para usted. Le doy la última oportunidad de abandonar esa exposición falsa…

—Lo siento —dijo Miller—, pero no es una exposición.

El rotundo rostro de Carnap expresó una repentina sorpresa. Durante un breve instante, su pose desapareció.

—Aún se empeña en sostener…

—Esto es una puerta temporal —dijo Miller con serenidad—. No puede sacarme, Carnap. No puede alcanzarme. Estoy en el pasado, a doscientos años de distancia. He viajado a un continuo existencial anterior. Encontré un puente y escapé de su continuo. Y no hay nada que pueda hacer al respecto.

Carnap y sus expertos se sumieron en una veloz conferencia técnica. Miller aguardó con paciencia. Tenía mucho tiempo; había decidido que no aparecería por la oficina hasta el lunes.

Al cabo de un rato, Carnap volvió a aproximarse a la grieta, con cuidado de no pasar por encima de la barandilla.

—Una teoría interesante, Miller. Eso es lo más extraño de los psicóticos: racionalizan sus fantasías y las integran en un sistema lógico. A priori, su concepto es convincente, consistente, pero…

—Pero, ¿qué?

—Pero no es verdadero. —Carnap había recuperado su confianza; daba la impresión que el diálogo le satisfacía—. Usted piensa que ha vuelto al pasado. Sí, la exposición es muy precisa. Su trabajo siempre ha sido excelente. Ninguna otra exposición iguala la autenticidad de los detalles.

—Intento hacer mi trabajo lo mejor posible —murmuró Miller.

—Usted llevaba prendas arcaicas y se expresaba con términos arcaicos. Hizo todo lo posible por proyectarse hacia el pasado. Se dedicó en cuerpo y alma a su trabajo. —Carnap dio unos golpecitos con el dedo sobre la barandilla—. Sería una pena, Miller. Sería una terrible pena destruir una réplica tan auténtica.

—Entiendo lo que quiere decir —respondió Miller, al cabo de unos instantes—. Estoy de acuerdo con usted, desde luego. Me siento muy orgulloso de mi trabajo. Detestaría verlo destruido, pero no le servirá de nada. Sólo conseguirá cerrar esta puerta temporal.

—¿Está seguro?

—Por supuesto. Esta exposición es un simple puente, un vínculo con el pasado. Atravesé la exposición, pero ya no estoy en ella. He trascendido la exposición. —Sonrió con los labios apretados—. Su destrucción no me afectará, pero aísleme de su mundo, si así lo desea. No tengo la menor intención de regresar. Ojalá pudiera ver este lado, Carnap. Es un bonito lugar. Libertad, oportunidades. Gobierno limitado, responsable ante el pueblo. Si no le gusta su trabajo, lo deja. Aquí no hay eutanasia. Pase, le presentaré a mi mujer…

—Le atraparemos —dijo Carnap, y también a sus invenciones psicóticas.

—Dudo que alguna de esas «invenciones psicóticas» esté preocupada. Grunberg no lo estaba. No creo que Marjorie esté…

—Ya hemos iniciado los preparativos de demolición —explicó Carnap con calma—. No lo haremos de golpe, sino pieza por pieza. Así tendrá la oportunidad de apreciar nuestro método científico y artístico de volar en pedazos su mundo imaginario.

—Pierde el tiempo —dijo Miller.

Se volvió, bajó por el pavimento, se internó por el sendero de grava y llegó al porche.

Se acomodó en la butaca de la sala de estar y conectó el televisor. Después, entró en la cocina y sacó de la nevera una lata de cerveza bien fría. Regresó a la confortable sala de estar.

Mientras se sentaba ante el televisor, reparó en algo enrollado sobre la mesita de café.

Sonrió con ironía. Era el periódico de la mañana, que había buscado con tanto ahínco. Marjorie lo había entrado junto con la leche, como de costumbre. Y se había olvidado de decírselo, por supuesto. Bostezó, satisfecho, y lo tomó. Lo desdobló y leyó los grandes titulares en letra negra:

RUSIA DESCUBRE LA BOMBA DE COBALTO,
CAPAZ DE DESTRUIR EL MUNDO ENTERO

LOS REPTADORES

Construía, y cuanto más construía, más le divertía construir. El cálido sol se filtraba hasta él; las brisas del verano soplaban a su alrededor mientras trabajaba alegremente. Cuando se le acabó el material, hizo una pausa y descansó. Su edificio no era muy grande; era más un modelo para practicar algo definitivo. Una parte de su cerebro le decía esto, y otra parte estaba encantada por el orgullo y la excitación. Era al menos lo bastante grande como para entrar. Bajó reptando por el túnel de entrada, y se acurrucó en el interior, dichoso.

A través de una fisura del techo le cayeron unas motas de polvo. Rezumó fluido de unión y reforzó el lugar débil. En su edificio, el aire era limpio y

frío, casi libre de polvo. Reptó sobre las paredes interiores una última vez, dejando sobre todas ellas una capa de fluido que se secó rápidamente. ¿Qué otra cosa se necesitaba? Comenzaba a sentirse amodorrado; en un momento estaría dormido.

Pensó en ello, y luego extendió parte de sí mismo hacia arriba, a través de la entrada aún abierta. Esa parte vigilaba y escuchaba atentamente, mientras el resto de él dormía sumido en un confortable sueño. Estaba en paz y contento, consciente que a una cierta distancia todo lo que se veía era un pequeño montículo de arcilla oscura. Nadie se fijaría en él; nadie se imaginaría lo que había debajo.

Y, si se fijaban, tenía métodos para ocuparse de ellos.

El campesino detuvo su viejo Ford con un espantoso chirrido de los frenos. Maldijo y echó hacia atrás algunos metros.

—Allí hay uno. Baje y échele una mirada. Ojo con los coches... Van muy de prisa por estos contornos.

Ernest Gretry abrió la portezuela de la cabina y bajó cautelosamente al cálido asfalto del mediodía. El aire olía a sol y a yerba seca. Los insectos zumbaban a su alrededor mientras avanzaba cautamente por la carretera, con las manos en los bolsillos de los pantalones y su delgado cuerpo inclinado hacia adelante. Se detuvo y miró hacia el suelo.

La cosa estaba bien aplastada. Las señales de las ruedas la atravesaban en cuatro partes, y sus órganos internos se habían roto y estallado. Era como un caracol, un tubo gomoso alargado con órganos sensoriales en un extremo y una confusa masa de extensiones protoplasmáticas en el otro.

Lo que más le impresionó fue el rostro. Durante un rato no pudo mirarlo directamente: tenía que contemplar la carretera, las colinas, los grandes cedros, cualquier otra cosa. Había algo en los pequeños ojos muertos, un brillo que estaba desapareciendo rápidamente. No eran los ojos sin lustre de un pez, estúpidos y vacuos. La vida que vio en ellos lo sobrecogió, y eso que sólo había podido dar una pequeña ojeada, pues el camión se acercó y acabó de aplastarlo.

—Reptan por aquí de vez en cuando —dijo en voz baja el granjero—. A veces llegan hasta el pueblo. El primero que vi iba por el centro de la calle Grant a unos cincuenta metros por hora. Van muy lentos. A algunos chiquillos les gusta corretear a su alrededor. Personalmente, yo los evito si los veo.

Gretry dio una patada sin motivo a la cosa. Se preguntó con aire vago cuántas más habría entre los matorrales y por las colinas. Podía ver granjas desde la carretera, brillantes cuadrados blancos al cálido sol de Tennessee. Caballos y vacas dormidas. Sucias gallinas escarbando el suelo. Un dormido y pacífico paisaje campestre, cociéndose al sol de finales de verano.

—¿Dónde está el laboratorio de radiación? —preguntó.

El campesino se lo indicó.

—Allí, al otro lado de esas colinas. ¿Desea recoger los restos? Tienen uno en la estación de la Standard Oil, en un gran recipiente. Muerto, claro está. Llenaron el recipiente con queroseno tratando de conservarlo. Aquél está en bastante buen estado comparado con esto. Joe Jackson le abrió la cabeza con un madero. Lo encontró reptando en sus tierras una noche.

Gretry subió tembloroso al camión. Su estómago le dio un sobresalto, y tuvo que inspirar profundamente.

—No me imaginé que hubiera tantos. Cuando me enviaron desde Washington, me dijeron que sólo habían sido vistos unos pocos.

—Hay bastantes —el granjero puso en marcha el camión y, cuidadosamente, rodeó los restos que había en el pavimento—. Estamos tratando de acostumbrarnos a ellos, pero no podemos. No son nada agradables. Mucha gente se está marchando de aquí. Uno puede notarlo en el aire, es como una sensación pesada. Tenemos este problema, y debemos enfrentarnos con él —aumentó la velocidad, con sus encallecidas manos apretadas sobre el volante—. Parece que cada vez nacen más de *ellos,* y casi ningún niño normal.

De vuelta en el pueblo, Gretry llamó a Freeman desde la cabina telefónica del desvencijado vestíbulo del hotel.

—Tenemos que hacer algo. Están por todas partes. Voy a ir a las tres para tratar de ver una de sus colonias. El tipo que tiene los taxis sabe dónde están. Dice que deben haber once o doce de ellos juntos.

—¿Qué opinan las gentes de por ahí?

—¿Qué infiernos quieres que digan? Piensan que es el Fin del Mundo. Quizá tengan razón.

—Deberíamos haberlos hecho irse antes. Deberíamos haber limpiado toda el área en muchos kilómetros alrededor. Así no hubiéramos tenido este problema —Freeman hizo una pausa—. ¿Qué es lo que sugieres?

—Esa isla que ocupamos para las pruebas atómicas.

—Es una isla muy grande. Había toda una población de nativos que tuvimos que trasladar y reafincar en otros lugares —Freeman se atragantó—. Buen Dios. ¿Hay *tantos* de ellos?

—Estos buenos ciudadanos exageran, claro. Pero tengo la impresión que al menos hay un centenar.

Freeman permaneció en silencio durante largo rato.

—No me lo imaginaba —dijo finalmente—. Por supuesto, tendré que seguir los trámites de siempre. Íbamos a hacer más pruebas en esa isla, pero comprendo tu punto de vista.

—Me gustaría que lo hicieses —dijo Gretry—. Este es un mal negocio. No podemos dejar que ocurran cosas como ésta. La gente no lo puede soportar. Tendrían que venir aquí y dar una ojeada. Es algo que uno no va a poder olvidar.

—Haré... lo que pueda. Hablaré con Gordon. Telefonéame mañana.

Gretry colgó y salió del sucio y descuidado vestíbulo hasta la ardiente acera. Tiendas de tres al cuarto y coches estacionados. Algunos viejos acurrucados en los escalones sobre chirriantes sillas de mimbre. Encendió un cigarrillo y examinó tembloroso su reloj. Eran ya casi las tres. Fue lentamente hacia la parada de taxis.

El pueblo estaba muerto. Nada se movía. Sólo se veían los inmóviles viejos sobre sus sillas y los coches forasteros pasando a toda velocidad por la carretera. El polvo y el silencio lo cubrían todo. La edad, como una grisácea tela de araña, cubría todas las casas y tiendas. No había risas. No había sonidos de ningún tipo.

No había niños jugando.

Un sucio taxi azul se le acercó silenciosamente.

Librodot

—De acuerdo, caballero —dijo el conductor, un hombre de unos treinta años con cara de rata, que Llevaba un palillo entre sus irregulares dientes. Abrió de una patada la deformada puerta—. Allá vamos.

—¿Está muy lejos? —preguntó Gretry mientras subía.

—Justo fuera del pueblo —el coche aceleró y corrió ruidosamente, saltando y tambaleándose—. ¿Es usted del FBI?

—No.

—Creí que lo era por su traje y su sombrero —el conductor lo contempló curioso—. ¿Cómo se enteró de lo de los reptadores?

—Me lo dijeron en el laboratorio de radiación.

—Ajá, es por esas cosas que manejan allí —el conductor giró saliendo de la carretera hacia un camino de tierra—. Es allí arriba, en la granja de Higgins. Esas malditas cosas eligieron el fondo de las tierras de la vieja Higgins para construir sus casas.

—¿*Casas*?

—Tienen una especie de ciudad bajo el suelo. Ya lo verá..., al menos, verá las entradas. Trabajan juntos, edificando y haciendo cosas —hizo girar el taxi, saliendo del camino de tierras entre dos grandes cedros, llevándolo sobre un camino irregular, y deteniéndolo finalmente al borde de una cañada rocosa—. Allí está.

Era la primera vez que Gretry había visto a uno con vida.

Salió del taxi torpemente, notando las piernas dormidas y entumecidas. Las cosas se movían lentamente ente los árboles y los túneles de entrada situados en el centro del claro. Traían material de edificación: arcilla y hierbas. Impregnaban esas cosas con una especie de fluido que rezumaban, y las modelaban en burdas formas que llevaban cuidadosamente bajo tierra.

Los reptadores medían de setenta a noventa centímetros de largo. Algunos eran más viejos que los otros, más oscuros y pesados. Todos ellos se movían con agónica lentitud, en un silencioso movimiento deslizante sobre el suelo cocido por el sol. Eran blandos, no tenían caparazón, y parecían inofensivos.

De nuevo se sintió hipnóticamente fascinado por sus rostros. Por la asombrosa parodia de rostros humanos. Eran facciones de bebé arrugadas, con pequeños ojos, unas bocas que eran una rendija, orejas aplastadas y algunos mechones de cabello húmedo. Lo que debieran haber sido brazos eran pseudópodos alargados que se extendían y encogían como si estuvieran hechos de un material elástico. Los reptadores parecían increíblemente flexibles. Se extendían, y luego recogían instantáneamente sus cuerpos hacia atrás, si sus palpos notaban alguna obstrucción. No prestaban atención a los dos hombres; ni siquiera parecían darse cuenta de su existencia.

—¿Son peligrosos? —preguntó finalmente Gretry.

—Bueno, tienen una especie de aguijón. Sé que aguijonearon a un perro, y la cosa fue definitiva. Se hinchó, y la lengua se le puso negra. Murió —luego, el conductor añadió medio como excusándose—: Estaba curioseando. Se metió en su edificio. Siempre están trabajando. Muy atareados.

—¿Están aquí la mayoría de ellos?

—Supongo que sí. Más o menos se reúnen aquí. Los he visto arrastrándose hacia este lugar —el conductor hizo un gesto—. Mire, nacen en lugares diferentes. Uno o dos en cada granja, cerca del laboratorio de radiación.

—¿Cuál es el camino a la granja de la señora Higgins? —preguntó Gretry.

—Está allí arriba. ¿No la ve entre esos árboles? ¿Quiere que...?

—Vuelvo ahora mismo —dijo Gretry, y se puso en marcha repentinamente—. Espere aquí.

La vieja estaba regando los geranios rojo oscuro que crecían alrededor de su porche delantero, cuando Gretry se acercó. Alzó rápidamente la vista, con una expresión astuta y suspicaz en su viejo y arrugado rostro, y con la regadora aferrada como si fuera un instrumento de defensa.

—Buenas tardes —dijo Gretry. Se tocó el ala del sombrero y le mostró sus credenciales—. Estoy investigando sobre los... reptadores. Esos que están al borde de su terreno.

—¿Por qué? —su voz era vacía, gélida, seca. Como su rostro y cuerpo arrugados.

—Estamos tratando de hallar una solución —Gretry se mostraba incierto e incómodo—. Se nos ha sugerido que los transportemos lejos de aquí, a una isla situada en el golfo de México. No deberían estar aquí. A la gente no le gusta. No es bueno —terminó tímidamente.

—No, no es bueno.

—Y hemos empezado a alejar a todo el mundo del laboratorio de radiaciones. Supongo que debiéramos haber hecho esto hace mucho.

Los ojos de la vieja centellearon.

—¡Ustedes y sus máquinas...! ¡Mire lo que han hecho! —le clavó excitada un huesudo dedo—. Ahora tendrán que arreglarlo. Tienen que hacer algo.

—Nos los llevaremos a una isla tan pronto como sea posible. Pero hay un problema. Tenemos que estar seguros acerca de sus padres. Tienen completa custodia de sus hijos. No podemos simplemente... —se interrumpió, sintiendo la futilidad de lo que decía—. ¿Qué opina de los padres? ¿Dejarán que recojamos a sus... hijos, y nos los llevemos?

La señora Higgins se dio la vuelta y entró en la casa. Sin saber qué hacer, Gretry la siguió a través de las oscuras y polvorientas habitaciones. Salas húmedas repletas de lámparas de aceite y cuadros descoloridos, viejos sofás y mesas. La siguió a través de una gran cocina con inmensos potes de hierro colado y sartenes, bajando por unas escaleras de madera hasta una puerta pintada de blanco, a la que llamó secamente.

Se oyeron movimientos y pasos al otro lado. El sonido de gente susurrando y moviendo cosas apresuradamente.

—Abran la puerta —ordenó la señora Higgins. Tras una pausa agónica, la puerta se abrió lentamente. La señora Higgins acabó de abrirla totalmente de un empujón, e hizo un signo a Gretry para que la siguiera.

En la habitación se hallaban un hombre y una mujer joven. Se echaron atrás cuando Gretry entró. La mujer llevaba entre sus brazos una larga caja de cartón que el hombre acababa de entregarle.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre. Al pronto volvió a tomar la caja; las pequeñas manos de su esposa temblaban bajo el peso de la misma.

Gretry estaba viendo a los padres de uno de ellos. La joven, de cabellos castaños, no tendría más de diecinueve años. Pequeña y delgada, vestida con un traje verde barato, era una muchacha de amplios senos y asustados ojos oscuros. El hombre era mayor y más fuerte, un apuesto joven de cabello negro con enormes brazos y unas manos que aferraban firmemente la caja de cartón.

Gretry no podía dejar de mirar la caja. En la tapa habían sido perforados unos agujeros; se movía suavemente en los brazos del hombre, y hubo un débil estremecimiento que la hizo subir y bajar.

—Este hombre —dijo la señora Higgins al marido—, ha venido a llevárselos.

La pareja aceptó la información en silencio. El marido no hizo más movimiento que para asir mejor la caja.

—Se los va a llevar a una isla —dijo la señora Higgins—. Todo está dispuesto. Nadie les hará daño. Estarán a salvo, y podrán hacer lo que quieran. Edificar, y arrastrarse, sin que nadie los vea.

La joven asintió con aire ausente.

—Déselo —ordenó impaciente la señora Higgins—. Denle la caja, y acabemos con esto de una vez por todas.

Al cabo de un instante, el marido llevó la caja hasta una mesa, depositándola encima.

—¿Sabe algo acerca de ellos? —preguntó—. ¿Sabe lo que comen?

—Nosotros... —comenzó a decir Gretry, desconcertado.

—Comen hojas. Nada más que hojas y hierba. Hemos estado dándole las hojas más pequeñas que podíamos encontrar.

—Sólo tiene un mes —dijo la joven con voz ronca—. Y ya quiere irse con los otros, pero lo mantenemos aquí. No queremos que vaya aún allí. Aún no. Quizá más tarde, pensamos. No sabíamos qué hacer. No estábamos seguros —sus enormes ojos oscuros brillaron brevemente en una muda súplica, y luego se apagaron de nuevo—. Es una decisión difícil de tomar.

El marido desató la gruesa cuerda y levantó la tapa de la caja.

—Ya está. Puede verlo.

Era el más pequeño que Gretry hubiera visto, pálido y blando, de menos de un palmo de largo. Había reptado hasta una esquina de la caja, y estaba acurrucado en una masa de hojas mordisqueadas y una especie de cera. Una cobertura translúcida lo rodeaba burdamente, y estaba dormido. No les prestó atención; no le interesaban. Gretry notó que un extraño horror inerme crecía en su interior. Se apartó, y el joven volvió a colocar la tapa.

—Sabíamos lo que era —dijo con voz ronca—. En cuanto nació. Habíamos visto ya uno antes. Uno de los primeros. Bob Douglas nos hizo ir a verlo. Era suyo y de Julie. Eso fue antes que comenzasen a bajar y juntarse en la quebrada.

—Dígale lo que sucedió —intervino la señora Higgins.

—Douglas le hundió la cabeza con una roca. Luego lo roció de gasolina y le prendió fuego. La semana pasada, él y Julie hicieron el equipaje y se marcharon.

—¿Han sido destruidos muchos de ellos? —logró preguntar Gretry.

—Unos cuantos. Muchas personas, cuando ven algo como esto, enloquecen. Uno no puede culparlos por eso —los ojos oscuros del hombre giraron desamparados—. Creo que yo casi hice lo mismo.

—Quizá debieras haberlo hecho —murmuró su esposa—. Tal vez debiera haberte dejado.

Gretry tomó la caja de cartón y se dirigió hacia la puerta.

—Acabaremos con esto tan pronto como podamos. Los camiones ya están en camino. Todo estará solucionado en un día.

—Dios sea loado por eso —exclamó la señora Higgins, con una voz aguda y sin emoción. Mantuvo la puerta abierta, y Gretry se llevó la caja a través de la oscura y húmeda casa, hasta los inestables escalones de la parte delantera, saliendo al cegador sol de media tarde.

La señora Higgins se detuvo junto a los geranios rojos y recogió su regadera.

—Cuando se los lleven, llévenselos a todos. No dejen ninguno. ¿Comprende?

—Sí —murmuró Gretry.

—Dejen algunos de sus hombres y camiones aquí. Vigilen. No dejen que quede ninguno que tengamos que seguir viendo.

—Cuando hayamos trasladado a la gente cercana al laboratorio de radiación, no tendrá que haber más…

Se interrumpió. La señora Higgins le había dado la espalda, y estaba regando los geranios. A su alrededor zumbaban las abejas. Las flores se agitaban lentamente con la cálida brisa. La vieja dobló la esquina de la casa, siguiendo con su regar. Al cabo de unos instantes hubo desaparecido, y Gretry se quedó solo con su caja.

Azarado y avergonzado, caminó lentamente con la caja colina abajo, y atravesó el campo hasta la quebrada. El conductor del taxi estaba junto a su coche, fumando un cigarrillo y esperándolo pacientemente. La colonia de reptadores estaba trabajando sin descanso en su ciudad. Había calles y pasadizos. En algunos de los montículos de entrada divisó intrincadas incisiones que podrían haber sido palabras. Algunos de los reptadores estaban agrupados, realizando tareas complicadas que no podía comprender.

—Vamos —le dijo cansinamente al conductor.

El taxista sonrió, y abrió la puerta de atrás.

—Dejé el taxímetro funcionando —dijo, con su rostro iluminado por la astucia—. Todos ustedes tienen una cuenta de gastos…, así que no le importará.

Construía, y cuanto más construía, más disfrutaba haciéndolo. Por aquel entonces la ciudad ya tenía ciento veinticinco kilómetros de profundidad y ocho de diámetro. La isla entera había sido convertida en una única y enorme ciudad, que cada día se ramificaba y entrelazaba más. Eventualmente, alcanzaría el continente situado más allá del océano. Entonces, su trabajo podría comenzar en serio.

A su derecha, un millar de compañeros que se movían metódicamente trabajaban en silencio en los soportes estructurales que debían reforzar la cámara principal de reproducción. Tan pronto como estuviera dispuesta, todos se sentirían mejor; las madres estaban comenzando ya a tener sus hijos.

Eso era lo que le preocupaba. Algo que restaba un poco de la alegría de edificar. Había visto a uno de los primeros nacidos…, antes que fuera ocultado rápidamente y se impusiera silencio sobre el asunto. Una breve ojeada a una cabeza bulbosa, un cuerpo achatado, con extensiones increíblemente rígidas. Aulló y gimió, y su rostro se le puso rojo. Gorgoteó y se movió inquieto, y pataleó con sus *piernas.*

Horrorizado, alguien al fin había aplastado la cabeza del atavismo con una roca. Esperaba que no hubiera ninguno más.

CAMPAÑA PUBLICITARIA

Mientras Ed Morris regresaba a la Tierra, finalizada su dura jornada laboral, las naves domésticas rugían por todas partes. Los carriles Ganímedes-Terra estaban saturados de sombríos y agotados ejecutivos. Júpiter se encontraba en oposición a la Tierra y el viaje duraba dos largas horas. Cada tantos millones de kilómetros, el tráfico se paralizaba; los semáforos parpadeaban cuando las caravanas de vehículos procedentes de Marte y Saturno desembocaban en las principales arterias.

—Señor —murmuró Morris—. ¿El cansancio no tiene límites?

Desconectó el piloto automático y se apartó un momento del tablero de control para encender un cigarrillo. Sus manos temblaban. La cabeza le daba vueltas. Eran las seis pasadas. Sally estaría enfurecida; la cena echada a perder. Siempre lo mismo. El tráfico incesante, los bocinazos, conductores iracundos que pasaban como una bala junto a su pequeña nave, gritando y maldiciendo...

Y los anuncios. Eso era lo peor. Soportaba todo lo demás, excepto los anuncios, que jalonaban el camino desde Ganímedes a la Tierra. Y en la Tierra, las miríadas de robots. Era demasiado. Y estaban por todas partes.

Aminoró la velocidad para evitar una colisión en cadena de cincuenta naves. Los vehículos de emergencia intentaban despejar de escombros el carril. Su altavoz atronó cuando llegaron las naves de la policía. Morris elevó su cohete con pericia, pasó entre dos transportes comerciales que circulaban a escasa velocidad, se desvió hacia el carril izquierdo que nadie utilizaba y aceleró, dejando atrás el accidente. Un furioso coro de bocinas saludó su maniobra, pero hizo caso omiso.

—¡Productos Trans-Solar le saluda! —retumbó una poderosa voz en su oído. Morris gruñó y se hundió en el asiento. Se estaba acercando a Terra. El tráfico se intensificaba por momentos—. ¿Su tensión ha sobrepasado los márgenes de seguridad, por culpa de las frustraciones del día? Necesita una Unidad Id-Persona. Tan pequeña que puede llevarse detrás de la oreja, junto al lóbulo frontal...

Pasó de largo, gracias a Dios. El anuncio desapareció en la distancia, a medida que la nave progresaba. Pero le esperaba otro un poco más adelante.

—¡Conductores! ¡El tráfico interplanetario causa miles de muertes innecesarias al año. Control Hipno-Motor le proporciona seguridad. Renuncie a su cuerpo y salve la vida! —El volumen de la voz aumentó—. Los expertos industriales afirman...

Anuncios auditivos, los más fáciles de pasar por alto, pero ya se estaba formando un anuncio visual. Se encogió y cerró los ojos, pero no sirvió de nada.

—¡Hombres! —proclamó por todas partes una voz untuosa—. ¡Eviten olores internos impresentables para siempre! La sustitución del tracto intestinal mediante modernos métodos indoloros les exonerará de la causa más extendida de rechazo social.

La imagen visual tomó forma: una inmensa muchacha desnuda, el cabello rubio desordenado, los ojos azules entornados, la boca entreabierta, la

cabeza echada hacia atrás, como en un éxtasis inducido por las drogas. Las facciones se agigantaron cuando los labios se acercaron a los suyos. De repente, la expresión voluptuosa de la muchacha fue sustituida por un rictus de asco, y la imagen se desvaneció.

—¿Le ocurre esto a usted? —tronó la voz—. ¿Ofende a su pareja con la aparición de procesos gástricos durante sus relaciones sexuales...?

La voz enmudeció y pasó de largo. Morris, dueño otra vez de su mente, pisó con furia el acelerador y la nave saltó hacia adelante. La presión aplicada directamente a las regiones audiovisuales de su cerebro había desaparecido. Gruñó y meneó la cabeza. A su alrededor, los ecos semidefinidos de los anuncios brillaban y parloteaban, como fantasmas de lejanas videoemisoras. Los anuncios acechaban por doquier. Manejó la nave con una pericia nacida de la desesperación animal, pero no pudo esquivarlos todos. Se sintió invadido por la desesperación. El contorno de un nuevo anuncio audiovisual ya se estaba formando.

—¡Usted, asalariado! —gritó a los ojos y oídos, narices y gargantas de mil trabajadores extenuados—. ¿Cansado del mismo trabajo? Circuitos Prodigio, S. A. ha perfeccionado un maravilloso analizador de ondas cerebrales de largo alcance. Sepa lo que dicen y piensan los demás. Aventaje a sus compañeros de trabajo. Averigüe hechos y datos sobre la vida privada de su jefe. ¡Destruya la incertidumbre!

La desesperación de Morris aumentó. Pisó el acelerador a fondo. La pequeña nave vibró y se sacudió cuando saltó del carril a la zona muerta que venía a continuación. Un chirrido penetrante cuando el guardabarros entró en contacto con la valla protectora..., y el anuncio se desvaneció a su espalda.

Disminuyó la velocidad, temblando de aflicción y cansancio. Divisó la Tierra. No tardaría en llegar a casa. Tal vez gozaría de una noche de sueño reparador. Inclinó el morro de la nave y se preparó para acoplarse al haz transportador del espaciopuerto de Chicago.

—El mejor regulador metabólico existente en el mercado —gritó el robovendedor—. Garantizamos que mantienen un perfecto equilibrio glandular, de lo contrario le devolvemos su dinero.

Morris pasó de largo y se dirigió hacia el bloque residencial que albergaba su unidad familiar. El robot le siguió unos metros; después se olvidó de él y persiguió a otro peatón de rostro malhumorado.

—Manténgase constantemente al día —le gritó una voz metálica—. Instálese una videopantalla retinal en el ojo menos cansado. No pierda contacto con el mundo; olvídese de los resúmenes desfasados de cada hora.

—Apártate de mi camino —masculló Morris.

El robot se hizo a un lado y Morris cruzó la calle junto con una multitud de hombres y mujeres encorvados.

Por todas partes había robovendedores que gesticulaban, suplicaban o chillaban. Uno salió corriendo tras él y aceleró el paso. Canturreó su lema y trató de atraer su atención, colina arriba hasta llegar a su unidad familiar. No se rindió hasta que Morris se agachó, tomó una piedra y se la tiró, sin acertar. Entró en la casa y cerró la puerta a su espalda. El robot titubeó, dio media vuelta y se precipitó tras una mujer cargada con paquetes que subía la colina. Intentó esquivarlo, sin éxito.

—¡Querido! —gritó Sally. Salió corriendo de la cocina y se secó las manos en el delantal de plástico, los ojos brillantes de entusiasmo—. ¡Pobrecito mío! ¡Pareces muy cansado!

Morris se quitó el sombrero y la chaqueta. Depositó un rápido beso en el hombro desnudo de su mujer.

—¿Qué hay para cenar?

Sally guardó el sombrero y la chaqueta en el ropero.

—Faisán salvaje de Urano: tu plato favorito.

A Morris se le hizo agua la boca y una leve oleada de energía estremeció su cuerpo agotado.

—¿No bromeas? ¿Qué celebramos hoy?

Los ojos castaños de su mujer se humedecieron de compasión.

—Querido, es tu cumpleaños. Hoy cumples treinta y siete años. ¿Lo habías olvidado?

—Sí —sonrió apenas Morris—. Ya lo creo.

Entró en la cocina. La mesa estaba dispuesta. El café humeaba en las tazas y había mantequilla, pan blanco, puré de patatas y guisantes.

—Caramba —murmuró—. Un auténtico banquete.

Sally apretó los controles del horno y el recipiente de faisán humeante quedó depositado sobre la mesa y se abrió.

—Ve a lavarte las manos y empezaremos a cenar. De prisa, antes que se enfríe.

Morris puso sus manos en la abertura de lavado y después se sentó a la mesa. Sally sirvió el tierno y aromático faisán, y los dos se pusieron a comer.

—Sally —dijo Morris, cuando su plato estuvo vacío. Se reclinó en la silla y bebió lentamente el café—. No puedo seguir así. Debo hacer algo.

—¿Te refieres al tráfico? Ojalá consiguieras un empleo en Marte, como Bob Young. Si hablaras con la Comisión de Empleo y explicaras lo muy tenso que te pones, tal vez...

—No sólo es el tráfico. Están ahí fuera. En todas partes. Me esperan. Día y noche.

—¿Quiénes, querido?

—Los robots vendedores. En cuanto estaciono la nave. Robots y anuncios audiovisuales. Se meten en la cabeza de la gente, la siguen hasta que muere.

—Lo sé. —Sally palmeó su mano—. Cuando voy de compras, me siguen en manada. Todos hablan a la vez. Es espantoso. Es imposible entender la mitad de lo que dicen.

—Debemos escapar.

—¿Escapar? ¿Qué quieres decir?

—Debemos huir de ellos. Nos van a destruir.

Morris rebuscó en su bolsillo y extrajo con todo cuidado un diminuto fragmento de tela metálica. Lo desenrolló con infinitas precauciones y después lo alisó sobre la mesa.

—Mira esto. Circuló por la oficina, entre los hombres. Me llegó y lo guardé.

—¿Qué es? —Sally frunció el entrecejo—. No creo que lo tengas todo, cariño. Falta una parte.

—Un nuevo mundo —susurró Morris—, al que aún no han llegado. Está muy lejos, fuera del Sistema Solar. En las estrellas.

—¿Próxima?

—Veinte planetas. La mitad habitables. Apenas unos miles de personas. Familias, obreros, científicos, algunos grupos de investigación industrial. Tierra gratis para quien la solicita.

—Pero eso es... —Sally hizo una mueca—. ¿No te parece un poco subdesarrollado, querido? Dicen que es como vivir en el siglo veinte: inodoros, bañeras, coches de gasolina...

—Exacto. —Morris enrolló el fragmento de metal arrugado, con expresión seria y sombría—. Un atraso de cien años. Nada que ver con esto. —Indicó la cocina y el mobiliario de la sala de estar—. Tendremos que vivir sin ello, acostumbrarnos a una vida más sencilla, como nuestros antepasados. —Intentó sonreír, pero su rostro no colaboró—. ¿No te gustaría? Ni anuncios, ni robovendedores, desplazarse a noventa kilómetros por hora en lugar de a noventa millones. Podríamos tomar pasaje en uno de los grandes transestelares. Vendería mi nave...

Se produjo un vacilante e incierto silencio.

—Ed —empezó Sally—, creo que deberíamos reflexionar. ¿Y tu trabajo? ¿Qué harías allí?

—Encontraría algo.

—Pero, ¿qué? ¿No lo has pensado? —Un agudo timbre de irritación se insinuó en su voz—. Creo que deberíamos pensar en ese punto con más serenidad antes de echarlo todo por la borda y... largarnos.

—Si no nos vamos —dijo Morris con parsimonia, intentando controlar la voz—, acabarán con nosotros. No nos queda mucho tiempo. No sé cuánto más podré mantenerles a raya.

—¡Por Dios, Ed! Eso suena muy melodramático. Si te sientes tan mal, ¿por qué no pides un permiso y te sometes a una cura de inhibición completa? Vi un videoprograma en el que salía un hombre cuyo sistema psicosomático estaba mucho peor que el tuyo. Y el hombre era mucho mayor que tú.

Se puso en pie de un salto.

—Salgamos a celebrar tu cumpleaños, ¿de acuerdo? —Sus dedos esbeltos juguetearon con la cremallera de los pantalones—. Me pondré mi nueva túnica de plástico, la que nunca me he atrevido a llevar.

Sus ojos brillaron de excitación cuando se fue corriendo hacia el dormitorio.

—¿Sabes a cuál me refiero? Cuando te acercas mucho es transparente, pero a medida que te alejas se va transparentando más y más, hasta que...

—Sé cual es —dijo Morris, cansado—. He visto el anuncio camino del trabajo. —Se levantó poco a poco y entró en la sala de estar. Se detuvo ante la puerta del dormitorio—. Sally...

—¿Sí?

Morris abrió la boca para hablar. Iba a preguntárselo otra vez, hablar de la hoja metálica que con tanto cuidado había guardado y traído a casa. Iba a hablarle de la frontera, de Próxima Centauri. De marcharse para no volver. Pero no tuvo la oportunidad.

Sonó el timbre de la puerta.

—¡Ha llamado alguien! —gritó Sally—. ¡Ve a ver quién es, corre!

El robot era una figura silenciosa e inmóvil en la oscuridad de la noche. Un viento frío se coló en la casa. Morris se estremeció y dio un paso atrás.

—¿Qué quieres? —preguntó. Un extraño temor se apoderó de él—. ¿Qué pasa?

Era el robot más grande que había visto. Alto y ancho, de pesadas agarraderas metálicas y lentes oculares alargadas. En lugar del habitual cono, su tronco consistía en un tanque cuadrado. Descansaba sobre cuatro ruedas neumáticas, en lugar de dos. Dominaba a Morris con su estatura, casi dos metros diez. Macizo y sólido.

—Buenas noches —dijo con calma.

El viento de la noche apagó su voz, que se fundió con los ruidos nocturnos, los ecos del tráfico y el golpeteo de los letreros callejeros colgantes. Algunas formas vagas se desplazaban con rapidez por la oscuridad. El mundo era negro y hostil.

—Buenas noches —respondió Morris automáticamente. Se dio cuenta que temblaba—. ¿Qué vendes?

—Me gustaría hacerle la demostración de un anaucad —dijo el robot.

La mente de Morris estaba paralizada; se negaba a reaccionar. ¿Qué era un anaucad? Lo que estaba ocurriendo era digno de un sueño, o mejor, de una pesadilla. Luchó por coordinar la mente con el cuerpo.

—¿Un qué? —graznó.

—Un anaucad. —El robot no dio más explicaciones. Le miró sin expresión como si no fuera responsabilidad suya explicar nada más—. Sólo tardaré un momento.

—Yo... —empezó Morris.

Retrocedió, alejándose del viento. Y el robot, tan inexpresivo como antes, entró en la casa.

—Gracias —dijo. Se detuvo en medio de la sala de estar—. ¿Quiere llamar a su esposa, por favor? Me gustaría hacerle también a ella la demostración.

—Ven, Sally —murmuró Morris, impotente.

Sally entró como una exhalación en la sala de estar. Sus pechos se agitaban a causa de la emoción.

—¿Qué pasa? ¡Oh! —Vio al robot y se detuvo, indecisa—. Ed, ¿has pedido algo? ¿Vas a comprar algo?

—Buenas noches —la saludó el robot—. Voy a hacerles la demostración del anaucad. Siéntense, por favor. En el sofá, si les apetece. Los dos juntos.

Sally obedeció expectante, las mejillas coloradas, los ojos brillantes de curiosidad. Ed tomó asiento a su lado, aturdido.

—Escucha —murmuró con voz pastosa—. ¿Qué demonios es un anaucad? ¿De qué cosa se trata? ¡No quiero comprar nada!

—¿Cómo se llama? —preguntó el robot.

—Morris. —Casi se atragantó—. Ed Morris.

El robot se volvió hacia Sally.

—Señora Morris —ejecutó una breve inclinación—. Es un gran placer conocerles, señor y señora Morris. Son las primeras personas de su barrio que van a ver el anaucad. Ésta es la primera demostración en su zona. —Sus fríos ojos inspeccionaron la habitación—. Supongo que usted trabaja, señor Morris. ¿Dónde?

—Trabaja en Ganímedes —respondió Sally con docilidad, como una niña en el colegio—. Para Desarrollo de Metales Terranos.

El robot digirió la información.

—Un anaucad le será de gran utilidad. —Miró a Sally—. ¿Qué hace usted?

—Soy transcriptora de cintas en Investigaciones Históricas.

—Un anaucad no le servirá de nada en lo relacionado con su profesión, pero sí en casa. —Tomó una mesa con sus poderosas agarraderas de acero—

. Por ejemplo, un invitado torpe puede estropear a veces un mueble bonito. —El robot aplastó la mesa hasta reducirla a un puñado de fragmentos de madera y plástico—. Se necesita un anaucad.

Morris se puso en pie de un brinco, incapaz de hacer frente a los acontecimientos. Notaba un peso enorme sobre sus hombros. El robot apartó los fragmentos de la mesa y escogió una pesada lámpara de pie.

—Oh, querido —susurró Sally—. Es mi lámpara favorita.

—Cuando se posee un anaucad, no hay nada que temer. —El robot agarró la lámpara y la retorció grotescamente. Rasgó la pantalla, destrozó las bombillas, y después tiró los restos—. Una situación de este tipo puede darse a causa de una violenta explosión, como la de una bomba H.

—Por el amor de Dios —murmuró Morris—. Nosotros...

—Es posible que nunca tenga lugar un ataque con bombas H —continuó el robot—, pero en tal circunstancia un anaucad es indispensable.

Se arrodilló y extrajo un complicado tubo de su cintura. Apuntó al suelo con el tubo e hizo un agujero de metro y medio de diámetro. Se apartó del bostezante hueco.

—No he abierto un túnel muy profundo, pero ya pueden comprobar que un anaucad salvaría sus vidas en caso de un ataque.

La palabra «ataque» pareció desencadenar una nueva serie de reacciones en su cerebro metálico.

—A veces, ladrones o asesinos atacan a las personas por la noche —prosiguió. Giró en redondo sin previo aviso y descargó el puño contra la pared, convirtiendo una parte en un montoncito de polvo y escombros—. Eso dará cuenta del asaltante. —El robot se enderezó y paseó la vista por la sala—. Sucede con frecuencia que por las noches está demasiado cansada para manipular los botones de la cocina.

Se dirigió a la cocina y procedió a apretar todos los controles. Inmensas cantidades de comida salieron disparadas en todas direcciones.

—¡Basta! —gritó Sally—. ¡Sal de mi cocina!

—Es posible que esté demasiado fatigada para llenar de agua la bañera. —El robot tocó los controles de la bañera y manó agua—. O quizá desee acostarse de inmediato. —Tiró de la cama empotrada y la depositó sobre el suelo. Sally retrocedió aterrorizada cuando el robot avanzó hacia ella—. Y habrá veces, después de un duro día de trabajo, en que estará demasiado extenuada para desnudarse. En ese caso...

—¡Largo de aquí! —chilló Morris—. Sally, llama a la policía. Este trasto se ha vuelto loco. ¡De prisa!

—El anaucad es necesario en todos los hogares modernos —continuó el robot—. Por ejemplo, si un aparato se estropea, el anaucad lo repara al instante. —Asió el control automático de humedad, cortó los cables y volvió a colocarlo en la pared—. A veces, le gustaría no ir a trabajar. La ley autoriza que un anaucad ocupe su lugar durante un período consecutivo que no sobrepase los diez días. Si después de ese período...

—Santo Dios —murmuró Morris, comprendiendo por fin—. Tú eres el anaucad.

—Exacto —confirmó el robot—. Androide Autorregulado Completamente Automático (Doméstico). También existe el anaucac (Construcción), el anaucag (Gerencial), el anaucas (Soldado) y el anaucab (Burócrata). Yo soy de uso doméstico.

—Tú... —exclamó Sally con voz ahogada—. Eres un producto. Te estás ofreciendo a la venta.

—Estoy haciendo una autodemostración —contestó el anaucad. Sus impasibles ojos metálicos se clavaron en Morris—. Estoy seguro, señor Morris, que le gustará ser mi dueño. Mi precio es razonable y estoy garantizado contra todo riesgo. Viene incluido un libro de instrucciones. Me resulta imposible aceptar un no como respuesta.

A las doce y media, Ed Morris seguía sentado al pie de la cama, con un zapato puesto y el otro en la mano, la mirada perdida en la lejanía, silencioso.

—Por el amor de Dios —protestó Sally—, termina de desabrochar el nudo y métete en la cama. Debes levantarte a las cinco y media de la mañana.

Morris jugueteó con el lazo. Al cabo de un rato, dejó caer el zapato y tiró del otro. La casa estaba fría y silenciosa. En el exterior, el viento nocturno azotaba los cedros que crecían a lo largo del edificio. Sally yacía acurrucada bajo las lentes caloríficas, un cigarrillo entre los labios, medio dormida.

El anaucad aguardaba en la sala de estar. No se había marchado. Seguía ahí, esperando que Morris lo comprara.

—¡Y bien! —se impacientó Sally—. ¿Qué te pasa? Arregló todo lo que rompió; sólo estaba haciendo una demostración. —Suspiró—. Me asustó, desde luego. Pensé que se había averiado. Tuvieron una idea inspirada cuando lo mandaron por ahí para que se vendiera a sí mismo.

Morris no dijo nada.

Sally rodó sobre el estómago y apagó el cigarrillo lánguidamente.

—No es muy caro, ¿verdad? Diez mil unidades de oro, y si conseguimos que nuestros amigos compren uno, nos llevamos el tres por ciento de comisión. Sólo debemos hacer una demostración. No es como si lo compráramos. Él mismo se vende. —Lanzó una risita—. Siempre quisieron un producto que se vendiera solo, ¿verdad?

Morris desató el nudo del zapato. Se lo volvió a calzar y lo ató con fuerza.

—¿Qué haces? —preguntó Sally, irritada—. ¡Ven a la cama! —Se incorporó furiosa, cuando Morris salió del dormitorio y se alejó por el pasillo—. ¿Adónde vas?

Morris entró en la sala de estar, dio la luz y se sentó frente al anaucad.

—¿Puedes oírme? —preguntó.

—Por supuesto —respondió el robot—. Nunca dejo de funcionar. A veces se producen emergencias por la noche: un niño que se pone enfermo o un accidente. Ustedes aún no tienen hijos, pero a la larga...

—Cierra el pico —dijo Morris—. No quiero escucharte.

—Usted me ha hecho una pregunta. Los androides autorregulados están conectados con una central de información. A veces, una persona desea información inmediata; el anaucad siempre está dispuesto a contestar preguntas teóricas o prácticas. Cualquier cosa, excepto metafísica.

Morris tomó el manual de instrucciones y pasó las páginas. El anaucad hacía miles de cosas; nunca se averiaba; nunca se equivocaba; no cometía errores. Tiró el libro a un lado.

—No voy a comprarte —anunció—. Nunca. Ni en un millón de años.

—Oh, sí, ya lo creo —le corrigió el robot—. Es una oportunidad que no puede desperdiciar. —Su voz poseía un tono sereno, confiado—. Usted no

puede rechazarme, señor Morris. Un anaucad es indispensable en los hogares modernos.

—Sal de aquí —dijo Morris—. Sal de mi casa y no vuelvas.

—No puede darme órdenes, porque no soy su anaucad. Hasta que me compre por el precio de venta al público, sólo soy responsable ante Androides Autorregulados, S. A. Sus instrucciones indican lo contrario: me quedaré con usted hasta que me compre.

—¿Y si no te compro? —preguntó Morris, aunque su corazón se heló mientras enunciaba la pregunta.

Anticipó el frío horror de la respuesta que se aproximaba; no existía alternativa.

—Continuaré con usted, hasta que me compre. —Tomó unas rosas marchitas del jarro que descansaba sobre la repisa de la chimenea y las arrojó por la ranura de los desperdicios—. Se encontrará cada vez más en situaciones que exigen la intervención de un anaucad. Al final, se preguntará cómo pudo vivir sin uno.

—¿Hay algo que no puedas hacer?

—Oh, sí, hay muchas cosas que no puedo hacer, pero puedo hacer todo lo que usted hace..., y mucho mejor.

Morris exhaló el aire lentamente.

—Comprarte sería una locura.

—Tiene que comprarme —respondió la voz implacable. El anaucad extendió un tubo hueco y empezó a aspirar la alfombra—. Soy útil en toda clase de situaciones. Fíjese qué limpia queda esta alfombra.

Retrajo el tubo y extendió otro. Morris tosió y se alejó a toda prisa. Nubes de partículas blancas llenaron la sala.

—Estoy rociando una sustancia antipolillas.

La nube blanca adquirió un feo tono negro azulado. La sala se sumió en una ominosa oscuridad; el anaucad era una sombra borrosa que se movía metódicamente en el centro. Al cabo de poco rato, la nube se disipó y aparecieron los muebles.

—He rociado una sustancia antibacterias nocivas.

Pintó las paredes de la sala y fabricó nuevos muebles a juego. Reforzó el techo del cuarto de baño. Aumentó el número de respiraderos del horno. Cambió los cables de la electricidad. Destrozó todos los accesorios de la cocina y fabricó otros más modernos. Examinó las cuentas de Morris y calculó la declaración de renta del año siguiente. Afiló todos los lápices. Asió su muñeca y diagnosticó que su tensión elevada era psicosomática.

—Se sentirá mucho mejor después de haber delegado todas sus responsabilidades en mí —explicó. Tiró una sopa que Sally había guardado—. Peligro de botulismo —dijo—. Su esposa es sexualmente atractiva, pero de escasa inteligencia.

Morris fue al ropero y tomó su chaqueta.

—¿Adónde va? —preguntó el anaucad.

—A la oficina.

—¿A estas horas de la noche?

Morris echó un rápido vistazo al dormitorio. Sally dormía profundamente bajo las lentes calóricas. Su cuerpo esbelto era rosado y fuerte, su cara se veía libre de preocupaciones. Cerró la puerta principal y bajó los peldaños, hacia la oscuridad. El viento frío le azotó mientras se dirigía al

Librodot

estacionamiento. Su pequeña nave estaba estacionada junto a centenares de otras. Dio un cuarto de dólar al empleado robot, que fue a buscarla.

A los diez minutos se encontraba camino de Ganímedes.

El anaucad subió a la nave cuando se detuvo en Marte para cargar combustible.

—Por lo visto, no ha entendido nada —dijo el robot—. Mis instrucciones consisten en hacerle demostraciones hasta que esté satisfecho. Hasta el momento, aún no se ha convencido del todo; son necesarias ulteriores demostraciones. —Pasó una intrincada red sobre los controles de la nave hasta que todos los instrumentos se ajustaron—. Tendría que revisarla más a menudo.

Se encaminó a la parte posterior para examinar los motores. Morris hizo una señal al empleado y la nave se soltó de los surtidores. Aceleró y el pequeño planeta se quedó atrás. Júpiter fue creciendo de tamaño.

—Sus motores se hallan en mal estado —dijo el anaucad, volviendo de popa—. No me gusta el ruido del freno principal. En cuanto aterricemos, procederé a una puesta a punto exhaustiva.

—¿A tu empresa no le importa que me hagas favores? —preguntó Morris con amargo sarcasmo.

—La empresa me considera su anaucad. A fin de mes le enviarán la factura. —El robot tomó un lápiz y un cuaderno de pedidos—. Le explicaré las cuatro modalidades de facilidades de pago. Diez mil unidades de oro al contado comportan un descuento del tres por ciento. Además, puede reducir la cantidad total entregando cierto número de utensilios caseros, utensilios que no volverá a necesitar. Si desea fraccionar el pago en cuatro partes, la primera se abona al instante, y la última a noventa días.

—Yo siempre pago al contado —murmuró Morris.

Volvió a fijar las coordenadas de ruta en el tablero de control con el mayor cuidado.

—El plan a noventa días carece de recargo. El plan a seis meses sufre un recargo anual del seis por ciento, que asciende a, aproximadamente... —Se interrumpió—. Hemos cambiado de trayectoria.

—Exacto.

—Hemos dejado el carril de tráfico oficial. —El anaucad tiró a un lado el lápiz y el cuaderno y corrió hacia el tablero de control—. ¿Qué está haciendo? Le pondrán una multa de dos unidades.

Morris hizo caso omiso. Aferró los controles con expresión sombría y clavó la vista en la pantalla. La nave aceleraba con gran rapidez. Las boyas de advertencia protestaron ruidosamente cuando pasó junto a ellas, internándose en la oscuridad del espacio. Al cabo de unos segundos, habían dejado atrás al resto del tráfico. Estaban solos, se alejaban de Júpiter, rumbo al espacio profundo.

El anaucad calculó por computadora la trayectoria.

—Vamos a salir del Sistema Solar. Nos dirigimos a Centauro.

—Lo has adivinado.

—¿No sería mejor que llamara a su esposa?

Morris gruñó y aumentó la velocidad. La nave dio una sacudida, osciló y logró enderezarse. Los motores zumbaron ominosamente. Los indicadores demostraron que las turbinas principales empezaban a calentarse. Morris no hizo caso y conectó el depósito del combustible de emergencia.

—Voy a llamar a la señora Morris —dijo el anaucad—. No tardaremos en sobrepasar el radio de comunicación.

—No te molestes.

—Estará preocupada.

El anaucad volvió a popa y examinó los motores. Irrumpió en la cabina lanzando zumbidos de alarma.

—Señor Morris, está nave no está preparada para viajes intersistemas. Es un modelo doméstico clase D de cuatro ejes y uso casero. No ha sido construido para aguantar esta velocidad.

—Para llegar a Próxima necesitaremos esta velocidad —replicó Morris.

El anaucad conectó sus cables en el tablero de control.

—Puedo aligerar de cierta tensión la instalación eléctrica, pero si no devuelve la nave a su velocidad normal, no me hago responsable del deterioro de los motores.

—Al infierno los motores.

El anaucad guardó silencio. Escuchaba con suma atención el creciente zumbido que se oía bajo sus pies. Toda la nave se estremeció. Algunos fragmentos de pintura se desprendieron. El piso estaba caliente. El pie de Morris no se apartó del acelerador. La nave aumentaba la velocidad a medida que el Sol se alejaba. Habían salido de la zona controlada. El Sol disminuía de tamaño rápidamente.

—Es demasiado tarde para videofonar a su mujer —dijo el anaucad—. Hay tres cohetes de emergencia en la popa; si así lo desea, los dispararé con la esperanza de llamar la atención de algún transporte militar.

—¿Para qué?

—Pueden remolcarnos de vuelta al Sistema Solar. Significa una multa de seiscientas unidades de oro, pero dadas las circunstancias me parece la mejor solución.

Morris dio la espalda al anaucad y aplastó el acelerador con todo su peso. El zumbido se había convertido en un violento rugido. Los instrumentos crujieron y se hicieron pedazos. Los fusibles del tablero de control se quemaron. Las luces parpadearon, se apagaron, y volvieron a encenderse, como de mala gana.

—Señor Morris —dijo el anaucad—, debe prepararse para morir. Las posibilidades estadísticas para que las turbinas estallen son del setenta por ciento. Haré lo que esté en mi mano, pero hemos sobrepasado el límite de peligro.

Morris regresó a la pantalla. Contempló con avidez durante un rato el punto creciente que eran las estrellas gemelas de Centauro.

—Tienen buen aspecto, ¿verdad? Prox es la importante. Veinte planetas. —Examinó los atormentados instrumentos—. ¿Cómo es posible que los motores resistan? La mayoría de los instrumentos se han quemado.

El anaucad titubeó. Quiso decir algo, pero cambió de opinión.

—Iré a echarles un vistazo —dijo.

Se dirigió a la parte posterior de la nave y desapareció por la corta rampa que conducía al cuarto de motores, sacudido por vibraciones y temblores.

Morris se inclinó hacia adelante y apagó el cigarrillo. Esperó un momento más, alargó la mano y hundió los controles al máximo.

La explosión partió en dos la nave. Secciones del casco volaron a su alrededor. Salió disparado de la silla como si careciera de peso, y fue a parar contra el tablero de control. Fragmentos de plástico y metal se derrumbaron

sobre él. Puntos incandescentes parpadearon, se difuminaron y murieron en silencio, y sólo quedaron cenizas frías.

El ruido apagado de las bombas de vacío de emergencia le devolvieron la conciencia. Estaba atrapado bajo los restos del tablero de control. Tenía un brazo roto, doblado bajo el cuerpo. Intentó mover las piernas, pero no sentía nada por debajo de la cintura.

Los restos de su nave proseguían el viaje hacia Centauro. El mecanismo encargado de reparar el casco intentaba en vano taponar las grietas. Los controladores automáticos de temperatura y gravedad latían espasmódicamente en el interior de las baterías autónomas. El inmenso bulto flamígero de los soles gemelos crecía en la pantalla silenciosa, inexorablemente.

Estaba contento. En el silencio de la nave destrozada yacía sepultado bajo los escombros, y contemplaba con una sensación de gratitud el punto que crecía de tamaño. Era una hermosa visión. Hacía mucho tiempo que deseaba contemplarla, y se iba acercando a cada momento que pasaba. Al cabo de uno o dos días, la nave se precipitaría hacia la masa flamígera y se consumiría. De todos modos, podía gozar de este intervalo; nada turbaba su felicidad.

Pensó en Sally, dormida como un tronco bajo las lentes caloricas. ¿Le habría gustado Próxima? Probablemente no. Hubiera querido regresar a casa lo antes posible. Era un placer que no podía compartir con nadie. Le estaba reservado en exclusiva. Una inmensa paz descendió sobre él. Se quedaría quieto, y aquella magnificencia incandescente se iría aproximando más y más...

Un ruido. Algo se estaba abriendo paso entre los escombros. Una forma retorcida y mellada, apenas visible gracias al resplandor parpadeante de la pantalla. Morris logró volver la cabeza.

El anaucad se tambaleó hasta erguirse en una postura precaria. La mayor parte de su tronco había desaparecido. Se bamboleó y echó la cara hacia adelante con un chirrido agónico. Avanzó poco a poco hacia él y se detuvo a escasos metros de distancia. Los engranajes protestaron ruidosamente. Los relés se abrieron y cerraron. Una vida imprecisa y vaga animaba aquel armatoste destrozado.

—Buenas noches —graznó su voz metálica y aguda.

Morris chilló. Intentó mover el cuerpo, pero las vigas caídas lo impidieron. Gritó, aulló y trató de alejarse. Escupió, sollozó y lloriqueó.

—Me gustaría hacerle la demostración de un anaucad —continuó la voz metálica—. ¿Quiere llamar a su mujer, por favor? Me gustaría hacerle también a ella la demostración.

—¡Vete! —chilló Morris—. ¡Aléjate de mí!

—Buenas noches —prosiguió el anaucad, como un disco rayado—. Buenas noches. Siéntese, por favor. Es un placer conocerle. ¿Cómo se llama? Gracias. Es usted la primera persona del barrio que ve un anaucad. ¿Dónde trabaja?

Sus lentes oculares muertas le dirigieron una mirada vacía.

—Siéntese, por favor —repitió—. Sólo tardaré un momento. Sólo un momento. La demostración sólo tardará un...

LA ESTRATAGEMA

El ruido despertó a O'Keefe al instante. Tiró hacia atrás la colcha, saltó de la cama, tomó su fusil de la pared y aplastó con el pie la caja de alarma. Ondas de alta frecuencia pusieron en funcionamiento timbres de alarma por todo el campamento. Cuando O'Keefe salió como una exhalación de su casa, ya se veían luces por todas partes.

—¿Dónde? —preguntó Fisher con voz aguda.

Se materializó al lado de O'Keefe, todavía en pijama, medio dormido.

—A la derecha.

O'Keefe saltó a un lado cuando un enorme cañón surgió de los depósitos subterráneos. Aparecieron soldados entre las siluetas que la noche hacía imprecisas. A la derecha se extendía el pantano negro de brumas y espeso follaje, helechos y cebollas bulbosas, hundido en la sustancia semilíquida que constituía la superficie de Betelgeuse II. Fosforescencias nocturnas bailaban y cabriolaban sobre el pantano, siniestras luces amarillas que parpadeaban en la densa oscuridad.

—Supongo que se han aproximado a la carretera —dijo Horstokowski—, pero sin llegar a pisarla. Hay una cuneta de quince metros a cada lado, donde la niebla se acumula. Por eso nuestro radar está en silencio.

Un inmenso «bicho» mecánico avanzaba a través del barro y agitaba el agua del pantano, dejando tras de sí un surco de superficie dura y negruzca. La vegetación, las raíces podridas y las hojas muertas eran engullidas y eliminadas.

—¿Qué has visto? —preguntó Portbane a O'Keefe.

—No he visto nada. Estaba dormido como un tronco, pero les he oído.

—¿Qué hacían?

—Se disponían a introducir gas nervioso en mi casa. Oí que sacaban la manguera de los depósitos portátiles y destapaban los tanques de presión. Salí de casa antes que tuvieran tiempo de consumar su propósito.

Daniels se acercó a toda prisa.

—¿Dices que es un ataque con gas? —Buscó con dedos nerviosos la máscara antigás que colgaba de su cinturón—. No se queden parados. ¡Pónganse las máscaras!

—No lograron poner en marcha su equipo —dijo Silberman—. O'Keefe dio la alarma a tiempo. Regresaron al pantano.

—¿Estás seguro? —preguntó Daniels.

—¿Hueles algo?

—No —admitió Daniels—, pero el tipo inodoro es el más letal, y no sabes que te han gaseado hasta que es demasiado tarde.

Se puso la máscara antigás, sólo para asegurarse.

Aparecieron algunas mujeres junto a las hileras de casas, siluetas esbeltas de grandes ojos bajo la luz temblorosa de los faros de emergencia. Algunos niños se acurrucaban detrás de ellas.

Silberman y Horstokowski se aproximaron al pesado cañón, amparados en las sombras.

—Interesante —dijo Horstokowski—. El tercer ataque con gas en lo que va del mes, más dos intentos de conectar terminales explosivas en el interior del campamento. Se están envalentonando.

—Te lo imaginabas, ¿verdad?

—No hace falta ser muy listo para ver que las cosas se están poniendo difíciles. —Horstokowski miró a su alrededor y luego se acercó más a Silberman—. Quizá exista un motivo que explique por qué el radar no detectó nada. En teoría, lo capta todo, hasta los murciélagos.

—Pero si vinieron por la cuneta, como dijiste…

—Lo dije para despistar. Hay alguien que les deja entrar, interfiriendo el radar.

—¿Uno de los nuestros?

Horstokowski contemplaba con suma atención a Fisher. Éste se había acercado con cautela al borde de la carretera, donde terminaba la superficie dura y empezaba el pantano. Estaba acuclillado y removía el limo.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Horstokowski.

—Ha recogido algo —contestó con indiferencia Silberman—. ¿Por que no? Se supone que debe vigilar, ¿no?

—Fíjate —le advirtió Horstokowski—. Cuando vuelva, fingirá que no ha pasado nada.

Fisher regresó al cabo de unos minutos. Caminaba con rapidez mientras se quitaba el barro de las manos.

Horstokowski le cerró el paso.

—¿Qué has encontrado?

—¿Yo? —Fisher parpadeó—. Nada.

—¡No me tomes el pelo! Estabas de rodillas, rebuscando en el pantano.

—Yo…, pensé que había visto algo metálico, eso es todo.

Una oleada de entusiasmo se apoderó de Horstokowski. Había acertado.

—¡Basta! —gritó—. ¿Qué has encontrado?

—Pensé que era un tubo de gas —murmuró Fisher—, pero era una simple raíz. Una raíz grande y mojada.

Se hizo un tenso silencio.

—Regístrenle —ordenó Portbane.

Dos soldados sujetaron a Fisher. Silberman y Daniels le registraron con presteza.

Tiraron al suelo su pistola, el cuchillo, el silbato de emergencia, el verificador de los relés automáticos, el contador Geiger, el botiquín y los documentos de identidad. No había nada más.

Los soldados le soltaron, decepcionados. Fisher recogió sus cosas con expresión hosca.

—No, no ha encontrado nada —afirmó Portbane—. Lo lamento, Fisher. Debemos ser precavidos. Mientras sigan ahí, conspirando contra nosotros, debemos seguir vigilantes.

Silberman y Horstokowski intercambiaron una mirada y se alejaron en silencio.

—Creo que ya lo tengo —dijo Silberman en voz baja.

—Claro —contestó Horstokowski—. Escondió algo. Registraremos la parte del pantano por donde merodeaba. Es posible que descubramos algo interesante. —Encorvó la espada con gesto desafiador—. Sabía que alguien del campamento trabajaba para ellos. Un espía de Terra.

Silberman se sobresaltó.

—¿Terra? ¿Son ellos los que nos atacan?

—Por supuesto.

Una expresión de perplejidad apareció en el rostro de Silberman.

—Pensaba que luchábamos contra otro enemigo.

Horstokowski se revolvió, furioso.

—¿Por ejemplo?

Silberman meneó la cabeza.

—No lo sé. No pensaba tanto en la identidad de los agresores como en la forma de repelerlos. Daba por sentado que se trataba de extraterrestres.

—¿Y qué crees que son esos monos terranos? —le desafió Horstokowski.

La conferencia de pautas semanal reunió a los nueve dirigentes del campamento en la sala de conferencias subterránea, casi inexpugnable. Guardias armados protegían la entrada, que se cerraba herméticamente en cuanto el último líder era examinado, revisado y autorizado a pasar.

Domgraf-Schwach, el presidente de la conferencia, estaba sentado en su mullida butaca, con una mano sobre el símbolo de la pauta y la otra en el interruptor que podía catapultarle en un instante a un compartimiento especial, a salvo de un ataque. Portbane llevaba a cabo una inspección rutinaria de la cámara, y examinaba cada butaca y escritorio en busca de alguna cámara oculta. Daniels tenía los ojos clavados en su contador Geiger. Silberman se había embutido en un complicado traje de acero y plástico, surcado de cables que zumbaban sin cesar.

—¿Qué clase de armadura es ésa, en el nombre de Dios? —gruñó Domgraf-Schwach—. Quítatela para que pueda verte.

—Un huevo —replicó Silberman, con la voz apagada por su grueso cascarón—. Pienso llevarlo a partir de ahora. Anoche, alguien intentó matarme con agujas impregnadas de bacterias.

Lanoir, que dormitaba en su butaca, volvió a la vida.

—¿Agujas impregnadas de bacterias? —Se levantó de un brinco y corrió hacia Silberman—. Dime si…

—¡Aléjate de mí! —aulló Silberman—. Si te acercas más, te electrocutaré.

—La semana pasada informé de un atentado —jadeó Lanoir—. Intentaron envenenar los depósitos de agua con sales metálicas. Se me ocurrió que el siguiente método serían desechos bacteriológicos, virus filtrables que no detectaríamos hasta que la epidemia se hubiera extendido.

Sacó de su bolsillo un frasco y extrajo un puñado de cápsulas blancas. Se las metió en la boca una tras otra.

Todos los hombres de la sala estaban protegidos de alguna manera. Todos habían elegido el sistema más adecuado a su experiencia individual. Sin embargo, todos estos sistemas se integraban en el plan general de la Pauta. El único hombre que no estaba ocupado con algún artefacto era Tate. Estaba sentado, pálido y tenso, pero sin hacer nada. Domgraf-Schwach tomó nota mentalmente; el nivel de confianza de Tate era excesivo. Sugería que se sentía a salvo de cualquier ataque.

—Basta de charla —dijo Domgraf-Schwach—. Es hora de empezar.

El giro de una rueda le había elegido presidente. Bajo tal sistema no existía posibilidad de subversión. Tal método era necesario en una colonia de sesenta hombres y cincuenta mujeres, aislada y autosuficiente.

—Daniels leerá el informe semanal —ordenó Domgraf-Schwach.

—¿Por qué? —preguntó con brusquedad Portbane—. Nosotros lo redactamos. Todos conocemos su contenido.

—Por la misma razón que siempre se lee —contestó Silberman—. Así sabremos que no ha sido alterado.

—¡Sólo el resumen! —dijo en voz alta Horstokowski—. No quiero permanecer en esta cripta más tiempo del necesario.

—¿Tienes miedo que alguien bloquee el pasadizo? —se burló Daniels—. Hay media docena de salidas de emergencia. Deberías saberlo: tú insististe en que se abriera cada una de ellas.

—Lee el resumen —pidió Lanoir.

Daniels carraspeó.

—Durante los últimos siete días se han producido un total de once ataques. El más grave fue contra nuestro principal sistema de puentes, que fue saboteado y destruido. Se debilitaron los puntales y se diluyó la mezcla plástica que servía de material base; cuando el primer convoy de camiones pasó por encima, todo se vino abajo.

—Lo sabemos —comentó Portbane con voz lúgubre.

—Las pérdidas consistieron en seis vidas y gran cantidad de material. Las tropas exploraron la zona durante todo un día, pero los saboteadores lograron escapar. Poco después de este ataque se descubrió que la provisión de agua había sido envenenada con sales metálicas. Se sellaron los pozos y se perforaron otros nuevos. Ahora, toda nuestra agua pasa por un sistema de filtros y análisis.

—Yo hiervo la mía —añadió Lanoir.

—Todo el mundo está de acuerdo en que la frecuencia y gravedad de los ataques ha aumentado. —Daniels indicó los enormes mapas y gráficas murales—. Sin nuestro escudo a prueba de bombas y nuestra constante vigilancia, seríamos barridos de la noche a la mañana. La cuestión principal es: ¿quiénes son nuestros atacantes?

—Terranos —contestó Horstokowski.

Tate meneó la cabeza.

—Poco creíble. ¿Qué iban a hacer esos monos tan lejos?

—Nosotros también llegamos hasta aquí, ¿verdad? —replicó Lanoir—. Y en otro tiempo fuimos terranos.

—¡Jamás! —gritó Fisher—. Puede que viviéramos en Terra, pero no somos terranos. Somos una raza superior de mutantes.

—Entonces, ¿quiénes son? —insistió Horstokowski.

—Otros supervivientes de la nave —dijo Tate.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Silberman—. ¿Les has visto?

—No recuperamos ningún bote salvavidas, ¿recuerdas? Debieron estrellarse en ellos.

—Si fueran supervivientes aislados —observó O'Keefe—, carecerían del equipo, armas y máquinas que están utilizando. Constituyen una fuerza entrenada y compacta. No hemos podido derrotarles o matar a uno sólo de ellos en cinco años. Eso demuestra su fuerza, sin duda alguna.

—No hemos intentado derrotarles —le contradijo Fisher—. Sólo hemos tratado de defendernos.

Un repentino y tenso silencio cayó sobre los nueve hombres.

—Te refieres a la nave —dijo Horstokowski.

—Pronto la sacaremos del pantano —replicó Tate—. Entonces, les vamos a enseñar algo... Algo que no olvidarán.

—¡Santo Dios! —exclamó Lanoir, disgustado—. La nave está hecha trizas. El meteoro la destrozó por completo. ¿Qué pasará cuando la saquemos? No conseguiremos ponerla en funcionamiento, a menos que la reconstruyamos de nuevo.

Librodot

—Si los monos pudieron construirla —dijo Portbane—, nosotros podremos repararla. Tenemos máquinas y herramientas.

—Y hemos localizado por fin la cabina de control —señaló O'Keefe—. Subirla no supone ningún problema.

Un súbito cambio de expresión se produjo en el rostro de Lanoir.

—Muy bien, retiro mis objeciones. Subámosla.

—¿Cuáles son tus motivos? —gritó Daniels, nervioso—. ¡Tratas de imponernos algo!

—Algo planea —corroboró Fisher—. No le escuchen. ¡Dejemos ahí abajo ese maldito trasto!

—Demasiado tarde —dijo O'Keefe—. Hace semanas que la estamos subiendo.

—Tú le apoyas —chilló Daniels—. Intentan imponernos algo.

La nave era una ruina mojada y corroída. Se desprendió limo de ella cuando las abrazaderas magnéticas la extrajeron del pantano y la depositaron sobre la superficie dura que los bichos habían despejado.

Los bichos habían abierto una senda en el pantano que conducía a la cabina de control. Mientras la grúa alzaba la cabina, colocaron debajo pesadas vigas de plástico reforzadas. Una red de malas hierbas, enmarañadas como cabello viejo, cubría la cabina globular bajo el sol de la mañana, la primera luz que la bañaba desde hacía cinco años.

—Entren —ordenó Domgraf-Schwach.

Portbane y Lanoir avanzaron hacia la cabina de control. Sus linternas lanzaron ominosos destellos amarillentos sobre las empañadas paredes y los controles. Pálidas anguilas se retorcían en los charcos que pisaban. La cabina era una ruina aplastada y retorcida. Lanoir, que había entrado primero, indicó con impaciencia a Portbane que le siguiera.

—Ocúpate de los controles. Tú eres el ingeniero.

Portbane dejó la linterna sobre un montón de metal oxidado y se abrió paso entre los desechos, que le llegaban hasta la rodilla. El tablero de control era un laberinto de maquinaria fundida y retorcida. Se agachó y procedió a desprender las placas protectoras.

Lanoir abrió un armario de suministros y extrajo cintas de audio y vídeo del armazón metálico. Alzó un puñado de fotogramas a la luz que parpadeaba.

—Aquí están los datos de la nave. Ahora podré demostrar que sólo nosotros íbamos a bordo.

O'Keefe apareció en el mellado umbral.

—¿Cómo va?

Lanoir le apartó y saltó sobre las tablas de apoyo. Dejó un montón de cintas y regresó a la inundada cabina.

—¿Has encontrado algo en los controles? —preguntó a Portbane.

—Es muy extraño —murmuró Portbane.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tate—. ¿Están muy averiados?

—Hay montones de cables y relés, metros de circuitos eléctricos e interruptores, pero sin controles que los pongan en funcionamiento.

Lanoir se acercó a toda prisa.

—¡Tiene que haberlos!

—Pare efectuar las reparaciones, hace falta quitar todas esas placas, desmantelar prácticamente la maquinaria para conseguir verla. Era

imposible que alguien se sentara aquí y controlara la nave. Sólo hay un casco liso y hermético.

—Puede que no sea la cabina de control —sugirió Fisher.

—Éste es el mecanismo de dirección, no hay duda. —Portbane sacó un montón de cables carbonizados—. Todo esto, sin embargo, era independiente. Son controles robot. Automáticos.

Se miraron entre sí.

—En ese caso, éramos prisioneros —dijo Tate, aturdido.

—¿De quién? —preguntó Fisher, confuso.

—¡De los terranos! —exclamó Lanoir.

—No lo entiendo —murmuró Fisher—. Nosotros planeamos la expedición, ¿verdad? Despegamos de Ganímedes y nos fuimos.

—Coloca las cintas —dijo Portbane a Lanoir—. Vamos a ver qué hay en ellas.

Daniels cerró el vídeo y encendió la luz.

—Bien —dijo—, ya han visto que esto era una nave hospital. No llevaba tripulación. Era dirigida mediante un haz-guía central situado en Júpiter. El haz la transportó desde el Sistema Solar hasta aquí, donde, a causa de un error mecánico, un meteoro perforó el escudo protector y la nave se estrelló.

—¿Y si no se hubiera estrellado? —preguntó Domgraf-Schwach con voz apenas audible.

—Habría llegado al hospital principal de Fomalhaut IV.

—Vuelve a poner la última cinta —pidió Tate.

El altavoz mural chisporroteó y habló con voz suave.

«La distinción entre síndromes paranoides y paranoicos en otros desórdenes de la personalidad psicótica deben tenerse en cuenta cuando se trata con estos pacientes. El paranoide conserva incólume su estructura de la personalidad. Fuera de la región de su complejo, es lógico, racional, incluso brillante. Es factible conversar con él, arguye, es consciente de su entorno.

»El paranoide se diferencia de los otros psicóticos en que permanece orientado activamente hacia el mundo exterior. Se diferencia de los llamados sujetos de personalidad normal en que posee un conjunto de ideas fijas, falsos postulados a partir de los cuales construye un complejo sistema de creencias, lógicas y consistentes en relación a esos falsos postulados.»

Daniels, tembloroso, detuvo la cinta.

—Estas cintas iban destinadas a las autoridades médicas de Fomalhaut IV. Estaban guardadas en un armario de suministros de la cabina de control. La propia cabina de control estaba aislada del resto de la nave. Ninguno de nosotros podía entrar en ella.

«El paranoide es absolutamente rígido —continuó la tranquila voz del médico terrano—. Sus ideas fijas no se tambalean. Dominan su vida. Integra en su sistema, de una manera lógica, todos los acontecimientos, personas, comentarios casuales y sucesos. Está convencido que el mundo conspira contra él, que es una persona de gran importancia y capacidad, contra la cual se dirigen incontables maquinaciones. Para desbaratar estas estratagemas, el paranoide hace lo imposible por protegerse. Envía cintas sin cesar a las autoridades, se desplaza constantemente de un lugar a otro y, en las peligrosas fases finales, puede llegar incluso a...»

Silberman desconectó el aparato con violencia y la habitación quedó en silencio. Los nueve dirigentes del campamento siguieron inmóviles en sus asientos.

—Somos un puñado de chiflados —dijo Tate por fin—. Un cargamento de psicóticos que naufragó por culpa de un meteoro casual.

—Desengáñate —replicó con brusquedad Horstokowski—. Ese meteoro no fue nada casual.

Fisher lanzó una risita histérica.

—Más charla paranoica. Santo Dios, todos esos ataques..., ¡eran alucinaciones! ¡Un producto de nuestra mente!

Lanoir jugueteó con la montaña de cintas.

—¿Qué debemos creer? ¿Existen nuestros atacantes?

—¡Hemos estado defendiéndonos de ellos durante cinco años! —saltó Portbane—. ¿No es suficiente prueba?

—¿Les has visto alguna vez? —preguntó Fisher con timidez.

—Nos enfrentamos a los mejores agentes de la galaxia. Fuerzas de choque terranas y espías militares, adiestrados en la subversión y el sabotaje. Son demasiado listos para exponerse a la luz.

—Destruyeron el sistema de puentes —recordó O'Keefe—. Es verdad que no les vimos, pero el puente ya no existe.

—Quizá estaba mal construido —señaló Fisher—. Quizá se derrumbó, simplemente.

—¡Las cosas no se derrumban así como así! Existe una explicación para todo lo que ha ocurrido.

—¿Cuál, por ejemplo? —preguntó Tate.

—Ataques con gas venenoso cada semana —dijo Portbane—. Desechos metálicos en los suministros de agua, por citar sólo dos.

—Y cristales bacteriológicos —añadió Daniels.

—Tal vez no exista nada de eso —apuntó Lanoir—. ¿Cómo vamos a demostrarlo? Si todos estamos locos, ¿cómo vamos a saberlo?

—Somos más de cien personas —dijo Domgraf-Schwach—. Todos hemos sufrido esos ataques. ¿No basta esa prueba?

—Toda una sociedad es capaz de acuñar un mito, creerlo y transmitirlo a la siguiente generación. Dioses, hadas, brujas... Creer una cosa no significa que sea cierta. Durante siglos, los terranos creyeron que la Tierra era plana.

—Es difícil establecer comparaciones sin objeto comparable. Nos hace falta alguien que no sea paranoide.

—Quizá todo esto forma parte de su estrategia —dijo Silberman—. Quizá hayan introducido estas cintas en la cabina de control.

—Cualquier creencia puede ser sometida a prueba —explicó Portbane—. ¿Cuál es la característica de una prueba científica?

—Puede ser duplicada —respondió al instante Fisher—. ¿Se dan cuenta que caminamos en círculo? Estamos intentando medirnos, lo cual es imposible. Ningún instrumento puede medir su propia precisión.

—Eso es incorrecto —respondió Portbane con calma—. Puedo proponer una prueba válida y objetiva.

—¡No existe prueba semejante! —protestó Tate, muy nervioso.

—Ya lo creo que sí. Dentro de una semana, estará a punto.

—¡Gas! —gritó el soldado.

Las sirenas aullaron por todas partes. Mujeres y niños fueron en busca de sus máscaras. Pesados cañones surgieron de cámaras subterráneas y tomaron posiciones. Los bichos hicieron una trinchera a lo largo del perímetro del pantano. Los focos taladraron la oscuridad.

Portbane abrió la espita del depósito de acero e hizo una señal a los obreros, que alejaron a toda prisa el depósito del mar de barro y malas hierbas abrasadas.

—Muy bien —jadeó Portbane—. Bájenlo.

Irrumpió en la cámara subterránea cuando el cilindro se colocaba en posición.

—Ese cilindro debería contener vapor hidrociánico. Se ha tomado una muestra en el lugar del ataque.

—Es inútil —se lamentó Fisher—. ¡Están atacando y nosotros no hacemos nada.

Portbane hizo una señal a los obreros, que dispusieron el aparato de la prueba.

—Habrá dos muestras, precipitados de diferentes vapores, cada una marcada con las etiquetas A o B. Una proveniente del cilindro que se ha llenado en el escenario del ataque. La otra contiene aire obtenido de esta habitación.

—¿Y si describimos ambas como negativas? —preguntó Silberman, preocupado—. ¿No mandará al basurero tu demostración?

—En ese caso, haremos más pruebas. Pasados dos meses, si sólo hemos obtenido resultados negativos, la hipótesis de los ataques quedará descartada.

—Es posible que ambas nos parezcan positivas —dijo Tate, perplejo.

—Entonces, estamos listos. Si consideramos ambas muestras positivas, creo que la hipótesis de la paranoia se habrá demostrado.

Al cabo de un momento, a regañadientes, Domgraf-Schwach cedió.

—Una es la muestra de control. Si nos empeñamos en que no es posible obtener una muestra de control libre de ácido hidrociánico…

—Muy hábil —admitió O'Keefe—. Partes del único factor conocido: nuestra propia existencia. No podemos dudar de eso.

—Expondré todas las posibilidades —dijo Portbane—. Las dos muestras positivas significa que somos psicóticos. Las dos negativas significa que el ataque era una falsa alarma o que no existen atacantes. Una positiva y una negativa indicaría que existen atacantes reales, que estamos cuerdos. —Paseó la mirada por los dirigentes del campamento—. Pero todos debemos estar de acuerdo en la identificación de las muestras.

—¿Nuestras reacciones serán registradas en secreto? —preguntó Tate.

—Tabuladas y analizadas por el ojo mecánico. Contrastadas mediante máquinas. Cada uno de nosotros efectuará una discriminación individual.

—Lo intentaré —dijo Fisher, al cabo de un momento.

Avanzó unos pasos, se inclinó sobre el colorímetro y examinó ambas muestras con gran concentración. Pasó un rato sumido en su examen y después aferró con determinación el punzón.

—¿Estás seguro? —preguntó Domgraf-Schwach—. ¿De veras sabes cuál es la muestra de control negativa?

—Lo sé.

Fisher apuntó sus conclusiones en la hoja de registro y se alejó.

—Yo seré el siguiente —dijo Tate, impaciente—. Acabemos de una vez.

Librodot

Uno tras otro, los hombres examinaron las dos muestras, escribieron sus hallazgos y se apartaron a un lado, ansiosos e impacientes.

—Muy bien —dijo Portbane por fin—. Yo soy el último. —Examinó las muestras unos segundos, escribió sus conclusiones y apartó el aparato—. Entréguenme los resultados —pidió a los obreros cercanos al analizador.

Un momento después, todo el mundo pudo ver los resultados.

Fisher	A	
Tate	A	
O'Keefe	B	
Horstokowski	B	
Silberman		B
Daniels	B	
Portbane	A	
Domgraf-Schwach	B	
Lanoir	A	

—Que me aspen —dijo en voz baja Silberman—. No podía ser más sencillo. Somos paranoicos.

—¡Idiota! —gritó Tate a Horstokowski—. ¡No era B, sino A! ¿Cómo has podido equivocarte?

—¡B era tan brillante como un reflector! —respondió Domgraf-Schwach, furioso—. ¡A carecía por completo de color!

O'Keefe dio un paso adelante.

—¿Cuál era, Portbane? ¿Cuál era la muestra positiva?

—No lo sé —confesó Portbane—. Ninguno de nosotros puede estar seguro.

El timbre del escritorio de Domgraf-Schwach zumbó y el hombre conectó al instante el monitor.

Apareció el rostro de un soldado operador.

—El ataque ha terminado, señor. Les hemos rechazado.

Domgraf-Schwach sonrió con ironía.

—¿Capturaron alguno?

—No, señor. Se perdieron en el pantano. Creo que alcanzamos a un par. Mañana saldremos a buscar los cuerpos.

—¿Cree que los encontrarán?

—Bueno, el pantano suele engullirlos, pero quizá esta vez...

—Muy bien —le interrumpió Domgraf-Schwach—. Si se produce una excepción, comuníquemelo.

Cortó la transmisión.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Daniels con frialdad.

—Continuar trabajando en la nave carece de sentido —dijo O'Keefe—. ¿De qué sirve perder el tiempo bombeando pantanos vacíos?

—Sugiero que continuemos trabajando en la nave —le contradijo Tate.

—¿Por qué? —preguntó O'Keefe.

—Para dirigirnos a Fomalhaut y entregarnos al hospital.

Silberman le miró con incredulidad.

—¿Entregarnos? ¿Por qué no nos quedamos aquí? No hacemos daño a nadie.

—No, todavía no. Estoy pensando en el futuro, en los siglos venideros.

—Ya estaremos muertos.

Los que nos encontramos en esta sala sí, pero, ¿y nuestros descendientes?

—Tiene razón —reconoció Lanoir—. Con el paso del tiempo, nuestros descendientes poblarán todo el Sistema Solar. Tarde o temprano, nuestras naves surcarán la galaxia. —Intentó sonreír, pero sus músculos no reaccionaron—. Las cintas subrayan la tenacidad de los paranoicos. Se aferran fanáticamente a sus creencias fijas. Si nuestros descendientes invaden las zonas terranas, habrá guerra y es posible que ganemos, porque nosotros somos más tozudos. Nunca nos desviamos de la meta propuesta.

—Fanáticos —susurró Daniels.

—Tendremos que ocultar esta información al resto del campamento —dijo O'Keefe.

—Desde luego —corroboró Fisher—. Les convenceremos que la nave se destina a ataques con bombas H. De lo contrario, la situación se nos escapará de las manos.

Se dirigieron con movimientos torpes hacia la puerta sellada.

—Esperen un momento —dijo Domgraf-Schwach—. Los dos operarios.

Retrocedió, mientras algunos se internaban en el pasillo y los demás regresaban a sus asientos.

Y entonces ocurrió.

Silberman fue el primero en disparar. Fisher chilló cuando la mitad de su cuerpo se convirtió en remolineantes partículas de ceniza radiactiva. Silberman cayó de rodillas y disparó a Tate. Éste dio un salto atrás y sacó su pistola. Daniels esquivó el rayo de Lanoir, que se estrelló contra la primera hilera de asientos.

Lanoir avanzó con serenidad pegado a la pared, a través de las nubes de humo. Una silueta apareció ante él. Lanoir levantó la pistola y disparó. La silueta cayó a un lado y devolvió el disparo. Lanoir se tambaleó y cayó como un globo deshinchado. Silberman se precipitó hacia adelante.

Domgraf-Schwach, sentado ante su escritorio, tanteó frenéticamente en busca del botón de huida. Sus dedos lo tocaron, pero mientras lo apretaba, un rayo surgido de la pistola que empuñaba Portbane le saltó la tapa de los sesos. El cuerpo sin vida permaneció inmóvil un momento, y luego fue catapultado hacia la «seguridad» por el complicado mecanismo oculto bajo el escritorio.

—¡Por aquí! —gritó Portbane, elevando la voz sobre el siseo de los disparos—. ¡Sígueme, Tate!

Varios rayos partieron en su dirección. La mitad de la sala se vino abajo, convertida en una lluvia de escombros llameantes. Tate y él se dirigieron hacia la salida de emergencia más próxima. Detrás, los demás se abrían paso, disparando como posesos.

Horstokowski encontró la salida y descorrió el cerrojo. Disparó cuando dos siluetas aparecieron en el pasillo. Una cayó, pero la otra le agarró y ambos forcejearon. Daniels ofrecía un mejor blanco. Cuando Tate y Portbane salieron a la superficie, un rayo disparado por Daniels derribó al más alto de los dos.

Portbane continuó corriendo unos metros, y después se desplomó de bruces en silencio contra el costado de una casa de plástico, un sombrío cuadrado de negrura que se recortaba contra el cielo nocturno.

—¿Adónde iban? —preguntó con voz ronca Silberman cuando apareció en la boca del pasillo.

Librodot

El disparo de Lanoir le había segado el brazo derecho. El muñón se veía chamuscado.

—Alcancé a uno.

Daniels y O'Keefe se aproximaron a la figura inmóvil con cautela.

—Es Portbane. Ya sólo queda Tate. Hemos acabado con tres de los cuatro. No está mal, considerando el poco tiempo del que hemos dispuesto.

—Tate es muy listo —resolló Silberman—. Creo que lo sospechaba.

Escrutó la oscuridad que les rodeaba. Los soldados que regresaban del ataque con gases se acercaron a toda prisa. Los faros iluminaron el escenario del tiroteo. A lo lejos, las sirenas aullaron.

—¿Por dónde se fue? —preguntó Daniels.

—Hacia el pantano.

O'Keefe avanzó con cautela por la estrecha calle. Los demás le siguieron poco a poco.

—Tú fuiste el primero en darse cuenta —dijo Horstokowski a Silberman—. Por un momento, creí en la prueba. Después, comprendí que nos engañaban. Esos cuatro se habían puesto de acuerdo.

—No esperaba que fueran cuatro —reconoció Silberman—. Sabía que, como mínimo, había un espía terrano entre nosotros, pero Lanoir…

—Siempre supe que Lanoir era un agente terrano —declaró O'Keefe—. Los resultados de la prueba no me sorprendieron. Se delataron cuando falsificaron sus resultados.

Silberman indicó a un grupo de soldados que se acercaran.

—Capturen a Tate y tráiganle aquí. Se halla en la periferia del campamento.

Los soldados se alejaron a toda prisa, confusos. Timbres de alarma sonaron por todas partes. Siluetas imprecisas corrieron de un lado a otro. Como una colonia de hormigas revuelta, todo el campamento bullía de nerviosismo.

—En otras palabras —dijo Daniels—, los cuatro vieron lo mismo que nosotros. Vieron que la muestra positiva era la B, pero en cambio escribieron la A.

—Sabían que nosotros habíamos escrito la B —explicó O'Keefe—, puesto que la B era la muestra positiva tomada del escenario del ataque. Les bastó con poner la otra. Los resultados daban la impresión de apoyar la teoría de la paranoia sostenida por Lanoir; por eso Portbane pasó la prueba. Hacía mucho tiempo que lo habían planeado; formaba parte de su estrategia.

—¡Lanoir introdujo las cintas! —exclamó Daniels—. Fisher y él las ocultaron entre las ruinas de la nave. Portbane nos convenció para que aceptáramos su demostración.

—¿Qué intentaban hacer? —preguntó de repente Silberman—. ¿Por qué trataban de convencernos que éramos paranoicos?

—¿No está claro? —replicó O'Keefe—. Querían que nos entregáramos. Los monos terranos intentan acabar con la raza que va a sustituirles. No vamos a rendirnos, por supuesto. Los cuatro eran muy listos; casi lograron convencerme. Cuando los resultados indicaron cinco contra cuatro, dudé por un instante, pero luego comprendí que habían planificado una complicada estrategia.

Horstokowski examinó su pistola.

—Me gustaría apoderarme de Tate y arrancarle toda la historia, el relato completo de su estratagema, para conocer los detalles.

—¿Aún no estás convencido? —preguntó Daniels.

—Claro que sí, pero me gustaría oírselo admitir.

—Dudo que volvamos a ver a Tate —dijo O'Keefe—. Ya habrá llegado a las líneas terranas. Es probable que se encuentre sentado en un gran transporte militar intersistemas, refiriendo su historia a oficiales terranos cargados de medallas. Apuesto a que en este momento ya están desplazando artillería pesada y tropas de combate.

—Habrá que poner manos a la obra —dijo Daniels—. Repararemos la nave y la cargaremos de bombas H. Después de destruir sus bases de aquí, les declararemos la guerra abierta. Unos cuantos ataques al Sistema Solar les enseñarán a dejarnos en paz.

Horstokowski sonrió.

—Será un combate desigual: nosotros solos contra toda una galaxia. Sin embargo, creo que daremos buena cuenta de ellos. Uno de nosotros vale por un millón de monos terranos.

Tate yacía tembloroso en el oscuro laberinto de malas hierbas. Húmedos tallos negros se apretujaban y agitaban a su alrededor. Insectos nocturnos venenosos se deslizaban sobre la superficie del fétido pantano.

Estaba cubierto de limo. Tenía el traje roto y desgarrado. Había perdido en algún momento su pistola. Le dolía el hombro derecho; apenas podía mover el brazo. Algún hueso roto, probablemente. Estaba demasiado entumecido y aturdido para preocuparse por ella. Yacía boca abajo en el barro pegajoso, con los ojos cerrados.

Estaba perdido. Nadie sobrevivía en los pantanos. Aplastó un insecto que se deslizaba por su cuello. Se removió en su mano y luego, de mala gana, murió. Sus largas patas se agitaron durante mucho tiempo.

El cuerno de un caracol comenzó a trazar surcos sobre el cuerpo inmóvil de Tate. Cuando la presión aumentó, oyó los primeros sonidos procedentes del campamento, lejanos y apenas audibles. Al principio, no significaron nada para él. Después, comprendió..., y se estremeció, impotente y afligido.

La primera fase de la gran ofensiva contra la Tierra se había iniciado.

SOBRE LA DESOLADA TIERRA

Silvia corrió riendo bajo la luminosidad de la noche, entre las rosas, las dalias y las margaritas, bajó por el sendero de grava y dejó atrás los montones de hierba recogida de los jardines. Las estrellas, atrapadas en los charcos de agua, brillaban por doquier, mientras la joven se abría paso entre ellas y llegaba a la pendiente situada al otro lado del muro de ladrillo. Los cedros sostenían el cielo y hacían caso omiso de la forma esbelta que corría, el pelo castaño al viento y los ojos centelleantes.

—Espérame —protestó Rick, mientras la seguía con precaución por el sendero que no conocía muy bien. Silvia no se detuvo—. ¡No corras tanto! —gritó, irritado.

—No puedo, es tarde.

Silvia apareció de improviso frente a él y le cerró el paso.

—Vacía tus bolsillos —jadeó. Sus ojos grises refulgían—. Tira todas las cosas de metal. Ya sabes que no soportan el metal.

Rick registró sus bolsillos. En el abrigo guardaba dos monedas de diez centavos y una de cincuenta.

—¿Esto también?

—¡Sí!

Silvia se apoderó de las monedas y las arrojó entre los oscuros montones de lirios de agua. Las piezas de metal se hundieron con un siseo y desaparecieron.

—¿Algo más? —Aferró su brazo con impaciencia—. Ya vienen. ¿Algo más, Rick?

—Sólo mi reloj. —Rick apartó la muñeca de los dedos codiciosos de Silvia—. No pienso tirarlo entre los arbustos.

—Déjalo sobre el reloj de sol, o encima del muro. O en el hueco de un árbol. —Silvia se puso a correr de nuevo. Escuchó su voz nerviosa y extasiada—. Tira la pitillera, las llaves, la hebilla del cinturón... Todo lo que sea de metal. Ya sabes que detestan el metal. ¡Es tarde, date prisa!

Rick la siguió con semblante hosco.

—De acuerdo, bruja.

—¡No digas eso! —replicó con furia Silvia desde la oscuridad—. No es verdad. Has prestado oídos a mis hermanas, a mi madre y...

El ruido ahogó sus palabras. Un aleteo lejano, como inmensas hojas agitadas por una tormenta invernal. Frenéticos golpes sordos vibraron en el cielo nocturno. Esta vez se aproximaban muy de prisa. Estaban demasiado ávidos, demasiado desesperados para esperar. El miedo se apoderó del joven, que corrió en pos de Silvia.

Silvia era una diminuta columna de falda y blusa verde en el centro de la masa revoloteante. Los mantenía a distancia con un brazo y trataba de manipular la canilla con la otra. La frenética actividad de alas y cuerpos la dobló como una caña. Durante unos instantes desapareció de su vista.

—¡Rick! —gritó con voz débil—. ¡Ven a ayudarme! —Los apartó y logró incorporarse—. ¡Me están ahogando!

Rick atravesó el muro de un blanco cegador hasta llegar al borde del pesebre. Bebían con avidez la sangre que derramaba la canilla de madera. Atrajo a Silvia hacia sí. Estaba aterrorizada y temblorosa. La abrazó con fuerza hasta que la violencia y la furia que les rodeaba se apagó.

—Tienen hambre —dijo Silvia con voz estrangulada.

—Te has portado como una idiota. ¡Podrían haberte hecho trizas!

—Lo sé. Son capaces de todo. —Se estremeció, nerviosa y cansada—. Míralos —susurró con voz ronca por el temor y la admiración—. Fíjate en su tamaño, de un extremo a otro de las alas. Son blancos, Rick. Inmaculados, perfectos. No existe en nuestro mundo nada tan inmaculado. Grandes, limpios y maravillosos.

—Estaban ansiosos de beber la sangre del cordero.

El suave cabello de Silvia azotó la cara de Rick cuando las alas se agitaron por todas partes. Se marchaban, ascendían hacia el cielo. Aunque en realidad, hacia el cielo no. Volvían a su mundo, desde el cual habían olido la sangre... Pero no era tan sólo la sangre; habían acudido por Silvia. Ella los había atraído.

Los ojos grises de la muchacha estaban abiertos de par en par. Alzó una mano hacia los blancos seres. Uno de ellos se aproximó. La hierba y las

flores chisporrotearon cuando brotó una breve fuente de llamas blancas cegadoras. Rick huyó. La silueta flamígera flotó un momento sobre Silvia, y después se escuchó un seco «pop». El último gigante de alas blancas había desaparecido. La oscuridad y el silencio volvieron a posarse poco a poco sobre el aire y la tierra.

—Lo siento —susurró Silvia.

—No lo vuelvas a hacer —consiguió articular Rick. Estaba aturdido por el susto—. Es peligroso.

—A veces me olvido. Lo siento, Rick. No tenía la intención de traerlos tan cerca. —Intentó sonreír—. Hacía meses que no era tan descuidada. Desde aquella vez, cuando te traje por primera vez aquí. —Una expresión ávida y feroz se dibujó en su cara—. ¿Lo has visto? ¡Fuerza y llamas! Ni siquiera me tocó. Se limitó a... mirarnos. Nada más. Todo lo que nos rodeaba ardió.

Rick la abrazó.

—Escucha —dijo con voz rasposa—, no vuelvas a llamarlos. Es un error. Éste no es su mundo.

—No es un error; es bello.

—¡Es peligroso! —Hundió los dedos en su piel hasta que la joven gimió de dolor—. ¡No vuelvas a llamarlos!

Silvia lanzó una carcajada histérica. Se soltó y penetró en el círculo calcinado que la horda de ángeles había creado antes de volar hacia el cielo.

—No puedo evitarlo —gritó—. Soy de su raza. Son mi familia, mi pueblo. Generaciones y generaciones, hasta el pasado más remoto.

—¿Qué quieres decir?

—Son mis antepasados, y algún día me reuniré con ellos.

—¡Eres una bruja! —aulló Rick, furioso.

—No —contestó Silvia—. No soy una bruja, Rick. ¿No lo entiendes? Soy una santa.

La cocina estaba caliente y bien iluminada. Silvia enchufó la cafetera y tomó un gran pote rojo de café de los estantes situados sobre el fregadero.

—No debes hacerles caso —dijo, mientras ponía platillos y tazas sobre la mesa y sacaba crema de leche de la nevera—. Ya sabes que no entienden nada. Míralos.

La madre de Silvia y sus hermanas, Betty Lou y Jean, se apretujaban en la sala de estar, atemorizadas y cautelosas, y contemplaban a la joven pareja. Walter Everett se encontraba de pie junto a la chimenea, el rostro inexpresivo.

—Escúchame tú a mí —dijo Rick—. Tienes el poder de atraerlos ¿Quieres decir que no eres..., que Walter no es tu padre?

—Oh, sí, claro que sí. Soy completamente humana. ¿No parezco humana?

—Pero eres la única que posee ese poder.

—Físicamente, no soy diferente —reflexionó Silvia en voz alta—. Poseo la capacidad de ver, nada más. Antes que yo, otros la han tenido: santos, mártires. Cuando era niña, mi madre me leyó la vida de santa Bernadette. ¿Recuerdas dónde estaba su cueva? Cerca de un hospital. Volaban por allí y vio a uno.

—¿Y la sangre? ¡Es grotesco! Nunca existió nada parecido.

—Oh, sí. La sangre les atrae, sobre todo la de cordero. Vuelan sobre los campos de batalla, como valkirias que transportan a los muertos al

Walhalla. Por eso los santos y los mártires se flagelan y mutilan. ¿Sabes de dónde saqué la idea?

Silvia ató un pequeño delantal alrededor de su cintura y llenó la cafetera.

—Cuando tenía nueve años lo leí en *La Odisea*, de Homero. Ulises cavó un surco en el suelo y lo llenó de sangre para atraer a los espíritus. Las sombras del submundo.

—Es verdad —admitió Rick de mala gana—. Lo recuerdo.

—Los fantasmas de los muertos. Antes habían vivido. Todo el mundo vive aquí, muere y va allí. —Su rostro se iluminó—. ¡Todos tendremos alas! Todos volaremos. Todos poseeremos fuego y poder. Nunca más volveremos a ser gusanos.

—¡Gusanos! Así me llamas siempre.

—Pues claro que eres un gusano. Todos somos gusanos, sucios gusanos que se arrastran sobre la corteza de la Tierra, entre el polvo y los excrementos.

—¿Por qué les atrae la sangre?

—Porque es vida y la vida les atrae. La sangre es *uisge beatha,* el agua de vida.

—¡La sangre significa muerte! Un pesebre lleno de sangre...

—No es muerte. Cuando ves a una oruga que se encierra en su capullo, ¿crees que está muriendo?

Walter Everett apareció en el umbral. Escuchó a su hija con expresión sombría.

—Un día —dijo con voz ronca—, la atraparán y se la llevarán. Ella lo desea. Está esperando ese día.

—¿Lo ves? —dijo Silvia a Rick—. Él tampoco entiende. —Desconectó la cafetera y sirvió el café—. ¿Quieres? —preguntó a su padre.

—No.

—Silvia —dijo Rick, como si estuviera hablando con un niño—, si te marcharas con ellos, sabes que no podrías volver con nosotros.

—Tarde o temprano, todos debemos cruzar la frontera. Así es la vida.

—Pero sólo tienes diecinueve años —se lamentó Rick—. Eres joven, llena de salud y bella. Y nuestro matrimonio... ¿Qué hay de nuestro matrimonio? —Casi se levantó de la mesa—. Silvia, ¡debes acabar con esto!

—No puedo. Tenía siete años cuando les vi por primera vez. —Silvia estaba de pie junto al fregadero, la cafetera sujeta en las manos, una mirada soñadora en los ojos—. ¿Te acuerdas, papá? Vivíamos en Chicago. Era invierno. Me caí, camino del colegio. —Extendió un brazo—. ¿Ves la cicatriz? Me caí y me corté con la grava y el fango. Volví a casa llorando... Caía aguanieve y el viento aullaba a mi alrededor. Mi brazo sangraba y el mitón estaba empapado en sangre. Entonces levanté la vista y los vi.

Se hizo el silencio.

—Ellos te quieren —dijo Everett, afligido—. Son moscas, moscardones al acecho que te esperan. Te llaman para que te marches con ellos.

—¿Por qué no? —Los ojos grises de Silvia brillaban y sus mejillas irradiaban alegría e impaciencia—. Tú les has visto, papá. Ya sabes lo que significa. La transfiguración: ¡Barro convertido en divinidad!

Rick salió de la cocina. Las dos hermanas continuaban de pie en la sala de estar, curiosas e inquietas. La señora Everett estaba algo apartada, el rostro impenetrable, los ojos inexpresivos detrás de las gafas con montura de acero. Desvió la vista cuando Rick pasó a su lado.

Librodot

—¿Qué ha pasado? —le susurró Betty Lou. Tenía quince años, hoyuelos en las mejillas, cabello color arena deslustrado. Era flaca y de pecho liso—. Silvia nunca nos deja ir con ella.

—No ha pasado nada —murmuró Rick.

El feo rostro de la muchacha expresó ira.

—No es verdad. Los dos estaban en el jardín, a oscuras, y…

—¡No hables con él! —le espetó su madre. Empujó a las dos chicas hacia fuera y dirigió a Rick una mirada de odio y dolor. Después, se alejó a toda prisa de él.

Rick abrió la puerta del sótano y encendió la luz. Descendió poco a poco hacia la fría y húmeda habitación de hormigón y tierra. La luz amarilla colgaba de los cables cubiertos de polvo.

En un rincón destacaba la enorme caldera, con sus gigantescos tubos de aire caliente. A su lado se erguía el calentador de agua y montones de objetos desechados, cajas llenas de libros y periódicos, así como muebles viejos, cubiertos por una espesa capa de polvo y numerosas telarañas.

En el extremo más alejado estaban la lavadora y la secadora. Y el sistema de bombeo y refrigeración de Silvia.

Rick se acercó al banco de trabajo y escogió un martillo y dos pesadas llaves inglesas. Cuando se dirigía hacia el laberinto de tubos y aparatos, Silvia apareció de repente en lo alto de la escalera, con la taza de café en la mano.

Se precipitó hacia él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, examinándole con suma atención—. ¿Qué piensas hacer con el martillo y las llaves?

Rick dejó caer las herramientas en el banco de trabajo.

—Creí que podría solucionar este asunto de una vez por todas.

Silvia se interpuso entre Rick y los depósitos.

—Creía que habías comprendido. Ellos siempre han formado parte de mi vida. Cuando viniste conmigo la primera vez, me dio la impresión que entendías…

—No quiero perderte —replicó Rick con aspereza—, ni por nada ni por nadie, en este mundo o en el que sea. No voy a renunciar a ti.

—¡No es cuestión de renunciar! —La muchacha entornó los ojos—. Has bajado para destruirlo todo. Me descuido un momento y te dispones a romperlo todo, ¿eh?

—En efecto.

El miedo sustituyó a la ira en el rostro de Silvia.

—¿Quieres tenerme encadenada aquí? Debo seguir adelante. Esta parte del viaje ha terminado. Ya me he quedado suficiente tiempo.

—¿Es que no puedes esperar? —preguntó Rick, furioso, la voz temblorosa de rabia—. ¿Acaso no se termina siempre demasiado pronto?

Silvia se encogió de hombros y desvió la vista, los brazos cruzados y los rojos labios apretados.

—Quieres seguir siendo un gusano. Una oruga repugnante.

—Te quiero.

—¡No puedes poseerme! —replicó la joven, irritada—. No puedo perder el tiempo en esas cosas.

—Te preocupan otras más elevadas —respondió Rick con sarcasmo.

—Por supuesto. —Se ablandó un poco—. Lo lamento, Rick. ¿Te acuerdas de Ícaro? Tú también quieres volar. Lo sé.

—Cuando llegue el momento.

—¿Por qué no ahora? ¿Por qué esperar? Tienes miedo. —Se alejó unos metros de él y una sonrisa de astucia se dibujó en sus labios rojos—. Rick, quiero enseñarte algo, pero antes prométeme... que no se lo contarás a nadie.

—¿Qué es?

—¿Me lo prometes? —Apoyó la mano sobre la boca del joven—. Debo ser precavida. Me costó mucho dinero. Nadie lo sabe. Los hacen en China; todo confluye hacia ellos.

—Has despertado mi curiosidad —dijo Rick, algo inquieto—. Enséñamelo.

Silvia, temblando de emoción, desapareció detrás de un enorme frigorífico y se hundió en las tinieblas, entre el laberinto de espirales. Rick oyó que tiraba de algo grande.

—¿Lo ves? —dijo Silvia con voz ahogada—. Échame una mano, Rick. Pesa mucho. Es de madera y latón, forrado de metal. Pintado y pulido a mano. Y la talla... ¡Fíjate en la talla! ¿Acaso no es precioso?

—¿Qué es? —preguntó Rick con voz ronca.

—Mi capullo —contestó Silvia.

Estaba sentada en el suelo y apoyaba la cabeza con expresión arrobada en el ataúd de roble pulido.

Rick la agarró por el brazo y la obligó a levantarse.

—¿Qué haces sentada en el sótano, con ese ataúd...? —Se interrumpió—. ¿Qué te pasa?

El dolor deformaba las facciones de Silvia. Se apartó de él y se llevó un dedo a la boca.

—Me he cortado con un clavo o algo cuando me has levantado.

Un hilo de sangre resbalaba por sus dedos. Buscó un pañuelo en el bolsillo.

—Déjame verlo. —Rick avanzó hacia la joven, pero ésta se apartó—. ¿Es grave? —preguntó.

—Aléjate de mí —susurró Silvia.

—¿Qué ocurre? ¡Déjame verlo!

—Rick —dijo Silvia en voz baja y perentoria—, ve a buscar agua y esparadrapo. Lo más rápido posible. —Intentaba dominar su creciente terror—. Debo detener la hemorragia.

—¿Arriba? —Rick empezó a alejarse con movimientos torpes—. No parece tan grave. ¿Por qué no...?

—De prisa. —La voz de la joven temblaba de miedo—. ¡De prisa, Rick!

El joven, confuso, corrió unos pasos.

El terror de Silvia le acompañó.

—No, es demasiado tarde —dijo la muchacha con voz apenas audible—. No vuelvas... Manténte alejado de mí. Ha sido culpa mía. Yo les acostumbré a venir. ¡Vete! Lo siento, Rick. Oh...

Dejó de oír su voz cuando la pared del sótano estalló en mil pedazos. Una luminosa nube blanca penetró en el sótano.

Venían por Silvia. Ésta corrió hacia Rick, se detuvo, vacilante, y la blanca masa de cuerpos y alas la rodearon. Gritó una vez. Después, una violenta explosión transformó el sótano en un horno al rojo vivo.

Rick fue lanzado al suelo. El cemento estaba caliente y seco; el calor que reinaba en el sótano era insoportable. Las ventanas estallaron cuando otras formas blancas se abrieron paso. Las paredes fueron pasto del humo y las llamas. El techo cedió y una lluvia de yeso se derrumbó sobre el suelo.

Rick logró ponerse en pie. La furiosa actividad disminuía. El sótano era un caos de escombros. Todas las superficies se veían negras, chamuscadas y cubiertas de cenizas humeantes. Todo estaba sembrado de madera astillada, trozos de ropa y hormigón reventado. El complejo sistema de bombeo y refrigeración se había convertido en una reluciente masa de escoria. Toda una pared estaba inclinada. El yeso lo cubría todo.

Silvia era un guiñapo retorcido. Tenía los brazos y las piernas doblados grotescamente. Restos carbonizados y arrugados de ceniza abrasada por el fuego, que formaba un confuso montón. Sólo quedaban fragmentos chamuscados, una cáscara quebradiza y consumida.

La noche era cerrada, oscura y fría. Algunas estrellas brillaban como hielo sobre su cabeza. Un débil viento húmedo agitaba los lirios de agua y levantaba la grava del sendero que serpenteaba entre las rosas negras.

Estuvo acuclillado durante largo rato, escuchando y observando. Detrás de los cedros, la mansión se recortaba contra el cielo. Al pie de la colina, algunos coches transitaban por la autopista. Por lo demás, no se oía ningún otro ruido. Frente a él sobresalían el contorno cuadrado del pesebre de porcelana y el tubo que había transportado sangre desde la nevera del sótano. El pesebre estaba vacío y seco, a excepción de unas hojas que habían caído en su interior.

Rick aspiró una profunda bocanada de aire nocturno y lo retuvo en los pulmones. Después, se levantó con movimientos rígidos. Escudriñó el cielo, pero no distinguió el menor movimiento. Sin embargo, allí estaban, al acecho y vigilantes: sombras imprecisas, ecos de un pasado legendario, una hilera de siluetas similares a dioses.

Tomó los pesados recipientes, los arrastró hacia el pesebre y vertió la sangre procedente de un matadero de Nueva Jersey, res de baja estofa, espesa y coagulada. Manchó sus ropas y retrocedió, nervioso, pero nada agitó el aire. El jardín siguió en silencio, invadido por la niebla nocturna y la oscuridad.

Se quedó junto al pesebre, preguntándose si acudirían. Lo que les atraía era Silvia, no sólo la sangre. En su ausencia, lo único que les atraía era la carne cruda. Acercó los bidones vacíos a los arbustos y los tiró de una patada ladera abajo. Registró sus bolsillos con todo cuidado, para asegurarse que no había nada metálico.

Silvia les había acostumbrado a hacer acto de presencia, año tras año. Ahora, estaba al otro lado. ¿Significaba eso que no vendrían? Algo se removió entre los arbustos. ¿Un animal o un ave?

La sangre, espesa y oscura, centelleaba en el pesebre, como plomo viejo. Era el momento propicio para que acudieran, pero nada agitó los altos árboles que se alzaban hacia el cielo. Escudriñó las hileras de rosas negras inclinadas, el sendero de grava por el que Silvia y él habían corrido. Rechazó con violencia el recuerdo reciente de sus ojos centelleantes y sus sensuales labios rojos. La autopista que corría al otro lado de la pendiente, el jardín vacío y desierto, la casa silenciosa donde su familia aguardaba y se cobijaba. Al cabo de un rato, percibió un ruido apagado, cortante. Se puso en tensión,

pero sólo era un camión diesel que surcaba la autopista, y sus faros perforaron las tinieblas.

Se puso en pie con semblante sombrío, las piernas abiertas, los zapatos hundidos en la blanda tierra negra. No se iba a marchar. Se quedaría hasta que vinieran. Quería recuperarla..., a cualquier precio.

Telarañas de humedad se deslizaban sobre la luna. El cielo parecía una inmensa llanura desnuda, carente de vida o calor. El frío mortal del espacio, lejos de los soles y los seres vivos. Mantuvo la cabeza alzada hasta que el cuello le dolió. Estrellas gélidas, que aparecían y desaparecían en la capa de niebla. ¿Había algo más? ¿No querían venir, o no les interesaba? Lo que les interesaba era Silvia..., y ahora ya la tenían.

Captó un movimiento a su espalda, pero silencioso. Cuando iba a volverse, los árboles y la hierba que le rodeaban se removieron. Se fundieron con las sombras nocturnas. Algo se movió entre ellos, rápida, silenciosamente, y luego desapareció.

Habían venido. Lo presentía. Habían eliminado su energía. Estatuas frías e indiferentes que se alzaban entre los árboles, al acecho entre los cedros, extrañas a él y a su mundo, atraídas por la curiosidad y una costumbre adquirida.

—Silvia —dijo en voz alta—. ¿Cuál eres?

No obtuvo respuesta. Quizá no se encontraba entre ellos. Se sintió ridículo. Una vaga sombra blanca revoloteó sobre el abrevadero, se detuvo un instante y prosiguió su camino. El aire vibró sobre el abrevadero y luego se inmovilizó, cuando otro gigante lo inspeccionó y se retiró.

El pánico se apoderó de Rick. Se marchaban de nuevo, regresaban a su mundo. Habían rechazado el pesebre; no les interesaba.

—Esperen —murmuró con voz ronca.

Algunas sombras blancas se rezagaron. Se acercó a ellas con parsimonia, consciente de su inmensidad. Si una le tocaba, se convertiría en un montoncito de cenizas. Se detuvo a escasos metros.

—Ya saben lo que quiero —dijo—. Quiero que ella vuelva. No tendrían que habérsela llevado aún.

Silencio.

—Fueron demasiado codiciosos —prosiguió—. Se equivocaron. Al fin y al cabo, tarde o temprano se les habría entregado. Lo había planificado todo.

La niebla oscura crepitó. Las sombras que destellaban entre los árboles se agitaron, en respuesta a sus palabras.

—Es verdad.

Un sonido frío, impersonal, que vagó a su alrededor, de árbol en árbol, sin procedencia ni dirección. El viento de la noche lo barrió y sólo quedaron ecos imprecisos.

Se sintió aliviado. Se habían detenido, habían sido conscientes de su presencia, habían escuchado lo que debía decirles.

—¿Creen que es verdad? —preguntó—. Tenía una larga vida por delante. Íbamos a casarnos, a tener hijos.

No hubo respuesta, pero percibió una tensión creciente. Escuchó con suma atención, pero no distinguió nada. Al cabo de un rato, comprendió que entre ellos se libraba una gran batalla, un arduo conflicto. La tensión aumentó. Más formas oscilaron, ocultaron las nubes y las estrellas gélidas.

—¡Rick!

Una voz habló muy cerca de él, refugiada entre los árboles y las plantas húmedas. Apenas pudo oírla; las palabras se desvanecieron apenas pronunciadas.

—Rick... Ayúdame a regresar.

—¿Dónde estás? —No pudo localizarla—. ¿Qué puedo hacer?

—No lo sé. —La voz estaba henchida de perplejidad y dolor—. No entiendo nada. Algo salió mal. Debieron pensar que quería reunirme con ellos cuanto antes. ¡No era así!

—Lo sé —dijo Rick—. Fue un accidente.

—Estaban esperando. El capullo, el pesebre..., pero fue demasiado pronto.

Captó su terror desde la vaga lejanía del otro universo.

—Rick, he cambiado de idea. Quiero volver.

—No es tan sencillo.

—Lo sé. Rick, el tiempo es diferente en este lado. Me he distanciado tanto... Tu mundo parece alejarse. Han pasado años, ¿verdad?

—Una semana.

—Fue culpa de ellos. No creerás que fue mía, ¿verdad? Saben que se equivocaron. Los culpables fueron castigados, pero eso no me consuela. —El pánico y el dolor distorsionaron su voz, de modo que no pudo entenderla—. ¿Cómo puedo regresar?

—¿Ellos no lo saben?

—Dicen que es imposible. —Su voz tembló—. Dicen que destruyeron la parte de barro, que fue incinerada. No hay manera que pueda volver.

Rick respiró hondo.

—Que encuentren otra forma. Es lo mínimo que pueden hacer. ¿Acaso no tienen el poder? Se apoderaron de ti demasiado pronto; deben enviarte de vuelta. Es su responsabilidad.

Las formas blancas se removieron inquietas. El conflicto se planteó en toda su crudeza; no podían acceder. Rick retrocedió unos pasos, cauteloso.

—Dicen que es peligroso. —La voz de Silvia no surgió de ningún punto concreto—. Dicen que lo intentaron en una ocasión. —Intentó controlar la voz—. El nexo entre este mundo y el tuyo es inestable. Existen inmensas cantidades de energía que flotan libremente. El poder que tenemos en este lado no es nuestro, en realidad. Es una energía universal, derivada y controlada.

—¿Por qué no pueden...?

—Este continuo es superior. Existe un proceso natural de la energía que va de las regiones inferiores a las superiores, pero el proceso inverso es peligroso. La sangre es una especie de guía, una señal luminosa.

—Como mariposas alrededor de una bombilla —dijo Rick con amargura.

—Si me envían de vuelta y algo sale mal... —Su voz se quebró y después continuó—. Si cometen un error, podría perderme entre las dos regiones. La energía libre podría absorberme. Por lo visto, está viva en parte. Es incomprensible. Acuérdate de Prometeo y del fuego...

—Entiendo —dijo Rick, con la mayor calma posible.

—Querido, si me envían de vuelta tendré que tomar alguna forma. Ya no poseo una forma concreta, ¿sabes? En este lado no hay auténticas formas materiales. Lo que tú ves, las alas y la blancura, no existen. Si consigo volver a tu lado...

—Tendrías que adoptar una forma.

—Tendrías que introducirme en algo de barro, introducirme y darle nueva forma. Como hizo Él hace mucho tiempo, cuando se depositó en tu mundo la forma original.

—Si lo hicieron una vez, pueden volver a hacerlo.

—El que lo hizo se marchó. Pasó a un estadio superior. —Notó una triste ironía en su voz—. Hay regiones más elevadas. La escala no se detiene aquí. Nadie sabe dónde acaba, pues da la impresión que asciende incesantemente. Mundo tras mundo.

—¿Quién toma las decisiones acerca de ti?

—Me corresponden a mí. Dicen que si quiero arriesgarme, lo intentarán.

—¿Has pensado algo?

—Tengo miedo. ¿Y si algo sale mal? Tu no has visto la región intermedia. Las posibilidades son increíbles. Me aterrorizan. Él fue el único que tuvo la valentía suficiente. Todos los demás se asustaron.

—Ha sido culpa de ellos. Deben aceptar la responsabilidad.

—Lo saben. —Silvia vaciló—. Rick, querido, dime qué debo hacer.

—¡Vuelve!

Silencio. Después, su voz, débil y patética.

—Lo haré, Rick, si crees que es lo correcto.

—Lo es —dijo el joven con firmeza. Se obligó a no pensar, ni a imaginar nada. Tenía que recuperarla—. Diles que empiecen ya. Diles…

Una ensordecedora explosión se produjo ante él. Salió despedido por los aires y fue arrojado a un mar llameante de energía pura. Se marchaban y un lago incandescente de energía bullía y atronaba a su alrededor. Durante una fracción de segundo pensó que veía a Silvia, con las manos extendidas hacia él en un gesto implorante.

Después, el fuego se extinguió y se encontró tendido en la oscura humedad de la noche. Solo y en medio del silencio.

Walter Everett le ayudó a levantarse.

—¡Maldito idiota! —repitió una y otra vez—. No debiste traerlos de vuelta. Ya nos han arrebatado bastante.

Luego, entró en la cálida sala de estar. La señora Everett se quedó en silencio frente a él, el rostro severo e inexpresivo. Las dos hermanas revoloteaban a su alrededor, curiosas y nerviosas, una morbosa fascinación asomaba a sus ojos.

—Me pondré bien —murmuró Rick.

Tenía la ropa chamuscada y ennegrecida. Se limpió la ceniza que manchaba su cara. Tenía fragmentos de hierba seca adheridos al cabello. Habían efectuado un círculo de fuego a su alrededor mientras descendían. Se recostó contra el sofá y cerró los ojos. Cuando los abrió, Betty Lou Everett le estaba embutiendo un vaso de agua entre las manos.

—Gracias —murmuró.

—No tendrías que haberlo hecho —repitió Walter Everett—. ¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho? Ya sabes lo que le pasó a ella. ¿Quieres que te ocurra lo mismo?

—Quiero que vuelva —dijo Rick en voz baja.

—¿Estás loco? No puedes lograrlo. Se ha marchado. —Sus labios se torcieron convulsivamente—. La has visto.

Betty Lou estaba mirando con fijeza a Rick.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. La has visto.

Rick se levantó y salió de la sala de estar. Vació el agua en el fregadero de la cocina y volvió a llenarlo. Mientras se apoyaba contra el fregadero, Betty Lou apareció en el umbral.

—¿Qué quieres? —preguntó Rick.

La cara de la muchacha se tiñó de un rojo enfermizo.

—Sé que algo ha pasado ahí fuera. Estabas dándoles de comer, ¿verdad? —Avanzó hacia Rick—. ¿Intentas que ella regrese?

—Exacto.

Betty Lou lanzó una risita nerviosa.

—Pero no puedes. Está muerta. Su cuerpo se quemó; yo lo vi. —Su rostro no cesaba de agitarse—. Papá siempre decía que algo malo le ocurriría, y así ha sido. —Se acercó más a Rick—. ¡Era una bruja! ¡Lo tenía bien merecido!

—Volverá.

—¡No! —El pánico deformó las desagradables facciones de la muchacha—. No puede volver. Está muerta, un gusano transformado en mariposa, como siempre dijo. ¡Es una mariposa!

—Vuelve dentro.

—Tú no puedes darme órdenes —respondió Betty Lou. Su voz adoptó un tono histérico—. No queremos que vuelvas por aquí. Papá te lo dirá. No le caes bien, ni a mí, ni a mi madre, ni a mi hermana...

El cambio tuvo lugar sin previo aviso. Betty Lou se quedó petrificada, como el fotograma de una película, la boca entreabierta, el brazo levantado, las palabras paralizadas en su garganta. Flotaba sobre el suelo, como un organismo carente de vida atrapado entre dos platinas de cristal. Un insecto inerte y hueco, carente de habla, no muerto, sino devuelto de súbito a la no existencia primordial.

En el cascarón capturado se infiltró un nuevo ser, un arco iris vital que invadió cada parte de la antigua Betty Lou. La muchacha se tambaleó y gimió; su cuerpo se retorció con violencia y chocó contra la pared. Una taza de té cayó de una estantería y se destrozó en el suelo. La muchacha retrocedió, atontada, se llevó una mano a la boca, los ojos abiertos como platos.

—¡Oh! —exclamó—. Me he cortado. —Meneó la cabeza y le miró como pidiendo ayuda—. Con un clavo o algo por el estilo.

—¡Silvia!

La aferró con todas sus fuerzas y la levantó, apartándola de la pared. Era su brazo lo que asía, cálido, fuerte, sólido. Ojos grises perplejos, cabello castaño, pechos temblorosos... Volvía a ser como en aquellos últimos instantes vividos en el sótano.

—Déjame ver —dijo.

Le apartó la mano de la boca y examinó su dedo. No se había cortado, tan sólo distinguió una fina línea blanca que se desvanecía rápidamente.

—No pasa nada, cariño. Estás bien. ¡No te ocurre nada!

—Rick, estaba allí. —Su voz era ronca, débil—. Vinieron y me llevaron con ellos. —Violentos estremecimientos la sacudieron—. Rick, ¿de veras he vuelto?

Rick apretó su muslo.

—Por completo.

—Duró tanto. Estuve un siglo. Eones. Pensé... —De repente, se soltó—. Rick...

—¿Qué pasa?

El rostro de Silvia transparentaba un temor demencial.

—Algo ha salido mal.

—Todo ha salido bien. Has vuelto a casa y eso es lo único que importa.

Silvia retrocedió.

—Se apoderaron de una forma viva, ¿verdad? No era arcilla vulgar. No tienen ese poder, Rick. Alteraron Su obra. —Alzó el tono de voz—. Un error… Tendrían que haberlo pensado dos veces antes de alterar el equilibrio. Es inestable y ninguno de ellos es capaz de controlar el…

Rick bloqueó la puerta.

—¡Deja de hablar así! —bramó—. Valía la pena. Si ellos alteraron el equilibro, es culpa suya.

—¡No podemos volver atrás! —Su voz adquirió la agudeza de un alambre—. Lo desplazamos. Hemos alterado el equilibrio que Él dispuso.

—Por favor, cariño, vamos a la sala de estar con tu familia. Te sentirás mejor. Debes hacer un esfuerzo y recuperarte.

Se acercaron a las tres figuras sentadas, dos en el sofá, una en la silla, cerca de la chimenea. Estaban inmóviles, los rostros inexpresivos, los cuerpos fláccidos, como de cera, formas inertes que no reaccionaron cuando la pareja entró en la sala.

Rick se detuvo, confuso. Walter Everett estaba inclinado hacia adelante, con el periódico en una mano y calzado con zapatillas. De su pipa, apoyada en el cenicero que descansaba sobre el brazo de la butaca, aún surgía humo. La señora Everett tenía sobre el regazo un montón de ropa para coser, en su rostro aparecía una expresión sombría y grave, pero extrañamente vaga. Un rostro sin formar, como si el material todavía se estuviera fundiendo. Jean semejaba una bola de barro, más informe a cada momento que pasaba.

De repente, Jean se desplomó. Sus brazos cayeron a los costados. La cabeza se hundió. Su cuerpo, brazos y piernas se ensancharon. Sus facciones cambiaron con celeridad. Su indumentaria se alteró. Florecieron colores en su cabello, ojos y piel. La palidez cerúlea desapareció.

Apretó los dedos contra sus labios y miró a Rick sin decir palabra. Parpadeó y enfocó los ojos.

—Oh —exclamó.

Sus labios se movieron con torpeza. La voz era débil e irregular, como una banda sonora deteriorada. Se irguió con movimientos espasmódicos, faltos de coordinación, que la impulsaron hacia él (un paso a la vez) como una muñeca mecánica.

—Rick, me he cortado —dijo—. Con un clavo o algo por el estilo.

Lo que había sido la señora Everett se agitó. Informe y vago, emitió sonidos balbucientes y se desplomó grotescamente. Poco a poco, adquirió solidez y forma.

—Mi dedo —gimió con voz débil.

La tercera figura, sentada en la butaca, repitió las palabras, como un eco lejano. Al cabo de un momento, las tres repitieron la misma frase y sus labios se movieron al unísono.

—Mi dedo. Me he cortado, Rick.

Reflejos gemelos, parodias de palabras y movimientos. Y las formas se parecían en todos los detalles. Se repetían a su alrededor, una y otra vez, dos en el sofá, una en la butaca, cerca de él, tan cerca que podía oír su aliento y ver sus labios temblorosos.

—¿Qué pasa? —preguntó la Silvia que estaba a su lado.

Una Silvia continuó cosiendo en el sofá. Cosía metódicamente, absorta en el trabajo. En la butaca, otra tomó sus periódicos, la pipa y siguió leyendo. Otra se encogió, nerviosa y asustada. La que estaba a su lado le siguió cuando retrocedió hacia la puerta. Su respiración era agitada, tenía los ojos grises abiertos de par en par y las fosas nasales dilatadas.

—Rick...

Él abrió la puerta y salió al porche invadido por las sombras. Bajó los peldaños como un autómata, atravesó los charcos de noche que surgían por doquier y se dirigió al camino particular. La silueta de Silvia apareció en el cuadrado amarillo de luz que había dejado a su espalda. Le miraba con tristeza. Detrás de ella distinguió las otras siluetas, idénticas, puras repeticiones, absortas en sus quehaceres.

Entró en su cupé y salió a la carretera.

Casas y árboles tenebrosos quedaron atrás. Se preguntó hasta dónde se extendería el círculo, a medida que el desequilibrio progresara.

Se internó en la autopista y pronto se vio rodeado de coches. Intentó escudriñar sus interiores, pero se desplazaban a demasiada velocidad. Delante iba un Plymouth rojo. Conducía un hombre fornido vestido con un traje azul, y reía alegremente con la mujer sentada a su lado. Rick se puso al lado del Plymouth. El hombre sonrió, exhibiendo sus dientes de oro, y agitó sus manos rechonchas. La muchacha era morena, bonita. Sonrió al hombre, ajustó sus guantes blancos, se alisó el cabello y subió la ventanilla de su puerta.

Perdió el Plymouth cuando un enorme camión diesel se interpuso entre ellos. Desesperado, adelantó al camión y se lanzó tras el veloz sedán, rebasándolo. El Plymouth le adelantó a su vez y, por un momento, vio con toda claridad a sus dos ocupantes. La chica se parecía a Silvia. El mismo contorno delicado de su pequeña barbilla, los mismos labios sensuales, entreabiertos cuando sonreía, los mismos brazos y manos esbeltos. Era Silvia. El Plymouth se desvió y no vio ningún otro coche delante de él.

Condujo durante horas en la espesa oscuridad de la noche. La aguja del combustible bajaba cada vez más. Frente a él se extendía una ondulada campiña monótona, campos llanos entre las ciudades, estrellas inmóviles suspendidas en el cielo sombrío. En una ocasión distinguió un conglomerado de luces rojas y verdes. Un cruce, con una gasolinera y un gran letrero de neón. Pasó de largo.

Divisó una estación de servicio compuesta de una sola bomba, salió de la autopista y frenó en el camino de grava, mojada de gasolina. Salió, escuchó el familiar crujido de la grava bajo sus pies, tomó la manguera y desenroscó la tapa del depósito... Casi lo había llenado cuando se abrió la puerta del edificio y apareció una mujer esbelta, ataviada con un pantalón blanco, camisa azul marino y una gorrita perdida entre sus rizos castaños.

—Buenas noches, Rick —dijo en voz baja.

Devolvió la manguera a su sitio y regresó a la autopista. ¿Había enroscado el tapón del depósito? No se acordaba. Aceleró. Había recorrido unos ciento cincuenta kilómetros. Estaba cerca de la frontera estatal.

La cálida luz amarilla de un pequeño café brillaba en la fría oscuridad de la madrugada. Estacionó en el vacío estacionamiento. Cansado, empujó la puerta y entró.

El intenso olor a jamón frito y café recién hecho le rodeó. La visión de la gente comiendo se le antojó de lo más consolador. Un jukebox tronaba en un

rincón. Se dejó caer sobre un taburete y apoyó la cabeza entre las manos. El delgado granjero sentado a su lado le dirigió una mirada de curiosidad, y luego devolvió la atención a su periódico. Dos mujeres de expresión dura que estaban delante levantaron la vista un instante. Un joven atractivo vestido con chaqueta de algodón y tejanos devoraba judías rojas con arroz, que regaba con café humeante.

—¿Qué será? —preguntó la vivaz camarera rubia, un lápiz sujeto detrás de la oreja, el cabello recogido en un apretado moño—. Parece que tiene una buena resaca, señor.

Pidió café y sopa de verduras. No tardó en empezar a comer; sus manos actuaban automáticamente. Se descubrió atacando un bocadillo de jamón y queso. ¿Lo había pedido? El jukebox seguía funcionando, la gente entraba y salía. Junto a la carretera se extendía una pequeña ciudad, protegida por unas cuantas colinas. Amaneció y se filtró por los ventanales la luz del sol, gris, fría y estéril. Comió pastel de manzana caliente y se secó la boca con una servilleta.

El café estaba en silencio. Nada se movía en el exterior. Una calma ominosa se cernía sobre todo. El jukebox había callado. Ninguna de las personas sentadas en la barra se movía o hablaba. Pasó un enorme camión con las ventanillas subidas.

Cuando levantó la vista, Silvia estaba de pie frente a él. Tenía los brazos cruzados y la mirada perdida en la lejanía, un lápiz amarillo sujeto detrás de la oreja, el cabello castaño recogido en un apretado moño. Otras Silvias estaban sentadas en el rincón, con platos frente a ellas; la mitad comían o dormitaban, otras leían. Cada una igual a su vecina, de no ser por la indumentaria.

Volvió al coche. Cruzó la frontera del estado al cabo de media hora. Mientras atravesaba pequeñas ciudades desconocidas, el frío sol de la mañana arrancaba destellos de los tejados y calzadas cubiertos de rocío.

Las vio en las calles, madrugadoras, camino del trabajo. En grupos de dos o tres, sus tacones rompían el profundo silencio. Vio grupos numerosos congregados en las paradas de los autobuses. Había más en las casas, cientos de ellas, legiones sin fin; se levantaban de la cama, desayunaban, se duchaban, arreglaban... Toda una ciudad preparada para enfrentarse al nuevo día, a reanudar sus tareas cotidianas, mientras el círculo se ampliaba y ensanchaba.

Dejó atrás la ciudad. El coche perdió velocidad cuando su pie resbaló del acelerador. Dos de ellas cruzaban un campo. Llevaban libros; niñas camino del colegio. Repetición, invariable e idéntica. Un perro corría en círculos a su alrededor, despreocupado, alegre.

Siguió conduciendo. Una ciudad se insinuó a lo lejos. Sus firmes columnas de edificios se recortaron nítidamente contra el cielo. Cuando atravesó el centro comercial, vio que las calles bullían de ruido y actividad. Algo más adelante rebasó el límite del círculo. La diversidad sustituyó a los infinitos replicados de Silvia. Los ojos grises y el cabello castaño dieron paso a una tremenda variedad de hombres y mujeres, niños y adultos, de todas las edades y apariencias. Aceleró y se dirigió hacia la amplia autopista de cuatro carriles.

Por fin, redujo la velocidad. Estaba agotado. Había conducido durante horas. Su cuerpo temblaba de cansancio.

Divisó a un muchacho pelirrojo y larguirucho, vestido con pantalones marrones y un jersey de pelo de camello, que hacía autostop. Rick frenó y abrió la puerta delantera.

—Adentro —dijo.

—Gracias, tío.

El joven subió y Rick aceleró. El pelirrojo se recostó contra el asiento, aliviado.

—Qué calor hace ahí fuera.

—¿Adónde vas? —preguntó Rick.

—A Chicago. —El joven sonrió con timidez—. No espero que me lleves tan lejos, por supuesto. Cualquier cosa será de agradecer. —Observó a Rick con curiosidad—. ¿Adónde vas?

—Me da igual. Te llevaré a Chicago.

—¡Está a trescientos kilómetros!

—Estupendo. —Rick pasó al carril de la izquierda y aumentó la velocidad—. Si quieres ir a Nueva York, también te llevaré.

—¿Te encuentras bien? —El joven se removió inquieto—. Te agradezco el gesto, pero... —Vaciló—. No quiero desviarte de tu camino.

Rick se concentró en la carretera y aferró con fuerza el volante.

—Tengo prisa —dijo—. No pienso disminuir la velocidad ni parar.

—Ve con cuidado —dijo el pelirrojo con voz preocupada—. No quiero tener un accidente.

—Yo me ocupo de ello.

—Pero es peligroso. ¿Y si pasa algo? Es demasiado arriesgado.

—Te equivocas —murmuró Rick, los ojos clavados en la carretera—. Vale la pena correr el riesgo.

—Pero si algo va mal... —La voz enmudeció, pero luego prosiguió—. Podría perderme. Sería muy fácil. Todo es tan inestable. —La voz tembló de miedo y preocupación—. Rick, por favor...

Rick se giró en redondo.

—¿Cómo sabes mi nombre?

El joven estaba acurrucado junto a la puerta. Su rostro tenía un aspecto blando, gomoso, como si estuviera perdiendo la forma y fuera a convertirse en una masa informe.

—Quiero volver —dijo, desde su interior—, pero tengo miedo. Tú no has visto la región intermedia. Sólo hay energía, Rick. Él la utilizó hace mucho tiempo, pero nadie sabe cómo.

La voz adquirió un timbre atiplado. El cabello viró a un castaño brillante. Unos ojos grises asustados miraron a Rick. Sus manos se petrificaron. Se inclinó sobre el volante y procuró no moverse. Poco a poco, aminoró la velocidad y se internó en el carril de la derecha.

—¿Vamos a parar? —preguntó la forma sentada a su lado. Ahora tenía la voz de Silvia. Como un insecto recién nacido secándose al sol, la forma cobró una firme realidad. Silvia se incorporó en el asiento y miró por la ventanilla—. ¿Dónde estamos? No se ve ninguna ciudad.

Rick frenó, extendió la mano y abrió la puerta de Silvia.

—¡Sal!

Silvia le miró sin comprender.

—¿Qué quieres decir? —tartamudeó—. Rick, ¿qué pasa? ¿Cuál es el problema?

—¡Sal!

—Rick, no lo entiendo. —Se apartó un poco. Sus zapatos tocaron la calzada—. ¿Le pasa algo al coche? Pensé que todo iba bien.

Él la empujó con suavidad y cerró la puerta. El coche saltó hacia adelante y se zambulló en el tráfico de media mañana. Detrás, la pequeña y perpleja silueta se había incorporado. Apartó los ojos del retrovisor y pisó el acelerador con todas sus fuerzas.

Sólo captó estática en la radio cuando la conectó. Giró el cuadrante y, al cabo de un rato, captó una emisora potente. Una voz débil, confusa, una voz de mujer. Al principio no pudo entender lo que decía. Después la reconoció y, con una punzada de pánico, desconectó el aparato.

Su voz. Murmuraba en tono quejumbroso. ¿Dónde estaba la emisora? En Chicago. Hasta allí se había expandido el círculo.

Aminoró la velocidad. Correr carecía de sentido. Ya le había rebasado y continuado adelante. Granjas de Kansas, tienduchas situadas en las viejas ciudades de Mississippi, en las tristes calles de Nueva Inglaterra, por todas partes legiones de mujeres de cabello castaño y ojos grises.

Cruzaría el océano. No tardaría en apoderarse de todo el mundo. En África resultaría extraño; kraals de mujeres blancas, todas exactamente iguales, dedicadas a las tareas primitivas de cazar, recoger fruta, moler grano, desollar animales, encender fuego, tejer ropa y fabricar cuchillos afilados como hojas de afeitar.

En China... Sonrió como un necio. Allí también resultaría de lo más peculiar, ataviada con el traje de cuello alto, la indumentaria casi monástica de los cuadros jóvenes comunistas. Desfiles por las principales calles de Peiping. Fila tras fila de muchachas de piernas esbeltas y rotundos pechos, armadas con fusiles de fabricación rusa, cargadas con palas, picos y azadas. Columnas de soldados con botas de tela. Veloces obreras con sus preciosas herramientas, a las que pasaría revista una figura idéntica desde un estrado que dominaría la calle, con su esbelto brazo levantado, su hermoso y bondadoso rostro inexpresivo y pétreo.

Se desvió a una carretera secundaria. Un momento después desandaba el camino, conduciendo con lentitud e indiferencia.

En un cruce, un policía de tráfico se abrió paso entre los coches y se acercó al de Rick. Éste permaneció inmóvil, las manos cerradas sobre el volante, a la espera.

—Rick —susurró ella con acento quejumbroso—. ¿Verdad que todo va bien?

—Claro —respondió él en un tono desprovisto de toda emoción.

Ella introdujo la mano por la ventanilla abierta y le acarició el brazo, en un gesto de súplica. Dedos familiares, las uñas pintadas de rojo, la mano que conocía tan bien.

—Tengo muchas ganas de estar contigo. ¿Verdad que estamos juntos de nuevo? ¿Verdad que he vuelto?

—Claro.

La joven meneó la cabeza, afligida.

—No lo entiendo —repitió—. Pensaba que todo iba bien.

Rick arrancó sin contemplaciones y huyó. El cruce quedó atrás.

Cayó la tarde. Estaba agotado, consumido de fatiga. Guió el coche hacia su ciudad como un autómata. Ella caminaba por todas las calles, por todas partes. Era omnipresente. Rick llegó a su edificio de apartamentos y estacionó.

El conserje le recibió en el desierto vestíbulo. Rick le identificó gracias al grasiento trapo aferrado en una mano, la gran escoba, el cubo de serrín.

—Por favor —imploró la joven—, dime qué pasa, Rick. Dímelo, por favor.

Rick pasó de largo, pero ella le asió con desesperación.

—Rick, he vuelto. ¿No lo entiendes? Me llevaron demasiado pronto y me han devuelto. Fue un error. Nunca más volveré a llamarlos... Eso pertenece al pasado. —Le siguió hasta la escalera—. Nunca más volveré a llamarlos.

Rick subió la escalera. Silvia vaciló, se desplomó sobre el peldaño inferior, formando un bulto encogido y desdichado, una diminuta figura vestida con ropa de obrero y calzada con enormes botas claveteadas.

Rick abrió la puerta de su apartamento y entró.

Detrás de las ventanas, el cielo del atardecer era de un color azul intenso. Los tejados de los edificios cercanos brillaban bajo el sol.

Le dolía todo el cuerpo. Entró con pasos inseguros en el cuarto de baño. Se le antojó extraño, desconocido, un lugar difícil de encontrar. Llenó el lavabo de agua caliente, se subió las mangas y se lavó la cara y las manos en el chorro reconfortante. Alzó la vista un instante.

El espejo colgado sobre el lavabo le devolvió un reflejo aterrador, un rostro surcado de lágrimas, desesperado. Resultaba difícil distinguir la cara; daba la impresión que oscilaba y resbalaba. Ojos grises, brillantes de terror. Boca roja temblorosa, cuello de venas agitadas, suave cabello castaño. La cara le dirigió una mirada patética..., y después, la chica que estaba de pie ante el lavabo se inclinó para secarse.

Dio media vuelta y se encaminó con paso cansado hacia la sala de estar.

Vaciló, confusa, se dejó caer en una silla y cerró los ojos, enferma de tristeza y cansancio.

—Rick —murmuró—. Trata de ayudarme. He vuelto, ¿verdad? —Meneó la cabeza, perpleja—. Por favor, Rick, pensaba que todo iba bien.

FOSTER, ESTÁS MUERTO...

El colegio era un fastidio, como siempre, sólo que hoy era peor. Mike Foster dejó de tejer sus dos cestas a prueba de agua y se incorporó, mientras todos los chicos que le rodeaban seguían trabajando. El frío sol de la tarde brillaba en el exterior del edificio de acero y hormigón. El transparente aire del otoño realzaba los tonos verdes y marrones de las colinas. Algunos NATS volaban perezosamente en círculos sobre la ciudad.

La inmensa y ominosa forma de la señora Cummings, la maestra, se aproximó a su pupitre.

—Foster, ¿has terminado?

—Sí, señora —respondió. Levantó las cestas—. ¿Puedo marcharme?

La señora Cummings examinó las cestas con aire crítico.

—¿Has acabado tus trampas?

El muchacho rebuscó en su pupitre y sacó una complicada trampa para cazar animales pequeños.

—Todo terminado, señora Cummings, y también mi cuchillo.

Le enseñó la hoja afilada del cuchillo, fabricada a partir de un bidón de gasolina desechado. La mujer tomó el cuchillo y pasó su dedo experto sobre el filo con expresión escéptica.

—No es lo bastante fuerte —afirmó—. Lo has afilado demasiado. Perderá el filo la primera vez que lo utilices. Baja al laboratorio de armas y examina los cuchillos que hay. Después, afílalo otra vez y consigue una hoja más gruesa.

—Señora Cummings, ¿puedo hacerlo mañana? —suplicó—. ¿Puedo irme ahora, por favor?

Todos los demás alumnos contemplaban la escena con interés. Mike Foster se ruborizó. Odiaba destacar, pero tenía que marcharse. No podía permanecer en el colegio ni un momento más.

—Mañana es el día dedicado a cavar —rugió la señora Cummings, inexorable—. No tendrás tiempo de trabajar en tu cuchillo.

—Lo haré después de cavar —le aseguró.

—No, cavar no es lo tuyo. —La anciana examinó los esqueléticos brazos y piernas del chico—. Será mejor que termines hoy tu cuchillo, y pases todo el día de mañana en el campo.

—¿De qué sirve cavar? —preguntó Mike Foster, desesperado.

—Todo el mundo debe saber cavar —respondió con paciencia la señora Cummings. Los niños rieron. Acalló sus carcajadas con una mirada hostil—. Todos saben lo importante que es saber cavar. Cuando la guerra empiece, toda la superficie se llenará de escombros y desechos. Para sobrevivir, será necesario cavar, ¿verdad? ¿Alguno de ustedes ha visto a una ardilla cavar alrededor de las raíces de las plantas? La ardilla sabe que encontrará algo de valor bajo la superficie de la tierra. Todos seremos como ardillas. Todos tendremos que aprender a cavar en los escombros y encontrar cosas útiles, porque ahí es donde estarán.

Mike Foster se quedó manoseando el cuchillo con aire afligido, mientras la señora Cummings se alejaba por el pasillo. Algunos niños le dirigieron una sonrisa de desprecio, pero nada hizo mella en la capa de infelicidad que le recubría. Cavar no le serviría de nada. Cuando las bombas cayeran, moriría al instante. No servirían de nada las vacunas que le habían aplicado en los brazos, muslos y nalgas. Había malgastado el dinero asignado. Mike Foster no viviría lo suficiente para atrapar todas las infecciones bacteriológicas. A menos que...

Se levantó como impulsado por un resorte y siguió a la señora Cummings hacia su escritorio.

—Por favor, debo irme —suplicó, torturado por la desesperación—. Debo hacer algo.

Los cansados labios de la señora Cummings dibujaron una mueca de irritación, pero los ojos atemorizados del muchacho la frenaron.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Te encuentras mal?

El chico se quedó petrificado, incapaz de responder. La clase, complacida con el cuadro, murmuró y rió hasta que la señora Cummings, irritada, golpeó en el escritorio con un lápiz.

—Silencio —ordenó. Su voz se suavizó un ápice—. Michael, si tus reacciones son inadecuadas, baja a la clínica psíquica. Es inútil que sigas trabajando si estás conflictuado. La señorita Groves estará encantada de optimizarte.

—No —respondió Foster.

—En ese caso, ¿qué te pasa?

Librodot

La clase se agitó. Otras voces respondieron por Foster. La desdicha y la humillación paralizaron su lengua.

—Su padre es un anti-P —explicaron las voces—. No tienen refugio y no están alistados en la Defensa Civil. Su padre ni siquiera ha contribuido a los NATS. No han hecho nada.

La señora Cummings miró con asombro al muchacho silencioso.

—¿No tienen refugio?

El chico negó con la cabeza.

Una extraña sensación se apoderó de la mujer.

—Pero...

Quería decir «pero morirán en la superficie», y lo sustituyó por «pero, ¿adónde irán?»

—A ningún sitio —respondieron las dulces voces—. Todo el mundo estará en sus refugios y él se quedará arriba. Ni siquiera tiene pase para el refugio del colegio.

La señora Cummings se quedó estupefacta. Había dado por sentado que todos los niños del colegio tenían un pase que les permitía acceder a las intrincadas cámaras subterráneas situadas debajo del edificio. Pero no. Sólo los niños cuyos padres pertenecían a la DC, que contribuían a la defensa de la comunidad. Y si el padre de Foster era un anti-P...

—Tiene miedo de estar sentado aquí —canturrearon las voces con calma—. Tiene miedo que ocurra mientras está sentado aquí, porque los demás estarán a salvo en el refugio.

Caminaba con parsimonia, las manos hundidas en los bolsillos, y daba patadas a las piedras que encontraba en la acera. Anochecía. Los cohetes públicos descargaban montones de viajeros fatigados, contentos de volver a casa después de recorrer ciento cincuenta kilómetros desde las fábricas del oeste. Algo destelló en las lejanas colinas: una torre de radar que giraba silenciosamente en la oscuridad. Los NATS habían aumentado de número. Las horas del crepúsculo eran las más peligrosas. Los observadores visuales eran incapaces de localizar los misiles de alta velocidad que se acercaban a tierra. Suponiendo que esos misiles llegaran.

Una máquina de noticias le gritó cuando pasó. Guerra, muerte, sorprendentes armas nuevas inventadas en la patria y en el extranjero. Hundió los hombros y continuó su camino, dejó atrás los pequeños cascarones de hormigón que hacían las veces de casas, todos exactamente iguales, robustas cajas reforzadas. Brillantes letreros de neón destellaron más adelante, en la penumbra creciente: el distrito comercial, infestado de tráfico y gente.

Se detuvo media manzana antes de llegar al laberinto de neones. A su derecha tenía un refugio público. La entrada parecía un túnel, provista de un torniquete mecánico que brillaba débilmente. Cincuenta centavos la entrada. Si se encontraba en plena calle y tenía cincuenta centavos en el bolsillo, ningún problema. Había entrado en refugios públicos muchas veces, durante los ataques ficticios. En otras ocasiones, espantosas ocasiones dignas de una pesadilla que jamás olvidaba, no tenía los cincuenta centavos. Se había quedado mudo y aterrorizado, mientras la gente pasaba de largo a toda velocidad y los agudos aullidos de las sirenas sonaban por todas partes.

Continuó su camino poco a poco hasta que llegó al punto más iluminado, las enormes y relucientes salas de exhibición de la General Electronics, que

Librodot

ocupaban dos manzanas, iluminadas por todas partes, un inmenso cuadrado de color. Se detuvo y examinó por millonésima vez las formas fascinantes, el escaparate que siempre le obligaba a detenerse cuando pasaba.

En el centro del inmenso bloque había un único objeto, un conjunto de máquinas, vigas de apoyo, puntales, paredes y cerraduras. Todos los reflectores apuntaban hacia él; enormes letreros pregonaban sus mil y una ventajas..., como si pudiera existir alguna duda.

¡EL NUEVO REFUGIO SUBTERRÁNEO A PRUEBA DE BOMBAS Y RADIACIONES, MODELO 1972, YA HA LLEGADO! COMPRUEBE SUS INMEJORABLES PRESTACIONES:

—Ascensor automático de descenso. A prueba de averías, energía eléctrica autónoma, cierre centralizado.

—Casco triple garantizado para soportar una presión de 5 atmósferas.

—Sistema de calefacción y refrigeración autónomo. Sistema de purificación del aire.

—Tres fases de descontaminación del agua y los alimentos.

—Cuatro fases desinfectantes de pre-exposición a las quemaduras.

—Proceso antibiótico completo.

—Cómodos plazos.

Contempló el refugio durante largo rato. En esencia, consistía en un gran depósito, con un gollete en un extremo que era el tubo de descenso y una escotilla de huida en el otro. Era completamente autónomo, un mundo en miniatura que suministraba su propia luz, calor, aire, agua, medicamentos y alimentos, casi inagotables. Ya abastecido, contaba con cintas de audio y vídeo, diversiones, camas, sillas, monitor, todo lo indispensable en un hogar de la superficie. De hecho, era una casa subterránea. No faltaba nada que fuera necesario o consagrado al ocio. Una familia estaría a salvo, incluso cómoda, durante el ataque con bombas H o bacteriológicas más grave.

Costaba veinte mil dólares.

Mientras contemplaba en silencio la gigantesca muestra, un vendedor salió, camino de la cafetería.

—Hola, hijo —saludó automáticamente cuando pasó junto a Mike Foster—. No está mal, ¿verdad?

—¿Puedo entrar? —se apresuró a preguntar Foster—. ¿Puedo bajar?

El vendedor se detuvo cuando reconoció al muchacho.

—Tú eres aquel chico, aquel maldito chico que no deja de perseguirnos.

—Me gustaría bajar. Sólo un par de minutos. No tocaré nada, se lo prometo. No tocaré nada.

El vendedor era un joven rubio, atractivo, de unos veintipocos años. Vaciló, indeciso. El chico era muy pesado, pero tenía una familia, y eso significaba un cliente en perspectiva. El negocio iba mal. Septiembre finalizaba y las ventas continuaban en descenso. Decir al muchacho que fuera a vender sus cintas-noticiario no serviría de nada; por otra parte, era un mal negocio alentar a los niños a que manosearan la mercancía. Hacían perder el tiempo, rompían cosas, hurtaban objetos pequeños cuando nadie les miraba.

—Ni hablar —contestó el vendedor—. Oye, dile a tu padre que pase por aquí. ¿Ha visto lo que tenemos?

—Sí —dijo Mike Foster con voz tensa.

—¿Qué le retiene? —El vendedor indicó con un gesto majestuoso la gran muestra reluciente—. Le haremos un buen precio por el antiguo, teniendo en cuenta el índice de inflación y el estado en que se encuentre.

—No tenemos ninguno —confesó Mike Foster.

El vendedor parpadeó.

—¿Cómo has dicho?

—Mi padre dice que es tirar el dinero. Dice que intentan asustar a la gente para que compre cosas innecesarias. Dice...

—¿Tu padre en un anti-P?

—Sí —contestó Mike Foster, desolado.

El vendedor lanzó un suspiro.

—Muy bien, muchacho. Lamento que no podamos hacer negocios. No es culpa tuya. ¿Qué demonios le ocurre? ¿Contribuye a los NATS?

—No.

El vendedor maldijo por lo bajo. Un aprovechado, bien seguro porque el resto de la comunidad entregaba el treinta por ciento de sus ingresos para mantener un sistema defensivo constante.

—¿Qué opina tu madre? —preguntó—. ¿Está de acuerdo con él?

—Dice que... —Mike Foster se interrumpió—. ¿Puedo bajar un momento? No tocaré nada. Sólo por esta vez.

—¿Cómo vamos a venderlo si dejamos que los niños lo toqueteen? No vamos a rebajar el precio porque sea un modelo de demostración. Ya nos ha pasado demasiadas veces. —La curiosidad del vendedor aumentó—. ¿Cómo se convierte uno en anti-P? ¿Siempre ha pensado igual, o es que alguien le lavó el cerebro?

—Dice que ya han vendido a la gente todos los coches, lavadoras y televisores que podían utilizar. Dice que los NATS y los refugios antibombas no sirven de nada, que la gente nunca compra cosas verdaderamente útiles. Dice que las fábricas pueden seguir produciendo fusiles y máscaras antigás sin cesar, y que mientras la gente tenga miedo los seguirán comprando, porque piensan que si no lo hacen los matarán. Puede que un hombre se canse de pagar un coche nuevo cada año y se detenga, pero nunca dejará de comprar refugios para proteger a sus hijos.

—¿Y tú lo crees?

—Me gustaría tener un refugio. Si tuviéramos un refugio como ése, bajaría a dormir cada noche. Lo tendríamos a mano cuando lo necesitáramos.

—Es posible que no haya guerra —dijo el vendedor. Intuyó la desdicha y miedo del muchacho y le dedicó una sonrisa bondadosa—. Deja de preocuparte. Creo que ves demasiadas películas... Sal a jugar, por ejemplo.

—Nadie está a salvo en la superficie. Debemos quedarnos abajo. Yo no tengo adónde ir.

—Dile a tu padre que venga a echar un vistazo —murmuró el vendedor, incómodo—. Quizá lo convenzamos. Tenemos muchas modalidades de venta a plazos. Dile que pregunte por Bill O'Neill. ¿De acuerdo?

Mike Foster se alejó por la calle en sombras. Sabía que debía volver a casa, pero los pies le pesaban y le dolía todo el cuerpo. El cansancio le trajo a la memoria lo que había dicho el profesor de gimnasia el día anterior, durante los ejercicios. Estaban practicando suspensión de la respiración; retenían el aire en los pulmones y corrían. Lo había hecho mal. Los otros aún seguían corriendo cuando él se detuvo, expulsó el aire y se quedó inmóvil, jadeando en busca de aliento.

Librodot

—Foster —dijo el profesor, irritado—, estás muerto. Lo sabes, ¿verdad? Si hubiera sido un ataque con gases... —Meneó la cabeza, preocupado—. Ve allí y practica tú solo. Si quieres sobrevivir, debes mejorar.

Pero no confiaba en sobrevivir.

Cuando llegó al porche de su casa, vio que las luces de la sala de estar ya estaban encendidas. Oyó la voz de su padre, y también la de su madre, más débilmente, desde la cocina. Cerró la puerta y empezó a quitarse la chaqueta.

—¿Eres tú? —preguntó su padre.

Bob Foster estaba repantingado en su butaca, el regazo lleno de cintas y papeles de su tienda de muebles.

—¿Dónde has estado? La cena está preparada desde hace media hora.

Se había quitado la chaqueta y subido las mangas de la camisa. Sus brazos eran pálidos y delgados, pero musculosos. Estaba cansado. Tenía los ojos grandes y oscuros, y su cabello empezaba a ralear. Movió las cintas de un montón al otro.

—Lo siento —dijo Mike Foster.

Su padre consultó el reloj de cadena; estaba seguro que era el único hombre que aún llevaba reloj.

—Ve a lavarte las manos. ¿Qué has estado haciendo? —Escrutó a su hijo—. Estás raro. ¿Te encuentras bien?

—He ido al centro.

—¿Para qué?

—A mirar los refugios.

Su padre, sin decir nada, tomó un fajo de documentos y los guardó en una carpeta. Apretó los labios y profundas arrugas surcaron su frente. Resopló furioso cuando las cintas cayeron al suelo. Se agachó para recuperarlas. Mike Foster no hizo nada para ayudarle. Se acercó al ropero y colgó la chaqueta en la percha. Cuando se volvió, su madre estaba dirigiendo la mesa con la cena hacia el comedor.

Comieron en silencio, concentrados en sus platos y sin mirarse.

—¿Qué viste? —preguntó por fin su padre—. Lo mismo de siempre, imagino.

—Ya han llegado los nuevos modelos del 72 —respondió Mike Foster.

—Son iguales que los modelos del 71. —Su padre tiró el tenedor con violencia. La mesa lo capturó y absorbió—. Algunos accesorios nuevos, un poco más de cromo, y punto. —Miró a su hijo, desafiador—. ¿Estoy en lo cierto?

Mike Foster jugueteó desmañadamente con su pollo a la crema.

—Los nuevos tienen un ascensor de descenso a prueba de averías. No puedes quedarte a mitad de camino. Basta con entrar, y él hace el resto.

—El año que viene saldrá uno que te recogerá arriba y te bajará. Éste de ahora quedará obsoleto en cuanto la gente lo compre. Eso es lo que quieren, que sigas comprando. Sacan nuevos modelos lo más de prisa posible. El que has visto es de 1972, pero aún estamos en 1971. ¿Es que no pueden esperar?

Mike Foster no contestó. Lo había oído miles de veces. Nunca había nada nuevo, sólo cromo y accesorios, y los antiguos ya no servían para nada. La explicación de su padre era enérgica, apasionada, casi frenética, pero carecía de sentido.

—Compremos uno antiguo, entonces —barbotó—. No me importa, cualquiera servirá. Incluso uno de segunda mano.

—No, tú quieres uno nuevo. Brillante y reluciente, para impresionar a los vecinos. Montones de cuadrantes, botones y aparatos. ¿Cuánto piden por él?

—Veinte mil dólares.

Su padre dejó escapar el aliento.

—Así de sencillo.

—En cómodos plazos.

—Claro. Pagas durante el resto de tu vida. Intereses, recargos... ¿Cuál es la garantía?

—Tres meses.

—¿Y qué pasa cuando se avería? Deja de purificar y descontaminar. Se cae en pedazos en cuanto se cumplen los tres meses.

Mike Foster meneó la cabeza.

—No. Es grande y sólido.

Su padre enrojeció. Era un hombre bajo, delgado, de huesos frágiles. De repente, pensó en las batallas perdidas que definían su vida, la lucha enconada por progresar, siempre aferrándose a algo, un trabajo, dinero, la tienda de muebles, de tenedor de libros a gerente, y por fin propietario.

—Nos asustan para que los engranajes sigan funcionando —gritó con desesperación a su mujer y a su hijo—. No quieren otra depresión.

—Bob, para ya —dijo su mujer, en voz baja y con parsimonia—. No puedo aguantarlo más.

Bob Foster parpadeó.

—¿De qué estás hablando? —murmuró—. Estoy cansado. Esos malditos impuestos. Por culpa de las grandes cadenas, es imposible que una tienda pequeña siga abierta. Tendría que haber una ley. —Su voz se quebró—. Creo que he perdido el apetito. —Se levantó—. Voy a tenderme en el sofá y dormiré una siesta.

El rostro enjuto de su mujer se encendió de furia.

—¡Debes comprar uno! No soporto el modo en que hablan de nosotros. Todos los vecinos y comerciantes, todos los que están enterados. Lo escucho en todas partes. Desde el día que pusieron la bandera. Anti-P. El último de la ciudad. Todo el mundo contribuye a pagar esos aparatos que vuelan ahí arriba, excepto nosotros.

—No —respondió Bob Foster—. No puedo comprarlo.

—¿Por qué?

—Porque no puedo permitírmelo —respondió con sencillez.

Se hizo el silencio.

—Lo invertiste todo en esa tienda —dijo Ruth por fin—. Y se está hundiendo. Te aferras a ella como un náufrago a un clavo ardiendo. Nadie quiere ya muebles de madera. Eres una reliquia... Una curiosidad.

Descargó el puño sobre la mesa, que se alzó al instante para recoger los platos sucios, como un animal sobresaltado. Salió como una furia del comedor y volvió a la cocina. Los platos tintineaban en el depósito de lavado mientras corría.

Bob Foster suspiró, cansado.

—No discutamos. Estaré en la sala. Déjenme dormir un par de horas. Hablaremos más tarde.

—Siempre más tarde —comentó Ruth con amargura.

Su marido desapareció en la sala de estar, una silueta menuda, encorvada, de cabello gris desgreñado, los omóplatos como alas rotas.

Mike se levantó.

—Voy a hacer los deberes —dijo.

Siguió a su padre, con una extraña expresión en el rostro.

La sala de estar estaba en silencio, el televisor apagado y la lámpara a la mínima potencia. Ruth manipulaba los controles de la cocina para que preparara los platos del mes siguiente. Bob Foster descansaba tendido en el sofá, descalzo y con la cabeza apoyada en una almohada. Su rostro estaba pálido de cansancio. Mike vaciló un momento antes de hablar.

—¿Puedo pedirte algo?

Su padre gruñó, se removió, abrió los ojos.

—¿Qué?

Mike se sentó frente a él.

—Cuéntame otra vez aquello de cuando le diste un consejo al presidente.

Su padre se irguió.

—Yo no le di ningún consejo al presidente. Sólo hablé con él.

—Cuéntamelo.

—Te lo he contado un millón de veces. Cada tanto, desde que eras un bebé. Tú estabas conmigo. —Su voz se suavizó, mientras recordaba—. Eras un bebé; te llevábamos en brazos.

—¿Qué aspecto tenía?

—Bueno —empezó su padre, deslizándose en una rutina que había practicado y pulido durante años—, más o menos como en la tele. Un poco más bajo.

—¿Por qué vino aquí? —preguntó Mike con avidez, aunque conocía casi todos los detalles. El presidente era su héroe, el hombre que más admiraba en el mundo—. ¿Por qué vino a nuestra ciudad desde tan lejos?

—Iba de gira. —La amargura se insinuó en la voz de su padre—. Pasó por casualidad.

—¿Qué clase de gira?

—Recorría todo el país, visitando ciudades. —La amargura se intensificó—. Quería ver cómo nos iba. Quería comprobar si habíamos comprado suficientes NATS, refugios antibombas, vacunas antibacterias, máscaras antigás e instalaciones de radar para repeler los ataques. La General Electronics Corporation empezaba a montar sus grandes salas de muestra, todo brillante, reluciente y caro. El primer equipo defensivo para uso doméstico. —Torció los labios—. Todo en cómodos plazos. Anuncios, carteles, focos, gardenias y platos gratis para las señoras.

Mike Foster contuvo el aliento.

—Ése fue el día que recibimos nuestra Bandera de Preparación —dijo, emocionado—. Ése fue el día que vino a entregarnos la bandera. Y la izaron en el centro de la ciudad. Todo el mundo gritaba y lanzaba hurras.

—¿Te acuerdas?

—Creo... Creo que sí. Recuerdo a la gente y ruidos. Y hacía calor. Fue en junio, ¿verdad?

—El 10 de junio de 1965. Un gran acontecimiento. Por aquel entonces, pocas ciudades tenían la gran bandera verde. La gente aún compraba coches y televisores. No habían descubierto que aquellos días habían terminado. Los

televisores y los coches son útiles... Puedes fabricar y vender tantos como quieras.

—Te dio a ti la bandera, ¿verdad?

—Bueno, nos la dio a todos los comerciantes. La Cámara de Comercio lo había arreglado. Competencia entre las ciudades, a ver quién compra más en menos tiempo. Mejorar la ciudad al tiempo que se estimulan los negocios. Tal como enfocaban el asunto, la idea era que, si debíamos comprar nuestras máscaras antigás y nuestros refugios antibombas, debíamos cuidarlos bien. Como si alguna vez hubiéramos estropeado los teléfonos o las aceras, o las autopistas, porque el Estado las proporcionaba. O los ejércitos. ¿Acaso no han existido siempre los ejércitos? ¿Acaso los gobiernos no han organizado siempre a los ciudadanos para la defensa? Supongo que la defensa cuesta demasiado. Supongo que ahorran un montón de dinero, disminuyen la deuda nacional gracias a esto.

—Cuéntame lo que dijo —susurró Mike Foster.

Su padre buscó la pipa y la encendió con dedos temblorosos.

—Dijo: «Aquí tienen su bandera, muchachos. Han hecho un buen trabajo.» —Bob Foster tosió cuando aspiró el acre humo de la pipa—. Estaba bronceado, tenía la cara colorada, no se cortaba un pelo. Sudaba y sonreía. Sabía tratar a la gente. Conocía a mucha gente por el nombre. Contó un chiste divertido.

El chico tenía los ojos abiertos de par en par.

—Vino de tan lejos y habló contigo.

—Sí, hablé con él. Todos gritaban y lanzaban hurras. Se izó la bandera verde, la gran Bandera de la Preparación.

—Y tú dijiste...

—Yo le dije: «¿Eso es todo lo que nos ha traído? ¿Un trozo de tela verde?» —Bob Foster apretó la pipa—. Fue entonces cuando me convertí en un anti-P, aunque en aquel momento no lo supe. Sólo sabía que nos habían dejado solos, de no ser por un trozo de tela verde. En lugar de un país, una nación, ciento setenta millones de personas coordinadas para defenderse, éramos un montón de pequeñas ciudades aisladas, pequeños fuertes amurallados. Como en la Edad Media. Con ejércitos aislados de los demás...

—¿Volverá algún día el presidente?

—Lo dudo. Estaba... Estaba de paso.

—Si vuelve —susurró Mike, nervioso, sin atreverse a albergar esperanza alguna—, ¿iremos a verle?

Bob Foster se incorporó. Sus brazos huesudos eran de color blanco. Su rostro enjuto estaba demacrado por la preocupación. Y la resignación.

¿Cuánto valía ese maldito trasto que viste? —preguntó con voz ronca—. El refugio antibombas.

El corazón de Mike dejó de latir.

—Veinte mil dólares.

—Hoy es jueves. Iremos a verlo el sábado. —Bob Foster dio unos golpecitos en su pipa casi apagada—. Lo compraré a plazos. Ya se acerca la temporada de ventas de otoño. Suele irme bien... La gente compra muebles de madera para regalar en Navidad. —Se levantó con brusquedad—. ¿Trato hecho?

Mike no pudo responder, sólo asentir con la cabeza.

—Bien —dijo su padre, con patética jovialidad—. Ya no tendrás que ir a mirar el escaparate.

El refugio fue instalado (pagando otros doscientos dólares) por una eficiente brigada de operarios ataviados con guardapolvos marrones, que llevaban escritos en la espalda las palabras GENERAL ELECTRONICS. Repararon con celeridad el patio trasero, colocaron en su sitio los arbustos, alisaron la superficie y deslizaron respetuosamente la factura por debajo de la puerta principal. El camión de reparto, ya vacío, se alejó calle abajo y el barrio quedó en silencio de nuevo.

Mike Foster estaba con su madre y un grupo de vecinos admirados en el porche posterior de la casa.

—Bien —dijo por fin la señora Carlyle—, ya tienen refugio. El mejor del mercado.

—Ya lo creo —reconoció Ruth Foster. Era muy consciente de la gente que la rodeaba; hacía mucho tiempo que no se congregaban tantos vecinos en su casa. Se sentía embargada de una sombría satisfacción, cercana al resentimiento—. Esto ya es otra cosa —dijo con aspereza.

—Sí —corroboró el señor Douglas desde la calle—. Ahora ya tienen un sitio donde ir. —Tomó el grueso libro de instrucciones que los operarios habían dejado—. Dice que pueden abastecerlo para un año. Pueden vivir ahí abajo doce meses sin necesidad de subir ni una vez. —Sacudió la cabeza, admirado—. El mío es un modelo antiguo, del 69. Sólo tiene autonomía para seis meses. Me parece que...

—Para nosotros es suficiente —le interrumpió su mujer, con cierto anhelo en la voz—. ¿Podemos bajar a verlo, Ruth? Está preparado, ¿verdad?

Mike emitió un sonido estrangulado y saltó hacia adelante. Su madre sonrió.

—Él será el primero en bajar a verlo. En realidad, es para él.

El grupo de hombres y mujeres, cruzados de brazos para protegerse del frío viento de septiembre, aguardó y contempló al muchacho, mientras éste se acercaba a la boca del refugio y se detenía a unos pasos de distancia.

Entró en el refugio con cautela, casi temeroso de tocar algo. La boca era grande para él; había sido construida de modo que un adulto entrara sin problemas. En cuanto pisó el ascensor, éste descendió con un silbido hacia el fondo del refugio. El ascensor cayó sobre los amortiguadores y el chico salió dando tumbos. El ascensor volvió a la superficie y, al mismo tiempo, selló la parte subterránea del refugio, mediante una impenetrable capa de acero y plástico levantada en la estrecha boca.

Las luces se encendieron automáticamente. El refugio estaba vacío. Aún no habían bajado los suministros. Olía a barniz y a grasa de motor. Los generadores zumbaban bajo sus pies. Su presencia activó los sistemas de purificación y descontaminación. Medidores y cuadrantes empotrados en la pared de hormigón entraron en acción.

Se sentó en el suelo, las rodillas levantadas, el rostro solemne, los ojos abiertos como platos. Sólo se oía el ruido de los generadores; estaba aislado del mundo por completo. Se encontraba en un pequeño cosmos autónomo. Tenía todo cuanto necesitaba, bueno, lo tendría dentro de poco: comida, agua, aire, cosas que hacer. Nada era más preciso. Podía extender la mano y tocar todo lo que necesitaba. Podía quedarse hasta el fin del tiempo, sin moverse. Sin que le faltara nada, sin miedo, acompañado por el ruido de los generadores y las paredes ascéticas que le rodeaban por todas partes, tibias, cordiales, como un recipiente vivo.

Lanzó un grito de júbilo que rebotó de pared en pared. El eco le ensordeció. Cerró los ojos y apretó los puños. Una inmensa alegría le invadió. Volvió a gritar y dejó que los ecos se derramaran sobre él, su voz reforzada por las paredes próximas, sólidas, increíblemente poderosas.

Los chicos del colegio se enteraron antes que llegara por la mañana. Le saludaron cuando se acercó, todos sonrientes y dándose codazos.

—¿Es verdad que han comprado un nuevo modelo General Electronics S-72? —preguntó Earl Peters.

—Es verdad —respondió Mike. Su corazón se henchió de una confianza que jamás había poseído—. Vengan a verlo —dijo con tanta indiferencia como logró fingir—. Se los enseñaré.

Siguió adelante, consciente de sus caras envidiosas.

—Bien, Mike —dijo la señora Cummings, cuando iba a salir de la clase al finalizar la jornada—. ¿Cómo te sientes?

Se detuvo junto a su escritorio, tímido y embargado de un silencioso orgullo.

—Muy bien —admitió.

—¿Ya contribuye tu padre a los NATS?

—Sí.

—¿Y has conseguido un pase para el refugio del colegio?

Exhibió con alegría la pequeña cinta azul que rodeaba su muñeca.

—Ha enviado un cheque al Ayuntamiento por todo. Dijo: «Ya que he llegado hasta aquí, no cuesta nada continuar hasta el final.»

—Ya tienes todo cuanto poseen los demás. —La anciana sonrió—. Me alegro mucho. Ya eres un pro-P, aunque no exista esa expresión. Eres... como todos los demás.

Al día siguiente, las máquinas de noticias propagaron a los cuatro vientos que los rusos habían inventado los proyectiles perforadores.

Bob Foster estaba de pie en medio de la sala de estar, la cinta-noticiario en las manos, su flaco rostro congestionado de furia y desesperación.

—¡Es un complot, maldita sea! —su voz adquirió un tono histérico—. Acabamos de comprar ese trasto y fíjate. ¡Fíjate! —Tiró la cinta a su mujer—. ¿Lo ves? ¡Te lo dije!

—Ya lo he visto —se revolvió Ruth—. Estarás pensando que el mundo aguardaba tu reacción. No paran de mejorar las armas, Bob. La semana pasada fueron las escamas que envenenan las semillas. Hoy, los proyectiles perforadores. No esperarás que el progreso se detenga porque cambiaste de opinión por fin y compraste un refugio, ¿verdad?

El hombre y la mujer se miraron.

—¿Qué demonios vamos a hacer? —preguntó Bob Foster en voz baja.

Ruth volvió a la cocina.

—Me han dicho que van a sacar adaptadores.

—¡Adaptadores! ¿Qué quieres decir?

—Para que la gente no tenga que comprar nuevos refugios. Vi un anuncio en la tele. Van a sacar al mercado una especie de parrilla mecánica, en cuanto el gobierno lo apruebe. Se extienden sobre el terreno e interceptan los proyectiles perforadores. Los interceptan, detonan en la superficie, y no se introducen en el refugio.

—¿Cuánto valen?

—No lo han dicho.

Mike Foster estaba sentado en el sofá, muy atento. Se había enterado de la noticia en el colegio. Estaban pasando la prueba sobre las bayas, examinando muestras de bayas silvestres para diferenciar las inofensivas de las tóxicas, cuando el timbre anunció una asamblea general. El rector leyó la noticia sobre los proyectiles perforadores y pronunció una breve conferencia sobre el tratamiento de urgencia que debía aplicarse a la nueva variante del tifus, desarrollada en fechas recientes.

Sus padres continuaron discutiendo.

—Tendremos que comprar uno —dijo con calma Ruth Foster—. De lo contrario, dará igual que tengamos o no un refugio. Los proyectiles perforadores fueron diseñados a propósito para penetrar en la superficie y buscar el calor. En cuanto los rusos hayan producido...

—Compraré uno —dijo Bob Foster—. Compraré una parrilla antiproyectiles y lo que haga falta. Compraré todo lo que saquen al mercado. Nunca dejaré de comprar.

—No es para tanto.

—Este juego posee una auténtica ventaja sobre vender coches y televisores a la gente. Con algo así, debemos comprar. No es un lujo, algo grande y reluciente que impresione a los vecinos, algo superfluo. Si no compramos, morimos. Siempre se ha dicho que la forma de vender algo es crear anhelo en la gente. Crear una sensación de inseguridad, como decirles que huelen mal o tienen un aspecto ridículo. Esto deja en pañales al desodorante o la brillantina. Es imposible escapar. Si no compras, te matarán. La campaña publicitaria perfecta. Compra o muere, el nuevo lema. Pon en tu patio trasero un nuevo refugio antibombas de la General Electronics, o te matarán.

—¡Deja de hablar así! —gritó Ruth.

Bob Foster se dejó caer en la silla de la cocina.

—Muy bien. Me rindo. Picaré el anzuelo.

—¿Comprarás una? Creo que se pondrán a la venta en Navidad.

Había una extraña expresión en su rostro.

—Compraré uno de esos malditos trastos en Navidad, como todo el mundo.

Los adaptadores fueron un éxito.

Mike Foster caminaba lentamente por la calle abarrotada de gente. Era diciembre y anochecía. Los adaptadores brillaban en todos los escaparates. De todas las formas y tamaños, para toda clase de refugios. De todos los precios, para todas las economías. La muchedumbre estaba alegre y emocionada, todo sonrisas, cargada de paquetes y abrigos, la típica muchedumbre de todas las Navidades. Copos de nieve pintaban de blanco el aire. Los coches avanzaban con precaución por las calles abarrotadas. Luces, letreros de neón e inmensos escaparates iluminados brillaban por todas partes.

Su casa estaba oscura, silenciosa. Sus padres aún no habían llegado. Los dos estaban trabajando en la tienda. El negocio iba mal y su madre había sustituido a uno de los empleados. Mike alzó la mano hacia la cerradura codificada y la puerta se abrió. La estufa automática había conservado la casa caliente y confortable. Se quitó la chaqueta y dejó los libros.

No permaneció en la casa mucho rato. Salió por la puerta trasera al porche, con el corazón acelerado.

Se obligó a detenerse, dar media vuelta y entrar de nuevo en la casa. Era mejor no apresurarse. Había planificado cada momento, desde el instante en que vio el eje del túnel recortarse contra el cielo nocturno. Había convertido el proceso en un arte; no había emoción desperdiciada. Había dotado de belleza todos sus movimientos. La abrumadora sensación de presencia cuando el túnel del refugio se cerraba a su alrededor. La helada corriente de aire que se producía cuando el ascensor descendía hasta el fondo.

Y la grandeza del refugio en sí.

Cada tarde, en cuanto llegaba, se enterraba bajo la superficie, encerrado y protegido en su silencio de acero, igual que desde el primer día. Ahora, la cámara estaba llena. Llena de ingentes cantidades de comida, almohadas, libros, cintas de audio y vídeo, cuadros en las paredes, telas de alegres colores y texturas, incluso jarrones con flores. El refugio era su lugar, donde se acurrucaba rodeado de todo lo que necesitaba.

Demorándose lo máximo posible, recorrió la casa y buscó entre las cintas de audio. Estuvo sentado en el refugio hasta la hora de la cena, escuchando «Wind in the willows». Sus padres sabían donde encontrarle; siempre estaba en el mismo sitio. Dos horas de felicidad ininterrumpida, a solas en el refugio. Y después, cuando la cena terminaba, volvía de nuevo hasta la hora de acostarse. En ocasiones, por la noche, cuando sus padres dormían, se levantaba con sigilo y se acercaba a la boca del refugio, y descendía a las profundidades. Se escondía hasta el amanecer.

Encontró la cinta y salió corriendo al patio. Feas nubes negras cruzaban el cielo grisáceo. Las luces de la ciudad se encendían poco a poco. El patio se veía frío y hostil. Avanzó con paso vacilante hacia los peldaños..., y se quedó petrificado.

Distinguió una enorme cavidad bostezante, una boca vacía, sin dientes, abierta al cielo de la noche. No había nada más. El refugio había desaparecido.

Permaneció inmóvil durante una eternidad, la cinta aferrada en su mano, la otra apoyada sobre la barandilla del porche. La noche cayó. El hueco se disolvió en la oscuridad. Todo el mundo se hundió en el silencio y las tinieblas abismales. Salieron algunas estrellas. Se encendieron las luces de las casas próximas, frías y débiles. El muchacho no vio nada. Estaba inmóvil, el cuerpo rígido como una piedra, contemplando el gran pozo que había sustituido al refugio.

De pronto, su padre apareció junto a él.

—¿Cuánto rato llevas aquí? —preguntó su padre—. ¿Cuánto rato, Mike? ¡Contéstame!

Mike consiguió reponerse con un violento esfuerzo.

—Has vuelto pronto —murmuró.

—Me fui de la tienda a propósito. Quería estar aquí cuando tú... llegaras a casa.

—Ya no está.

—Sí. —La voz de su padre era fría, desprovista de emoción—. El refugio ya no está. Lo siento, Mike. Les llamé y dije que se lo llevaran.

—¿Por qué?

—No podía pagarlo, sobre todo en Navidad, ahora que todo el mundo compra esas parrillas. No podía competir con ellas. —Su voz se quebró—.

Librodot

Fueron muy legales. Me devolvieron la mitad del dinero. —Su voz adquirió un tono irónico—. Sabía que si hacía un trato con ellos antes de Navidad, saldría mejor librado. Podrán vendérselo a otra persona.

Mike no dijo nada.

—Intenta comprenderlo —continuó su padre—. Tuve que invertir todo el capital que pude reunir en la tienda. Tenía que sacarla adelante. Era la tienda o el refugio. Y si elegía el refugio...

—Nos quedábamos sin nada.

Su padre le apretó el brazo.

—Y en ese caso, también habríamos tenido que desprendernos del refugio. —Sus fuertes y delgados dedos se hundieron espasmódicamente en su piel—. Ya eres mayor para entender las cosas... Compraremos otro más adelante, quizá no el más grande, pero algo. Fue un error, Mike. El maldito adaptador acabó de estropearlo todo. Seguiré contribuyendo a los NATS, y pagaré tu pase del colegio. No se trata de una cuestión de principios —terminó, desesperado—. No puedo hacer nada. ¿Lo entiendes, Mike? Tenía que hacerlo.

Mike se apartó de él.

—¿Adónde vas? —Su padre le persiguió—. ¡Vuelve aquí!

Intentó atrapar a su hijo, pero en la oscuridad tropezó y cayó. Las estrellas le cegaron cuando su cabeza golpeó contra una esquina de la casa. Se puso en pie con gran esfuerzo y buscó algún apoyo.

Cuando recobró la vista, el patio estaba vacío. Su hijo se había ido.

—¡Mike! —gritó—. ¿Dónde estás?

No obtuvo respuesta. El viento de la noche acumuló nubes de nieve a su alrededor; el aire frío transportaba un sabor amargo. Viento y oscuridad, nada más.

Bill O'Neill examinó el reloj de pared. Eran las nueve y media. Ya podía cerrar las puertas y clausurar el gigantesco almacén. Echar a las ruidosas multitudes y volver a casa.

—Gracias a Dios —exclamó, mientras sostenía la puerta para que saliera la última anciana, cargada con paquetes y regalos. Tecleó el código de cierre y bajó la persiana—. Menuda turba. Nunca había visto a tanta gente junta.

—Asunto concluido —dijo Al Connors desde la caja registradora—. Voy a contar el dinero. Ve a echar un vistazo. Asegúrate que no quede ni uno.

O'Neill se alisó el cabello y se aflojó la corbata. Encendió un cigarrillo con ansia y fue a inspeccionar la tienda. Comprobó los interruptores, apagó los escaparates. Por fin, se acercó al gigantesco refugio antibombas que ocupaba el centro de la planta.

Subió la escalerilla hasta la boca y entró en el ascensor. Un segundo después se encontraba en el interior del refugio, similar a una caverna.

En un rincón, Mike Foster estaba acurrucado, las rodillas apretadas contra la barbilla, rodeando con sus brazos huesudos los tobillos. Tenía la cabeza gacha; sólo se veía su cabello castaño enmarañado. No se movió cuando el vendedor se acercó, estupefacto.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó O'Neill, sorprendido e irritado. Su furia aumentó—. Creía que habían comprado uno. —Entonces, recordó—. Ah, ya. Nos lo devolvieron.

Al Connors hizo acto de presencia.

—¿Qué te retiene? Salgamos de aquí y... —Vio a Mike y se quedó sin habla—. ¿Qué hace ése aquí abajo? Échale y larguémonos.

—Vamos, muchacho —dijo O'Neill con suavidad—. Es hora de volver a casa.

Mike no se movió.

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

—Creo que tendremos que sacarle a rastras —dijo Connors. Se quitó la chaqueta y la tiró sobre el aparato de descontaminación—. Vamos. Acabemos de una vez.

Tuvieron que hacerlo los dos. El muchacho luchó con desesperación, sin decir palabra, utilizando las uñas, los pies y hasta los dientes cuando le agarraron. Le arrastraron hasta el ascensor y consiguieron activar el mecanismo. O'Neill fue con él; Connors le siguió a continuación. Cargaron al muchacho hasta la puerta, le sacaron y aseguraron los cerrojos.

—Uau —jadeó Connors, desplomándose sobre el mostrador. Tenía la manga desgarrada y un corte en la mejilla. Sus gafas colgaban de una oreja. Tenía el pelo desgreñado y estaba agotado—. ¿Crees que deberíamos llamar a la policía? Ese chico no está en sus cabales.

O'Neill, jadeante, se apoyaba en la puerta y escudriñaba la calle. Vio al chico sentado en la acera.

—Sigue ahí —murmuró.

La gente empujaba al chico por todas partes. Por fin alguien se detuvo y le levantó. El muchacho se soltó y desapareció en la oscuridad. La persona que le había ayudado recogió sus paquetes, vaciló un instante y prosiguió su camino. O'Neill apartó la vista.

—Vaya complicación. —Se secó la cara con el pañuelo—. Nos enfrentó.

—¿Que le pasaba? No dijo ni una palabra.

—Es muy desagradable devolver cosas en Navidad —contestó O'Neill. Tomó su chaqueta con mano temblorosa—. Es una pena. Ojalá hubieran podido quedárselo.

Connors se encogió de hombros.

—O pagas, o estás fuera.

—¿Por qué no les ofrecimos un trato especial? Tal vez... —O'Neill se esforzó en buscar las palabras—. Tal vez sería mejor vender el refugio a precio de mayorista para esa gente.

Connors le dirigió una mirada iracunda.

—¿A precio de mayorista? Todo el mundo se apuntaría. No sería justo. ¿Cuánto tiempo aguantaría el negocio? ¿Cuánto tiempo duraría la GEC?

—No mucho, imagino —admitió O'Neill.

—Utiliza la cabeza —rió Connors—. Necesitas un buen trago. Acompáñame al ropero. Tengo guardada una botella de Haig & Haig. Te pondrá en forma antes de volver a casa. Lo necesitas.

Mike Foster vagaba sin rumbo por las calles, entre las multitudes de gente que volvían a casa después de las compras. No veía nada. La gente le empujaba, pero no se daba cuenta. Luces, gente contenta, las bocinas de los coches, el rumor de los semáforos. Su mente estaba vacía, muerta. Caminaba como un autómata, sin conciencia ni sentimientos.

A su derecha, un letrero de neón parpadeaba en la oscuridad. Un letrero enorme, brillante y llamativo:

PAZ EN LA TIERRA A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD

Librodot

REFUGIO PÚBLICO
ENTRADA 50 CENTAVOS

LA PAGA DEL DUPLICADOR

Negras cenizas se extendían a ambos lados de la carretera, montones irregulares que se alejaban hasta perderse de vista, las opacas ruinas de edificios, ciudades, una civilización; un corroído planeta de escombros, negras partículas de hueso, acero y hormigón azotadas por el viento, que conformaban una mezcla a la deriva.

Allen Fergesson bostezó, encendió un Lucky Strike y se reclinó contra el asiento forrado de brillante piel en su Buick modelo 1957.

—Un espectáculo deprimente —comentó—. Esa monotonía... Sólo basura. Es desolador.

—No mires —dijo con indiferencia la chica sentada a su lado.

El potente coche rodaba en silencio sobre la grava de la carretera. Fergesson, cuyas manos apenas tocaban el volante eléctrico, se relajó a los sones del Quinteto para piano, de Brahms, que sonaba en la radio, transmitido desde la colonia de Chicago. La ceniza golpeaba las ventanillas. Ya se había formado una espesa capa negra, a pesar que sólo habían recorrido unos pocos kilómetros. Daba igual, Charlotte guardaba en el sótano de su apartamento una manguera de jardín, un cubo de zinc y una esponja DuPont.

—Y tienes una nevera llena de buen whisky escocés —añadió en voz alta—, según creo recordar..., a menos que alguien se la haya bebido.

Charlotte se removió. Se había amodorrado, acunada por el ruido del motor y el aire caliente.

—¿Whisky escocés? —murmuró—. Bueno, tengo una botella de Lord Calvert. —Se incorporó y agitó su nube de cabello rubio—. Pero está un poco deteriorado.

El pasajero del asiento trasero reaccionó. Le habían recogido en el camino. Era un hombre flaco y enjuto, vestido con pantalones y camisa gris.

—¿Muy deteriorado? —preguntó con voz tensa.

—Como todo lo demás, más o menos.

Charlotte no escuchaba. Contemplaba con mirada ausente el paisaje por la ventanilla cubierta de ceniza. A la derecha de la carretera, los restos mellados y amarillentos de una ciudad se destacaban como dientes rotos contra el sucio cielo de mediodía. Una bañera, un par de postes telefónicos que seguían en pie, huesos y fragmentos descoloridos, esparcidos entre kilómetros de escombros. Una visión desoladora, opresiva. Algunos perros escuálidos se refugiaban del frío en cavernosos sótanos. La espesa niebla de ceniza impedía que el sol llegara a la superficie.

—Mira allí —dijo Fergesson al hombre del asiento trasero.

Una liebre había cruzado la carretera. Ciega, deforme, la liebre se precipitó con terrible fuerza contra un puntal de hormigón roto y se desplomó, atontada. Recorrió unos pasos, hasta que un perro cayó sobre ella y la devoró.

—¡Uf! —exclamó Charlotte, asqueada. Se estremeció y conectó la calefacción. Era una joven atractiva, con sus bonitas piernas dobladas bajo el cuerpo, vestida con un jersey de lana rosa y una blusa bordada. Ya tengo ganas de llegar a mi colonia. Todo esto es espantoso...

Fergesson tabaleó sobre la caja de metal encajada entre los dos asientos. Le gustó notar la firmeza del metal bajo sus dedos.

—Si las cosas van tan mal como dices, les gustará contar con esto.

—Oh, sí —reconoció Charlotte—. La situación es terrible. No sé si esto servirá de algo... —Arrugas de preocupación surcaron su menudo rostro—. Supongo que vale la pena probar, pero no albergo grandes esperanzas.

—Levantaremos de nuevo tu colonia —la tranquilizó Fergesson. Lo principal era calmar a la muchacha. Un pánico de esta clase podía descontrolarse... Se había descontrolado más de una vez—. Tardaremos un tiempo, de todos modos —añadió, mirándola—. Tenías que habernos avisado antes.

—Pensábamos que era pura pereza, pero está en las últimas, Allen. —El miedo se reflejó en sus ojos azules—. No podemos sacarle nada de provecho. Sentado como un buda, como si estuviera enfermo o muerto.

—Es viejo —contestó con suavidad Fergesson—. Si no recuerdo mal, vuestro biltong data de hace ciento cincuenta años.

—¡Pero se supone que viven durante siglos!

—Supone un terrible desgaste para ellos —señaló el hombre del asiento posterior. Inclinado hacia adelante, se humedeció los resecos labios y apretó los puños manchados de tierra—. Olvidas que no se encuentran en su elemento natural. En Próxima trabajaban juntos. Ahora se han dividido en unidades separadas, y la gravedad es mayor aquí.

Charlotte asintió, aunque no estaba convencida.

—¡Dios mío! —exclamó—. Es terrible... ¡Miren eso! —Rebuscó en el bolsillo del jersey y extrajo un pequeño objeto brillante, cuyo tamaño equivalía al de una moneda de diez centavos—. Todo lo que duplica es como esto..., o peor.

Fergesson tomó el reloj y lo examinó, con un ojo pendiente de la carretera. La correa se rompió como una hoja seca entre sus dedos y se convirtió en diminutos fragmentos de fibra oscura. El reloj parecía en buen estado..., pero las manecillas no se movían.

—No funciona —explicó Charlotte. Lo tomó y lo abrió—. ¿Ves? —Lo sostuvo frente a la cara de Fergesson, con una mueca de disgusto—. Hice media hora de cola para conseguir esto, y no sirve para nada.

La maquinaria del diminuto reloj suizo era una masa informe de metal brillante. No se apreciaban engranajes, rubíes ni resortes.

—¿Sobre que trabajó? —preguntó el hombre de atrás—. ¿Sobre un original?

—Sobre una reproducción, pero buena. Una que hizo él mismo hace treinta y cinco años. Era de mi madre, de hecho. No tienes ni idea de cómo me sentí cuando lo vi. No puedo utilizarle. —Charlotte recuperó el reloj y lo guardó en el bolsillo del jersey—. Me enfurecí tanto que... —Se interrumpió, irguiéndose en el asiento—. Ya hemos llegado. ¿Ves ese letrero de neón rojo? Es el principio de la colonia.

El letrero rezaba STANDARD STATIONS INC. Sus colores eran azul, rojo y blanco. Una estructura impecable al borde de la carretera. ¿Impecable? Fergesson aminoró la velocidad cuando llegaron frente a la gasolinera. Los

tres miraron con gran atención, preparándose para el golpe que iban a recibir.

—¿Lo ves? —dijo Charlotte con un hilo de voz.

La gasolinera se estaba desmoronando. El pequeño edificio blanco era viejo, viejo y ruinoso, algo corroído y vacilante, que se hundía y abombaba como una antiquísima reliquia. El brillante letrero rojo de neón chisporroteó. Las bombas estaban oxidadas y torcidas. La gasolinera empezaba a transformarse en cenizas, en oscilantes y negras partículas; volvía al polvo del que procedía.

Mientras Fergesson contemplaba la agonizante gasolinera, percibió un aliento de muerte. La decadencia no había llegado a su colonia..., todavía. En cuanto los duplicados se estropeaban, el biltong de Pittsburgh los sustituía. Fabricaba nuevos duplicados a partir de los objetos originales preservados de la guerra. Aquí, las reproducciones que sustentaban la colonia no eran sustituidas.

Era inútil culpar a nadie. Los biltong eran limitados, como cualquier raza. Habían hecho todo lo posible, y trabajaban en un entorno extraño para ellos.

Eran nativos del Sistema de Centauro, probablemente. Habían hecho acto de aparición en los últimos días de la guerra, atraídos por los destellos de las bombas H..., y encontraron los restos de la raza humana, que se arrastraba a través de la negra ceniza radiactiva y trataba de salvar todo lo posible de su civilización destruida.

Tras un período de análisis, los biltong se dividieron en unidades individuales y empezaron el proceso de duplicar los artilugios que los humanos supervivientes les traían. Así sobrevivieron. En su planeta habían creado un entorno satisfactorio, cerrado dentro de un mundo hostil.

Un hombre intentaba llenar el depósito de su Ford del 66, en vano. Gritó una maldición y arrancó la manguera podrida. Un líquido incoloro cayó al suelo y empapó la grava manchada de grasa. La bomba tenía una docena de grietas, como mínimo. De pronto, una de las bombas se vino abajo.

Charlotte bajó la ventanilla.

—¡La gasolinera de la Shell está en mejor estado, Ben! —gritó—. Está al otro lado de la colonia.

El fornido hombre se giró en redondo, congestionado y sudado.

—¡Maldita sea! —masculló—. Aquí no hay nada que hacer. Déjenme subir, y llenaré un cubo en la otra.

Fergesson, tembloroso, abrió la puerta del coche.

—¿Todo está igual?

—Peor. —Ben Untermeyer se sentó al lado del otro pasajero—. Miren allí.

Una tienda de comestibles se había derrumbado y formaba un montón confuso de hormigón y acero. Los escaparates habían reventado. Los productos se habían esparcido por todas partes. La gente intentaba reunir todo lo posible y rebuscaba entre los escombros. Sus rostros expresaban tristeza e irritación.

La calle también estaba en pésimo estado, llena de grietas, baches y cunetas erosionadas. Una cañería rota rezumaba agua sucia en un charco cada vez más grande. Las tiendas y coches que se veían a ambos lados estaban mugrientos y ruinosos. El aspecto general era de vejez. Un puesto de limpiabotas estaba asegurado con tablas. Las ventanas rotas se habían cubierto con trapos y la pintura del letrero se había desprendido. La repelente cafetería de al lado sólo contaba con dos clientes, hombres de

aspecto mísero ataviados con trajes arrugados, que intentaban leer el periódico y bebían un café de aspecto barroso, en unas tazas que rezumaban un líquido pardusco cuando las levantaban de la barra carcomida.

—No durará mucho —murmuró Untermeyer, mientras se secaba el sudor de la frente—. A este paso, no. La gente tiene miedo de ir al cine. En cualquier caso, las películas se rompen y la mitad del tiempo se ven al revés. —Miró con curiosidad al hombre sentado a su lado—. Me llamo Untermeyer —gruñó.

Se estrecharon la mano.

—John Dawes —respondió el hombre vestido de gris. No proporcionó más información. Desde que Fergesson y Charlotte le habían recogido en la carretera, no había pronunciado más de cincuenta palabras.

Untermeyer sacó un periódico doblado del bolsillo de la chaqueta y lo tiró sobre el asiento delantero, al lado de Fergesson.

—Esto es lo que encontré en el porche por la mañana.

El periódico era un revoltillo de palabras carentes de significado. Un borrón vago de letras incompletas, de tinta acuosa que aún no se había secado. Fergesson echó un breve vistazo al texto, pero fue inútil. Artículos confusos se perdían en divagaciones, los titulares proclamaban sandeces.

—Allen lleva algunos originales en esa caja —dijo Charlotte.

—No servirán de nada —contestó Untermeyer, abatido—. No se ha movido en toda la mañana. Esperé en la cola con una tostadora de palomitas para que me la duplicara. No hubo suerte. Volvía a casa cuando mi coche se averió. Miré debajo del capó, pero, ¿quién entiende de motores? No es asunto nuestro. Conseguí llegar a la gasolinera de la Standard… El maldito metal es tan blando que se hundió bajo mi dedo.

Fergesson frenó el Buick ante el gran edificio de apartamentos donde Charlotte vivía. Tardó unos segundos en reconocerlo; se habían producido cambios desde la última vez que lo había visto, un mes antes. A su alrededor se había levantado un tosco andamio. Algunos obreros examinaban los cimientos con expresión vacilante. El edificio se iba inclinando poco a poco a un lado. Enormes grietas se abrían en las paredes. Había trozos de yeso diseminados por doquier. La acera estaba acordonada.

—Sin ayuda no podemos hacer nada —se quejó Untermeyer, airado, salvo sentarnos a ver cómo se cae todo en pedazos. Si no resucita pronto…

—Todo lo que nos duplicó en los viejos tiempos se está estropeando —dijo Charlotte, mientras abría la puerta del coche y salía—. Y todo lo que nos duplica ahora es un desastre. ¿Qué vamos a hacer? —Se estremeció al recibir la mordedura del frío viento—. Creo que vamos a terminar como la colonia de Chicago.

Sus palabras helaron la sangre en las venas de los demás. ¡Chicago, la colonia que se había venido abajo! Su biltong había envejecido y fallecido. Agotado, se había convertido en un silencioso e inmóvil montón de materia inerte. Los edificios y las calles, todas las cosas que había duplicado, se habían deteriorado y transformado en negras cenizas.

—No se reprodujo —susurró Charlotte, atemorizada—. Duplicó hasta consumirse, y luego… murió.

—Pero los demás se enteraron —dijo por fin Fergesson, con voz hueca—. Enviaron un sustituto en cuanto pudieron.

—¡Fue demasiado tarde! —gruñó Untermeyer—. La colonia ya había desaparecido. Sólo quedaban un par de supervivientes que vagaban carentes

de todo, ateridos de frío y muertos de hambre, hasta que los perros los devoraron. ¡Los malditos perros, que lo infestan todo, se dieron un buen atracón!

Permanecieron inmóviles en la ruinosa acera, asustados. Hasta el rostro enjuto de John Dawes había expresado un mudo terror, un miedo atroz. Fergesson pensó con anhelo en su colonia, que distaba unos veinte kilómetros en dirección este. Palpitante y activa. El biltong de Pittsburgh era joven, aún conservaba los poderes creativos de su raza. ¡No se parecía en nada a esto!

Los edificios de la colonia de Pittsburgh eran fuertes y sólidos. Las aceras eran limpias y firmes. Los televisores, batidoras, tostadoras, autos, pianos, ropas, whiskys y judías congeladas de los escaparates eran fieles reproducciones de los originales, tan auténticas en todos los detalles, que era imposible diferenciarlas de los artículos reales, conservados en los refugios subterráneos cerrados al vacío.

—Si esta colonia se desmorona —dijo Fergesson—, algunos de ustedes pueden venir con nosotros.

—¿Su biltong es capaz de duplicar para más de cien personas? —preguntó en voz baja John Dawes.

—Ahora, sí —respondió Fergesson. Señaló con orgullo su Buick—. Ustedes han viajado en él, y saben lo bien que funciona. Es casi tan bueno como el original del que fue duplicado. Hay que verlos juntos para distinguir la diferencia. —Sonrió y contó un viejo chiste—. Quizá me llevé el original.

—No es necesario decidirlo ahora —cortó Charlotte—. Aún nos queda un poco de tiempo, al menos. —Tomó la caja de acero y se dirigió hacia los peldaños del edificio—. Sube con nosotros, Ben. —Movió la cabeza en dirección a Dawes—. Usted también. Tome un trago de whisky. No es muy malo. Sabe un poco a anticongelante y la etiqueta es ilegible, pero aparte de eso no está muy deteriorado.

Un obrero la alcanzó cuando pisó el primer peldaño.

—No puede subir, señorita.

Charlotte le rechazó indignada, una expresión desolada en su pálido rostro.

—¡Aquel es mi apartamento! Ahí están todas mis cosas... ¡Vivo aquí!

—El edificio no es seguro —repitió el obrero. En realidad, no era un obrero, sino un habitante de la colonia, que se había prestado voluntariamente a vigilar los edificios en mal estado—. Fíjese en las grietas, señorita.

—Hace semanas que aparecieron. —Charlotte, impaciente, indicó con un gesto a Fergesson que la siguiera—. Vamos.

Subió al porche y se dispuso a abrir la gran puerta de vidrio y cromo.

La puerta se desprendió de sus goznes y cayó. Los cristales estallaron y mortíferos fragmentos salieron disparados en todas direcciones. Charlotte gritó y retrocedió dando tumbos. El hormigón cedió bajo sus pies. Todo el porche se desplomó en una nube de polvillo blanco.

Fergesson y el obrero sujetaron a la frenética muchacha. Untermeyer buscó la caja de acero entre las nubes remolineantes de polvo. Sus dedos se cerraron sobre ella y la arrastró hacia la acera.

Fergesson y el obrero salieron de entre las ruinas del porche, sujetando todavía a Charlotte. La joven intentó hablar, pero violentas convulsiones deformaron su rostro.

—¡Mis cosas! —consiguió articular.

Fergesson sacudió el polvo que la cubría.

—¿Te has hecho daño? ¿Te encuentras bien?

—No me he hecho daño.

Charlotte se secó un reguero de sangre y polvillo blanco que resbalaba sobre su mejilla. Tenía el cabello rubio enmarañado. Su jersey de lana roja estaba roto y desgarrado, así como el resto de su indumentaria.

—¿Has tomado la caja?

—Todo está en orden —dijo John Dawes, impasible. No se había movido ni un milímetro de su sitio.

Charlotte se aferró a Fergesson. Su cuerpo temblaba de miedo y desesperación.

—¡Mira! —susurró—. Mira mis manos. —Levantó sus manos teñidas de blanco—. Se están ennegreciendo.

El espeso polvo que cubría sus manos y brazos estaba adquiriendo un tono más oscuro, hasta que llegó a ser negro como el hollín. Sus ropas se rompieron y desprendieron de su cuerpo, como una cáscara vacía.

—Entra en el coche —ordenó Fergesson—. Tápate con una manta; es de mi colonia.

Untermeyer y él cubrieron a la temblorosa muchacha con la gruesa manta de lana. Charlotte se acurrucó contra el asiento, los ojos casi fuera de las órbitas. Gotas de sangre resbalaron sobre su mejilla y mancharon las franjas azules y amarillas de la manta. Fergesson encendió un cigarrillo y lo encajó entre sus labios temblorosos.

—Gracias. —La joven consiguió articular un gemido de agradecimiento. Sujetó el cigarrillo con dedos agitados—. Allen, ¿qué demonios vamos a hacer?

Fergesson sacudió el polvo oscuro que cubría el cabello rubio de Charlotte.

—Nos acercaremos a darle los originales que he traído. Quizá pueda hacer algo. Los objetos nuevos siempre les estimulan. Puede que le resucitemos un poco.

—No es que esté dormido —dijo Charlotte con voz afligida—. Está muerto, Allen. ¡Lo sé!

—Aún no —protestó Untermeyer, pero todos sabían la verdad.

—¿Se ha reproducido? —preguntó Dawes.

La expresión de Charlotte les transmitió la respuesta.

—Lo intentó. Algunos se abrieron, pero ninguno vivió. He visto huevos por ahí, pero...

Calló. Todos lo sabían. El esfuerzo por mantener con vida a la raza humana había esterilizado a los biltong. Huevos muertos, crías nacidas sin vida...

Fergesson se sentó al volante y cerró la puerta con violencia, pero no encajó bien. Tal vez el metal se había deformado. Se alarmó. Una reproducción imperfecta, un error infinitesimal, un elemento microscópico infiltrado en el duplicado. Hasta su bonito y lujoso Buick estaba contaminado. El biltong de su colonia también sufría un proceso de deterioro.

Tarde o temprano, lo ocurrido en la colonia de Chicago se repetiría en todas partes...

Librodot

Hileras de automóviles, silenciosos e inmóviles, rodeaban el parque abarrotado de gente. Casi toda la colonia se había congregado. Todo el mundo tenía algo que necesitaba desesperadamente duplicar. Fergesson paró el motor y guardó las llaves en el bolsillo.

—¿Podrás soportarlo? —preguntó a Charlotte—. Quizá prefieras quedarte aquí.

—Estoy bien —contestó Charlotte, y trató de sonreír.

Se había puesto unos pantalones y una camisa deportiva que Fergesson había encontrado entre las ruinas de una tienda. Fergesson no sintió el menor remordimiento. Una gran multitud de hombres y mujeres se habían apoderado de los productos esparcidos por el suelo. Las prendas resistirían unos cuantos días.

Fergesson había tardado en escoger las ropas de Charlotte. Había descubierto un montón de camisas y pantalones resistentes en el almacén de la tienda, un material todavía lejos de convertirse en polvillo negro. ¿Duplicados recientes? O tal vez, aunque parecía imposible, originales que los propietarios del local habían utilizado para conseguir reproducciones. En una zapatería que todavía funcionaba había encontrado un par de zapatillas. Le había cedido su propio cinturón, el que había tomado en la tienda de ropa que se había desplomado a su alrededor.

Untermeyer sujetó la caja de acero con ambas manos cuando los cuatro se acercaron al centro del parque. La gente que la ocupaba permanecía en silencio, con expresión sombría. Nadie hablaba. Todos cargaban con algún objeto, originales conservados durante siglos o buenas reproducciones que tenían desperfectos sin importancia. Una máscara de esperanza y temor cubría su rostro.

—Ahí están los huevos muertos —susurró Dawes.

Un círculo de bolas de un tamaño similar al de las pelotas de baloncesto se destacaba junto al borde del parque. Eran duras, pétreas. Algunas estaban rotas. Había fragmentos de cáscara esparcidos por todas partes.

Untermeyer propinó un puntapié a un huevo. Se abrió, pero estaba vacío.

—Algún animal lo ha dejado seco —afirmó—. Estamos presenciando el final, Fergesson. Creo que los perros vienen de noche y se los comen. Está demasiado débil para protegerlos.

Una sensación de indignación sacudió a los hombres y mujeres que esperaban. Tenían los ojos inyectados en sangre y formaban un círculo de humanidad impaciente e indignada que invadía el centro del parque. Habían esperado durante mucho rato. Estaban cansados de esperar.

—¿Qué demonios es eso?

Untermeyer se agachó ante una vaga forma tirada bajo un árbol. Pasó los dedos sobre la confusa masa metálica. Dio la impresión que el objeto se fundía como si fuera de cera. No se distinguía el menor detalle.

—Soy incapaz de identificarlo.

—Es una cortadora de césped eléctrica —dijo un hombre que estaba cerca de ellos.

—¿Cuánto hace que la duplicó? —preguntó Fergesson.

—Cuatro días. —El hombre le dio una patada—. Es imposible identificarla; podría ser cualquier cosa. La mía se ha estropeado. Saqué el original del depósito e hice cola todo el día... Ahí está el resultado. —Escupió en el suelo—. No vale nada. La dejé tirada ahí. No valía la pena llevarla a casa.

Su mujer emitió un balido áspero.

—¿Qué vamos a hacer? No podemos utilizar la vieja. Se ha estropeado, como todo lo demás. Si las nuevas reproducciones no son buenas, tendremos que...

—Cierra el pico —la reprendió su marido, con el rostro deformado por una mueca de furia. Sus manos aferraron un tubo—. Esperaremos un poco más. Quizá cambie de humor.

Un murmullo esperanzado se alzó a su alrededor. Charlotte se estremeció y avanzó.

—No le culpo —dijo a Fergesson—, pero... —Meneó la cabeza—. ¿De qué serviría? Si hace reproducciones que no nos sirven para nada...

—No puede —dijo John Dawes—. ¡Fíjense en él! —Se detuvo y contuvo a los demás—. Fíjense en él y díganme si puede hacer algo mejor.

El biltong estaba agonizando. Ocupaba el centro del parque, enfermo y viejo, un montón de protoplasma amarillento, espeso, gomoso, opaco. Sus pseudópodos se habían secado, semejaban serpientes ennegrecidas posadas sobre la hierba pardusca. El centro de la masa parecía extrañamente hundida. El biltong se iba encogiendo poco a poco, a medida que el pálido sol iba resecando la humedad de sus venas.

—¡Dios mío! —susurró Charlotte—. ¡Tiene un aspecto espantoso!

El bulto central del biltong oscilaba levemente. Se podían apreciar incesantes movimientos, mientras se aferraba a la escasa vida que le quedaba. Enjambres de moscas negras y azules zumbaban a su alrededor. Un intenso hedor flotaba sobre el biltong, el fétido olor a materia orgánica putrefacta. Rezumaba un líquido nauseabundo.

El núcleo de tejido nervioso sepultado en el protoplasma amarillento del ser latía con veloces movimientos espasmódicos que dibujaban olas en la piel decrépita. Casi era posible observar que los filamentos degeneraban en gránulos pétreos. Vejez, decadencia..., y sufrimiento.

Frente al biltong agonizante, sobre la plataforma de hormigón, un montón de originales aguardaban a ser duplicados. A su lado, había algunas reproducciones iniciadas, bolas informes de ceniza negra mezcladas con el jugo que rezumaba el cuerpo del biltong, el fluido con el que construía laboriosamente sus duplicados. Había dejado de trabajar y retraído sus pseudópodos. Descansaba... Se esforzaba por seguir con vida.

—¡Pobre criatura! —se oyó decir Fergesson—. Ya no le quedan fuerzas.

—Lleva sentado ahí seis horas seguidas —aulló una mujer en el oído de Fergesson—. ¡Tan contento! ¿A qué espera..., a que nos pongamos de rodillas y le supliquemos?

Dawes se volvió hacia ella, furioso.

—¿No ve que está agonizando? ¡Déjenlo en paz, por el amor de Dios!

Un rugido amenazador recorrió el círculo de espectadores. Muchos rostros se volvieron hacia Dawes; hizo caso omiso de ellos. A su lado, Charlotte se había quedado petrificada. Sus ojos expresaban temor.

—Tenga cuidado —advirtió en voz baja Untermeyer a Dawes—. Algunas de estas personas necesitan cosas urgentemente. Hay quien espera conseguir comida.

El tiempo transcurría. Fergesson tomó la caja de acero que sostenía Untermeyer y la abrió. Se agachó, sacó los originales y los dispuso sobre la hierba, frente a él.

Al verlos, un murmullo se elevó a su alrededor, un murmullo en el que se mezclaban admiración y asombro. Una sombría satisfacción inundó a Fergesson. Eran los originales de los que carecía esta colonia, en la que sólo existían duplicados imperfectos. Uno a uno, recogió los preciosos originales y avanzó hacia la plataforma de hormigón situada frente al biltong. Hombres airados le cortaron el paso, hasta que se fijaron en los originales.

Depositó un encendedor Ronson. Después, un microscopio binocular Bausch & Lomb, envuelto todavía en su piel original. Un plato de alta fidelidad Pickering. Y una reluciente copa de cristal Steuben.

—Son unos originales estupendos —dijo un hombre—. ¿De dónde los ha sacado?

Fergesson no contestó. Estaba observando al moribundo biltong. El biltong no se había movido, pero había visto los nuevos originales. Las fibras duras ocultas en el interior de la masa amarillenta se removieron. El orificio central se estremeció, abriéndose de repente. Una violenta sacudida agitó la masa protoplasmática. Rancias burbujas surgieron del orificio. Un pseudópodo se retorció, avanzó por la hierba viscosa, titubeó y tocó el cristal Steuben.

Amasó un puñado de ceniza negra y lo bañó con el líquido que brotaba del orificio. Se formó un globo deslustrado, una grotesca parodia de la copa Steuben. El biltong osciló y se encogió para reunir más energías. Luego, intentó por segunda vez moldear la copa. De repente, toda la masa se estremeció violentamente y el pseudópodo se derrumbó, agotado. Se retorció, vaciló de una manera patética y se retrajo al bulto central.

—Es inútil —dijo Untermeyer con voz ronca—. No puede hacerlo. Es demasiado tarde.

Fergesson recuperó los originales con dedos entumecidos y los devolvió a la caja metálica.

—Estaba equivocado —murmuró, y se puso en pie—. Pensaba que iba a lograrlo con esto. Desconocía la gravedad de la situación.

Charlotte, muda y afligida, se alejó de la plataforma. Untermeyer la siguió, abriéndose paso entre la masa de hombres y mujeres enfurecidos que rodeaban la plataforma de hormigón.

—Espere un momento —dijo Dawes—. Voy a probar algo.

Fergesson esperó mientras Dawes introducía la mano bajo su camisa gris y sacaba algo envuelto en papel de periódico. Era una copa de madera, tosca y mal hecha. Se agachó con una extraña sonrisa irónica y depositó la copa frente al biltong.

Charlotte observó sus movimientos, confusa.

—Es inútil, aunque haga una reproducción. —Tocó el objeto de madera con la punta de su zapatilla—. Es tan sencillo que hasta usted podría duplicarlo.

Fergesson se sobresaltó. Dawes y él intercambiaron una breve mirada. Dawes sonrió. Fergesson se quedó petrificado cuando comprendió.

—Es verdad —dijo Dawes—. Yo la hice.

Fergesson tomó la copa y le dio vueltas en su mano temblorosa.

—¿Con qué la hizo? ¡No lo entiendo! ¿De qué la hizo?

—Derribamos algunos árboles. —Dawes sacó de su cinturón algo metálico que brilló a la débil luz del sol—. Tenga. Procure no cortarse.

El cuchillo era tan tosco como la copa, aplanado a martillazos, torcido y sujeto con alambre.

—¿Usted ha hecho este cuchillo? —preguntó Fergesson, estupefacto—. No puedo creerlo. ¿Con qué? Necesitaba herramientas. Es una paradoja. —Su voz adquirió un timbre histérico—. ¡Es imposible!

Charlotte se alejó, desdeñosa.

—No sirve. No se puede cortar nada con eso. Tenía en la cocina un juego de cuchillos de acero inoxidable, del mejor acero sueco. Ahora se han convertido en ceniza negra.

Un millón de preguntas bullían en la mente de Fergesson.

—Esta copa, este cuchillo... ¿Forman ustedes un grupo? ¿Ha tejido la tela de su traje?

—Vámonos —dijo Dawes con brusquedad. Recuperó la copa y el cuchillo y se alejó a toda prisa—. Hay que salir de aquí. Creo que el final se acerca.

La gente empezaba a abandonar el parque. Se habían rendido y se dirigían a registrar las tiendas ruinosas en busca de comida. Algunos coches cobraron vida y comenzaron a rodar.

Untermeyer se humedeció sus fofos labios nerviosamente.

—Se están enfadando —murmuró a Fergesson—. Toda la colonia se está derrumbando. Dentro de unas horas no quedará nada. ¡Ni comida, ni casas!

Sus ojos se desviaron hacia el coche y se entornaron.

No era el único que había reparado en el coche.

Un grupo de hombres hoscos y sombríos se estaba congregando alrededor del polvoriento Buick. Lo tocaban, examinaban sus guardabarros, el capó, los faros, los firmes neumáticos, como niños hostiles y codiciosos. Los hombres portaban armas improvisadas, como tubos, piedras y fragmentos de metal retorcido, arrancados de los edificios derrumbados.

—Saben que no es de su colonia —dijo Dawes—. Saben que volverá a la suya.

—Te llevaré a la colonia de Pittsburgh —dijo Fergesson a Charlotte—. Te registraré como mi esposa. Más tarde decidirás si quieres seguir adelante con las formalidades.

—¿Y Ben? —preguntó Charlotte con voz débil.

—No puedo casarme con él también. —Fergesson caminó más de prisa—. Puedo llevarle, pero no le dejarán quedarse. Existe un límite de población. Más tarde, cuando comprendan la urgencia...

—Apártense —dijo Untermeyer al cordón de hombres.

Avanzó hacia ellos con aire agresivo. Al cabo de un momento los hombres retrocedieron. Untermeyer se plantó junto a la puerta, dispuesto a intervenir en cuanto hiciera falta.

—Acérquense con cuidado —dijo a Fergesson.

Fergesson y Dawes, con Charlotte entre ambos, atravesaron la fila de hombres y se reunieron con Untermeyer. Fergesson entregó las llaves al gordo y éste abrió la puerta delantera. Empujó a Charlotte al interior e indicó a Fergesson que entrara por el otro lado.

El grupo de hombres entró en acción.

Untermeyer propinó un puñetazo al líder que le envió contra los demás. Deslizó su gran bulto tras el volante del coche. El motor cobró vida. Untermeyer puso la primera y pisó con fuerza el acelerador. El coche saltó hacia adelante. Los hombres trataron de agarrar la portezuela abierta y apoderarse de los ocupantes.

Untermeyer cerró las puertas. Fergesson captó una última visión del sudoroso rostro del gordo, deformado por el miedo.

Los hombres intentaban asirse a los resbaladizos costados del coche. Fueron cayendo uno tras otro. Un gigantesco pelirrojo, todavía aferrado como un poseso al capó, trataba de arañar la cara del conductor por el parabrisas roto. Untermeyer tomó una curva muy cerrada. El pelirrojo aguantó un segundo y después soltó su presa, desplomándose sobre la calzada.

El coche zigzagueó, se apoyó casi únicamente sobre dos ruedas y desapareció tras una hilera de ruinosos edificios. El chirrido de los neumáticos se perdió en la distancia. Untermeyer y Charlotte iban camino de la seguridad que representaba la colonia de Pittsburgh.

Fergesson contempló el coche hasta que la presión de la mano de Dawes sobre su hombro le sacó de su abstracción.

—Vamos —dijo Dawes—. Espero que sus zapatos sean resistentes. Debemos caminar bastante.

Fergesson parpadeó.

—¿Caminar? ¿Adónde?

—Nuestro campamento más cercano está a unos cuarenta y cinco kilómetros de aquí. Creo que lo lograremos. —Empezó a caminar y Fergesson le siguió al cabo de unos momentos—. Ya lo he hecho antes. Creo que podré repetirlo.

A sus espaldas, la multitud se había congregado de nuevo y centraba su interés en la masa inerte del agonizante biltong. Se elevó un murmullo airado, de frustración e impotencia por la pérdida del coche. Poco a poco, como el agua que sube de nivel, la ominosa y febril masa avanzó hacia la plataforma de hormigón. El agonizante biltong esperaba impotente. Era consciente de los atacantes. Sus pseudópodos se agitaron por última vez, en un esfuerzo inútil.

Entonces, Fergesson vio algo terrible, algo que le avergonzó hasta el punto que sus dedos humillados soltaron la caja metálica, que cayó al suelo. La recuperó y la sostuvo entre sus manos, aturdido. Deseaba huir, a cualquier parte, daba igual, ocultarse en el silencio, la oscuridad y las sombras que aguardaban fuera de la colonia. Lejos de la muerta extensión de ceniza.

El biltong intentaba duplicar un escudo defensivo, una muralla de ceniza protectora, antes que la turba cayera sobre él...

Después de caminar un par de horas, Dawes se detuvo y se tendió sobre la ceniza negra que se extendía hasta perderse de vista.

—Descansaremos un rato —dijo a Fergesson—. Cocinaremos la comida que llevo. Utilizaremos ese encendedor Ronson que tiene usted, si le queda algo de gas.

Fergesson abrió la caja metálica y le pasó el mechero. Un viento frío y fétido sopló a su alrededor; levantó nubes de ceniza que barrieron la yerma superficie del planeta. A lo lejos, paredes melladas de edificios se proyectaban como huesos astillados. En algunos puntos crecían oscuros y ominosos tallos de hierbas.

—No está tan muerto como parece —comentó Dawes mientras reunía fragmentos de madera seca y papel—. Hay perros y conejos, y montones de semillas. Basta con arrojar agua a la ceniza y crecen.

—¿Agua? Pero si no... llueve. Creo que era la palabra adecuada.

—Debemos cavar pozos. Aún hay agua, pero hay que cavar para encontrarla.

Dawes encendió un pequeño fuego; aún había gas en el encendedor. Se concentró en alimentar la hoguera.

Fergesson se sentó y examinó el encendedor.

—¿Cómo se fabrica un aparato de éstos? —preguntó.

—No podemos. —Dawes introdujo la mano en la chaqueta y sacó un paquete de comida, carne seca en salazón y maíz tostado—. No se puede empezar fabricando cosas complejas. Hay que avanzar poco a poco.

—Un biltong en buen estado de salud podría duplicarlo. El de Pittsburgh realizó un duplicado perfecto de este encendedor.

—Lo sé, por eso estamos tan atrasados. Tendremos que esperar a que tiren la toalla. Lo harán, tarde o temprano. Tendrán que regresar a su sistema estelar... Continuar aquí desembocará en un genocidio.

Fergesson apretó con fuerza el encendedor.

—En ese caso, nuestra civilización se irá con ellos.

—¿Lo dice por ese mechero? —Dawes sonrió—. Sí, es cierto, pero creo que su punto de vista no es correcto. Tendremos que reeducarnos, todos. A mí también me cuesta.

—¿De dónde es usted?

—Soy uno de los supervivientes de Chicago —dijo en voz baja Dawes—. Cuando se derrumbó, vagué por ahí... Maté con una piedra, dormí en sótanos, rechacé a los perros con uñas y dientes. Por fin, llegué a uno de los campamentos. Algunos me habían precedido. Usted no lo sabe, amigo, pero Chicago no fue la primera en caer.

—¿Y están duplicando herramientas, como ese cuchillo?

Dawes lanzó una sonora carcajada.

—La palabra no es duplicar, sino fabricar. Fabricamos herramientas, hacemos cosas. —Sacó la tosca copa de madera y la depositó sobre la ceniza—. Duplicar significa copiar, simplemente. No puedo explicarle qué es fabricar; tendrá que intentarlo para entenderlo. Fabricar y duplicar son dos cosas por completo diferentes.

Dawes dispuso tres objetos sobre la ceniza. La exquisita copa de cristal Steuben, su tosca copa de madera y la reproducción defectuosa que había realizado el agonizante biltong.

—Así eran las cosas —dijo, indicando la copa Steuben—. Algún día volverán a ser igual..., pero tendremos que tomar el camino correcto, el más duro, paso a paso, hasta llegar aquí. —Guardó con todo cuidado la copa de cristal en la caja metálica—. La conservaremos, pero no para copiarla, sino como modelo, como objetivo. Ahora, usted no advierte la diferencia, pero ya lo hará.

Indicó la tosca copa de madera.

—Ahora, estamos en esta fase. No se ría, no niegue que es un símbolo de civilización. Lo es, sencillo y tosco, pero auténtico. Partiremos de aquí.

Tomó la masa informe que el biltong había reproducido. Tras un momento de reflexión, alzó la mano y la arrojó con todas sus fuerzas. El duplicado erróneo cayó al suelo, rebotó y se rompió en mil pedazos.

—Eso no era nada —afirmó Dawes—. Es mejor esta copa. Esta copa de madera está más cerca de la copa Steuben que cualquier reproducción.

—Está muy orgulloso de su copa de madera —observó Fergesson.

—Ya lo creo —admitió Dawes, mientras guardaba la copa en la caja metálica, junto a la Steuben—. Algún día lo comprenderá también. Tardará un poco, pero lo comprenderá.

Librodot

Ya iba a cerrar la caja, pero se detuvo y acarició el encendedor Ronson.

Meneó la cabeza con pesar.

—Nosotros no lo veremos —dijo, y cerró la caja—. Demasiados pasos intermedios. —Su rostro se iluminó de súbito con una chispa de alegría—. ¡Pero por Dios que vamos por el buen camino!

VETERANO DE GUERRA

El viejo estaba sentado en un banco del parque, bajo el ardiente sol, y miraba a la gente que paseaba arriba y abajo.

El parque estaba limpio y bien cuidado. El césped relucía gracias al agua que proyectaban cien tubos de cobre brillantes. Un robot jardinero escardaba, arrancaba malas hierbas y recogía restos de basura, que introducía en su ranura de eliminación. Los niños corrían y gritaban. Parejas jóvenes se sentaban bajo el sol con las manos entrelazadas. Grupos de apuestos soldados deambulaban sin rumbo, las manos hundidas en los bolsillos, y admiraban a las muchachas desnudas que tomaban el sol alrededor de la piscina. Fuera de los límites del parque, los coches y las altas agujas de Nueva York brillaban y centelleaban.

El viejo carraspeó y escupió sobre los arbustos. El ardiente sol le irritaba; era demasiado amarillo y le provocaba oleadas de sudor. Por su culpa, era consciente de su barbilla sin afeitar y del ojo izquierdo que había perdido. Y de la fea cicatriz que había desgarrado la carne de una mejilla. Manoseó el micrófono que rodeaba su esquelético cuello. Se desabrochó la chaqueta y se enderezó, apoyándose contra las tablas metálicas del banco. Aburrido, solo y amargado, torció la cabeza y trató de interesarse en la bucólica escena de árboles, hierba y niños que jugaban.

Tres jóvenes soldados rubios se sentaron en el banco opuesto y empezaron a desenvolver las cajas de cartón en que llevaban la comida.

El viejo contuvo la respiración. Su corazón latió con rapidez y, por primera vez desde hacía horas, recobró la vida. Se sacudió su letargo y concentró su débil vista en los soldados. El viejo sacó su pañuelo, se secó la cara cubierta de sudor y les dirigió la palabra.

—Bonita tarde.

Los soldados levantaron la vista un momento.

—Sí —dijo uno.

—Han hecho un buen trabajo. —El anciano indicó el sol amarillo y las agujas de la ciudad—. Es perfecto.

Los soldados no contestaron. Se concentraron en sus tazas de café humeante y en el pastel de manzana.

—Casi me engañan —continuó el viejo, en tono quejumbroso—. ¿Pertenecen al equipo de siembra, muchachos?

—No —respondió uno—. Somos especialistas en cohetes.

El anciano aferró su bastón de aluminio.

—Yo estaba en demoliciones, en el antiguo escuadrón Ba-3.

Ningún soldado contestó. Susurraron entre sí. Las chicas de un banco cercano se habían fijado en ellos.

El viejo hundió la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo algo envuelto en papel de seda roto. Lo desenvolvió con dedos temblorosos y se puso en pie. Cruzó el sendero de grava con paso vacilante y se acercó a los soldados.

—¿Ven esto? —Extendió el objeto, un pequeño cuadrado de metal centelleante—. Lo gané en el 87. Creo que fue antes de vuestra época.

Los jóvenes soldados demostraron un incipiente interés.

—¡Caray! —exclamó uno—. Es un Disco de Cristal... Primera clase. —Alzó la mirada en tono inquisitivo—. ¿Usted la ganó?

El viejo, orgulloso, emitió una risita entrecortada, mientras envolvía la medalla y la devolvía al bolsillo de la chaqueta.

—Serví a las órdenes de Nathan West, en el *Gigante del Viento*. No la conseguí hasta el asalto final. Recordarán el día que despegó nuestra flota...

—Lo siento —le interrumpió un soldado—. Somos muy jóvenes. Eso debió ocurrir antes de nuestra época.

—Claro —reconoció el anciano—. Han pasado más de sesenta años. Habrán oído hablar del mayor Perati, ¿verdad? ¿Recuerdan que desvió su flota de protección hacia una nube de meteoros cuando se preparaba para el ataque final, que el Ba-3 les contuvo durante meses, antes que nos aplastaran? —Lanzó una blasfemia—. Les mantuvimos a raya, hasta que sólo quedamos dos. Se precipitaron sobre nosotros como buitres. Y encontraron...

—Lo siento, abuelo. —Los soldados se levantaron, tomaron su comida y se dirigieron hacia el banco de las chicas. Éstas les observaron con timidez y expectación—. Ya nos veremos en otra ocasión.

El viejo regresó a su banco, enfurecido. Hizo lo posible por ponerse cómodo, frustrado. Blasfemó y escupió sobre los arbustos. El sol le irritó. Los ruidos de la gente y los coches le pusieron histérico.

Volvió a sentarse en el banco, con el ojo sano entornado y sus resecos labios deformados por una mueca de amargura. Nadie experimentaba el menor interés por un anciano decrépito y tuerto. Nadie quería escuchar los relatos de sus batallas. Nadie parecía recordar la guerra que todavía ardía como una hoguera en el cerebro decadente del viejo. Una guerra de la que deseaba hablar con todas sus fuerzas, si alguien le escuchaba.

Vachel Patterson detuvo el coche y puso el freno de emergencia.

—Hasta aquí hemos llegado —dijo sin volverse—. Pónganse cómodos. Tendremos que esperar un rato.

La escena le resultaba familiar. Un millar de terrícolas, ataviados con gorras grises y brazaletes a rayas, recorría la calle, entonando lemas y agitando inmensas banderas, visibles a manzanas de distancia.

¡BASTA DE NEGOCIACIONES! ¡NEGOCIAR ES DE TRAIDORES!
¡LA ACCIÓN ES COSA DE HOMBRES!
¡DENLES SU MERECIDO!
¡UNA TIERRA FUERTE ES LA MEJOR GARANTÍA DE PAZ!

En el asiento trasero, Edwin LeMarr apartó sus cintas informativas y emitió un gruñido de sorpresa.

—¿Por qué nos hemos parado? ¿Qué sucede?

Librodot

—Otra manifestación —dijo Evelyn Cutter. Se reclinó en el asiento y encendió un cigarrillo con expresión de hastío—. Igual que todas las demás.

La manifestación estaba en pleno apogeo. Hombres, mujeres y jóvenes que habían recibido permiso del colegio desfilaban con el rostro jubiloso, emocionado y encendido, algunos con emblemas, otros con toscas armas y uniformes improvisados. Más y más espectadores se iban congregando en las aceras a cada momento. Policías ataviados de azul habían detenido el tráfico de superficie. Contemplaban la escena con indiferencia, esperando a que alguien se entrometiera. Nadie lo hizo, por supuesto. Nadie era tan idiota.

—¿Por qué no pone fin a esto el Directorio? —preguntó LeMarr—. Un par de columnas armadas y se acabaría de una vez por todas.

John V-Stephens, que iba sentado a su lado, soltó una fría carcajada.

—El Directorio lo financia, organiza, retransmite por televisión, y hasta reprime a los disidentes. Fíjense en esos policías. Esperan que alguien se entrometa.

LeMarr parpadeó.

—¿Es verdad, Patterson?

Rostros deformados por la ira se cernieron sobre el capó del Buick modelo 1964. Los guardabarros vibraron al compás del eco de los pasos. El doctor LeMarr guardó las cintas en su caja de metal y miró a su alrededor, como una tortuga asustada.

—¿Qué te preocupa tanto? —preguntó V-Stephens con voz áspera—. No te tocarán, eres un terrícola. Yo soy quien debería estar sudando.

—Están locos —murmuró LeMarr—. Todos esos mongólicos, cantando y desfilando...

—No son mongólicos —respondió con suavidad Patterson—. Creen a pies juntillas en lo que les dicen, como nosotros. El único problema es que les dicen mentiras.

Indicó una de las gigantescas banderas, una inmensa fotografía en tres dimensiones que oscilaba y ondulaba.

—La culpa es de él. Él es quien inventa las mentiras. Él es quien presiona al Directorio, quien azuza el odio y la violencia..., y quien lo sufraga con dinero.

La bandera plasmaba a un individuo de cabello cano, impecablemente afeitado, de expresión digna y severa. Un hombre culto, fornido, adentrado en la cincuentena. Bondadosos ojos azules, barbilla firme, un dignatario majestuoso y respetado. Su lema se destacaba bajo su hermosa reproducción, acuñado en un momento de inspiración.

¡SÓLO LOS TRAIDORES TRANSIGEN!

—Ése es Francis Gannet —explicó V-Stephens a LeMarr—. Un hombre estupendo, ¿verdad? —Se corrigió—. Mejor dicho, un terrícola.

—Parece un buen hombre —protestó Evelyn Cutter—. ¿Crees posible que una persona de apariencia tan inteligente tenga alguna relación con todo esto?

V-Stephens emitió una tensa carcajada.

—Sus blancas e inmaculadas manos están más sucias que las de cualquier fontanero o carpintero presente en la manifestación.

—¿Por qué...?

—Gannet y su grupo son propietarios de Industrias Transplan, la empresa que controla la mayor parte de los negocios de exportación e importación de los planetas interiores. Si mi pueblo y los marcianos logran la independencia, les harán la competencia. De momento, no hay nadie que les haga sombra.

Los manifestantes habían llegado a un cruce. Un grupo guardó las banderas y sacó garrotes y piedras. Gritó órdenes, indicó a los demás que les siguieran y se dirigieron hacia un moderno edificio, cuyos letreros de neón parpadeaban la palabra COLOR-AD.

—Oh, Dios mío —exclamó Patterson—. Van hacia la delegación de COLOR-AD.

Extendió la mano hacia la puerta, pero V-Stephens le detuvo.

—No puedes hacer nada. Además, ahí dentro no hay nadie. Siempre les avisan por anticipado.

Los manifestantes destrozaron los escaparates e invadieron la tienda. La policía contempló el espectáculo, con los brazos cruzados. Muebles astillados fueron arrojados a la acera desde el interior del comercio. A continuación, siguieron archivadores, escritorios, sillas, monitores, ceniceros, incluso alegres carteles de la vida dichosa en los planetas interiores. Hilos de humo negro se elevaron cuando un rayo energético prendió fuego al almacén. Luego, los manifestantes salieron en oleadas, satisfechos y contentos.

La gente congregada en la acera contemplaba la escena con diversas emociones. Algunos parecían complacidos, otros expresaban una vaga curiosidad, pero la mayoría demostraba miedo y aflicción. Retrocedieron a toda prisa cuando los revoltosos de rostro feroz se abrieron paso brutalmente entre ellos, cargados con artículos robados.

—¿Lo ves? —dijo Patterson—. Los culpables son unos pocos miles, miembros de un comité que Gannet financia. Los que ven ahí delante son empleados de las fábricas de Gannet, que hacen horas extras. Intentan representar a la Humanidad, pero no es así. Son una minoría ruidosa, un grupo de fanáticos enloquecidos.

La manifestación empezó a dispersarse. De la sede de COLOR-AD sólo quedaban unas ruinas consumidas por el fuego. El tráfico se había detenido. Casi todo el centro de Nueva York había visto los llamativos lemas y escuchado sus gritos de odio. La gente empezó a desfilar hacia sus oficinas y tiendas, de vuelta a la rutina cotidiana.

Y entonces, los manifestantes vieron a la muchacha venusiana, acuclillada en un portal.

Patterson lanzó el coche hacia adelante. Cruzó la calle y subió a la acera, lanzado contra la masa. El morro del coche hendió la primera fila y los derribó como hojas. Los demás se estrellaron contra el chasis metálico y cayeron al suelo, una masa informe de brazos y piernas que se agitaban.

La muchacha venusiana vio el coche que se dirigía hacia ella..., y a los terrícolas sentados delante. El terror la dejó paralizada un momento. Después, huyó impulsada por el pánico y se mezcló con la turba que llenaba la calle. Los manifestantes se reagruparon y se lanzaron tras ella.

—¡Atrapen a la pies palmeados!

—¡Que los pies palmeados vuelvan a su planeta!

—¡La Tierra para los terrícolas!

Y agazapada bajo los lemas entonados, una siniestra corriente subterránea de lujuria y odio no verbalizados.

Librodot

Patterson dio marcha atrás. Su puño golpeó salvajemente la bocina, lanzó el coche tras la muchacha, atravesó la masa de enloquecidos manifestantes y la dejó atrás. Una piedra destrozó la ventanilla posterior y una lluvia de cristales se derramó en el interior. La multitud se apartó, dejando paso libre al coche y a los alborotadores. Ninguna mano detuvo a la desesperada muchacha, que corrió entre los coches estacionados y los grupos de gente, jadeando y sollozando. Del mismo modo, nadie intentó ayudarla. Todo el mundo contemplaba la escena con ojos apagados, indiferentes, espectadores lejanos que presenciaban un acontecimiento al que eran ajenos.

—Yo la atraparé —dijo V-Stephens—. Frena delante de ella y le cortaré el paso.

Patterson adelantó a la muchacha y pisó el freno. La muchacha dobló la esquina como una liebre acosada. V-Stephens bajó del coche. Corrió tras ella cuando se lanzó de cabeza hacia los manifestantes. La tomó en volandas y la transportó al coche. LeMarr y Evelyn Cutter les arrastraron hacia el interior. Patterson aceleró.

Un momento después, dobló una esquina, atravesó un cordón policial y se alejó de la zona de peligro. Atrás quedaron los rugidos de la gente y el repiqueteo de sus pies sobre el pavimento.

—Todo ha terminado —repetía sin cesar V-Stephens a la muchacha—. Somos amigos. Mira, yo también soy un pies palmeados.

La muchacha estaba acurrucada contra la puerta del coche, las rodillas clavadas en el estómago, los ojos abiertos de par en par y el rostro crispado. Tendría unos diecisiete años de edad. Sus dedos palmeados acariciaban incesantemente el cuello de su blusa. Había perdido un zapato. Tenía la cara arañada, y el cabello oscuro desordenado. De su boca temblorosa sólo surgían sonidos vagos.

LeMarr le tomó el pulso.

—Su corazón está a punto de estallar —murmuró. Extrajo una cápsula de emergencia e inyectó un sedante en el tembloroso brazo de la muchacha—. Esto la tranquilizará. No ha sufrido daños. No lograron atraparla.

—Muy bien —murmuró V-Stephens—. Somos médicos del hospital de la ciudad, excepto la señorita Cutter, que se encarga de los archivos y las historias clínicas. El doctor LeMarr es neurólogo, el doctor Patterson es oncólogo y yo soy cirujano... ¿Ve mi mano? —Recorrió la frente de la joven con su mano de cirujano—. Soy venusiano, como usted. La llevaremos al hospital y permanecerá ingresada unas horas.

—¿Se han fijado? —estalló LeMarr—. Nadie levantó un dedo para ayudarla. Se quedaron mirando.

—Tenían miedo —dijo Patterson—. No quieren problemas.

—No pueden —declaró Evelyn Cutter—. Nadie puede evitar este tipo de problemas. No pueden quedarse mirando, cruzados de brazos. Esto no es un partido de fútbol.

—¿Qué va a suceder? —preguntó la muchacha.

—Será mejor que te vayas de la Tierra —dijo con calma V-Stephens—. Ningún venusiano está a salvo aquí. Vuelve a tu planeta y quédate hasta que la situación se tranquilice.

—¿Lo crees posible? —preguntó la chica con voz ahogada.

—Algún día. —V-Stephens le pasó los cigarrillos de Evelyn—. No puede continuar así. Debemos ser libres.

—Cuidado —advirtió Evelyn. Su voz adquirió un tono hostil—. Creía que estabas por encima de todo esto.

El rostro verde oscuro de V-Stephens se ruborizó.

—¿Piensas que puedo permanecer indiferente mientras mi pueblo es asesinado e insultado, y nuestros intereses ignorados para que rostros pastosos como Gannet se hagan ricos a costa de la sangre exprimida a...?

—Rostros pastosos —repitió LeMarr—. ¿Qué significa eso, Vachel?

—Es la expresión con que se designa a los terrícolas —contestó Patterson—. Escucha, V-Stephens, en lo que a nosotros concierne no se trata de tu pueblo y nuestro pueblo. Todos somos de la misma raza. Tus antepasados fueron terrícolas que colonizaron Venus, a finales del siglo veinte.

—Los cambios son alteraciones de adaptación menores —aseguró LeMarr a V-Stephens—. Aún podemos cruzar nuestras especies, lo cual demuestra que somos de la misma raza.

—Podemos, pero, ¿quién quiere casarse con un pies palmeados o un cuervo? —dijo Evelyn Cutter.

Nadie habló durante un rato. Mientras Patterson conducía el coche hacia el hospital, en el interior del automóvil reinaba una atmósfera tensa y hostil. La joven venusiana, acurrucada en un rincón, fumaba en silencio, con la vista clavada en el suelo que vibraba.

Patterson frenó en el punto de control y exhibió sus credenciales. El guardia indicó que podía continuar adelante. Patterson guardó la tarjeta en el bolsillo y sus dedos rozaron algo. Entonces, recordó de repente.

—Esto te distraerá —dijo a V-Stephens. Tiró el tubo cerrado al pies palmeados—. Los militares lo devolvieron esta mañana. Error administrativo. Cuando acabes se lo pasas a Evelyn. Iba destinado a ella, pero me picó la curiosidad.

V-Stephens abrió el tubo y sacó su contenido. Era una solicitud de ingreso en un hospital del gobierno, sellada con el número de un veterano de guerra. Viejas cintas manchadas de sudor, papeles rotos y mutilados por el paso de los años. Fragmentos grasientos de papel de plata que habían sido doblados miles de veces, guardados en un bolsillo de la camisa, colgados sobre un pecho sucio y cubierto de vello.

—¿Es importante? —preguntó V-Stephens con impaciencia—. ¿Nos deben preocupar las pifias administrativas?

Patterson detuvo el coche en el estacionamiento del hospital y paró el motor.

—Fíjate en el número de la petición —dijo, mientras abría la puerta del coche—. Cuando tengas tiempo de examinarlo, observarás algo extraño. El solicitante tiene una tarjeta de identidad de veterano..., con un número que aún no ha sido expedido.

LeMarr, estupefacto, miró a Evelyn Cutter y después a V-Stephens, pero no obtuvo ninguna explicación.

El micrófono del anciano le despertó de su amodorramiento.

—David Unger —repitió la metálica voz femenina—. Se le reclama en el hospital. Regrese al hospital de inmediato.

El viejo gruñó y se levantó con un esfuerzo. Aferró su bastón de aluminio y cojeó hacia la rampa de salida del parque. Justo cuando había conseguido

dormirse, escapando del torturante sol y de las agudas carcajadas de niños, chicas y soldados...

En el extremo del parque, dos formas se hallaban escondidas entre los arbustos. David Unger se inmovilizó, sin dar crédito a sus ojos, cuando las sombras cruzaron el sendero.

Su propia voz le sorprendió. Gritó a pleno pulmón, unos chillidos de rabia y asco que despertaron ecos en el parque, entre los árboles y los jardines.

—¡Pies palmeados! —aulló. Corrió con movimientos torpes hacia ellos—. ¡Pies palmeados y cuervos! ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

Cojeó tras el marciano y el venusiano, agitando el bastón, casi sin respiración. Apareció gente, asombrada y confusa. Una multitud se formó mientras el viejo corría tras la aterrorizada pareja. Agotado, tropezó con una fuente y estuvo a punto de caer: el bastón resbaló de sus manos. Su rostro encogido estaba lívido; la cicatriz se destacaba contra la piel moteada. Su ojo bueno estaba rojo de odio y furia. Un reguero de saliva brotó de entre sus labios agrietados. Agitó sus flacas manos, similares a garras, en vano, mientras los dos alterados se internaban en el bosquecillo de cedros situado al final del parque.

—¡Deténganles! —farfulló David Unger—. ¡No les dejen escapar! ¿Qué les pasa? Pandilla de maricones cobardes. ¿Qué clase de hombres son ustedes?

—Tómelo con calma, abuelo —dijo un soldado en tono bondadoso—. No hacen daño a nadie.

Unger tomó el bastón y lo tiró a la cabeza del soldado.

—¡Pacifista! —rugió—. ¿Qué clase de soldado eres? —Un ataque de tos le interrumpió. Se dobló por la mitad, falto de aliento—. En mis tiempos —consiguió jadear— los rociábamos con combustible de cohete y los ahorcábamos. Les mutilábamos. Abríamos en canal a esos sucios pies palmeados y cuervos. Les enseñábamos lo que es bueno.

Un policía había detenido a los dos alterados.

—Largo —ordenó en tono ominoso—. No tienen derecho a estar aquí.

Los dos alterados se alejaron. El policía levantó la porra y golpeó al marciano entre los ojos. La débil y frágil corteza de la cabeza se partió y el marciano se tambaleó, ciego y abrumado por el dolor.

—Eso ya me gusta más —resolló David Unger, satisfecho.

—Viejo asqueroso —le espetó una mujer, pálida de horror—. Es la gente como usted la que crea problemas.

—¿Qué pasa, es que le gustan los cuervos? —se revolvió el anciano.

La multitud se dispersó. Unger aferró el bastón y cojeó hacia la rampa de salida. Masculló blasfemias e insultos, escupió con violencia hacia los matorrales y meneó la cabeza.

Llegó al hospital, todavía tembloroso de rabia y furia.

—¿Que quieren? —preguntó, cuando llegó ante el gran mostrador de recepción que ocupaba el centro del vestíbulo principal—. No sé que pasa aquí. Primero, me despiertan de la primera siesta auténtica que he disfrutado desde que llegué aquí, y después veo a dos pies palmeados paseando tranquilamente a plena luz del sol, descarados como...

—El doctor Patterson quiere verlo —respondió con paciencia la enfermera—. Habitación 301. —Cabeceó en dirección a un robot—. Acompaña al señor Unger a la 301.

El viejo siguió con semblante hosco al robot, que se desplazaba con agilidad.

—Pensaba que todos ustedes habían sido destruidos en la batalla de Europa del 88 —se lamentó—. Es absurdo, todos esos maricones uniformados. Todo el mundo se lo pasa la mar de bien, riendo y perdiendo el tiempo con chicas que se pasan el día desnudas sobre la hierba. Algo está pasando. Algo...

—Por aquí, señor —indicó el robot, y la puerta de la 301 se deslizó a un lado.

Vachel Patterson se levantó cuando el viejo entró como una furia y se detuvo ante el escritorio con el bastón bien sujeto. Era la primera vez que veía a David Unger en persona. Ambos se examinaron mutuamente: el flaco y viejo soldado de rostro aguileño, y el joven y elegante doctor, de escaso cabello negro, gafas de concha y rostro bondadoso. Junto al escritorio, Evelyn Cutter observaba y escuchaba con expresión impenetrable, un cigarrillo entre sus rojos labios y el rubio cabello echado hacia atrás.

—Soy el doctor Patterson, y ésta es la señorita Cutter. —Patterson jugueteó con la estropeada cinta que tenía sobre el escritorio—. Siéntese, señor Unger. Quiero hacerle un par de preguntas. Hemos detectado alguna incongruencia en uno de sus papeles. Un error administrativo, probablemente, pero nos los han devuelto.

Unger se sentó, cansado.

—Preguntas y papeleos. Llevo aquí una semana y cada día pasa algo. Habría sido mejor quedarme tirado en la calle hasta morir.

—Según leo aquí, llegó hace ocho días.

—Supongo. Si está puesto ahí, debe ser verdad. —El sarcasmo del viejo afloró—. Si fuera mentira, no lo pondría.

—Fue admitido como veterano de guerra. El Directorio cubre todos los gastos de cuidado y manutención.

Unger se encrespó.

—¿Qué tiene de malo? Me he ganado algunas atenciones. —Se inclinó hacia Patterson y le apuntó con un dedo sarmentoso—. Ingresé en el servicio a los dieciséis años. He luchado y trabajado por la Tierra toda mi vida. Aún seguiría en activo, si no me hubieran dejado medio muerto en uno de sus traicioneros ataques. Tuve suerte de sobrevivir. —Se pasó la mano por su rostro estragado—. Tengo la impresión que usted no participó. Ignoraba que habían quedado vacantes.

Patterson y Evelyn Cutter intercambiaron una mirada.

—¿Cuántos años tiene usted? —preguntó Evelyn de improviso.

—¿No está puesto ahí? —murmuró Unger, furioso—. Ochenta y nueve.

—¿El año de su nacimiento?

—En el 2154. ¿No es capaz de calcularlo?

Patterson hizo una rápida anotación en los informes.

—¿Su unidad?

Unger perdió los estribos.

—La Ba-3, por si no le suena. Me pregunto si se han enterado ustedes que hubo una guerra.

—La Ba-3 —repitió Patterson—. ¿Cuánto tiempo sirvió en ella?

—Cincuenta años. Después me retiré. La primera vez, quiero decir. Tenía sesenta y seis años. La edad habitual. Me dieron la pensión y un pedazo de tierra.

—¿Volvieron a movilizarle?

Librodot

—¡Pues claro que volvieron a movilizarme! ¿Ya no se acuerda que la Ba-3, formada sólo por viejos, fue al frente y estuvo a punto de frenarlos, la última vez? Usted debía ser un crío, pero todo el mundo sabe lo que hicimos. —Unger sacó su Disco de Cristal de primera clase y lo tiró sobre el escritorio—. Me dieron eso. A todos los supervivientes. A los diez que quedamos de treinta mil. —Recuperó la medalla con dedos temblorosos—. Quedé malherido. Ya ve mi cara. Sufrí quemaduras cuando la nave de Nathan West estalló. Estuve un par de años en un hospital militar. Fue entonces cuando bombardearon la Tierra. —El anciano cerró los puños—. Tuvimos que presenciar lo que siguió sin poder hacer nada. Convirtieron la Tierra en ruinas humeantes. Sólo quedaron cenizas y escoria. Ni ciudades ni pueblos. Nos quedamos sentados sin poder hacer nada, mientras sus misiles zumbaban. Por fin, terminaron..., y vinieron por nosotros, los que estábamos en la Luna.

Evelyn Cutter intentó hablar, pero las palabras no surgieron de su boca. Patterson había palidecido como un muerto.

—Continúe —logró murmurar—. Siga hablando.

—Resistimos bajo el cráter de Copérnico, mientras lanzaban sus misiles contra nosotros. Aguantamos unos cinco años. Después, empezaron a aterrizar. Yo y los demás que quedaban huimos en torpedos de ataque de alta velocidad y montamos bases piratas entre los planetas exteriores. —Unger se removió en su asiento—. Detesto hablar de esa parte. La derrota, el fin de todo. ¿Por qué me hace estas preguntas? Colaboré en la construcción de 3-4-9-5, la mejor artibase de todas, entre Urano y Neptuno. Después, volví a retirarme, hasta que esas sucias ratas atacaron a traición y la destruyeron. Cincuenta mil hombres, mujeres y niños. Toda la colonia.

—¿Usted escapó? —susurró Evelyn Cutter.

—¡Por supuesto que escapé! Estaba de patrulla. Alcancé a una de sus naves. Les vi morir. Eso me consoló un poco. Me trasladé unos años a la 3-6-7-7, hasta que la atacaron. Fue a principios de este mes. Estaba atrapado. —Los sucios dientes amarillentos centellearon—. No había escapatoria. Al menos, a mí no se me ocurrió ninguna. —Los ojos inyectados en sangre examinaron el lujoso despacho—. No sabía que existía esto. Han montado muy bien su artibase. Se parece a la Tierra, tal como yo la recuerdo. Demasiadas prisas, de todos modos; no es tan tranquilo como la Tierra, pero hasta el aire huele igual.

Se hizo el silencio.

—¿Vino aquí después que... la colonia fuera destruida? —preguntó Patterson con voz ronca.

—Supongo. —Unger se encogió de hombros—. Lo último que recuerdo es que la burbuja reventó y el aire, el calor y la gravedad escaparon. Naves de cuervos y pies palmeados aterrizaban por todas partes. Los hombres morían a mi alrededor. La onda expansiva me derrumbó. Cuando recobré el conocimiento, estaba tendido en una calle y unas personas me ayudaban a levantarme. Un hombre de hojalata y uno de sus médicos me llevaron al hospital.

Patterson exhaló un profundo y estremecido suspiro.

—Entiendo. —Sus dedos juguetearon con los manchados y rotos documentos de identidad—. Bien, eso explica esta irregularidad.

—¿Es que no está todo? ¿Falta algo?

—Todos sus papeles están aquí. Su tubo colgaba alrededor de su muñeca cuando le ingresaron.

—Naturalmente. —El pecho de Unger, similar al de un pájaro, se hinchó de orgullo—. Lo aprendí cuando tenía diecisiete años. Aunque estés muerto, debes llevar el tubo encima. Es importante para mantener los registros al día.

—Los documentos están en orden —admitió Patterson—. Puede volver a su casa o al parque. Lo que quiera.

Hizo una señal y el robot acompañó al anciano.

Cuando la puerta se cerró, Evelyn Cutter empezó a blasfemar lenta y monótonamente. Aplastó el cigarrillo con el tacón y se puso a pasear arriba y abajo.

—Santo Dios, ¿en qué nos hemos metido?

Patterson conectó el intervídeo, marcó un número del exterior y dijo al encargado de comunicaciones:

—Póngame con el cuartel general militar, y de prisa.

—¿De Luna, señor?

—Exacto. Con la base principal de Luna.

El calendario colgado de la pared indicaba que era el 4 de agosto de 2169. Si David Unger había nacido en 2154, era un muchacho de quince años. Y había nacido en 2154. Eso decían sus documentos de identidad, amarillentos y manchados de sudor. Los documentos de identidad que había llevado encima durante una guerra que aún no había estallado.

—Es un veterano, no hay duda —dijo Patterson a V-Stephens—. De una guerra que empezará dentro de un mes. No me extraña que las computadoras rechacen su solicitud.

V-Stephens se humedeció sus labios verdeoscuros.

—Esta guerra se librará entre la Tierra y los dos planetas colonizados. ¿Perderá la Tierra?

—Unger combatió durante toda la guerra. Presenció el principio y el fin..., hasta la destrucción total de la Tierra. —Patterson se acercó a la ventana y miró al exterior—. La Tierra perdió la guerra y la raza humana fue exterminada.

Desde la ventana del despacho de V-Stephens, Patterson veía toda la ciudad. Kilómetros de edificios blancos que brillaban bajo la luz del sol. Once millones de personas. Un gigantesco centro del comercio y la industria, el corazón económico del sistema. Y más allá se extendía un planeta de ciudades, granjas y autopistas, tres mil millones de hombres y mujeres. Un planeta próspero y rico, el mundo madre del que habían partido los alterados, los ambiciosos colonos de Marte y Venus. Innumerables cargueros viajaban entre la Tierra y las colonias, abarrotados de minerales y otros productos. En esos momentos, expediciones de exploración se desplazaban entre los planetas exteriores y tomaban posesión, en nombre del Directorio, de nuevas fuentes de materias primas.

—Vio que todo esto quedaba cubierto de polvo radiactivo —dijo Patterson—. Presenció el ataque final contra la Tierra, el que destruyó nuestras defensas. Y arrasaron la base lunar.

—¿Es cierto que algunos oficiales de alto rango van a venir desde Luna?

—Les conté lo suficiente para que empezaran a mover el trasero. Cuesta semanas poner en acción a esos sujetos.

—Me gustaría ver a ese tal Unger —dijo V-Stephens con aire pensativo—. ¿Puedo hacer algo para...?

—Ya le has visto. Tú le devolviste a la vida, ¿te acuerdas? El primer día que lo ingresaron.

—Ah —susurró V-Stephens—. ¿Aquel viejo repugnante? —Sus ojos oscuros centellearon—. De modo que era Unger... El veterano de guerra contra el que vamos a luchar.

—La guerra que ustedes van a ganar. La guerra que la Tierra va a perder. —Patterson se alejó de la ventana—. Unger piensa que esto es un satélite artificial situado entre Urano y Neptuno, una reconstrucción de una pequeña parte de Nueva York. Unos cuantos miles de personas y máquinas protegidas bajo una cúpula de plástico. No tiene ni idea de lo que le ocurrió en realidad. Debió salir despedido de su senda temporal.

—Supongo que fue gracias a la liberación de energía..., y tal vez a su frenético deseo de escapar. Aun así, todo el asunto es increíble. Posee una especie de... —V-Stephens buscó las palabras adecuadas—. De halo místico. ¿Qué demonios tenemos entre manos? ¿Una visita divina? ¿Un profeta venido del cielo?

La puerta se abrió y V-Rafia entró.

—Oh —exclamó, cuando vio a Patterson—. No sabía...

—No pasa nada. —V-Stephens indicó con un movimiento de cabeza que entrara en su despacho—. ¿Te acuerdas de Patterson? Estaba con nosotros en el coche cuando te recogimos.

V-Rafia tenía mucho mejor aspecto que unas horas antes. Los arañazos de su cara habían desaparecido, se había peinado y vestido con un jersey gris ceñido y una falda. Su piel verde refulgió cuando se acercó a V-Stephens, aún nerviosa y apocada.

—Voy a quedarme aquí —explicó a Patterson—. Aún no puedo salir.

Dirigió una veloz mirada de súplica a V-Stephens.

—No tiene familia en la Tierra —dijo V-Stephens—. Vino como bioquímica de clase 2. Ha estado trabajando en el laboratorio que la Westinghouse tiene en las afueras de Chicago. Vino a Nueva York de compras, lo cual fue una equivocación.

—¿No puede ir a la colonia venusiana de Denver? —preguntó Patterson.

V-Stephens enrojeció.

—¿No quieres que haya otra pies palmeados por aquí?

—¿Qué va a hacer? Esto no es una fortaleza. Será muy fácil enviarla a Denver en un carguero ligero. Nadie se opondrá.

—Lo discutiremos más tarde —dijo V-Stephens, irritado—. Debemos hablar de cosas más importantes. ¿Has verificado los papeles de Unger? ¿Te has asegurado que no son falsificaciones? Imagino que es casi imposible, pero debemos estar seguros.

—Hay que mantenerlo en secreto —respondió Patterson, lanzando una fugaz mirada a V-Rafia—. Nadie en todo el edificio debe enterarse.

—¿Se refiere a mí? —preguntó V-Rafia, vacilante—. Será mejor que me vaya.

—No —dijo V-Stephens, y la tomó del brazo con brusquedad—. Es imposible guardar el secreto, Patterson. Unger ya se lo habrá contado a cincuenta personas. Se pasa todo el día sentado en aquel banco del parque, y da la paliza a todo el que pasa por delante.

—¿Qué sucede? —preguntó V-Rafia, picada por la curiosidad.

Librodot

—Nada importante —replicó Patterson.

—Nada importante —repitió V-Stephens—. Una guerrita de nada. Programas de venta por anticipado. —Su rostro reflejó una miríada de emociones—. Hagan sus apuestas ya. No se arriesguen. Apuesta sobre seguro, cariño. Al fin y al cabo, es historia. ¿No es cierto? —Se volvió hacia Patterson, como exigiendo su confirmación—. ¿Qué dices? Yo no puedo detenerlo, y tú tampoco, ¿verdad?

Patterson asintió lentamente.

—Creo que tienes razón —dijo, afligido. Y se lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas.

Alcanzó a V-Stephens en el costado, a pesar que el venusiano había saltado. V-Stephens sacó la pistola energética y le apuntó con dedos temblorosos. Patterson la desvió de una patada.

—Fue un error, John —dijo con voz estrangulada—. Fue un error enseñarte los papeles de identidad de Unger. Debí ocultártelos.

—Tienes razón —consiguió susurrar V-Stephens. Sus ojos estaban henchidos de pesar—. Ahora lo sé. Ahora lo sabemos los dos. Van a perder la guerra. Aunque encierren a Unger en una caja y le sepulten en el centro de la Tierra, es demasiado tarde. COLOR-AD se enterará en cuanto yo salga de aquí.

—Han quemado la sede de COLOR-AD en Nueva York.

—En ese caso, acudiré a la de Chicago, o a la de Baltimore. Volveré a Venus, si es preciso. Voy a propagar la buena nueva. Será largo y costoso, pero venceremos. Y no puedes hacer nada por evitarlo.

—Puedo matarte —dijo Patterson.

Su mente trabajaba frenéticamente. No era demasiado tarde. Si retenían a V-Stephens y entregaban a David Unger a los militares...

—Sé lo que estás pensando —jadeó V-Stephens—. Si la Tierra no lucha, si evitan la guerra, aún les queda una posibilidad. —Torció sus labios verdes—. ¿Crees que les dejaremos evitar la guerra? ¡Ahora no! Según ustedes, sólo los traidores transigen. ¡Ya es demasiado tarde!

—Será demasiado tarde si sales de aquí.

La mano de Patterson tanteó el escritorio y encontró un pisapapeles metálico. Lo lanzó contra el venusiano..., y sintió la presión de la pistola energética en sus costillas.

—No sé muy bien cómo funcionan estas cosas —dijo V-Rafia—, pero supongo que basta con apretar el botón.

—Exacto —dijo V-Stephens, aliviado—, pero no lo aprietes aún. Quiero hablar con él unos minutos más. Tal vez consiga que razone. —Retrocedió unos pasos y se palpó el labio partido y los dientes rotos—. Tú te lo has buscado, Vachel.

—Esto es una locura —barbotó Patterson, sin apartar los ojos de la boca de la pistola, que temblaba entre los dedos de V-Rafia—. ¿Esperas que nos lancemos a una guerra, sabiendo que la vamos a perder?

—No tendrán otra posibilidad. —Los ojos de V-Stephens brillaban—. Les obligaremos a luchar. Cuando ataquemos vuestras ciudades, responderán. Es típico de la naturaleza humana.

El primer disparo no alcanzó a Patterson. Se lanzó a un lado y aferró la delgada muñeca de la muchacha. Sus dedos se cerraron en el aire, cayó al suelo, y la pistola volvió a disparar. V-Rafia retrocedió, con ojos desorbitados de miedo y frustración, y apuntó al cuerpo de Patterson. Éste se precipitó

Librodot

sobre la joven con las manos extendidas. Vio que sus dedos se curvaban, vio oscurecerse el extremo del tubo. Y ahí terminó todo.

Los soldados uniformados de azul abrieron la puerta de una patada y ametrallaron a V-Rafia. Un aliento mortífero bañó el rostro de Patterson. Se derrumbó, agitando los brazos como un poseso, cuando el gélido susurro le rozó. El cuerpo tembloroso de V-Rafia aleteó un momento, cuando la nube de frialdad absoluta brilló a su alrededor. De pronto, se quedó rígida, como si la cinta de su vida se hubiera atorado en el proyector. Su cuerpo perdió todo color. La grotesca imitación de una silueta humana permaneció inmóvil y en silencio, con un brazo levantado, capturado en el acto de defenderse inútilmente.

Entonces, la columna petrificada explotó. Las células dilatadas estallaron en una lluvia de partículas cristalinas que salieron lanzadas en todas las direcciones.

Francis Gannet salió de detrás de las tropas, congestionado y sudoroso.

—¿Es usted Patterson? —preguntó. Extendió su enorme mano, pero Patterson no la estrechó—. Las autoridades militares me avisaron en seguida. ¿Dónde está ese viejo?

—Por ahí —murmuró Patterson—. Bajo vigilancia. —Se volvió hacia V-Stephens y sus ojos se encontraron un momento—. ¿Lo ves? —preguntó con voz brusca—. Así son las cosas. ¿De veras deseabas que ocurriera esto?

—Vamos, señor Patterson —tronó Francis Gannet, impaciente—. No tengo tiempo que perder. A juzgar por su descripción, esto parece importante.

—Lo es —respondió V-Stephens con serenidad. Se secó el hilo de sangre que brotaba de su boca con un pañuelo—. Ha valido la pena que se desplazara desde Luna. Acepte mi palabra; lo sé.

El hombre sentado a la derecha de Gannet era un teniente. Contemplaba con muda admiración la pantalla. Su joven y hermoso rostro, coronado por una mata de cabello rubio, se iluminó de asombro cuando entre la neblina gris apareció una enorme nave de batalla, con un reactor destrozado, las torretas delanteras hundidas y el casco perforado.

—Santo Dios —susurró el teniente Nathan West—. Es el *Gigante del Viento*, la mayor nave que tenemos. Fíjense bien: está fuera de control, totalmente fuera de combate.

—Esa será su nave —dijo Patterson—. Usted será su comandante en el 87, cuando sea destruida por la flota combinada marciano-venusiana. David Unger servirá a sus órdenes. Usted morirá, pero Unger sobrevivirá. Los escasos supervivientes de la nave verán desde Luna como la Tierra es destruida sistemáticamente por misiles procedentes de Venus y Marte.

Las siluetas de la pantalla saltaban y remolineaban como peces en el fondo de un acuario lleno de tierra. Un violento maelstrom surgió en el centro, un vórtice de energía que sacudió a las naves. Las naves plateadas de la Tierra vacilaron, y después se separaron. Las negras naves marcianas se colaron por la brecha abierta, y el flanco terrestre fue atacado en el mismo instante por los venusianos. Atraparon a las naves terrícolas supervivientes entre gigantescas pinzas de acero y las aplastaron. Breves destellos de luz, cuando las naves desaparecían. A lo lejos, el solemne globo azul y verde que era la Tierra giraba lenta y majestuosamente.

Ya se veían ominosas pústulas. Cráteres abiertos por los misiles que habían penetrado en la red defensiva.

LeMarr desconectó el proyector y la pantalla se oscureció.

—Así termina la secuencia cerebral. Sólo hemos podido obtener fragmentos visuales como éste, breves instantes que produjeron una fuerte impresión en el sujeto. No hemos logrado una continuidad. La siguiente escena se desarrolla años más tarde, en uno de los satélites artificiales.

Las luces se encendieron y el grupo de espectadores se puso en pie con movimientos rígidos. La cara de Gannet se había teñido de un gris enfermizo.

—Doctor LeMarr, quiero volver a ver esa instantánea. La de la Tierra. —Hizo un ademán de impotencia—. Ya sabe a cuál me refiero.

Las luces se apagaron y la pantalla cobró vida de nuevo. Esta vez mostró tan sólo la Tierra, un globo que disminuía de tamaño a medida que el torpedo de alta velocidad en el que viajaba David Unger se alejaba. Unger había adoptado una posición que le permitiera ver por última vez su planeta muerto.

La Tierra estaba arrasada. Una exclamación ahogada escapó del grupo de oficiales. Nada vivía. Nada se movía. Sólo nubes muertas de ceniza radiactiva que flotaban sobre la superficie perforada de cráteres. Lo que había sido un planeta habitado por tres mil millones de seres se había transformado en un montón de ceniza. Sólo quedaban montañas de escombros que los incesantes vientos arrastraban sobre mares vacíos.

—Supongo que aparecerá alguna especie de vida vegetal —dijo con aspereza Evelyn Cutter, cuando la pantalla se oscureció y las luces se encendieron. Se estremeció y apartó la vista.

—Malas hierbas, tal vez —dijo LeMarr—. Hierba seca y oscura que se abrirá paso entre la escoria. Más tarde, algunos insectos. Bacterias, por supuesto. Supongo que, con el tiempo, la acción de las bacterias transformará la ceniza en suelo utilizable. Y lloverá durante mil millones de años.

—Enfrentémonos a los hechos —intervino Gannet—. Los cuervos y los pies palmeados la repoblarán. Vivirán en la Tierra después que nosotros hayamos muerto.

—¿Dormirán en nuestras camas? —preguntó LeMarr—. ¿Utilizarán nuestros cuartos de baño, salas de estar y medios de transporte?

—No le comprendo —replicó Gannet, impaciente. Indicó a Patterson que se acercara—. ¿Está seguro que sólo los presentes en esta habitación conocemos la verdad?

—V-Stephens lo sabe, pero está encerrado en el pabellón de psicóticos. V-Rafia lo sabía. Ha muerto.

El teniente West se acercó a Patterson.

—¿Podemos interrogarle?

—Sí, ¿dónde está Unger? —preguntó Gannet—. Mi personal arde en deseos de conocerle en persona.

—Usted cuenta ya con todos los hechos esenciales —respondió Patterson—. Ya sabe cuál será el desenlace de la guerra y el destino de la Tierra.

—¿Qué sugiere?

—Evitar la guerra.

Gannet removió su cuerpo rechoncho.

—Al fin y al cabo, la historia no se puede modificar. Y esto es la historia del futuro. Nuestra única alternativa es seguir adelante y luchar.

—Al menos, nos llevaremos a unos cuantos por delante —dijo con frialdad Evelyn Cutter.

—¿De qué estás hablando? —tartamudeó LeMarr, nervioso—. ¿Trabajas en un hospital y hablas así?

Los ojos de la mujer echaron chispas.

—Ya has visto lo que hicieron con la Tierra. Has visto como la arrasaron.

—Debemos estar por encima de esas cosas —protestó LeMarr—. Si nos dejamos arrastrar hacia el odio y la violencia... —Apeló a Patterson—. ¿Por qué han encerrado a V-Stephens? No está más loco que ella.

—Es cierto —admitió Patterson—, pero ella está de nuestra parte. No encerramos a esa clase de lunáticos.

LeMarr se apartó de él.

—¿Tú también vas a combatir, con Gannet y sus soldados?

—Quiero evitar la guerra —dijo Patterson.

—¿Es eso posible? —preguntó Gannet. Un brillo de avidez destelló brevemente tras sus pálidos ojos azules y luego desapareció.

—Quizá. ¿Por qué no? La aparición de Unger añade un nuevo elemento.

—Si es posible alterar el futuro —dijo poco a poco Gannet—, quizá podamos elegir entre diversas posibilidades. Si existen dos futuros posibles, puede que haya un número infinito, y que cada uno conduzca a un punto diferente. —Una máscara de granito cubrió su rostro—. Podemos utilizar lo que Unger sabe sobre las batallas.

—Déjenme hablar con él —interrumpió el teniente West, muy excitado—. Quizá obtengamos una idea clara de la estrategia empleada por los pies palmeados. Habrá repasado mentalmente las batallas un millón de veces.

—Le reconocerá —dijo Gannet—. Al fin y al cabo, sirvió bajo sus órdenes.

Patterson estaba abismado en sus pensamientos.

—No lo creo —dijo a West—. Usted es mucho más viejo que David Unger.

West parpadeó.

—¿Qué quiere decir? Él es un anciano y yo aún no he cumplido los treinta.

—David Unger tiene quince años —recordó Patterson—. En este momento, usted casi le dobla la edad. Ocupa un lugar relevante en la jerarquía política de Luna. Unger ni siquiera ha hecho el servicio militar. Se presentará voluntario cuando la guerra estalle, como soldado raso sin experiencia ni entrenamiento. Cuando usted sea viejo y esté al mando del *Gigante del Viento*, David Unger será un don nadie de edad madura destinado en una cúpula blindada. Usted ni siquiera le conocerá por el nombre.

—Entonces, ¿es cierto que Unger está vivo? —preguntó Gannet, perplejo.

—Unger anda por ahí, a la espera de entrar en escena. —Patterson archivó la idea para estudiarla más adelante. Podía encerrar valiosas posibilidades—. No creo que le reconozca, West. Es posible que nunca le haya visto. El *Gigante del Viento* es una nave enorme.

West se mostró de acuerdo al instante.

—Gannet, dispongan un sistema oculto de grabación audiovisual para que el alto mando sepa en todo momento lo que Unger dice.

David Unger estaba sentado en su banco habitual, bajo el brillante sol de media mañana, con los dedos engarfiados en torno a su bastón de aluminio, y contemplaba con mirada torva a los transeúntes.

Librodot

A su derecha, un robot jardinero trabajaba una y otra vez en el mismo rectángulo de césped. Sus ojos metálicos no se apartaban del anciano. Un grupo de holgazanes deambulaba por el sendero de grava y dirigía comentarios sin importancia a los diversos monitores diseminados por el parque, con el fin de mantener abierto el sistema de transmisiones. Una joven que tomaba el sol con los pechos al aire junto a la piscina cabeceó en dirección a un par de soldados que paseaban por el parque, sin perder de vista ni un instante a David Unger.

Aquella mañana había unas cien personas en el parque. Todas formaban parte de la barrera que rodeaba al anciano medio dormido.

—Muy bien —dijo Patterson. Su coche estaba estacionado junto a la extensión de árboles y césped verde—, recuerde que no debe ponerle nervioso. V-Stephens le revivió. Si su corazón falla, V-Stephens no estará aquí para restablecerle.

El joven teniente rubio asintió, alisó su inmaculada túnica azul y bajó a la acera. Echó el casco hacia atrás y avanzó con paso firme hacia el centro del parque. Mientras se aproximaba, los vigías se movieron casi imperceptiblemente. Uno a uno, tomaron posiciones en los jardines, en los bancos, agrupados alrededor de la piscina.

El teniente West se detuvo ante una fuente pública y aguardó a que la computadora oculta introdujera en su boca un chorro de agua helada. Vagó unos momentos sin rumbo y se detuvo, los brazos caídos a los costados, contemplando a una joven que se quitaba la ropa y se tendía lánguidamente sobre una toalla de muchos colores. La mujer cerró los ojos, entreabrió los labios y emitió un suspiro de satisfacción.

—Que hable él primero —dijo en voz baja al teniente, inmóvil a unos pasos de ella, con un pie apoyado en el borde de un banco—. No inicie la conversación.

El teniente West la contempló unos segundos más y continuó caminando por el sendero.

—No ande tan rápido —susurró un hombre fornido cuando pasó a su lado—. Vaya despacio y no se apresure.

—Debe dar la impresión que tiene todo el día por delante —murmuró una enfermera de cara enjuta que empujaba un cochecito de niño.

El teniente West aminoró el paso. De una patada envió un pedazo de grava hacia unos arbustos recién regados. Se encaminó a la piscina central con las manos hundidas en los bolsillos y contempló el agua con aire ausente. Encendió un cigarrillo, y después compró un helado a un robot vendedor.

—Derrame un poco sobre su túnica, señor —indicó el altavoz del robot—. Lance un juramento y póngase a limpiar la mancha.

El teniente West dejó que el sol derritiera el helado. Cuando resbaló un poco por su muñeca y manchó la túnica azul, frunció el ceño, sacó su pañuelo, lo mojó en la piscina y empezó a limpiarse la mancha.

El viejo de la cicatriz le contempló con su ojo bueno desde el banco, aferró el bastón de aluminio y emitió una risa entrecortada.

—Cuidado —siseó.

El teniente West levantó la vista, irritado.

—Está cayendo más —cloqueó el viejo, y se apoyó en el respaldo del banco, con una mueca de placer en su boca desdentada.

El teniente West sonrió.

—No me había dado cuenta —admitió. Tiró el helado en un eliminador de basuras y terminó de limpiar su túnica—. Hace mucho calor —observó, acercándose.

—Hacen un buen trabajo —graznó Unger. Torció el cuello para ver los galones del joven teniente—. ¿Cohetes?

—Demolición —respondió West. A primera hora de la mañana se había cambiado los galones—. Ba-3.

El viejo se estremeció. Escupió ferozmente sobre los arbustos cercanos.

—¿De veras? —Casi se levantó, lleno de temor y entusiasmo, cuando el teniente hizo ademán de alejarse—. Yo estuve en la Ba-3 hace años. —Intentó dotar a su voz de un tono sereno e indiferente—. Mucho antes de su época.

Las hermosas facciones del teniente expresaron asombro e incredulidad.

—No me tome el pelo. Sólo dos miembros del grupo siguen con vida. Me está engañando.

—De ninguna manera —bufó Unger, e introdujo la mano con temblorosa rapidez en el bolsillo de la chaqueta—. Mire esto. Quédese un momento y le enseñaré algo. —Extendió su Disco de Cristal con reverencia—. ¿Lo ve? ¿Sabe qué es esto?

El teniente West examinó la medalla durante largo rato. Una auténtica emoción palpitó en su interior. No tuvo que fingirla.

—¿Puedo examinarla?

Unger titubeó.

—Claro —respondió—. Tómela.

El teniente West tomó la medalla y la sostuvo en alto, sopesándola y sintiendo el contacto de su fría superficie contra su piel.

Por fin, se la devolvió.

—¿La consiguió en el 87?

—Exacto —dijo Unger—. ¿Se acuerda? —La guardó en el bolsillo—. No, usted aún no había nacido, pero habrá oído hablar de ella, ¿verdad?

—Sí. Me lo han contado muchas veces.

—¿Y no lo ha olvidado? Mucha gente se ha olvidado que estuvimos allí.

—Creo que aquel día nos dieron una buena paliza —dijo West. Se sentó al lado del anciano—. Fue un mal día para la Tierra.

—Perdimos. Sólo unos cuantos salimos con vida. Yo escapé a Luna. Vi la Tierra volar en pedazos, hasta que no quedó nada. Me partió el corazón. Lloré hasta desplomarme como un muerto. Todos llorábamos, soldados, obreros, contemplando la escena sin poder hacer nada. Y después dirigieron sus misiles contra nosotros.

El teniente se humedeció los labios resecos.

—Su comandante no se salvó, ¿verdad?

—Nathan West murió en su nave. Fue el mejor comandante del frente. No le dieron el *Gigante del Viento* por nada. —Sus arrugadas facciones se abismaron en los recuerdos—. Nunca habrá otro hombre como West. Yo le vi una vez. Un hombre grande, de rostro severo, ancho de espaldas. Un gigante. Fue un gran hombre. Nadie pudo hacerlo mejor.

West vaciló.

—¿Cree que si otro oficial hubiera estado al mando...?

—¡No! —gritó Unger—. ¡Nadie habría podido hacerlo mejor! Ya oí lo que dijeron algunos de esos estrategas de salón de gordo trasero, pero estaban equivocados. Nadie habría podido ganar esa batalla. No teníamos la menor

posibilidad. Había cinco de ellos por cada uno de nosotros. Dos flotas inmensas, una lanzada contra nuestro punto medio y la otra a la espera de machacarnos.

—Entiendo —dijo West con voz tensa. Continuó a regañadientes, dominado por una compleja mezcla de emociones—. ¿Qué demonios dijeron esos estrategas de salón? Nunca escucho esas tonterías. —Intentó sonreír, pero su cara se negó a responder—. Siempre están diciendo que pudimos ganar la batalla, incluso salvar el *Gigante del Viento*, pero yo...

—Fíjese bien —dijo Unger con fervor. Su único ojo brillaba de entusiasmo. Empezó a dibujar líneas en la grava con la punta del bastón—. Esta raya es nuestra flota. ¿Recuerda cómo la dispuso West, aquel día? Fue genial. Les contuvimos durante doce horas antes que nos destrozaran. Nadie pensaba que lo íbamos a lograr. —Unger trazó otra raya con violencia—. Ésta es la flota de los cuervos.

—Entiendo —murmuró West.

Se inclinó hacia adelante para que las cámaras ocultas en su pecho grabaran las toscas rayas dibujadas en la grava y transmitieran a la unidad móvil que daba perezosas vueltas sobre sus cabezas.

Y de allí al cuartel general de Luna.

—¿Y la flota de los pies palmeados?

Unger le miró con repentina timidez.

—No le estaré aburriendo, ¿verdad? A los viejos nos gusta hablar. A veces, cuando intento acaparar el tiempo de los demás, aburro a la gente.

—Continúe —le animó West, y lo dijo en serio—. Siga dibujando. Es muy interesante.

Evelyn Cutter paseaba sin descanso por su apartamento, suavemente iluminado, los brazos cruzados y sus rojos labios apretados de rabia.

—¡No te entiendo! —Se detuvo para bajar las gruesas cortinas—. Hace un rato querías matar a V-Stephens. Ahora, ni siquiera quieres parar a LeMarr. Sabes muy bien que LeMarr no entiende las implicaciones de lo que está pasando. Gannet le cae mal y no para de hablar de la comunidad interplanetaria de científicos, de nuestro deber hacia toda la Humanidad y ese tipo de tonterías. ¿No ves que si V-Stephens se pone en contacto con él...?

—Tal vez LeMarr tenga razón —contestó Patterson—. A mí tampoco me gusta Gannet.

Evelyn explotó.

—¡Nos destruirán! No podemos declararles la guerra... No tenemos la menor posibilidad. —Se plantó frente a él, echando chispas por los ojos—. Pero ellos aún no lo saben. Debemos neutralizar a LeMarr, al menos por un tiempo. El mundo estará en peligro mientras siga en libertad. Tres mil millones de personas dependen del secreto de esta información.

Patterson reflexionó.

—Supongo que Gannet te ha informado sobre la exploración inicial llevada hoy a cabo por West.

—Sin resultados hasta el momento. El viejo se sabe cada batalla de memoria, y las perdimos todas. —Se frotó la frente—. Mejor dicho, las perderemos todas. —Recogió las tazas vacías con dedos entumecidos—. ¿Quieres más café?

Patterson no la escuchaba, pues estaba sumido en sus pensamientos. Se acercó a la ventana y miró afuera hasta que ella regresó con café recién hecho, caliente y humeante.

—Tú no viste a Gannet matar a esa chica —dijo Patterson.

—¿Qué chica? ¿Aquella pies palmeados? —Evelyn añadió azúcar y crema a su café—. Iba a matarte. V-Stephens habría huido a COLOR-AD y la guerra habría empezado. —Empujó la otra taza hacia él, impaciente—. En cualquier caso, nosotros salvamos a esa chica.

—Lo sé. Por eso estoy disgustado. —Tomó la taza como un autómata y bebió sin saborearlo—. ¿De qué sirvió salvarla de las masas? Todo obra de Gannet. Somos lacayos de Gannet.

—¿Y qué?

—¡Ya sabes la clase de juego que se lleva entre manos!

Evelyn se encogió de hombros.

—Soy práctica. No quiero que la Tierra sea destruida, ni tampoco Gannet. Quiere evitar esa guerra.

—Hace unos días clamaba por la guerra, cuando esperaba ganarla.

Evelyn lanzó una áspera carcajada.

—¡Por supuesto! ¿Quién declararía una guerra, sabiendo que la iba a perder? Sería absurdo.

—Ahora, Gannet evitará la guerra —admitió Patterson—. Permitirá que los planetas colonizados consigan su independencia. Reconocerá a COLOR-AD. Destruirá a David Unger y a todos los que sepan la verdad. Adoptará el papel de benévolo pacifista.

—Por supuesto. Ya está preparando un dramático viaje a Venus. Conferencia en el último minuto con los dirigentes de COLOR-AD para evitar la guerra. Presionará al Directorio para que cedan y dejen segregarse a Marte y Venus. Se convertirá en el ídolo del sistema. ¿No es mejor eso a que la Tierra sea destruida y nuestra raza exterminada?

—Ahora, la gran maquinaria da media vuelta y ruge contra la guerra. —Una sonrisa irónica se dibujó en los labios de Patterson—. Paz y negociación en lugar de odio y violencia destructiva.

Evelyn se inclinó sobre el brazo de la silla y efectuó unos rápidos cálculos.

—¿Cuántos años tenía David Unger cuando se alistó en el ejército?

—Quince o dieciséis.

—Cuando un hombre se alista recibe un número de identificación, ¿verdad?

—Exacto. ¿Por qué?

—Quizá esté equivocada, pero según estas cifras... —Levantó la vista—. Unger no tardará en aparecer y reclamar su número. Ese número puede salir en cualquier momento, según la velocidad a que se produzcan los alistamientos.

Una extraña expresión cruzó el rostro de Patterson.

—Unger ya está vivo... Es un chico de quince años. Unger el joven y Unger el veterano de guerra. Vivos al mismo tiempo.

Evelyn se estremeció.

—Siniestro. ¿Y si llegan a encontrarse? ¿Habría muchas diferencias entre ambos?

La imagen de un risueño muchacho de quince años se formó en la mente de Patterson. Ansioso por entrar en combate. Dispuesto a matar cuervos y pies palmeados con fanático entusiasmo. En aquel momento, Unger se

dirigía inexorablemente hacia la oficina de reclutamiento..., y la vieja reliquia de ochenta y nueve años, casi ciega y tullida, salía de la habitación del hospital para ir a sentarse en su banco del parque, aferrando su bastón de aluminio, susurrando con su voz rasposa y patética a todo aquel que quisiera escucharle.

—Tendremos que mantener los ojos abiertos —dijo Patterson—. Alguien debería avisarle cuando el número salga. Cuando Unger aparezca para reclamarlo.

Evelyn cabeceó.

—Buena idea. Tal vez podríamos solicitar al departamento del censo que lo verifique. Quizá podamos localizar...

Calló. La puerta del apartamento se había abierto en silencio. Edwin LeMarr se recortó en el umbral y parpadeó cuando la suave luz le dio en los ojos. Entró en la sala, casi sin aliento.

—Vachel, debo hablar contigo.

—¿Qué pasa? —preguntó Patterson—. ¿Qué ha ocurrido?

LeMarr dirigió a Evelyn una mirada de puro odio.

—Lo ha descubierto. Sabía que lo haría. En cuanto Gannet reciba la cinta con los resultados definitivos...

—¿Gannet? —Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Patterson—. ¿Qué ha descubierto Gannet?

—El momento crucial. El viejo ha farfullado algo sobre un convoy de cinco naves. Combustible para la flota de los cuervos. Sin escolta y con destino al frente de combate. Unger dice que nuestras patrullas no lo detectarán. —La respiración de LeMarr era entrecortada—. Dice que de haberlo sabido por anticipado... —Se controló con un violento esfuerzo—. Habríamos podido destruirlo.

—Entiendo —dijo Patterson—. E inclinar la balanza a favor de la Tierra.

—Si West consigue descubrir la ruta del convoy —terminó LeMarr—, la Tierra ganará la guerra. Eso significa que Gannet la declarará..., en cuanto obtenga la información exacta.

V-Stephens estaba en el pabellón de psicóticos, sentado en el banco que hacía las veces de silla, mesa y cama. Un cigarrillo colgaba entre sus labios. La habitación, en forma de cubo, era ascética, desnuda. Las paredes proyectaban una luz opaca. De vez en cuando, V-Stephens consultaba su reloj y devolvía la atención al objeto que subía y bajaba por los bordes de la cerradura.

El objeto se movía con cautela y lentitud. Llevaba veintinueve horas seguidas explorando la cerradura. Había seguido los conductores eléctricos que sujetaban la gruesa placa. Había localizado las terminales de la puerta. Durante la hora precedente había penetrado en la superficie de rexeroide y se encontraba a dos centímetros de las terminales. El objeto era la mano de cirujano de V-Stephens, un robot autónomo de alta precisión sujeto por lo general a su muñeca derecha.

Ya no estaba ahí. Lo había soltado y enviado hacia la cara del cubo para que le ayudara a escapar. Los dedos metálicos se aferraban precariamente a la pulida superficie, mientras el pulgar cortante penetraba poco a poco. Era un trabajo difícil para la mano; después de eso, no serviría de mucho en la mesa de operaciones, pero a V-Stephens no le costaría mucho conseguir

Librodot

otra, puesto que se vendían en todos los comercios de instrumental médico de Venus.

El índice de la mano llegó a la terminal del ánodo y se detuvo. Los cuatro dedos se irguieron y agitaron como antenas de insecto. Se introdujeron de uno en uno en la brecha y palparon el conductor del ánodo.

De repente, se produjo un destello cegador. Una acre nube blanca se formó, y se oyó un agudo «pop». La cerradura siguió inmóvil mientras la mano caía al suelo después de concluir su trabajo. V-Stephens tiró el cigarrillo, se levantó con parsimonia y atravesó el cubo para recogerla.

Colocó la mano en su sitio, para que actuara integrada en su sistema neuromuscular. V-Stephens asió la cerradura por los bordes y tiró de ella. La cerradura cedió sin resistencia y el venusiano se encontró frente a un pasillo desierto y silencioso. No había guardias. A los psicóticos no se les vigilaba. V-Stephens dobló una esquina y se internó por una serie de pasillos interconectados.

Al cabo de un momento llegó ante un amplio ventanal que dominaba la calle, los edificios circundantes y el jardín del hospital.

Reunió el reloj, el encendedor, la pluma, las llaves y unas monedas. Los ágiles dedos de carne y metal no tardaron en conformar una complicada estructura de cables y placas. Desprendió el pulgar cortante y enroscó en su lugar un elemento térmico. Aplicó el mecanismo a la parte inferior del reborde de la ventana, invisible desde el vestíbulo, demasiado lejos del suelo para ser visto.

Iba a volver sobre sus pasos cuando un ruido le detuvo. Voces, un guardia del hospital y otra persona. Una persona bien conocida.

Corrió hacia el pabellón de psicóticos y entró en el cubo. La cerradura magnética encajó con dificultades en su sitio; el calor generado por el cortocircuito había deformado los tornillos. Consiguió encajarla cuando los pasos se detuvieron frente a la puerta. El campo magnético de la cerradura estaba muerto, pero los visitantes lo ignoraban. V-Stephens escuchó, divertido, cómo el visitante neutralizaba el supuesto campo magnético y abría la cerradura.

—Adelante —dijo V-Stephens.

El doctor LeMarr entró con el maletín en una mano y la pistola de energía fría en la otra.

—Ven conmigo. Lo he arreglado todo. Dinero, tarjeta de identidad falsa, pasaporte, billetes y permiso. Te irás como agente comercial pies palmeados. Cuando Gannet se entere, ya estarás fuera de la jurisdicción terrestre.

V-Stephens estaba estupefacto.

—Pero...

—¡De prisa! —LeMarr indicó con la pistola que saliera al pasillo—. Como miembro del equipo médico del hospital, tengo autoridad sobre los prisioneros psicóticos. Técnicamente, estás inscrito como enfermo mental. En lo que a mí concierne, no estás más loco que los demás. Menos, en todo caso. Por eso he venido.

V-Stephens le miró, vacilante.

—¿Estás seguro que sabes lo que estás haciendo? —Siguió a LeMarr por el pasillo, pasó frente al guardia de rostro inexpresivo y entró en el ascensor—. Si te atrapan, te matarán por traidor. Ese guardia te ha visto... ¿Cómo vas a mantener en secreto lo que has hecho?

—No pienso mantenerlo en secreto. Gannet está aquí. Su equipo y él se han pasado todo el día con el viejo.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

Bajaron por la rampa descendente hacia el garaje subterráneo. Un empleado sacó el coche de LeMarr y ambos subieron. LeMarr se sentó al volante.

—Sabes muy bien por qué me encerraron con los psicóticos —insistió V-Stephens.

—Toma esto. —LeMarr tiró a V-Stephens la pistola y siguió el túnel hasta la superficie, mezclándose con el tráfico del mediodía neoyorquino—. Ibas a ponerte en contacto con COLOR-AD para informar que la Tierra perderá la guerra. —Salió de la zona central y tomó un carril lateral, en dirección al espaciopuerto—. Para aconsejar que se dejen de negociaciones y ataquen de inmediato. Guerra a gran escala. ¿Cierto?

—Cierto. Al fin y al cabo, si estamos seguros de la victoria…

—No están seguros.

V-Stephens enarcó sus verdes cejas.

—¿No? Pensaba que Unger era un veterano de una derrota total…

—Gannet va a cambiar el curso de la guerra. Ha descubierto un momento crítico. En cuanto consiga la información exacta, presionará al Directorio para que lance un ataque masivo contra Venus y Marte. Ahora, es imposible evitar la guerra. —LeMarr frenó el coche al borde del espaciopuerto—. Si tiene que haber una guerra, al menos nadie será atacado por sorpresa. Di a tu Organización y Administración Colonial que nuestra flota ya está en camino. Diles que se preparen. Diles…

La voz de LeMarr enmudeció. Se desplomó como un juguete falto de cuerda, en silencio, y apoyó la cabeza sobre el volante. Sus gafas resbalaron sobre la nariz y cayeron al suelo. V-Stephens se las volvió a colocar al cabo de un momento.

—Lo siento —dijo en voz baja—. Tus intenciones eran buenas pero lo habrías estropeado todo.

Examinó un momento el cráneo de LeMarr. El impulso del rayo frío no había comprometido el tejido cerebral. LeMarr recobraría el conocimiento al cabo de unas pocas horas, sin más secuelas que un fuerte dolor de cabeza. V-Stephens guardó el arma en su bolsillo, tomó el maletín y apartó el cuerpo de LeMarr del volante. Poco después, encendió el motor y dio media vuelta al coche.

Mientras volvía al hospital consultó su reloj. No era demasiado tarde. Se inclinó hacia delante e introdujo una moneda de veinticinco centavos en el videófono de pago montado en el tablero de instrumentos. Después del proceso de marcado mecánico, la recepcionista de COLOR-AD apareció en pantalla.

—Soy V-Stephens. Algo ha salido mal. Me han sacado del hospital. Ahora vuelvo a él. Creo que tendré tiempo.

—¿El paquete vibrador ha sido montado?

—Montado sí, pero sin mí. Ya lo había dispuesto en polarización con el flujo magnético. Está preparado para funcionar, si llego a tiempo.

—Hay interferencias en ese extremo de la línea —dijo la muchacha de piel verde—. ¿Es un circuito cerrado?

Librodot

—Abierto, pero público y aleatorio, probablemente. No creo que hayan podido intervenirlo. —Verificó el medidor de energía que había sobre el precinto de garantía sujeto a la unidad—. No muestra consumo. Continúe.

—La nave no podrá recogerle en la ciudad.

—Maldición.

—Tendrá que abandonar Nueva York por sus propios medios; no podemos ayudarle. La muchedumbre destrozó nuestra sede de Nueva York. Tendrá que trasladarse a Denver mediante un coche de superficie. Es el lugar más próximo donde la nave puede aterrizar. Es nuestro último lugar protegido en la Tierra.

V-Stephens gruñó.

—Menuda suerte. ¿Sabe lo que ocurrirá si me atrapan?

La joven sonrió.

—Todos los pies palmeados son iguales a los ojos de los terrícolas. Nos correrán a palos indiscriminadamente. Estamos juntos en esto. Buena suerte; le estaremos esperando.

V-Stephens cortó la comunicación, irritado, y aminoró la velocidad. Dejó el coche en un estacionamiento público de una sucia calle lateral y salió a toda prisa. Se encontraba al borde de la verde extensión del parque. Al otro lado se alzaban los edificios del hospital. Agarró el maletín y corrió hacia la entrada principal.

David Unger se secó la boca con la manga y se reclinó en la silla.

—No lo sé —repitió, con voz débil y seca—. Ya les he dicho que no recuerdo nada más. Ocurrió hace mucho tiempo.

Gannet hizo un ademán y los oficiales se apartaron del anciano.

—Falta poco —dijo. Se secó la frente sudorosa—. Tendremos lo que deseamos dentro de media hora.

Un lado del pabellón de terapia había sido convertido en una mesa de operaciones militares. Se habían dispuesto fichas sobre la superficie, que representaban unidades de las flotas de pies palmeados y cuervos. Fichas blancas luminosas representaban a las naves terrestres, que formaban un sólido anillo alrededor del tercer planeta.

—Está en un lugar cerca de aquí —dijo el teniente West a Patterson. Indicó una sección del mapa. Tenía los ojos enrojecidos, la barba crecida y sus manos temblaban de cansancio y tensión—. Unger recuerda haber oído hablar a unos oficiales sobre este convoy, que despegó de una base de aprovisionamiento situada en Ganímedes. Desapareció en el curso de una ruta expresamente irregular. —Sus manos abarcaron la zona—. En aquel momento, nadie de la Tierra le prestó atención. Más tarde, se dieron cuenta de lo que habían perdido. Algún experto militar trazó la supuesta ruta. Los oficiales se reunieron y analizaron el incidente. Unger cree que el convoy pasó cerca de Europa, pero quizá fuese Calixto.

—No es suficiente —ladró Gannet—. Hasta el momento no tenemos más datos sobre la ruta que fijaron los expertos de la Tierra en aquel tiempo. Necesitamos una información más precisa.

David Unger jugueteó con un vaso de agua.

—Gracias —dijo, cuando uno de los jóvenes oficiales se lo acercó—. Ojalá pudiera proporcionarles mayor ayuda —se lamentó—. Estoy intentando recordar, pero mi mente no está tan lúcida como antes. —Su rostro marchito

se sumió en una inútil concentración—. Creo que ese convoy fue detenido cerca de Marte por una lluvia de meteoros.

Gannet avanzó hacia él.

—Continúe.

Unger se removió patéticamente.

—Quiero ayudarle en todo cuanto pueda, señor. Casi todo el mundo escribe libros sobre la guerra, a partir de material recogido en otros libros. —Una penosa gratitud se transparentó en su rostro—. Supongo que mencionará mi nombre en su libro.

—Claro —le aseguró Gannet—. Su nombre saldrá en la primera página. Hasta es posible que incluyamos su foto.

—Sé todo sobre la guerra —murmuró Unger—. Deme tiempo y lo recordaré. Deme un poco más de tiempo. Hago lo que puedo.

El viejo se deterioraba haciendo jornadas más largas que lo habitual. Su rostro arrugado se había teñido de un gris enfermizo. Su piel, como polvo seco, se aferraba a sus frágiles huesos amarillentos. Su respiración era fatigosa. Todos los presentes estaban conscientes que David Unger iba a morir..., y pronto.

—Si nos deja antes de recordar —susurró Gannet al teniente West—, le...

—¿Cómo dice? —preguntó Unger con aspereza. Su único ojo se puso alerta—. No oigo bien.

—Proporciónenos los elementos que faltan —dijo Gannet, cansado. Agitó la cabeza—. Acérquenle al mapa para que pueda ver la disposición. Quizá eso le ayude.

Levantaron al viejo y lo acercaron en volandas a la mesa. Técnicos y militares le rodearon y la encogida figura desapareció entre ellos.

—No durará mucho —dijo Patterson—. Si no le dejan descansar, su corazón fallará.

—Debemos obtener la información —replicó Gannet, inconmovible—. ¿Dónde está el otro médico? Se llama LeMarr, ¿no?

Patterson echó un breve vistazo a su alrededor.

—No le veo. No habrá podido soportarlo.

—LeMarr no estaba aquí —explicó Gannet con voz desprovista de emoción—. Me pregunto si deberíamos enviar a alguien en su busca. —Indicó a Evelyn Cutter, que acababa de llegar, pálida, sus ojos negros desorbitados, la respiración agitada—. Ella insinúa...

—Ya no importa —replicó con frialdad Evelyn. Dirigió una rápida mirada a Patterson—. No quiero saber nada de ustedes y de su guerra.

Gannet se encogió de hombros.

—Enviaré una patrulla de rutina, en cualquier caso. Sólo para asegurarme.

Se alejó, dejando solos a Evelyn y Patterson.

—Escúchame —susurró en su oído Evelyn—. El número de Unger ya ha salido.

—¿Cuándo te lo han dicho?

—Cuando venía hacia aquí, hice lo que me recomendaste y hablé con un funcionario.

—¿Cuánto hace?

—Ahora mismo. —El rostro de Evelyn tembló—. Vachel, está aquí.

Patterson tardó un momento en comprender.

—¿Quieres decir que le han enviado aquí? ¿Al hospital?

Librodot

—Yo les dije que lo hicieran. Les dije que cuando viniera el voluntario, cuando su número saliera...

Patterson la tomó del brazo y salieron corriendo del pabellón. La empujó por una rampa de ascenso.

—¿Dónde le han retenido?

—En la sala de recepciones públicas. Le han dicho que era para un examen físico de rutina. Una prueba sin importancia. —Evelyn estaba aterrorizada—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Se puede hacer algo?

—Gannet cree que sí.

—¿Y si le... detenemos? —Meneó la cabeza, confusa—. ¿Qué ocurriría? ¿Cómo sería el futuro si le retenemos aquí? Podrías darle por inútil; eres médico. Un punto rojo en su cartilla médica. —Lanzó una salvaje carcajada—. No paro de verlos. Un punto rojo, y adiós David Unger. Gannet nunca le verá, Gannet nunca sabrá que la Tierra no puede ganar, y entonces la Tierra ganará, y V-Stephens no será encerrado por psicótico y aquella muchacha...

Patterson abofeteó a la mujer.

—¡Cierra el pico y basta de rollos! ¡No tenemos tiempo para eso!

Evelyn se estremeció. Él la abrazó hasta que la mujer alzó la cabeza. Una mancha roja había aparecido en su mejilla.

—Lo siento —logró murmurar—. Gracias. Me recuperaré.

El ascensor había llegado a la planta baja. La puerta se abrió y Patterson la condujo al vestíbulo.

—¿Le has visto?

—No. Cuando me dijeron que su número había salido y él venía hacia aquí... —Evelyn corrió sin aliento detrás de Patterson—, vine lo antes posible. Quizá sea demasiado tarde. Quizá se cansó de esperar y se ha ido. Es un muchacho de quince años. Quiere entrar en combate. ¡A lo mejor se ha marchado!

Patterson detuvo a un empleado robot.

—¿Estás ocupado?

—No, señor.

Patterson dio al robot el número de identidad de David Unger.

—Saca a este hombre de la sala de recepción principal. Tráele aquí y clausura este vestíbulo. Cierra ambos extremos para que nadie pueda entrar o salir.

El robot cliqueteó, vacilante.

—¿Hay más órdenes? Esta fórmula no completa...

—Te daré instrucciones más tarde. Asegúrate que nadie salga con él. Quiero verle a solas.

El robot examinó el número y desapareció en la sala de recepción.

Patterson aferró el brazo de Evelyn.

—¿Asustada?

—Aterrorizada.

—Yo me encargaré. Tú no digas nada. —Le pasó su paquete de cigarrillos—. Enciende dos.

—Tres, quizá. Uno para Unger.

Patterson sonrió.

—Es demasiado joven, ¿recuerdas? No tiene edad para fumar.

El robot regresó, acompañado de un muchacho rubio, regordete y de ojos azules, con la perplejidad dibujada en su rostro.

—¿Quería verme, doctor? —Se acercó a Patterson, inseguro—. ¿Me sucede algo raro? Me han dicho que venga, pero no sé para qué. —Su angustia aumentó con rapidez—. ¿Hay algo que me impida alistarme?

Patterson tomó la tarjeta de identidad del muchacho, echó un vistazo y se la pasó a Evelyn. Ella la aceptó con dedos paralizados, sin apartar la vista del joven rubio.

No era David Unger.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Patterson.

—Bert Robinson —tartamudeó el chico—. ¿No está puesto en mi tarjeta?

Patterson se volvió hacia Evelyn.

—Es el número correcto, pero este chico no es David Unger. Algo ha ocurrido.

—Oiga, doctor —preguntó Robinson con voz quejumbrosa—, ¿hay algo que me impida alistarme o no? Dígamelo de una vez.

Patterson hizo una señal al robot.

—Abre el vestíbulo. Todo ha terminado. Vuelve a tus ocupaciones.

—No entiendo —murmuró Evelyn—. Es absurdo.

—Estás en perfecto estado —dijo Patterson al joven—. Podrás incorporarte.

La cara del muchacho se inundó de alivio.

—Muchas gracias, doctor. —Se dirigió hacia la rampa de descenso—. Se lo agradezco mucho. Ardo en deseos de darle su merecido a esos pies palmeados.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Evelyn cuando la ancha espalda del chico desapareció—. ¿Qué hacemos ahora?

Patterson volvió a la vida.

—Iremos al departamento del censo para que hagan averiguaciones. Debemos localizar a Unger.

La sala de transmisiones era un hervidero de informaciones visuales y auditivas. Patterson se abrió paso a codazos hasta un circuito abierto y llamó.

—Esta información tardará unos minutos, señor —dijo la chica del censo—. ¿Quiere esperar, o prefiere que le llamemos?

Patterson tomó un micrófono de lazo y se lo colgó alrededor del cuello.

—En cuanto tenga la información sobre Unger, llámeme de inmediato.

—Sí, señor —dijo la muchacha, y cortó la comunicación.

Patterson salió de la sala y se alejó por el pasillo. Evelyn corrió tras él.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Al pabellón de terapia. Quiero hablar con el viejo. Quiero hacerle algunas preguntas.

—Gannet ya lo está haciendo —resolló Evelyn, mientras bajaban a la planta—. ¿Por qué quieres...?

—No quiero interrogarle sobre el futuro, sino sobre el presente. —Salieron al cegador sol de la tarde—. Quiero interrogarle sobre acontecimientos de ahora mismo.

Evelyn le detuvo.

—¿Puedes explicármelo?

—Tengo una teoría. —Patterson aumentó la velocidad de su paso—. Vamos, antes que sea demasiado tarde.

Librodot

Entraron en el pabellón de terapia. Técnicos y oficiales se encontraban de pie alrededor de la enorme mesa, examinando las fichas y las líneas indicadoras.

—¿Dónde está Unger? —preguntó Patterson.

—Se ha ido —contestó el oficial—. Gannet se ha rendido por hoy.

—¿Adónde ha ido? —Patterson empezó a blasfemar furiosamente—. ¿Qué ha pasado?

—Gannet y West le condujeron de vuelta al edificio principal. Estaba demasiado cansado para continuar. Casi lo conseguimos. Gannet estaba dispuesto a todo, pero tendremos que esperar.

Patterson tomó por el brazo a Evelyn Cutter.

—Quiero declarar el estado de emergencia general. Que rodeen el edificio. ¡De prisa!

Evelyn le miró, asombrada.

—Pero...

Patterson no le hizo caso y salió a toda prisa del pabellón, en dirección al edificio principal del hospital. Tres lentas siluetas le precedían. El teniente West y Gannet flanqueaban al anciano y le sujetaban.

—¡Aléjense! —chilló Patterson.

Gannet se volvió.

—¿Qué pasa?

—¡Aléjense de él!

Patterson se precipitó hacia el anciano, pero ya era demasiado tarde.

La onda expansiva le alcanzó. Un círculo de llamas blancas cegadoras surgió por doquier. La figura encorvada del anciano osciló, y después se carbonizó. El bastón de aluminio se fundió y se transformó en una masa amorfa. Los restos del anciano empezaron a desprender humo. El cuerpo se partió en dos. Después, muy poco a poco, los fragmentos resecos y deshidratados cayeron al suelo, formando un montón de cenizas. Lentamente, el círculo de energía se apagó.

Gannet le propinó una patada; su rotundo rostro estaba lívido de sorpresa e incredulidad.

—Está muerto. Y no logramos obtener la información.

El teniente West contempló las cenizas, todavía humeantes. Sus labios mascullaron las palabras.

—Nunca lo averiguaremos. No podemos cambiar la historia. No podemos ganar. —De pronto, sus dedos se cerraron sobre su chaqueta. Se arrancó con violencia los galones—. Que me aspen si voy a sacrificar mi vida para que usted se cargue el sistema. No pienso caer en esta trampa mortal. ¡Puede borrarme de su lista!

El aullido de la alarma general surgió del hospital. Vagas siluetas se precipitaron hacia Gannet. Soldados y guardias del hospital corrían en todas direcciones, confusos. Patterson no les prestó atención; sus ojos estaban clavados en la ventana que daba directamente sobre su cabeza.

Había alguien allí. Un hombre, cuyas manos estaban extrayendo un objeto que centelleaba a la luz del sol. El hombre era V-Stephens. Soltó el objeto de metal y plástico y desapareció con él de la ventana.

Evelyn corrió a reunirse con Patterson.

—¿Qué...? —Vio los restos y chilló—. Oh, Dios mío. ¿Quién lo ha hecho? ¿Quién?

—V-Stephens.

—LeMarr debió soltarle. Sabía que ocurriría. —Las lágrimas anegaron sus ojos y su voz adquirió un tono de histeria—. ¡Te dije que lo haría! ¡Te lo advertí!

Gannet habló a Patterson como un niño asustado.

—¿Qué va a hacer? Le han asesinado. —La rabia se sobrepuso a su miedo—. Mataré a todos los pies palmeados del planeta. Quemaré sus hogares y les colgaré. Les... —su voz se quebró—. Ya es demasiado tarde, ¿verdad? No podemos hacer nada. Hemos perdido. Nos han derrotado, antes incluso que la guerra empezara.

—Exacto —dijo Patterson—. Es demasiado tarde. Ha perdido su oportunidad.

—Si le hubiéramos obligado a hablar... —se lamentó Gannet.

—Era imposible.

Gannet parpadeó.

—¿Por qué? —Su innata astucia animal se transparentó—. ¿Por qué dice eso?

El micrófono que colgaba del cuello de Patterson zumbó.

—Doctor Patterson, una llamada para usted desde el censo —dijo la voz del transmisor.

—Pásemela.

La voz del funcionario del censo llegó a sus oídos.

—Doctor Patterson, tengo la información que ha solicitado.

—¿Cuál es? —preguntó Patterson, aunque ya sabía la respuesta.

—Hemos verificado dos veces nuestros resultados para asegurarnos. No existe una persona como la que usted ha descrito. No existe un individuo en esta época ni en nuestros registros antiguos llamado David L. Unger, con las características que usted describió. Las huellas cerebrales, dentales y dactilares no constan en nuestros archivos. ¿Desea que...?

—No —contestó Patterson—. Ya han respondido a mi pregunta. Olvídelo.

Cortó la comunicación.

Gannet escuchaba con semblante hosco.

—Esto me sobrepasa por completo, Patterson. Explíquemelo.

Patterson no le hizo caso. Se arrodilló y removió la ceniza que había sido David Unger. Al cabo de un momento, volvió a conectar el transmisor.

—Quiero que suban estos restos al laboratorio para que los analicen —ordenó en voz baja—. Envíen a un equipo cuanto antes. —Se levantó lentamente y añadió para sí—: Ahora, encontraré a V-Stephens, si puedo.

—Ya estará camino de Venus, sin duda —dijo con amargura Evelyn Cutter—. Bien, todo ha terminado. No podemos hacer nada.

—Habrá guerra —admitió Gannet.

Volvió poco a poco a la realidad. Se concentró en la gente que le rodeaba con un violento esfuerzo. Alisó su mata de cabello cano y se ajustó la chaqueta. Su, hasta aquel momento, impresionante silueta, recuperó cierta apariencia de dignidad.

—Deberíamos enfrentarnos a la situación como hombres. Es inútil evadirla.

Patterson se apartó cuando un grupo de robots se acercó a los restos carbonizados y los recogió en un sólo montón.

—Lleven a cabo un análisis completo —dijo al técnico que se hallaba al mando—. Examinen minuciosamente las unidades celulares básicas, en especial el aparato neurológico. Infórmenme lo antes posible.

Tardaron una hora.

—Compruébelo usted mismo —dijo el técnico del laboratorio—. Tome un poco de material. Ni siquiera al tacto es normal.

Patterson aceptó una muestra de materia orgánica seca y quebradiza. Podría haber sido la piel ahumada de un pez. Se rompió con facilidad en sus manos; cuando la depositó entre los aparatos, se convirtió en polvo.

—Entiendo —dijo.

—No está mal, dentro de todo, pero es débil. No habría aguantado dos días más. Se estaba deteriorando con gran rapidez, el sol, el aire, todo le perjudicaba. No había sistema autónomo de renovación. Nuestras células experimentan un proceso constante de purificación y mantenimiento. Esta cosa fue ensamblada y puesta en funcionamiento por alguien que nos lleva un gran adelanto en materia de biosintéticos. Es una obra maestra.

—Sí, es un buen trabajo —admitió Patterson. Tomó otra muestra de lo que había sido el cuerpo de David Unger y lo desmenuzó con expresión pensativa—. Nos engañó por completo.

—Usted lo sabía, ¿verdad?

—Al principio, no.

—Como ve, estamos reconstruyendo todo el sistema a partir de las cenizas. Faltan partes, desde luego, pero obtendremos el perfil general. Me gustaría conocer a los fabricantes de esta cosa. Funcionó de maravilla. No era una máquina.

Patterson miró la ceniza carbonizada que habían empleado para reconstruir la cara del androide. Carne arrugada, ennegrecida, fina como el papel. El ojo muerto le miraba sin ver. Los del censo tenían razón. David Unger nunca había existido. Esa persona no había vivido jamás en la Tierra, o donde fuera. Lo que habían llamado «David Unger» era un hombre sintético.

—Nos engañaron —confesó Patterson—. ¿Cuánta gente lo sabe, aparte de nosotros dos?

—Nadie más. —El técnico señaló a su cuadrilla de robots—. Soy el único ser humano de este equipo.

—¿Será capaz de guardar el secreto?

—Claro. Usted es mi jefe.

—Gracias, pero si lo deseara, esta información podría ponerle al servicio de otro jefe.

—¿Gannet? —El técnico lanzó una carcajada—. No me gustaría trabajar para él.

—Le pagaría muy bien.

—Es cierto, pero cualquier día me encontraría en el frente. Prefiero quedarme en el hospital.

Patterson se encaminó hacia la puerta.

—Si alguien pregunta, diga que no quedó lo suficiente para proceder a los análisis. ¿Se encargará de eliminar esos restos?

—Me disgusta la idea, pero lo haré. —El técnico le miró con curiosidad—. ¿Tiene alguna idea de quién fabricó el androide? Me gustaría estrecharle la mano.

—En este momento sólo me interesa una cosa —dijo Patterson, sin contestar a la pregunta—. Hay que encontrar a V-Stephens.

LeMarr parpadeó cuando el sol de la tarde se filtró en su cerebro. Se enderezó, para darse un buen golpe en la cabeza con el tablero de instrumentos. El dolor le abrumó durante unos instantes y volvió a sumirse en una consoladora oscuridad. Después, poco a poco, recobró el conocimiento. Y miró a su alrededor.

El coche estaba estacionado en la parte posterior de un pequeño y deteriorado estacionamiento público. Eran las cinco y media. El tráfico avanzaba ruidosamente por la estrecha calle a la que daba el estacionamiento. LeMarr exploró su cráneo. Localizó una zona, del diámetro de un dólar de plata, en la que no experimentaba la menor sensación. La zona irradiaba un frío glacial, la ausencia total de calor, como si se hubiera golpeado contra un nexo del espacio exterior.

Aún trataba de recobrarse y recordar los acontecimientos que habían precedido a este período de inconsciencia, cuando la veloz forma de V-Stephens apareció.

V-Stephens corría con agilidad entre los coches de superficie estacionados, con una mano en el bolsillo de la chaqueta y la mirada alerta. Notó algo extraño en él, una diferencia que LeMarr, en su estado de aturdimiento, no pudo precisar. V-Stephens casi había llegado al coche cuando cayó en la cuenta, y al mismo tiempo recuperó la memoria. Se acurrucó contra la puerta, lo más inmóvil posible. Se sobresaltó, bien a su pesar, cuando V-Stephens abrió la puerta y se sentó tras el volante.

V-Stephens ya no era verde.

El venusiano cerró la puerta, introdujo la llave y puso en marcha el vehículo. Encendió un cigarrillo, examinó su par de gruesos guantes, echó un vistazo a LeMarr y salió del estacionamiento. Durante unos momentos condujo con una mano enguantada sujetando el volante y la otra oculta en el bolsillo de la chaqueta. Después, mientras aceleraba, sacó la pistola y la tiró en el asiento de al lado.

LeMarr se lanzó sobre ella. V-Stephens vio por el rabillo del ojo que el cuerpo inanimado cobraba vida. Pisó el freno de emergencia y se olvidó del volante. Los dos lucharon en silencio, con ferocidad. El coche se detuvo, transformándose de inmediato en el centro de un coro de airados bocinazos. Los dos hombres luchaban con desesperación, sin respirar, casi inmóviles. Después, LeMarr saltó hacia atrás y la pistola apuntó al rostro incoloro de V-Stephens.

—¿Qué ha ocurrido? —graznó—. He pasado cinco horas inconsciente. ¿Qué has hecho?

V-Stephens no dijo nada. Liberó el freno y condujo con lentitud. El humo gris del cigarrillo se escapó de sus labios. Tenía los ojos entornados, cubiertos por una película opaca.

—Eres un terrícola —dijo LeMarr, asombrado—. No eres un pies palmeados.

—Soy venusiano —contestó con indiferencia V-Stephens.

Mostró sus dedos palmeados y volvió a colocarse los guantes.

—Pero, ¿cómo?

—¿Crees que no podemos superar la barrera del color cuando nos da la gana? —V-Stephens se encogió de hombros—. Tintes, hormonas químicas,

Librodot

operaciones quirúrgicas de escasa importancia... Media hora en el lavabo de caballeros con una aguja hipodérmica y un emplasto... Este planeta no es para hombres de piel verde.

Una barricada se había levantado en el extremo de la calle. Un grupo de hombres taciturnos aguardaba con pistolas y toscos garrotes. Algunos llevaban las gorras grises de la Defensa Civil. Paraban a todos los coches y los registraban. Un hombre de rostro bestial indicó a V-Stephens que se detuviera. Se adelantó y ordenó por señas que bajara la ventanilla.

—¿Qué ocurre? —preguntó LeMarr, nervioso.

—Buscamos pies palmeados —gruñó el hombre, cuya gruesa camisa de lona desprendía un penetrante hedor a ajo y sudor. Examinó el coche con veloces miradas de suspicacia—. ¿Han visto alguno?

—No —contestó V-Stephens.

El hombre abrió el maletero y escudriñó en su interior.

—Hemos atrapado uno hace un par de minutos. —Levantó su grueso pulgar—. ¿Lo ven allí arriba?

Habían colgado al venusiano de una farola. El viento del anochecer balanceaba su cuerpo verde. Su rostro era una horrible masa deformada por el dolor. Una multitud se había congregado alrededor de la horca improvisada. Sonreían. Esperaban.

—Habrá más —dijo el hombre, mientras cerraba el maletero—. Muchos más.

—¿Qué ha pasado? —consiguió articular LeMarr. Estaba asqueado y aterrorizado. Apenas le salía la voz—. ¿Por qué hacen esto?

—Un pies palmeados mató a un hombre. A un terrícola. —El hombre retrocedió y dio una palmada sobre el capó—. Muy bien. Pueden irse.

El coche avanzó. Algunos revoltosos exhibían uniformes completos, combinando el gris de la Defensa Civil con el azul de la Tierra. Botas, hebillas pesadas, gorras, pistolas, brazaletes. En los brazaletes se leía «C. D.» en letras negras sobre fondo rojo.

—¿Qué es eso? —preguntó LeMarr con voz débil.

—Comité de Defensa —contestó V-Stephens—. La vanguardia de Gannet. Para defender a la Tierra de los cuervos y los pies palmeados.

—Pero... —LeMarr hizo un gesto de impotencia—. ¿La Tierra ha sido atacada?

—No, que yo sepa.

—Da la vuelta. Regresemos al hospital.

V-Stephens vaciló, pero al cabo de un momento obedeció. El coche se dirigió hacia el centro de Nueva York.

—¿Por qué quieres volver? —preguntó V-Stephens.

LeMarr no le oyó. Contemplaba con horror las calles, patrulladas por hombres y mujeres que parecían animales al acecho, deseosos de matar.

—Se han vuelto locos —murmuró LeMarr—. Son como bestias.

—No —dijo V-Stephens—. Pronto terminará todo, cuando se le retire al Comité el apoyo económico. Aún se encuentra en pleno apogeo, pero pronto cambiará la situación y la gran maquinaria girará al revés.

—¿Por qué?

—Porque Gannet ya no desea la guerra. Aún tardará un poco en diseñar la nueva estrategia. Gannet financiará probablemente a un movimiento llamado «C. P.»: Comité por la Paz.

El hospital estaba rodeado por una muralla de tanques, camiones y ametralladoras móviles. V-Stephens frenó el coche y tiró el cigarrillo. No se permitía el paso a los coches. Los soldados se movían entre los tanques con relucientes fusiles entre las manos, todavía brillantes de grasa.

—¿Y bien? —preguntó V-Stephens—. ¿Qué hacemos ahora? A ti te toca decidir.

LeMarr introdujo una moneda en el videófono montado sobre el tablero de instrumentos. Dio el número del hospital y, cuando apareció el operador, preguntó por Vachel Patterson.

—¿Dónde estás? —preguntó Patterson. Vio la pistola en la mano de LeMarr, y después sus ojos se clavaron en V-Stephens—. Veo que le has atrapado.

—Sí —admitió LeMarr—, pero no entiendo lo que ha pasado. —Movió una mano suplicante en dirección a la imagen diminuta de Patterson—. ¿Qué debo hacer? ¿Qué está ocurriendo?

—Dime dónde estás —pidió Patterson con voz tensa.

LeMarr obedeció.

—¿Quieres que le lleve al hospital? Quizá debería...

—Sigue apuntándole con la pistola. Estaré ahí dentro de un momento.

Patterson cortó la comunicación y la pantalla se apagó.

LeMarr sacudió la cabeza, perplejo.

—Intenté sacarte de aquí —dijo a V-Stephens—. Entonces, me disparaste. ¿Por qué? —De súbito, LeMarr se estremeció violentamente cuando comprendió—. ¡Has matado a David Unger!

—Exacto —respondió V-Stephens.

El arma tembló en la mano de LeMarr.

—Quizá debería matarte ahora mismo. Quizá debería bajar la ventana y gritar a esos dementes que vengan por ti. No lo sé.

—Haz lo que consideres mejor.

LeMarr aún estaba dudando cuando Patterson apareció junto al coche. Tabaleó sobre la ventanilla y LeMarr abrió la puerta. Patterson entró y cerró la puerta.

—Pon en marcha el coche —dijo a V-Stephens—. Alejémonos del centro.

V-Stephens le dirigió una breve mirada y encendió el motor.

—Da igual que lo hagas aquí —dijo a Patterson—. Nadie se interpondrá.

—Quiero salir de la ciudad —contestó Patterson—. Mi laboratorio ha analizado los restos de David Unger. Pudieron reconstruirlo casi en su totalidad.

El rostro de V-Stephens reflejó una gran emoción.

—¿Sí?

Patterson extendió la mano.

—Estréchala —dijo con semblante sombrío.

—¿Cómo? —preguntó V-Stephens, confuso.

—Alguien me pidió que lo hiciera. Alguien convencido que ustedes, los venusianos, hicieron un buen trabajo cuando fabricaron ese androide.

El coche corría por la autopista, adentrándose en la oscuridad de la noche.

—Denver es el último lugar que queda —explicó V-Stephens a los dos terrestres—. Hay muchos de nosotros allí. COLOR-AD dice que algunos hombres del Comité empezaron a destrozar nuestras oficinas, pero el directorio ha puesto fin a eso. Presionado por Gannet, probablemente.

—Quiero saber más —dijo Patterson—. Pero no sobre Gannet. Conozco sus métodos. Quiero saber qué están tramando ustedes.

—COLOR-AD fabricó el hombre sintético —admitió V-Stephens—. Del futuro no sabemos más que ustedes, o sea, nada de nada. David Unger nunca existió. Falsificamos los documentos de identidad, inventamos una falsa personalidad, la historia de una guerra que nunca se produjo... Todo.

—¿Por qué? —preguntó LeMarr.

—Para asustar a Gannet y conseguir que diera marcha atrás. Para aterrorizarle tanto que concediera la independencia a Venus y Marte. Para evitar que provocara una guerra que mantendría su poderío económico. La falsa historia que introdujimos en la mente de Unger ha roto y destruido el imperio de nueve planetas de Gannet. Gannet es realista. Se arriesga cuando las posibilidades están a su favor, pero nuestra historia no le daba ni una.

—Gannet pierde —dijo lentamente Patterson—. ¿Y ustedes?

—Nunca estuvimos en el juego. Nunca entramos en el juego de la guerra. Sólo queremos libertad y la independencia. Ignoro cómo sería la guerra, pero me hago una idea. Muy desagradable. A ninguno de ambos bandos le interesa. Tal como iban las cosas, la guerra era inevitable.

—Me gustaría aclarar algunas cosas —dijo Patterson—. ¿Eres un agente de COLOR-AD?

—Exacto.

—¿Y V-Rafia?

—También. De hecho, todos los marcianos y venusianos se convierten en agentes de COLOR-AD cuando pisan la Tierra. Queríamos introducir a V-Rafia en el hospital para que me ayudara a salir. Existía la posibilidad que me impidieran destruir el androide en el momento adecuado. En ese caso, V-Rafia se habría encargado, pero Gannet la mató.

—¿Por qué no te limitaste a disparar un rayo de energía fría sobre Unger?

—Queríamos que el cuerpo sintético quedara destruido por completo, lo cual no era posible, por supuesto. Sólo podía ser reducido a cenizas, tan ínfimas que un examen superficial no revelara nada. —Miró a Patterson—. ¿Por qué ordenaste un análisis tan minucioso?

—El número de Unger había salido. Y Unger no apareció para reclamarlo.

—Ah, qué pena. No sabíamos cuando aparecería. Intentamos elegir un número que saliera dentro de unos meses, pero durante las dos últimas semanas los alistamientos se sucedieron a velocidad vertiginosa.

—¿Y si no hubieras logrado destruir a Unger?

—Habíamos dispuesto el dispositivo de destrucción de forma que el androide no tuviese la menor posibilidad. Estaba sintonizado con su cuerpo; me bastaba con activarlo cerca de Unger. Si me hubieran matado, o no hubiera podido activar el mecanismo, el androide habría muerto antes que Gannet hubiera conseguido la información que deseaba. Era preferible destruirlo ante las propias narices de Gannet y sus esbirros. Queríamos inducirlos a pensar que sabíamos todos los detalles de la guerra. El valor psicológico de presenciar el asesinato de Unger pesa más que el riesgo de mi captura.

—¿Que pasará ahora? —preguntó Patterson.

—Se supone que debo regresar a COLOR-AD. En principio, iba a tomar una nave en la oficina de Nueva York, pero los manifestantes de Gannet dieron al traste con eso. Asumiendo que no me detendrás, por supuesto.

LeMarr había empezado a sudar.

—¿Y si Gannet descubre el engaño? Si descubre que David Unger no existió jamás...

—Ya lo hemos arreglado —respondió V-Stephens—. Cuando Gannet haga averiguaciones, habrá un David Unger. Entretanto... —Se encogió de hombros—. Deben decidir ustedes dos. Tienen el arma.

—Dejémosle marchar —exclamó LeMarr.

—Eso no sería muy patriótico —señaló Patterson—. Estamos ayudando a los pies palmeados. Quizá deberíamos llamar a esos hombres del Comité.

—Que se vayan a la mierda —bufó LeMarr—. No entregaría a nadie a esos linchadores lunáticos. Ni siquiera a...

—¿Ni siquiera a un pies palmeados? —preguntó V-Stephens.

Patterson contemplaba el negro cielo tachonado de estrellas.

—¿Qué sucederá al final? —preguntó a V-Stephens—. ¿Crees que algún día terminará este enfrentamiento?

—Claro —respondió al instante V-Stephens—. Algún día viajaremos a las estrellas, a otros sistemas. Encontraremos otras razas..., auténticas, esta vez. No humanas, en la plena acepción de la palabra. Entonces, la gente comprenderá que procedemos del mismo tronco. Cuando tengamos algo con que compararnos, resultará evidente.

—Perfecto —dijo Patterson. Tendió la pistola a V-Stephens—. Eso era lo único que me preocupaba. Detesto pensar que esta situación pueda prolongarse indefinidamente.

—No será así —respondió V-Stephens con calma—. Algunas de esas razas no humanas quizá sean muy desagradables. Después de echarles un vistazo, los terrestres se alegrarán cuando sus hijas se casen con hombres de piel verde. —Sonrió—. Es posible que algunas de esas razas no humanas ni siquiera tengan piel...

LA BARRERA DE CROMO

La Tierra avanzó hacia las seis de la tarde, la jornada laboral casi terminada. Espesos enjambres de discos públicos se elevaron de la zona industrial, en dirección a los anillos residenciales. Como mariposas nocturnas, las densas nubes de discos oscurecieron el cielo del anochecer. Silenciosos, ingrávidos, conducían a sus pasajeros hacia el hogar, las familias que esperaban, la cena caliente y la cama.

Don Walsh era el tercer hombre de su disco; completaba el pasaje. Cuando introdujo la moneda en la ranura, la alfombra se elevó, impaciente. Walsh se apoyó en la barandilla de seguridad invisible y desplegó el periódico vespertino. Los dos pasajeros que iban delante de él hicieron lo mismo.

LA ENMIENDA HORNEY DESATA LA POLÉMICA

Walsh reflexionó sobre el significado del titular. Apartó el periódico de la fuerte corriente de aire y examinó la siguiente columna.

EL LUNES SE ESPERA UNA GRAN CONCURRENCIA.

TODO EL PLANETA IRÁ A VOTAR

En el reverso de la única hoja venía el escándalo del día.

ESPOSA MATA A SU MARIDO TRAS UNA DISCUSIÓN POLÍTICA

Y otro titular que le puso los pelos de punta. Lo había visto impreso repetidamente, pero siempre le incomodaba.

UNA TURBA DE PURISTAS LINCHA A UN NATURALISTA EN BOSTON.
ESCAPARATES DESTROZADOS. CUANTIOSOS DAÑOS

Y en la siguiente columna:

UNA TURBA DE NATURALISTAS LINCHA A UN PURISTA EN CHICAGO.
EDIFICIOS INCENDIADOS. CUANTIOSOS DAÑOS

Uno de los acompañantes de Walsh empezó a murmurar en voz alta. Era un hombre fornido, de edad madura, pelirrojo y de facciones hinchadas por el exceso de cerveza. De repente, levantó el periódico y lo tiró fuera.

—¡Nunca ganarán! —chilló—. ¡No se saldrán con la suya!

Walsh sepultó la nariz en el periódico e hizo caso omiso del hombre. De nuevo ocurría aquello que temía a cada hora del día. Una discusión política. El otro pasajero había bajado el diario; echó un breve vistazo al pelirrojo y continuó leyendo.

El pelirrojo se dirigió a Walsh.

—¿Ha firmado la petición Butte? —Sacó una tablilla del bolsillo y la empujó hacia la cara de Walsh—. No tenga miedo de estampar su nombre por la libertad.

Walsh estrujó el periódico y miró frenéticamente por el borde del disco. Ya se veían las unidades residenciales de Detroit. Casi había llegado a casa.

—Lo siento —murmuró—. No, gracias.

—Déjele en paz —dijo el otro pasajero al pelirrojo—. ¿No ve que no quiere firmar?

—Métase en sus asuntos. —El pelirrojo se acercó más a Walsh, con la tablilla extendida en un gesto beligerante—. Escuche, amigo. ¿Sabe lo que significará para usted y los suyos la aprobación de ese engendro? ¿Cree que estará a salvo? Despierte, amigo. Cuando la enmienda Horney entre por la puerta, la libertad saldrá por la ventana.

El otro pasajero guardó en silencio el periódico. Era delgado, bien vestido, un ciudadano desenvuelto de cabello gris. Se quitó las gafas y dijo:

—Usted apesta a naturalista.

El pelirrojo estudió a su oponente. Reparó en la ancha anilla de plutonio que rodeaba la mano del hombre, capaz de romper la mandíbula a cualquiera.

—¿Qué es usted? —masculló el pelirrojo—. ¿Un purista adulón y servil? ¡Aj! —Hizo ademán de escupir y devolvió su atención a Walsh—. Escuche, amigo, ya sabe lo que quieren esos puristas. Quieren convertirnos en degenerados. Nos convertirán en una raza de damiselas. Si Dios hizo el Universo así, a mí me basta. Atentan contra Dios cuando atentan contra la naturaleza. Este planeta fue levantado por hombres de sangre roja en las

Librodot

venas, que estaban orgullosos de su cuerpo, orgullosos de su aspecto y olor. —Se dio una palmada en su ancho pecho—. ¡Y yo estoy orgulloso de mi olor, por Cristo!

Walsh tragó saliva, desesperado.

—Yo... —murmuró—. No, no puedo firmar.

—¿Ya ha firmado?

—No.

Una sombra de suspicacia pasó sobre las facciones del hombre.

—¿Quiere decir que está a favor de la enmienda Horney? —Su gruesa voz adquirió un tono colérico—. ¿Quiere presenciar el final del orden natural de...?

—Aquí me bajo —le interrumpió Walsh.

Tiró del cordón de parada del disco. Éste descendió hasta la abrazadera magnética dispuesta al final de su sección, una fila de cuadrados blancos diseminados sobre la ladera verde y marrón.

—Espere un momento, amigo.

El pelirrojo agarró la manga de Walsh cuando el disco se posó sobre la superficie plana de la abrazadera. Coches de superficie estaban estacionados en filas; las mujeres esperaban a sus maridos para acompañarles a casa.

—No me gusta su actitud —insistió el pelirrojo—. ¿Tiene miedo a que le señalen con el dedo? ¿Se avergüenza de pertenecer a su raza? Dios santo, si no es lo bastante hombre para...

El hombre delgado de cabello gris le asestó un golpe con la anilla de plutonio, y el pelirrojo soltó la manga de Walsh. La tablilla cayó al suelo y los dos hombres se enzarzaron en una furiosa y silenciosa pelea.

Walsh empujó a un lado la barandilla de seguridad y saltó del disco, bajó los tres peldaños de la abrazadera y pisó las cenizas del estacionamiento. Distinguió en la oscuridad del anochecer el coche de su mujer. Betty estaba sentada y miraba el televisor del tablero de instrumentos, ajena a su marido y a la silenciosa lucha que tenía lugar entre el naturalista pelirrojo y el purista cano.

—Animal —jadeó el canoso, incorporándose—. Apestoso animal.

El pelirrojo había caído casi inconsciente sobre la barandilla de seguridad.

—Maldita sea tu estampa, maricón —gruñó.

El canoso presionó el disparador y el disco se elevó por encima de Walsh. Éste agitó la mano en señal de agradecimiento.

—Gracias —gritó—. Le estoy muy agradecido.

—No hay de qué —respondió el canoso, mientras se examinaba un diente roto. Su voz se apagó cuando el disco ganó altura—. Siempre me satisface ayudar a un camarada... —Walsh apenas pudo distinguir las últimas palabras—. Un camarada purista.

—¡No lo soy! —gritó Walsh, en vano—. ¡No soy purista ni naturalista! ¿Me oye?

Nadie le oyó.

—No lo soy —repitió monótonamente Walsh cuando se sentó a la mesa. La cena consistía en cereales con crema, patatas y costillas de cerdo—. No soy purista ni naturalista. ¿Por qué debo decantarme por unos o por otros? ¿Es que un hombre no puede tener sus propias opiniones?

—Come, querido —murmuró Betty.

Por las delgadas paredes del bien iluminado comedor se filtraban los ruidos de otras familias que se disponían a cenar, de otras conversaciones que tenían lugar, el sonido metálico de los televisores, el zumbido de hornos, neveras, aparatos de aire acondicionado y calefactores de pared. Frente a Walsh, su cuñado Carl estaba devorando un segundo plato de comida humeante. Al lado de Walsh, su hijo Jimmy, de quince años, leía una versión encuadernada en papel de *Finnegan's Wake*, comprada en la tienda que aprovisionaba a la unidad familiar autónoma.

—No leas en la mesa —gruñó Walsh a su hijo.

Jimmy levantó la vista.

—No me hagas reír. Conozco las reglas de la unidad, y ésa no consta. En cualquier caso, debo leerlo antes que me vaya.

—¿Adónde vas esta noche, cariño? —preguntó Betty.

—Asuntos oficiales del partido —respondió Jimmy—. No puedo decirte más.

Walsh se concentró en su plato y trató de olvidar la andanada de pensamientos que torturaban su mente.

—Cuando venía hacia aquí, hubo una pelea —dijo.

Jimmy se mostró interesado.

—¿Quién ganó?

—El purista.

Un brillo de orgullo cubrió la cara del muchacho; era sargento de la Liga Juvenil Purista.

—Papá, tendrías que ponerte en acción. Firma ahora y podrás votar el próximo lunes.

—Voy a votar.

—No, a menos que seas miembro de uno de los dos partidos.

Era cierto. Walsh pensó con aflicción en los días que le aguardaban. Se vio metido en interminables situaciones violentas como la reciente. A veces, le atacarían naturalistas, y en otras (como la semana pasada) serían enardecidos puristas.

—Estás ayudando a los puristas, con sólo estar sentado ahí sin hacer nada —dijo su cuñado. Eructó y apartó su plato vacío—. Eres lo que nosotros definimos como un pro purista inconsciente. —Miró a Jimmy—. ¡Repelente presumido! Si tuvieras la edad legal, te sacaría fuera y te llenaría la cara de golpes.

—Por favor —suspiró Betty—. No quiero discusiones políticas en la mesa. Tengamos paz y tranquilidad, por una vez. Me alegraré cuando terminen las elecciones.

Carl y Jimmy intercambiaron una mirada de desafío y siguieron comiendo.

—Deberías comer en la cocina —le dijo Jimmy—. Debajo de la encimera, el lugar más adecuado para ti. Fíjate, estás cubierto de sudor. —Emitió un bufido de desagrado—. Cuando la enmienda sea aprobada, será mejor que te libres de eso, si no quieres ir a la cárcel.

Carl enrojeció.

—No conseguirán que se apruebe, víboras.

Sin embargo, su voz carecía de convicción. Los naturalistas estaban asustados porque los puristas controlaban el Consejo Federal. Si las elecciones se decantaban en su favor, existían muchas posibilidades para que se obligara por ley a observar el código de cinco puntos purista.

—Nadie me obligará a extirparme las glándulas sudoríparas —murmuró Carl—. Nadie me obligará a someterme a control de aliento, blanqueado de los dientes e implantación de cabello. Lo más normal en la vida es que uno llegue a ser sucio, calvo, gordo y viejo.

—¿Es verdad que eres un pro purista inconsciente? —preguntó Betty a su marido.

Don Walsh clavó el tenedor en los restos de una costilla.

—Porque no me afilio a ninguno de los dos partidos me llaman pro purista inconsciente y pro naturalista inconsciente. Reclamo el derecho al equilibrio. Si soy enemigo de todo el mundo, eso quiere decir que no soy enemigo de nadie. O amigo.

—Los naturalistas no tienen nada que ofrecer de cara al futuro —dijo Jimmy a Carl—. ¿Qué pueden dar a los jóvenes del planeta, como yo? Cavernas, carne cruda y una existencia bestial. Ustedes están en contra de la civilización.

—Consignas —replicó Carl.

—Quieren que retrocedamos a una existencia primitiva, apartada de la integración social. —Jimmy agitó un dedo esquelético en dirección a su tío—. ¡Estás orientado talámicamente!

—Te romperé la cabeza —bufó Carl, medio levantado de la silla—. Ustedes, los impertinentes puristas, no respetan a sus mayores.

Jimmy lanzó una sonora carcajada.

—Inténtalo. Pegar a un menor significa cinco años de prisión. Adelante, pégame.

Don Walsh se levantó y abandonó el comedor.

—¿Adónde vas? —preguntó Betty—. No has terminado de cenar.

—El futuro pertenece a los jóvenes —informó Jimmy a Carl—. Y los jóvenes del planeta son puristas de pies a cabeza. Ustedes están perdidos. La revolución purista se acerca.

Don Walsh salió del apartamento y bajó por el pasillo común hacia la rampa. Hileras de puertas cerradas le flanqueaban a izquierda y derecha. Percibía ruidos, luces y actividad a su alrededor, la presencia cercana de familias e interacción doméstica. Pasó junto a una pareja que estaba haciendo el amor en la oscuridad y llegó a la rampa. Se detuvo un momento, pero luego continuó adelante y descendió hacia el nivel inferior de la unidad.

El nivel estaba desierto, frío y un poco húmedo. El techo de hormigón apagaba los sonidos procedentes de los niveles superiores. Consciente de haberse zambullido de repente en el silencio y el aislamiento, caminó con aire pensativo entre la tienda de comestibles y la ferretería, dejó atrás el salón de belleza y la licorería, la lavandería y la tienda de suministros médicos, la consulta del dentista y del médico, y se detuvo en la antesala del analista de la unidad.

Vio al analista en el despacho interior. Estaba sentado inmóvil y en silencio, a oscuras. No tenía ningún cliente. El analista estaba desconectado. Walsh vaciló, cruzó el umbral de la antesala y llamó con los nudillos a la transparente puerta interior. La presencia de su cuerpo activó relés e interruptores. De improviso, las luces del despacho se encendieron y el analista se irguió y sonrió.

—Pasa y siéntate, Don —dijo en tono afectuoso.

Don obedeció.

—Me gustaría hablar contigo, Charley —dijo.

—Claro, Don. —El robot se inclinó hacia adelante para mirar el reloj que descansaba sobre su amplio escritorio de caoba—. ¿No es la hora de cenar?

—Sí, pero no tengo hambre. Charley, ya sabes de qué hablamos la última vez... Te acordarás de lo que dije, y del asunto que me preocupa.

—Claro, Don. —El robot se reclinó en su silla giratoria, apoyó sus casi convincentes codos sobre el escritorio y contempló a su paciente con expresión bondadosa—. ¿Cómo te ha ido en estos dos últimos días?

—No muy bien. Debo hacer algo, Charley. Tú puedes ayudarme. Eres neutral. —Apeló al rostro casi humano de metal y plástico—. ¿Por que debo afiliarme a uno de los partidos? Sus consignas y propaganda me parecen... estúpidas. Los dientes limpios y el olor de los sobacos no me importan. La gente se mata por esas nimiedades. Si la enmienda se aprueba estallará una guerra civil suicida, y se supone que debo decantarme por uno u otro bando.

Charley cabeceó.

—Te entiendo, Don.

—¿Se supone que debo pegar a un tipo en la cabeza porque huele o no huele, a un tipo al que nunca he visto? No lo haré. Me niego. ¿Por qué no me dejan en paz? ¿Por qué no puedo tener mis propias opiniones? ¿Por qué debo mezclarme en esta... locura?

El analista dibujó una sonrisa tolerante.

—Esto es un poco excesivo, Don. Estás desfasado respecto a tu sociedad. Las costumbres y el clima cultural te resultan poco convincentes. Sin embargo, es tu sociedad; tienes que vivir en ella. No puedes rechazarla.

Walsh hizo un esfuerzo y controló sus manos.

—Yo pienso así: si un hombre quiere oler, hay que permitírselo. Si un hombre no quiere oler, que se extirpe las glándulas. ¿Qué te parece?

—Don, te estás apartando del tema. —La voz del robot era serena, desapasionada—. Estás diciendo que ningún bando tiene razón. Y eso es una tontería, ¿no? Uno de los dos debe tener la razón.

—¿Por qué?

—Porque los dos bandos agotan las posibilidades prácticas. Tu postura no es en realidad una postura, sino una especie de descripción. Posees una incapacidad psicológica para abordar los problemas. No quieres comprometerte por temor a perder tu libertad e individualidad. Eres una especie de virgen intelectual; quieres permanecer puro.

Walsh reflexionó.

—Quiero conservar mi integridad —respondió.

—No eres un individuo aislado, Don. Eres parte de una sociedad... Las ideas no existen en el vacío.

—Tengo derecho a defender mis ideas.

—No, Don —contestó el robot con suavidad—. No son tus ideas; tú no las has creado. No puedes encenderlas y apagarlas cuando te apetezca. Funcionan por tu mediación... Son condicionantes depositadas por tu entorno. Lo que tú crees es un reflejo de ciertas fuerzas y presiones sociales. En tu caso, las dos tendencias sociales, que se excluyen mutuamente, han producido una especie de estancamiento. Estás en guerra contigo mismo... Eres incapaz de decantarte por un bando porque existen elementos de ambos en ti. —El robot cabeceó—. Sin embargo, debes tomar una decisión. Debes resolver este conflicto y actuar. No puedes seguir siendo un simple espectador... Debes participar. Nadie puede ser un espectador de la vida..., y esto es la vida.

—¿Quieres decir que no existe otro mundo, fuera de este asunto del olor, los dientes y el cabello?

—Existen otras sociedades, lógicamente, pero tú has nacido en ésta. Ésta es tu sociedad... La única que tendrás. O vives en ella, o no vives.

Walsh se levantó.

—En otras palabras, debo realizar un ajuste. Alguien debe rendirse, y ése soy yo.

—Temo que sí, Don. Sería una estupidez pensar que todos los demás se amoldarán a ti, ¿verdad? Tres mil quinientos millones de personas tendrían que cambiar para complacer a Don Walsh. Da la impresión, Don, que aún no has superado la etapa de egoísmo infantil. Aún no has llegado al punto de hacer frente a la realidad. —El robot sonrió—. Pero lo harás.

Walsh salió con aire sombrío del despacho.

—Lo pensaré.

—Es por tu bien, Don.

Cuando llegó a la puerta, se volvió para añadir algo, pero el robot se había desconectado, sumido en la oscuridad y el silencio, con los codos apoyados todavía sobre el escritorio. Las casi apagadas luces del techo destacaron algo en que Walsh nunca se había fijado. El cable eléctrico que era el ombligo del robot tenía pegada una etiqueta blanca de plástico. A pesar de la semioscuridad, logró descifrar las palabras impresas.

PROPIEDAD DEL CONSEJO FEDERAL
SÓLO PARA USO PÚBLICO

El robot, como todas las demás cosas de la unidad multifamiliar, era suministrado por las instituciones que controlaban la sociedad. El analista era un servidor del Estado, un burócrata con un escritorio y una tarea. Su función era adaptar a gente como Don Walsh al mundo que le rodeaba.

Pero si no escuchaba al analista de la unidad, ¿a quién debía escuchar? ¿Adónde debía acudir?

Las elecciones se celebraron tres días más tarde. El enorme titular no le informó de nada nuevo; la noticia ya había circulado por la oficina. Guardó el periódico en el bolsillo de la chaqueta y no lo examinó hasta que llegó a la casa.

VICTORIA APLASTANTE DE LOS PURISTAS
ASEGURADA LA APROBACIÓN DE LA ENMIENDA HORNEY

Walsh se derrumbó en su butaca. Betty preparaba la cena en la cocina. Oyó el tintineo de los platos y percibió el olor de la comida.

—Los puristas han ganado —dijo Walsh, cuando Betty apareció cargada de cubiertos y copas—. Todo ha terminado.

—Jimmy estará contento —respondió Betty—. Me pregunto si Carl llegará a casa a la hora de la cena. —Calculó en silencio—. Tal vez debería bajar por un poco más de café.

—¿Es que no lo entiendes? —preguntó Walsh—. ¡Ha ocurrido! ¡Los puristas se han hecho con el poder absoluto!

—Lo entiendo —respondió Betty, malhumorada—. No hace falta que grites. ¿Firmaste aquella petición? La petición Butte que los naturalistas iban pasando...

—No.

—Gracias a Dios. Me lo imaginaba. Nunca firmas nada. —Se detuvo en la puerta de la cocina—. Espero que Carl tenga el sentido común de hacer algo positivo. Nunca me gustó verle tirado en el sofá, bebiendo cerveza y oliendo como un cerdo en el verano.

La puerta del apartamento se abrió y Carl entró corriendo, congestionado y con expresión sombría.

—No me prepares cena, Betty. Me voy a una reunión de emergencia. —Dirigió una breve mirada a Walsh—. ¿Estás contento? Si hubieras colaborado, es posible que esto no hubiera sucedido.

—¿Cuánto tardarán en aprobar la enmienda? —preguntó Walsh.

Carl lanzó una nerviosa carcajada.

—Ya la han aprobado. —Sacó un montón de papeles de su escritorio y los introdujo en el eliminador de basuras—. Tenemos informadores en la sede de los puristas. En cuanto los nuevos concejales juraron el cargo, aprobaron la enmienda. Quieren pillarnos desprevenidos. —Sonrió—. Pero no lo conseguirán.

La puerta se cerró y los pasos apresurados de Carl se alejaron por el pasillo.

—Nunca le había visto moverse tan rápido —observó Betty, asombrada.

El horror se apoderó de Don Walsh cuando oyó los veloces pasos de su cuñado. Carl subió a su coche de superficie. El motor rugió y Carl salió a toda velocidad.

—Tiene miedo —dijo Walsh—. Está en peligro.

—Sabe cuidar de sí mismo. Es fuerte.

Walsh encendió un cigarrillo con dedos temblorosos.

—Ni siquiera tu hermano es lo bastante fuerte. Parece imposible que hayan hecho algo semejante. Aprobar una enmienda como ésta, obligar a todo el mundo a aceptar su idea de lo que es correcto. Se veía venir desde hacía años... Éste ha sido el último paso de un largo camino.

—Ya tenía ganas que terminaran de una vez por todas —se lamentó Betty—. ¿Siempre ha sido así? Cuando era pequeña no se hablaba de política.

—En aquellos tiempos no se llamaba política. La publicidad bombardeaba a la gente para que comprara y consumiera. Se centraba alrededor de la pureza de cabellos, sudores y dientes. Prendió en la gente de ciudad y dio origen a una ideología.

Betty puso la mesa y sacó los platos.

—¿Quieres decir que el movimiento político purista fue creado a propósito?

—No se dieron cuenta de lo que estaban impulsando. Ignoraban que sus hijos llegarían a considerar el sudor de las axilas, los dientes blancos y el cabello bonito, las cosas más importantes del mundo. Cosas por las que valía la pena luchar y morir. Cosas lo bastante importantes para matar a los que no estuvieran de acuerdo.

—¿Los naturalistas eran gente del campo?

—Gente que vivía fuera de las ciudades y no estaba condicionada por los estímulos. —Walsh sacudió la cabeza—. Es increíble que un hombre mate a otro por trivialidades. A lo largo de la historia, los hombres se han matado entre sí por estupideces verbales, consignas absurdas inculcadas por otros, que esperaban sentados conseguir algún beneficio.

—No son absurdas si crees en ellas.

—¡Es absurdo matar a un hombre porque tiene halitosis! Es absurdo darle una paliza a alguien porque no se ha extirpado las glándulas sudoríparas ni se ha instalado tubos artificiales de excreción. Estallará una guerra aún más absurda que las demás. Los naturalistas han almacenado armas en sus sedes. La gente morirá como si lo hiciera por algo real.

—Es hora de cenar, querido —dijo Betty, indicando la mesa.

—No tengo hambre.

—Deja de rezongar y come, o padecerás indigestión, y ya sabes lo que eso significa.

Sí, lo sabía muy bien. Significaba que su vida estaría en peligro. Un pedo en presencia de un purista y la lucha sería a muerte. No había lugar en el mismo mundo para los hombres que se tiraban pedos y para los hombres que no soportaban a los hombres que se tiraban pedos. Había sucedido lo inevitable: la enmienda estaba aprobada. Los días de los naturalistas estaban contados.

—Jimmy llegará tarde esta noche —dijo Betty, mientras se servía costillas de cordero, guisantes y maíz tostado—. Una especie de celebración purista. Discursos, desfiles, procesiones con antorchas. Supongo que no podemos bajar a verlo, ¿verdad? Será tan bonito, las luces, las voces, los desfiles...

—Adelante. —Walsh comía sin ganas—. Ve a divertirte.

Aún estaban cenando cuando la puerta se abrió y Carl entró como una exhalación.

—¿Queda algo para mí? —preguntó.

Betty se levantó, estupefacta.

—¡Carl! ¡Ya no hueles!

Carl se sentó y se apoderó de la fuente de costillas. Entonces, se controló, eligió una pequeña y se sirvió una modesta ración de guisantes.

—Tengo hambre —admitió—, pero no demasiada.

Comió con educación, sin hacer ruido.

Walsh le contempló atónito.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó—. Tu pelo... Tus dientes y tu aliento. ¿Qué has hecho?

Carl contestó sin levantar la vista.

—Táctica del partido. Efectuamos una retirada estratégica. Con la enmienda aprobada, sería necio cometer imprudencias. No queremos que nos maten, maldición. —Bebió un poco de café tibio—. De hecho, nos hemos transformando en un movimiento clandestino.

Walsh bajó el tenedor poco a poco.

—¿Quieres decir que no van a luchar?

—No, demonios. Sería un suicidio. —Carl lanzó una furtiva mirada a su alrededor—. Escúchame bien. Cumplo escrupulosamente las medidas de la enmienda Horney; nadie podrá acusarme de nada. Cuando la bofia venga a husmear, mantengan la boca cerrada. La enmienda concede el derecho a retractarse, y eso es lo que hemos hecho, técnicamente. Estamos limpios; no pueden tocarnos. De todos modos, no digan nada. —Exhibió una pequeña tarjeta azul—. El carnet de purista. Con fecha atrasada. Lo habíamos planificado por si surgía alguna eventualidad.

—¡Oh, Carl! —chilló Betty, complacida—. Estoy tan contenta. Tienes un aspecto..., ¡maravilloso!

Walsh no dijo nada.

—¿Qué pasa? —preguntó Betty—. ¿No era eso lo que querías? No querías que la gente no se matara entre sí... —Su voz adquirió un timbre agudo—. ¿Es que nada te satisface? Esto era lo que querías y sigues insatisfecho. ¿Qué más quieres?

Se oyeron ruidos en la calle. Carl se enderezó y palideció. De haber sido todavía posible, se habría puesto a sudar.

—Es la policía —dijo con voz ronca—. Continúen sentados. Harán una inspección de rutina y se marcharán.

—Oh, querido —jadeó Betty—. Espero que no rompan nada. Quizá sea mejor que vaya a lavarme un poco.

—Quédate quieta —graznó Carl—. Carecen de motivos para sospechar algo.

Cuando la puerta se abrió, Jimmy apareció seguido de los policías uniformados de verde.

—¡Ése es! —gritó Jimmy, y señaló a Carl—. ¡Es un dirigente de los naturalistas! ¡Huélanle!

La policía ocupó la sala con eficiencia. Rodearon al inmóvil Carl, le examinaron unos momentos, y después se apartaron.

—No se detecta olor corporal —anunció el sargento—. Ni halitosis. Cabello espeso y bien cuidado. —Hizo una señal y Carl, obediente, abrió la boca—. Dientes blancos, bien cepillados. Nada inaceptable. No, este hombre cumple las normas.

Jimmy lanzó una mirada de furia a Carl.

—Muy listo.

Carl se concentró estoicamente en su plato, sin hacer caso del muchacho ni de los policías.

—Al parecer, hemos roto el núcleo de la resistencia naturalista —anunció el sargento por el teléfono de cuello—. En esta zona, al menos, no existe oposición organizada.

—Estupendo —contestó el teléfono—. Su zona era un bastión. Seguiremos adelante y dispondremos las máquinas de purificación obligatoria. Hay que proceder lo antes posible.

Un policía concentró su atención en Don Walsh. Sus fosas nasales se agitaron y una expresión suspicaz apareció en su rostro.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

Walsh dijo su nombre.

El policía dio vueltas a su alrededor.

—Olor corporal —observó otro—, pero cabello renovado y cuidado. Abra la boca.

Walsh obedeció.

—Dientes limpios y blancos, pero... —El policía olfateó—. Leve halitosis... Variedad estomacal. No lo entiendo. ¿Es un naturalista o no?

—No es un purista —dijo el sargento—. Ningún purista tendría olor corporal. Debe ser un naturalista.

Jimmy intervino.

—Este hombre es un simple compañero de viaje —explicó—. No es miembro del partido.

—¿Le conoces?

—Es... pariente mío —admitió Jimmy.

El policía tomó notas.

—¿Ha coqueteado con los naturalistas, pero sin llegar hasta el final?

—Está en el límite —confesó Jimmy—. Es un cuasinaturalista. Puede salvarse; no es un caso perdido.

—Acción terapéutica —anotó el sargento—. Muy bien, Walsh. Tome sus cosas y vámonos. La enmienda contempla la purificación obligatoria para este tipo de personas. No perdamos tiempo.

Walsh golpeó al sargento en la mandíbula.

El sargento se derrumbó con una expresión de asombro, agitando los brazos. Los policías desenfundaron sus pistolas y corrieron por la sala como enloquecidos, disparándose y tropezando unos con otros. Betty empezó a chillar. La voz aguda de Jimmy se perdió en el tumulto general.

Walsh tomó una lámpara de mesa y la descargó sobre la cabeza de un policía. Las luces del apartamento parpadearon y se apagaron. El caos se apoderó de la sala a oscuras. Walsh tropezó con un cuerpo. Alzó la rodilla y el cuerpo se desplomó con un gruñido de dolor. Por un momento, se perdió en la oscuridad. Después, sus dedos encontraron la puerta. La abrió y salió al pasillo.

Una sombra le siguió hasta el ascensor.

—¿Por qué? —lloriqueó Jimmy—. Todo estaba arreglado. ¡No tenías por qué preocuparte!

Su voz aguda y metálica enmudeció cuando el ascensor descendió hasta la planta baja. Los policías habían salido con cautela al pasillo. El ruido de sus botas despertó ecos siniestros en el silencio.

Consultó su reloj. Le quedaban unos quince o veinte minutos. Después, le atraparían; era inevitable. Respiró hondo, salió del ascensor y recorrió con la mayor calma posible el desierto pasillo comercial, entre las filas de tiendas.

Charley estaba conectado y activo cuando Walsh entró en la antesala. Dos hombres aguardaban, y un tercero estaba en la consulta, pero cuando el robot reparó en la expresión de Walsh le indicó que entrara.

—¿Qué pasa, Don? —preguntó con semblante serio, y señaló una silla—. Siéntate y dime qué te ocurre.

Walsh se lo dijo.

Cuando hubo terminado, el analista se reclinó en su butaca y emitió un leve silbido.

—Eso es un delito, Don. Te congelarán por ello; la nueva enmienda así lo dicta.

—Lo sé.

Walsh no experimentaba la menor emoción. Por primera vez en tantos años, aquel remolino de pensamientos y sentimientos había desaparecido de su mente. Estaba cansado, pero nada más.

El robot meneó la cabeza.

—Bien, Don, por fin has cruzado la barrera. Algo es algo. Por fin te has puesto en movimiento. —Introdujo la mano en el cajón superior del escritorio, pensativo, y extrajo un bloc—. ¿Ya ha llegado la furgoneta de la policía?

—Oí sirenas cuando entré en la antesala. Estaba a punto de llegar.

Los dedos metálicos del robot repiquetearon sin cesar sobre el gran escritorio de caoba.

—Tu súbita liberación de inhibiciones señala el momento de la integración psicológica. Ya no estás indeciso, ¿verdad?

—No.

—Espléndido. Bien, tarde o temprano tenía que ocurrir. Sin embargo, lamento que se haya producido de esta forma.

—Yo no. Era la única manera posible. Ahora lo veo claro. Estar indeciso no es necesariamente algo negativo. La indiferencia hacia las consignas, los partidos políticos, los credos y la muerte puede constituir una creencia por la que valga la pena morir. Pensaba que no creía en nada... Ahora me doy cuenta que poseo un credo muy firme.

El robot no escuchaba. Garrapateó algo en el bloc, firmó y arrancó la hoja.

—Toma.

Tendió el papel a Walsh.

—¿Qué es esto?

—No quiero que nada se interponga en tu terapia. Has reaccionado por fin..., y queremos que sigas adelante. —El robot se puso en pie—. Buena suerte, Don. Enséñaselo a la policía; si hay algún problema, diles que me llamen.

La hoja era un certificado de la Junta Psiquiátrica Federal. Walsh le dio vueltas, confuso.

—¿Crees que esto me salvará la vida?

—Actuabas de una manera compulsiva; no eras responsable de tus actos. Se realizará un examen superficial, por supuesto, pero no tienes de qué preocuparte. —El robot le palmeó la espalda—. Fue tu último acto neurótico. Ahora eres libre. Fue una descarga de lo reprimido, una afirmación de la libido, hablando en términos técnicos, carente de significado político.

—Entiendo.

El robot le empujó hacia la salida.

—Sal a la calle y entrégales la hoja. —El robot extrajo de su pecho metálico un pequeño frasco—. Toma una cápsula antes de dormir. No es nada especial, un simple sedante para apaciguar tus nervios. Todo saldrá bien. Espero que nos volvamos a ver muy pronto. Y recuerda esto: por fin estamos haciendo auténticos progresos.

Walsh se encontró en la oscuridad de la noche. Un furgón de la policía estaba estacionado frente a la entrada de la unidad, una ominosa forma negra que se recortaba contra el cielo sin estrellas. Una multitud de curiosos se había congregado a una distancia segura e intentaba discernir lo que estaba ocurriendo.

Walsh guardó automáticamente el frasco de píldoras en el bolsillo de la chaqueta. Respiró durante unos instantes el fino aire de la noche, aspiró el olor de la oscuridad. En lo alto, algunas pálidas estrellas brillaban en la distancia.

—Oiga —gritó un policía. Enfocó con la linterna la cara de Walsh—. Acérquese.

—Se parece a él —dijo otro—. Venga, amigo. Dese prisa.

Walsh sacó el certificado que Charley le había dado.

—Ya voy —contestó.

Mientras caminaba hacia los policías, rompió el papel en pedazos y dejó que el viento se los llevara y esparciera.

—¿Qué demonios ha hecho? —preguntó un policía.

—Nada —contestó Walsh—. Rompí un papel que no servía para nada. Algo que yo no necesitaba.

—Éste es muy raro —murmuró un policía, mientras congelaban a Walsh con las pistolas de rayos fríos—. Me pone la piel de gallina.

—Ojalá no encontremos más como él —dijo otro—. A excepción de unos cuantos del mismo calibre, todo va bien.

Arrojaron el cuerpo inerte de Walsh en el furgón y cerraron las puertas. La maquinaria de eliminación comenzó de inmediato a consumir su cuerpo, reduciéndolo a sus elementos minerales básicos. Un momento después, el furgón se dirigió hacia su próxima misión.

DESAJUSTE

Cuando Richards llegaba a casa después de trabajar, se enfrascaba en una rutina secreta, una serie agradable de actos que le proporcionaban más satisfacción que su jornada laboral de diez horas en el Instituto de Comercio. Tiraba el maletín en una silla, se remangaba, tomaba una regadera llena de líquido fertilizante y abría de una patada la puerta trasera.

El frío sol del atardecer le bañó cuando avanzó por la mojada tierra negra hasta el centro del jardín. Su corazón latía con violencia. ¿Cómo estaría?

Estupendo. Cada día crecía más.

Lo regó, arrancó algunas hojas secas, removió la tierra, mató la mala hierba que había surgido, derramó fertilizante con generosidad y retrocedió para examinar el conjunto. No había nada más satisfactorio que la actividad creativa. En su trabajo, era un ejecutivo muy bien pagado del sistema económico niplan. Trabajaba con símbolos verbales y los símbolos de otras personas. Aquí, trataba directamente con la realidad.

Richards se puso en cuclillas y examinó sus adelantos. Era una bonita visión; casi preparada, casi madura. Se inclinó hacia delante y palpó los firmes costados.

A la luz del crepúsculo, el transporte de alta velocidad brillaba. Las ventanas casi se habían formado, cuatro cuadrados pálidos en el casco metálico ahusado. La burbuja de control empezaba a surgir del centro del chasis. Las pestañas de los motores habían adquirido su plena forma. La escotilla de entrada y las esclusas de emergencia aún no habían nacido, pero faltaba poco.

La satisfacción de Richards alcanzó un punto álgido. No quedaba duda: el transporte estaba casi maduro. Cualquier día lo tomaría..., y empezaría a volar.

A las nueve, la sala de espera estaba llena de gente y humo de cigarrillos; ahora, a las tres y media, se encontraba casi vacía. Uno a uno, los visitantes se habían rendido y marchado. Cintas esparcidas, ceniceros rebosantes y sillas vacías rodeaban al escritorio robot, enfrascado en sus asuntos. Pero en una esquina, sentada muy erguida, sus pequeñas manos enlazadas sobre el bolso, continuaba la joven que el escritorio no había logrado desanimar.

El escritorio lo intentó una vez más. Eran cerca de las cuatro. Eggerton no tardaría en irse. La grosera irracionalidad de esperar a un hombre que estaba a punto de ponerse el sombrero y el abrigo para marcharse a casa crispaba los nervios sensibles del escritorio. Y la chica llevaba sentada en el mismo sitio desde las nueve, los ojos abiertos de par en par, mirando al vacío, sin fumar ni mirar cintas, sólo sentada y esperando.

—Oiga, señora —dijo el escritorio en voz alta—, el señor Eggerton no recibirá a nadie hoy.

La chica dibujó una leve sonrisa.

—Sólo será un momento.

El escritorio suspiró.

—Es usted tozuda. ¿Qué desea? Los negocios de su empresa deben ir viento en popa con una trabajadora como usted, pero como ya le he dicho, el señor Eggerton nunca compra nada. Ha llegado donde está gracias a librarse de gente como usted. Estará pensando que va a conseguir un gran encargo con esa silueta —la amonestó el robot—. Debería avergonzarse de llevar un vestido como ése, una chica tan guapa como usted.

—Me recibirá —contestó la joven sin alzar la voz.

El escritorio buscó algún doble sentido de la palabra «recibir».

—Sí, supongo que con un vestido como ése... —empezó, pero en aquel momento se abrió la puerta interior y John Eggerton apareció.

—Desconéctate —ordenó al escritorio—. Me voy a casa. Prográmate para las diez. Mañana llegaré tarde. El bloque id celebrará una conferencia en Pittsburgh, y quiero decirles unas cuantas cosas.

La muchacha se levantó. John Eggerton era un hombre grande, ancho de hombros, sucio y desastrado, con la chaqueta sin abrochar y manchada de comida, las mangas subidas, ojos hundidos y astutos. Le dirigió una mirada de preocupación cuando se acercó.

—Señor Eggerton, ¿me concede un momento? Quiero hablar con usted.

—No pienso comprar ni alquilar. —La voz de Eggerton estaba ronca de cansancio—. Jovencita, vuelva donde su jefe y dígale que, si quiere enseñarme algo, envíe a un representante con experiencia, y no a una cría que acaba de salir del...

Eggerton era miope y no vio la tarjeta que la joven sostenía entre los dedos hasta que casi la tuvo encima. Se movió con sorprendente agilidad para un hombre de su tamaño. Empujó a la chica, rodeó el escritorio robot y se deslizó por una salida lateral. El bolso de la muchacha cayó al suelo y su contenido se desparramó.

Dudó un momento, lanzó un siseo de exasperación, salió corriendo de la oficina y se precipitó hacia el ascensor. Estaba en rojo; ya se dirigía hacia el aeródromo privado del edificio, a cincuenta pisos de altura.

—Mierda —masculló la joven.

Volvió a entrar en la oficina, disgustada.

El escritorio había empezado a recobrarse.

—¿Por qué no me dijo que era una inmune? —preguntó, ofendido e indignado como un burócrata—. Le entregué el formulario s045 para que lo llenara y en la línea seis se solicita información especifica sobre la ocupación. Usted..., ¡me ha engañado!

La chica hizo caso omiso del escritorio y se arrodilló para recoger sus cosas. Pistola, brazalete magnético, micrófono de cuello, lápiz de labios, llaves, espejo, calderilla, pañuelo, el aviso de veinticuatro horas para John Eggerton... Se llevaría una buena reprimenda cuando volviera a la Agencia. Eggerton había logrado incluso soslayar la advertencia oral: el rollo de cinta grabada que había caído del bolso estaba inutilizado.

—Tienes un jefe muy listo —dijo al escritorio, en un estallido de cólera—. Todo el día sentada en esta asquerosa oficina con todos aquellos vendedores para nada.

—Me preguntaba por qué era usted tan insistente. Nunca había visto a una vendedora tan insistente. Tendría que haberlo adivinado. Casi le atrapa.

—Le atraparemos —afirmó la joven, mientras salía de la oficina—. Díselo mañana, cuando venga.

—No vendrá —respondió el escritorio para sí, pues la joven se había ido—. Mientras haya inmunes al acecho, no vendrá. La vida de un hombre vale más que su negocio, incluso que un negocio de esta envergadura.

La muchacha entró en una cabina pública y videofonó a la Agencia.

—Se ha escapado —dijo a la mujer de aspecto taciturno que era su inmediata superior—. Ni tan sólo tocó la tarjeta de requerimiento. Creo que no he sido de gran utilidad.

—¿Vio la tarjeta?

—Claro. Por eso salió disparado como un rayo.

La mujer escribió unas líneas en un cuaderno.

—Técnicamente, es nuestro. Dejaré que nuestros abogados se peleen con los suyos. Seguiré adelante con el aviso de veinticuatro horas, como si lo hubiera aceptado. Si antes era escurridizo, a partir de ahora será imposible; nunca nos acercaremos tanto como en esta ocasión. Es una pena que fallara... —La mujer tomó una decisión—. Llame a su casa y comunique a sus criados el aviso de culpabilidad. Mañana por la mañana lo distribuiremos a las principales máquinas de noticias.

Doris cortó la comunicación, tapó la pantalla con una mano y marcó el número privado de Eggerton. Comunicó al criado el aviso formal que Eggerton, según lo previsto por la ley, podía ser capturado por cualquier ciudadano. El criado (mecánico) recibió la información como si se tratara de un pedido de tela. La serenidad de la máquina desalentó a la joven todavía más. Salió de la cabina y bajó por la rampa hacia la coctelería para esperar a su marido.

John Eggerton no parecía un paraquinético. La mente de Doris imaginaba jóvenes de rostros macilentos, atormentados e introvertidos, ocultos en ciudades y granjas aisladas, lejos de las zonas urbanas. Eggerton era importante..., lo cual no disminuía sus posibilidades de ser detectado gracias a la red de control aleatoria. Mientras bebía el Tom Collins, se preguntó qué otros motivos tendría John Eggerton para no hacer caso del aviso inicial, la advertencia posterior (multa y posible encarcelamiento) y ahora el último aviso.

¿Sería Eggerton un auténtico P-Q?

En el espejo situado detrás de la barra su rostro osciló, anillos de semisombras, súcubos nebulosos, una neblina oscura como la que flotaba sobre el sistema niplan. Su reflejo podría haber sido el de una joven paraquinética: círculos negros a modo de ojos, pestañas húmedas, cabello mojado caído sobre los hombros, dedos demasiado largos y ahusados. Pero sólo era el espejo: no había mujeres paraquinéticas. Al menos, aún no las habían descubierto.

Su marido apareció de improviso junto a ella, dejó la chaqueta sobre un taburete y se sentó.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Harvey.

Doris se sobresaltó.

—¡Me has asustado!

Harvey encendió un cigarrillo y atrajo la atención del camarero.

—Burbon con agua. —Se volvió hacia su mujer—. Ánimo. Hay más mutantes sueltos. —Le tendió el periódico de la tarde—. Es posible que ya lo sepas, pero nuestra delegación de San Francisco ha atrapado cuatro a la vez; todos únicos en su género. Uno de ellos poseía el maravilloso talento de acelerar los procesos metabólicos de los tipos que le caían mal.

Doris asintió con aire ausente.

—Nos enteramos por los comunicados de la Agencia. Y uno podía atravesar las paredes. Otro animaba piedras.

—¿Eggerton huyó?

—Como un rayo. Jamás imaginé que un hombre tan grande pudiera moverse con aquella rapidez..., aunque tal vez no sea un hombre. —Dio vueltas al vaso entre los dedos—. La Agencia va a dar publicidad al aviso de veinticuatro horas. Ya he llamado a su casa, lo cual proporciona ventaja a sus criados.

—Deberían aprovecharla. Al fin y al cabo, han trabajado para él. Tendrían que sacar partido. —Harvey intentaba ser gracioso, pero su mujer no reaccionaba—. ¿Crees que un hombre tan grande puede esconderse?

Doris se encogió de hombros. Los que se escondían simplificaban el problema; se delataban al apartarse cada vez más de la norma de comportamiento. El problema residía en los que ignoraban su diferencia innata, en los que seguían funcionando hasta que se les descubría por accidente... Los llamados P-Qs inconscientes habían provocado que se creara el sistema de control aleatorio y su agencia de mujeres inmunes. En la mente de Doris se insinuó la siniestra idea que un hombre podía pensar que era un P-Q, sin serlo; el eterno temor neurótico a ser diferente, raro, cuando en realidad era de lo más normal. Eggerton, a pesar de su poder e influencia en el mundo de los negocios, quizá fuera un hombre normal dominado por la fobia de ser un P-Q. Se habían dado casos semejantes..., mientras auténticos P-Qs iban por el mundo ajenos por completo a su peculiaridad.

—Necesitamos una prueba segura —dijo Doris en voz alta— que un hombre pueda aplicarse a sí mismo, para estar seguro.

—¿No la tienen cuando atrapan a uno en vuestra red?

—Si le atrapamos. Uno entre diez mil. Un número muy reducido. —De pronto, apartó la bebida y se levantó—. Vamos a casa. Tengo hambre y estoy cansada. Quiero irme a la cama.

Harvey tomó el abrigo y pagó la cuenta.

—Lo siento, cariño, pero esta noche cenaremos fuera. A la hora de comer me encontré con un compañero del Instituto de Comercio, un tipo llamado Jay Richards. Nos invitó a los dos para celebrar algo.

—¿Qué vamos a celebrar? —preguntó Doris, irritada.

—Es un secreto —contestó Harvey, mientras abría la puerta del local—. Lo revelará después de la cena. Anímate. Seguro que lo pasaremos bien.

Eggerton no voló directamente a casa. Circuló sin rumbo a gran velocidad en las inmediaciones del primer anillo de barrios residenciales que bordeaban Nueva York. El terror de los primeros momentos había dado paso a la cólera. Su impulso instintivo fue dirigirse hacia sus propiedades, pero el temor a tropezarse con más miembros de la Agencia paralizó su voluntad. Mientras intentaba tomar una decisión, su micrófono de cuello le repitió la llamada de la Agencia a su casa.

Tenía suerte. La chica había comunicado el aviso de veinticuatro horas a uno de los robots, y a los robots no les interesaban las recompensas.

Aterrizó en un tejado, seleccionado al azar, situado dentro de la zona industrial de Pittsburgh. Nadie le vio; la suerte seguía acompañándole. Temblaba cuando entró en el ascensor y descendió hasta la planta baja. Con él bajaron un funcionario de rostro inexpresivo, dos mujeres de edad avanzada, un joven serio y la hermosa hija de un ejecutivo menor. Un grupo inofensivo de gente, pero a él no le engañaban: cuando finalizara el plazo de veinticuatro horas, cualquiera de ellos se lanzaría en su búsqueda. Y no podía culparles: diez millones de dólares era mucho dinero.

En teoría, tenía un día de gracia, pero los avisos finales eran secretos a gritos. Mucha gente de buena posición estaría en conocimiento. Iría a ver a un viejo amigo, que le recibiría con grandes parabienes, le invitaría a cenar, le proporcionaría un refugio en Ganímedes y cantidad de provisiones..., y recibiría un tiro entre los ojos en cuanto el día terminara.

Poseía unidades alejadas que pertenecían a su imperio industrial, desde luego, pero serían registradas sistemáticamente. Poseía una variedad de compañías matrices y empresas menores, pero la Agencia las investigaría si creía que valía la pena desperdiciar su tiempo. La comprensión intuitiva de poder convertirse fácilmente en una lección para el sistema niplan, manipulado y explotado por la Agencia, le enloqueció. Las inmunes siempre habían desenterrado complejos encerrados en su mente desde su más tierna infancia. La idea de una civilización matriarcal se le antojaba aborrecible. Atrapar a Eggerton equivalía a privar al bloque de un puntal básico. Se le ocurrió que en su elección tal vez no había concurrido para nada el azar.

Muy listos: reunir los números de identificación de los líderes del bloque id, introducirlos de vez en cuando en las redes de control, para irlos eliminando de uno en uno.

Llegó al nivel de la calle y se quedó indeciso, mientras el tráfico urbano fluía a su alrededor con gran estrépito. ¿Y si los líderes del bloque id colaboraban con las redes de control? Aceptar el aviso inicial sólo significaba someterse a un sondeo mental de rutina, llevado a cabo por el cuerpo protegido de mutantes que la sociedad permitía, los *castrati* tolerados por su utilidad contra los demás mutantes. La víctima, elegida al azar o adrede, permitía el sondeo, entregaba su mente desnuda a la Agencia, dejaba que removieran y manosearan el contenido de su psique, y después volvía a la oficina, sano y salvo. Esto significaba que el líder industrial podía pasar la prueba, que no era un P-Q.

La rotunda frente de Eggerton se perló de sudor. ¿Se estaba diciendo, de una manera retorcida, que era un P-Q? No, en absoluto. Era una cuestión de principios: la Agencia carecía de derecho moral para sondear a la media docena de hombres cuyo bloque industrial sustentaba el sistema niplan. Todos los líderes del bloque id estaban de acuerdo con él en este punto. Un ataque contra Eggerton era un ataque contra todo el bloque.

Rezó con todas sus fuerzas para que lo vieran de esa forma. Detuvo un taxi robot y ordenó:

—Llévame a la sede del bloque id. Si alguien intenta pararte, cincuenta dólares recompensarán tu negativa.

La inmensa sala estaba a oscuras cuando llegó. La asamblea tardaría varios días en empezar. Eggerton vagó sin rumbo por los pasillos, entre las filas de asientos donde se acomodaría el personal tecnológico y

administrativo de las diversas unidades industriales, pasó frente a los bancos de acero y plástico donde se sentarían los líderes y, por fin, se dirigió hacia la tribuna del presidente. Se encendieron luces suaves cuando se detuvo ante la tribuna de mármol. De pronto, comprendió la inutilidad de su acción. Al acudir a este recinto solitario se comportaba como un paria. Podía chillar y gritar, pero nadie aparecería. No podía apelar a nada ni a nadie; la Agencia era el gobierno legal del sistema niplan. Si arremetía contra ella, se ponía en contra de toda la sociedad organizada. Por más poderoso que fuera, no podía derrotar a la sociedad.

Abandonó el edificio a toda prisa, localizó un restaurante caro y disfrutó de una cena opípara. Engulló inmensas cantidades de exquisiteces importadas, casi febrilmente. Al menos, paladearía cada minuto de las veinticuatro horas. Mientras comía, lanzaba miradas furtivas a los camareros y a los demás clientes. Rostros insulsos, indiferentes..., pero muy pronto verían su número e imagen en cada máquina de noticias. La gran caza comenzaría; millones de cazadores en pos de una sola pieza. Terminó su cena, consultó el reloj y abandonó el restaurante. Eran las seis de la tarde.

Asoló durante una hora un lujoso burdel, pasando de un reservado a otro sin casi ver a sus ocupantes. Dejó a sus espaldas un caos, después de pagar y huir de aquel torbellino frenético en busca del aire fresco de las calles. Vagó hasta las once por los parques, sólo iluminados por las estrellas, que rodeaban la zona residencial de la ciudad, entre otras sombras mortecinas, las manos hundidas en los bolsillos, encorvado y deprimido. A lo lejos, el reloj de una torre emitió una señal horaria sonora. Las veinticuatro horas iban transcurriendo y nadie podía detenerlas.

A las once y media finalizó su vagabundeo y se controló lo suficiente para analizar la situación. Tenía que enfrentarse a la verdad: su única posibilidad residía en la sede del bloque id. El personal técnico y administrativo aún no habría hecho acto de presencia, pero la mayoría de los líderes se habrían trasladado ya a sus aposentos privados. Su plano de muñeca le informó que se había alejado ocho kilómetros del edificio. Aterrorizado, tomó la decisión.

Voló al edificio, se posó sobre el tejado desierto y descendió a la planta habilitada como vivienda. No había engaño posible: era ahora o nunca.

—Adelante, John —le saludó Townsand, pero su expresión cambió cuando Eggerton le resumió lo sucedido en su oficina.

—¿Dices que ya han enviado el aviso final a tu domicilio? —preguntó en seguida Laura Townsand. Se había levantado del sofá donde estaba sentada para acercarse de inmediato a la puerta—. Entonces, es demasiado tarde.

Eggerton tiró el abrigo al ropero y se desplomó sobre una butaca.

—¿Demasiado tarde? Tal vez... Demasiado tarde para ignorar el aviso, pero no pienso rendirme.

Townsand y los demás líderes del bloque id rodearon a Eggerton. Sus rostros revelaban curiosidad, simpatía y síntomas de una fría diversión.

—Te has metido en un buen lío —dijo uno—. Si nos hubieras informado antes que enviaran el aviso final, quizá podríamos haber hecho algo, pero a estas alturas...

Eggerton experimentó un sofoco al oír aquellas palabras.

—Un momento —dijo con voz ronca—. Vamos a dejarlo claro: a todos nos afecta. Hoy por ti, mañana por mí. Si me adhiero a...

—Tranquilo —murmuraron algunas voces—. Seamos racionales.

Eggerton se reclinó en la butaca, mientras intentaba calmar su cuerpo fatigado. Sí, había que ser racional.

—Tal como yo lo veo —dijo Townsand en voz baja, inclinándose hacia adelante con los dedos juntos—, la cuestión no reside en neutralizar a la Agencia. Nosotros somos el motor económico del sistema niplan; si dejamos de apoyar a la Agencia, se derrumbará. La verdadera cuestión es: ¿queremos borrar del mapa a la Agencia?

—¡Santo Dios, son ellos o nosotros! —graznó Eggerton—. ¿No ves que están utilizando la red de control y el sistema de sondeo para socavarnos?

Townsand le dirigió una mirada y continuó hablando a los demás líderes.

—Quizá estemos olvidando algo. Nosotros fundamos la Agencia. Es decir, el bloque id que nos precedió diseñó las bases de la inspección aleatoria, el uso de telépatas domesticados, el aviso final y la caza; todo el sistema. La Agencia existe para protegernos; de lo contrario, los paraquinéticos se propagarían como malas hierbas y acabarían con nosotros. Debemos ejercer el control de la Agencia, por supuesto. Es un instrumento a nuestro servicio.

—Sí —admitió otro líder—. No podemos permitir que se monten encima de nosotros. Eggerton tiene razón en ese punto.

—Podemos asumir —continuó Townsand— que debe existir siempre un mecanismo que detecte a los P-Qs. Si la Agencia desaparece, algo debe sustituirla. Voy a decirte algo, John. —Contempló a Eggerton con aire pensativo—. Si se te ocurre una alternativa, tal vez despiertes nuestro interés. De lo contrario, la Agencia continuará. Desde el primer P-Q de 2045, sólo las mujeres han demostrado inmunidad. Cualquier organización que fundemos será dirigida por una junta femenina..., y eso nos lleva de nuevo a la Agencia.

Se hizo un silencio.

El fantasma de una esperanza se agitó en la mente de Eggerton.

—¿Están de acuerdo en que la Agencia se nos ha montado encima? —preguntó con voz hueca—. Muy bien, debemos afirmar nuestra autoridad.

Hizo un ademán que abarcaba la habitación. Los líderes le observaban con expresión impenetrable y Laura Townsand llenaba tazas de café vacías. Le dirigió una mirada de muda simpatía y volvió a la cocina. Un frío silencio cayó sobre Eggerton. Se reclinó en su butaca, decepcionado, y escuchó a Townsand.

—Lamento que no nos informaras que tu número había salido —dijo Townsand—. Al recibir el primer aviso habríamos podido intervenir, pero ahora no. A menos que queramos un enfrentamiento decisivo en este momento..., y creo que no estamos preparados. —Apuntó con un dedo autoritario a Eggerton—. John, creo que en realidad no entiendes qué son esos P-Qs. Tal vez pienses que son lunáticos, gente que sufre delirios.

—Sé lo que son —protestó Eggerton, pero no pudo reprimir la siguiente frase—. ¿Acaso no es gente que sufre delirios?

—Son lunáticos con la capacidad de reproducir sus sistemas delirantes en el espaciotiempo. Deforman una zona limitada de su entorno para conformarla a sus conceptos excéntricos, ¿entiendes? El P-Q lleva a la práctica sus delirios. Por lo tanto, en cierto sentido, no son delirios..., a menos que puedas distanciarte y comparar su zona deformada con el mundo real. ¿Cómo puede hacer eso un P-Q? Carece de patrón objetivo. No puede distanciarse de sí mismo y la deformación le sigue adonde va. Los P-Qs

Librodot

auténticamente peligrosos son los que piensan que todo el mundo puede animar piedras, convertirse en animales o transmutar minerales básicos. Si permitimos que un P-Q escape, si le permitimos madurar, procrear, formar una familia, tener mujer e hijos, si dejamos que esta facultad paranormal se esparza..., si se convierte en un culto, llegará a ser una práctica institucionalizada socialmente.

»Cualquier P-Q es capaz de dar lugar a una sociedad de P-Qs, construida alrededor de su peculiar capacidad. El gran peligro es que los no P-Q se transformen en minoría. Nuestro punto de vista racional sobre el mundo podría considerarse excéntrico.

Eggerton se humedeció los labios. La voz seca y monótona del hombre le ponía enfermo. Mientras Townsand hablaba, el ominoso aliento de la muerte se posó sobre él.

—En otras palabras —murmuró—, no van a ayudarme.

—Exacto —respondió Townsand—, pero no porque no queramos ayudarte. Creemos que el peligro representado por la Agencia es menor que el que tú crees; consideramos que la auténtica amenaza son los P-Qs. Encuentra una forma de detectarlos sin necesidad de la Agencia, y te apoyaremos. Pero hasta este momento, no. —Se inclinó sobre Eggerton y dio unos golpecitos sobre su hombro con un dedo largo y huesudo—. Si las mujeres no se vieran libres de esta lacra, estaríamos perdidos. Tenemos suerte... La situación podría ser peor.

Eggerton se puso en pie poco a poco.

—Buenas noches.

Townsand también se levantó. Se produjo un momento de tenso silencio.

—De todos modos —dijo Townsand—, aún es posible detener la cacería declarada contra ti. Todavía hay tiempo. La noticia aún no se ha publicado.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Eggerton, desesperado.

—¿Guardas la copia escrita del aviso de veinticuatro horas?

—¡No! —La voz de Eggerton se quebró—. ¡Salí corriendo de la oficina antes que la chica me la entregara!

Townsand reflexionó.

—¿Sabes quién es? ¿Sabes dónde puedes localizarla?

—No.

—Haz averiguaciones. Encuéntrala, acepta el aviso y ponte a merced de la Agencia.

Eggerton extendió las manos en un gesto de súplica.

—Pero eso significa que pasaré el resto de mi vida bajo su custodia.

—Conservarás la vida —dijo Townsand en tono melifluo, sin expresar la menor emoción.

Laura Townsand acercó una taza de café humeante a Eggerton.

—¿Crema o azúcar? —preguntó con gentileza, cuando logró atraer su atención—. ¿O ambas cosas? John, debes tomar algo caliente antes de irte. Te espera un largo viaje.

La chica se llamaba Doris Sorrel. Su apartamento estaba a nombre de su marido, Harvey Sorrel. No había nadie. Eggerton carbonizó la cerradura, entró y registró las cuatro pequeñas habitaciones. Investigó los cajones del tocador, tiró al suelo las prendas de vestir y artículos personales, exploró sistemáticamente los armarios y alacenas. Junto a la mesa de trabajo, en el incinerador de basura, encontró lo que buscaba: una nota todavía sin

quemar, arrugada y rota, y una breve anotación con el nombre de Jay Richards, el día y la hora, la dirección y las palabras «si Doris no está demasiado cansada». Eggerton guardó la nota en el bolsillo de la chaqueta y se fue.

Eran las tres y media de la madrugada cuando les encontró. Aterrizó en el tejado del Instituto de Comercio y descendió por la rampa hacia los niveles habitados. Del ala norte llegaban luces y ruidos: la fiesta continuaba. Eggerton rezó una oración en silencio, levantó la mano y apretó el analizador.

El hombre que abrió la puerta era apuesto, canoso y robusto, próximo a la cuarentena. Miró a Eggerton sin comprender, sujetando un vaso en la mano, los ojos abrumados de cansancio y alcohol.

—No recuerdo haberle invitado... —empezó, pero Eggerton le apartó y entró en el apartamento.

Había mucha gente. Sentada, de pie, hablando y riendo en voz baja. Licores, sofás mullidos, delicados perfumes y telas, paredes cubiertas de colores que fluctuaban, robots que servían canapés, la apagada cacofonía de risas femeninas, procedentes de habitaciones laterales... Eggerton se quitó el abrigo y paseó sin rumbo. Ella se encontraba en algún sitio. Escrutó todos los rostros, vio sólo ojos vidriosos de mirada vacía y bocas laxas. Salió de la sala de estar y entró en un dormitorio.

Doris Sorrel estaba de pie junto a una ventana y miraba las luces de la ciudad, de espaldas a él, con una mano apoyada sobre el alféizar.

—Oh —murmuró, volviéndose apenas—. ¿Ya?

Y entonces vio quien era.

—Quiero el aviso de las veinticuatro horas —dijo Eggerton—. Y lo quiero ahora.

—Me ha asustado. —La mujer, temblorosa, se apartó de la amplia ventana—. ¿Desde cuándo..., desde cuándo está aquí?

—Acabo de llegar.

—Pero..., ¿por qué? Es usted una persona muy extraña, señor Eggerton. Se comporta de una manera absurda. —Lanzó una risita nerviosa—. No le entiendo.

La silueta de un hombre surgió de la oscuridad y se recortó un momento en el umbral.

—Aquí tienes el martini, querida. —El hombre vio a Eggerton y una desagradable expresión se pintó en su rostro atónito—. Largo de aquí, amigo. Esto no es para ti.

Doris le tomó del brazo, temblorosa.

—Harvey, éste es el hombre al que hoy he intentado entregar el aviso. Señor Eggerton, le presento a mi marido.

Se estrecharon las manos con frialdad.

—¿Dónde está? —preguntó Eggerton—. ¿Lo lleva encima?

—Sí... Está en mi bolso. —Empezaba a recobrar la compostura—. Creo que lo he dejado por ahí. Harvey, ¿dónde demonios está mi bolso? —Buscó en la oscuridad algo pequeño y brillante—. Aquí está. Sobre la cama.

Encendió un cigarrillo y contempló a Eggerton mientras éste examinaba la notificación.

—¿Por qué ha vuelto? —preguntó.

Se había puesto para la fiesta una falda de seda larga hasta la rodilla, brazaletes de cobre, sandalias y una flor luminosa en el pelo. La flor se había

Librodot

marchitado; la falda se veía arrugada y desabotonada, y la joven parecía muy cansada. Se apoyó contra la pared de la habitación, el cigarrillo prendido entre sus labios manchados, y dijo:

—Cualquier cosa que haga no servirá de nada. La noticia saldrá a la luz pública dentro de media hora. Su servidumbre ya ha sido notificada. Dios, estoy hecha polvo. —Buscó con la vista a su marido, impaciente—. Larguémonos de aquí —dijo, cuando Harvey apareció—. Mañana debo ir a trabajar.

—Aún no lo hemos visto —replicó Harvey Sorrel, malhumorado.

—¡Al infierno! —Doris tomó el abrigo del ropero—. ¿Para qué tanto misterio? Santo Dios, llevamos aquí cinco horas y aún no lo ha enseñado. No me interesa en absoluto, aunque haya perfeccionado los viajes en el tiempo o la cuadratura del círculo. Sobre todo a estas horas.

Mientras se abría paso por la abarrotada sala de estar, Eggerton la siguió.

—Escúcheme —dijo con voz ahogada, tomándola del hombro—. Townsand dijo que si volvía podía ponerme a merced de la Agencia. Dijo...

La muchacha se soltó.

—Sí, claro; es la ley. —Se volvió irritada hacia su marido, que corría tras ellos—. ¿Vienes?

—Ya voy —contestó Harvey, con los ojos inyectados en sangre—, pero voy a despedirme de Richards. Y tú le dirás que la idea de marcharnos ha sido tuya. No voy a fingir que es por mi culpa. Si no tienes la educación de despedirte de tu anfitrión...

El hombre canoso que había dejado entrar a Eggerton se desgajó de un círculo de invitados y se acercó, sonriente.

—¡Harvey! ¡Doris! ¿Se van? Si aún no lo han visto. —Su rostro expresaba decepción—. No pueden marcharse.

Doris abrió la boca para decir que ella sí podía.

—Escucha —la interrumpió Harvey, desesperado—, ¿no nos lo puedes enseñar ahora? Vamos, Jay; ya hemos esperado bastante.

Richards vaciló. Más gente se estaba levantando para marcharse.

—Vamos —pidió un coro de voces—, acabemos de una vez.

Richards se rindió, tras un momento de indecisión.

—Muy bien.

Sabía que ya había alargado la intriga lo suficiente. Los fatigados invitados, ahítos de experiencias, expresaron una tímida impaciencia. Richards levantó las manos en un gesto melodramático. Extraería hasta la última gota del momento.

—¡El momento ha llegado, amigos! Acompáñenme; está fuera.

—Me preguntaba dónde lo tenía —dijo Harvey, siguiendo a su anfitrión—. Vamos, Doris.

La tomó por el brazo y la arrastró. Los demás desfilaron por el comedor y la cocina, hasta llegar a la puerta trasera.

Hacía un frío glacial. Un viento helado les azotó cuando bajaron los peldaños y se internaron en la hiperbórea oscuridad. John Eggerton notó que una menuda forma le empujaba, cuando Doris se soltó con violencia de su marido. Eggerton hizo lo posible por seguirla. La joven se abrió paso entre la masa de invitados y se deslizó junto a la pared de hormigón, hasta llegar a la valla que rodeaba el patio.

Librodot

—Espere —jadeó Eggerton—. Escúcheme. ¿La Agencia me aceptará? —No pudo reprimir la nota suplicante de su voz—. ¿Puedo contar con ello? ¿Retendrán el aviso?

Doris suspiró, cansada.

—De acuerdo. Muy bien, si usted quiere le acompañaré a la Agencia y pondré en marcha su documentación. De lo contrario, se retrasará un mes. Ya sabe lo que eso significa, imagino. Quedará bajo custodia de la Agencia durante el resto de su vida. Lo sabe, ¿verdad?

—Lo sé.

—¿Es eso lo que desea? —La joven manifestaba una vaga curiosidad—. Un hombre como usted... Me imaginaba otra cosa.

Eggerton se retorció, humillado.

—Townsand dijo... —baló.

—Lo que quiero saber es por qué no respondió al primer aviso. Si hubiera aparecido..., esto nunca habría ocurrido.

Eggerton abrió la boca para responder. Iba a decir algo sobre los principios implicados, el concepto de una sociedad libre, los derechos humanos, la intromisión del Estado en la intimidad. Fue en aquel momento cuando Richards conectó los poderosos focos que había montado para la ocasión. Por primera vez, revelaba a los invitados su gran logro. Se produjo un momento de estupefacto silencio. Después, todos los presentes, como un solo hombre, se pusieron a chillar y a correr por el patio. Saltaron la valla, enloquecidos de terror, atravesaron el muro de plástico que rodeaba el patio, saltaron al patio vecino y salieron a la calle.

Richards se quedó atónito junto a su obra maestra, perplejo, sin comprender nada. A la brillante luz de los faros, el transporte de alta velocidad desplegaba toda su belleza. Estaba completamente maduro. Media hora antes, Richards había salido con una linterna, lo había examinado, y después, tembloroso de emoción, había cortado el tallo del que había nacido la nave. Ahora, estaba separada de la planta madre. Lo había transportado hasta el borde del patio, llenando el depósito de combustible, abierto la escotilla y dispuesto los controles para emprender el vuelo.

En la planta se veían los embriones de otros transportes, en diversas fases de crecimiento. Los había regado y fertilizado con afecto. De la planta brotaría otra docena de naves a reacción antes que terminara el verano.

Sobre las cansadas mejillas de Doris resbalaron lágrimas.

—¿Lo ve? —susurró a Eggerton—. Es... maravilloso. ¿Se ha fijado bien? —Apartó la vista, abrumada de dolor—. Pobre Jay. Cuando lo comprenda...

Richards se levantó y contempló los restos desiertos y pisoteados de su patio. Distinguió las formas de Doris y Eggerton. Al cabo de un momento se dirigió hacia ellos con paso vacilante.

—Doris —cloqueó—, ¿qué ocurre? ¿Qué he hecho?

De pronto, su expresión cambió. La perplejidad se desvaneció. Primero, expresó un terror absoluto cuando comprendió lo que era, y por qué sus invitados habían huido. Después, una astucia demencial se transparentó en sus facciones. Richards dio media vuelta y se dirigió con movimientos torpes hacia la nave.

Eggerton le mató de un solo disparo en la base del cráneo. Mientras Doris lanzaba chillidos estremecedores, apagó a tiros los focos.

Una helada oscuridad invadió el patio, el cuerpo de Richards, el reluciente transporte metálico. Empujó a la muchacha y ella apretó su rostro contra las húmedas enredaderas que trepaban por el muro del jardín.

Al cabo de un rato, Doris consiguió reponerse. Permaneció apoyada contra la masa entremezclada de hierba y plantas, temblorosa, los brazos cruzados sobre la cintura, meciéndose atrás y adelante, hasta que perdió las fuerzas.

Eggerton la ayudó a incorporarse.

—Tantos años y nadie lo sospechó. Conservaba a salvo... el gran secreto.

—No le pasará nada —dijo Doris, en voz tan débil y baja que apenas pudo oírla—. La Agencia se sentirá complacida de borrar su nombre. Usted le detuvo. —Tanteó en la oscuridad en busca del bolso y los cigarrillos, extenuada—. Habría huido. Y esa planta. ¿Qué vamos a hacer con ella? —Encontró los cigarrillos y encendió uno—. ¿Qué haremos?

Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. La planta se recortaba a la luz difusa de las estrellas.

—No vivirá —dijo Eggerton—. Formaba parte de sus delirios. Ahora, ha muerto.

Los demás invitados, asustados, estaban regresando al patio. Harvey Sorrel surgió de la oscuridad con movimientos ebrios y se aproximó a su esposa. A lo lejos, se escuchó el aullido de una sirena. Habían llamado a la policía automática.

—¿Quiere venir con nosotros? —preguntó Doris a Eggerton. Indicó a su marido—. Le acompañaremos a la Agencia y solucionaremos el problema. Le retendrán bajo custodia unos cuantos años, pero nada más.

Eggerton se alejó de la muchacha.

—No, gracias. Tengo algo que hacer. Quizá más adelante.

—Pero...

—Creo que ya tengo lo que quería. —Eggerton forcejeó con la puerta trasera y entró en los dominios abandonados de Richards—. Esto es lo que estaba buscando.

Realizó su llamada de emergencia al instante. El timbre sonó en el apartamento de Townsand a los treinta segundos. Laura, medio dormida, despertó a su marido. Eggerton empezó a hablar en cuanto los dos hombres contemplaron su mutua imagen.

—Ya tenemos nuestro patrón —dijo—. No necesitamos a la Agencia. Podemos enviarla al infierno, porque ya no es necesario que nos proteja.

—¿Cómo? —preguntó Townsand irritado, su mente abotargada por el sueño—. ¿De qué estás hablando?

Eggerton repitió lo que había dicho con la mayor calma posible.

—Entonces, ¿quién velará por nosotros? —rugió Townsand—. ¿De qué cosa estás hablando?

—Nos vigilaremos mutuamente —continuó con paciencia Eggerton—. Nadie estará exento. Cada uno de nosotros será el ejemplo del vecino. Richards no podía verse de una manera objetiva, pero yo sí..., aunque no soy inmune. No necesitamos a nadie para que nos controle, porque ese trabajo lo podemos realizar nosotros.

Townsand reflexionó de mala gana. Bostezó, se puso la bata y consultó el reloj.

—Señor, qué tarde es. Tal vez estés en lo cierto, tal vez no. Háblame más de ese tal Richards... ¿Qué clase de talento P-Q tenía?

Eggerton le refirió lo que sabía.

—¿Lo ves? Tantos años..., y no lo sabía; pero nosotros lo averiguamos al instante. —La voz de Eggerton adquirió un tono entusiasta—. ¡Podemos volver a dirigir nuestra sociedad! *Consensus gentium*. Teníamos nuestro patrón de comparación y no lo sabíamos. Por separado, cada uno de nosotros es falible, pero como grupo no podemos equivocarnos. Basta con procurar que las redes de control aleatorio lleguen a todo el mundo. Tendremos que reforzar el procedimiento, de forma que analice a más gente y con mayor frecuencia. Hay que acelerarlo para que todo el mundo, tarde o temprano, caiga en la red.

—Entiendo.

—Conservaremos los telépatas adiestrados, por supuesto, con el fin de examinar todos los pensamientos y material subliminal, pero nosotros nos encargaremos de la evaluación.

Townsand cabeceó.

—Puede salir bien, John.

—Se me ocurrió en cuanto vi la planta de Richards. Fue algo instantáneo, una certidumbre absoluta. ¿Cómo podía equivocarme? Un sistema delirante como el suyo no encajaba en nuestro mundo, así de sencillo. —Eggerton descargó un puñetazo sobre la mesa que tenía delante. Un libro que había pertenecido a Richards cayó sin el menor ruido sobre la gruesa alfombra del apartamento—. ¿Lo entiendes? No existe equivalencia entre el mundo P-Q y el nuestro. Será suficiente con analizar el material P-Q cuando lo veamos, para compararlo con nuestra propia realidad.

Townsand guardó silencio unos momentos.

—Muy bien —dijo por fin—. Ven hacia aquí. Si convences al resto del bloque id, entraremos en acción. —Había tomado una decisión—. Les sacaré de la cama y les diré que vengan a mi apartamento.

—Estupendo. No tardaré; ¡y gracias!

Eggerton cortó la comunicación.

Salió del apartamento sembrado de botellas, ahora silencioso y desierto sin los ruidosos invitados. La policía había llegado al patio trasero y estaba examinando la planta agonizante que el talento delirante de Jay Richards había conducido a una momentánea existencia.

El aire nocturno era aún más frío cuando Eggerton surgió de la rampa ascendente y desembocó en el tejado del Instituto de Comercio. Captó algunas voces procedentes de la calle, pero el tejado estaba desierto. Se abrochó el grueso abrigo, extendió los brazos y se elevó del tejado. Ganó altitud y velocidad. Unos momentos después, iba camino de Pittsburgh.

Mientras volaba en silencio a través de la noche, engullía inmensas bocanadas de aire fresco y puro. Se sentía satisfecho y entusiasmado. Había descubierto a Richards en el acto. ¿Por qué no? Cómo podía equivocarse? Un hombre que cultivaba naves a reacción en una planta de su patio trasero era un lunático, sin duda alguna.

Era mucho más sencillo batir los brazos.

UN MUNDO DE TALENTOS

I

Cuando entró en el apartamento, un gran número de personas estaban produciendo ruidos y colores relampagueantes. La repentina cacofonía le confundió. Se detuvo en la puerta, consciente de la oleada de formas, sonidos, olores y retazos oblicuos tridimensionales, con la intención de profundizar su campo de visión. Consiguió eliminar la mancha borrosa con un acto de voluntad; la frenética y absurda actividad humana adquirió poco a poco una pauta casi racional.

—¿Qué ocurre? —le preguntó su padre con brusquedad.

—Lo que anticipamos hace media hora —dijo la madre, cuando el niño de ocho años no contestó—. Ojalá permitieras que un Guardia le sondeara.

—No confío para nada en los Guardias, y aún nos quedan doce años para solucionar el problema. Si no nos hemos separado para entonces…

—Más tarde. —La mujer se agachó y ordenó con voz crispada—: Adelante, Tim. Di hola a la gente.

—Intenta adoptar una orientación objetiva —añadió su padre con voz afable—. Sólo por esta noche, hasta el final de la fiesta.

Tim atravesó en silencio la abarrotada sala de estar sin hacer caso de las diversas formas oblicuas, el cuerpo inclinado hacia adelante, la cabeza ladeada. Sus padres no le siguieron; su anfitrión les interceptó y pronto se vieron rodeados de invitados Norm y Psi.

En la confusión, se olvidaron del niño. Efectuó un breve circuito en la sala de estar, satisfecho de no encontrar nada en ella, y después buscó un pasillo lateral. Un criado mecánico le abrió la puerta de un dormitorio y el chico entró.

El dormitorio estaba vacío; la fiesta acababa de empezar. Dejó que las voces y los movimientos que percibía a sus espaldas se difuminaran hasta formar un telón de fondo indistinto. El aire artificial, similar al de la Tierra, que bombeaban los conductos centrales de la ciudad, transportaba débiles perfumes de mujer, que invadían el lujosísimo apartamento. Se estiró e inhaló los dulces aromas, flores, frutas, especias…, y algo más.

Tuvo que adentrarse en el dormitorio para aislarlo. Ya lo tenía: amargo, como leche pasada. Cálido. Y estaba en el dormitorio.

Abrió un armario con cautela. El selector mecánico intentó ofrecerle una prenda, pero el chico no hizo caso. Con la puerta del armario abierta, el perfume era más intenso. El Otro estaba cerca del ropero, si no dentro.

¿Debajo de la cama?

Se agachó y miró. Allí no. Se tendió sobre el suelo y miró debajo del escritorio metálico de Fairchild, un mueble típico de las viviendas habitadas por oficiales coloniales. El olor era aún más intenso. Se sintió invadido de temor y entusiasmo. Se puso en pie de un salto y apartó el escritorio de la suave superficie de plástico de la pared.

El Otro estaba aplastado contra la pared, en las sombras, donde el escritorio se había apoyado.

Era un Otro Derecho, por supuesto. Sólo había identificado a un Izquierdo, y apenas durante una fracción de segundo. El Otro no había conseguido proyectarse por completo. Tim retrocedió con cautela, consciente que, sin su colaboración, el ente había llegado lo más lejos posible. El Otro le contempló con calma y captó sus acciones negativas, pero no podía hacer nada. No trató de comunicarse, porque nunca daba resultado.

Tim estaba a salvo. Se detuvo y dedicó un largo momento a examinar al Otro. Tenía la oportunidad de aprender algo más. Un espacio les separaba, que sólo salvaban la imagen visual y el olor (pequeñas partículas vaporizadas) del Otro.

Era imposible identificar a este Otro. Muchos eran tan similares que parecían múltiplos de la misma unidad. En ocasiones, el Otro era radicalmente diferente. ¿Existía la posibilidad que se hubieran elegido varias selecciones, métodos alternos de hacerse entender?

Una idea obsesiva le asaltó de nuevo. Las personas de la sala de estar, tanto de la clase Norm como de la Psi (e incluso la clase Muda, a la que él pertenecía), parecían haber llegado a un equilibrio práctico con sus Otros. Era extraño, puesto que sus Izquierdos habían superado al suyo..., a menos que la procesión de Derechos disminuyera a medida que el grupo de Izquierdos aumentaba.

¿Existía un conjunto finito de Otros?

Regresó a la frenética sala de estar. La gente murmuraba y deambulaba por todas partes, chillonas formas opacas omnipresentes, intensos olores que le abrumaban a causa de su cercanía. Estaba claro que debía recabar información de sus padres. Ya había dado vuelta a los índices de investigación acoplados a la transmisión educativa del Sistema Solar..., sin resultado, porque el circuito no funcionaba.

—¿Dónde estabas? —preguntó su madre, interrumpiendo la animada conversación que tenía lugar entre un grupo de ejecutivos de la clase Norm que bloqueaba una parte de la sala. Comprendió la expresión de su rostro.

—Oh —dijo—. ¿Aquí también?

La pregunta sorprendió al niño. El lugar daba igual. ¿Acaso no lo sabía ella? Se replegó en sí mismo para reflexionar. Necesitaba ayuda. No podía comprender sin ayuda externa, pero existía un muro verbal vacilante. ¿Se trataba, simplemente, de un problema de terminología, o había algo más?

Mientras paseaba por la sala de estar, el vago olor mohoso se filtró hasta su olfato a través de la pesada cortina de olores corporales. El Otro seguía acurrucado en la oscuridad, donde había estado el escritorio, en las sombras del dormitorio vacío. Esperando para saltar. Esperando a que avanzara dos pasitos más.

Julie siguió con la mirada a su hijo de ocho años con expresión preocupada.

—Habrá que vigilarle —dijo a su marido—. Preveo que la situación se va a complicar.

Curt también lo había captado, pero seguía hablando con los ejecutivos de clase Norm que se habían congregado alrededor de los dos Precogs.

—¿Qué harían si nos atacaran? —preguntó—. Ya saben que Tontorrón no puede hacer frente a una lluvia continua de proyectiles robot. Un puñado de vez en cuando entra en la naturaleza de los experimentos..., y cuenta con las previsiones que Julie y yo comunicamos cada media hora.

—Es verdad. —Fairchild se rascó su nariz gris y se acarició la barba que crecía bajo su labio—. Sin embargo, no creo que nos declaren una guerra abierta. Equivaldría a admitir que estamos logrando algo. Nos legalizaría y desataría otras consecuencias. Podríamos reunir a toda la gente de clase Psi y... —sonrió—, enviar al Sistema Solar más allá de la Nebulosa Andrómeda, con la sola fuerza de sus mentes trabajando al unísono.

Librodot

Curt escuchaba sin resentimiento, porque las palabras de su interlocutor no le sorprendían. Mientras Julie y él iban en coche a la fiesta, habían anticipado la fiesta, sus infructuosas discusiones, las crecientes aberraciones de su hijo. En este momento, Julie ya estaba viendo acontecimientos posteriores. Se preguntó qué indicaba la expresión preocupada de su cara.

—Tengo miedo —dijo Julie con voz tensa— que haya una pelea antes que volvamos a casa.

Bueno, él también lo había visto.

—Es la situación —dijo, rechazando el tema—. Todos los presentes están nerviosos. No seremos los únicos en pelearnos.

Fairchild les escuchaba con atención.

—Y sabiendo que van a sostener una disputa, ¿no pueden alterar el rumbo de los acontecimientos?

—Claro —respondió Curt—, del mismo modo que nosotros le proporcionamos preinformación y usted la utiliza para alterar la situación con Terra. De todos modos, ni a Julie ni a mí nos preocupa mucho. Evitar algo semejante exige un tremendo esfuerzo mental..., y ninguno de los dos tiene muchas energías.

—Ojalá me dejaras entregarlo a la Guardia —susurró Julie—. No soporto verle vagar sin rumbo, mirando debajo de los muebles, buscando Dios sabe qué en los armarios.

—Busca Otros —dijo Curt.

—Lo que sea.

Fairchild, un moderador por naturaleza, trató de terciar.

—Les quedan doce años —empezó—. No es una desgracia que Tim esté en la clase Muda. Todos ustedes empiezan igual. Si tiene poderes Psi, lo demostrará.

—Habla como un Precog infinito —dijo Julie, divertida—. ¿Cómo sabe que lo demostrará?

El rostro bondadoso de Fairchild se retorció a causa del esfuerzo. Curt sintió pena por él. Tenía demasiadas responsabilidades, demasiadas decisiones dependían de él, como también demasiadas vidas. Antes de la segregación de Terra, era un oficial destacado, un burócrata acostumbrado a un trabajo y una rutina claramente definidos. Ahora, ya nadie le enviaba instrucciones los lunes por la mañana. Las instrucciones debía dictarlas él.

—Enséñenos ese artilugio —dijo Curt—. Tengo curiosidad por ver cómo funciona.

Fairchild se quedó atónito.

—¿Cómo demonios...? —Entonces, recordó—. Claro, ya lo habrá visto por adelantado. —Rebuscó en su chaqueta—. Iba a ser la sorpresa de la fiesta, pero no puede haber sorpresas con dos Precogs cerca.

Los demás oficiales de clase Norm se reunieron alrededor de su jefe mientras éste desenvolvía un paquete y extraía de su interior una pequeña piedra brillante. El silencio se hizo en la sala mientras Fairchild examinaba la piedra, con los ojos muy próximos, como un joyero que inspeccionara una piedra preciosa.

—Un objeto ingenioso —comentó Curt.

—Gracias —dijo Fairchild—. Empezarán a llegar de un momento a otro. El brillo es para atraer a los niños y a gente de condición humilde que quiera adquirir una chuchería, algo de valor, ya saben. Y a mujeres, desde luego. A

Librodot

cualquiera que se detuviera a tomar lo que considerase un diamante: todo el mundo, excepto la clase Tec. Se lo enseñaré.

Paseó la mirada por los invitados, ataviados con alegres colores. A un lado, Tim estaba de pie con la cabeza ladeada en un ángulo. Fairchild titubeó y lanzó la piedra por encima de la alfombra, casi a los pies del niño. Los ojos de Tim no se movieron. Estaba mirando a la lejanía, sin ver el objeto brillante que tenía a sus pies.

Curt avanzó, decidido a animar la reunión.

—Haría falta algo del tamaño de un transporte a reacción. —Se agachó y tomó la piedra—. No es culpa suya que Tim se muestre indiferente a cosas tan mundanas como un diamante de cincuenta quilates.

Fairchild estaba afligido por el fracaso de su demostración.

—Lo había olvidado. —Se animó—. Pero en Terra ya no quedan mutantes. Escuche la propaganda. Me costó mucho redactarla.

La piedra descansaba en la mano de Curt. Un leve zumbido, como el de un mosquito, sonó en sus oídos, una cadencia modulada y controlada que provocó una oleada de murmullos en la sala.

—Amigos —proclamó la voz enlatada—, las causas del conflicto entre Terra y las colonias centaurianas han sido falseadas por la prensa.

—¿Va dirigido en serio a los niños? —preguntó Julie.

—Quizá piense que los niños terranos están más adelantados que los nuestros —dijo un oficial de clase Psi, y las carcajadas estremecieron la sala.

El leve zumbido continuó desgranando su mezcla de argumentos legales, idealismo y casi patéticas súplicas, las cuales molestaron a Curt. ¿Por qué tenía Fairchild que ponerse de rodillas y suplicar a los terranos? Mientras escuchaba, Fairchild fumaba en pipa, los brazos cruzados, una expresión de satisfacción en su rostro rotundo. Evidentemente, Fairchild no era consciente de la precaria levedad de sus palabras grabadas.

Curt pensó que ninguno de los presentes, incluido él, veía la fragilidad de su movimiento segregacionista. Era absurdo culpar a las poco convincentes palabras que surgían de la falsa joya. Cualquier descripción de su situación conducía a reflejar el afligido temor que dominaba a las colonias.

—Es patente desde hace mucho tiempo —aseguró la piedra— que la condición natural del hombre es la libertad. La servidumbre, la sumisión de un hombre o un grupo de hombres a otro, es un residuo del pasado, un anacronismo depravado. Los hombres deben autogobernarse.

—Resulta extraño oír a una piedra decir eso —observó Julie con cierta ironía—. Un trozo de roca muerta.

—Se les ha dicho que el movimiento secesionista colonial pondrá en peligro sus vidas y su nivel de vida. No es verdad. El nivel de vida de toda la Humanidad aumentará si los planetas colonizados acceden a su autogobierno y encuentran nuevos mercados económicos. El sistema mercantil impuesto por el gobierno terrano a los terranos que viven fuera del Sistema Solar…

—Los niños llevarán este objeto a sus casas —dijo Fairchild—. Sus padres también lo escucharán.

La piedra continuó su perorata.

—Las colonias no podían seguir siendo simples bases de aprovisionamiento de Terra, fuentes de materias primas y trabajo barato. Los colonos no podían seguir siendo ciudadanos de segunda clase. Los colonos tienen tanto derecho a construir su sociedad como los habitantes del

Librodot

Sistema Solar. Por ello, el gobierno colonial ha solicitado al gobierno terrano la eliminación de los vínculos que nos impiden alcanzar nuestro destino manifiesto.

Curt y Julie intercambiaron una mirada. La disertación académica pendía como un peso muerto sobre la sala. ¿Era éste el hombre que la colonia había elegido para dirigir el movimiento de resistencia? Un pedante, un oficial asalariado, un burócrata y (Curt no pudo evitar el pensamiento) un hombre carente de poderes Psi. Un Normal.

Existía la posibilidad que algún malentendido trivial en una directriz rutinaria hubiera impelido a Fairchild a romper con Terra. Nadie, excepto tal vez la Guardia telépata, conocía sus motivos o cuánto tiempo mantendría resueltamente su opinión.

—¿Qué opinan? —preguntó Fairchild, cuando la piedra finalizó su monólogo—. Millones de estos mensajes esparcidos por todo el grupo de Sol. Ya saben lo que la prensa terrana dice de nosotros; un montón de viles calumnias. Afirma que queremos apoderarnos de Sol, que somos crueles invasores del espacio exterior, monstruos, mutantes, fenómenos. Debemos contrarrestar esa propaganda.

—Bien —dijo Julie—, un tercio de nosotros somos fenómenos, no se puede negar. Sé que mi hijo es un fenómeno inútil.

Curt la tomó del brazo.

—¡Nadie llama fenómeno a Tim, ni siquiera tú!

—¡Pero si es verdad! —La mujer se soltó—. Si viviéramos en el Sistema Solar, si no nos hubiéramos segregado, tú y yo estaríamos en un campo de concentración, a la espera de ser... Ya sabes a qué me refiero. —Señaló a su hijo—. Tim no existiría.

Un hombre de rostro afilado habló desde un rincón.

—No estaríamos en el Sistema Solar. Nos las habríamos arreglado sin ayuda de nadie. Fairchild no tuvo nada que ver con ello; nosotros le abrimos el camino. ¡No lo olviden nunca!

Curt dirigió una mirada hostil al hombre. Reynolds, jefe de la Guardia telépata, borracho de nuevo. Borracho y escupiendo su odio vitriólico hacia los Normales.

—Es posible —admitió Curt—, pero nos habría costado mucho.

—Usted y yo sabemos qué mantiene con vida a esta colonia —respondió Reynolds, con una expresión arrogante y desdeñosa en su rostro colorado—. ¿Cuánto tiempo podrían continuar adelante estos burócratas sin Tontorrón y Sally, sin dos Precogs como ustedes, la Guardia y el resto de nosotros? Enfréntense a los hechos; no necesitamos esta pantalla legalista. No vamos a vencer gracias a ridículas apelaciones a la libertad y la igualdad. Vamos a vencer porque en Terra no hay Psis.

El buen humor de la reunión se apagó. Murmullos encolerizados se elevaron de los invitados Normales.

—Escuche —dijo Fairchild a Reynolds—, usted sigue siendo un ser humano, a pesar que lee las mentes. Poseer un talento no...

—No me sermonee —le interrumpió Reynolds—. Ningún cabeza-dormida me va a decir lo que debo hacer.

—Se está excediendo —dijo Curt a Reynolds—. Alguien le va partir la cara un día de estos. Si Fairchild no lo hace, es posible que yo sí.

—Usted y su Guardia entrometida —dijo a Reynolds un Resurreccionista de clase Psi, agarrándole por el cuello—. Se cree superior a nosotros porque pueden espiar con la mente. Se creen...

—Quíteme las manos de encima —dijo Reynolds con voz rasposa.

Un vaso cayó al suelo; una mujer tuvo un ataque de histeria. Dos hombres se enzarzaron en una pelea; un tercero se les unió y, al instante, un torbellino de resentimiento se formó en el centro de la sala.

Fairchild pidió orden a gritos.

—Por el amor de Dios, si peleamos entre nosotros, estamos perdidos. ¿Es que no lo entienden? ¡Debemos trabajar juntos!

El tumulto tardó un rato en apaciguarse. Reynolds pasó como un rayo junto a Curt, pálido y mascullando para sí.

—Me largo de aquí.

Los demás telépatas le siguieron con aire beligerante.

Mientras Julie y él volvían lentamente a casa a través de la oscuridad azulina, unos fragmentos de la propaganda de Fairchild se repetían una y otra vez en el cerebro de Curt. «Les han dicho que una victoria de los colonos significa una victoria de los Psis sobre los seres humanos Normales. ¡Eso no es verdad! La segregación no fue planeada, ni es dirigida, por Psis o Mutantes. La rebelión fue una reacción espontánea de todos los colonos, sin distinción de clases.»

—Me pregunto si Fairchild está en un error —musitó Curt—. Me pregunto si los Psis le estarán manipulando sin que él se dé cuenta. Me cae bien, aunque es un estúpido.

—Sí, es estúpido —admitió Julie.

En la oscuridad de la cabina del vehículo, su cigarrillo era una brasa luminosa de cólera. En el asiento trasero, Tim dormía hecho un ovillo, mecido por el calor del motor. El paisaje rocoso y desolado de Próxima III se extendía ante el pequeño coche de superficie, apagado, hostil y extraño. Entre los campos y depósitos de cosechas se veían algunas carreteras y edificios construidos por el hombre.

—No confío en Reynolds —prosiguió Curt, sabiendo que estaba dando paso a la escena anticipada, pero no deseaba soslayar la discusión—. Reynolds es inteligente, ambicioso y carece de escrúpulos. Quiere prestigio y posición social, pero Fairchild piensa en el bienestar de la colonia. Piensa lo que afirma en esa grabación de las piedras.

—Menudas tonterías —dijo con desdén Julie—. Los terranos se morirán de risa. No sé cómo logré escucharlas impávida, y Dios sabe que nuestras vidas dependen de esto.

—Bueno —dijo Curt con cautela, a sabiendas de lo que hacía—, tal vez haya terranos con más sentido de la justicia que tú y Reynolds. —Se volvió hacia ella—. Veo lo que vas a hacer y tú también. Quizá tengas razón, quizá deberíamos acabar de una vez. Diez años es mucho tiempo cuando el sentimiento ha desaparecido. Además, no fue idea nuestra.

—No —admitió Julie. Apagó el cigarrillo con dedos temblorosos y encendió otro—. Ojalá hubiera existido otro macho Precog, aparte de ti. Es algo que nunca perdonaré a Reynolds. La idea partió de él. Nunca tendría que haber accedido. ¡Por la gloria de la raza! ¡Ondeemos la bandera Psi! El acoplamiento místico de los primeros Precogs auténticos de la historia... ¡Mira el resultado!

Librodot

—Cierra el pico —dijo Curt—. No está dormido y puede oírte.

—Puede oírme, sí, pero entenderme no —dijo Julie con amargura—. Queríamos saber cómo sería la segunda generación... Bien, ya lo sabemos. Precog más Precog igual a fenómeno. Mudo inútil. Un monstruo. Enfrentémonos a la realidad: la M de su tarjeta es la M de monstruo.

Las manos de Curt se tensaron sobre el volante.

—Es una palabra que ni tú ni nadie va a utilizar.

—¡Monstruo! —Se inclinó hacia él, los blancos dientes realzados por la luz del tablero de instrumentos, echando chispas por los ojos—. Quizá los terranos tengan razón... Quizá sea mejor esterilizar y exterminar a los Precogs. Borrados por completo. Creo que...

Se calló, incapaz de continuar.

—Adelante —dijo Curt—. Crees que cuando la rebelión triunfe y controlemos las colonias, quizá debamos pasar una prueba selectiva. Con la Guardia a la cabeza, por supuesto.

—Separar la cizaña del buen grano. Primero, las colonias de Terra. Después, nosotros de ellos. Y cuando le toque a él, aunque sea mi hijo...

—Lo que estás haciendo es juzgar a la gente por su utilidad. Tim es un inútil, luego es absurdo dejarle vivir, ¿verdad? —Su tensión sanguínea había aumentado, pero ya no le importaba—. Criar a personas como si fueran ganado. Un humano no tiene derecho a vivir; es un privilegio que concedemos a nuestro capricho.

Curt aceleró el coche por la desierta autopista.

—Ya oíste a Fairchild pontificar sobre la libertad y la igualdad. Cree en ello, y yo también. Y creo que Tim, o cualquier otra persona, tiene derecho a existir, tanto si posee talento como si carece de él.

—Tiene derecho a vivir, pero recuerda que no es como nosotros. Es una rareza. No posee nuestras capacidades, nuestras... —articuló las palabras con aire triunfal—, nuestras capacidades superiores.

Curt desvió el coche hacia el borde de la autopista. Frenó y abrió la puerta. Un aire seco y cortante se introdujo en el vehículo.

—Ya te puedes ir. —Despertó a Tim—. Arriba, muchacho. Nos bajamos.

Julie se sentó detrás del volante.

—¿Cuándo volverás a casa? ¿O ya lo tienes todo decidido? Será mejor que investigues antes. Esa chica puede tener a otros haciendo cola.

Curt bajó del coche y cerró la puerta. Tomó a su hijo de la mano y le guió hacia el cuadrado negro de una rampa que ascendía hacia la oscuridad de la noche. Mientras subían los peldaños, oyó que el coche arrancaba y se alejaba por la autopista.

—¿Dónde estamos? —preguntó Tim.

—Ya conoces este sitio. Venimos cada semana. Es el colegio donde preparan a gente como tú y yo..., donde los Psis nos educamos.

II

Las luces se encendieron a su alrededor. Desde la entrada se bifurcaban una serie de pasadizos, como enredaderas metálicas.

—Te quedarás aquí unos cuantos días —dijo Curt a su hijo—. ¿Podrás aguantar sin ver a tu madre tanto tiempo?

Tim no contestó. Se había sumido en su silencio habitual y caminaba al lado de su padre. Curt se preguntó una vez más cómo podía ser el chico tan

retraído y, al mismo tiempo, tan despierto. La respuesta estaba escrita sobre cada milímetro del joven y enjuto cuerpo. Tim sólo evitaba el contacto con seres humanos. Se mantenía ajeno de una forma casi compulsiva del mundo exterior, mejor dicho, de un mundo exterior. Fuera cual fuese, no incluía a los humanos, si bien estaba compuesto de objetos externos y reales.

Como ya había anticipado, el niño se alejó repentinamente de él. Curt dejó que Tim se escabullera por un pasadizo lateral. Vio que tiraba con nerviosismo de un armario de suministros, intentando abrirlo.

—Muy bien —dijo Curt, resignado. Le siguió y abrió el armario con la llave maestra—. ¿Lo ves? Dentro no hay nada.

La oleada de alivio que inundó la cara del niño demostró bien a las claras su falta de precognición. El corazón le dio a Curt un vuelco. No había heredado el precioso talento que Julie y él poseían. Fuera lo que fuese el muchacho, no era un Precog.

Eran más de las dos de la mañana, pero los departamentos interiores del colegio bullían de actividad. Curt saludó con un cabeceo a un par de Guardias que holgazaneaban ante la barra, rodeados de cervezas y ceniceros.

—¿Dónde está Sally? —preguntó—. Quiero ver a Tontorrón.

Uno de los telépatas movió el pulgar con movimientos perezosos.

—Está por ahí. En los aposentos de los niños, durmiendo. Es tarde. —Escrutó a Curt, cuyos pensamientos no se apartaban de Julie—. Deberías dejar a una esposa como ésa. Además, es demasiado vieja y delgada. Seguro que te apetece más un pimpollo bien relleno...

Curt lanzó una andanada mental de desagrado y obtuvo cierta satisfacción cuando vio que el rostro sonriente expresaba hostilidad. El otro telépata se enderezó y gritó a Curt.

—Cuando le des la patada a tu mujer, nos la envías.

—Yo diría que te apetece una chica de unos veinte años —dijo otro telépata, cuando dejó entrar a Curt en el ala de los niños—. Cabello oscuro (corrígeme si me equivoco) y ojos oscuros. Te has formado ya una imagen completa. Quizá exista una chica concreta. Veamos, es baja, muy guapa y se llama...

Curt maldijo la situación que les obligaba a abrir sus mentes a los Guardias. Los telépatas se comunicaban entre sí a través de las colonias y, en particular, a través del colegio y las oficinas del gobierno colonial. Apretó la mano de Tim y entró.

—Ese hijo tuyo parece un poco raro —dijo el telépata cuando Tim pasó a su lado—. ¿Te importa que le sondee un poco?

—Aléjate de su mente —ordenó con brusquedad Curt.

Cerró la puerta de golpe, a sabiendas que daba igual, pero disfrutó la sensación del metal al encajarse en el hueco. Empujó a Tim por un angosto pasillo, hasta desembocar en una pequeña habitación. Tim se desvió hacia una puerta lateral; Curt tiró de él con violencia.

—¡Ahí dentro no hay nada! —le regañó—. Es un cuarto de baño.

Tim continuó debatiéndose. Entonces, apareció Sally, atándose el cinturón de la bata, el rostro anegado en sueño.

—Hola, señor Purcell —saludó—. Hola, Tim. —Bostezó, encendió una lámpara de pie y se derrumbó sobre una silla—. ¿Qué puedo hacer por usted, a estas horas de la noche?

Librodot

Tenía trece años, era alta y desgarbada, de cabello amarillento y piel pecosa. Se mordisqueó el pulgar y volvió a bostezar cuando el niño se sentó frente a ella. Para divertirle, animó un par de guantes tirados sobre una mesa. Tim rió complacido cuando los guantes reptaron hacia el borde de la mesa, agitaron sus dedos y procedieron a un cauteloso descenso.

—Estupendo —dijo Curt—. Vas mejorando. Yo diría que no te saltas ninguna clase.

Sally se encogió de hombros.

—El colegio no puede enseñarme nada, señor Purcell. Usted sabe bien que soy la Psi con poderes de animación más avanzados. Me dejan trabajar a mis anchas. De hecho, doy clase a un puñado de niños, todavía Mudos, que podrían tener algo. Creo que un par de ellos, con práctica, saldrán adelante. Lo único que pueden darme son estímulos; ya sabe, ayuda psicológica, montones de vitaminas y aire puro. Pero no pueden enseñarme nada.

—Pueden enseñarte lo importante que eres —respondió Curt. Ya había anticipado la conversación, por supuesto. Durante la última media hora había seleccionado cierto número de posibles enfoques, los había descartado uno tras otro y, por fin, se había decantado por éste—. He venido a ver a Tontorrón, lo cual significa que debía despertarte. ¿Sabes por qué?

—Claro —contestó Sally—. Le tiene miedo. Y como Tontorrón me tiene miedo, necesita que yo le acompañe. —Dejó que los guantes se inmovilizaran y se levantó—. Bien, vamos.

Había visto a Tontorrón muchas veces, pero nunca se acostumbraba a la visión. Atemorizado, a pesar de haber anticipado la escena, Curt se detuvo en el espacio abierto ante la plataforma y levantó la vista, silencioso e impresionado como siempre.

—Está gordo —comentó Sally—. Si no adelgaza, le queda poco tiempo de vida.

Tontorrón estaba desparramado como un budín gris y tembloroso en la inmensa silla que el departamento Tec le había fabricado. Tenía los ojos entornados y los brazos pulposos caídos a los costados. Rollos de masa rezumante colgaban sobre los brazos y lados de la silla. El cráneo de Tontorrón, parecido a un huevo, estaba coronado por una mata de cabello grasiento y enmarañado, como algas podridas. Sus uñas se perdían en los dedos gruesos como salchichas. Tenía los dientes ennegrecidos y con caries. Sus diminutos ojos azules relampaguearon cuando identificó a Curt y Sally, pero su obeso cuerpo no se movió.

—Está descansando —explicó Sally—. Acaba de comer.

—Hola —dijo Curt.

A modo de respuesta, un gruñido surgió de sus rollizos labios rosados.

—No le gusta que le molesten a horas intempestivas —bostezó Sally—. No me extraña.

Paseó por la sala y se divirtió animando brazos de lámparas adosados a las paredes. Los brazos lucharon por liberarse del plástico caliente en que estaban encajados.

—Si no le importa que se lo diga, señor Purcell, todo esto me parece una estupidez. Los telépatas impiden que los terranos infiltrados entren aquí, y este montaje suyo va dirigido contra ellos. Eso significa que está ayudando a Terra, ¿no es cierto? Si los Guardias no nos protegieran…

—Mantengo alejados a los terranos —farfulló Tontorrón—. Tengo mi escudo y lo rechazo todo.

—Rechazas los proyectiles —corrigió Sally—, pero no puedes mantener alejados a los infiltrados. Si un infiltrado terrano entrara ahora en esta habitación, ni te enterarías. No eres más que un estúpido montón de grasa.

Su descripción era correcta, pero el inmenso montón de grasa era la pieza clave de la defensa colonial, el más capacitado de los Psis. Tontorrón era el núcleo del movimiento separatista..., y el símbolo viviente de su gran problema.

Tontorrón poseía un poder paraquinético casi infinito, y la mente de un mongólico de tres años. Era, en concreto, un sabio idiota. Sus legendarios poderes habían absorbido, degradado y anulado toda su personalidad, en lugar de expandirla. Habría podido borrar del mapa a la colonia muchos años antes si sus deseos y temores hubieran ido acompañados de astucia. Sin embargo, Tontorrón estaba indefenso, dependía totalmente de las instrucciones del gobierno colonial, y estaba reducido a una hosca pasividad por su terror a Sally.

—Me he comido un cerdo entero. —Tontorrón se removió en su silla, eructó y se secó la barbilla—. Dos cerdos, de hecho. Aquí mismo, hace un ratito. Podría haber seguido comiendo.

La dieta del colono consistía sobre todo en proteínas artificiales. Tontorrón se lo pasaba en grande a sus expensas.

—El cerdo era de Terra —continuó Tontorrón, muy animado—. Anoche cené una bandada de patos salvajes. Y antes, me zampé un animal de Betelgeuse IV. No tiene nombre; corre por ahí y come.

—Igual que tú —replicó Sally—. Sólo que tú no corres.

Tontorrón lanzó una risita. El orgullo alejó por un momento su miedo a la muchacha.

—Coman un poco de dulce —dijo.

Una lluvia de chocolate surgió de la nada. Curt y Sally retrocedieron cuando el suelo de la sala desapareció bajo el diluvio. El chocolate vino acompañado de fragmentos de maquinaria, cajas de cartón, secciones de un escaparate y un buen trozo de hormigón.

—Una fábrica de golosinas terrana —explicó Tontorrón, muy contento—. He apuntado con mucha precisión.

Tim había despertado de su ensueño. Se agachó y recogió un puñado de chocolatinas.

—Adelante —le invitó Curt—. Toma lo que quieras.

—Yo soy el único que se come los dulces —aulló Tontorrón, indignado. El chocolate desapareció—. Lo he enviado de vuelta —explicó, malhumorado—. Es mío.

No había nada de malvado en Tontorrón, tan sólo un infinito egoísmo infantil. Gracias a su poder, todos los objetos del Universo se hallaban a su alcance. Nada podía escapar a sus brazos gordezuelos. Si tal era su deseo, podía tomar la Luna. Por fortuna, la mayor parte de las cosas estaban fuera de su comprensión. No le interesaban.

—Basta de juegos —dijo Curt—. ¿Puedes decirnos si hay telépatas lo bastante cerca para sondearnos?

Tontorrón procedió a una búsqueda desganada. Era consciente de los objetos, donde fuera que estuvieran. Por mediación de su talento estaba en contacto con el contenido físico del Universo.

—No hay ninguno cerca —afirmó al cabo de un rato—. Detecto uno a treinta metros de distancia. Le enviaré algo más atrás. Odio que los telépatas invadan mi intimidad.

—Todo el mundo odia a los Teps —dijo Sally—. Es un talento sucio y repugnante. Leer las mentes de las personas es como mirarlas cuando se bañan, se visten o comen. Es anormal.

Curt sonrió.

—¿En qué se diferencian de los Precogs? No dirás que eso es normal.

—La precognición tiene que ver con los acontecimientos, no con las personas —contestó Sally—. Saber lo que va a ocurrir no es peor que saber lo que ya ha ocurrido.

—Pero podría ser mejor —señaló Curt.

—No —le contradijo Sally—. Nos ha metido en este lío. Debo vigilar siempre lo que pienso por su culpa. Cada vez que veo a un Tep se me pone la piel de gallina, y por más que me esfuerzo no puedo dejar de pensar en ella, sólo por saber que no debo.

—Mi facultad precog no tiene nada que ver con Pat —protestó Curt—. Precognición no implica fatalidad. Localizar a Pat fue un trabajo complicado. Fue una elección deliberada por mi parte.

—¿Lo lamentas? —preguntó Sally.

—No.

—De no ser por mí —interrumpió Tontorrón—, nunca habrías localizado a Pat.

—Ojalá no hubiera ocurrido —dijo Sally de todo corazón—. De no ser por Pat, no nos habríamos visto mezclados en este lío. —Lanzó una mirada hostil a Curt—. Y no creo que sea guapa.

—¿Qué sugieres? —preguntó Curt a la niña, con más paciencia de lo normal. Había anticipado la inutilidad de intentar explicar lo de Pat a una cría y a un idiota—. No podemos fingir que no la encontramos.

—Ya lo sé —admitió Sally—, y los Teps ya han extraído algo de nuestras mentes. Por eso hay tantos en las cercanías. Es estupendo ignorar su paradero.

—Yo sé dónde está —dijo Tontorrón—. Sé el lugar exacto.

—No, no es verdad —replicó Sally—. Sólo sabes cómo llegar a ella que no es lo mismo. Eres incapaz de explicarlo; nos envías allí y nos traes de regreso.

—Es un planeta —dijo Tontorrón, irritado—, con plantas raras y un montón de cosas verdes. Y el aire está enrarecido. Vive en un campamento. La gente trabaja la tierra todo el día. Hay muy poca gente. Viven muchos animales tontos. Hace frío.

—¿Dónde está? —preguntó Curt.

—Está... —farfulló Tontorrón. Agitó sus brazos pulposos—. En algún lugar cerca de...

Se rindió, lanzó un bufido de rencor en dirección a Sally y materializó un depósito de agua sucia sobre la cabeza de la muchacha. Cuando el agua se derramó sobre ella, Sally efectuó rápidos movimientos con las manos.

Tontorrón chilló de terror y el agua se desvaneció. Se quedó tembloroso y jadeante, mientras Sally secaba su ropa mojada. Había animado los dedos de la mano izquierda de Tontorrón.

—Será mejor que no lo vuelvas a hacer —le advirtió Curt—. Puedes paralizarle el corazón.

—El muy patán. —Sally rebuscó en un armario de suministros—. Bien, si ya ha tomado una decisión, terminemos de una vez. No se quede mucho rato. Cuando haya conseguido hablar con Pat, salgan los dos y no vuelvan hasta dentro de muchas horas. De noche hace frío y no tienen estufas. —Sacó una manta del ropero—. Me la voy a llevar.

—No vamos a ir —dijo Curt—. Esta vez será diferente.

Sally parpadeó.

—¿Diferente? ¿En qué sentido?

Hasta Tontorrón se sorprendió.

—Estaba a punto de trasladarte —se quejó.

—Lo sé —dijo Curt—, pero esta vez quiero traer aquí a Pat. Traerla a esta sala, ¿entiendes? Ésta es la ocasión de la que habíamos hablado. El gran momento ha llegado.

Sólo una persona acompañaba a Curt cuando entró en el despacho de Fairchild. Sally estaba en la cama, de vuelta al colegio. Tontorrón nunca se movía de su habitación. Tim continuaba en el colegio, pero no en manos de los telépatas, sino de las autoridades de clase Psi.

Pat le siguió con paso vacilante, asustada y nerviosa cuando los hombres sentados en el despacho levantaron la vista, preocupados.

Tenía unos diecinueve años. Era esbelta y de piel cobriza. Sus ojos eran grandes y oscuros. Llevaba una camisa de lona, tejanos y gruesos zapatos manchados de barro. Su masa de rizos negros estaba sujeta en un moño con una cinta roja. Las mangas subidas dejaban al descubierto unos brazos bronceados y fuertes. En el cinturón de piel llevaba un cuchillo, un teléfono y un paquete de raciones alimenticias y agua.

—Ésta es la chica —dijo Curt—. Mírenla bien.

—¿De dónde eres? —preguntó Fairchild a Pat. Apartó una montaña de papeles y memocintas para buscar su pipa.

Pat vaciló.

—Yo... —empezó. Se volvió hacia Curt, indecisa—. Me indicaste que nunca se lo dijera a nadie, incluido tú.

—Está bien —la tranquilizó Curt—. Ahora nos lo puedes decir. Anticipo lo que va a decir —explicó a Fairchild—, pero antes nunca lo hice. No quería que los Guardias me lo extrajeran del cerebro.

—Nací en Próxima VI —dijo Pat en voz baja—. Me crié allí. Es la primera vez que salgo del planeta.

Fairchild abrió los ojos de par en par.

—Un lugar salvaje. De hecho, nuestra región más primitiva.

El grupo de consejeros Norm y Psi se acercaron. Un hombre ancho de hombros, de rostro curtido por la intemperie y ojos astutos, levantó la mano.

—¿Debemos suponer que Tontorrón te ha traído aquí?

Pat asintió.

—Yo no lo sabía. Quiero decir que fue inesperado. —Dio unos golpecitos sobre su cinturón—. Estaba despejando de rastrojos la tierra... Estamos intentando aprovechar más terreno.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Fairchild.

—Patricia Ann Connley.

—¿A qué clase perteneces?

Los labios de la muchacha, agrietados por el sol, se movieron.

—Clase Muda.

Los oficiales se agitaron.

—¿Eres una Mutante sin poderes Psi? —preguntó el anciano—. ¿En qué difieres exactamente de los Norm?

Pat dirigió una mirada a Curt y éste se adelantó para responder por ella.

—Esta chica cumplirá veintiún años dentro de dos. Ya sabe lo que eso significa. Si continúa todavía en la clase Muda, será esterilizada y confinada en un campamento. Es nuestra política colonial. Y si Terra nos vence, será esterilizada de todas formas, como los demás Psis y Mutantes.

—¿Está intentando decir que posee un talento? —preguntó Fairchild—. ¿Quiere que la pasemos de Muda a Psi? —Sus manos juguetearon con los papeles de la mesa—. Cada día recibimos un millar de peticiones como ésa. ¿Ha venido a las cuatro de la madrugada sólo para eso? Llene un formulario, el procedimiento administrativo habitual.

El anciano carraspeó y preguntó de súbito:

—¿Esta chica es amiga suya?

—Exacto —contestó Curt—. Tengo un interés personal.

—¿Cómo la conoció? Si nunca ha salido de Próxima VI…

—Tontorrón me ha enviado al planeta unas veinte veces. Ignoraba que fuera Próxima VI, por supuesto. Sólo sabía que era un planeta de las colonias, primitivo, en estado salvaje. Todo empezó cuando tropecé en nuestros archivos de la clase Muda con un análisis de su personalidad y características neurológicas. En cuanto me di cuenta de la verdad, entregué a Tontorrón su pauta cerebral identificativa y le pedí que me enviara al planeta.

—¿Cuál es esa pauta? —preguntó Fairchild—. ¿Qué tiene de diferente?

—El talento de Pat jamás ha sido reconocido como Psi. En cierto modo no lo es, pero se convertirá en uno de los talentos más útiles que hayamos descubierto. Tendríamos que haberlo previsto. Donde se desarrolla un organismo, aparece otro antagónico.

—Vaya al grano —dijo Fairchild. Se acarició la barba incipiente del mentón—. Cuando me llamó, sólo dijo que…

—Considere los diversos talentos Psi como armas de supervivencia. Considere que la capacidad telepática ha evolucionado para defender un organismo. El telépata tiene ventaja sobre sus enemigos. ¿Continuará siempre así? ¿No suele aparecer siempre un elemento de equilibrio?

El anciano fue el primero en entender.

—Claro —dijo, con una sonrisa de irónica admiración—. La chica es opaca a los sondeos telepáticos.

—Exacto. Es la primera, pero habrá más. Y no se tratará tan sólo de una defensa contra los sondeos telepáticos. Existirán organismos resistentes a los Paraquinéticos, a los Precogs como yo, a los Resurreccionistas, a los Animadores, a todos los poderes Psi. Ya tenemos una cuarta clase: la clase Anti-Psi. Era inevitable que apareciera.

III

El café era artificial, pero caliente y sabroso. Al igual que los huevos y el tocino, era una mezcla sintética de harinas y proteínas cultivadas en depósitos, con una dosis cuidadosamente regulada de fibras vegetales nativas. Mientras comían, salió el sol. El paisaje gris y desolado de Próxima III se tiñó de un rojo muy suave.

—Es bonito —dijo Pat con timidez, mirando por la ventana de la cocina—. Echaré un vistazo a sus herramientas de cultivo. Tienen muchas más que nosotros.

—Hemos tenido más tiempo —le recordó Curt—. Este planeta fue colonizado un siglo antes que el de ustedes. Ya nos atraparán. En muchos sentidos, Próxima VI es más rico y fértil.

Julie no estaba sentada a la mesa, sino de pie, apoyada en la nevera, con los brazos cruzados y una expresión severa en el rostro.

—¿Se va a quedar aquí? —preguntó con voz tensa—. ¿En esta casa, con nosotros?

—Exacto —contestó Curt.

—¿Cuánto tiempo?

—Unos días. Una semana. Hasta que Fairchild se ponga en acción.

Fuera de la casa se escucharon leves ruidos. Los habitantes del complejo residencial empezaban a levantarse. La temperatura de la cocina era muy agradable; una ventana de plástico transparente la separaba del paisaje de rocas caídas, árboles y plantas raquíticos que se extendían hasta cientos de kilómetros de distancia. El viento frío de la mañana diseminaba la basura que sembraba el desierto espaciopuerto, enclavado al borde del complejo.

—Esa pista era el vínculo entre nosotros y el Sistema Solar —dijo Curt—. El cordón umbilical. Ahora se ha cortado, al menos por un tiempo.

—Es hermoso —afirmó Pat.

—¿La pista?

La joven señaló las torres de un complejo de minería y fundición que se veían detrás de las filas de casas.

—Me refiero a eso. El paisaje es igual que el nuestro, desolado y terrible, pero las instalaciones simbolizan la lucha por vencer a ese paisaje. —Se estremeció—. Me he pasado toda la vida luchando contra árboles y rocas, intentando aprovechar el suelo, intentando construir un lugar donde vivir. En Prox VI no tenemos maquinaria, sólo herramientas manuales y nuestras espaldas. Ya has visto nuestras aldeas.

Curt bebió café.

—¿Hay muchos Psis en Prox VI?

—Algunos, la mayoría de escasa entidad. Unos cuantos Resurreccionistas, un puñado de Animadores. Ninguno tan bueno como Sally. —Lanzó una carcajada y dejó sus dientes al descubierto—. Somos unos patanes de pueblo, comparados con esa metrópoli urbana. Ya has visto cómo vivimos. Aldeas dispersas, granjas, unos pocos centros de aprovisionamiento aislados, una pista de aterrizaje miserable... Has visto a mi familia, a mis hermanos y a mi padre, nuestra vida hogareña, si se puede llamar hogar a aquella cabaña. Tres siglos de retraso respecto a Terra.

—¿Aprendiste muchas cosas sobre Terra?

—Oh, sí. Hasta la segregación nos llegaban cintas directamente desde el Sistema Solar. No es que lamente que nos hayamos separado. Tendríamos que haber trabajado más, en lugar de mirar cintas, pero era interesante ver el mundo madre, las grandes ciudades, sus millones y millones de habitantes, las primeras colonias de Marte y Venus. Era fascinante. —Su voz vibró de entusiasmo—. En otro tiempo, aquellas colonias fueron como la nuestra. Tuvieron que despejar Marte, al igual que nosotros estamos limpiando Prox VI. Limpiaremos Prox VI, levantaremos ciudades, allanaremos campos. Y todos colaboraremos.

Librodot

Julie se apartó de la nevera y empezó a recoger los platos de la mesa, sin mirar a Pat.

—Tal vez soy un poco ingenua —dijo a Curt—, pero, ¿dónde va a dormir?

—Ya sabes la respuesta —respondió Curt con paciencia—. Lo has anticipado todo. Como Tim está en el colegio, ocupará su habitación.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Alimentarla, servirla, ser su criada? ¿Qué se supone que debo decir a la gente cuando la vea? —Julie elevó el tono de voz—. ¿Debo decir que es mi hermana?

Pat sonrió a Curt, mientras jugueteaba con un botón de su camisa. En apariencia, la voz áspera de Julie no le afectaba, como si no la oyera. Tal vez por ese motivo, la Guardia no podía sondearla. Indiferente, casi autista, daba la impresión que era impermeable al rencor y la violencia.

—No necesita que nadie le sirva —contestó Curt a su mujer—. Déjala en paz.

Julie encendió un cigarrillo con dedos temblorosos.

—Me encantará dejarla en paz, pero no puede ir por ahí vestida con esa ropa de presidiaria.

—Préstale ropa tuya —sugirió Curt.

Julie hizo una mueca.

—Mi ropa no le sentará bien; es demasiado fornida —dijo a Pat con deliberada crueldad—. ¿Qué talla usas, una 44? Dios mío, ¿te dedicas a tirar de un arado? Fíjate en su cuello y hombros... Parece un percherón.

Curt se levantó con brusquedad y apartó su silla de la mesa.

—Ven —ordenó a Pat. Era vital enseñarle algo que no fuera esa corriente subterránea de odio—. Voy a enseñarte los alrededores.

Pat se puso en pie de un salto, las mejillas encendidas.

—Quiero verlo todo. —Corrió tras Curt; mientras éste tomaba el abrigo y se encaminaba hacia la puerta—. ¿Me enseñarás el colegio donde adiestran a los Psis? Quiero ver cómo desarrollan sus capacidades. ¿Me enseñarás la organización del gobierno colonial? Quiero ver a Fairchild; trabajar con los Psis.

Julie siguió a los dos hasta el porche. El gélido aire matinal remolineó a su alrededor, mezclado con el ruido de los coches que salían de la zona residencial en dirección a la ciudad.

—En mi habitación encontrarás faldas y blusas —dijo Julie a Pat—. Toma algo ligero. Aquí hace más calor que en Prox VI.

—Gracias —contestó Pat.

Entró a toda prisa en la casa.

—Es guapa —dijo Julie a Curt—. Cuando se haya lavado y vestido, tendrá buen aspecto. Su figura no está mal, aunque algo robusta. ¿Su mente, su personalidad, son atrayentes?

—Por supuesto —dijo Curt.

Julie se encogió de hombros.

—Bueno, es joven. Mucho más joven que yo. —Sonrió con tristeza—. ¿Recuerdas cuando nos conocimos? Hace diez años... Yo tenía muchas ganas de verte, de hablar contigo. Eras el único otro Precog, aparte de mí. Abrigaba muchos sueños y esperanzas acerca de nosotros. Tenía su edad. ¿Tal vez un poco más joven?

—Era difícil saber cómo iba a funcionar —dijo Curt—. Incluso para nosotros. Una anticipación de media hora no es mucho, en estas cosas.

—¿Desde cuándo dura? —preguntó Julie.

—No mucho.

—¿Ha habido otras mujeres?

—No. Sólo Pat.

—Cuando descubrí que había otra, confié en que fuera buena para ti. Si estuviera segura que esa chica tiene algo que ofrecerte... Supongo que es su introspección lo que da impresión de vaciedad. Tú te entiendes mejor con ella que conmigo. Es probable que no captes la falta, si se trata de una falta. Puede que esté relacionado con su talento, su opacidad.

Curt se anudó los cordones de sus zapatos.

—Creo que es una especie de inocencia. No ha sido afectada por cosas propias de nuestra sociedad urbana e industrial. Cuando hablabas de ella, ni siquiera parecía darse cuenta.

Julie rozó su brazo.

—Cuídala bien. Va a necesitarlo. Me pregunto cuál será la reacción de Reynolds.

—¿Ves algo?

—Sobre ella, nada. Te vas a marchar... Yo me quedaré sola durante el próximo intervalo, hasta donde alcanzo a ver, trabajando en la casa. Ahora, me iré a la ciudad a comprar ropa. Quizá le encuentre algo.

—Le compraremos cosas —dijo Curt—. Debería llevar ropa nueva.

Pat apareció con una blusa color crema y una falda amarilla larga hasta los tobillos, sus negros ojos brillantes y el cabello mojado de rocío.

—¡Estoy lista! ¿Nos vamos?

El sol se derramó sobre ellos cuando salieron al nivel del suelo.

—Primero, iremos al colegio y recogeremos a mi hijo.

Los tres caminaron con parsimonia por el sendero de grava que corría entre el edificio de hormigón blanco del colegio y el césped mojado, que con tanto empeño defendían del clima hostil del planeta. Tim precedía a Pat y Curt, escuchando y escrutando los objetos que le rodeaban, el cuerpo tenso inclinado hacia adelante, ágil y alerta.

—No habla mucho —observó Pat.

—Está demasiado ocupado para prestarnos atención.

Tim se detuvo detrás de un matorral. Pat le siguió, curiosa.

—¿Qué busca? Es un niño muy guapo... Tiene el cabello de Julie, es muy bonito.

—Mira allí —indicó Curt a su hijo—. Hay muchos niños. Ve a jugar con ellos.

Ante la entrada del edificio principal se habían congregado grupos de padres con sus hijos. Oficiales uniformados del colegio se movían entre ellos, eligiendo, verificando, dividiendo a los niños en diversos subgrupos. De vez en cuando, permitían que uno de los subgrupos pasara el sistema de control y entrara en el edificio. Las madres aguardaban fuera, atemorizadas y patéticamente esperanzadas.

—Es igual que en Prox VI —dijo Pat—, cuando los equipos escolares vienen a realizar el censo y la inspección. Todo el mundo quiere que los niños sin clasificar pasen a la clase Psi. Mi padre intentó durante años sacarme de los Mudos. Al final se rindió. Aquel informe que viste era una de sus solicitudes periódicas. Se traspapeló, ¿verdad? Acumuló polvo en un cajón.

Librodot

—Si esto sale bien —contestó Curt—, muchos más niños tendrán la posibilidad de abandonar la clase Muda. Tú no serás la única, sino la primera de una larga lista, confiemos.

Pat dio una patada a una piedra.

—No me siento tan original, tan radicalmente diferente. No siento nada en absoluto. Dices que soy opaca a la invasión telepática, pero sólo me han sondeado una o dos veces en toda mi vida. —Se tocó la cabeza con sus dedos cobrizos y sonrió—. Si ningún Guardia me sondea, soy como todo el mundo.

—Tu capacidad es un contratalento —señaló Curt—. Es necesario despertar el talento dormido. No eres consciente de él durante tu rutinaria vida cotidiana, por supuesto.

—Un contratalento. Parece tan..., tan negativo. No hago nada, al contrario que ustedes. No muevo objetos, ni convierto piedras en pan, ni doy a luz sin necesidad de fecundación, ni resucito a los muertos. Anulo la capacidad de otros, nada más. Se me antoja una capacidad hostil, absurda: anular el factor telepático.

—Puede ser tan útil como el propio factor telepático, especialmente para nosotros, los no Teps.

—Supón que aparece alguien que anula tu capacidad, Curt. —Hablaba con gran seriedad, en un tono desalentado y afligido—. Gente que anule todos los talentos Psi. Volveremos al punto de partida. Será como si no tuviéramos poderes Psi.

—No lo creo. El factor Anti-Psi es una restauración natural del equilibrio. Un insecto aprende a volar; por lo tanto, otro aprende a tejer telarañas para atraparlo. ¿Es lo mismo que no volar? Las almejas desarrollan conchas duras para protegerse; por lo tanto, las aves aprendieron a volar para elevarlas en el aire y dejarlas caer sobre una roca. En cierto sentido, eres una forma de vida depredadora de los Psis, y los Psis son una forma de vida depredadora de los Norms. Eso te convierte en amiga de la clase Norm. Equilibrio, el círculo cerrado, depredador y presa. Es un sistema eterno y, francamente, no se me ocurre la manera de mejorarlo.

—Te podrían considerar un traidor.

—Sí. Supongo que sí.

—¿No te preocupa?

—Me preocupa que la gente sienta hostilidad hacia mí, pero es imposible vivir mucho tiempo sin despertar hostilidad. Julie siente hostilidad hacia ti. Reynolds siente hostilidad hacia mí. Es imposible complacer a todo el mundo, porque cada persona desea cosas diferentes. Si complaces a uno, desagradas a otro. En la vida hay que decidir a quién se quiere complacer. Yo prefiero complacer a Fairchild.

—Estará contento.

—Si se da cuenta de lo que está pasando. Fairchild es un burócrata saturado de trabajo. Tal vez decida que me he excedido en mis funciones al actuar a petición de tu padre. Tal vez se incline por devolverte a Prox VI. Incluso está la posibilidad que me aplique una sanción.

Salieron del colegio y se dirigieron por la autopista hacia la orilla del océano. Tim gritó de felicidad en la inmensa playa desierta, mientras corría agitando los brazos. Sus chillidos se perdieron en el murmullo de las olas que lamían la orilla. El sol rojizo se alzaba sobre ellos. Los tres estaban

completamente aislados por el océano, el cielo y la playa. No se veía a ningún otro ser humano, tan sólo una bandada de aves indígenas que buscaban crustáceos en la arena.

—Es maravilloso —dijo Pat, impresionada—. Creo que los océanos de Terra son como éste, grandes, brillantes y rojos.

—Azules —corrigió Curt.

Estaba tendido sobre la arena caliente, fumaba en pipa y contemplaba con semblante sombrío las olas que acariciaban la playa a unos metros de distancia. Las olas dejaban sobre la arena montones de algas marinas.

Tim volvió corriendo con los brazos cargados de hierbas que chorreaban. Las dejó caer ante Pat y su padre.

—Le gusta el océano —dijo Pat.

—Aquí no se pueden esconder los Otros —respondió Curt—. Puede ver a kilómetros de distancia, y así saber que no se están arrastrando hacia él.

—¿Los Otros? Es un niño muy extraño. Siempre ensimismado y ocupado. Se toma muy en serio su mundo alternativo. Supongo que es un mundo desagradable. Demasiadas responsabilidades.

El tono del cielo aumentó de intensidad. Tim se puso a construir una complicada estructura con arena sacada del borde del agua.

Pat, descalza, se reunió con Tim. Los dos se aplicaron a añadir infinitos muros, edificios auxiliares y torres. Los hombros y la espalda desnuda de la muchacha se perlaron de sudor. Se incorporó por fin, jadeante y exhausta, se apartó el cabello de los ojos y se puso en pie.

—Hace demasiado calor —dijo con voz ahogada, y se tendió al lado de Curt—. El clima es muy diferente aquí. Tengo sueño.

Tim siguió trabajando en la estructura. Los dos le contemplaron amodorrados, mientras el niño rompía grumos de arena seca entre los dedos.

—Supongo que no queda mucho de tu matrimonio —dijo Pat al cabo de un rato—. He destruido vuestra convivencia.

—No ha sido culpa tuya. En realidad, nunca estuvimos juntos. Sólo teníamos en común nuestro talento, y eso no tiene nada que ver con la personalidad global, con el individuo total.

Pat se quitó la falda y avanzó hacia la orilla del agua. Se acuclilló entre la espuma rosada y procedió a lavarse el pelo. Su cuerpo esbelto y bronceado, medio sepultado entre las montañas de espuma, brillaba bajo el sol.

—¡Ven! —gritó a Curt—. Está muy fría.

Curt tiró las cenizas de la pipa en la arena seca.

—Debemos volver. Tarde o temprano debo discutirlo con Fairchild. Hay que tomar una decisión.

Pat salió del agua con el cuerpo chorreando, la cabeza echada hacia atrás y el cabello caído sobre los hombros. Tim atrajo su atención y la joven se detuvo para examinar su edificio de arena.

—Tienes razón —dijo a Curt—. No deberíamos estar aquí, bañándonos, dormitando y construyendo castillos de arena. Fairchild se está esforzando por llevar a cabo la separación, y nosotros debemos construir cosas auténticas en las colonias.

Mientras se secaba con la chaqueta de Curt, le habló de Próxima VI.

—Es como en la Edad Media de Terra. La mayor parte de nuestro pueblo cree que los poderes Psi son milagros. Creen que los Psis son santos.

Librodot

—Supongo que eso eran los santos —admitió Curt—. Resucitaban a los muertos, convertían material inorgánico en orgánico y movían objetos a voluntad. Es probable que los poderes Psi siempre hayan estado presentes en la raza humana. El individuo de clase Psi no es nuevo. Siempre ha estado con nosotros, ayudando aquí y allá, perjudicando a la Humanidad cuando explotaba su talento en beneficio propio.

Pat se calzó las sandalias.

—Cerca de nuestro pueblo vive una anciana, una Resurreccionista de primera. No se irá de Prox VI; no se sumará a los equipos gubernamentales ni se integrará en el colegio. Quiere quedarse donde está, ser una bruja y una sabia. La gente acude a ella y cura a los enfermos.

Pat se abotonó la blusa y caminó hacia el coche.

—Cuando tenía siete años me rompí el brazo. Posó sus manos viejas y arrugadas sobre el miembro y la fractura se soldó. Por lo visto, sus manos irradian una especie de campo generativo que afecta a la velocidad de crecimiento de las células. Recuerdo que una vez un chico se ahogó y le devolvió a la vida.

—Consigue a una vieja que cure y a otra que pueda predecir el futuro, y tu pueblo ya lo tiene todo. Los Psis venimos ayudando desde hace mucho más tiempo del que creemos.

—¡Vámonos, Tim! —gritó Pat, llevándose sus bronceadas manos a los labios—. ¡Es hora de irnos!

El chico se agachó por última vez para examinar las profundidades de su estructura, las complicadas secciones interiores y su edificio de arena.

De repente lanzó un chillido, retrocedió de un salto y corrió hacia el coche como un poseso.

Pat le abrazó y el niño se aferró a ella, el rostro deformado de terror.

—¿Qué pasa? —Pat se había asustado—. Curt, ¿qué ha ocurrido?

Curt se arrodilló junto a su hijo.

—¿Qué había allí dentro? —preguntó con suavidad—. Tú lo construiste.

Los labios del niño se movieron.

—Un Izquierdo —murmuró, con voz casi inaudible—. Había un Izquierdo, lo sé. El primer Izquierdo real. Y no se desvaneció.

Pat y Curt intercambiaron una mirada de preocupación.

—¿De qué está hablando? —preguntó Pat.

Curt se sentó al volante y abrió las puertas del coche.

—No lo sé, pero creo que lo mejor será regresar a la ciudad. Hablaré con Fairchild y aclararé de una vez por todas este asunto de los Anti-Psi. Después, tú y yo podremos dedicarnos a Tim durante el resto de nuestras vidas.

Fairchild estaba pálido y cansado cuando se sentó ante el escritorio de su despacho, con las manos enlazadas frente a él. Unos pocos consejeros de clase Norm escuchaban con suma atención. Círculos oscuros habían aparecido bajo los ojos de Fairchild. Mientras seguía en silencio las palabras de Curt, bebió un vaso de zumo de tomate.

—En definitiva —murmuró Fairchild—, está diciendo que no podemos confiar en ustedes, los Psis. Es una paradoja. —Su voz tembló de desesperación—. Viene un Psi y me dice «todos los Psis mienten». ¿Qué demonios debo hacer?

—No todos los Psis. —Como había visto por anticipado la escena, Curt desplegaba una notable serenidad—. Estoy diciendo que, en cierto sentido, Terra tiene razón... La existencia de humanos con supertalentos plantea un problema a los humanos sin supertalentos. Sin embargo, la reacción de Terra constituye una equivocación: la esterilización es perversa y absurda. De todos modos, la cooperación no es tan fácil como usted imagina. Ustedes dependen de nuestros talentos para sobrevivir, y eso significa que les tenemos donde nosotros queremos. Podemos darles órdenes porque, sin nosotros, Terra nos invadiría y les metería a todos ustedes en una prisión militar.

—Y les destruirían a todos ustedes —indicó el anciano—. No lo olvide.

Curt contempló al viejo. Era el mismo individuo canoso y ancho de espaldas del día anterior. Había algo familiar en él, Curt se zambulló en su interior y dio un respingo, a pesar de su presciencia.

—Usted es un Psi —dijo.

El viejo efectuó una breve inclinación.

—Evidentemente.

—Basta —dijo Fairchild—. Muy bien, hemos visto a esa chica y aceptaremos su teoría del Anti-Psi. ¿Qué quiere que hagamos? —Se secó la frente, abrumado—. Sé que Reynolds es una amenaza, pero los infiltrados terranos pulularían por todas partes de no ser por la Guardia.

—Quiero crear una cuarta clase legal —declaró Curt—. La clase Anti-Psi. Quiero concederle la inmunidad contra la esterilización. Quiero que lo haga público. Aquí acuden mujeres procedentes de todas partes de las colonias con sus hijos, para intentar convencerles que no les ofrecen Mudos, sino Psis. Quiero que sitúe a los talentos Anti-Psi donde nos sean de utilidad.

Fairchild se humedeció sus labios resecos.

—¿Cree que ya existen más?

—Es muy posible. Descubrí a Pat por accidente, pero hay que proceder a su búsqueda. Deje que las mujeres acudan en tropel... Necesitaremos todos los que podamos conseguir.

Se hizo el silencio.

—Reflexione en lo que está haciendo el señor Purcell —dijo por fin el anciano—. Puede aparecer un Anti-Precog, una persona cuyos actos futuros sea imposible ver por anticipado. Una especie de partícula indeterminada de Heisenberg... Un hombre que desbarate todas las predicciones Precog. Sin embargo, el señor Purcell nos ha ofrecido sus sugerencias. No está pensando en sí mismo, sino en la separación.

Los dedos de Fairchild se retorcieron.

—¡Reynolds se pondrá hecho una furia!

—Ya está hecho una furia —dijo Curt—. No queda duda que ya se ha enterado de esta conversación.

—¡Protestará!

Curt lanzó una carcajada y algunos oficiales sonrieron.

—Pues claro que protestará. ¿No lo entiende? Ustedes van a ser eliminados. ¿Cree que los Norm van a durar mucho tiempo más? La caridad escasea mucho en este universo. Ustedes, los Normales, miran a los Psis como patanes en un carnaval. Maravilloso, mágico. Alentaron a los Psis, fundaron el colegio, nos dieron la oportunidad de vivir en las colonias. Dentro de cincuenta años, serán nuestros esclavos. Realizarán nuestras

Librodot

tareas manuales..., a menos que tengan el sentido común de crear la cuarta clase, la clase Anti-Psi. Tienen que enfrentarse a Reynolds.

—Detesto enfrentarme con él —masculló Fairchild—. ¿Por qué demonios no podemos trabajar juntos? —Apeló a los demás presentes—. ¿Por qué no podemos ser hermanos?

—Porque no lo somos —contestó Curt—. Enfréntese a la realidad. La hermandad es una idea muy hermosa, pero será más fácil de lograr si llegamos a un equilibrio de las fuerzas sociales.

—¿Existe la posibilidad que, cuando se conozca en Terra el concepto de Anti-Psi, el programa de esterilización sea modificado? —sugirió el anciano—. Esta idea quizá elimine el terror irracional de los no mutantes, su fobia a que somos unos monstruos dispuestos a invadirles y apoderarnos de su planeta. Sentarnos a su lado en los cines. Casarnos con sus hermanas.

—Muy bien —se rindió Fairchild—. Redactaré una directriz oficial. Denme una hora. No quiero dejar nada al azar.

Curt se levantó. Todo había terminado. Tal como había anticipado, Fairchild había accedido.

—Tendríamos que empezar cuanto antes a recibir informes —dijo—, en cuanto se inicie la comprobación rutinaria de los expedientes.

Fairchild asintió.

—Sí, casi de inmediato.

—Supongo que me mantendrá informado.

Curt experimentó un súbito acceso de temor. Había triunfado..., ¿o no? Examinó la siguiente media hora. No vio nada negativo. Captó una fugaz escena de él con Pat, de él con Julie y Tim. Sin embargo no se desprendió de su inquietud, una intuición más profunda que su precognición.

Todo parecía marchar viento en popa, pero sabía que algo básico y aterrador había salido mal.

IV

Se encontró con Pat en un bar apartado de las afueras de la ciudad. La oscuridad se agolpaba alrededor de la mesa. La atmósfera estaba enrarecida por la cantidad de clientes congregados. Sonaron estallidos de carcajadas, apagadas por el rumor constante de las conversaciones.

—¿Cómo ha ido? —preguntó la joven, cuando Curt se sentó frente a ella—. ¿Fairchild ha accedido?

Curt pidió un Tom Collins para ella y bourbon con agua para él. Después, resumió lo ocurrido.

—Así que todo ha salido bien. —Pat le acarició la mano—. ¿Verdad?

Curt sorbió su bebida.

—Eso creo. Se va a fundar la clase Anti-Psi, pero es demasiado fácil. Demasiado sencillo.

—Puedes ver por anticipado, ¿no? ¿Va a pasar algo?

Al otro lado del oscuro local, la máquina musical creaba vagas pautas de sonido, melodías y ritmos aleatorios que se derramaban sobre los clientes. Algunas parejas se movían con languidez, en respuesta a dichas pautas.

Curt le ofreció un cigarrillo y ambos lo encendieron con la vela que ardía en el centro de la mesa.

—Ahora, ya has conseguido un puesto en la sociedad.

Los ojos oscuros de Pat centellearon.

—Sí, es verdad. La nueva clase Anti-Psi. Ya no tengo de qué preocuparme. Todo ha terminado.

—Estamos esperando más. Si no aparecen otros, serás miembro de una clase única. La única Anti-Psi del Universo.

Pat permaneció en silencio unos instantes.

—¿Qué ves después de esto? —preguntó por fin. Bebió un poco de Tom Collins—. Quiero decir, voy a quedarme aquí, ¿verdad? ¿O tendré que regresar?

—Te quedarás aquí.

—¿Contigo?

—Conmigo. Y con Tim.

—¿Y Julie?

—Los dos firmamos mutuas renuncias hace años. Están archivadas, pero no informatizadas. Fue un acuerdo que tomamos, para que ninguno de los dos hiciera la vida imposible al otro más adelante.

—Creo que le caigo bien a Tim. No le importará, ¿verdad?

—En absoluto.

—Puede ser bonito, ¿no es cierto? Los tres juntos. Podemos trabajar con Tim, intentar descubrir su talento, qué es y qué piensa. Me gustaría... poder estimularle. Y tenemos mucho tiempo por delante; no hay prisa.

Los dedos de la muchacha se cerraron en torno a los de Curt. Amparada en la oscuridad, se inclinó hacia él. Curt vaciló un momento, notó que su cálido aliento le quemaba los labios y la besó.

Pat sonrió.

—Tenemos muchas cosas que hacer. Aquí, y tal vez después en Prox VI. Quiero volver, algún día. ¿Será posible? Una temporada; no sería necesario quedarnos. Me gustaría ver cómo progresan las cosas por las que me he esforzado toda mi vida. Volver a ver mi mundo.

—Por supuesto. Volveremos.

Delante de la pareja, un hombrecillo nervioso había terminado su pan de ajo y su vino. Se secó la boca, consultó el reloj y se levantó. Mientras pasaba al lado de Curt, hundió la mano en el bolsillo, tintinearon unas monedas, y volvió a sacar la mano, que aferraba un tubo delgado. Giró en redondo, se inclinó sobre Pat y apretó el extremo del tubo.

Del tubo surgió una única cápsula, que rozó una fracción de segundo el brillante cabello de la muchacha y desapareció. El eco de una vibración se propagó a las mesas cercanas. El hombrecillo nervioso continuó su camino.

Curt se levantó, aturdido por el sobresalto. Seguía con la mirada fija, paralizado, cuando Reynolds apareció a su lado y le apartó con firmeza.

—Está muerta —dijo Reynolds—. Intente comprenderlo. Murió instantáneamente. No sufrió el menor dolor. Afecta directamente al sistema nervioso central. Ni siquiera se dio cuenta.

Ningún cliente del bar se había movido. Estaban sentados a sus mesas, el rostro impasible, con la vista clavada en Reynolds mientras éste pedía que encendieran más luces. La oscuridad se disipó y los objetos del local adquirieron mayor definición.

—Paren ese trasto —ordenó Reynolds. La máquina de música se sumió en el silencio—. Estas personas son Guardias —explicó a Curt—. Sondeamos sus pensamientos acerca de este lugar en cuanto entró en el despacho de Fairchild.

—No me di cuenta —murmuró Curt—. No lo anticipé.

—El hombre que la ha matado es un Anti-Psi —dijo Reynolds—. Hace años que conocemos esa categoría. Recuerde que fue necesario un sondeo preliminar para eliminar el escudo de Patricia Connley.

—Sí —admitió Curt—. Uno de los suyos la sondeó hace años.

—No nos gusta el concepto Anti-Psi. Queríamos eliminar a esa clase, pero nos interesaba. Durante la pasada década, descubrimos y neutralizamos a catorce Anti-Psis. En esto, hemos dejado atrás a toda la clase Psi..., excepto a usted. El problema consiste en que es imposible descubrir un talento Anti-Psi hasta que se enfrenta contra el talento psiónico que anula.

Curt comprendió.

—Tenían que enfrentar a este hombre con un Precog. Y sólo existe otro, aparte de mí.

—Julie colaboró. Le planteamos el problema hace meses. Contábamos con pruebas indiscutibles sobre su relación con esa joven. Ignoro cómo esperaba impedir que los telépatas conocieran sus planes, pero está claro que se lo creyó. En cualquier caso, la muchacha ha muerto. Y no habrá una clase Anti-Psi. Esperamos lo máximo posible, porque no nos gusta destruir a individuos con talento, pero Fairchild se disponía a firmar el decreto de legalización. Tuvimos que actuar cuanto antes.

Curt lanzó sus puños hacia adelante, aun sabiendo que era inútil. Reynolds saltó hacia atrás; su pie tropezó con la mesa y se tambaleó. Curt rompió el vaso de Pat contra la mesa y lanzó sus bordes dentados hacia la cara de Reynolds.

Los Guardias le apartaron.

Curt se soltó. Alzó el cuerpo de Pat. Aún estaba caliente; su rostro se veía sereno, inexpresivo, una cáscara vacía que no reflejaba nada. La sacó del bar y salió a la calle en sombras. Un momento después, la introdujo en su coche y se puso al volante.

Se dirigió al colegio, estacionó el coche y la trasladó al edificio principal. Se abrió paso entre los atónitos oficiales, llegó a los aposentos de los niños y empujó con el hombro la puerta de la habitación de Sally.

Estaba despierta y vestida, sentada en una silla de respaldo alto. La niña le miró con aire desafiador.

—¿Lo ves? —gritó—. ¿Ves lo que has conseguido?

Estaba demasiado aturdido para responder.

—¡Y todo por tu culpa! Obligaste a Reynolds a intervenir. Tuvo que matarla. —Se puso en pie de un brinco y corrió hacia él, chillando como una histérica—. ¡Eres nuestro enemigo! Quieres meternos en problemas a todos. Le conté a Reynolds lo que estabas haciendo, y él...

Se calló cuando Curt salió de la habitación, cargado con el cuerpo de Pat. Mientras corría por el pasillo, la muchacha le siguió, fuera de sí.

—Quieres dar el salto... ¡Quieres que obligue a Tontorrón a transportarte!

Le adelantó, corriendo de un lado a otro como un insecto maníaco. Resbalaban lágrimas sobre sus mejillas; su rostro se había deformado hasta extremos inconcebibles. Le siguió sin descanso hasta la cámara de Tontorrón.

—¡No pienso ayudarte! ¡Eres nuestro enemigo y no volveré a ayudarte! Me alegro que haya muerto. ¡Ojalá tú también hubieras muerto! Cuando Reynolds te cace, te matará. Me lo dijo él. Dijo que ya no existiría otro como tú, que todo seguiría el camino correcto, y que nadie, ni tú ni ninguno de esos cabezadormidas, nos detendría.

Librodot

Depositó el cuerpo de Pat sobre el suelo y salió de la cámara. Sally corrió tras él.

—¿Sabes lo que ha hecho con Fairchild? Le ha modificado, para que no pueda volver a hacer nada nunca más.

Curt abrió una puerta y entró en la habitación de su hijo. La puerta se cerró a su espalda y los gritos frenéticos de la niña se convirtieron en una vibración apagada. Tim se incorporó en la cama, sorprendido y aturdido de sueño.

—Vamos —dijo Curt.

Arrancó al niño de la cama, le vistió y salieron al pasillo.

Sally les detuvo cuando volvieron a entrar en la cámara de Tontorrón.

—No lo hará —aulló—. Me tiene miedo y le dije que no lo hiciera. ¿Lo entiendes?

Tontorrón estaba desparramado sobre su inmensa silla. Levantó su gran cabeza cuando Curt se acercó.

—¿Qué quieres? —murmuró—. ¿Qué le pasa? —Indicó el cuerpo inerte de Pat—. ¿Se ha muerto, o algo así?

—¡Reynolds la ha matado! —chilló Sally, bailando alrededor de Curt y su hijo—. ¡Y matará al señor Purcell! ¡Matará a todo aquel que intente detenernos!

Las gruesas facciones de Tontorrón se ensombrecieron. Los rollos de carne se tiñeron de un tono púrpura.

—¿Qué pasa, Curt? —murmuró.

—La Guardia ha tomado el poder.

—¿Han matado a tu chica?

—Sí.

Tontorrón consiguió sentarse y se inclinó hacia adelante.

—¿Reynolds te persigue?

—Sí.

Tontorrón se lamió sus gruesos labios, vacilante.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó con voz ronca—. Puedo trasladarte a donde quieras, a Terra, tal vez, o...

Sally ejecutó frenéticos movimientos con sus manos. Parte de la silla de Tontorrón se animó. Los brazos se retorcieron a su alrededor y se hundieron con fuerza en su fofa barriga. El ser vomitó y cerró los ojos.

—¡Haré que lo lamentes! —canturreó Sally—. ¡Puedo hacerte cosas terribles!

—No quiero ir a Terra —dijo Curt. Recogió el cuerpo de Pat e indicó con un gesto a Tim que se acercara—. Quiero ir a Próxima VI.

Tontorrón se debatía en un mar de dudas. Oficiales y Guardias se acercaban a la cámara con sigilo. Una corriente de incertidumbre recorría los pasillos.

La voz chillona de Sally se elevó sobre el estruendo, para atraer la atención de Tontorrón.

—¡Ya sabes lo que haré! ¡Ya sabes lo que te pasará!

Tontorrón tomó su decisión. Se ocupó de Sally antes de volverse hacia Curt. Una tonelada de plástico fundido transportado desde alguna fábrica terrana se abatió sobre la niña, como un torrente siseante. El cuerpo de Sally se disolvió, mientras un brazo se levantaba y agitaba. El eco de su voz quedó flotando en el aire.

Tontorrón había actuado, pero la deformación que la niña agonizante había lanzado contra él ya había cobrado existencia. Cuando Curt percibió a su alrededor el aire de la transportación espacial, captó una breve visión del tormento infligido a Tontorrón. No había visto con precisión lo que Sally había suspendido sobre la gran cabeza del idiota, pero ahora lo vio y comprendió las vacilaciones de Tontorrón. Un chillido agudo surgió de la garganta de éste, mientras la cámara se alejaba. Tontorrón cambió y fluctuó cuando el cambio operado por Sally le engulló.

Curt comprendió en aquel momento el valor sepultado bajo los rollos de grasa. Tontorrón conocía el peligro, lo había asumido, y también aceptado (más o menos) las consecuencias.

El inmenso cuerpo se había transformado en una masa de arañas, una montaña de seres peludos y agitados, miles de ellos, incontables arañas que se separaban y volvían a arracimarse.

Y entonces, la cámara desapareció. Estaba en otro sitio.

Atardecía. Siguió tendido un rato, medio sepultado en el denso follaje. A su alrededor zumbaban insectos, que buscaban humedad en los tallos de las flores malolientes. El cielo teñido de rojo relucía a la luz del sol. A lo lejos, un animal chilló en tono lastimero.

Su hijo se removió a su lado. El niño se levantó, paseó sin rumbo y volvió con su padre.

Curt se incorporó. Tenía la ropa desgarrada. Sobre su mejilla resbalaba sangre, que mojaba su boca. Meneó la cabeza, se estremeció y paseó la vista en torno suyo.

El cuerpo de Pat yacía a unos metros de distancia. Un objeto roto y desarticulado, carente de toda vida. Un cascarón vacío y abandonado.

Se arrastró hacia ella. Estuvo acuclillado durante un rato, contemplándola con aire ausente. Después, la cargó en su espalda y se levantó.

—Vámonos de aquí —dijo a Tim.

Caminaron durante largo tiempo. Tontorrón les había depositado lejos de los lugares habitados, en el caos palpitante de la selva de Próxima VI. Al llegar a un campo se detuvieron y descansaron. Una columna de humo azul se alzaba sobre la hilera de árboles. Una chimenea, tal vez, o alguien que quemaba matojos. Cargó de nuevo a Pat y prosiguieron su camino.

Cuando salió a la carretera procedente de la espesura, los campesinos se quedaron paralizados de terror. Algunos huyeron, otros no se movieron, mirando sin comprender al hombre y al niño.

—¿Quién eres? —preguntó uno, mientras manoseaba un cuchillo—. ¿Qué llevas ahí?

Trajeron una camioneta, dejaron que depositara a Pat entre la madera recién cortada y les condujeron al pueblo más cercano, situado a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia. Les dieron gruesas prendas de trabajo y comida, procedentes del almacén general del pueblo. Bañaron y se ocuparon de Tim, y más tarde se convocó una asamblea general.

Se sentó a una enorme y tosca mesa, sembrada de los restos de la comida anterior. Sabía cuál iba a ser la decisión de sus anfitriones; la había anticipado sin problemas.

—La vieja no puede recomponer a alguien tan deteriorado —le explicó el líder del pueblo—. Todos los ganglios superiores, el cerebro y casi toda la columna vertebral de la muchacha han desaparecido.

Escuchó sin decir nada. Después, consiguió una baqueteada camioneta, cargó en su interior a Pat y Tim, y emprendió nuevamente el viaje.

Habían avisado al pueblo de Pat mediante una radio de onda corta. Manos salvajes la sacaron de la camioneta; un pandemónium de gritos y furia se alzó alrededor de Curt, rostros deformados por la pena y el horror. Gritos, empujones, preguntas, una confusión de hombres y mujeres, hasta que los hermanos de Pat abrieron un camino entre la multitud para llevarle a casa.

—Es inútil —le dijo su padre—. Y la vieja se fue hace años, según creo. —El hombre indicó las montañas—. Vivía allí. Bajaba con frecuencia, pero hace años que no la vemos. —Aferró con rudeza a Curt—. ¡Es demasiado tarde, maldita sea! ¡Está muerta! ¡No puede resucitarla!

Escuchó las palabras en silencio. No le interesaban las predicciones de ningún tipo. Cuando terminaron de hablar con él, tomó el cuerpo de Pat, lo cargó hasta el camión, llamó a su hijo y se marcharon.

El camión ascendió en silencio por la carretera que serpenteaba hacia las montañas. El aire frío mordió la carne de Curt. Densas nubes de niebla que se elevaban del suelo cretoso ocultaban la carretera. Más adelante, un animal bloqueó su camino hasta que lo alejó a base de tirarle piedras. Por fin, el camión agotó la gasolina y se detuvo. Saltó al suelo, permaneció de pie un rato, despertó a su hijo y siguieron a pie.

Casi había anochecido cuando encontró la cabaña, colgada sobre un saliente rocoso. Un fétido hedor a asaduras y pellejos secos hirió su nariz, mientras se abría paso entre montones de escombros, latas y cajas, telas podridas y madera infestada de termitas.

La vieja estaba regando un pequeño huerto de verduras paupérrimas. Cuando Curt se acercó, la anciana bajó la regadera y se volvió hacia él. Su rostro arrugado expresó suspicacia y asombro.

—No puedo hacerlo —dijo, agachada sobre el cuerpo inerte de Pat. Palpó con sus manos resecas y correosas el rostro de la muchacha, le abrió la camisa, apretó la piel de la nuca, apartó la masa de cabello negro y aferró el cráneo con sus fuertes dedos—. No, no puedo hacer nada. —Su voz resonó con aspereza en la niebla nocturna que remolineaba a su alrededor—. Está consumida. No queda tejido que sanar.

Curt consiguió mover sus labios agrietados.

—¿Hay algún otro Resurreccionista por los alrededores? —preguntó.

La vieja se puso en pie con un esfuerzo.

—Nadie puede ayudarte, ¿no lo entiendes? ¡Está muerta!

Curt permaneció inmóvil. Interrogó a la mujer una y otra vez. Por fin, obtuvo una respuesta desganada. Al otro lado del planeta creía que había un competidor. Entregó a la anciana sus cigarrillos, encendedor y estilográfica, cargó con el cuerpo muerto y volvió sobre sus pasos. Tim le siguió con la cabeza gacha y el cuerpo encorvado de cansancio.

—Vamos —le ordenó Curt con aspereza.

La anciana les observó en silencio mientras se alejaban bajo la luz de las dos tristes lunas amarillentas de Próxima VI.

Sólo consiguió avanzar medio kilómetro. De alguna forma, sin previa advertencia, el cuerpo de la muchacha había desaparecido. La había perdido, dejado caer en algún momento, entre las rocas sembradas de

basura y las malas hierbas que cubrían el sendero. Tal vez en uno de los profundos barrancos que bordeaban el mellado costado de la montaña.

Se sentó en el suelo y descansó. No quedaba nada. Fairchild había caído en manos de la Guardia. Sally había destruido a Tontorrón. Sally también había desaparecido. Las colonias estaban a merced de Terra; su escudo protector contra los proyectiles se había disuelto cuando Tontorrón murió. Y Pat.

Oyó un ruido a su espalda. Se volvió apenas, abrumado de desesperación y agotamiento. Por un momento pensó que era Tim. Forzó la vista. La sombra surgida de la oscuridad era demasiado alta, caminaba con demasiada seguridad. Era una sombra familiar.

—Tiene razón —dijo el anciano, el viejo Psi que se encontraba en el despacho de Fairchild. Hizo su aparición, inmenso y aterrador, a la luz amarillenta de la luna—. Es inútil intentar devolverle la vida. Podría conseguirse, pero es demasiado difícil. Y usted y yo debemos pensar en otras cosas.

Curt huyó. Cayó, resbaló y bajó ciegamente por la senda. Por fin, llegó a la planicie.

Cuando se detuvo, vio que era Tim quien le seguía. Por un momento, pensó que había sufrido una alucinación, un engaño de su imaginación. El viejo había desaparecido.

No lo comprendió del todo hasta presenciar el cambio que tenía lugar ante sus ojos. Y esta vez fue al revés. Comprendió que éste era un Izquierdo. Y era una silueta familiar, pero diferente. Una silueta que recordaba del pasado.

Donde se había erguido el niño de ocho años, apareció un lloroso y asustado niño de dieciséis meses. Ahora, la sustitución se había producido en el otro sentido..., y no pudo negar lo que sus ojos veían.

—Muy bien —dijo, cuando su hijo de ocho años volvió a materializarse y el bebé desapareció.

Sin embargo, el niño sólo permaneció un momento. Se desvaneció casi al instante, y esta vez apareció una forma nueva. Un hombre de poco más de treinta años, un hombre que Curt nunca había visto.

Un hombre que le resultó familiar.

—Eres mi hijo —dijo Curt.

—Exacto. —El hombre le examinó a la mortecina luz—. Te das cuenta que es imposible resucitarla, ¿verdad? Debemos dejar esto en claro antes de continuar.

Curt asintió.

—Lo sé.

—Estupendo. —Tim avanzó hacia él con la mano extendida—. Entonces, regresemos. Tenemos mucho que hacer. Los Derechos del medio y el extremo hemos intentado emerger durante mucho tiempo. Es difícil aflorar sin permiso del Central. Y en estos casos, el Central es demasiado joven para comprender.

—De modo que se refería a eso —murmuró Curt, mientras los dos se encaminaban al pueblo—. Los Otros son él mismo, en diversos puntos de su pista temporal.

—El Izquierdo son los Otros anteriores —contestó Tim—. El Derecho es el futuro, por supuesto. Tú decías que Precog más Precog igual a nada. Ahora, ya sabes la verdad. Dan lugar al Precog definitivo: la capacidad de viajar por el tiempo.

Librodot

—Los Otros trataban de emerger. Él les veía y se asustaba.

—Era muy difícil, pero sabíamos que al final maduraría lo suficiente para comprender. Elaboró una complicada mitología. Nosotros, quiero decir. Yo. —Tim rió—. Aún no tenemos una terminología adecuada. Nunca existe un acontecimiento único.

—Yo podía cambiar el futuro, porque lo veía de antemano —dijo Curt—, pero no podía cambiar el presente. Tú puedes cambiar el presente, retrocediendo al pasado. Por eso aquel Otro Derecho extremo, el viejo, iba siempre pegado a Fairchild.

—Fue nuestra primera travesía lograda. Por fin pudimos inducir al Central a aceptar a sus dos Derechos. Eso concretó a los dos, pero tardó tiempo.

—¿Qué ocurrirá ahora? ¿La guerra, la separación? ¿Qué pasará con Reynolds?

—Como ya sabes, podemos alterar la situación volviendo al pasado. Es peligroso. Un simple cambio en el pasado puede alterar por completo el presente. El talento de viajar por el tiempo es el más delicado..., y el más prometeico. Cualquier otro talento, sin excepción, puede cambiar lo que va a ocurrir. Yo podría borrar todo lo que existe. Precedo a todo y a todos. Nada puede utilizarse contra mí. Siempre estoy antes. Siempre he estado.

Curt guardó silencio mientras pasaban junto al camión abandonado.

—¿Qué es un Anti-Psi? —preguntó por fin—. ¿Qué tienes que ver con ella?

—No mucho. A ti se debe el que se haya descubierto, porque hace pocas horas que nosotros hemos empezado a intervenir. Llegamos a tiempo de echar una mano... Ya nos viste con Fairchild. Somos los patrocinadores del Anti-Psi. Te sorprendería ver algunos senderos temporales alternativos en los que el Anti-Psi no logra arrancar. Tu precognición era correcta: no son muy agradables.

—De modo que he recibido ayuda en los últimos tiempos.

—Te seguimos de cerca, sí, y a partir de ahora aumentaremos nuestra ayuda. En este momento, Reynolds está un poco desequilibrado, pero ya se han tomado medidas. Nuestro poder no es infinito, por supuesto. La duración media de nuestras vidas, unos setenta años, nos limita. Estar fuera del tiempo produce una sensación extraña, porque los cambios no nos afectan, y no estamos sujetos a ley alguna.

»Es como flotar sobre el tablero de ajedrez y ver a todo el mundo como piezas, ver el Universo como un tablero de casillas blancas y negras, con todas las personas y todos los objetos atados a su punto espacio-temporal. Nosotros estamos fuera del tablero; movemos las piezas desde arriba. Realizamos ajustes, alteramos la posición de los hombres, cambiamos la partida sin que las piezas se enteren. Desde fuera.

—¿No la vas a resucitar? —suplicó Curt.

—No esperarás que sienta demasiada compasión por esa chica —dijo su hijo—. Al fin y al cabo, Julie es mi madre. Ahora entiendo el significado de la expresión «molino de los dioses». Ojalá pudiéramos moler más grueso... Ojalá pudiéramos salvar a algunos de los que caen atrapados entre los engranajes. Si compartieras nuestro punto de vista lo comprenderías. Debemos mantener en equilibrio todo un Universo; el tablero es gigantesco.

—Un tablero tan gigantesco que, tal vez, una persona no cuente —insinuó Curt, loco de dolor.

Librodot

Su hijo adoptó una expresión preocupada. Curt recordó que ése era su aspecto cuando intentaba explicar al niño algo que estaba más allá de su comprensión. Confió en que Tim se las pudiera arreglar mejor que él.

—No es eso —explicó Tim—. Para nosotros, ella no ha desaparecido. Sigue ahí, en otra parte del tablero que tú no puedes ver. Siempre estuvo allí. Siempre lo estará. Ninguna pieza, por pequeña que sea, se sale jamás del tablero.

—Para ustedes.

—Sí. Estamos fuera del tablero. Es posible que nuestro talento llegue a ser compartido por todo el mundo. Cuando eso ocurra, ni la tragedia ni la muerte se malinterpretarán.

—¿Y entretanto? —Curt ardía en deseos que Tim accediera—. Yo no poseo el talento. Para mí, ella está muerta. El lugar que ocupaba en el tablero está vacío. Julie no puede llenarlo. Nadie puede.

Tim reflexionó. Parecía sumido en sus pensamientos, pero Curt presintió que su hijo se desplazaba incesantemente por los senderos temporales, en busca de una refutación. Sus ojos se clavaron otra vez en su padre y asintió con tristeza.

—No puedo enseñarte el lugar que ocupa en el tablero —respondió—. Y tu vida está vacía en todos los senderos temporales, excepto en uno.

Curt oyó que alguien se acercaba por los arbustos. Se volvió..., y entonces, Pat cayó en sus brazos.

—Éste —dijo Tim.

¡CURA A MI HIJA, MUTANTE!

Era un hombre delgado, de edad madura, cabello y piel manchados de grasa, un arrugado cigarrillo sujeto entre los labios, la mano izquierda cerrada en torno al volante de su coche. El vehículo, un antiguo camión de superficie, tosía y protestaba, pero ascendió con suavidad la rampa de salida y se acercó a la puerta de control que limitaba la zona comunal.

—No corras tanto —dijo su mujer—. Hay un guardia sentado en ese montón de cajas.

Ed Garby pisó el freno. El coche patinó y se detuvo frente al guardia. Los gemelos se removieron en el asiento trasero, molestos por el calor que se colaba por las ventanillas del coche. Grandes gotas de sudor resbalaban por el cuello de su mujer. La niña se retorció en sus brazos.

—¿Cómo está? —murmuró Ed, indicando el amasijo de carne gris que asomaba por debajo de la sucia manta—. Febril..., como yo.

El guardia se acercó con indiferencia, las mangas subidas, el rifle colgado del hombro.

—¿Qué hay de nuevo, amigo? —Apoyó sus manos en la ventanilla abierta y echó un vistazo aburrido al interior del coche, el hombre y la mujer, los niños, la tapicería destrozada—. ¿Van de paseo? Enséñeme su pase.

Ed sacó el arrugado pase y se lo tendió.

—Mi hija está enferma.

El guardia examinó el pase y se lo devolvió.

—Será mejor que la lleve al sexto nivel. Tiene derecho a usar el dispensario. Vive en este tugurio, como todos los demás.

—No. No llevaré a un hijo mío a ese matadero.

El guardia meneó la cabeza para expresar su desaprobación.

—Tienen un buen equipo, amigo. Aparatos eléctricos rescatados después de la guerra. Llévela y la curarán. —Indicó con un ademán la desolada extensión de árboles y colinas resecos que empezaba al otro lado de la puerta—. ¿Qué cree que va a encontrar ahí? ¿Piensa tirarla por un barranco, o en el fondo de un pozo? No es asunto mío, pero yo no sacaría ni a un perro, y mucho menos a un crío enfermo.

Ed encendió el motor.

—Voy a buscar ayuda. Lleve un niño al sexto y lo convertirán en un animal de laboratorio. Hacen sus experimentos, rajan, cortan, abren en canal, y luego dicen que no han podido salvarlo. Se acostumbraron durante la guerra; ya no pueden parar.

—Como quiera —dijo el guardia, apartándose del coche—. Por mi parte, prefiero confiar en médicos militares bien equipados que en algún viejo curandero loco que viva entre esas ruinas, algún salvaje con una bolsa de excrementos colgada alrededor del cuello, que farfulla sandeces y baila. ¡Malditos idiotas! —gritó con furia cuando el coche se alejó—. ¡De vuelta a la barbarie, cuando tienen en el sexto médicos, rayos X y sueros! ¿Para qué demonios quieren ir a las ruinas, cuando tienen una civilización aquí?

Regresó con expresión sombría a sus cajas.

—Lo que queda de ella —añadió.

Una tierra árida, tan seca y parchada como piel muerta, se extendía a ambos lados de la destrozada carretera. Una violenta ráfaga de viento azotó los escasos árboles que crecían en la tierra agrietada y calcinada. Algún ave ocasional se movía entre los espesos matorrales, formas grises que iban en busca de gusanos.

Los blancos muros de hormigón de la comuna se perdieron en la distancia. Ed Garby los vio alejarse con temor. Sus manos temblaron convulsivamente cuando una curva ocultó las torres de radar situadas sobre las colinas que dominaban la comuna.

—Quizá tenía razón, maldita sea —masculló—. Quizá estamos cometiendo un error.

La duda se infiltró en su mente. El viaje era peligroso. Incluso grupos bien armados eran atacados por animales depredadores y por bandas salvajes de casihumanos que vivían en las ruinas abandonadas esparcidas sobre la faz del planeta. La única defensa con que contaba para protegerse era su cortadora manual. Sabía utilizarla, por supuesto. ¿Acaso no la empleaba diez horas al día, todos los días de la semana? Pero si el motor del vehículo fallaba...

—Deja de preocuparte —dijo Bárbara en voz baja—. He estado aquí otras veces y nunca me ha pasado nada.

Se sintió abrumado de vergüenza y culpabilidad. Su mujer había salido de la comuna muchas veces, junto con otras mujeres y esposas, y también con algunos hombres. Buena parte del proletariado abandonaba la comuna, con o sin pase... Cualquier cosa con tal de sacudirse la monotonía del trabajo y las conferencias educativas. Sin embargo, su temor volvió. Lo que le preocupaba no era la amenaza física, o el alejamiento del inmenso depósito

sumergido de acero y hormigón en el que había nacido, crecido, pasado toda su vida, trabajado y contraído matrimonio. Era la certeza que el guardia tenía razón, que se estaba sumergiendo en la ignorancia y la superstición. Sintió escalofríos, a pesar del ardiente sol de verano.

—Las mujeres siempre se salen con la suya —dijo en voz alta—. Los hombres construyeron máquinas, una ciencia organizada, ciudades. Las mujeres se quedan con sus pociones y brebajes. Creo que estamos presenciando el final de la razón. Estamos viendo los últimos restos de la sociedad racional.

—¿Qué es una ciudad? —preguntó uno de los gemelos.

—Vas a ver una —contestó Ed. Señaló al otro lado de la carretera—. Mírala bien.

Los árboles habían terminado. La superficie calcinada de tierra marrón había adquirido un brillo metálico apagado. Una llanura irregular, desolada y yerma, se abría ante ellos, una superficie sembrada de montículos mellados y pozos. En algunos puntos crecían malas hierbas de un color oscuro. Alguna pared continuaba en pie. Una bañera yacía de costado, como una boca muerta y desdentada, carente de cabeza y rostro.

La región había sido saqueada en innumerables ocasiones. Todas las cosas de valor habían sido cargadas en camiones y transportadas a las diversas comunas de la zona. A lo largo de la carretera se veían pulcros montones de huesos, recogidos pero jamás utilizados.

Se había descubierto alguna utilidad a los cascotes de cemento, a los restos de hierro, cables, tubos de plástico, papeles y ropas..., pero no a los huesos.

—¿Quieres decir que ahí vivía gente? —protestaron al unísono los gemelos. Una expresión de incredulidad y horror se dibujó en sus caras—. Es... espantoso.

La carretera se bifurcó. Ed detuvo el coche y esperó a que su mujer le guiara.

—¿Tan lejos? —preguntó con voz ronca—. Este lugar me pone la carne de gallina. Nunca sabes lo que hay en esos sótanos. Los gaseamos en el 9, pero ya se habrá disipado.

—A la derecha —indicó Bárbara—. Detrás de aquella colina.

Ed circuló a escasa velocidad, pasó junto a una zanja y entró en una carretera lateral.

—¿De veras crees que esa mujer tiene el poder? —preguntó, impotente—. He oído muchas habladurías... Nunca sé lo que es verdad y lo que es pura invención. Se supone que siempre han existido brujas capaces de resucitar a los muertos, leer el futuro y curar a los enfermos. Se habla de eso desde hace cinco mil años.

—Y esas cosas han ocurrido durante cinco mil años. —La voz de su mujer era serena, confiada—. Siempre nos han ayudado. Basta con ir a su encuentro. La vi curar al hijo de Mary Fulsome, aquel que tenía la pierna tullida y no podía andar. Los médicos quisieron destruirlo.

—Según Mary Fulsome —murmuró Ed.

El coche avanzó entre hojas muertas de árboles viejos. Las ruinas quedaron atrás. De repente, la carretera se hundió en una masa de vegetación que no permitía el paso a la luz del sol. Ed parpadeó y encendió los faros. Destellaron cuando el coche ascendió una colina llena de baches, dobló una curva..., y la carretera terminó.

Habían llegado a su destino. Cuatro coches oxidados bloqueaban la carretera; otros estaban estacionados en la cuneta y entre los árboles retorcidos. Más allá del coche se había congregado un grupo de personas silenciosas, hombres con sus familias, vestidos con el uniforme de los trabajadores de una comuna. Ed pisó el freno y buscó la llave de encendido. Se quedó atónito al ver la variedad de comunas representadas. Todas las comunas cercanas, y también las lejanas, que no conocía. Algunos de los que esperaban habían recorrido centenares de kilómetros.

—Siempre hay gente esperando —dijo Bárbara. Abrió la puerta de una patada y salió con cautela, sujetando a la niña en los brazos—. La gente viene a solicitar todo tipo de ayuda, cuando la necesitan.

Detrás de la multitud había un tosco edificio de madera, destartalado y ruinoso, un refugio de los años de la guerra. Una cola de personas subía poco a poco los desvencijados escalones y entraba en el edificio. Por primera vez, Ed vio a las personas a las que había venido a consultar.

—¿Es ésa la vieja? —preguntó, cuando una forma menuda y arrugada apareció un momento en lo alto de la escalera, examinó a la gente que aguardaba y seleccionó a uno de ellos. Conferenció con un hombre gordo, y un musculoso gigante se unió después a la conversación—. Dios mío. ¿Forman una organización?

—Cada uno hace cosas diferentes —respondió Bárbara. Aferró al bebé y se internó en la masa de gente—. Queremos ver a la curandera. Tendremos que esperar con ese grupo de la derecha, bajo aquel árbol.

Porter estaba sentado en la cocina del refugio, fumando y bebiendo café, los pies apoyados en el alféizar, mirando distraído la procesión de gente que entraba por la puerta y se dirigía a las distintas habitaciones.

—Hoy han venido muchos —dijo a Jack—. Tendríamos que cobrarles por entrar.

Jack emitió un gruñido de irritación y agitó su cabellera rubia.

—¿Por qué no estás ayudando, en lugar de holgazanear y tragar café?

—Nadie quiere saber el futuro. —Porter eructó ruidosamente. Era gordo y fofo, de ojos azules y lacio cabello grasiento—. Cuando alguien quiera saber si va a hacerse rico o a casarse con una bella mujer, estaré en mi puesto para aconsejarle.

—Adivinos —murmuró Jack. Se quedó junto a la ventana, sus grandes brazos cruzados, el rostro grave y preocupado—. Qué bajo hemos caído.

—No puedo evitar que me hagan preguntas. Un viejo me preguntó cuándo iba a morir; le dije que al cabo de treinta y un días y se puso a chillar como un energúmeno. Soy honrado, al menos. Les digo la verdad, no lo que desean oír. —Porter sonrió—. No soy un farsante.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde que alguien te preguntó algo importante?

—¿Te refieres a algo de significado abstracto? —Porter investigó en su mente—. La semana pasada, un tipo me preguntó si volvería a haber viajes interplanetarios. Le dije que no podía verlo.

—¿También le dijiste que casi no puedes ver nada? ¿Medio año, a lo sumo?

La cara de sapo de Porter se iluminó de placer.

—No me lo preguntó.

La anciana menuda y arrugada entró un momento en la cocina.

Librodot

—Señor —jadeó Thelma. Se derrumbó en una silla y llenó una taza de café—. Estoy agotada. Hay como unas cincuenta personas esperando a que las cure. —Examinó sus manos temblorosas—. Dos cánceres a los huesos en un día consiguen acabar conmigo. Creo que el bebé sobrevivirá, pero el otro está demasiado avanzado, incluso para mí. El bebé tendrá que volver. —Su voz se quebró—. La semana que viene.

—Mañana será más suave —predijo Porter—. Una tormenta de ceniza procedente del Canadá evitará que la mayoría salgan de sus comunas. Claro que después... —Se interrumpió y miró a Jack con curiosidad—. ¿Por qué estás tan serio? Hoy, todo el mundo pone cara de perro.

—He estado con Butterford —respondió Jack, malhumorado—. Volveré después y lo intentaré de nuevo.

Thelma se estremeció. Porter apartó la vista, molesto. Le disgustaba oír hablar de un hombre cuyos huesos estaban amontonados en el sótano del refugio. Un temor casi supersticioso se apoderó del rollizo Precog. Una cosa era ver el futuro; era positivo, un talento útil, pero regresar al pasado, a hombres ya muertos, a ciudades convertidas en ceniza y escombros, a lugares borrados de los mapas, intervenir en acontecimientos olvidados mucho tiempo atrás... Era enfermizo, una repetición neurótica de algo pasado. Remover y entrometerse entre los huesos, literalmente, del pasado.

—¿Qué dijo? —preguntó Thelma.

—Lo mismo de siempre —contestó Jack.

—¿Cuántas veces van?

Jack torció los labios.

—Once. Y él lo sabe. Se lo dije.

Thelma salió al pasillo.

—Vuelvo al trabajo. —Se quedó en la puerta—. Once veces y siempre igual. He efectuado cálculos. ¿Cuántos años tienes, Jack?

—¿Cuántos aparento?

—Unos treinta. Naciste en 1946. Estamos en 2017. Eso significa que tienes setenta y un años. Yo diría que estoy hablando con una entidad que se encuentra a medio camino. ¿Dónde está tu entidad actual?

—En el 76.

—¿Y qué hace?

Jack no contestó. Sabía muy bien lo que su entidad actual, la de 2017, estaba haciendo en el pasado. El anciano de setenta y un años se hallaba en el hospital de un centro militar, sometido a tratamiento de su nefritis progresiva. Lanzó una rápida mirada a Porter para averiguar si el Precog iba a suministrar información acerca del futuro. No aparecía ninguna expresión en las lánguidas facciones de Porter, pero eso no significaba nada. Para estar seguro, tendría que pedir a Stephen que sondeara a Porter.

Al igual que los trabajadores normales que acudían cada día para averiguar si se harían ricos o serían felices en su matrimonio, deseaba a toda costa saber la fecha de su muerte. Tenía que saberlo; no podía esperar.

Se plantó frente a Porter.

—Acabemos de una vez. ¿Qué será de mí en los próximos seis meses?

Porter bostezó.

—¿Debo recitar todo el rollo? Tardaré horas.

Jack se tranquilizó, aliviado. Por lo tanto, sobreviviría otros seis meses, como mínimo. Podría finalizar sus conversaciones con el general Ernest

Butterford, jefe del estado mayor de las fuerzas armadas de Estados Unidos. Salió de la cocina.

—¿Adónde vas? —preguntó Thelma.

—Vuelvo con Butterford. Lo intentaré una vez más.

—Siempre dices lo mismo —se quejó Thelma.

—Y siempre lo haré.

«Hasta que me muera», pensó con amargura y rencor. Hasta que el hombre casi inconsciente que yace en una cama del hospital de Baltimore, Maryland, muera o sea destruido para dejar sitio a un pez gordo herido, trasladado en un vagón cubierto desde el frente, afectado por el napalm soviético, inválido por el gas nervioso, enloquecido por las partículas de cenizas metálicas. Cuando el cuerpo exhausto sea expulsado, y falta muy poco, se acabarán las conversaciones con el general Butterford.

Primero, bajó la escalera hasta los armarios de suministros guardados en el sótano del refugio. Doris dormía en su cama del rincón, el cabello oscuro enmarañado como una telaraña sobre sus facciones de color café, un brazo desnudo levantado, sus ropas tiradas sobre una silla, al lado de la cama. Despertó, se removió y se incorporó.

—¿Qué hora es?

Jack echó un vistazo a su reloj.

—La una y media de la tarde.

Procedió a abrir una de las complicadas cerraduras que protegían sus pertenencias. Después, depositó una caja metálica sobre el suelo de hormigón. Encendió la luz del techo.

La muchacha le contempló con interés.

—¿Qué estás haciendo? —Apartó el cubrecama, se levantó, estiró sus miembros y se acercó al hombre, descalza—. Te lo habría dado sin necesidad que te tomaras tanto trabajo.

Jack sacó de la caja forrada de plomo, con gran cuidado, un montón de huesos y restos de posesiones personales: un billetero, documentos de identidad, fotografías, una pluma estilográfica, fragmentos de un uniforme destrozado, una alianza de oro, algunas monedas de plata.

—Murió en situación precaria —murmuró Jack. Examinó la cinta de los datos, comprobó que estaba completa y cerró la caja—. Le dije que se lo traería. No se acordará, naturalmente.

—¿Cada vez borra la última? —Doris se acercó a sus ropas—. Es el mismo momento una y otra vez, ¿verdad?

—El mismo intervalo —reconoció Jack—, pero no hay repetición de material.

Doris le dirigió una mirada de astucia y se embutió en los tejanos.

—Alguna repetición... Siempre desemboca en lo mismo, hagas lo que hagas. Butterford sigue adelante y plantea sus sugerencias al presidente.

Jack no la oyó. Ya se había trasladado al pasado. El sótano y la silueta medio desnuda de Doris oscilaron y se alejaron, como vistas a través del fondo de una botella que se llenara poco a poco de un líquido opaco. Mientras avanzaba con determinación, aferrando la caja metálica, la oscuridad cambiante osciló a su alrededor. Retrocedía en el flujo temporal. Iba a intercambiar posiciones con el joven John Tremaine, un muchacho de dieciséis años que asistía a la escuela secundaria en el Chicago de 1962. Había efectuado el cambio muchas veces. A esas alturas, su entidad más

Librodot

joven ya estaría resignada, pero confiaba en que Doris estuviera vestida cuando el joven apareciera.

La oscuridad del no-tiempo menguó y, de repente, se encontró bajo un repentino torrente de luz solar. Dio el definitivo paso atrás, sin soltar la caja de metal, y se encontró en el centro de una enorme sala, sacudida por los murmullos. Gente por todas partes, con la vista clavada en él, paralizada de asombro. Por un momento no reconoció el lugar, hasta que acudieron los recuerdos, acompañados de una oleada de amarga nostalgia.

Se hallaba en la biblioteca de la escuela secundaria, donde había pasado tantas horas. Aquel lugar tan entrañable, lleno de libros, jóvenes de rostro alegre, muchachas vestidas con alegres colores, que reían, estudiaban y flirteaban... Gente joven, ajena por completo a la guerra que se aproximaba, la muerte masiva que reduciría la ciudad a cenizas.

Salió a toda prisa de la biblioteca, consciente del círculo de estupefacción que dejaba a sus espaldas. Efectuar un intercambio cuando la entidad pasiva estaba cerca de personas siempre producía la misma reacción; la abrupta transformación de un muchacho de dieciséis años en la alta y grave silueta de un hombre de treinta era difícil de asimilar, incluso en una sociedad que, en teoría, conocía los poderes psíquicos.

En teoría..., porque en aquella época la conciencia pública era mínima. Las emociones básicas se reducían a incredulidad y temor; la oleada de esperanza aún no había surgido. Los poderes psíquicos se consideraban milagros; la certidumbre que estos poderes estaban a disposición del público tardaría años en calar.

Salió a la ajetreada calle de Chicago y detuvo un taxi. El rugido de coches y autobuses, el remolino metálico de edificios, gente y letreros, le aturdió. Actividad por doquier: la ordinaria e inofensiva rutina del ciudadano normal, ignorante de los mortíferos planes que se gestaban en las alturas. Toda la gente que le rodeaba iba a ser vendida por la quimera del prestigio internacional... Vida humana a cambio de fantasmas metafísicos. Dio al taxista la dirección del hotel de Butterford y se relajó para preparar el ya conocido encuentro.

Los primeros pasos eran rutinarios. Se identificó ante la batería de guardias armados, que verificaron su identidad, le registraron y acompañaron a la suite. Permaneció sentado durante un cuarto de hora en la lujosa antesala, fumando y esperando..., como siempre. En esta fase no podía realizar alteraciones; los cambios, en todo caso, vendrían más adelante.

—¿Sabe quién soy? —preguntó con brusquedad, cuando la diminuta y suspicaz cabeza del general Butterford surgió de un despacho. Avanzó con paso seguro, aferrando firmemente la caja—. Ésta es la duodécima visita; los resultados deberían mejorarse.

Los ojos hundidos de Butterford se agitaron con hostilidad detrás de las gruesas gafas.

—Usted es uno de esos superhombres —graznó—, uno de esos psiónicos. —Bloqueó la puerta con su enjuto cuerpo uniformado—. ¿Y bien? ¿Qué quiere? Mi tiempo es muy valioso.

Jack se sentó frente al escritorio del general.

—Tiene en las manos mi historial y el análisis de mi talento. Ya sabe lo que puedo hacer.

Butterford dirigió una mirada hostil al informe.

—Se desplaza en el tiempo. ¿Y qué? —Entornó los ojos—. ¿Qué ha querido decir con eso de la duodécima vez? —Agarró un puñado de notas—. No le he visto nunca. Diga lo que ha venido a decir y lárguese. Estoy ocupado.

—Le he traído un regalo —dijo Jack en un tono sombrío. Depositó la caja metálica sobre el escritorio, la abrió y descubrió su contenido—. Son suyos. Adelante, sáquelos y acarícielos.

Butterford miró los huesos con asco.

—¿Qué es esto, propaganda antibelicista? ¿Los Psis se han mezclado con los Testigos de Jehová? —Alzó el tono de voz—. ¿Piensa presionarme con esto?

—¡Son sus malditos huesos! —gritó Jack. Volcó la caja. Su contenido se desparramó sobre el escritorio y el suelo—. ¡Tóquelos! Va a morir en esta guerra, como todo el mundo. Sufrirá y morirá de una forma espantosa. Dentro de un año y seis días, a partir de hoy, recibirá una descarga de venenos bacteriológicos. Vivirá lo suficiente para presenciar la destrucción total de la sociedad, y después sufrirá la misma suerte que el resto de la Humanidad.

Si Butterford hubiera sido un cobarde, todo habría resultado más sencillo. Contempló los restos dispersos, las monedas, fotos y demás posesiones, pálido y con el cuerpo rígido como el metal.

—No sé si creerle —dijo por fin—. Nunca he acabado de creer en los poderes psíquicos.

—Eso es mentira —replicó Jack—. Todos los gobiernos del planeta se interesan en nosotros. Ustedes y la Unión Soviética han intentado organizarnos desde el 58, cuando nos dimos a conocer.

La discusión había pasado a un terreno que Butterford dominaba. Sus ojos echaron chispas.

—¡Ése es el problema! ¡Si los Psis cooperasen, esos huesos no existirían! —Indicó con un ademán violento el montoncito que descansaba sobre el escritorio—. Viene a verme y me culpa de la guerra. Cúlpese usted, por no colaborar. ¿Cómo podemos confiar en salir bien librados de esta guerra, a menos que cada cual cumpla su cometido. —Se inclinó hacia Jack—. Dice usted que viene del futuro. Dígame qué harán los Psis en la guerra. Dígame cuál será su papel.

—Ninguno.

Butterford se echó hacia atrás con aire triunfal.

—¿Van a mantenerse al margen?

—Por completo.

—¿Y viene a echarme las culpas a mí?

—Si colaboramos —dijo Jack con cautela—, será a un nivel político, no como mercenarios. De lo contrario, nos mantendremos al margen y esperaremos. Estamos a su disposición, pero si ganar la guerra depende de nosotros, queremos decir cómo hay que ganar guerra, o si tiene que haber guerra. —Descargó un puñetazo sobre la caja metálica—. De lo contrario, empezaremos a abrigar ciertos temores, como los científicos de mediados de los años cincuenta. Podemos empezar a perder nuestro entusiasmo..., y a ser una mala garantía contra riesgos.

Una voz fina y amarga habló en la mente de Jack. Un miembro telépata de la Cofradía, un Psi del presente que captaba la conversación desde la oficina de Nueva York.

Librodot

«Muy bien dicho, pero has perdido. Careces de habilidad para manipularle... Te limitas a defender nuestra postura. Ni siquiera has sacado a colación la posibilidad de cambiar la suya.»

Era verdad.

—No he venido para aclarar la postura de la Cofradía —dijo Jack, desesperado—. ¡Usted ya conoce nuestra postura! He venido para exponerle los hechos. Vengo de 2017. La guerra ha terminado. Sólo quedan unos cuantos supervivientes. Éstos son los hechos, acontecimientos que han tenido lugar. Usted piensa decir al presidente de Estados Unidos que Rusia se está echando un farol en Java. No es un farol. Significa la guerra total. Su consejo es un error.

Butterford se encrespó.

—¿Quiere que demos marcha atrás, para que se apoderen del mundo libre?

Doce veces; un callejón sin salida. No había conseguido nada.

—¿Entrarán en guerra sabiendo que no van a ganar?

—Lucharemos. Es mejor una guerra honrosa que una paz deshonrosa.

—Ninguna guerra es honrosa. La guerra significa muerte, barbarie, destrucción masiva.

—¿Qué significa la paz?

—La paz significa el crecimiento de la Cofradía. Dentro de cincuenta años nuestra presencia habrá desplazado a las ideologías de ambos bloques. Nosotros estamos por encima de la guerra; abarcamos los dos mundos. Hay Psis aquí y en Rusia; no somos ciudadanos de ningún país. Los científicos pudieron ser como nosotros, pero se decantaron por colaborar con los gobiernos. Ahora, nos toca a nosotros.

Butterford meneó la cabeza.

—No —dijo con firmeza—. No van a influir sobre nosotros. Nosotros dictamos la política... Si deben actuar, lo harán de acuerdo con nuestras directrices, o no actuarán. Se quedarán fuera.

—Nos quedaremos fuera.

Butterford se levantó de un salto.

—¡Traidores! —gritó, mientras Jack salía del despacho—. ¡No tienen alternativa! ¡Exigimos sus capacidades! Les cazaremos de uno en uno. Deben colaborar; todo el mundo debe colaborar. ¡Es una guerra total!

La puerta se cerró y Jack se encontró en la antesala.

«No, no existe ninguna esperanza —dijo la voz en su mente—. Sé que lo has hecho una docena de veces, y que estás preparando otra más. Abandona. La orden de retirada ya ha sido dada. Cuando la guerra empiece, nos mantendremos al margen.»

—¡Deberíamos ayudarles! —dijo Jack, en vano—. Deberíamos ayudar a la gente. Millones de personas van a morir.

«No podemos. No somos dioses, sino simples seres humanos con paratalentos. Podemos ayudar si nos dejan. No podemos imponerles nuestro punto de vista. Si el gobierno se niega, la Cofradía no puede colaborar.»

Jack aferró la caja metálica y se encaminó a la calle, para volver a la biblioteca de la escuela.

Miró a los miembros de la Cofradía supervivientes, sentados a la mesa de la cocina.

—Aquí estamos. Fuera de la sociedad, sin hacer nada. Sin perjudicar y sin ayudar. ¡Una pandilla de inútiles! —Descargó su puño contra la madera podrida de la pared—. Aislados e inútiles. Mientras estamos sentados tranquilamente, las comunas se desmoronan.

Thelma sorbía su sopa sin demostrar la menor emoción.

—Curamos a los enfermos, predecimos el futuro, damos consejos y hacemos milagros.

—Desde hace miles de años —replicó Jack con amargura—. Sibilas, brujas, agazapadas en colinas desiertas, fuera de las ciudades... ¿Es que no podemos intervenir y ayudar? ¿Nosotros, que comprendemos lo que ocurre, debemos mantenernos siempre al margen, permitiendo que esa caterva de estúpidos arrastre a la Humanidad hacia la destrucción? ¿Por qué no impedimos la guerra y les obligamos a firmar la paz?

—No queremos obligarles a nada, Jack —dijo Porter con languidez—. Ya lo sabes. No somos sus amos. No queremos controlarles, sino ayudarles.

La cena prosiguió en un sombrío silencio.

—El problema son los gobiernos —dijo Doris al cabo de unos minutos—. Los políticos tienen celos de nosotros. —Sonrió a Jack—. Saben que si interviniéramos activamente, llegaría un día en que los políticos ya no serían necesarios.

Thelma atacó su plato de judías secas y conejo a la parrilla, acompañado de una salsa pastosa.

—Los gobiernos casi no existen ya. No es como antes de la guerra. No es correcto llamar gobierno a unos cuantos funcionarios sentados en las oficinas de las comunas.

—Toman las decisiones —señaló Porter—. Deciden la política de la comuna.

—Conozco una comuna situada más al norte —dijo Stephen—, en que los trabajadores mataron a los dirigentes y tomaron el poder. Se está viniendo abajo. Dentro de poco, no quedará nada.

Jack apartó su plato y se levantó.

—Salgo al porche.

Abandonó la cocina, atravesó la desierta sala de estar y abrió la puerta chapada de acero. El frío nocturno remolineó a su alrededor mientras se dirigía hacia la barandilla y se detenía, las manos hundidas en los bolsillos. Miró sin ver el campo desolado.

La oxidada flota de coches se había ido. Nada se movía, excepto los árboles raquíticos que flanqueaban la carretera. Un panorama deprimente. Algunas estrellas pálidas brillaban en el cielo. A lo lejos, un animal se precipitó sobre su presa, un perro salvaje, o tal vez un casihumano que vivía en los sótanos ruinosos de Chicago.

Doris apareció al cabo de un rato. Se puso a su lado en silencio, una forma esbelta y oscura en la negrura de la noche, los brazos cruzados para protegerse del frío.

—¿No vas a intentarlo otra vez? —preguntó en voz baja.

—Doce veces es suficiente. No..., no puedo cambiarle. Carezco de la habilidad necesaria. —Jack extendió las manos en un gesto de impotencia—. Es un tipejo listo. Como Thelma, imperturbable y hablador. ¿Qué puedo hacer?

Doris le acarició el brazo.

Librodot

—¿Qué aspecto tiene? Nunca he visto ciudades llenas de vida, como antes de la guerra. Recuerda que nací en un campamento militar.

—Te gustaría. Gente risueña y apresurada. Coches, letreros, vida por todas partes. Me vuelve loco. Ojalá no pudiera verlo, ojalá no pudiera saltar de un tiempo a otro. —Señaló los árboles retorcidos—. A diez pasos de aquellos árboles, y ya está. Y sin embargo, ha desaparecido para siempre..., incluso para mí. Llegará un momento en que tampoco yo pueda trasladarme allí, al igual que ustedes.

Doris no le entendió.

—Es extraño —murmuró—. Puedo mover cualquier cosa del mundo, pero no puedo moverme hacia el pasado, como tú. —Hizo un breve ademán. Algo chocó contra la barandilla del porche. La joven se agachó para recogerlo—. ¿Ves este pájaro tan bonito? Está aturdido, pero no muerto. —Lanzó al pájaro hacia arriba, y el animal consiguió esconderse entre los arbustos.

A Jack no le gustó la demostración.

—Eso es lo que hacemos con nuestros talentos: trucos de feria. Nada más.

—¡Te equivocas! —protestó Doris—. Hoy, cuando me levanté, había un montón de escépticos. Stephen captó sus pensamientos y me envió a convencerles. —El orgullo vibró en su voz—. Saqué a la superficie un arroyo subterráneo. Todos quedaron empapados, antes que lo devolviera a su sitio. Se quedaron convencidos.

—¿Has pensado alguna vez que podrías ayudarles a reconstruir sus ciudades?

—No quieren reconstruirlas.

—Ni siquiera han pensado en la posibilidad. Han desechado la idea de reconstruir. El concepto se ha perdido. —Reflexionó, descorazonado—. Hay demasiados millones de kilómetros de ceniza y muy poca gente. Ni siquiera han intentado unificar las comunas.

—Tienen radios —señaló Doris—. Pueden comunicarse entre sí, si quieren.

—Si las utilizan, la guerra volverá a estallar. Saben que existen grupos de fanáticos que arden en deseos de iniciar una guerra, si se les da la oportunidad. Prefieren sumirse en la barbarie a eso. —Escupió sobre los arbustos que crecían bajo el porche—. No les culpo.

—Si controláramos las comunas —dijo Doris, pensativa—, no iniciaríamos una guerra. Las unificaríamos sobre la base de la paz.

—Juegas con varias barajas a la vez —se irritó Jack—. Hace un momento realizabas milagros... ¿De dónde has sacado esa idea?

Doris vaciló.

—Bueno, me he limitado a transmitirla. Creo que fue Stephen quien lo dijo, o lo pensó. Me he limitado a verbalizarla.

—¿Te gusta ser la portavoz de Stephen?

Doris agitó las manos, temerosa.

—Por Dios, Jack... Puede sondearte. ¡No digas esas cosas!

Jack se apartó de ella y bajó los peldaños del porche. Cruzó el campo oscuro y silencioso, alejándose del refugio. La muchacha corrió tras él.

—No te vayas —dijo, sin aliento—. Stephen es un niño. No es como tú, un adulto maduro.

Jack lanzó una carcajada al negro cielo.

—Pobre tonta. ¿Sabes cuántos años tengo?

—No, y no me lo digas. Sé que eres mayor que yo. Te conozco desde siempre. Te recuerdo de cuando era pequeña. Siempre fuiste grande, fuerte y rubio. —Lanzó una risita nerviosa—. Claro, todos aquellos otros... Todas aquellas personas diferentes, viejas y jóvenes. En realidad, no lo entiendo, pero todas son tú, imagino. Cada una de un período temporal diferente.

—Exacto —admitió Jack, tenso—. Todas son yo.

—La de hoy, cuando te trasladaste en el sótano, mientras yo dormía... —Doris deslizó sus fríos dedos alrededor de su muñeca—. Un muchacho, con libros debajo del brazo, vestido con un jersey verde y pantalones marrones.

—Dieciséis años —murmuró Jack.

—Era guapo. Tímido, confuso. Más joven que yo. Subimos y contempló a la multitud. Fue cuando Stephen me pidió que realizara el milagro. Él, o sea, tú, se quedó muy interesado. Porter le tomó el pelo. Porter es inofensivo. Le gusta comer, dormir, y punto. Es un buen tipo. Stephen también le tomó el pelo. No creo que a Stephen le cayera bien.

—Quieres decir que no le caigo bien.

—Imagino que conoces nuestra opinión. La de todos, hasta cierto punto... Nos intriga que te empeñes en enmendar el pasado, una y otra vez. ¡El pasado no existe! Quizá en tu caso sea diferente..., pero ya no existe. No puedes cambiarlo. La guerra estalló, todo quedó reducido a escombros, y esto es lo que queda. Tú mismo lo dijiste: ¿Por qué nos mantenemos al margen? Sería muy sencillo intervenir. —Una emoción infantil recorrió su cuerpo. Se apretó contra él, empujada por sus propias palabras—. Olvida el pasado; trabajemos para el presente. Tenemos el material al alcance de la mano: la gente, los objetos. ¡Actuemos de una vez! —Levantó un bosquecillo situado a dos kilómetros de distancia. Las cumbres de una cadena de colinas se alzaron en el aire y se disolvieron en diminutos fragmentos—. ¡Podemos separar las cosas y volverlas a unir!

—Tengo setenta y un años. Yo ya no voy a unir nada. Y estoy cansado de remover en el pasado. No lo intentaré más. Regocíjense todos. Estoy acabado.

Doris tiró de él con furia.

—¡Pues los demás continuaremos!

Si poseyera el talento de Porter, investigaría más allá de su muerte. Porter, en algún momento del futuro, podría contemplar su cadáver, su entierro, continuaría viviendo mes tras mes, mientras su gordo cuerpo se descomponía bajo tierra. La bovina satisfacción de Porter era posible en un hombre capaz de ver su futuro... Jack se retorció, poseído por una angustiosa incertidumbre. Cuando el anciano que agonizaba en el hospital militar llegara al inevitable final de su vida..., ¿qué? ¿Qué sería de los supervivientes de la Cofradía?

La muchacha continuó parloteando a su lado. Las posibilidades que él había sugerido: trabajar con un material auténtico, nada de trucos o milagros. Para ella, las posibilidades de una acción social iban a cobrar existencia. Todos tenían inquietudes, salvo quizá Porter. Cansados de una vida ociosa. Hartos de los oficiales anacrónicos que mantenían con vida a las comunas, reliquias de un orden pasado de incompetentes que habían demostrado su incapacidad para gobernar al dirigir a su bloque hacia la destrucción casi total.

El gobierno de la Cofradía no podía ser peor.

Librodot

¿O sí? Algo había sobrevivido gracias a políticos sedientos de poder, demagogos profesionales reclutados entre los ayuntamientos de las ciudades y los bufetes de abogados baratos. Si el gobierno psiónico fracasaba, si se reproducían las luchas fratricidas entre las naciones, no quedaría alternativa. El poder colectivo de la Cofradía se extendía a todos los ámbitos de la vida. Por primera vez, podía surgir una sociedad auténticamente totalitaria. Bajo la dominación de telépatas, Precogs, curanderos con el poder de animar la materia inorgánica y fulminar la materia orgánica, ¿qué persona normal iba a sobrevivir?

No habría oposición contra la Cofradía. Los hombres controlados por gobernantes psiónicos estarían indefensos. Sería cuestión de tiempo examinar con toda seriedad la valía de los no Psis, en pro de la eficacia, y avanzar hacia la eliminación del material inservible. El gobierno de los supercompetentes sería mucho peor que el gobierno de los incompetentes.

—¿Peor para quién? —Los pensamientos de Stephen penetraron en su mente. Fríos, plenos de confianza, carentes de toda duda—. Están agonizando. La cuestión no reside en eliminarlos, sino en cuánto tiempo vamos a mantenerles en este estado de preservación artificial. Dirigimos un zoo, Jack. Mantenemos con vida a una especie extinta. Y la jaula es demasiado grande... Ocupa todo el mundo. Démosles un poco de espacio, si quieres; un subcontinente. Pero nosotros nos reservamos el uso de la balanza.

Porter estaba engullendo un budín de arroz al horno. Siguió comiendo después que Stephen empezara a gritar. Hasta que Thelma le arrancó la cuchara de la mano no concentró su atención en lo que ocurría.

La sorpresa no existía para él. Había examinado la escena seis meses antes, reflexionado sobre ella y pasado a fijarse en acontecimientos posteriores. Empujó hacia atrás su silla de mala gana y enderezó su pesado cuerpo.

—¡Va a matarme! —aullaba Stephen—. ¿Por qué no me lo has dicho? —gritó a Porter—. ¡Sabes que viene a matarme en este mismo momento!

—Por el amor de Dios —gritó Thelma en el oído de Porter—, ¿es verdad? ¿No puedes intervenir? Eres un hombre... ¡Deténle!

Mientras Porter rumiaba una respuesta, Jack entró en la cocina. Los gritos de Stephen adquirieron un timbre más agudo. Doris corría detrás de Jack con los ojos desorbitados, sin acordarse de su talento. Thelma rodeó la mesa y se interpuso entre Jack y el muchacho, con los brazos sarmentosos extendidos y la cara deformada por la indignación.

—¡Lo veo en su mente! —chilló Stephen—. Va a matarme porque sabe que yo quiero... —Se interrumpió—. No quiere que intervengamos. Quiere que nos quedemos en estas ruinas, haciendo trucos para la gente. —La furia se sobrepuso a su terror—. No pienso hacerlo. Estoy harto de leer mentes. ¡Ahora está pensando en matarnos a todos! ¡Nos quiere ver muertos a todos!

Porter se reclinó en su silla y buscó su cuchara. Colocó el plato debajo de su barbilla. Siguió comiendo, sin dejar de observar a Jack y a Stephen.

—Lo lamento —dijo Jack—. No debiste comunicarme tus pensamientos, puesto que yo no puedo leerlos. Tendrías que habértelos guardado.

Dio un paso adelante.

Thelma le agarró con sus manos descarnadas. Los gritos y aullidos alcanzaron cotas de histeria. Porter se encogió y sus papadas oscilaron.

Impasible, contempló el forcejeo entre Jack y la vieja. Stephen estaba paralizado de terror, la cara cerúlea y el cuerpo rígido.

Doris avanzó y Porter dejó de comer. Una especie de tensión se apoderó de él, pero no había parado de comer a causa de la duda o la incertidumbre, sino por la irrevocabilidad de los hechos. Saber lo que iba a ocurrir no disminuía la cualidad pavorosa de la escena. No podía sorprenderse, pero sí impresionarse.

—Déjale en paz —jadeó Doris—. No es más que un niño. Siéntate y compórtate. —Tomó a Jack por la cintura. Las dos mujeres se esforzaron por inmovilizar al musculoso gigante—. ¡Basta! ¡Déjale en paz!

Jack se soltó de su presa. Se tambaleó y trató de conservar el equilibrio. Las dos mujeres le atacaron como alimañas furiosas. Se dispuso a rechazarlas...

—No miren —gritó Porter.

Doris se volvió en su dirección. Y no vio, como él había anticipado. Thelma vio, y su voz enmudeció. Stephen, horrorizado, lanzó un chillido.

Sólo habían visto una vez la última identidad que jalonaba la senda temporal de Jack. Una noche, el anciano arrugado había aparecido un momento, mientras la entidad más joven inspeccionaba el hospital militar para analizar sus recursos. El Jack más joven había regresado al instante, satisfecho de saber que el hombre agonizante recibiría el mejor tratamiento posible. En aquel instante habían visto su rostro enjuto, devorado por la fiebre. Esta vez, los ojos ya no brillaban. Eran los ojos deslustrados de un objeto muerto, que les contemplaba con una mirada perdida.

Thelma intentó en vano sostenerlo cuando se desplomó. Derribado sobre la mesa como un saco de carne. Las copas y los cubiertos cayeron al suelo. Vestía una bata azul descolorida, anudada a la cintura. Sus pies blancos estaban descalzos. Rezumaba un olor penetrante a hospital, vejez, enfermedad y muerte.

—Ustedes lo han hecho —dijo Porter—. Sobre todo, Doris. En cualquier caso, habría ocurrido dentro de escasos días. Jack ha muerto. Tendremos que enterrarle, a menos que alguna sepa cómo devolverle a la vida.

Thelma se secó los ojos. Las lágrimas resbalaron sobre sus hundidas mejillas y se introdujeron en su boca.

—Ha sido culpa mía. Quería destruirle. Mis manos. —Alzó sus garras—. Nunca confió en mí; nunca se puso bajo mi tutela. Hizo bien.

—Las dos lo hicimos —murmuró Doris, temblorosa—. Porter dice la verdad. Quería que se marchara... Nunca había trasladado nada al pasado.

—Ni lo volverás a hacer —dijo Porter—. No ha dejado descendientes. Fue el primer y último hombre que viajó por el tiempo. Su talento fue único.

Stephen se iba recobrando poco a poco, aún pálido y estremecido, los ojos clavados en la forma arrugada, ataviada con un pijama azul a rayas, que se había desplomado bajo la mesa.

—En cualquier caso —murmuró por fin—, ya nadie irá a hurgar en el pasado.

—Creo que puedes leer mis pensamientos —dijo Thelma—. ¿Sabes lo que estoy pensando?

Stephen parpadeó.

—Sí.

—Ahora, presta mucha atención. Voy a expresarlo con palabras para que todo el mundo se entere.

Stephen asintió en silencio. Sus ojos recorrieron la habitación, pero no se movió.

—Quedan ahora cuatro miembros de la Cofradía —habló Thelma, sin la menor expresión en su voz—. Algunos queremos abandonar este lugar para ir a vivir a las comunas. Algunos pensamos que sería una buena idea imponer nuestra voluntad a las comunas, tanto si les gusta como si no.

Stephen asintió.

—Creo que si alguno intenta marcharse de aquí —continuó Thelma, examinando sus viejas y resecas manos—, haré lo que Jack intentó hacer. —Reflexionó un instante—. Aunque no sé si podré. Quizá yo también fracase.

—Sí —dijo Stephen, con voz temblorosa, que luego adquirió más vigor—. No eres lo bastante fuerte. Aquí hay alguien mucho más fuerte que tú. Esa mujer puede agarrarte y enviarte a donde quiera. Al otro lado del mundo, a la Luna, al centro del océano.

Doris emitió un ruido estrangulado.

—Yo...

—Es verdad —admitió Thelma—, pero sólo me encuentro a un metro de ella. Si la toco primero, su energía se vaciará. —Examinó el rostro asustado de la muchacha—. Pero tienes razón. Lo que ocurra no depende de ti o de mí, sino de lo que Doris quiera hacer.

La respiración de Doris era rápida y entrecortada.

—No lo sé —dijo con voz débil—. No quiero quedarme aquí, sentada entre estas viejas ruinas, día tras día, haciendo... trucos. Jack siempre dijo que no debíamos imponer nuestra voluntad a las colonias. —Su voz se quebró—. Toda mi vida, desde que era niña, siempre he oído a Jack decir lo mismo. Si no quieren que...

—No va a trasladarte ahora —dijo Stephen a Thelma—, pero algún día lo hará. Tarde o temprano te sacará de aquí, alguna noche mientras duermes. A la larga, tomará la decisión. —Sonrió ampliamente—. Recuerda que puedo hablar con ella mentalmente. Siempre que me dé la gana.

—¿Lo harás? —preguntó Thelma a la muchacha.

—Yo..., no lo sé —tartamudeó Doris—. ¿Lo haré? Tal vez sí. Todo es tan... sorprendente.

Porter se reclinó en la silla y eructó estruendosamente.

—Me resulta curioso oírlos a todos especular. Para ser exacto, no tocarás a Thelma. Olvida tus preocupaciones —dijo a la anciana—. El equilibrio se conservará. Los cuatro nos equilibramos mutuamente. Todos seguiremos en nuestro sitio.

—Quizá Stephen tenga razón —dijo Thelma—. Si vamos a seguir viviendo así, sin hacer nada...

—Continuaremos aquí —dijo Porter—, pero no viviremos como hasta ahora.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Thelma—. ¿Cómo viviremos? ¿Qué va a ocurrir?

—Me cuesta sondearte —se quejó Stephen—. Has visto cosas, pero no las piensas. ¿Han cambiado su postura los gobiernos de las comunas? ¿Van a solicitar por fin nuestra colaboración?

—Los gobiernos no van a solicitar nuestra colaboración —respondió Porter—. Nunca nos invitarán a Washington ni a Moscú. Debemos permanecer al margen, a la espera. —Levantó la vista y anunció, de manera enigmática—: La espera está a punto de terminar.

Librodot

Amanecía. Ed Garby se sumó a la cola de vehículos que abandonaban la comuna. La luz del sol, fría e intermitente, bañaba los cuadrados de hormigón que constituían las instalaciones de la comuna. El día iba a ser nublado, igual que el anterior. Aun así, la puerta de salida ya estaba congestionada de tráfico.

—Esta mañana sale mucha gente —murmuró su mujer—. No pueden esperar a que la ceniza se levante.

Ed buscó el pase, sepultado en el bolsillo de su camisa, acartonada de sudor.

—Hay un embotellamiento terrible —murmuró—. ¿Están registrando los coches?

En lugar de uno, hoy había cuatro guardias. Se movían entre los coches parados. Vigilaban, murmuraban, hablaban con los oficiales mediante micrófonos de cuello. Un enorme camión cargado de obreros se apartó de la cola y tomó una carretera lateral. Describió un círculo completo, entre nubes de gas azul, y regresó al centro de la comuna, lejos de la puerta de salida. Ed contempló la escena, intranquilo.

—¿Por qué da la vuelta? —masculló, invadido de temor—. ¡Nos obligan a dar la vuelta!

—No —le tranquilizó Bárbara—. Mira, un coche acaba de pasar.

Un antiguo coche deportivo de antes de la guerra cruzó la puerta y salió a la llanura. Un segundo le siguió. Los coches aceleraron para remontar la larga colina que se transformaba en el primer bosquecillo.

Una bocina protestó detrás de Ed. Avanzó unos metros. La niña lloraba en el regazo de Bárbara. La envolvió con la manta de algodón y subió la ventanilla.

—Hace un día horrible. Si no tuviéramos que irnos... —Se interrumpió—. Aquí vienen los guardias. Saca el pase.

Ed saludó a los guardias sin mucho entusiasmo.

—Buenos días.

Uno de los guardias tomó el pase, lo examinó, perforó y guardó en una libreta encuadernada en acero.

—Van a darnos sus huellas dactilares —ordenó. Le pasaron un tampón negro y húmedo—. Incluida la niña.

Ed se quedó estupefacto.

—¿Por qué? ¿Qué demonios pasa?

Los gemelos estaban demasiado aterrorizados para moverse. Dejaron que los guardias les tomaran las huellas, aturdidos. Ed protestó débilmente cuando empujaron el tampón hacia su pulgar. Le tomaron la muñeca. Mientras los guardias daban la vuelta al camión para repetir el proceso con Bárbara, el jefe de la partida apoyó el pie en el estribo y conversó con Ed.

—Cinco personas. ¿Familia?

Ed asintió.

—Sí, mi familia.

—Completa. ¿Alguien más?

—No. Sólo nosotros cinco.

Los ojos oscuros del guardia le escrutaron.

—¿Cuándo piensan volver?

—Esta noche —Ed indicó la libreta de metal donde había guardado su pase—. Coloque antes de las seis.

—Si atraviesa esa puerta, no volverá. Esa puerta sólo es de salida.

—¿Desde cuándo? —susurró Bárbara, pálida como la cera.

—Desde anoche. Ustedes eligen. Sigan adelante, resuelvan sus asuntos, consulten a su adivino, pero no vuelvan. —El guardia indicó la carretera lateral—. Si quiere dar la vuelta, esa carretera le conduce a las rampas descendentes. Siga a ese camión; va a dar la vuelta.

Ed se humedeció sus labios resecos.

—No puedo. Mi hija..., tiene cáncer a los huesos. La vieja empezó a sanarla, pero aún no está bien del todo. La vieja dice que hoy va a terminar.

El guardia examinó una guía manoseada.

—Pabellón 9, nivel sexto. Baje y curarán a su hija. Los médicos están muy bien equipados. —Cerró el libro y se apartó del coche. Era un hombre fornido, de rostro encarnado y piel erizada de vello—. Acabemos de una vez, amigo. Adelante o atrás. Usted elige.

Ed movió el coche hacia adelante automáticamente.

—Habrán tomado una decisión —murmuró, atontado—. Sale demasiada gente. Quieren asustarnos... Saben que no podemos vivir ahí fuera. ¡Moriremos!

—Aquí también moriremos.

—¡Pero sólo hay ruinas fuera de la comuna!

—Pero están ellos.

—No podremos regresar —dijo Ed con voz estrangulada—. ¿Y si es una equivocación?

El camión que les precedía avanzó hacia la carretera lateral. De pronto, tras una equívoca señal manual, el conductor introdujo la mano y lanzó el coche hacia la puerta de salida. Se produjo un momento de confusión. El camión aminoró la velocidad, casi hasta detenerse. Ed pisó el freno, maldijo y puso la primera. Después, el camión que le precedía aceleró. Cruzó la puerta y salió a la desnuda llanura. Ed, sin pensarlo, lo siguió. Un aire frío y cargado de ceniza se coló por la ventanilla cuando aumentó la velocidad y se colocó paralelo al otro camión. Sacó la cabeza y gritó:

—¿Adónde va? ¡No le dejarán volver!

—¡Es que no pienso volver, maldita sea! —respondió el conductor, un hombrecillo flaco, calvo y huesudo—. Que se vayan al infierno. Me he llevado toda la comida, todo lo que tengo. ¡Que intenten obligarme a volver!

Aceleró con brusquedad y adelantó a Ed.

—Bien, ya está —dijo Bárbara—. Hemos salido.

—Sí —admitió Ed, tembloroso—, hemos salido. Un metro, mil kilómetros, ¿qué más da?

—Se volvió hacia su mujer, dominado por el pánico—. ¿Y si no nos aceptan? ¿Y si llegamos y nos rechazan? Sólo tienen aquel refugio destrozado del tiempo de la guerra. No hay sitio para nadie..., y mira detrás.

Una hilera de coches y camiones estaba atravesando la puerta y salía a la parchada llanura. Unos pocos dieron media vuelta. Un vehículo paró a un lado de la carretera y sus pasajeros se enzarzaron en una frenética discusión.

—Nos aceptarán —dijo Bárbara—. Quieren ayudarnos; siempre han querido.

—¿Y si no pueden?

—Creo que sí pueden. Si nosotros lo pedimos, pueden hacer muchas cosas. Teníamos que acudir en su busca. Hemos estado separados de ellos

demasiados años. Si el gobierno no les deja entrar, nosotros tenemos que salir.

—¿Podremos vivir fuera? —preguntó Ed con voz ronca.

—Sí.

Una bocina sonó a sus espaldas. Ed aceleró.

—Es un éxodo. Mira cómo salen. ¿Quedará alguien?

—Muchos —respondió Bárbara—. Todos los peces gordos se quedarán. —Lanzó una carcajada—. Tal vez consigan declarar otra guerra, para distraerse un poco mientras nosotros no volvamos.

NOTAS

Todas las notas en cursiva son de Philip K. Dick. El año en que la nota fue escrita aparece a continuación de ésta entre paréntesis. La mayoría de las notas fueron escritas para las colecciones *The Best of Philip K. Dick* (publicada en 1977) y *The Golden Man* (aparecida en 1980). Algunas fueron escritas a petición de los editores que publicaban o reimprimían sus relatos en libros o revistas.

Cuando hay una fecha a continuación del título del relato, se trata de la fecha en que el agente de Dick recibió el manuscrito, de acuerdo con los archivos de la Scott Meredith Literary Agency. La falta de fecha significa que no existen datos al respecto. El nombre de una revista seguido de un mes y de un año indica la fecha de publicación del relato. Un título entre paréntesis y entrecomillado corresponde al título original del relato, tal como consta en los archivos de la agencia.

Estos cinco volúmenes reúnen todos los relatos cortos de Philip K. Dick, con excepción de las novelas cortas integradas en otras novelas o publicadas como tales, los escritos de juventud y obras inéditas de las que no se han encontrado manuscritos. Se ha procurado respetar en lo posible el orden cronológico en que se escribieron los relatos; la investigación tendente a recomponer esta cronología fue obra de Gregg Rickman y Paul Williams.

COTO DE CAZA (Fair Game) (21-4-1953). If, septiembre de 1959.

EL AHORCADO (The Hanging Strunger) (4-5-1953). Science Fiction Adventures, diciembre de 1953.

ALGUNAS PECULIARIDADES DE LOS OJOS (The Eyes Have lt) (13-5-1953). Science Fiction Stories, número 1, 1953.

EL HOMBRE DORADO (The Golden Man) («The God Who Runs») (24-6-1953). If abril de 1954.

A principios de los años cincuenta, una gran parte de la ciencia ficción norteamericana versaba sobre humanos mutantes y sus gloriosos superpoderes y superfacultades, los cuales conducirían a la humanidad hacia un estadio superior de la existencia, una especie de Tierra Prometida. John Campbell Jr., director de Analog, exigía que los relatos que compraba trataran de tales mutantes maravillosos, y también insistía en que los mutantes siempre debían ser presentados como: 1) buenos y 2) al mando de

la situación. Cuando escribí El hombre dorado *intenté demostrar: 1) el mutante puede no ser bueno, al menos para el resto de la humanidad, los mortales ordinarios, y 2) que puede no estar al mando de la situación, sino que se esconde de nosotros como un bandido, un mutante malvado, más perjudicial que beneficioso para los humanos. Éste era el punto de vista sobre los mutantes psíquicos que Campbell detestaba en particular, y el tema de ficción que se negaba a publicar..., de modo que mi relato apareció en If.*

A nosotros, los escritores de SF de los años cincuenta, nos gustaba If, porque el papel era de muy buena calidad y llevaba ilustraciones; era una revista con clase. Y, lo más importante, aceptaba el riesgo de publicar a escritores desconocidos. Un número bastante elevado de mis primeros relatos aparecieron en If. Al principio, el director de If fue Paul W Fairman. Si le entregabas un relato mal escrito, lo retocaba hasta que quedaba bien, lo cual era muy de agradecer. Más tarde le sustituyó James L. Quinn, el propio editor; y luego Frederick Pohl. Vendí mis relatos a los tres.

En el número de If posterior a la publicación de El hombre dorado *apareció un editorial de dos páginas, consistente en una carta escrita por una maestra de escuela, en la cual se quejaba de* El hombre dorado*. Fue la misma queja de John Campbell Jr. me recriminaba presentar a los mutantes bajo una luz negativa y exponía la teoría de que los mutantes debían ser: 1) buenos. y 2) estar al mando la situación. Había vuelto al punto de partida.*

Mi teoría sobre por que la gente adoptaba este punto de vista es la siguiente: creo que estas personas imaginaban en secreto que eran manifestaciones incipientes de estos Ubermenschen *bondadosos, sabios y superinteligentes que guiarían a los estúpidos (o sea todos los demás) a la Tierra Prometida. En mi opinión, abrigaban una fantasía de poder. La idea del superhombre psíquico que asumía el control de la situación había aparecido en Juan Raro, de Stapledon, y en Slan de A. E. Van Vogt. El mensaje rezaba: «Ahora nos persiguen, desprecian o rechazan, ¡pero más adelante les vamos a enseñar lo que es bueno!».*

En mi opinión, ser gobernados por mutantes psíquicos sería como conceder al zorro la responsabilidad del gallinero. Reaccioné contra lo que consideraba una peligrosa sed de poder, manifestada por individuos neuróticos, una sed de poder que John Campbell Jr. gratificaba, y de forma deliberada. If, por otra parte, no se había comprometido a vender ninguna idea en particular; era una revista consagrada de todo corazón a las nuevas ideas, y que aceptaba cualquier punto de vista sobre un tema. Hay que felicitar a sus diversos directores, sobre todo porque comprendieron la auténtica misión de la SF: mirar en todas direcciones sin restricciones (1979).

También afirmo que los mutantes son peligrosos para la gente corriente, un concepto que John W. Campbell Jr. deploraba. Se supone que debíamos considerarles líderes, pero siempre me inquietó lo que ellos podían pensar de nosotros. Quizá no querían liderarnos. Quizá, desde su nivel super-evolucionado, opinaban que no merecía la pena. En cualquier caso, aunque accedieran a ello, me inquietaba el destino final. Puede que estuviera relacionado con edificios señalados como DUCHAS, pero que en realidad no lo eran (1978).

Librodot

Y GIRA LA RUEDA (The Turning Wheel) (8-7-1953). Science Fiction Stories, número?, 1954.

EL ÚLTIMO EXPERTO (The Last of the Masters) («Protection Agency») (15-7-1953). Orbit Science Fiction, noviembre-diciembre de 1951.

Aquí expreso confianza en el robot como líder, un robot que es el sufrido servidor: o sea, una especie de Cristo. Líder como servidor de los hombres: un líder del que, tal vez, debería prescindirse.

Cierto ambigüedad planea sobre la moraleja de este relato. ¿Hemos de tener un líder, o hemos de pensar por nosotros mismos? En principio, hay que decantarse por esto último, pero... en ocasiones existe un abismo entre lo teóricamente correcto y lo práctico. Es interesante que haya depositado mi confianza en un robot y no en un androide. Quizá porque un robot no intenta engañarte sobre su verdadera condición (1978).

EL PADRE-COSA (The Father-Thing) (21-7-1953). Fantasy & Science Fiction, diciembre de 1954.

Cuando era muy pequeño, tenía la impresión de que mi padre era dos personas, uno buena y otra mala. El padre bueno desaparece y el padre malo le sustituye. Creo que muchos niños tienen esta sensación. ¿Y si fuera cierto? Este relato es otro ejemplo de un sentimiento normal, incorrecto en realidad, pero que llega a ser correcto..., con la desgracia añadida de que no es posible comunicarlo a los demás. Por suerte, es posible comunicarlo a otros niños. Los niños comprenden; son más sabios que los adultos... vaya, he estado a punto de escribir «más sabios que los humanos» (1976).

UN PARAÍSO EXTRAÑO (Strange Eden) («Immolation») (4-8-1953). lmagination, diciembre de 1954.

TONY Y LOS ESCARABAJOS (Tony and de Beetles) (31-8-1953). Orbit Science Fiction, número 2, 1953.

NUL-O (Null-O) («Loony Lemuel») (31-8-1953). If; diciembre de 1958.

SERVIR AL AMO (To Serve the Master) («Be As Gods!») (21-10-1953). lmagination, febrero de 1956.

PIEZA DE COLECCIÓN (Exhibit Piece) (21-10-1953). If, agosto de 1954.

LOS REPTADORES (The Crowlers) («Foundling Home») (29-10-1953). lmagination, julio de 1954.

CAMPAÑA PUBLICITARIA (Sales Pitch) (19-11-1953). Future, junio de 1954.

Curando este relato apareció por primera vez, los aficionados lo detestaron. Volví a leerlo, intrigado por su hostilidad, y comprendí el motivo: es un relato superdeprimente, inexorable. De haber podido reescribirlo, habría cambiado el final; el hombre y el robot, en este caso el anaucad, habrían formado una sociedad y entablado amistad. Habría dado la vuelta a la lógica de la paranoia que preside el relato. El tema del humano-contra-el-robot se habría transformado en el tema del humano-y-robot-contra-el-

Librodot

universo. La verdad es que lamento el final, de modo que cuando leáis el relato, intentad imaginaros la formula correcta. El anaucad dice: «Señor; estoy aquí para ayudarle. A la mierda mi campaña publicitaria. Seamos amigos para siempre». Sí, y entonces me habrían criticado por forzar un falso final feliz... De todos modas, este final no es bueno. Los aficionados tenían razón (1978).

LA ESTRATAGEMA (Shell Game) (22-12-1953). Galaxy, septiembre de 1954.

SOBRE LA DESOLADA TIERRA (Upon the Dull Earth) (30-12-1953). Beyond Fantasy Fiction, noviembre de 1954.

FOSTER, ESTÁS MUERTO (Foster, You're Dead) (31-12-1953). Star Science Fiction Stories número 3, edición de Frederick Pohl, Nueva York, 1955.

Un día vi el titular de un periódico, dando cuenta de que el presidente sugería que si los norteamericanos se compraban sus refugios a pruebo de bombas, en lugar de que el gobierno se los proporcionara, los cuidarían mejor. La frase me puso furioso. Por la misma lógica, cada uno de nosotros debería comprarse un submarino, un caza a reacción, y así sucesivamente. Con este relato intenté plasmar la crueldad de los políticos en todo lo referente a la vida humana, ya que siempre piensan en términos de dinero, no de personas (1976).

LA PAGA DEL DUPLICADOR (Pay for the Printer) («Printer's Pay») (28-1-1954). Satellite Science Fiction, octubre de 1956.

VETERANO DE GUERRA (Wat Veteran) (17-2-1954). If, marzo de 1955.

LA BARRERA DE CROMO (The Chromium Fence) (9-4-1954). Imagination, julio de 1955.

DESAJUSTE (Misadjustment) (14-5-1954). Science Fiction Quarterly, febrero de 1957.

UN MUNDO DE TALENTOS (A World of Talent) («Two Steps Right») (4-6-1954). Galaxy, octubre de 1954.

¡CURA A MI HIJA, MUTANTE! (Psi-Man Heal My Child!) («Outside Consultant») (8-6-1954). Imaginative Tales, noviembre de 1955. (También publicado en una colección de relatos como «Psi-Man».)

FIN